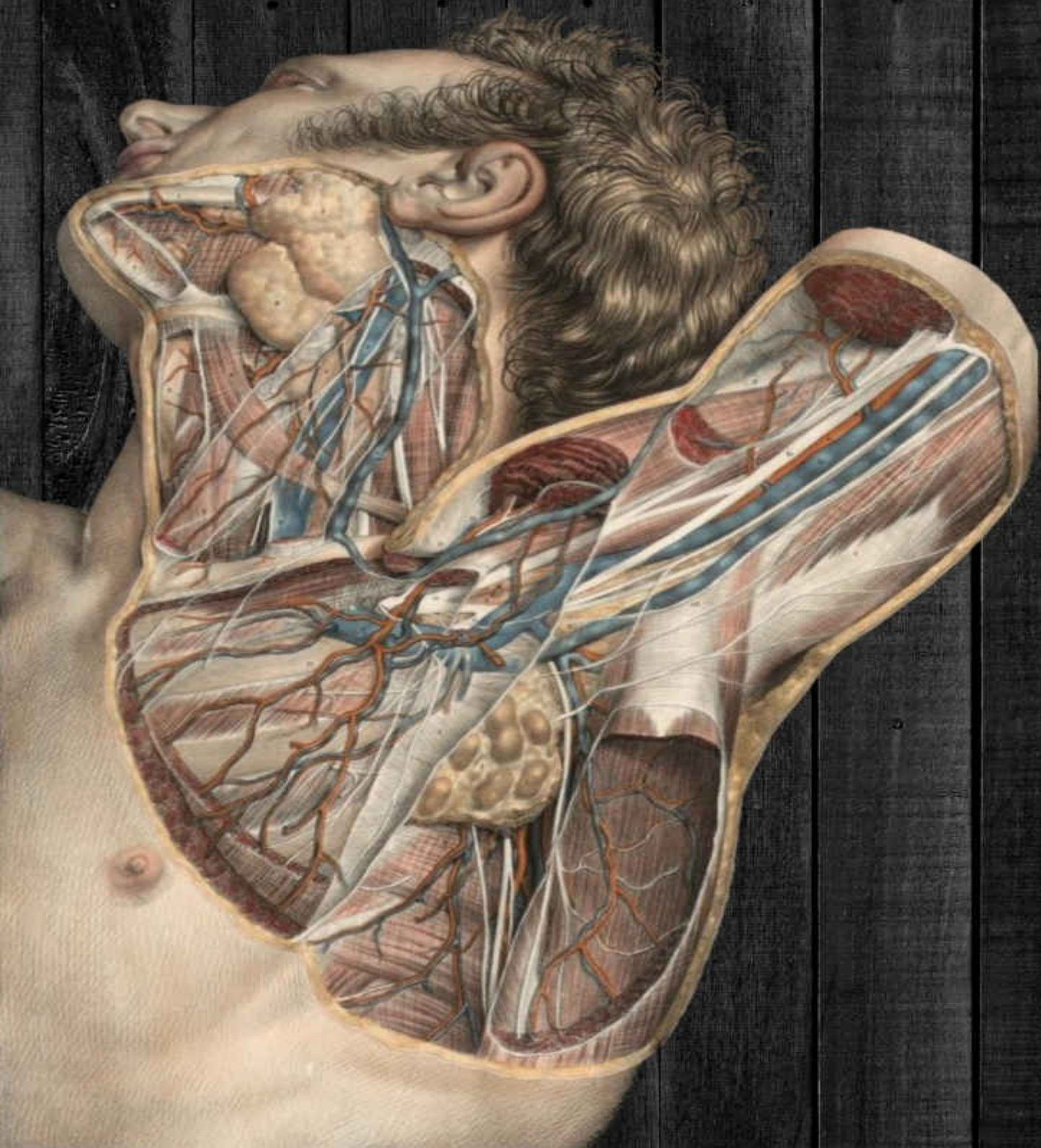
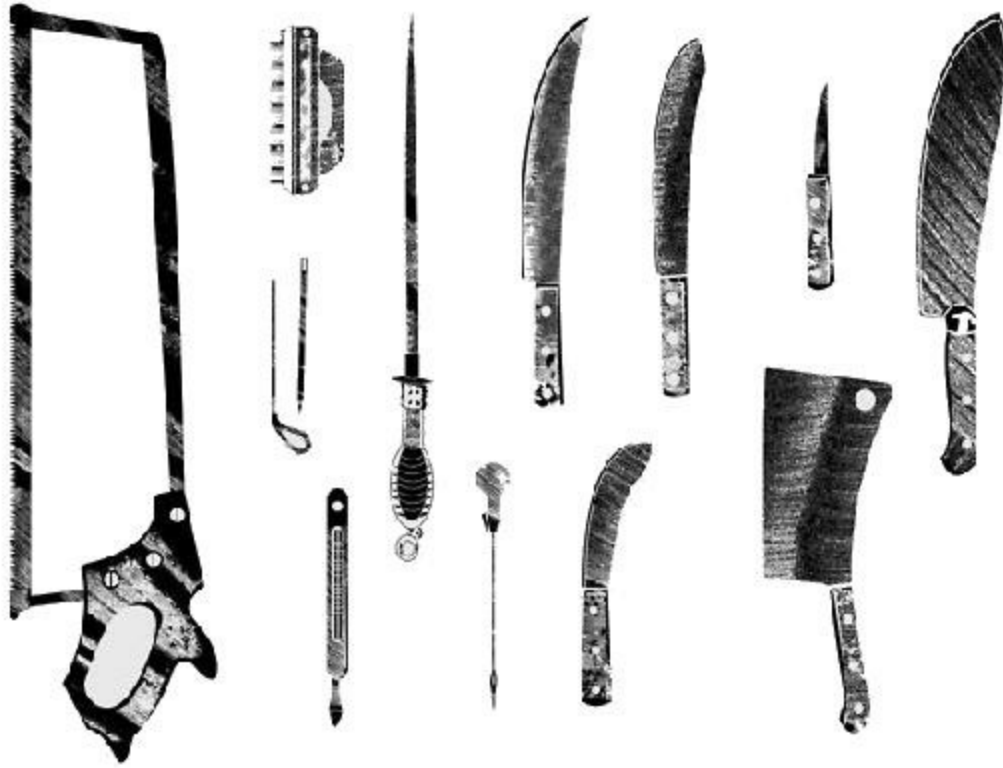


MATADERO

David Triviño



MATADERO



David Triviño

Para Jéssica, por su resiliencia y su apoyo, sin los cuales, ninguna de las versiones de Matadero habría visto la luz.

Primera Parte.

PADRES

1

Si todo tiene un principio, y me gustaría creer que sí, mi vida actual empezó con un sabor metálico y mi cabeza sumergida en sangre. Podría tratarse de un acto de violencia fortuita del cruel mundo que habitábamos, pero el perpetrador fue mi padrastro. Sucedió cuando tenía veinte años y definió por completo mi vida posterior. Sin embargo, soy consciente de que todos los caminos tomados con anterioridad me condujeron indefectiblemente a la cuba de sangre.

Nací el 1 de enero de 1918, hijo de Alan y Martha, en Austin, Texas. Mis padres se acababan de trasladar a la ciudad porque mi padre había empezado a trabajar como profesor adjunto de Literatura Inglesa en la Universidad de Texas y, después de mi nacimiento, mi padre nos mantenía con su sueldo mientras mi madre se encargaba de mí y del diminuto apartamento donde vivíamos, en la planta de arriba de una tienda de alimentación, al que se accedía por una estrecha escalera.

Mi madre se pasaba la mayor parte del día a mi lado pero, a pesar del tiempo compartido, nunca conectamos y en ningún momento me sentí comprendido ni apoyado por ella porque me daba la impresión de que estaba allí por obligación. No parecía saber cómo hablarme o qué hacer conmigo y la verdad es que, desde mi nacimiento hasta el momento en que acabé con su vida, su única aportación significativa hacia mi persona fue mi nombre: James, que eligió porque *denota realeza sin ser pretencioso*.

Con estos antecedentes, no es de extrañar que mi padre fuera mi pilar ni que lo idolatrara. Me parecía el mejor del mundo, el único que me comprendía. El primer recuerdo que conservo de mi padre, en una instantánea cristalina a pesar del tiempo transcurrido, es literalmente rodeado de libros. En nuestro pequeño piso, sin una librería –ni una pared– lo suficientemente grande, mi padre tenía sus volúmenes donde podía, en cualquier rincón: en el suelo, encima de los muebles y de la mesa, en la cama, sobre la cómoda o donde fuera. En mi memoria, lo veía sentado en su sillón favorito, leyendo rodeado de pilas tambaleantes y fumando en pipa. Aún hoy, el olor a tinta, papel y tabaco de pipa me transportan a mi primera infancia, al único momento donde nada podía empañar mi felicidad.

Así pues, no tendría ningún sentido negar que los libros siempre han formado parte de mi día a día y, de hecho, me encantaba jugar entre ellos

desde antes de saber leer. En aquella época, las montañas de volúmenes se convertían alternativamente en altas palmeras de una selva tropical o en ruinas mayas con algún secreto oculto; y me pasaba todo el tiempo que podía entre ellos.

A mi madre le molestaban enormemente mis gritos, mis onomatopeyas y la banda sonora que le ponía a mis aventuras entre los libros y siempre que podía se asomaba para pedirme que me calmara, que dejara de comportarme como un animal. Yo respetaba sus deseos hasta que, al día siguiente, incapaz de controlarme, volvía a reñirme. No me importaban los límites impuestos por mi madre –aunque era cierto que, sin poder expresarme como quería, el juego perdía intensidad– porque sabía que sería peor que me prohibiera jugar.

Más tarde, cuando aprendí a descifrar sus palabras, deseaba leer todos aquellos libros, descubrir por qué interesaban tanto a mi padre, pero él solo me permitía explorar los que me elegía. *Hay libros que no son adecuados para tu edad, James*, se justificaba y, evidentemente, cuando no estaba, ante la falta de atención de mi madre –cada vez menor–, cogía un libro que pudiera devolver a su lugar sin dificultad y lo leía. No me importaba el tema, ni ser incapaz de entender la mitad de las palabras, porque el placer consistía en leer en secreto libros pertenecientes a mi padre. Olerlos, tocarlos, recorrer con los dedos las mismas líneas que él había leído; era más una conexión física que intelectual.

Desde el mismo momento en que aprendí a leer con cierta fluidez, cuando descubrí cómo me sentía entre aquellas palabras, los libros se convirtieron en mi vida. Los volúmenes de mi padre me hacían sentir en casa y no encontré nada que superara aquella sensación ni que se le acercara, así que dejé de buscar alternativas. Era un niño encerrado en mundos escritos con negro sobre blanco y me sentía satisfecho porque ni siquiera me planteaba que hubiera otra forma de vivir. Además, en aquel punto, siendo mucho más silencioso que en mis aventuras anteriores, mi madre me dejaba hacer y no me atosigaba con sus normas de convivencia.

Vivir solo en los libros indudablemente me limitaba, convirtiéndome en un adolescente extraño, pero era la única vida que conocía entonces y me sentía feliz. El futuro no era más que un concepto que no comprendía del todo y vivía solo en el presente que me ofrecían las historias contenidas en aquellos volúmenes.

Inevitablemente, llegó el día en que había leído todos los libros que estaban en lo alto de las pilas y en los rincones a los que podía acceder con facilidad y

necesité dar un paso más, arriesgarme a coger otros.

Una tarde intenté sacar uno que estaba por la mitad de una pila, cuyo título siempre me había llamado la atención, y estiré con todas mis fuerzas. Unos segundos después de tenerlo en mis manos, la montaña que lo contenía se vino abajo, el efecto dominó actuó y todos los libros acabaron en el suelo, con gran estruendo, justo en el instante en que mi padre abría la puerta. Me descubrió en el centro de la montaña de libros caídos, con *Las mil y una noches* en las manos, aterrado por lo que iba a suceder por haber desobedecido su orden de no tocar los libros sin permiso.

En un inicio, mi padre se agachó y empezó a ordenar los libros en silencio. Su ignorancia me hizo sentir pequeño, una mota de polvo en su universo. Solo fueron unos segundos, pero fueron los peores que había pasado a su lado.

Sin embargo, la escena pronto mutaría en el momento feliz que atesoraría el resto de mis días, uno de esos instantes en que me sentí comprendido, más importante que sus libros y su trabajo. Solo tenía diez años, pero tengo grabado en mi memoria el instante en que mi padre se giró hacia mí:

‘Gracias,’ me dijo, antes de bajar a la calle y dejarme unos segundos a solas en los que, demasiado centrado en el olor de los libros caídos y el ruido de sus páginas entrechocando, todavía no entendía muy bien qué acababa de suceder.

Mi padre reapareció con varias cajas de madera.

‘Hacía tiempo que quería organizarlos. Tenía estas cajas en el coche para poner los libros en ellas y ordenar mi biblioteca,’ me dijo sin más. ‘Quiero buscar un sitio adecuado para cada volumen porque, al fin y al cabo, ya hace años que vivimos aquí, ¿no crees?’

No sabía si era cierto que mi padre tenía aquellos planes, pero había convertido con sencillez una situación negativa en un aprendizaje.

Fue la primera tarde que compartimos de verdad, sin barreras, la que nos vinculó definitivamente. Después de aquel vendrían muchos momentos compartidos, pero el primero siempre ha ocupado un lugar especial en mi memoria:

‘James, ¿quieres ayudarme?’, me preguntó aquella primera tarde, conociendo la respuesta. ‘De acuerdo. Vamos a ordenar estos libros por temas. Tú tendrás que pasármelos e iremos haciendo montones. ¿Lo has entendido?’

Evidentemente, yo no conocía la mayoría de libros y mi padre me fue explicando cuáles eran sus temas y dónde los íbamos a colocar. Avanzamos con lentitud pero estaba cómodo porque mi padre había convertido la tarea en

un juego.

Pasamos las horas que faltaban para la cena enfrascados en los libros, intentando darle un orden lógico a todo aquel caos y, cuando por fin decidimos dar el día por terminado, me preguntó:

‘¿Cuál es tu preferido por el momento?’

No dije nada.

‘Vamos, ya sé que has estado leyendo algunos...’, insistió.

‘*Frankenstein*,’ contesté.

‘Mmmm... Clásico de terror victoriano... Interesante...’

No entendí qué quería decir mi padre pero me mantuve atento mientras se giraba, buscaba en uno de los montones pendientes de ordenar y me alargaba un puñado de libros.

‘Estos también te gustarán. Puedes leerlos si quieres.’

Sin mediar palabra, dejando a mi madre esperando para cenar, fui a mi habitación a hojear los libros. Mientras me empapaba en sus tipografías, en sus texturas y olores, oí cómo mi madre le decía a mi padre: *Deberías ser más duro con él, debe aprender que los actos tienen consecuencias*. Ignoré el comentario, me aislé del mundo exterior –como haría en incontables ocasiones en el futuro– y me puse a leer.

Aquel primer montón de libros contenía autores que, años después, continuarían siendo mis favoritos como Stoker, H.G. Wells, Stevenson y Mark Twain y, desde que descubrí a Drácula, el Hombre Invisible, el Dr. Jekyll, Mr. Hyde, Tom Sawyer y compañía, cada tarde me acompañaban después de la escuela. En aquellos días, no podía ni imaginarme qué vida podría ser mejor que aquella.

Desde el incidente con los libros, mi padre y yo nos convertimos en cómplices y empezamos a compartir nuestras tardes. En ocasiones ni siquiera hablábamos porque me sentía satisfecho simplemente habitando el mismo espacio que mi padre. Desde luego, jamás llegaría a un nivel de cercanía parecido con mi madre, ni siquiera cuando mi padre ya no estuviera. Consciente de que la actitud de mi padre no se correspondía con la de los demás padres de la escuela, un día le pregunté sus razones.

‘No quiero que tengas que luchar como yo,’ dijo sin más y se lo pensó un momento antes de continuar. ‘Aunque nos cueste admitirlo, a pesar de que la obligación de un hijo es rebelarse contra su padre, intentar ser diferente –mejor–, siempre acabamos en el extremo contrario: más cerca de nuestros

progenitores de lo que nos gustaría admitir. El día que se cayeron los libros me di cuenta de que me parecía demasiado al mío, a tu abuelo; y de que no quería continuar así.’

‘¿Cómo era el abuelo?,’ era la primera vez que mi padre hablaba de él y quería saber más.

‘Era un buen hombre. Un granjero de vida sencilla,’ dijo sin pensárselo y acto seguido añadió, con un tono distinto, casi melancólico, ‘pero no entendía cómo podía interesarme más la literatura que el campo. Tuve que luchar con todas mis fuerzas para convertirme en quién soy ahora, para poder mirarme al espejo y reconocirme’, respiró hondo y me miró fijamente. ‘No quiero que tengas que luchar como lo hice yo. Como mínimo, puedo asegurarme de que no tendrás que enfrentarte conmigo por lo que deseas.’

Mi padre siempre intentaba responderme de forma honesta y su firme creencia de que debíamos tener toda la información posible para poder tomar nuestras propias decisiones lo convertían en el padre soñado, en un amigo. Ningún tabú, ningún tema que no se pudiera discutir, se interponía entre nosotros y, en aquella época, debía aceptar que mi padre era la excepción, único en su especie.

Con los años, las palabras de mi padre se tornarían ciertas –jamás tendría que luchar contra él–, pero me enfrentaría a cosas mucho peores que un progenitor severo, a obstáculos que, hipnotizado por la forma de ser y la manera de explicarme las cosas de mi padre, ni siquiera podía imaginarme.

Algún tiempo después, mi padre me informó de que iba a acompañarlos –a él y a mi madre– a una gala benéfica para recaudar fondos para el hospital de sífilíticos. No sabía qué esperar, pero mi padre fue muy claro con sus explicaciones: *ya tienes casi once años, ya es hora de que nos acompañes, debes aprender a relacionarte en este tipo de eventos*. No entendí el alcance de sus palabras pero, evidentemente, estaba encantado con la idea y, por una vez, mi madre se esmeró y me preparó un traje a medida.

La noche en cuestión, cuando salimos de casa, me sentí invencible pero, al entrar en la fiesta, mi confianza se derrumbó porque nada era como lo había imaginado. La cantidad de asistentes y el humo de los puros, que se mantenía en el aire como si no quisiera extinguirse, aferrándose –como todos– a una vida efímera, me abrumaron. El volumen de las conversaciones era muy superior a lo que estaba habituado y las risas, excesivas, no me permitían abandonar mi interior para disfrutar del exterior.

Pero, sobre todo, me fijé en el alcohol. Vivíamos en la época de la ley seca, pero allí no parecía importarle a nadie. La prohibición penaba la manufactura, venta y transporte de bebidas alcohólicas y, cuando mi padre me había explicado la ley algún tiempo antes, me había imaginado a los bebedores como truhanes, personas de mal. Sin embargo, allí estaba lo mejor de la ciudad y todos bebían, sin tener en cuenta la ley seca, ni ninguna otra. Fue mi primer contacto con un mundo que se creía por encima de las normas que regían a los demás y no supe dónde encajar lo que estaba viendo, oliendo y oyendo en mi pequeño mundo.

Aquella sobrecarga sensorial me dejó paralizado hasta que mi padre se agachó y, mirándome de frente, me dio la clave para sobrevivir en aquel tipo de ambiente:

‘James, ¿quieres saber cómo soporto estas fiestas?,’ no esperó a que continuara. ‘Me invento un personaje y lo utilizo como barrera. A ti que te gustan tanto los protagonistas de tus novelas de terror, cómo hablan, cómo se relacionan, ¿crees que podrías imitarlos?’

‘Obviamente, lo que me propone está dentro de mi rango de posibilidades, padre.’

Sonrió y el primero de los James que crearía a lo largo de mi vida tuvo su puesta de largo. Era un James más alegre, que disfrutaba de las fiestas, hablaba con toda la corrección del mundo y se sentía a gusto en un mundo adulto, más parecido al de sus novelas que al del recreo de sus días escolares.

Una hora después, mi personaje se había convertido en el alma de la fiesta con *una gran demostración de galantería*, como me diría mi padre después. Todos querían hablar conmigo y, mientras lo hacían, mi padre me vigilaba de cerca, orgulloso. Mi madre llegó a bromear con él acerca de mi cambio: *Se siente tan bien en las fiestas por haber nacido el día de Año Nuevo, algo se le debe haber pegado de Nochevieja*. Por una vez, incluso mi madre parecía contenta.

Después de la primera, asistí a más fiestas, encantado de compartir una faceta más de la vida de mi padre y cada noche más cómodo siendo el foco de atención gracias al personaje que me había creado aquella primera noche y había ido perfilando en las siguientes. Sin embargo, la felicidad de aquellos tiempos se vio truncada –como tantas otras cosas en el país– con la llegada del Jueves Negro.

El Crac del 29 iba a asolar el país como lo hacen las cosas importantes: de

golpe y sin previo aviso. La caída de las acciones afectó de tal manera a las grandes ciudades y a los núcleos industriales que, tres años después, la cuarta parte de la mano de obra del país –unos catorce millones de hombres– seguían sin trabajo y la industria había sufrido una caída del sesenta por ciento. Con esos antecedentes, no supone un gran esfuerzo imaginar cómo afectó a los pobres agricultores que trabajaban las yermas tierras de Texas. Aquellos campesinos que solo querían trabajar para vivir, que nunca habían oído hablar de la Bolsa, ni de acciones, ni de invertir un dinero que no tenían, estaban arruinados por culpa de otros. Como siempre, los ricos habían logrado no solo arruinarse a sí mismos, sino también a los demás, a un país entero.

La crisis golpeó fuerte a Austin pero nuestra vida se mantuvo estable. Gastábamos menos, las fiestas habían desaparecido de la agenda y en la calle muchas personas pedían dinero; pero el resto permanecía. Por lo que supe luego, la Universidad de Texas tenía una economía saneada desde 1923, cuando encontraron petróleo en sus terrenos y, por tanto, mi padre no debía temer por su trabajo.

A pesar de aquella supuesta estabilidad, meses después, en misa, el Crac me iba a cambiar la vida de una forma distinta pero igual de efectiva.

Mi padre nunca había acompañado a mi madre a la iglesia porque no creía en dogmas pero, unos meses después del Jueves Negro, decidió empezar a asistir. *Los que lo han perdido todo deben creer en algo. No hace daño intentar ayudarlos de alguna forma, ¿no crees? Y si de paso podemos ayudarnos a nosotros, mejor.* No lo entendí, pero respeté su opinión porque era consciente de que había razonamientos adultos que me eludían.

Antes de salir hacia la misa, mi padre me dio un libro de Edgar Allan Poe:

‘Creo que este te gustará. Tiene un terror diferente al que estás acostumbrado.’

‘Me encanta el miedo, la sensación que me proporciona. La anticipación cuando no sabes qué va a suceder...’, respondí sin ser consciente de que el sermón de aquel domingo iba a ser el germen de un terror que se iba a convertir en mi único motor.

Supongo que todas las circunstancias influyeron en lo que sucedió aquella mañana, pero sobre todo el hecho de que yo estuviera muy poco acostumbrado a la jerga católica que el cura usó. Además, sus palabras me pillaron por sorpresa en un lugar lúgubre, húmedo, pensado para sobrecoger a los presentes y que, en mi caso, había logrado afectarme nada más entrar, cuando mi temperatura corporal había descendido un par de grados y me había

conducido a un estado de máxima permeabilidad.

‘Todos somos pecadores,’ empezó el capellán minutos después. ‘Todos y cada uno de nosotros. Las leyes del hombre dicen que el asesinato está mal, pero la Biblia va más allá y nos dice que odiar a un hermano es pecado. Lo hace porque la muerte, el asesinato de alguien de nuestro rebaño procede del odio. ¿Lo entendéis? Todos sois pecadores e iréis al Infierno si no os arrepentís. Y os puedo asegurar que lo que os espera allí no es agradable. Por supuesto que no lo es. Es el último lugar de sufrimiento humano, donde se expían los pecados entre llamas y dolor. Un dolor más agudo y duradero de lo que podáis imaginar. Hay personas que, para evitar hablar de esta cuestión, dicen que el Infierno no es tan malo como decimos, que es una exageración para tener a los débiles controlados. Creedme: el Infierno existe y es peor que todo lo que os podáis imaginar. ¿No es el Cielo inimaginable en su bondad? Pues entonces el Infierno es todo lo contrario...’

Continuó explicando las atrocidades que sucedían en el averno, pero no escuché nada más. Toda mi atención estaba en el terror que crecía en mi interior. Intenté mirar alrededor para sacudírmelo, pero las imágenes de los santos, de Jesús y de la Virgen sufriendo, me obligaron a refugiarme en mi mundo interior, que no abandoné hasta que mi padre me zarandó, ya con la iglesia vacía:

‘James, ¿qué te pasa?... ¿No tendrás miedo de lo que ha dicho el cura?’

Asentí mientras oía cómo mi madre me reprochaba, *con once años. Ves cómo con tanta lectura el niño vive aislado de la sociedad.* Se marchó resoplando y mi padre la ignoró mientras se sentaba a mi lado. Yo abrazaba el volumen de relatos que me había dado antes de salir de casa, palpando por primera vez lo que significaba el auténtico miedo, el que es capaz de paralizarte el cerebro y hundir tu seguridad bajo un océano de dudas.

‘No debemos asustarnos de lo que tenemos en nuestro interior. Además, pensaba que disfrutabas con la sensación que te daba el miedo al leer tus novelas...’, me calmó mi padre, sacándome de mi letargo.

‘Me da miedo ir al Infierno. Porque todos vamos a acabar allí. Es inútil lo que hagamos,’ le dije.

‘¿Por qué dices eso?’

‘Porque nadie puede controlar lo que siente. El odio, el amor, la envidia, el miedo; son incontrolables.’

‘Es cierto,’ se lo pensó un instante antes de continuar. ‘Pero la religión no nos dice que no sintamos, nos dice que no actuemos para satisfacer esos

deseos y que nos confesemos.’

‘Me parece una tontería,’ acepté lo infantil e infundado que era mi miedo y nos levantamos.

Mientras caminábamos hacia la salida, mi padre me dijo lo que me sacudió definitivamente mis dudas y me hizo cambiar mi forma de pensar, probablemente para siempre.

‘Si quieres, te puedo explicar qué otras cosas creen las personas.’

‘¿Qué quiere decir?’

‘No todo el mundo cree en el Cielo y el Infierno, en Dios. Existen muchas creencias diferentes. Incluso dentro de la misma fe, hay pequeñas diferencias en lo que cree cada uno. Cada uno debería ser libre para decidir en qué quiere creer...’

‘Me gustaría aprender, padre...’, incapaz de resistir mi curiosidad, continué. ‘Padre, ¿usted en qué cree?’

‘Mmmm,’ se lo pensó un instante. ‘Creo que todo el mundo tiene derecho a la mejor vida posible. A ser feliz aquí y ahora; y a no vivir tan preocupados por lo que vendrá después.’

No necesité nada más. Al salir de la iglesia el sol me cegó y encontré mi fe, una nueva forma de ver el mundo: creer que todo puede ser mejor con un poco de ayuda, si intentamos hacer felices a los que nos rodean.

Entonces, sin el tiempo suficiente para que mi cuerpo se desintoxicara del terror, sin margen para absorber la sabiduría de mi padre, todo cambió.

Noté que me arrancaban el libro de Edgar Allan Poe de las manos y me giré para buscarlo. Estaba en el suelo, empapándose lentamente en sangre. Siguiendo el camino del líquido hasta su origen me encontré a un hombre moribundo, con el cráneo abierto. Tenía huesos rotos y sus articulaciones parecían desencajadas, como una grotesca marioneta.

No entendía qué había pasado.

De repente, el silencio que se había creado entre los feligreses se rompió con una respiración inesperada: la del hombre en el suelo. Seguía vivo, me miró fijamente y alargó la mano para cogerme.

Un segundo después, el estertor final. Aquel sonido reavivó mi miedo con mayor intensidad. Cerré los ojos y empecé a gritar, incapaz de controlarme, histérico. Con los meses, entendí que el hombre se había suicidado desde el tejado de la iglesia, pero en aquel momento solo estaba centrado en mis náuseas. El desayuno desafió mi voluntad, me subió por la garganta y mi vómito se mezcló con la sangre del suicida. Estaba aterrado, paralizado hasta

que mi padre reaccionó y me cogió en brazos para llevarme a casa.

Era la primera vez que el Crac me afectaba directamente –resultó que el suicida se había arruinado con la Bolsa– y lo había hecho de una forma tan brutal que, durante años, sería incapaz de salir a la calle, impotente para abandonar nuestra casa. El miedo había tomado el control de mi vida y el suicida, sin duda, había sido el primer paso hacia la cuba de sangre.

2

Pasé casi dos años con nuestro pequeño piso como único paisaje, envuelto en un miedo profundo que, cada vez que hacía un esfuerzo e intentaba bajar a la calle, me atacaba salvajemente. En los primeros días, el estertor del suicida retumbaba en mis oídos, su cerebro sangrante se clavaba en mi retina y me imaginaba qué hubiera pasado si me hubiera caído encima. Resumiendo, vivía en un estado de parálisis, vacío como los márgenes de los libros que devoraba.

Eventualmente, mi padre se hizo cargo de mi educación porque ya había perdido demasiados días de clase y abracé el cambio con inocente alegría hasta que me resultó evidente que me había convertido en una carga para la persona que más quería.

Además, las diferentes formas de ver la vida de mis padres se hicieron más patentes que nunca, aumentando la distancia que los separaba, repeliéndolos. En aquellos días, mientras mi padre continuaba tranquilo y me daba ánimos con sus palabras, esperando a que –con tiempo y espacio– me recuperara, mi madre no dejaba escapar ninguna oportunidad para criticar mi actitud infantil.

Con el paso de las semanas –y después los meses–, mi madre empezó a reprocharle con más intensidad a mi padre lo que para ella era demasiada pasividad ante la situación y todo empeoró. Sus discusiones parecían seguir un patrón y, aunque había pequeñas variaciones en las palabras concretas, nunca se desviaban de su supuesto guión. Sus peleas –durante las que me abrumaba la culpabilidad– siempre terminaban con mi madre rompiendo a llorar y mi padre en silencio, aparentemente agotado. En ocasiones, pensaba que la falta de respuestas de mi padre era porque estaba de acuerdo con ella y, en otras, porque no sabía cómo actuar, porque no tenía soluciones.

Finalmente, mi madre se cansó de esperar que todo se solucionara por sí mismo y decidió actuar a pesar de la clara oposición de mi padre a sus planes.

Una mañana, me expuso su magnífica idea cuando, aprovechando que mi padre estaba en la Universidad, hizo venir al cura para verme, pretendiendo que me apoyara en la fe para mejorar.

‘Buenos días, James,’ me saludó el mismo capellán de la iglesia del suicida.

‘Buenos días,’ contesté a la expectativa, pero con las ideas claras.

‘Tu madre me ha dicho que no quieres abandonar tu morada porque sientes

miedo de lo que puede pasarte si lo haces...’

No dije nada porque no merecía respuesta.

‘No debes estar asustado, Dios vela por todos nosotros. Nos vigila desde el Cielo y tiene un plan para cada uno de nosotros. Todos somos importantes a nuestra manera. Todo sucede por una razón.’

‘¿Era el plan de Dios que un hombre muriera a mi lado, que su sangre me salpicara? ¿Es gracias a su Dios que veo la imagen del moribundo cada vez que cierro los ojos?’, dije en un tono de voz normal, sin ponerme nervioso, pero tajante porque no estaba dispuesto a soportar más hipocresía.

Obviamente, me ignoraron, tratándome como a un niño, que era exactamente lo contrario a lo que deberían haber hecho y, por tanto, me alejaron aún más de la religión cuando prosiguieron con sus intentos de convencerme.

Cuando el cura se marchó, nada había cambiado.

En mi mente, era muy simple: a mis casi trece años me había convencido a mí mismo de que el mundo exterior no podía ofrecerme nada y ninguna tentación era suficientemente fuerte para obligarme a luchar contra mi miedo e intentar salir. Leía, comía, estudiaba y dormía. Creía no necesitar nada más, así que no lo necesitaba.

A punto de entrar en 1931, más de un año después del incidente con el suicida, todo empeoró. Todas las interacciones de mis padres se tornaron tensas porque solían acabar siempre –empezaran como empezaran– en una discusión. La verdad era que la situación empezó a afectar a mi padre y, de repente, me di cuenta de que, del hombre que me había comprendido mejor que nadie, tan solo permanecía una sombra. El brillo de su mirada, su ilusión, la energía que desprendía y su vitalidad habían desaparecido.

‘¡Eres un cobarde, incapaz de hacer que tu hijo haga lo que tú quieres! Ya me lo dijo mi padre: no te cases con él, es un débil, no ha trabajado duro en toda su vida... No va a ser capaz de hacerte feliz como un hombre debe hacerlo. Ahora me doy cuenta de que tenía razón. No puedo más, de verdad que no...’, llegó a decir mi madre una noche en que creían que yo dormía y, en aquella ocasión, sin saber qué había sido distinto de los innumerables reproches anteriores, escuchar cómo mi madre culpaba a mi padre de mi incapacidad produjo un cambio en mi interior, provocando un deseo sincero de vencer a mi miedo para que mi padre no cargara con la culpa.

Por primera vez, iba a atreverme a luchar contra el terror.

Evidentemente, esperé a estar solo para realizar mi tentativa. Respiré hondo, me concentré e intenté borrar mis dudas. Abrí la puerta y empecé a bajar a la calle, lentamente, como si con cada paso tuviera que asegurarme que el escalón fuera a soportar mi peso. Me concentraba en lo que estaba haciendo para no pensar en el miedo.

De repente, el suicida se me apareció claro como el día, delante de mí, y el miedo me golpeó.

Me apoyé en la pared y bajé otro escalón porque no quería rendirme.

Otro paso y empecé a marearme.

Un escalón más y la incontrolable necesidad de vomitar.

Subí corriendo las escaleras y llegué al lavabo justo a tiempo.

Empapado en sudor, me pasé el resto del día intentando sacudirme a partes iguales el fracaso y el asco.

Fue entonces cuando fui consciente de que la situación escapaba a mi control y mi miedo aumentó, sumiéndome en un estado en el que solo podía pensar en lo indefenso que estaba. En las siguientes semanas, ni siquiera fui capaz de concentrarme lo suficiente como para leer, así que cuando mi padre me retiró el acceso a los libros como estrategia para obligarme a salir, fracasó, sencillamente, porque era demasiado tarde.

Con el paso de los meses, el cambio de personalidad de mi padre se agudizó. Su sonrisa se convirtió en un recuerdo lejano y estar en casa parecía un suplicio. A veces me lo encontraba sentado en su sillón preferido a oscuras, con la mirada perdida. Me sentía culpable por mi inhabilidad por ayudarlo pero sabía que era incapaz de encontrar una solución por mí mismo, que necesitaba que algún hecho externo –que desconocía– cambiara sutilmente mi forma de sentirme, dándome un punto de partida.

De hecho, todo siguió inalterable hasta que, una noche, volví a oír la risa de mi padre, la que llenaba el vacío infinito y se contagiaba, la misma risa sincera y abierta que tanto añoraba. Hacía ya semanas que mis padres intentaban recuperar un poco de su vida social para –supuse– no permitir que mi miedo terminara con su relación y yo había aceptado el cambio no solo para ver si las cosas mejoraban, sino porque cuando estaba solo, mi culpabilidad se aletargaba. Aquella noche, casi a las diez, los oí llegar y escuché a mi padre riéndose. Al asomarme, los descubrí mirándose, cómplices de nuevo, besándose. Supe que era lo que había estado esperando, pero me metí en mi habitación porque no quería romper la magia del instante.

La mañana siguiente, consciente de que necesitaba aprovechar la inercia adquirida para dar un paso adelante, me dirigí a mi padre:

‘Padre, ¿de dónde venían ayer por la noche? ¿De qué se reían?’

Estaba sentado en su butaca, estudiando el vacío, tan perdido que, por un instante, pensé que su risa no había sido más que un sueño.

‘Fuimos al *Paramount* a ver una película,’ dijo finalmente.

‘Nunca he ido al cine,’ tragué saliva antes de continuar. ‘Me gustaría que fuéramos juntos.’

‘¿Y cómo planeas hacerlo exactamente?’, su tono no denotaba rabia, ni odio, simplemente exponía un hecho.

‘Creo que lo mejor es que me coja en brazos, me meta en el coche y avance sin importar lo que pase. Más o menos como en el momento que lo empecé todo. Estoy seguro de que lo lograré,’ había pasado la noche pensando en la mejor manera de actuar y había decidido que era aquella.

‘Si lo crees posible, mañana por la noche iremos.’

No sabía si lo lograría, pero tenía que arriesgarme, traspasar mis propios límites si quería que algo cambiara. Quizás solo estaba tratando de convencerme a mí mismo, pero estaba dispuesto a una última prueba antes de renunciar definitivamente.

Pasara lo que pasara, había decidido aceptar el resultado de la prueba como definitivo, así que abracé aquella última batalla como una oportunidad única. La noche siguiente, como habíamos acordado, mi padre me cogió en volandas y me subió al coche sin detenerse ante mis gritos.

De todo el trayecto al cine solo recuerdo mis sensaciones: el roce de la tapicería del coche, los olores que entraban por la ventana, el sabor a bilis en mi boca y la voz de mi padre, por encima de todo, animándome.

Para mi alivio, descubrí que a medida que nos alejábamos de casa me encontraba mejor. Tanto que, cuando aparcamos cerca del *Paramount*, pude bajar del coche por mi propio pie.

Vomitó en la acera, pero fui capaz de reincorporarme y, recordando la risa de mi padre, la razón por la que estaba luchando, me sobrepuse.

Mi padre me sonrió, me dio un golpecito cariñoso en la cabeza y pensé que por fin había vencido al miedo. *Sabía que lo solucionarías tú solo*, me dijo y no le contesté porque aún estaba comprobando cómo respondía mi cuerpo.

Compramos las entradas y nos pusimos en la cola.

‘Ni siquiera me has preguntado qué película vamos a ver...’

‘Es cierto. Ahora ya puede decírmelo,’ con mi encierro, la forma de hablar que usaba en las fiestas se había convertido en la habitual, como si el personaje que había creado hacía una eternidad me protegiera.

‘Se llama *Luces de la ciudad* y espero que te llegue tanto como a mí. Me hizo pensar en cosas que hacía tiempo que no me resultaban importantes...’

Cambié de tema para no pensar en cosas negativas:

‘¿Podemos comprar cacahuets fritos Planters? Solo cuestan 5 centavos.’

‘Claro. También compraremos dos Coca-Colas. Los cacahuets son muy salados y no quiero que te pases toda la película con sed.’

Me guiñó el ojo y, desde entonces, el sabor de la Coca-Cola y el olor a cacahuets me transportaría a aquel momento feliz, el último real que pasaría con mi padre.

Entramos y nos sentamos a lo que me pareció una distancia demasiado lejana del escenario pero, cuando quise acercarme, mi padre lo evitó. *Para disfrutar de la película como se debe, hay que instalarse a la distancia justa*, lo acepté sin más y observé la sala con curiosidad desde los sillones elegidos.

El *Paramount* era grande y espectacular. Tenía un buen número de palcos y sus lámparas de araña parecían más propias de un palacio francés del siglo XVIII que de la depresión en que vivíamos. Evidentemente, estaba encantado con que el primer lugar al que iba después de mi encierro fuera mágico.

Estaba emocionado, deseando que empezara la proyección cuando un hombre apareció en el escenario y se sentó al piano.

‘Padre, ¿ese hombre aparece en la película?’

‘No, hijo. Es el que pone música mientras vemos las imágenes.’

Me quedé fascinado, hipnotizado con los movimientos de preparación del pianista hasta que nos quedamos a oscuras y empezó la película.

Las primeras escenas del metraje mostraban a un montón de gente dando discursos y pensé en lo extraño que resultaba que todos hablaran tanto en una película muda. Como siempre, le daba demasiadas vueltas a lo que sucedía y, hasta que apareció Chaplin, no me sumergí en la historia como habría hecho en uno de mis libros.

Fue en aquel cine donde descubrí que la risa es el único sentimiento que nos une a todos. Completos desconocidos compartiendo un espacio, riéndose de lo mismo. Con la primera risa, las personas que te rodean dejan de ser desconocidas, casi como si compartierais un secreto.

Era una sensación extraña, pero me empapé en ella porque me sentía

cómodo.

La escena de *Luces de la ciudad* que más me llegó –supongo que por lo cercano al origen de mi encierro– fue en la que Chaplin se encuentra a un hombre a punto de suicidarse tirándose al río. Por un instante, creí que mi miedo iba a volver, pero respiré hondo y me concentré en la pantalla, donde Chaplin intentaba que el suicida no se dejara caer y acababan los dos en el río. Todos se rieron, pero yo no. Antes de caerse, Chaplin le había dicho al suicida: ¡¡*Sé valiente!!* ¡*Enfréntate a la vida!* y lo sentí cómo si me lo dijera directamente a mí.

Cuando las luces se encendieron, a pesar de haber disfrutado de la película, le dije a mi padre algo a lo que le había estado dando vueltas durante los últimos minutos:

‘¿No es un poco simple, padre?’

‘¿Qué? ¿El argumento?’

Asentí mientras me levantaba.

‘Comparada con un libro me ha parecido simple,’ añadió.

Sonrió.

‘Es difícil que una película pueda tener la profundidad de un libro. Dura mucho menos y es mucho más difícil expresar ciertas cosas... El cine aspira a entretenerte. Si lo ha hecho, ha logrado su objetivo.’

No dije nada en señal de comprensión y estuvimos unos segundos en silencio antes que mi padre volviera a dirigirse a mí:

‘James, se acerca tu cumpleaños...’

‘Sí, pero no quiero que me compre nada. Este año mi regalo será que todo vuelva a la normalidad.’

Asintió pero se quedó pensativo como si fuera imposible volver a la normalidad. Fue la primera ocasión en que creí que mi padre estaba preocupado por algo más y, darme cuenta, empañó mi euforia.

Sin embargo, estaba claro que mi padre también quería recuperar nuestra antigua vida y ponía todo su empeño:

‘Te diré qué haremos. Esta Navidad haremos un viaje los tres. ¿Qué te parece? Ese será tu regalo.’

‘Me parece una idea perfecta. ¿Dónde iremos?’

‘Creo que a... Déjame pensar... A Atlantic City. Sé que siempre has querido ver el océano.’

Me pasé el resto del viaje preguntándole todo lo que se me ocurría sobre Atlantic City y, mientras lo hacía, ni siquiera recordaba los casi dos años que

había pasado sin salir. En aquel instante, solo soñaba en un futuro mejor.

La idea del viaje contagió a mi madre y, durante las semanas que faltaban para Navidad, también ella parecía feliz.

La noche anterior a marcharnos, antes de acostarme, mientras mi madre me preguntaba por enésima vez si lo tenía todo preparado, no podía sospechar cómo iba a cambiar todo.

Me metí en la cama temprano, con el *Winnie-the-Pooh* de A.A. Milne –que mi padre me había traído de la biblioteca– con la intención de descubrir por qué me había elegido un libro infantil. Desde la noche en el *Paramount*, había vuelto a leer y me apetecía ponerme al día con mis lecturas, así que sospeché que mi padre tenía algún motivo para traerme aquel libro.

Empecé:

“Capítulo uno. En el que Winnie-the-Pooh y algunas abejas son introducidas, y empiezan las historias. He aquí Edward Oso, bajando las escaleras, bump, bump, bump, pegando con el culo en los escalones. Esta es, por lo que él sabe, la única manera de bajar las escaleras, pero a veces cree que quizás hay otra manera... Si solo pudiera dejar de bajar de culo y pararse a pensar. Pero entonces siente que no hay otra forma de bajar.”

Paré de leer porque aquella imagen era demasiado poderosa para continuar. Me fascinó la forma en que el autor nos hacía ver que debemos pararnos a pensar antes de ejecutar, cómo explicaba que un mismo problema tiene varias soluciones posibles y me dormí feliz pensando en aquella última lección que aprendería de mi padre.

Me levanté antes del alba, nervioso por el viaje, y todo seguía oscuro. Fui al salón a coger un libro y vi la sombra de mi padre en su sillón favorito. *Se ha vuelto a quedar dormido*, pensé y me acerqué para despertarlo. Sin embargo, inmediatamente supe que algo iba mal y corrí a avisar a mi madre, incapaz de imaginarme que nunca más vería a mi padre despierto.

3

La *enfermedad del sueño* es el nombre que se da a la epidemia de *Encephalitis Lethargica* que azotó el mundo entre 1916 y 1927. La sufrieron cinco millones de personas y casi un tercio de ellas perecieron sin causa aparente. Los enfermos presentaban fiebre alta, garganta seca, letargo, visión doble y catatonía. En los casos más graves, la enfermedad atacaba al cerebro y dejaba a sus víctimas como una estatua, sin poder moverse ni hablar. Eso fue básicamente lo que descubrí en el libro que uno de los doctores me dio, indicándome que allí encontraría la información relativa a la enfermedad de mi padre. No se habían detectado nuevos casos de la enfermedad desde 1927 pero, después de leer el libro, no me cabía duda de que los médicos habían acertado su diagnóstico.

La situación era muy extraña porque mi padre no había muerto, pero tampoco parecía vivo y se mantenía en una especie de *impasse* entre esta vida y la siguiente, poco más que un cascarón vacío.

Con la ayuda de mi madre, movimos a mi padre a la parte más cómoda del sofá y lo estiramos, incorporándolo solo para comer. En los días siguientes, elaboramos una rutina para alimentarlo, cambiarlo, moverlo para evitar úlceras, bañarlo y limpiar sus excrementos. Los médicos nos habían dicho que lo mantuviéramos cómodo y fue lo que intentamos.

En aquellos primeros días, ninguno de los dos tenía las herramientas necesarias para encargarse de todo, así que, hasta que aprendí a manejarme solo, nos ayudábamos.

Durante un tiempo, pareció que, con las nuevas rutinas implementadas, la situación solo podía mejorar, pero la mañana de Navidad aprendimos que, por mal que estén las cosas, siempre pueden empeorar. Yo estaba leyendo en mi habitación, matando el tiempo hasta la hora de comer, cuando llamaron a la puerta.

‘Feliz Navidad, señora,’ era una voz de hombre, muy correcta y educada, ronca pero agradable.

‘Feliz Navidad a usted también.’

‘Siento aparecer en un día como este, pero tengo que hablar con usted sin demora. ¿Puedo pasar?’

‘¿Era usted amigo de su marido?’

‘Podríamos decir que sí.’

Aparté mi libro y presté atención al hombre que se hallaba ya en el salón, muy cerca del sofá donde mi padre reposaba. Iba bien vestido, con un traje nuevo, pero tenía una barriga incipiente e intentaba disimular su calvicie peinándose hacia adelante, en un claro intento de sacar a relucir un atractivo que no existía.

‘Mire, señora, seré franco con usted. Nos hemos enterado de lo que le ha pasado a su marido, del estado en que se encuentra y es nuestro deber informarle de que nos debía una gran suma de dinero. Queremos saber cuándo nos lo va a devolver.’

‘No lo comprendo.’

‘Su marido tuvo grandes pérdidas después del derrumbe de la Bolsa y vino a pedirnos ayuda. Evidentemente, hicimos todo lo que pudimos. Nos iba devolviendo el préstamo a tiempo pero, una vez se quedó sin trabajo en la Universidad, dejó de pagar y, además, amplió su crédito.’

Mi madre se quedó callada, tan incrédula como yo.

‘Se lo explicaré de forma más simple. Su marido quería que usted y su hijo vivieran como siempre, que no se vieran afectados...,’ el hombre vio que no eran necesarias más explicaciones y fue al grano. ‘Debe hacerse cargo de las deudas de su marido o nos quedaremos con su vivienda.’

‘Mi marido es una buena persona. No me creo ni una palabra de lo que me está diciendo, mi Alan trabajó hasta que enfermó.’

‘Su marido ha vivido durante meses por encima de sus posibilidades y debe hacerse cargo de la situación,’ respondió el hombre sin más, impermeable a la situación que había generado, acostumbrado a dar malas noticias.

Mi madre echó al hombre mientras yo me convencía de la imposibilidad de la narrativa que se acababa de formular. Unos segundos después, recordé la mirada perdida de mi padre y supe que todo era verdad. Y entendí que mi madre también debía saberlo cuando entró en mi habitación, llorando, para abrazarme, en un gesto que me hizo sentir incómodo.

En los días siguientes confirmamos las noticias sobre mi padre y la realidad nos atrapó: estábamos arruinados. Solo teníamos nuestro piso y los pocos dólares para emergencias de mi madre. En un primer momento, me sentí aliviado al saber que el cambio de carácter de mi padre no había sido propiciado por mi miedo a salir de casa, pero mi sosiego se convirtió rápidamente en preocupación por el futuro.

Sin embargo, lo peor de todo fue descubrir que si mi padre moría todas sus deudas quedarían saldadas. Le debía a mi padre no pensar en ello, ser positivo, pero a veces no podía remediarlo.

Con la intención de mejorar un poco nuestra situación, mi madre empezó a salir cada mañana a buscar trabajo y, a pesar de la depresión existente, cada noche me repetía lo mismo: *Aunque no sea fácil, James, no debemos dejar de intentarlo.*

Mientras mi madre no estaba –la mayor parte del tiempo– me encargaba yo solo de mi padre. No podíamos pagar un hospital y era el único que podía hacerse cargo, así que simplemente lo hice. Lo cambiaba, lo limpiaba, le leía en voz alta, le hablaba como si estuviera despierto, le hacía compañía y hacía todo lo posible por mantener la casa en orden. Lo único de lo que no me encargaba era de la comida, que puntualmente me traía la esposa del tendero de abajo, la señora Ripley. *Con catorce años ya eres el hombre de la casa,* solía decirme cuando venía a ver cómo me iba, *ya veo que no me necesitas.* La señora Ripley nos daba básicamente lo que los clientes no querían (patatas grilladas, latas caducadas, carne de aspecto dudoso...) pero si soy honesto debo reconocer que sin ella no habríamos sobrevivido.

Con el paso de las semanas, decidimos empezar a vender lo poco que teníamos para pagar las facturas. Primero vendimos el coche y después, centavo a centavo, intentamos mantener la cabeza fuera del agua que amenazaba con ahogarnos.

Finalmente, llegó lo inevitable –aunque no por eso menos duro–: el momento de vender los libros de mi padre. Me costó aceptarlo, pero mi madre me convenció: *Es lo único que nos queda, James. Debemos continuar pagando la deuda y esperar que todo mejore.*

Con el esfuerzo que había hecho por aceptar la venta de los volúmenes de mi padre, la sorpresa fue mayúscula cuando descubrimos que nadie estaba interesado en un puñado de libros viejos. Mi madre fue a la Universidad por si los querían y le dijeron que sí, que aceptarían una donación.

Evidentemente, no donamos nada y continuamos luchando por cada centavo.

Justo entonces, cuando la esperanza se agotaba y parecía que nos echarían definitivamente de casa, mi madre encontró trabajo. No era gran cosa –de limpieza en el despacho de un matadero– pero lo vivimos como una victoria.

Un mes después, mi madre fue ascendida a secretaria, le aumentaron el sueldo y sentí que todo iba a acabar bien. En mi optimismo, fui incapaz de

sospechar que el dueño del matadero tenía otras pretensiones con mi madre ni de que todo aquello desembocaría en el fin definitivo de mi padre.

Después del verano, el jefe de mi madre empezó a acompañarla a casa en coche. En mi inocencia, no entendí qué había tras aquel gesto y me sentí feliz con el simple hecho de que alguien la ayudara después de todo lo sucedido. Me concentré en cuidar de mi padre porque estaba convencido de que, si todo lo demás mejoraba, él también lo haría.

Llegó otra Navidad y mi madre cada vez pasaba menos tiempo conmigo. Estar en casa le suponía un esfuerzo, era una carga. A veces la oía hablando con la señora Ripley: *Soy demasiado joven para estar atada, no puedo soportarlo más. Tengo que aprovechar la oportunidad*, y cosas similares. No me importaba porque a mis quince años aún me aferraba a una fantasía infantil donde mi padre se recuperaba y todo volvía a ser como antes.

Una mañana temprano, mis sueños se esfumaron cuando encontré a mi madre encima de mi padre, llorando.

‘Madre...’

‘¡James, corre a buscar ayuda! ¡Rápido!’

Cuando volví, mi madre seguía llorando mientras colocaba en el sofá la almohada de flores de mi padre.

‘Tu padre nos ha dejado, James. Estamos solos,’ sentenció y, mientras miraba fijamente las flores de la almohada –sin entender aún que mi madre la había usado para acabar con mi padre–, me di cuenta de todo el tiempo que ya llevaba solo.

Mis recuerdos más claros del entierro de mi padre son el ataúd y el olor a madera. Desde luego, la caja de pino sin barnizar era el ejemplo perfecto de que las cosas no nos iban tan bien como pensaba.

Aquella mañana, sin salir del adormecimiento en el que me había sumido con la muerte de mi padre, mientras miraba a los sepultureros manipulando el ataúd, me di cuenta de que para ellos no era más que otro muerto, un día más de trabajo, otra jornada rodeados de pena ajena, de que la muerte no significaba lo mismo para todos; y aquel conocimiento me dejó aún más aturdido.

De hecho, hasta que la tierra empezó a cubrir el ataúd de mi padre no salí del letargo en el que había caído cuando murió. Hasta aquel momento había vivido un mal sueño pero, con cada palada, los recuerdos de los buenos

momentos que había pasado con mi padre se agolparon en oleadas tras mis ojos y entendí la magnitud de lo que había perdido, la auténtica pesadilla que se cernía sobre mi futuro. En aquel instante, mi dolor creció hasta alcanzar un nivel al que mi miedo jamás se había acercado, desbordado.

Con el tiempo, aquella angustia se transformaría en una rabia nacida de mi impotencia por controlar la situación. Si antes de la muerte de mi padre mi vida se basaba en la esperanza, con su marcha el odio se convirtió en mi guía.

Después del entierro, pasaba los días en casa, leyendo, porque había decidido que volver a la escuela era una estupidez, que podía educarme solo, y mi madre estuvo de acuerdo, supongo que porque no le importaba lo suficiente como para discutirlo conmigo.

Unos meses después, mi madre invitó a su jefe a casa y, desde luego, por su comportamiento, ni mi madre ni yo sospechábamos cómo aquel hombre iba a cambiar nuestras vidas, a afectar nuestro destino.

‘Hola, James. Hay alguien a quien quiero que conozcas.’

Cuando se me acercaron, un nudo cerró mi garganta.

‘Hola, soy el señor Slater. ¿Cómo estás?’

‘Bien,’ un sonido ahogado abandonó mi boca.

‘¿Eso es todo lo que tienes que decirle al señor Slater, James?’

Tragué saliva. No quería dejarme llevar por la rabia y resistí lo mejor que pude.

‘No, pero creo que es lo único que me veo capacitado para decirle en estos momentos.’

‘No pasa nada, Martha, los niños son así.’

En el mismo instante en que llamó a mi madre por su nombre de pila, mi control se desvaneció y tuve que marcharme corriendo. Fue la primera vez que corrí para apaciguar mi odio, para recuperar el control, pero no sería la última. Corrí hasta que no pude más, pensando en mi padre, y me di cuenta de que mi error había sido dejar crecer salvajemente a mi rabia sin domesticarla, sin ofrecerle una salida.

Con los pulmones ardiendo, paré y empecé a darle patadas a una valla desvencijada hasta que la derribé. Mientras recuperaba el aliento, tomé la decisión que me permitiría volver a ser el dueño de mis actos y recuperar el control: empezaría a proyectar toda mi rabia hacia mi madre. Su indiferencia y su falta de respeto por mi padre la hacían merecedora de todo mi odio y usarla como diana me permitiría mantener cierto control, proyectar cierta imagen ante

los demás.

A partir de aquel día, cada vez veía menos a mi madre y, cuando volvía, le escupía toda mi bilis acumulada. Hubo noches en que ni siquiera se dignó a dormir en casa y la noche siguiente la insultaba, la atacaba verbalmente y hacía todo lo que se me ocurría para expulsar mi rabia, como un exorcismo, convencido de que su ausencia le quitaba todo derecho a opinar sobre mí.

Además, comprobé que aquellos desahogos con mi madre me permitían esconder mis sentimientos reales cuando venía el señor Slater. Cuando mi madre estaba en casa no me reservaba nada porque sabía que actuar con total corrección ante el señor Slater era otra forma de ataque a mi madre, mucho más sutil pero igual de efectiva.

Cuando el dueño del matadero venía a cenar, mi comportamiento era tan educado, tan bueno como lo había sido en las fiestas de mis padres, antes de la Depresión y, en las ocasiones en que mi rabia intentó aparecer, la mantuve a raya pensando en el daño que le hacía a mi madre saber que solo la odiaba a ella.

Llegó un momento en que dejé de encargarme de la casa: no reabastecí la despensa, no cociné, no limpié ni ordené nada para que mi madre se viera obligada a venir a casa para controlarme. Una vez allí, la trataba como la extraña que siempre había sido y, cada vez más a menudo, conseguía amargarla hasta que explotaba:

‘¡Me gustaría que me explicaras que pasa contigo, hijo!’

‘Así que ahora soy tu hijo... Pensaba que era tu criado...’

‘Ya sé que hemos pasado una mala temporad—’

‘Quizás uno de los dos lo ha pasado peor que el otro.’

‘Me gustaría saber de qué estás hablando.’

‘Y a mí que lo supieras. Si tengo que explicarte lo que siento, pierde su valor. Hay cosas que no se deberían tener que explicar a una madre. Ni a nadie.’

En aquellos días, saboreaba aquel tipo de discusiones porque me daban el solaz que tanto necesitaba y, cuando estaba solo, las recordaba para apaciguar mi rabia, reservando energías para el siguiente ataque.

Sin embargo, mis ataques eran tan efectivos que mi madre empezó a evitarlos pasando aún menos tiempo en casa. Entonces, el recuerdo de las discusiones no era suficiente, mi rabia se descontrolaba y tenía que salir a correr, a ejercer violencia física sobre algo. Los destrozos se convirtieron en

otra válvula de escape porque me hacían sentir poderos: rompía buzones, tiraba piedras al perro pulgoso que dormía en la estación de tren, rompía los cristales del Ayuntamiento...

Parecía que lo tenía todo bajo control cuando mi madre cambió nuestras vidas para siempre. Había pasado un año de la muerte de mi padre cuando supe la noticia. *El señor Slater y yo vamos a casarnos, James*, me soltó sin más y, de repente, mi rabia superó todas mis barreras de control.

Decidí boicotear la boda. Pensaba en ella como la traición definitiva hacia nuestra familia y no tenía ninguna intención de contenerme. Escondí la lista de invitados, cambié la distribución de las mesas, ensució las joyas de mi madre, me negué a salir de mi habitación para que llegaran tarde, tiré manteles al suelo, volqué mesas, rompí copas y todo lo que se me ocurrió; pero no logré mi objetivo. Todos achacaron mi comportamiento al de un adolescente, al de un imbécil que quiere llamar la atención después de la muerte de su padre, al de un niño que no sabe lidiar con sus propios sentimientos. Al ver que mi madre me ignoraba, todos los invitados hicieron lo mismo. La felicidad de los asistentes me hundió y mi fracaso aumentó mi odio.

Finalmente, vi la sonrisa de mi madre y simplemente me marché, tan obsesionado con lo que sentía, con lo que quería lograr, que ni siquiera me fijé en Eva, la mujer que se convertiría en la más importante de mi vida.

4

El traslado al matadero fue el día siguiente a la boda y me negué a ayudar en nada. De hecho, molesté todo lo que pude hasta que mi madre me dio una tarea que no pude rechazar –*James, encárgate de empaquetar los libros*– y empecé inmediatamente a meterlos en cajas mientras rememoraba conversaciones que había tenido con mi padre sobre algunos de ellos. Fue allí, entre los volúmenes, donde descubrí otra forma de controlar mi rabia. Las letras impresas en las amarillentas páginas me transportaban a un momento mejor y apaciguaban mi ira.

Me pasé el resto del traslado leyendo, inmerso en mundos ficticios sin prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor, centrado únicamente en los libros, las cajas y las palabras.

Mi rabia seguía aletargada cuando mi madre me interrumpió para darme algo que, para variar, iba a hacerme feliz.

‘Toma, James, esto es para ti. Lo han encontrado escondido mientras movían muebles.’

La miré con incredulidad mientras cogía un paquete rectangular, envuelto en un papel rojo con motivos de bolas, muy navideño, que venía acompañado de una nota:

Para James.

Tu regalo iba a ser el viaje a Atlantic City pero hoy es Navidad y te mereces algo más.

Te quiere, papá.

Por un momento, con el regalo en las manos, todo lo sucedido desde *Luces de la ciudad* dejó de existir. La enfermedad, las largas horas solo, la muerte de mi padre, la boda y mi rabia no pertenecían al mismo universo que el regalo porque verlo y tocarlo me había hecho recordar el sabor de la felicidad. Si cerraba los ojos podía oler la loción de afeitado de mi padre en el papel de regalo y sentirme como hacía meses que no me sentía. No era feliz, pero estaba en paz y, por tanto, decidí no abrir el regalo hasta que su efecto se desvaneciera.

Antes de salir de mi habitación, mi madre intervino para recordarme que siempre la tendría allí para desahogarme si no tenía otra opción. *Tu padre siempre igual, gastando dinero en tonterías cuando sabía que nos encontrábamos en una situación tan penosa.* Me callé para no empañar lo

que sentía con el regalo entre mis manos pero tomé la decisión de continuar los ataques a mi madre aunque la lectura me relajara. Al fin y al cabo, se lo merecía.

Antes de marcharnos definitivamente, recorrí todos los lugares del viejo piso en los que tenía un recuerdo feliz. Saboreé el momento e intenté impregnarme de lo que sentía porque quería prevenir lo inevitable, que abandonar el lugar que me había visto crecer significara diluir mis recuerdos. En el comedor, vi la almohada de flores de mi padre en el suelo y la cogí, sin entender por qué mi madre no la había empaquetado con el resto. Bajé las escaleras con el cojín y el regalo entre mis brazos, convencido de no permitirme olvidar nada de lo que había sucedido allí.

‘Definitivamente, no eres normal, hijo,’ me dijo mi madre ya en la calle. ‘Debes ser el único niño de tu edad que no abre un regalo cuando se le da.’

‘El regalo es para mí y haré con él lo que me plazca,’ dije sin mirarla y salté a la parte trasera de la camioneta donde, sentado al lado de las cajas de libros, miré cómo nuestro hogar se alejaba. Me sentía solo, pero el regalo y la almohada me reconfortaron durante el largo viaje.

Llegamos al Matadero Slater y, al cruzar la gran puerta forjada del recinto, volví a prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor después de haberme pasado el trayecto perdido en mis pensamientos. A mi izquierda había un gran edificio que después supe que era la sala de matanza y, enfrente, el comedor de los trabajadores, que almorzaban sentados en mesas de madera. Fue lo primero que me llamó la atención: que estuvieran cubiertos de sangre y a nadie pareciera importarle. Comían, bebían, reían y se relacionaban como si sus manchas no provinieran de la muerte de otro ser vivo. De fondo, se podía distinguir un mugido parecido al grito de un bebé pidiendo ayuda proveniente de las terneras –que más tarde vería en un cercado tras la sala de matanza– y no pude evitar pensar lo extraño que era aquel mundo para mí.

Al lado del matadero, antes de llegar a la casa, había un depósito de grano, uno de agua y lo que parecía un cobertizo para perros. Al otro lado de la camioneta, unos establos abandonados que, desde luego, habían visto tiempos mejores.

Por fin, llegamos al gran árbol muerto que daba paso al recinto vallado de la casa principal y nos detuvimos. Al verlo, más alto que la casa, con su color gris oscuro –casi negro–, pensé que estaba ante un espectro, ante algo más

propio de una ficción, casi como un recordatorio de que en aquel lugar todo debía acabar muerto.

Además, el hecho de que el Matadero Slater estuviera en medio de la nada, en una de las interminables planicies de Texas, le daba al conjunto una aura extraña, como si perteneciera a otro mundo, un universo en sí mismo.

La casa era la típica estructura sureña, blanca y con columnas en el porche delantero y no parecía encajar con la imagen de dejadez del resto del recinto ni con el estilo arquitectónico de la ciudad, mucho más parecida a la del sudoeste –con sus raíces sudamericanas– que a la de las grandes plantaciones sureñas en las que parecía inspirarse. Era una gran casa y, a pesar de que estaba claro que no se mantenía tan cuidada como antaño, seguía siendo imponente, una muestra del dinero que podía llegar a generar el Matadero Slater y de la historia que había vivido aquel lugar. Desde luego, estaba impresionado y, si no hubiera sido por el coste de vivir allí –mi padre había tenido que morir–, habría disfrutado instalándome en aquella casa, en la que podría tener un espacio privado donde nadie me molestara.

Después de revisar la fachada de la casa principal e imaginarme cómo sería su interior, me fijé en que, delante de la puerta principal, había cuatro personas de pie, esperando para recibirnos. Sin duda, en aquel mundo tan alejado de mi antigua vida, tendría que pasar por un proceso de adaptación.

Esperándonos, una mujer regordeta, con la cara redonda y facciones agradables; un hombre alto y extremadamente delgado vestido de negro; otra mujer, de apariencia y constitución normales, también de oscuro; y por último, Eva. Aún no sabía su nombre, ni quién era, ni lo importante que iba a ser en mi futuro, pero inmediatamente me fijé en ella porque era la persona más bonita que había visto. Su pelo rubio me cegó porque reflejaba el sol de mediodía con intensidad y su piel blanquecina no era como la de nadie que hubiera visto antes en Austin. Solo tenía un par de años menos que yo, pero nos separaba un mundo. Eva, inalcanzable en su belleza, parecía encajar más en una novela romántica que en aquel extraño lugar.

‘Acércate, James, te presentaré a las personas que vivirán con nosotros,’ dijo mi madre y me puse a su lado antes de que prosiguiera. Mientras me los presentaba, los fui saludando uno por uno como un autómatas, mientras todo en lo que podía pensar era en cómo sería vivir bajo el mismo techo que Eva.

‘Este hombre es el señor Farrow, el mayordomo,’ empezó mi madre. ‘Esta es la señora West, el ama de llaves,’ dijo señalando a la mujer regordeta.

‘Encantado, señor. Encantado, señora,’ el mayordomo se mostró frío, pero

la señora West me regaló una franca sonrisa.

‘Esta de aquí es la señora Miller, tu nueva profesora,’ continuaron las presentaciones.

‘Puedes llamarme Fran, James.’

‘Encantado, señora Miller,’ no pensaba abandonar mi personaje justo cuando llegaba a un lugar desconocido.

‘Esta jovencita es la hija del señor Slater,’ mi madre terminó las presentaciones con la única persona que me interesaba del comité de bienvenida. ‘Tu nueva hermana, Eva.’

‘Hola. Espero que podamos ser buenos amigos,’ me dijo y su voz me fascinó, frágil como el sonido de un tenedor golpeando una copa de vino pero clara como su piel.

Teniéndola cerca, me quedé sin palabras. *Ya pueden continuar con sus tareas*, ordenó mi madre, y todos se marcharon. Cuando me quedé a solas con Eva, apreté fuerte el regalo de mi padre para armarme de coraje y me dirigí a ella.

‘Ah, hola, pensé que no querías hablar conmigo,’ respondió sin ninguna muestra de altivez.

‘No. Es solo que—’

‘Te cuesta asimilar tu nueva situación,’ me cortó.

‘Algo parecido.’

‘Para mí también es difícil.’

‘No quería que pensaras que no me gustabas o algo parecido.’

‘Así que te gusto... Está bien saberlo.’

Me sonrojé, sorprendido más por su franqueza que por su comentario, y me sonrió.

‘Por un momento, me había parecido que no querías saber nada de mí, que solo te quedaba odio. Me alegro de haberme equivocado.’

Me pregunté cómo era posible que Eva supiera tanto de mí porque ni siquiera se me había ocurrido que ella se encontraba en una situación muy parecida a la mía.

‘Por eso he venido a hablarte,’ dije. ‘Para no empezar con mal pie...’

‘Lo entiendo, no te preocupes. Mejor que seamos aliados... Al fin y al cabo, nuestra situación es similar,’ se lo pensó un instante, dudando por primera vez en toda la conversación. ‘Si no te molesta la pregunta, ¿cuánto tiempo hace que murió tu padre?’

‘Demasiado poco.’

Asintió.

‘Mi madre murió hace solo un año y medio y aquí estamos los dos, con un hermano nuevo.’

‘Y un nuevo padre.’

‘Y una nueva madre.’

De repente, una voz irresistible lo inundó todo.

‘¡Eva! ¡Deja de jugar y ven!’

‘Es la señora Miller. Debo irme. Tenemos clase de matemáticas,’ me dio un beso en la mejilla y salió corriendo.

Entonces, se me ocurrió y fui detrás de ella para no quedarme con la duda:

‘¡Eva!’, se giró. ‘¿Cómo es que no te vi en la boda?’

‘Estabas demasiado ocupado intentado que todo fuera mal...’, y se marchó.

Me quedé pensando por un instante en lo que me había dicho y, rápidamente, fui a buscar mi habitación.

El interior de la casa era igual de impresionante que su exterior, quizás más si tenemos en cuenta que todo parecía más limpio, más cuidado. Tenía una biblioteca, un comedor para más de veinte personas, habitaciones para el servicio y varios salones, así que después de más de media hora de búsqueda, acudí al señor Farrow para que me indicara dónde podía instalarme.

Me guió a una habitación grande, con estanterías en la pared para los libros de mi padre —que entonces ya consideraba míos—. *Espero que sean de su agrado, fueron una petición expresa de su madre para usted, señorito*, me informó el mayordomo y le di un sincero gracias antes que me dejara solo.

Acto seguido, guardé el regalo de mi padre, puse la almohada de flores encima de la cama y empecé a organizar los libros.

Después del tiempo que había pasado cuidando de mi padre, la vida en el matadero era sencilla. Desayuno, clases con la señora Miller, comer con Eva, estudio o lectura y cena en *familia*. El tiempo que pasaba con mi hermanastra era rutinario, sin conversaciones privadas, pero lo disfrutaba y descubrí rápidamente que estar con Eva me pacificaba.

Estaba tan calmado, que ya no necesitaba salir a correr para desahogarme aunque, de todas formas, cada noche salía pasear. Mientras todos dormían, había algo en el *silencio sonoro* del matadero que me daba aire, casi como si hubiera vivido desde mi infancia con la nariz tapada y, de repente, sin saber por qué, pudiera llenar al máximo mis pulmones. Era una sensación

reconfortante que me proporcionaba una gran libertad.

Con los meses, convertí el patio de juegos abandonado de detrás de la casa en mi zona favorita. Había dos columpios viejos, oxidados, que se debían haber instalado en la niñez de Eva. Allí, la luna parecía distinta y adquiría un tinte triste, pero perfecto para calmarme. Me sentaba en un columpio, meciéndome lentamente, iluminado solo en las noches en que había luna, y dejaba vagar mi mente. Pensaba sobre todo en mi padre, en los buenos momentos que habíamos compartido, en qué le diría si estuviera vivo y recargaba mi tranquilidad para otro día en el matadero.

En aquellos días, me permití la licencia de empezar a acompañar a la familia a misa. Continuaba sin creer en Dios, pero interpretaba un papel para no enfrentarme a nadie y poder continuar con mi recién ganada libertad. Sabía que, si todos se creían lo que proyectaba, todo era más sencillo.

Uno de los primeros domingos, yendo a misa, me dirigí al señor Slater para borrar todas las dudas existentes sobre mi cambio:

‘Señor Slater, ahora veo lo equivocado que he estado todos estos años respecto a la fe.’

‘Estás aprendiendo el camino del Señor, James,’ me dijo el señor Slater, con un golpecito amable en la cabeza que, en otra época, me hubiera enfermado. ‘Y ya descubrirás que Él perdona nuestros pecados si realmente nos arrepentimos de ellos.’

‘La verdad es que me arrepiento de no haber creído.’

‘¿Por qué?’

Sabía que era la última etapa de mi prueba.

‘Los hombres necesitamos creer en algo superior a nosotros que guía nuestras vidas. En un propósito mayor. Necesitamos fe.’

El señor Slater sonrió ante mi sarta de mentiras.

En resumen, mantenía feliz al señor Slater, él hacía lo mismo con mi madre, y me dejaban vivir en paz, cerrando el círculo, que era lo único a lo que aspiraba.

Algún tiempo después, descubrí que no era el único con dos caras y que la felicidad que se respiraba en el ambiente quizás no era tan real como parecía. Una noche, saliendo de mi habitación dispuesto a relajarme en los columpios, oí música proveniente de la biblioteca. Al acercarme, distinguí ópera y abrí la puerta con cuidado, curioso por saber qué sucedía.

Descubrí al señor Slater sentado en un sillón, completamente borracho,

llorando desconsoladamente. No sabía por qué se lamentaba, pero entendí que las cosas no eran como aparentaban entre mi madre y él.

De repente, un brazo se posó en mi hombro. Era Eva.

‘Si mi padre te descubre aquí se enfadará mucho. No es bueno molestarlo cuando está... Bueno, así...’

‘No sabía que a tu padre le gustara la ópera.’

‘No le gusta,’ tragó saliva. ‘Era a mi madre a quien le gustaba... Especialmente esta aria.’

‘No soy un experto en ópera, lo reconozco,’ dije pretendiendo que me explicara algo más.

‘Es *Vesti la Giuba* de Pagliacci. Y el cantante es Enrico Caruso.’

Asentí.

‘Mi madre la escuchaba a todas horas... Aún puedo recordar su porte melancólico mientras lo hacía...’

La cara de Eva se entristeció, pero no pude evitar una media sonrisa. El señor Slater echaba de menos a su esposa muerta, mi madre no era tan feliz como parecía y pensé que, finalmente, el destino se estaba aliando conmigo para dar a cada uno su merecido.

Sin embargo, en muy poco tiempo, iba a perder el control que creía tener sobre mis sentimientos y toda la paz que había logrado en el matadero se iba a convertir en un recuerdo lejano.

5

La estabilidad que había logrado desde mi llegada al matadero empezó a resquebrajarse ante los continuos intentos del señor Slater por acercarse a mí. Una mañana, sin más, me dijo: *buenos días, James, esta tarde vendré para enseñarte el trabajo que hacemos en el matadero. Creo que va siendo hora.* Sin ninguna excusa para disuadirle, simplemente asentí sin saber qué me esperaba.

Odié la sala de matanza desde el mismo instante en que pisé la arena ensangrentada y olí la podredumbre. El penoso sonido de los animales a punto de morir, la sensación de espacio cerrado, la suciedad, las moscas y los charcos de sangre me agobiaban.

Cuando el señor Slater me enseñó la cuba de sangre, la misma donde años después me ahogaría, reviví las sensaciones que habían desembocado en mi miedo pasado

Salí con bilis en mi garganta y el corazón acelerado.

Mientras recuperaba el aliento, el señor Slater me sorprendió con sus palabras: *No te preocupes, James, entiendo lo que te pasa. Con la ayuda del Señor haremos de ti un hombre. No pasa nada, tranquilo.* Me puso la mano en el hombro y se lo permití a pesar de mi odio, porque necesitaba mantener mi imagen de niño bueno para controlarme.

Mi inhabilidad para conectar con el señor Slater era fortuita, sin ninguna agenda oculta, pero aquello pronto cambiaría. La misma noche de mi primera visita al matadero, cuando bajé las escaleras para salir y alejar el miedo que había sentido, escuché gritos provenientes de la biblioteca. Mi madre y el señor Slater estaban discutiendo:

‘¿No ves que te está engañando para que no lo lleves al matadero? Está haciendo lo mismo que hizo con su padre.’

‘Creo que lo que siente es sincero, Martha.’

‘Juega contigo y ni siquiera eres capaz de verlo,’ prosiguió mi madre. ‘Cuando te elegí como mi nuevo marido pensé que eras diferente, que ibas a hacer de James un hombre, costara lo que costara.’

‘¡Y lo haré!’, se contuvo un comentario antes de proseguir con más calma. ‘Pero bajo mis propios términos. Además, quien lo ha criado has sido tú, has sido tú quien lo ha hecho débil... Pero no te preocupes, que lo convertiré en

un hombre. A mi manera.’

Mi madre se marchó dando un portazo y me sentí calmado. Los problemas de mi madre continuaban ayudándome a sentirme mejor, así que en los meses siguientes hice todo lo posible por evitar el acercamiento que el señor Slater pretendía. Mentí y fingí hasta el límite sin romper mi máscara de inocencia, convirtiendo así mi falta de conexión fortuita con el señor Slater en algo completamente racional y estudiado.

Con el paso de las semanas, el simple hecho de saber que mi madre estaba sufriendo, me permitió soportar con comodidad todos los intentos de acercamiento del señor Slater y recuperar una cierta calma.

Además, en una de mis escapadas nocturnas, empezaría un misterioso juego que mantendría mi mente ocupada hasta el día de mi diecisieteavo cumpleaños, ayudándome a enfocar mis pensamientos hacia algo distinto.

La noche en que el misterio apareció me estaba meciendo en la oscuridad –como solía–, cuando se encendió una luz en la casa. Después de mi experiencia anterior, esperaba oír las arias y los sollozos, pero no lo hice.

En cambio, oí la puerta principal abriéndose y cerrándose.

Alguien había abandonado la casa, estaba seguro. Corrí para descubrir quién era, pero no vi a nadie. No podía creerme que alguien hubiera podido desaparecer en tan poco tiempo, así que empecé a buscar a quién fuera que quería eludirme, intrigado por sus razones y por sus métodos.

Busqué en el viejo depósito de agua, en el cerco de las reses, en el comedor de los trabajadores, en el establo abandonado y en todos los lugares que se me ocurrieron hasta que volví a oír el sonido de la puerta principal.

Corrí hasta la casa, entré y no vi a nadie.

Me quedé parado en la oscuridad esperando un ruido –algo que delatara al invisible excursionista– pero no se oyó nada.

La situación era tan insólita, me sentí tan intrigado, que, por primera vez desde mi llegada al matadero, no pude pegar ojo. Estuve hasta el amanecer intentando desentrañar el misterio, explorando las posibilidades.

Evidentemente, la mañana siguiente, a pesar de no haber dormido, estaba emocionado.

Convencido de atrapar a quién me había propuesto el juego, ni siquiera se me pasó por la cabeza que iba a tardar meses en descubrirlo y que iba a ser la persona misteriosa la que se mostrara ante mí, poniendo al descubierto mi incapacidad para desvelar el secreto.

Dos meses después, con la situación intacta y mi paciencia al límite por no haber podido desentrañar el misterio que se me proponía a pesar de las incontables variaciones que había intentado –cambiar mi posición, mis horarios, mi zona de espera–, la solución que tanto había luchado por obtener llegó el día de mi cumpleaños. Por aquel entonces ya había aceptado que, si se trataba de un juego, era el perdedor, pero no podía hacer nada contra mi frustración porque me había quedado sin ideas. Solo me quedaba esperar a que la otra persona me diera la respuesta o más facilidades.

Finalmente, fue el primer regalo de mi cumpleaños el que me dio la clave para terminar con el juego nocturno. Provenía de Eva y era una copia de *Las aventuras de Sherlock Holmes* de Arthur Conan Doyle. Al dármele, Eva me susurró *estoy segura de que te gustará lo que encontrarás dentro*, y me ruboricé mientras ella sonreía.

Abrí el resto de presentes fingiendo interés y, en la primera oportunidad, me escapé para empezar con la lectura pensando en las palabras de Eva.

Nada más abrir el libro, la dedicatoria: *Feliz cumpleaños hermanito, espero que este libro sobre el mejor detective del mundo te ayude a desvelar tu misterio nocturno. Eva.* La persona que había demostrado ser mejor que yo a pesar de todos mis esfuerzos era Eva. Aún no había cumplido los dieciséis años y ya era más hábil que yo; pero lo que más me impresionó fue que se escondiera tan bien bajo su fachada. Por primera vez desde la muerte de mi padre me sentí cercano a alguien.

Aquella noche, sentado en el columpio, convencido de que mis noches se iban a volver mucho más interesantes, empecé a pensar en Eva de forma diferente. Desde mi llegada al matadero la había admirado por su belleza pero, desde entonces, también lo haría por su inteligencia y habilidad.

Minutos después, cuando la puerta se abrió –con su familiar sonido–, no me moví y esperé a que Eva se sentara a mi lado:

‘Hola, ¿te ha gustado mi regalo?’

‘Si no lo hubiera hecho no estaría aquí,’ dije honestamente.

‘Tienes razón. Si no te hubiera gustado estaría en la basura con el resto y no habrías leído mi dedicatoria. Hubiera sido una lástima...’, sonrió ante mi desconcierto. ‘No te sorprendas tanto. No eres el único que puede hacer lo que le apetece sin que nadie se entere.’

‘Pensaba que eras una buena niña,’ dije en un tono medio irónico medio estúpido que, desde luego, no era pretendido.

‘Y lo soy,’ prosiguió sin pensárselo. ‘Demasiado buena para ti.’

‘¿Por qué dices eso?’

‘Porque en todo este tiempo no has sospechado nada de mí y yo lo sé todo de ti.’

‘¿Ah sí? ¿Qué crees saber de mí? A parte de los regalos en la basura...’, sentí que era el momento de permitir que otro James saliera a la superficie.

‘Sé que odias a tu madre por haberse casado con mi padre; que te escapas de noche para relajarte; que te aferras al pasado con uñas y dientes; que tienes un regalo sin abrir y te duermes cada noche abrazado al cojín de flores de tu padre. También sé que te alegras de que nuestros padres se peleen porque crees que así tu madre tiene lo que se merece...’, hizo una pequeña pausa para dejarme respirar. ‘Pero, sobre todo, sé que eres un personaje. Excepto cuando nadie te ve, llevas una máscara, interpretas un papel.’

No supe qué decir, pero no importó porque Eva tenía palabras para los dos. Estuvimos horas charlando, siendo honestos y, por una vez, fui capaz de expresar cómo me sentía y Eva abandonó su fachada de niña tonta. Sin esperar, había encontrado una amiga, una confidente que, con los años, se convertiría en mi única esperanza.

Sentía una atracción innegable hacia Eva y ella parecía cómoda, así que nos hicimos inseparables. Por si fuera poco, al ver la buena relación que mantenía con su hija, el señor Slater me dejó tranquilo y no volvió a intentar acercarme a la sala de matanza. De hecho, nadie intervenía en nuestras vidas porque confiaban en nosotros.

Aquel inicio de 1935, mi vida pareció ir encaminada a un lugar mejor, a abandonar por fin la desolación después de la muerte de mi padre o, como mínimo, lo hizo hasta que descubrí la verdad sobre su fin.

Una noche de julio, sentado en el columpio, empapado por el intenso calor mientras esperaba a Eva, volví a escuchar ópera y me asomé para escuchar la discusión que iba a cambiarlo todo.

‘¡Ni siquiera eres capaz de hacer lo que me prometiste!’

‘¿De qué estás hablando?’, respondió el señor Slater.

‘¡Prometiste que harías un hombre de James! ¡Y lo único que haces es pensar en el pasado!’

‘Creo que estás exagerando el asunto, Martha. Si no quieres quedarte conmigo, lo entenderé, pero no me culpes a mí.’

Después de unos segundos de silencio, la Vítrola atravesó la ventana y tuve que dar un paso atrás.

‘¡Eso es lo que quieres, ¿no?! Que me vaya y poder buscarte a otra puta más joven, más nueva, ¿verdad? Para ser un hombre religioso te gustan mucho las mujeres, ¿no crees?’

‘No metas a Dios en esto, ¡puta! Si te hubiera conocido mejor no habría manchado la memoria de Clara.’

‘Ya estamos. Con la beata Clara, la mujer perfecta a la altura de la cual nunca estaré... Qué buena era Clara, que bien lo hacía... Pues déjame que te diga una cosa... ¡Mírame a la cara joder! Tu Clara está muerta y solo me tienes a mí.’

‘¡Deja de nombrarla! Te lo advierto.’

‘Clara, la mojigata, la—’, una sonora bofetada cortó el discurso de mi madre.

Por un instante me sentí mal por ella pero pronto la rabia arrasaría con mis demás sentimientos cuando, en un arrebato, mi madre pronunciaría las palabras que me abrirían los ojos.

‘¡No olvides lo que he hecho yo por esta relación! ¡Por nosotros! ¡No olvides la razón por la que soy viuda! ¡Te has casado con una mujer que mataría por estar contigo, no lo olvides, cerdo desagradecido!’, y se marchó dando un portazo.

La puerta que se cerró en la casa se abrió en mi cabeza y, por fin, lo entendí todo: mi madre había asfixiado a mi padre con la almohada de flores que cada día abrazaba para dormirme.

Todas mis barreras desaparecieron y todos los diques que había construido para controlar mi rabia no fueron suficientes. La paz que había logrado en los últimos meses quedó enterrada en el fondo de mi mente y el odio inundó mi ser con una intensidad que no conocía. Jamás había sentido nada tan profundamente, con tanta fuerza, y me sorprendí comparando todos mis sentimientos anteriores con la llama de una vela, arrasada en el incendio de mi odio actual.

Mi estómago se cerró en un nudo y mis pulmones se contrajeron para cortarme la respiración, pero aquello no evitó que tomara una decisión: iba a matar a mi madre para vengar a mi padre. Estaba tan convencido de que era el único camino posible que, cuando Eva se me unió en el patio de juegos, ya tenía un plan para hacerlo.

6

Lo más doloroso de mi plan fue mi decisión de no contarle nada a Eva. Me sentía muy cercano a ella, pero sabía que nunca aprobaría que matara a mi madre. Había límites que Eva no estaba preparada para sobrepasar y debía respetarlo, aunque aquello significara mentir a quien mejor me conocía. Además, si Eva descubría mis planes, existía el riesgo de que se lo dijera a su padre y me expulsara de allí. Por tanto, acepté que mentirle era el precio de seguir viviendo a su lado.

Mi plan era sencillo y se basaba en una ventaja que mi madre me había proporcionado sin saberlo: la señora West preparaba siempre su comida a parte. Mi madre se creía especial incluso para comer, el señor Slater se lo consentía y yo pensaba aprovecharme de ello.

Cogía bolas de naftalina del armario, las machacaba hasta convertirlas en un polvo fino y las añadía a su comida en pequeñas dosis para que nadie sospechara. Cada día esperaba que la señora West saliera de la cocina y condimentaba la olla de mi madre con mis polvos blancos, que escondía cada vez en un lugar distinto.

La segunda parte de mi plan, la que pretendía que nadie relacionara la muerte de mi madre conmigo, fue más complicada tanto por su ejecución como por sus consecuencias porque implicaba convertirme en el hijo perfecto ante mi madre, lo cual me suponía un gran esfuerzo y, además, me enfrentó a Eva, que no comprendía el porqué de mi cambio de actitud:

‘Después de todo lo que hemos hablado sobre tu madre, de lo que sientes por ella, no entiendo por qué ahora eres el hijo perfecto. Pensaba que, al menos en privado, mantendrías una actitud más honesta con tus sentimientos,’ decía Eva. ‘Sinceramente, no lo entiendo.’

‘Todos tenemos derecho a cambiar de opinión, ¿no?’

‘No me vengas con estupideces, James, no me intentes engañar,’ ante la mentira la cara de Eva se ensombreció.

‘No lo hago. Me he dado cuenta de que estar enfadado con mi madre no me devolverá a mi padre...’

‘Si es así como lo quieres, tú mismo, pero no voy a tolerar que me mientas en la cara. Pensaba que nuestra relación era diferente. Esperaba más de ti, James. Mucho más.’

Miré cómo se marchaba, resistiéndome a pararla, pensando que lo hacía por

nuestro futuro pero desconociendo cuánto tiempo podría continuar con la farsa delante de Eva.

Mi madre empezó a mostrar los síntomas del envenenamiento –mareos, vómitos, fuertes diarreas, dolores agudos– mucho más rápido de lo que había previsto y me mantuve atento a lo que sucedía. *Algo no va bien en mi interior, querido, puedo notarlo*, le decía al señor Slater en la supuesta privacidad de su dormitorio. A lo que él siempre le quitaba importancia diciéndole que *seguro que algo te ha sentado mal*.

Sin embargo, más o menos una semana después, mi madre seguía insistiendo en el tema durante todas las conversaciones que escuchaba a hurtadillas:

‘Estoy segura de que alguien me pone algo en la comida. No es normal que me encuentre tan mal...’

‘Venga ya, Martha. ¿Cómo puedes pensar eso? Todos en la casa son de confianza. Nadie es capaz de algo así.’

‘No lo sé,’ pausaba un momento. ‘Es que ya no sé qué creer.’

‘Mira, te diremos lo que haremos: los utensilios y las ollas que usa la señora West son muy viejos. Quizás ese es el problema. Los cambiaremos todos por unos nuevos y se solucionará todo. Ya lo verás.’

Odiaba que mis planes hubieran acercado a mi madre y al señor Slater, pero aún me molestaba más el hecho de no poder evitarlo. Aquello, sumado a mi propio alejamiento de Eva, me hacía sentir profundamente solo y, de noche, me abrazaba a la almohada de flores para que nadie oyera mis sollozos, para intentar que el recuerdo de mi padre me diera fuerzas.

Nadie sospechaba de mí, así que continué de la misma forma aunque, cuando cambiaron las ollas, esperé un par de días para volver a envenenar la comida. Los síntomas reaparecieron rápidamente y el señor Slater empezó a darle al asunto la importancia que se merecía:

‘Cariño, ahora no podemos culpar a las ollas. Las cambiamos y sigues enferma.’

‘¿Qué quieres decir, que hay alguien que intenta enfermarme?’

‘Tú lo creíste en un principio y debería haberte escuchado. No lo sé, pero ya es hora de avisar al doctor Finn. Lo llamaré para que venga esta tarde.’

Cuando el doctor vino a casa, mientras escuchaba su visita tras la puerta del dormitorio, en cuclillas, Eva me descubrió.

‘¿Qué haces?’

‘Quiero saber qué le dice el doctor a mi madre.’

Me incorporé y continué escuchando.

‘No me dirás que ahora estás preocupado.’

No respondí.

Eva se puso a mi lado a escuchar lo que hablaban dentro de la habitación. Hacía semanas que no la tenía tan cerca y mi corazón latía desbocado. La sangre se me subió a la cabeza y, por suerte, la situación no requería que dijera nada porque mi boca se secó. Mi separación voluntaria de Eva se volvía cada día más difícil.

El doctor le dijo a mi madre que no se preocupara, que descansara, que se recuperaría; las típicas cosas que dicen los doctores pero cuando salieron los seguí porque intuí que no había terminado:

‘Señor Slater, me gustaría hablar con usted en privado, si no le importa,’ dijo el médico, confirmando mis sospechas.

‘Por supuesto, le acompañaré a la puerta.’

‘Su mujer está muy enferma y si no encontramos rápidamente la causa, puede ser que no llegue a noviembre. ¿Está usted seguro de que la comida o los utensilios no están en mal estado?’

‘Cambiamos las ollas viejas por unas nuevas y sigue empeorando. Además, nadie más en la casa está enfermo y todos los productos que usamos provienen del mismo sitio.’

‘Es extraño. Juraría que ella sufre un síndrome provocado por una sustancia extraña a su organismo.’

‘No le entiendo.’

‘Digo que juraría que está siendo envenenada.’

‘¿Qué tipo de veneno creen que están usando?’

‘Algo común, fácil de encontrar en la casa. Veneno para ratas, naftalina, algo así.’

El médico era mejor de lo que había imaginado, pero de momento todo eran conjeturas.

‘Entiendo, pero no veo cómo...’

‘Yo tampoco, pero a veces la solución está frente a nuestras narices: ¿confía usted plenamente en el servicio?’

‘Hace años que están conmigo y nunca hemos tenido ningún problema.’

‘¿Y en los niños?’

‘Por supuesto.’

‘¿Algún trabajador del matadero tiene acceso a la casa?’

‘No.’

‘Pues entonces no sé qué puede ser...’

‘Un momento, hay un trabajador que sí tiene acceso a la casa,’ dijo el señor Slater más para sí mismo que para su interlocutor.

‘¿Quién es?’

‘Es un hombre de mi confianza,’ pausó un instante como si meditara la posibilidad de lo que se le había ocurrido. ‘El que se encarga de tener mis papeles en orden, una especie de secretario. Empezó a hacer ese trabajo mucho antes de casarme con Martha.’

‘O sea que confía en él.’

‘Sí.’

‘¿Confía en él tanto como para jugarse la vida de su mujer y apostar que ese hombre no la está envenenando?’

Se lo pensó un momento.

‘Tengo que estar seguro.’

‘Asegúrese. Al fin y al cabo, esos trabajadores suyos son de otra clase que nosotros. Harían cualquier cosa por dinero, ¿no cree?’

Desde luego, aprendí dos cosas con aquella conversación y lo que la siguió: que nunca se pueden prever todas las consecuencias de un plan y que una persona desesperada es capaz de cualquier cosa.

La mañana siguiente me confirmó que los eventos habían escapado a mi control. A primera hora, desde mi ventana, pude ver cómo cuatro trabajadores cogían a Jack Brown, el secretario al que se había referido el señor Slater, y lo ataban al árbol muerto de delante de la casa principal. Jack Brown era un negro alto, delgado y, por el simple hecho de haberse podido permitir estudiar en el extranjero, un forastero en el lugar. De hecho, provenía de una familia rica de la Costa Este que había muerto pocos años antes y, sin ningún otro soporte, había tenido que aceptar el trabajo en el Matadero Slater.

La escena que se desarrolló a continuación jamás habría tenido cabida en mi antiguo mundo, el de mi padre –ni probablemente en el de Jack Brown antes de llegar al Matadero Slater–, y me demostró que debía adaptarme para prosperar en mi nuevo universo, donde solo el más fuerte sobrevive.

El señor Slater se puso unos guantes de piel y empezó a pegar a Jack Brown, su hombre de confianza, delante de todos y sin ningún pudor. Colgado del árbol, el secretario no entendía qué estaba sucediendo ni por qué. A pesar

de que Jack Brown no tenía familia, me sorprendió que sus compañeros fueran cómplices silenciosos de aquella escena y que nadie saliera en su defensa. Supongo que el poder real del señor Slater era que todos le tuvieran miedo.

Después de unos minutos atizándole, empezaron las preguntas y entendí la magnitud de lo que había desencadenado.

‘¿Quién te ha pagado para que envenenes a Martha?’

‘No sé de qué me está hablando, señor. No entiendo lo que está pasando.’

Una serie de puñetazos en la cara.

‘Si no sabes nada, ¿por qué tenías estas bolas de naftalina en tu bolsillo?’

‘Eran para los armarios de mi casa...’

Entonces, el señor Slater se quitó el guante y tiró las bolas de naftalina al suelo. Lo único en lo que podía pensar mientras oía los gritos de Jack Brown era en aquellas esferas blancas perfectas y en las probabilidades que Jack Brown las tuviera en su bolsillo precisamente aquel día. El azar nos sorprendía a todos de formas que no podíamos comprender.

La paliza continuó durante horas y los gritos se oían en toda la casa. Eva no salió de su habitación en todo el día y el resto vivimos como si debiéramos un minuto de silencio prolongado a lo que estaba pasando. Nuestros actos cotidianos se llenaron de gravedad porque sabíamos de la importancia de lo que estaba sucediendo.

Por la tarde, cansado de las negativas, el señor Slater le explicó lo que se suponía que había hecho con las bolas de naftalina y, evidentemente, Jack Brown se quedó aún más desconcertado.

‘Te he dado mi confianza, Jack. Eras mi mano derecha, confiaba en ti. Te di un trabajo cuando nadie te quería... Te dejé estar en la misma casa que mi hija... ¡¡¿Y así es cómo me pagas?!!’

‘Te lo juro, te juro que no he hecho nada de lo que dices. Ni en un millón de años haría nada para joderte. Ya lo sabes, coño. No he tocado a tu mujer ni le he hecho nada.’

‘¿Por qué lo haces? ¿Quién te ha pagado para que lo hicieras? ¿Los del Matadero Johnson?’

‘No, te lo juro—’

La paliza no paró hasta que el sol se marchitó. Y, como en una historia bíblica, Jack Brown se pasó la noche atado al árbol. Sin ayuda, sin abrigo y, sobre todo, sin esperanza. *A ver si te refresca la memoria*, le dijo el señor Slater antes de entrar a cenar.

Evidentemente, la noche no surgió ningún efecto en la memoria de Jack Brown, pero le dio tiempo para decidirse a confesar un crimen que no había cometido.

‘Está bien, se lo diré,’ dijo finalmente al amanecer. ‘Pero tiene que prometerme que me soltará y me dejará marchar. Yo le prometo que nunca más volverá a verme.’

‘De acuerdo. Si me dices la verdad.’

‘La verdad es que los del Matadero Johnson me han pagado mucho dinero para que envenenara a su mujer. Querían distraerle del trabajo para robarle los clientes.’

El señor Slater le dio la espalda a Jack Brown y se dirigió a sus trabajadores.

‘¡En marcha! Esta mañana tenemos un pequeño viaje que hacer. ¡Vamos al Matadero Johnson a demostrar quién manda!’

Se subieron en los coches mientras Jack Brown les gritaba *¡Soltadme! ¡Prometió soltarme!*, en vano. Al ver que se iban sin desatarlo, se derrumbó. Con cada lágrima, pensé si lloraba porque no lo habían soltado o por lo que había desatado con su mentira.

Lo que nadie podía sospechar era que el auténtico culpable lo miraba desde la ventana y que podía detener lo que estaba sucediendo con solo una palabra.

Obviamente, no dije nada. Solo me importaba el plan, y nada más de lo que sucediera entre aquellos desconocidos lo hacía. Mantuve la cabeza fría y las ideas claras.

Horas después, cuando los hombres volvieron del Matadero Johnson, se bajaron de los coches en silencio, como una procesión, compartiendo un secreto que el mundo no podía saber. Solo Jack Brown rompía el silencio: *¡Por favor, he hecho lo que me pedisteis! ¡¿Por qué no me soltáis?!* Todos hacían caso omiso de sus palabras, como si ya no importara lo que dijera. El señor Slater pasó a su lado sin mirarlo y los demás continuaron con su trabajo como si nada hubiera sucedido. Lo acontecido en el Matadero Johnson era consecuencia de mis actos, pero no me sentía culpable y solo pensaba en el siguiente paso de mi plan.

Para evitar que el señor Slater viera más allá de las mentiras de Jack Brown, había dejado de envenenar a mi madre para que mejorara un poco. Mientras Jack Brown se preparaba para pasar su segunda noche en el árbol, nosotros lo hacíamos para una cena en familia, la que sería la última aunque

entonces no lo sospechábamos.

Durante la cena, todo se mantuvo en calma, como si lo sucedido no tuviera permitido el acceso a la casa pero, al acostarnos, la placidez abandonó el Matadero Slater. Jack Brown gritaba, insultaba, maldecía y se retorció de dolor. Fui incapaz de dormir y apreté fuerte el cojín de flores de mi padre, convenciéndome de que estaba haciendo lo correcto.

Eran más de las cuatro de la mañana cuando Jack Brown se tomó un respiro y Eva entró en mi habitación:

‘Hola, James,’ no dije nada. ‘Quería hablar contigo sobre lo que los dos sabemos que estás haciendo.’

‘¿Qué estoy haciendo?’

‘Déjame que rectifique: lo que estás dejando que mi padre haga. Lo que estás permitiendo que pase con ese pobre hombre. No es él quien está envenenando a tu madre.’

‘¿Me estás acusando de algo?’

‘Pensaba que yo te importaba...’, durante un segundo, sus ojos se enrojecieron, a punto de llorar, y supe que no podría mantener mi coraza si lo hacía.

Por suerte, se recompuso.

‘Si te importo todavía, por favor, al menos ten la decencia de no engañarme. Respétame lo suficiente como para no mentirme.’

‘No te estoy mintiendo, Eva. No puedes decirme que estás segura de que sea yo quien le está haciendo algo a mi madre. No puedes mirarme a la cara y decir que lo sabes.’

Me miró fijamente y pensé que me iba a pegar.

‘No puedo pensar eso de ti porque te quiero. Y no quiero creer que seas el culpable de todo esto.’

Un alarido de dolor de Jack Brown nos interrumpió y, durante el resto de nuestra conversación, sus gritos se intercalaron con nuestras palabras, casi como algo ensayado.

‘James, siempre creí que eras la única persona del mundo que nunca sería hipócrita conmigo, que nunca me engañaría. Por eso te quiero.’

‘Eva, yo—’

‘Cállate,’ me cortó en seco. ‘Es cierto que no puedo estar segura de que seas tú quien está envenenando a tu madre. En el fondo de mi corazón, no quiero creerlo. Pero no te equivoques, James, esto no deja las cosas como

estaban. Nuestra relación ha cambiado más de lo que puedes imaginar. Lo siento.’

‘Eva, lo único que quiero que sepas es que yo también te quiero. Y nunca haría nada para herirte. Todo lo que he hecho hasta ahora, cómo lo he hecho, ha sido para no perderte.’

‘Pues creo que no lo has pensado demasiado. Si tu objetivo era no perderme, creo que no lo has logrado. Estaré aquí porque vivimos juntos, pero no volveremos a la relación que teníamos a no ser que hagas lo que debes, lo que toda persona debe hacer en algún momento de su vida. Asumir la culpa. Es lo que está haciendo el pobre Jack Brown. Es lo que está haciendo mi padre cuando piensa en lo que pasó en el Matadero Johnson. Es lo que deberías hacer tú.’

‘Si estuviera haciendo lo que dices, mi madre estaría recibiendo exactamente lo que se merece.’

‘Quizás,’ se pensó un momento cómo continuar. ‘Pero la justicia no es tuya para impartirla. Solo la ley, o Dios, pueden impartirla.’

‘Ahora no me vengas con mierdas sobre Dios, joder.’

‘Es lo que pienso ahora mismo. Quizás si mi corazón hubiera estado más cerca de Dios, no se habría acercado tanto a ti. Y me habría ahorrado todo este dolor,’ se giró para irse. ‘Por cierto, James, no deja de ser extraño que nunca uses la palabra envenenar cuando te defiendes de lo que le está pasando a tu madre, ¿no crees?’

Se marchó y me quedé el resto de la noche meditando mi siguiente paso. Sabía que tenía que acabar con el sufrimiento de Jack Brown, pero no quería renunciar a mi plan; y fue precisamente eso lo que me dio la respuesta.

La mañana siguiente volví a poner naftalina en la comida de mi madre. A pesar de que parecía haberse recuperado, nada más comer, los síntomas se ensañaron y, evidentemente, el señor Slater se dio cuenta del error que había cometido. Su primera reacción fue bajar a Jack Brown del árbol, pero era demasiado tarde. El cuerpo humano tenía un límite y el antiguo secretario lo había sobrepasado. Con su muerte, algo en el interior del señor Slater también pereció.

Creo que, en aquel momento, si alguien de la policía se hubiera interesado por lo sucedido con Jack Brown, el señor Slater habría confesado sin luchar porque era consciente de que debía ser castigado. Aquel tormento, junto con la imposibilidad de deshacer el error, fue el inicio de la decadencia del

Matadero Slater.

La culpa que atormentaba al señor Slater era tanta, que todo lo demás parecía no importarle. Descuidó a su familia, su trabajo y su propia salud, como si fuera una penitencia para lavar sus pecados. Se volvió más religioso que nunca –rozando el fanatismo– y se pasaba la mayor parte del día en la iglesia. El resto del tiempo simplemente se mantenía en silencio, con la mirada perdida, en la habitación de mi madre.

Para mí, la muerte de Jack Brown solo significaba que todo podía continuar igual. Lo único que me importaba era aprovechar el silencio para descansar después de pasar la noche anterior en vela.

Fue la primera vez que mi cerebro me mandó un mensaje mientras dormía.

En el sueño, era de noche. Una noche oscura, sin luna. Salía de la casa y me encontraba frente al árbol del que Jack Brown había colgado. Podía oler la sangre seca y el sudor y, de repente, en un parpadeo, mi padre estaba atado en el árbol. Sufría. No porque lo hubieran torturado –no parecía estar herido– sino porque quería hablar y no podía. Su impotencia era patente porque pretendía decirme algo y, cada vez que intentaba hablar, se ahogaba. Al verlo llorar me acerqué, intentando entender qué me quería transmitir. Ni un gemido, ni un susurro. *Te quiero*, le dije, y sonrió. Fue una sonrisa cálida, que se desvaneció cuando le dije: *No te preocupes, vengaré tu muerte*. En aquel momento, adoptó una de las expresiones más tristes que jamás había visto. *¿Qué te pasa, padre?* Alzó la mirada, todavía triste y, desperté.

Abrí los ojos y lo entendí: mi padre jamás hubiera aprobado que matara a mi madre. No habría querido que me vengara, sino que fuera un hijo. Mi padre la quería y me di cuenta del error que estaba cometiendo. Todo lo que había contenido en mi interior me golpeó: la culpa por Jack Brown, el dolor de estar matando a mi madre, la soledad por la pérdida de Eva, la decepción de no haber respetado lo que mi padre hubiera querido... Los sentimientos me llegaban a oleadas, me avergoncé de mí mismo y las lágrimas me mecieron hasta que me dormí, abrazado al cojín de flores.

7

Dejé de envenenar a mi madre –honrando la memoria de mi padre– sin sospechar que de todas formas terminaría matándola, aunque de manera mucho más íntima.

Por el momento, sin embargo, lo que más me preocupaba era ser capaz de controlar mi rabia y mi frustración sin el sosiego que me proporcionaban los ataques a mi madre y decidí darle una nueva oportunidad a un método que, en el pasado, me había dado muy buenos resultados: leer.

Con aquella intención, fui a la biblioteca de la casa. Desde mi llegada, la había usado poco y sentí que era el momento perfecto para hacerlo. Allí, me encontré con Eva y la sorpresa –combinada con todo lo sucedido entre nosotros– me dejó sin palabras. El primer paso para nuestra reconciliación había sido detener el envenenamiento de mi madre, pero necesitaba algo más –ambos lo hacíamos– y yo era incapaz de articular palabra.

Por suerte, Eva tomó la iniciativa:

‘Espero que hayas venido a disculparte,’ tenía miedo a equivocarme, así que esperé. ‘Porque hasta ahora este era el único lugar en que sabía que nadie me iba a molestar... Pero si vas a venir tú...’, hizo ademán de levantarse.

‘Si quieres me voy.’

‘Te puedes quedar,’ se lo pensó un instante. ‘Pero ya te he dicho que espero que hayas venido a disculparte...’

‘La verdad es que no...’

‘Entonces te pido que te vayas, James, por favor.’

‘Venía a buscar un libro... Pero aprovechando tu presencia, me gustaría decirte que quisiera recuperar tu amistad y, aún más importante, tu confianza,’ por una vez, mis palabras abandonaron mi boca exactamente como quería. ‘No quiero que lo que ha pasado durante este tiempo nos separe más. Me gustaría que aceptaras mis más sinceras disculpas por todo el daño que te he hecho. Ahora veo que he sido un estúpido y, sobre todo, que tú tenías razón.’

‘Siempre la tengo,’ cerró su libro, se levantó y vino hacia mí. ‘Ahora tengo que irme,’ me dio un beso en la mejilla y terminó en un susurro, ‘pero es interesante saber que no has olvidado cómo hablarle a una mujer. Mi padre me espera para ir al pueblo, pero cada tarde, después de clase, suelo estar aquí. Si quieres, podemos leer juntos.’

Llegó al umbral y se giró.

‘Y antes de que lo preguntes: sí, te perdono. Pero solo porque me gusta que reconozcas que siempre tengo la razón. Y porque espero que lo que estabas haciendo con tu madre se haya terminado para siempre.’

‘He aprendido la lección.’

‘Espero que no la olvides, porque es una lección que Jack Brown no olvidará jamás. Dondequiera que esté.’

Cuando se cerró la puerta, un escalofrío recorrió mi cuerpo y, por un instante, la biblioteca me pareció muy solitaria, demasiado oscura. Me sobrepuse y me concentré en la búsqueda de algún libro que me interesara. No logré decidirme hasta que vi el mismo volumen de Edgar Allan Poe que el suicida me había quitado de las manos, el mismo que acabó con las páginas ensangrentadas, y lo elegí por curiosidad.

A partir de aquel momento, pasé todos mis ratos libres entre las palabras de Poe. Me sentía con un cierto control y capaz de dejar atrás el rencor y los reproches, de honrar la memoria de mi padre.

Sin embargo, tres días después de parar el envenenamiento, supe que algo no iba bien y que no iba a ser tan sencillo dejar atrás lo sucedido. *Voy a llamar al doctor Finn*, le dijo el señor Slater al señor Farrow, *porque no parece que el tratamiento esté haciendo ningún efecto.*

Inevitablemente, las palabras del doctor Finn –horas después– me hicieron despertar y me di cuenta de que no había vuelta atrás, que el pasado no podía borrarse.

‘Lo siento mucho, pero su esposa ha llegado a un punto en que, aunque pudiéramos parar el envenenamiento que padece, su cuerpo no se recuperaría,’ le dijo el doctor Finn al señor Slater.

‘Entonces, ¿qué nos queda?’

‘Rezar,’ dijo resignado el doctor, ‘y esperar que no sufra mucho. De ahora en adelante, el dolor va a ir en aumento.’

‘Pero, ¿está seguro que no puedo hacer nada por ella?’

‘Si quiere, puedo acabar con su sufrimiento.’

‘¿Se refiere a sacrificarla?’, dijo el señor Slater después de pensárselo durante un momento. ‘Eso no sería cristiano, doctor.’

‘Es lo único que puedo ofrecerle.’

‘¿Se cree que está hablando de un caballo?! ¡Está hablando de mi esposa
¿Con quién se cree que está tratando?! ¡¡No soy un palurdo del pueblo!!
¡¡Fuera!!’

Por primera vez, la culpabilidad me abrumó y un nudo se instaló en mi estómago, dificultándome la respiración.

‘Tu madre está sufriendo por tu culpa, James,’ me dijo Eva poco después, en la privacidad de la biblioteca.

‘Ojalá pudiera hacer algo, pero no puedo.’

‘Creo que hay una cosa que se conoce como piedad cristiana.’

‘No te entiendo.’

‘Es una lástima...’

Me costó, pero finalmente comprendí qué pretendía Eva. Quería que me aprovechara del hecho de no compartir las mismas restricciones morales que su padre y matara a mi madre. Tenía razón, debía recuperar mi intención original y terminar con el sufrimiento de mi madre, pero cambiando la venganza por la piedad.

En aquella ocasión, no necesitaba planes complicados ni tramas ocultas, simplemente asfixiaría a mi madre con una almohada para que su muerte pareciera natural. Irónicamente, iba a abandonar esta vida exactamente igual que mi padre.

Estudiando el mejor momento para actuar, descubrí algo que iba a remover sentimientos muy profundos en mi interior, además de abrirme los ojos a la realidad de mi supuesta inteligencia.

Fue durante una conversación entre mi madre y el señor Slater:

‘Prométemelo, querido,’ empezó mi madre.

‘Sabes lo que pienso de James...’

‘Siempre habías creído que era un buen chico.’

‘Eso era antes de que Eva me contara lo que ha estado pasando, antes de saber que tu propio hijo te ha estado envenenando. Si no me lo hubieras pedido, James ya no estaría en casa. No te puedo prometer lo que me pides. Simplemente no puedo.’

‘¿Me quieres?’

‘Por supuesto.’

‘Pues entonces debes prométermelo. James es mi hijo. Al casarme contigo se convirtió también en el tuyo. Aunque haya hecho lo que Eva dice, sigue siendo mi hijo. Al fin y al cabo, no lo culparía si hubiera hecho lo que tú crees.’

‘¡Llámalo por su nombre, joder! James te ha estado envenenando.’

‘¿Puedes culparlo?’, mi madre permaneció tranquila. ‘Al fin y al cabo, los causantes de esta situación somos tú y yo. Fuimos nosotros los que planeamos casarnos cuando mi marido, su padre, aún estaba vivo, los que planificamos terminar con la agonía de su padre y casarnos. Y fui yo quien llevó a cabo el atroz plan. Ahora me doy cuenta de lo equivocados que estábamos...’

‘¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?’

‘Por supuesto que no, querido. Me arrepiento del cómo, no del fin,’ mi madre tosió. ‘Pero sabiendo todo esto, ¿puedes darle la culpa a James?’

Unos segundos de silencio antes de que mi madre prosiguiera, cambiando de táctica.

‘Dios nos dice que debemos perdonar, ¿no es así? ¿Y qué mayor perdón puede haber que perdonar a la persona que ha matado a un ser querido y le ha causado dolor?’

‘Ninguno.’

‘Entonces ya está, no hablemos más del tema. Prométemelo y punto.’

Hubo una pausa.

‘Te lo prometo.’

‘Repítelo para mí.’

‘Está bien. Te prometo que cuando tú’, las palabras se arrastraban para salir de su boca, ‘que cuando nos dejes, cuidaré de James como si fuera mi hijo. Y te prometo que no lo echaré de casa...’

‘Gracias. Al fin y al cabo, en cierta manera, estoy contenta de que mi niño por fin se haya convertido en un hombre. Porque se necesita ser un hombre para hacer lo que ha hecho, ¿no crees?’

‘No lo sé, cariño, no lo sé. No entiendo tu forma de pensar...’

‘No importa. Son cosas del pasado. Debemos olvidar y perdonar.’

‘Lo intentaré.’

‘Eso es todo lo que te pido.’

‘Y ya sabes que me gustaría verle antes de morir...’

La revelación de la traición de Eva me mantuvo en estado de shock durante unos días y no pude apartarla de mi mente a pesar de que tenía cosas más apremiantes en las que pensar.

La mañana siguiente, en clase con la señora Miller, el señor Slater vino a buscarme y me escoltó a la habitación de mi madre para que tuviéramos la que iba a ser nuestra última conversación.

Nada más cruzar el umbral, todos mis actos, lo que había sucedido y lo que

estaba a punto de hacer, se convirtió en real. Hasta que miré a los ojos de mi madre, sin saber qué iba a decirme, no me di cuenta de lo difícil que iba a ser convertir una muerte a distancia en un asesinato con mis propias manos.

‘Acércate a mi cama, James,’ lo hice como un sonámbulo. ‘Quiero que sepas que te perdono, que no te guardo rencor por todo lo que me has hecho estos años. Al final de mi vida, he llegado a conocerte por fin. Si tu padre pudiera verte ahora, convertido en todo un hombre... Valiente, fuerte, decidido. Sé que quieres ahorrarme todo este sufrimiento, hijo. No pasa nada. Debes hacerlo, no lo dudes porque eres la única persona en el mundo que me puede salvar de este dolor.’

‘No sé de qué estás hablando, madre...’

‘No me tomes por tonta. ¿Crees que tu padre se habría casado con una tonta? Sé que te arrepientes de lo que me has hecho. ¿Es así? Solo di sí o no’

‘Sí.’

‘Y sé que quieres que tu padre esté orgulloso de ti por ahorrarme todo el sufrimiento que siento.’

Asentí.

‘Pero también sé que lo que tienes que hacer pesa como una losa. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?’

Rompí a llorar porque por fin me sentí comprendido por mi madre y, al mismo tiempo, supe que aquella sería una de las últimas conversaciones que tendría con ella.

‘Y—’

‘No llores hijo mío. Sé que al final tendrás el valor de hacerlo. Debes hacerlo.’

‘No sé si podré ahora que tú y yo...’, no supe cómo definirlo.

‘Ahora que tú y yo nos entendemos...’, terminó mi frase más para ella que para mí. ‘No te equivoques, James. Te quiero porque eres mi hijo, pero pongamos las cosas en perspectiva: me has insultado, me has menospreciado, me has faltado al respeto, boicoteaste mi boda, me has jodido y, finalmente, me has envenenado. La nuestra no es una relación madre e hijo normal; no juguemos a la familia feliz. Tienes que matarme porque, por tu culpa, ya estoy muriendo por dentro. No es una opción. Las dudas no tienen cabida,’ tosió durante unos minutos. ‘Lo único que debes pensar es en hacerlo de tal forma que parezca una muerte natural porque si no—’

‘El señor Slater nunca me perdonaría...’

‘No quiero que te quedes sol—’, vomitó en el orinal que mantenía a su lado y

el olor a bilis me golpeó.

‘Debo pedirte algo más...’, añadió, unos segundos después de haberse secado la comisura de los labios con un pañuelo. ‘Quiero que cuando yo no esté te comportes como tu padre hubiera querido. ¿Podrás hacer eso por mí?’

‘Sí, madre.’

‘¿Y lo otro? Quiero que lo digas.’

‘En cuanto tenga la oportunidad, te mataré para que no sufras.’

‘Gracias, hijo.’

Salí de la habitación pensando en las dos cosas que mi madre me había pedido –que me portara bien y que la matara– y, sin saber por qué, me parecía mucho más difícil la primera que la segunda.

Para evitar las sospechas del señor Slater pospuse mi plan y no tuve otra oportunidad de quedarme a solas con mi madre hasta después de Navidad. Hasta entonces, el señor Slater no abandonó la habitación de mi madre y me fue imposible actuar.

Finalmente, lo logré el 29 de diciembre, cuando el señor Slater se marchó a la iglesia, en una tarea que, según informó al señor Farrow, había *abandonado demasiado tiempo*.

Minutos después de su marcha, entré en la habitación de mi madre tragándome mis dudas:

‘Hace tiempo que te espero, hijo, ¿ha llegado el momento?’, su voz pendía de un hilo.

‘Sí, madre. Tu sufrimiento acaba aquí.’

‘Está bien, James. Acércate, no pasa nada,’ me cogió la mano con ternura.

‘Recuerda la promesa que me hiciste. Te convertirás en un buen hijo para el señor Slater, no le des ninguna excusa para que te eche de casa... Haz que tu padre esté orgulloso...’

‘Y también te haré sentir orgullosa a ti, madre.’

‘Yo ya estoy orgullosa de ti. Después de hoy, serás un hombre, recuérdalo.’

Cogí una almohada y la puse contra su cara. La última imagen que vi de mi madre antes de hacerlo fue una sonrisa cálida, como la que solo puede ofrecerle una madre a su hijo.

Apreté el cojín y me senté de rodillas encima para evitar que escapara en un acto reflejo.

No lo hizo, rindiéndose antes de lo que había previsto. Años después, durante mi propio ahogo en la cuba de sangre, la admiraría por la valentía que

había mostrado ante la situación.

Salí y fui a la biblioteca a leer con Eva, como cualquier otro día, tragándome mi orgullo y mis ganas de decirle cómo me sentía por su traición, mientras esperaba nervioso que el retorno del señor Slater desencadenara los eventos que iban a definir el resto de mi vida.

Cuando finalmente volvió, subió las escaleras y lo oímos gritar. Eva corrió hacia su padre y la seguí, haciéndome el sorprendido. No sé por qué, pero en cuanto vi al señor Slater, de rodillas en la cama de mi madre, destrozado, supe que nada iba a ser fácil.

8

Los días posteriores a la muerte de mi madre me convertí en lo que sería a partir de entonces: la nota disonante del Matadero Slater. Mi presencia era un recordatorio constante de lo que podría haber sido, de lo que habían perdido, pero a mí tan solo me importaba el certificado de defunción que el doctor Finn debía firmar.

Cuando el médico llegó, se reunió en la habitación de mi madre con el señor Slater y el padre Tobías, el cura de confianza del señor Slater, que era el único al que se había permitido el acceso a la difunta por el momento.

Cuando cerraron la puerta, ocupé mi posición habitual para escucharlos.

‘Doctor, dígame algo,’ demandó el señor Slater. ‘Lleva minutos examinándola.’

‘Lo siento, señor Slater, pero quería estar seguro antes de darle mi opinión. Sobre todo si tenemos en cuenta que no hemos llegado a descubrir quién o qué estaba envenenando a su esposa,’ hizo una pausa por los nervios. ‘Este no es un caso habitual, déjeme terminar.’

Otra pausa larga.

‘Y bien, ¿qué opina?’

‘Mi opinión médica profesional es que, no habiendo signos de violencia ni otras complicaciones visibles, su esposa ha sucumbido por la exposición durante un largo período de tiempo a un veneno desconocido.’

‘Dios la tenga en su gloria’, intervino el padre Tobías.

‘¿Está seguro, doctor?’

‘No hay nada que me indique otros factores. No tengo ninguna duda.’

Solo faltaba que el señor Slater cumpliera su palabra y mi plan habría funcionado, podría continuar al lado de Eva. Lo demás no importaba, así que fui a mi habitación a perderme entre las paredes de la casa Usher, esperando acontecimientos.

Horas después continuaba inmerso en los relatos de Poe cuando alguien llamó a mi puerta.

‘¿Quién es?’

‘Eva. ¿Puedo entrar?’

‘Por supuesto,’ dije conteniendo la rabia que aún sentía por su traición porque, a pesar de todo, la quería a mi lado. ‘Supongo que no habrás venido

para darme el pésame...’

‘Sería un poco estúpido por mi parte, ¿no? Seguro que esperas más de mí.’

‘Confío en ti aunque me hayas traicionado.’

‘¿De qué hablas?’

‘De contarle a tu padre lo del veneno.’

‘Mi padre le prometió a tu madre que te podrías quedar con nosotros. Lo sabes, ¿verdad? ¿Y crees que habría sido posible si no hubieran sabido lo que estaba pasando?’

‘O sea que lo hiciste por mí...’

‘Piensa lo que quieras,’ dijo fríamente. ‘Lo único que importa es lo siguiente: has logrado lo que querías y el único que ha traicionado al otro has sido tú.’

‘¿Yo?’

‘Sí, James, me mentiste a la cara y me dijiste que no le estabas haciendo nada a tu madre. Me has tratado como si fuera estúpida, alguien secundario en tu vida.’

Debía empezar a honrar la otra parte de mi promesa a mi madre y hacer que mi padre se sintiera orgulloso.

‘El otro día, en la biblioteca, creí que te había pedido perdón.’

‘Lo hiciste, porque no te di otra opción. Ahora no estás obligado.’

‘Lo siento de verdad. Siento haberte mentido,’ respiré hondo. ‘De hecho, es lo único que siento de todo este asunto.’

‘Lo sé. Sé que lo sientes sinceramente. Sé que sientes lo mismo por mí que yo por ti.’

No estaba interesado en profundizar en mis sentimientos hacia Eva en un momento tan frágil, así que cambié de tono.

‘Y el Señor nos enseña a perdonar, ¿no?’

‘Eso diría mi padre, desde luego.’

‘¿Y qué dirías tú?’

‘Que cuando encuentras una conexión tan profunda con alguien no se puede dejar escapar por un error.’

‘Así pues, ¿estamos en paz? ¿Empezamos de cero?’

‘Nunca se puede volver a empezar de cero... Pero puedo intentar no recordar lo que nos ha pasado.’

‘No te pido más.’

‘De acuerdo. No te juzgaré por tus errores pasados, ni tú lo harás por los míos.’

‘Nunca.’

‘Solo juzgaremos lo que hagamos a partir de ahora.’

‘Me parece justo.’

‘No sé si es justo, pero es lo máximo que te puedo ofrecer.’

‘Entonces acepto.’

Me dio un beso dulce y el sonrojo de mi mejilla me transportó a un mundo donde solo existíamos los dos.

‘Debes ser positivo, James.’

‘¿Por qué?’

‘Te has ahorrado todo el dolor que pasé cuando murió mi madre. Es la ventaja de haberla matado tú mismo.’

Se fue y me quedé pensando en sus palabras, en su beso y en las probabilidades de lograr quedarme en la casa.

En los días posteriores me encontré en territorio desconocido. El velatorio, el pésame de personas que ni siquiera conocía, que todo el mundo hablara bien de mi madre, las plañideras... Todo era nuevo para mí, nada parecido a los días que siguieron a la muerte de mi padre. La pobreza del ataúd de mi padre y la falta de respeto con la que lo trataron contrastaba con la pompa y las alabanzas de la ceremonia de mi madre. De hecho, lo único en común de los dos entierros fueron el agujero en el suelo y la tierra que cubrió los féretros.

Después del funeral, tuve que hacer un gran esfuerzo por mantenerme en mi rol de hijo dolido porque todo lo que veía a mi alrededor eran alcohol y risas, nada del recogimiento o la introspección que yo esperaba de un momento como aquel. Con toda aquella falsedad rodeándome, sentía un profundo asco que me costó un gran esfuerzo no demostrar.

Durante todo aquel tiempo, el señor Slater no se me acercó en ningún momento y me alegré. Lo observaba desde mi posición, con la cabeza baja, siempre flanqueado por el padre Tobías, recibiendo el pésame como si no importara, como si solo fuera un trámite. El padre Tobías llevaba la voz cantante y el señor Slater era su títere. Mirándolo, no parecía quedar ni rastro del enérgico capataz que había atacado a un matadero rival, había torturado a un hombre por su esposa y –estaba seguro– había controlado a la policía en todo el asunto. Era como si él también estuviera muerto y enterrado.

Con el paso del tiempo, la situación se normalizó. El señor Slater volvió a

interesarse por el trabajo, para intentar salvar el negocio después del tiempo que lo había descuidado, aunque entonces los demás no sospechábamos lo mala que era realmente la situación. Su renovado interés por el negocio hizo que el señor Slater me ignorara y, sinceramente, cada día me sentía más cómodo.

‘Mientras mi padre esté ocupado no tienes de qué preocuparte. Es parecido a andar sobre el lago helado...’, al ver que no entendía el símil, Eva me lo explicó. ‘Te sigues moviendo tan rápido como puedes porque sabes que lo que te está soportando dejará de hacerlo si te paras. En lo que mi padre se está aguantando ahora mismo no se sostendrá si se para, ¿lo entiendes?’

‘Mientras esté ocupado, tu padre no pensará en todo lo que ha sucedido y no se hundirá. Y si no lo hace, pasará el tiempo.’

‘Y cuanto más tiempo pases aquí sin tu madre, más probable es que se acabe acostumbrando a tu presencia.’

‘¿Podemos seguir leyendo? No me gusta hablar de cosas que no dependen de mí.’

‘Ja,’ rió Eva. ‘Cómo has cambiado... Hace unos meses ya habrías ideado un plan para mantener ocupado a mi padre porque quieres quedarte. No te gustaba dejar nada al azar...’

‘Parece que el azar no se está portando mal últimamente, así que le estoy dando una segunda oportunidad...’

‘Me alegro de que así sea.’

‘Y yo,’ asumí la realidad. ‘Aunque ya veremos cuanto dura.’

El señor Slater había intentado esconder durante meses lo mal que iba el negocio porque quería darle a Eva la mejor vida posible, pero pronto empezamos a ver claros signos de la realidad. Empezaron los despidos, la venta de los caballos y nuestras comidas se basaban únicamente en restos no vendidos del matadero.

Ante su fracaso, el señor Slater parecía perdido e, incapaz de encontrar una solución, hizo lo que muchas personas desesperadas hacen: depositar su confianza en Dios o, en su caso, en el padre Tobías.

Desde entonces, el padre Tobías empezó a pasar más tiempo en la casa y a cenar con la familia todas las noches. Además, el señor Slater parecía dispuesto a intentar todo lo que el padre le sugiriera y yo contuve mis ganas de intervenir porque, por una conversación furtiva entre los dos, descubrí lo precaria que era realmente mi situación.

‘Padre, no puedo soportarlo más. La rabia me come por dentro,’ confesó el señor Slater.

‘Debes aprender a soportar esa rabia, hijo mío. Los caminos del Señor son inescrutables, ya lo sabes.’

‘Quizás sean inescrutables, pero el Señor ha decidido dejarme sin esposa en dos ocasiones. La primera vez solo lo tenía a Él como culpable, y debía aceptar la pérdida; pero ahora hay otro culpable. Un culpable humano. Y Él no me deja actuar por una simple promesa.’

‘Una promesa a una persona a la que amamos no debe ser rota.’

‘Lo entiendo, padre... Pero usted debe entender que me cuesta mucho no actuar según mis instintos.’

‘Hijo, siempre has sido un hombre que se ha movido por instinto, quizás lo que el Señor quiere que aprendas, lo que quiere de verdad, es a moverte con la cabeza en lugar de con el corazón y, sobre todo, que aprendas a perdonar.’

‘Perdonar es más difícil de lo que parece...’

‘Lo sé, hijo, pero para eso estoy yo aquí. Algún día entenderemos por qué Dios ha hecho esto contigo. Y eso nos pondrá más cerca del Creador.’

‘Eso espero. Porque es la única razón por la que respeto mi promesa.’

Desde luego, si quería mantener alguna posibilidad de seguir allí, tenía que poner todo mi esfuerzo en mi comportamiento.

Con la presión que debía sentir por todo lo sucedido, el señor Slater empezó a sustituir la comida por alcohol y, evidentemente, borracho, no dejaba escapar ninguna oportunidad de provocarme.

‘Toda la culpa es tuya, mocoso engreído. Si tu madre no te hubiera tenido, podríamos haber sido felices. Si Dios es sabio, te dará tu merecido... Pero dice el padre Tobías que eso no debo decidirlo yo, que los caminos del Señor son inescrutables, que yo no los entiendo,’ esperaba alguna reacción por mi parte para echarme y, al no encontrarla, echaba un trago y continuaba. ‘Lo que sí entiendo es que eres un desecho. No te mereces nada. Preferiría mil veces vivir con tu padre que contigo. Cambiaría sin pensármelo la vida de tu madre por la tuya. Por tu culpa nos estamos quedando sin dinero. Has arruinado mi vida, pequeño bastardo. Todo lo que me importaba...’

A veces terminaba llorando, otras simplemente se marchaba como si no importara, en ocasiones parecía contenerse para no pegarme una paliza, pero sus palabras solo surgían leves modificaciones en sus sucesivas borracheras. Evidentemente, no caía en sus provocaciones porque seguía teniendo claro

cómo comportarme para lograr mis objetivos.

Todo siguió más o menos de la misma forma hasta que, nueve meses después de la muerte de mi madre, se marchó el último trabajador que quedaba en el matadero y el señor Slater tuvo que aceptar la realidad: o cambiaba radicalmente sus hábitos o el matadero desaparecía definitivamente y, con él, nuestra única fuente de ingresos.

Durante la cena, el señor Slater nos explicó qué sucedía como si no hubiéramos sospechado nada, como si fuéramos idiotas.

‘Hija mía, tengo que confesarte algo que quizás debería haberte dicho antes, como me recomendó el padre Tobías,’ hizo una pausa, como si estuviera a punto de confesarse. Miró al padre Tobías, que asintió, y continuó: ‘Pero lo importante es que te lo digo ahora. Las cosas no van bien. Quería a tu madre más de lo que nadie puede querer a otra persona y, cuando murió, me costó mucho trabajo tirar adelante con el trabajo y contigo, Eva...’, se tomó un pequeño respiro. ‘Ahora, creo que he llegado al límite. No creo que ningún hombre pueda soportar la pérdida de dos mujeres a las que ha amado sin condiciones. Estas dos pérdidas han sido demasiado para mí. La desaparición de vuestras madres –mis esposas– es más de lo que puedo soportar,’ se recompuso durante un momento antes de proseguir y pude ver cuánto necesitaba un trago. ‘Como resultado de mi debilidad, el negocio va mal...’, miró de soslayo al padre Tobías. ‘Muy mal. No podíamos seguir manteniendo a los trabajadores y, ahora, no podemos seguir manteniendo a la señora Miller para que os de más clases a ti y a James. Deberéis crecer los dos y autoeducaros, como hice yo. Como hicieron vuestras madres. A partir de este día, os prometo que voy a empezar de cero. Voy a volver a llevar el matadero a ser lo que era. Pero no podré hacerlo solo.’

Se giró hacia mí.

‘James,’ un silencio pesado, ‘a partir de ahora, ya que la señora Miller no estará –y que parece que cuando te interesa tomas decisiones adultas–, tendrás que empezar a ganarte el derecho a vivir bajo este techo.’

‘Haré lo que sea por seguir aquí, señor.’

‘Eso espero. Porque ya tienes dieciocho años y debes demostrar que eres un hombre. Yo te enseñaré el oficio, pero deberás ayudarme con el trabajo del matadero. A cambio, tendrás un techo y comida en el plato cada día. Estoy seguro de que no será sencillo, pero confío en que, con esfuerzo, los dos lograremos nuestro objetivo: que Eva tenga el mejor futuro posible.’

‘Estoy dispuesto a trabajar duro, señor. Es lo que mi madre hubiera querido.’

‘Eso espero. Porque lo que te espera no es fácil.’

‘Lo haré lo mejor que pueda, señor.’

Se levantó y se fue, seguido por el padre Tobías, que sin duda era el ideólogo de todo aquello.

‘James, ¿estás seguro de que podrás trabajar en el matadero? No creo que sea un trabajo agradable,’ dijo Eva.

‘Tendré que ser fuerte. Por ti, Eva. Por ti seré un hombre.’

‘Eso espero... Porque esta es la última oportunidad que vas a conseguir de alguien como mi padre.’

‘Lo sé.’

‘Si esta vez no cumples con lo que él espera de ti, quizás la situación vaya a peor. Al fin y al cabo, mi padre solo prometió que no te echaría de la casa... Pero hay muchas formas de estar aquí... Recuerda lo que le pasó a Jack Brown.’

Si hubiera sabido lo proféticas que eran las palabras de Eva, quizás hubiera intentado cambiar algo, pero entonces aún creía que lo lograría, que podría con el trabajo y todo continuaría igual. Seguía siendo un ingenuo que creía que el mundo real funcionaba igual que en una novela.

9

La primera mañana de trabajo en el matadero seguía convencido de que todo iría bien y más cuando, al bajar las escaleras, me encontré a Eva, esperándome para darme ánimos:

‘Quería desearte buena suerte.’

‘Gracias, pero no la necesito,’ expresé mi seguridad.

‘Pensaba que te alegrarías de verme.’

‘Siempre.’

‘Entonces me doy por satisfecha.’

Eva sonrió y pensé que aquella conversación era la perfecta representación de mi estado de ánimo: enérgico y confiado. Ni siquiera el señor Slater y sus provocaciones lograron cambiar mi buena predisposición. *Vamos, pequeño mocoso, no hay tiempo que perder.*

Minutos después, en el mismo momento en que pisé la sala de matanza, el asco exilió a mi seguridad. Dentro, el olor era una niebla densa de insoportable hedor, convertido prácticamente en algo físico, con peso propio.

‘Vamos, chaval, demuéstrame que eres un hombre,’ me picó el señor Slater. ‘Después de la falta de actividad este lugar necesita un lavado de cara. En los próximos días, debes limpiarlo todo menos la gran cuba, porque venderemos su sangre. Es lo único que nos queda para empezar a ganar algo...’

Miré a mi alrededor, vi una cabeza de ternera putrefacta –con gusanos asomándose entre su carne– y salí, incapaz de resistir el vómito ni un segundo más.

El señor Slater, impassible, me acercó un cubo de agua y retales de ropa.

‘Esto es para ti. Empieza a limpiar cuando quieras mientras doy de comer a las reses. Algunos no tenemos tiempo que perder.’

A pesar del daño en mi orgullo, tardé más de diez minutos en reunir el valor suficiente para volver a entrar, logrando el mismo resultado.

La tercera vez fue aún peor y me faltaba el aliento de tanto vómito.

En mi cuarto intento ya no me quedaba nada en el estómago pero la repugnancia me provocaba arcadas continuas.

Por primera vez en mi vida, había fracasado completamente. Sentía la derrota mucho más que con mi agorafobia porque realmente deseaba poder realizar el trabajo encomendado. Lo había intentado con todas mis fuerzas y lo

único que pude mostrarle al señor Slater cuando volvió fue un charco de vómito y bilis.

‘Sabía que no serías capaz ni de entrar... Y mucho menos de realizar el trabajo. Una tarea sencilla, de limpieza,’ sonrió el señor Slater con desprecio. ‘No te preocupes, James, la suciedad te estará esperando esta tarde... O mañana... O hasta que seas capaz de hacerlo. De ti depende que Eva, tú y yo, tengamos algo con lo que vivir. Sin el matadero, estaremos muertos de hambre para finales de año. Todo depende de ti.’

Me dejó allí, sin más, debatiéndome entre mi incontrolable necesidad de vomitar y mis ganas de lograr mi objetivo, pensando que debía sobreponerme si no quería proporcionar al señor Slater la excusa perfecta para echarme. Pensando en mi padre, en Eva, y, sobre todo, en mi propio orgullo, realicé un esfuerzo titánico y entré a la sala de matanza.

A pesar de las arcadas, fui capaz de empezar a limpiar las herramientas cercanas a la puerta. Los utensilios eran tan viejos, estaban tan oxidados, que no entendí cómo alguien pretendía usarlos para manejar comida, pero los limpié de todas formas porque sabía que, para avanzar, no debía hacerme preguntas.

Salí a menudo a cambiar el agua del cubo de limpiar y aproveché para respirar aire puro. Estaba cansado, pero no pensaba rendirme cuando por fin había logrado empezar. Había limpiado unas quince herramientas cuando el señor Slater volvió para informarme de que la jornada había terminado.

Me sentí tan inútil que, a pesar del hambre, me salté la cena porque no me vi capaz de mirar a Eva a los ojos. Además, mil agujas me pinchaban los músculos –poco acostumbrados al trabajo físico– y pensé que me haría más bien descansar que comer. Me dormí sin leer, ajeno a la almohada de mi padre, sin tiempo para pensar en nada que no fuera el esfuerzo que tendría que hacer el día siguiente. Y en todos los días posteriores.

La segunda jornada fue peor que la primera porque las arcadas no disminuyeron y mis músculos eran apuñalados en cada movimiento. Sin embargo, descubrí que, si me marcaba pequeños objetivos y me centraba en lograrlos, todo mejoraba un poco.

A medida que los días pasaron, mi cuerpo se acostumbró al trabajo y yo, a la suciedad y los olores. Por fin pude aumentar el ritmo de limpieza y volver a leer por las noches. La verdad es que me sentía bien, orgulloso de haber resistido y volví a creer en mí mismo.

Evidentemente, el señor Slater no pensaba permitir que todo fuera tan sencillo.

‘James, mete estas herramientas viejas en un saco y tíralas a la basura,’ dijo refiriéndose a los cuchillos que tanto me había costado limpiar. ‘He decidido que si debemos empezar una nueva historia en el matadero, tenemos que renovarnos,’ tuve que contenerme para no dejar manar la rabia que me inundaba. ‘Cuando hayas acabado ponte a limpiar el resto del matadero. Quiero que elimines cualquier resto de sangre que pueda haber. En una semana vendrán a traernos arena nueva para el suelo, así que ponte a ello inmediatamente.’

Se marchó y desaté mi rabia contra todo lo que encontré. Di patadas y puñetazos a todo lo que tenía a mi alcance hasta que me corté con una madera rota. Fue entonces, al ver la sangre, cuando entendí que mi lucha con el señor Slater debía ser trabajando, demostrándole que se equivocaba respecto a mí, no dándole la razón con comportamientos infantiles.

Con cada amanecer, todo fue un poco más sencillo. No me importaba qué hacía el señor Slater mientras yo me trabajaba porque me sentía bien con el trabajo físico y, sin su presencia continua, todo era más sencillo.

Terminó la primera semana y mi trabajo había avanzado lo suficiente como para poner la arena limpia en el suelo. Eufórico con mis buenas sensaciones, ni siquiera me había planteado lo que iba a suceder a continuación a pesar de que era obvio: la limpieza había sido el prólogo al trabajo real.

‘A partir de ahora, empezaremos a trabajar en serio.’

‘Lo haré lo mejor que pueda, señor.’

Sonrió con superioridad.

‘Sinceramente, espero que sea verdad, porque ahora es cuando empezamos a jugar nos el poco dinero que nos queda,’ dijo antes de explicarme cómo íbamos a trabajar. ‘A partir de hoy cuando te entre un animal, lo hará atado en correas, ¿lo ves?’, las bandoleras colgaban de una polea en el techo que salían de un brazo guiado. ‘Solo tendrás que colocar la pieza encima de la cuba, cortarle el cuello y esperar a que se desangre, ¿lo entiendes?’

‘Sí.’

‘¿Sí?’

‘Perdón. Sí, señor.’

‘De acuerdo. Cuando acabe de salir sangre, moverás la pieza hasta mi zona de trabajo, que estará allí.’

Y señaló el otro lado del matadero, donde estaban las mesas que había limpiado y las nuevas herramientas.

‘Yo me encargaré de despedazar las piezas, quitar la piel y los trozos inservibles. En poco tiempo, tú también aprenderás a hacerlo.’

No creí que fuera un trabajo muy difícil hasta que oí el sonido de la ternera antes de morir. Era uno de los lamentos más tristes que había escuchado y me costó una eternidad hacer el primer corte. De hecho, lo lancé con tan poca convicción que el animal agonizó durante una eternidad. *Pensaba que serías más efectivo matando, sobre todo teniendo en cuenta tu pasado*, me dijo el señor Slater y acepté que debía mejorar. No solo por sus palabras, sino porque no quería que los animales sufrieran más de la cuenta por mis miedos e inseguridades.

Con el paso de las horas gané en eficacia, pero el trabajo ya no me producía orgullo porque quitar una vida no me producía ningún placer. Simplemente lo hacía lo mejor posible sin darle más vueltas.

Después de varias jornadas me di cuenta de que era un trabajo menos exigente físicamente que el de limpiar porque solo cortábamos carne por las mañanas. Por las tardes, el señor Slater repartía las piezas entre algunos carniceros dispuestos a dar una nueva oportunidad al Matadero Slater.

Estaba tan cómodo con la nueva situación, con todo el tiempo libre que podía volver a compartir con Eva, que bajé la guardia y, cuando el señor Slater cambió de nuevo las reglas, me pilló desprevenido. *Ven aquí, hoy te enseñaré cómo cortar las piezas*.

Cinco minutos después, dio la lección por terminada y me mandó la primera pieza.

Era lento, flojo e impreciso y me sentía completamente inútil. De hecho, me fue tan mal, que el primer día no acabé con el pequeño cupo de carne que el señor Slater había previsto y una sonrisa se dibujó en su cara. Pensó que había vencido, pero no estaba dispuesto a perder con tanta facilidad, así que empecé a cortar carne de noche. No dormí durante tres noches consecutivas para alcanzar el cupo que el señor Slater cortaba en unas cuatro horas y estaba exhausto. Me sentía derrotado, pero no estaba dispuesto a tirar la toalla.

El cuarto día sin dormir me desmayé en un charco de sangre mientras cortaba una de las piezas y si no hubiera sido por el señor Slater habría muerto allí mismo, ahogado.

Pasé el siguiente día en cama recuperándome y decidí que debía ponerlo todo

de mi parte para ser el mejor. Estaba convencido de que podía lograr los cupos y, además, hacer mejor trabajo que el señor Slater. Mi idea de hacerlo bien se había convertido en el deseo de ser el mejor y, en los días siguientes, me di cuenta de que aquel cambio de mentalidad suponía una gran diferencia.

En cuestión de días, pude dormir cuatro horas cada noche y, en semanas, terminaba mis cupos a media tarde. Me sentía invencible, de nuevo orgulloso. Además, estaba venciendo al señor Slater en su propio juego, con sus propias reglas, y me gustaba la sensación.

Como regalo de cumpleaños, el señor Slater decidió dejarme todo el trabajo de matanza a mí. *Yo me dedicaré a tareas de oficina*, fue toda la explicación que me dio, pero no importaba. En pocos días, dominé de nuevo los tiempos y podía pasar media tarde con Eva.

Algún tiempo después, el señor Slater empezó a volver borracho de sus rondas entre los carniceros y, aunque no me importaba qué hiciera, no podía permitir que arriesgara el futuro de Eva. Decidí actuar, así que empecé a poner arena en la carne, cortar mal algunas piezas y no quitar partes de pelo y piel.

Tardó algunos días en darse cuenta pero, cuando lo hizo, mi plan resultó ser muy efectivo.

‘¿Qué cojones le estás haciendo a mi carne, mocoso?!’

‘Pensaba que tardaría bastante menos en darse cuenta, señor.’

‘Hijo de...! ¿Qué pretendes hacer?!’

‘Es muy sencillo,’ me mantuve tranquilo. ‘Pretendo que el Matadero Slater, que lleva su nombre, salga adelante con o sin su ayuda.’

‘¿Y cómo ayuda a tu objetivo darme carne mala para que los clientes se quejen?!’

‘Mi único objetivo era que usted se diera cuenta de que tiene que prestar más atención. Se lo diré claramente: no me importa que usted se emborrache cada día, se vaya de putas y después le pida perdón a su amiguito el padre Tobías, pero no voy a permitir que arriesgue el bienestar de Eva en el proceso.’

‘¿Quién te has creído que eres para hablarme así! ¡Eva es mi hija! ¡¡¡Eres un desgraciado!!! ¡No eres nadie en nuestra vida! Te voy a echar de casa. No me importa mi promesa.’

‘No lo haré,’ dije confiado. ‘Porque ahora mismo el matadero solo puede funcionar si usted y yo trabajamos juntos. ¿Será capaz de hacer eso por su hija?’

‘¡¡¡¡Eres un puto niño de mamá!!!! No tendría que haber prometido nada. ¡¡¡Vete a trabajar o te daré una paliza que no olvidarás!!! ¡¡Y como me vuelvas a dar carne en mal estado, te vas a enterar!!’

El señor Slater me había mandado a trabajar porque sabía que no podía hacerlo sin mí y, por tanto, yo había vencido. Había demostrado que era necesario, que con mi esfuerzo me había ganado un lugar en el Matadero Slater. Como mínimo, hasta que el padre Tobías lo cambió todo.

10

El matadero se había convertido en todo mi mundo, lo único que existía. Sabía perfectamente que más allá de las puertas forjadas del Matadero Slater el mundo real permanecía, pero era tan lejano como un sueño. Mi única realidad eran Eva, el señor Slater y el padre Tobías, que seguía aumentando la frecuencia de sus visitas. Aquel aislamiento exageraba mis sensaciones y situaba mis sentimientos a flor de piel. Todo parecía mucho más relevante de lo que me habría parecido antes –cualquier detalle se magnificaba– porque, ante la reducción de escenario, lo que veía era lo único que importaba.

Durante meses, aquella nueva intensidad de sentimientos no me importó porque me sentía bien: orgulloso de mi trabajo, contento por haberme quedado en la casa y en una intimidad creciente con Eva. De hecho, llegó un momento en que mi estado de ánimo se hizo visible para todos, sobre todo para Eva:

‘Te veo... No sé... Confiado, feliz. Es como si fueras una persona distinta... Me alegro mucho...’

‘La verdad es que yo tampoco me hubiera imaginado sentirme así cuando llegué al matadero. Tú has tenido mucho que ver en ello, Eva.’

‘No lo creo, James. Lo que has logrado lo has hecho por ti mismo. Has superado tus miedos y haces un trabajo nada fácil.’

‘Y tú has logrado convencer a tu padre de que no me echara... Estoy seguro de que no habrá sido una conversación fácil...’

Hubo una pausa deliberada.

‘Te quiero, James.’

‘Y yo a ti, Eva.’

‘Eso es todo lo que necesito. Todo lo que necesitamos.’

Sus ojos brillaban y acercamos lentamente nuestras bocas hasta que el señor Slater entró hecho una furia, me cogió de la camisa y me levantó del suelo. El trabajo había fortalecido mis músculos, pero aún no podía competir con el señor Slater, que me llevó en volandas hasta la pared y me empotró en ella con violencia.

‘¡Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo! ¡Nuestra carne le ha sentado mal a la mitad de personas que la han comido! ¡¿Qué cojones le has hecho a mi carne?!’

‘Nada.’

Estaba realmente asustado. Ni siquiera me acordé de Eva, de lo que había

estado a punto de suceder, porque solo podía pensar en lo que me había dicho el señor Slater.

‘Eva, vete.’

‘Papá, yo...’

‘Te he dicho que salgas de aquí. Esto es entre James y yo.’

‘No pasa nada, Eva. Puedes irte.’

Con la pausa, el señor Slater parecía haberse calmado un poco.

‘Oh, Dios, lo intento. Intento ser bueno y que me perdones, pero no me lo pones fácil. Lo intentaré una vez más.’ Me soltó y me quedé sentado en el suelo, centrado en qué le podría haber pasado a la carne. ‘Hoy, James, te hablaré de tu amigo especial. Creo que ya es hora que tengamos esta conversación. Te hablo de Él porque has perdido tu camino. Pienso que necesitas empezar a creer en algo...’, tomó un poco de aire antes de proseguir su monólogo. ‘Ese amigo especial es Dios,’ sabía que no era el momento de hacerme el listillo y escuché en silencio. ‘Y es especial porque siempre está contigo, James. Vive dentro de ti, en tu corazón. Ve todo lo que haces y sabe lo que estás pensando. Dios te quiere mucho porque te ha hecho. Te ha creado. Y Dios quiere que le quieras porque si lo amas y haces cosas buenas toda tu vida, te llevará a vivir con Él cuando mueras. ¿No es agradable tener un amigo como Dios?’

‘La verdad es que da bastante miedo,’ pensé que debía ser honesto.

Me pegó y sentí un dolor intenso cuando su puño me golpeó la cara.

‘Lo he intentado,’ dijo más para sí mismo que para mí. ‘He intentado que te comportes como un hombre.’

‘¿Y ser un hombre significa estar borracho, ser violento y dormir con putas?’

Levantó el puño para volver a golpearme pero el padre Tobías intervino para evitarlo.

‘¿Crees que esta es la mejor manera de redimir tus pecados y que Dios te perdone, hijo?’

‘Lo siento... No sé qué más hacer. Estoy perdido sin su guía, padre. Perdóneme,’ el señor Slater desató su desesperación en forma de lágrimas.

Unos segundos después, el padre Tobías abrió la puerta y se lo llevó mientras me dejaba pensando cómo encontrar la causa del mal estado de la carne.

Me dirigí a la sala de matanza y limpié todas las herramientas de corte antes de seguir con todo lo que se me ocurrió. Froté y fregué hasta convencerme de

que había solucionado el problema.

La mañana siguiente, el padre Tobías me dio la noticia que iba a cambiar definitivamente la vida en el matadero:

‘Buenos días, hijo.’

‘Buenos días,’ contesté de forma fría.

‘Tu padre me ha invitado a quedarme un tiempo para ayudarlo y ser su guía espiritual.’

‘El señor Slater no es mi padre,’ no pensaba permitir estupideces del padre Tobías.

‘Todo hombre que se casa con una mujer debe adoptar a sus hijos como si fueran suyos...’

‘Pero eso no lo convierte en mi padre, ¿verdad? Hace falta algo más que un anillo para convertirse en padre.’

‘Ya veo que tendré trabajo contigo. Me gustan las personas con ideas propias.’

‘Eso es porque no ha tenido una idea propia en su vida, padre. Por eso cree en Dios.’

Me soltó una bofetada y sonreí. Me gustaba saber que podía sacar de quicio tan rápidamente a alguien que se llenaba la boca de amor al prójimo.

‘Si no fuera porque el señor Slater me ha pedido que te dome, y él me va a alimentar y cobijar, te echaría a patadas ahora mismo, hijo.’

‘No se equivoque, padre,’ le dije sonriendo. ‘Aquí el que le da de comer soy yo. ¿O ve en algún lugar al señor Slater preparándose para trabajar?’

Sabía que me había creado un enemigo, pero no me importaba porque no sospechaba de qué era capaz el padre Tobías. No sería hasta un día después que descubriría el poder que ejercía el recién llegado en el matadero.

El primer cambio del padre Tobías, el más repentino, fue lograr que el señor Slater se levantara temprano para trabajar. Parecía haber cambiado de actitud de la noche a la mañana, repartía carne desde primera hora, se encargaba de los animales e incluso me felicitó por mi trabajo. De hecho, estuve tentado a darle al padre Tobías el beneficio de la duda hasta que se dirigió a todos a la hora de comer:

‘Queridos, vuestro padre y yo hemos decidido esta mañana que las cosas tenían que cambiar. Él es el primero que reconoce que debe cambiar su actitud y lo hará. Con mi ayuda y la de Dios,’ miró hacia arriba en un gesto estúpido,

‘pero vosotros, queridos hijos, también debéis empezar a cambiar vuestra actitud. Tenéis que empezar a seguir el camino del Señor para poder ayudar a vuestro padre,’ se dirigió específicamente a mí. ‘Ya sé que tú, James, no crees que el hombre sentado a mi lado pueda llegar a ser tu padre, pero, si quieres que seamos una familia, debes aceptar, como mínimo, que sea tu hermano como todos somos hermanos a los ojos del Señor,’ volvió a hablar en general. ‘Con el objetivo que empecéis a acercaros a Él, a partir de ahora, todas las tardes vendréis a clase religiosa conmigo. Ya es hora de que recuperéis vuestras lecciones.’

Cuando me quedé a solas con el padre Tobías, me mandó un mensaje:

‘James, hijo, ya sé que debes pensar que lo único que tienes que hacer es retrasar tus cortes de carne y te saltarás nuestras clases.’

Sorprendido por la rapidez con la que el padre Tobías había adivinado mis intenciones, me callé.

‘¿Te crees muy listo, verdad? La cosa no va a funcionar así. Creo que siempre has sido superior intelectualmente a todas las personas con las que has vivido. Pero ya no es así, porque tengo la sabiduría del Señor de mi parte.’

Finalmente reaccioné.

‘Eso es interesante, ¿qué crees que puedes hacer para obligarme a asistir a tus jodidas clases de religión?’

‘Es muy sencillo,’ sonrió y tuve que contenerme. ‘¿No querrás dejarme con Eva a solas, verdad? Al fin y al cabo, una pequeña muchachita tan guapa como Eva puede ser una tentación muy grande para un hombre que hace tiempo que no prueba los placeres de la carne.’

Hice lo que tenía que hacer, dije lo que debía.

‘No se preocupe, padre Tobías, no me perderé ni una de sus clases. De repente, me siento muy interesado en usted y en todo lo que tenga que enseñarme.’

Con la nueva rutina –y mi derrota–, la felicidad que había sentido los pasados meses en el matadero se esfumó y me hundí anímicamente. Asistía a las clases de religión y me concentraba en buscar alternativas para acabar con la influencia del padre Tobías, pero ninguno de mis planes era infalible y, por tanto, me tragué mi orgullo e interpreté mi papel porque necesitaba asegurarme de que Eva estaría a salvo cuando por fin actuara.

Eva no lo entendió y llegó a creer que el padre Tobías me estaba

engatusando con sus palabras sobre el Señor. Lentamente, nuestra complicidad se desvaneció y mi estado de ánimo decayó aún más.

‘James, ¿qué te pasa?’

‘¿Qué quieres decir?’

‘Cada día pareces más metido en el discurso religioso del padre Tobías. No me lo esperaba de ti.’

‘Creo que es bueno aprender. Aunque sea sobre eso.’

No estaba cómodo mintiéndole a Eva después de nuestro pasado, pero no podía confesarle lo que me había dicho el padre Tobías porque si se lo decía a su padre las consecuencias serían imprevisibles. Simplemente, había elegido el menor de dos males.

‘No me tomes por idiota, James. Sabes que no te creo. Te conozco demasiado bien. Si hay algo que odias es la religión. Siempre decías que era el único legado de tu padre, el poder decidir qué creer.’

‘Y ahora he decidido darle una oportunidad al padre Tobías de convencerme.’

‘Si no me quieres decir la verdad, de acuerdo, pero no me engañes. Si en algún momento te quieres sincerar, ya sabes dónde encontrarme... Pero mientras, aléjate de mí.’

La oportunidad de ser algo más que hermanos, de que nuestra relación me convirtiera en alguien distinto a quien terminaría siendo, se había esfumado. Y todo por culpa del padre Tobías.

11

Con el paso de los meses, mi rebeldía se diluyó en las rutinas impuestas por el padre Tobías. Alejado de Eva cuando más la necesitaba, los días eran una colección de momentos sin propósito.

Sinceramente, no pensaba que las cosas pudieran empeorar pero, una noche de junio, de las primeras en que el calor era realmente intenso, la puerta de mi habitación se abrió y vi al padre Tobías, sudado y medio borracho.

‘¿Qué hace aquí, Tobías?’, le dije sin miramientos.

‘Ya te dije cuando llegué aquí que la carne es débil, hijo. Y no soy demasiado exigente. Si no quieres que intente nada con Eva, tendrás que darme algo a cambio.’

Se me acercó y se lo di.

Una larga paliza hasta que me faltó el aliento. Me dejé llevar y solo me preocupé de una cosa: que la sangre del padre Tobías no salpicara mis libros.

Cuando terminé, me estiré en la cama y observé como el padre Tobías se arrastraba para buscar ayuda. Después de una terrible lucha, logró abrir la puerta. *Y no se te ocurra tomar represalias porque entonces no me detendré* le dije en un tono de voz muy suave y, aunque sabía que mis actos tendrían repercusiones, pensaba aceptarlas para evitar que el padre Tobías se acercara a Eva.

Lo que no podía imaginarme era que iba a lograr exactamente lo opuesto a lo que pretendía y que no podría hacer nada para evitarlo.

La mañana siguiente, mientras bebía agua en la fuente exterior del matadero, vi al señor Slater llevando cajas al depósito de agua abandonado y, después de tres viajes, decidí ir a ver qué sucedía.

‘Lo que pasa, James, es que deberías agradecerme mi bondad y la del padre Tobías. Después de lo que hiciste ayer por la noche quería echarte, pero me ha convencido de que debo mantener la promesa que le hice a tu madre. Eso me hace mejor cristiano y me acerca a Dios. Debo perdonar y no vivir con rabia. Por eso estás aquí.’ No dije nada. ‘Estoy trasladando tus cosas al viejo depósito de agua. A partir de ahora, vivirás allí. Así podremos cerrar la cubierta con un candado y asegurarnos de que en uno de tus arrebatos no le haces daño a nadie. Al fin y al cabo, ayer por la noche, cuando atacaste al padre Tobías sin provocación, lo podrías haber matado.’

La soledad no me preocupaba, pero debía intentar rescatar a Eva.

‘Lo acepto, pero debería vigilar con Eva y–’

‘¿Estás amenazando a mi hija?!’, me dio una sonora bofetada. ‘Deberías saber que no te vas a salir con la tuya. Vuelve al trabajo mientras acabo de trasladar tus cosas.’

Me di cuenta de que, a pesar del tiempo transcurrido, el señor Slater nunca se creería nada que le dijera, ni siquiera que el padre Tobías quería abusar de su hija, así que simplemente acepté que no podía hacer nada.

Después de comer, el señor Slater me acompañó a mi nueva morada. Se accedía al interior del depósito por una trampilla que, al abrirse, eructó un terrible olor a humedad a pesar de llevar abierta la mayor parte del día. Empecé a descender la vieja escalera de hierro, mohosa, y mis poros empezaron a exudar por el calor.

El fondo del depósito era un lugar sucio y tan pequeño que, estirado, prácticamente tocaba las paredes; pero aquello no era lo peor, sino la extraña forma que tenía el depósito de amplificar el sonido. A pesar de la distancia, podía oír un eco del bramido de las terneras y, al mismo tiempo, cualquier sonido interior se magnificaba. En los días posteriores descubriría que, allí, hasta el silencio sonaba diferente, más pesado, como si estuvieras bajo el agua.

Abajo, me encontré con mis libros y mi ropa apilados encima de un pequeño charco que se había formado en el suelo, el único recordatorio del uso original de mi nueva casa. Me alegré al ver mis libros porque pensé que sería una buena forma de pasar las horas después de trabajar, pero mi entusiasmo se desvaneció cuando el señor Slater cerró la esclusa y me envolvió una completa oscuridad.

Durante las semanas que siguieron a mi exilio solo abandonaba el depósito para trabajar y, el resto del tiempo, intentaba acostumbrarme a sus condiciones. Me mantenía en silencio, forzaba la vista para poderme mover con comodidad y, sobre todo, meditaba para alejar de mi mente la imagen del padre Tobías y Eva, a solas porque sabía que era la única forma de no volverme loco.

Además, el calor era asfixiante y cuando la trampilla se abría estaba más cansado que antes de entrar al depósito.

Al cabo de un tiempo indeterminado, Eva vino a verme a la sala de matanza

y me di cuenta de lo duras que eran las condiciones que estaba soportando cuando descubrí que mi voz se negaba a salir después de tanto tiempo sin usarla:

‘James, tienes que decirme la verdad. ¿Por qué te han encerrado en el depósito? ¿Tiene algo que ver con el padre Tobías? Ese hombre es asqueroso. Cuando me dijiste que querías darle una oportunidad era una excusa para que no me hiciera algo, ¿verdad? Lo hiciste por mí...’, me limité a asentir. ‘Solo venía a decirte que te echo de menos. Este mes ha sido muy duro para mí. Te agradezco con toda el alma que sigas trabajando para mi padre. Sin ti, estaríamos en la ruina. Mi padre vuelve a beber. El padre Tobías no es una buena influencia para él, cada tarde se emborrachan juntos. Los oigo desde mi habitación. Una noche le quitaré las llaves a mi padre y vendré a verte, si te parece bien,’ me miró de arriba a abajo. ‘Por cierto, tendrías que hacer un poco de ejercicio, ¿no? Te haría bien estar preparado para escaparte.’

Me hubiera gustado decirle que era la única razón por la que seguía cuerdo, que la quería, los porqués de la paliza al padre Tobías y muchas cosas más; pero me conformé con su abrazo, cálido, antes de que se fuera corriendo. *Si nos ven juntos las cosas se pondrán peor. Aguanta, James.*

La visita de Eva me abrió los ojos y empecé a ejercitarme dentro de mi prisión. Hablaba para recuperar la voz y hacía flexiones y abdominales para mantener mi cuerpo. De aquella forma descubrí que mantenerme activo aligeraba el paso de las horas.

En aquellos días, me apoyé en mi nueva rutina para no volverme loco, casi como alguien en completa oscuridad se aferraría a la luz de una vela.

Todos los días eran meras réplicas y perdí la capacidad para juzgar el paso del tiempo. El señor Slater no me dirigía la palabra y Eva no había vuelto a visitarme. Si mantuve la cordura fue simplemente por los pequeños ejercicios que había implementado en el interior del depósito.

Además, el trabajo en la sala de matanza ya no requería mi atención absoluta y, a veces, en el depósito, dudaba de si había llegado a salir o solo lo había imaginado. Me costaba recordar lo que había hecho durante el trabajo, los detalles me evadían y cuando intentaba evocar los olores, el tacto de la carne, la textura de la sangre; igual que en un sueño, no lo lograba.

Un tiempo después, Eva me visitó. Se abrió la esclusa y oí su voz, susurrándome:

‘James... James...’

‘Eva, aquí abajo.’

‘Gracias a Dios. Pensaba que no serías capaz de hablarme y que tendría que bajar a oscuras sin saber si realmente estabas aquí.’

‘Desde la última vez que nos vimos he estado practicando.’

‘Ahora bajo.’

‘Ten cuidado, la escalera es resbaladiza.’

Mientras escuchaba sus inseguros pasos mientras descendía, creí estar soñando porque compartir espacio con Eva parecía irreal. Una eternidad después, llegó abajo y estiré el brazo para tocarla y asegurarme de que no estaba soñando. Dio un pequeño grito por la sorpresa de mi roce, la cogí de las manos para calmarla, la acompañé hasta el colchón y nos sentamos.

‘Siento haber tardado tanto en venir, pero he tenido que ganarme su confianza para poder conseguir en secreto las llaves de la esclusa.’

‘Espero no haberte causado demasiados problemas.’

‘No te preocupes por mí. Sé cuidarme sola...’

‘Sí, pero el padre Tobías...’

‘No te preocupes por eso. Mi padre es un borracho que no está en su mejor momento, pero tú y yo sabemos algo que el padre Tobías solo sospecha: mi padre es capaz de todo por defender lo que quiere. Si el padre Tobías sobrepasa los límites, mi padre lo echará a patadas a pesar de todo.’

‘Siento haberte dejado sola en esta situación. Si estuviera en la casa todo sería más fácil.’

‘Tendrías que haberlo pensado antes de pegarle una paliza al padre Tobías, ¿no crees? Debes ser más inteligente que ellos, James, no dejarte llevar. Controla tus sentimientos para intentar salir de tu situación.’

‘¿Quién dice que quiero cambiar mi situación?’

‘No te entiendo.’

‘Es muy sencillo. ¿Crees que tu padre está capacitado para trabajar cada día en el matadero y además vender la carne como ahora?’

‘No. Bebe más que nunca.’

‘¿Y qué crees que pasaría contigo, conmigo y con tu padre si el dinero deja de llegar?’

‘Lo perderíamos todo.’

‘Mientras sea capaz de trabajar, no voy a dejar que eso suceda. Me gusta lo que hago. Como mínimo, consigo salir con cierta libertad, sin que me vigilen. Me siento útil cuando corto la carne.’

‘Lo haces por mí, ¿verdad?’

‘Todo lo que he hecho últimamente ha sido por ti.’

‘Gracias...’, parecía estar a punto de derrumbarse. ‘Pero creo que aún tendríamos que hacer algo más. El padre Tobías es muy mala influencia para mi padre y deberíamos hacer algo al respecto.’

‘No te preocupes por eso. La próxima vez que vea al padre Tobías a solas me encargaré de él. Es algo que tengo en mente desde hace tiempo, pero no he podido actuar por mi encierro,’ estaba convencido de mis palabras. ‘Ten paciencia y el padre Tobías dejará de ser un problema.’

Un silencio extraño, artificial, exagerado por la oscuridad, nos separó.

‘Debo irme, James. No quiero arriesgarme a que me descubran. Intentaré venir todo lo que pueda. Será como nuestras noches en los columpios, ¿te acuerdas?’

‘Por supuesto.’

‘Fue entonces cuando descubriste que yo no era la niña tonta que aparentaba,’ no esperó que le contestara. ‘Pues ahora eres tú el que debe convertirse en alguien mejor. En una persona en control de sus sentimientos, de la situación, ¿lo entiendes?’

‘Claro.’

‘Toma, te he traído una vela y cerillas, James. Intenta que te duren lo máximo posible porque no sé cuándo podré volver a traerte.’

Cogí las cerillas y encendí una. Necesitaba ver a Eva para asegurarme que todo era real.

‘Te he dicho que no las malgastaras.’

‘Esto no es malgastarla. Necesitaba verte, Eva.’

‘Yo también, James.’

La cerilla se apagó cuando me quemé los dedos y, en la oscuridad, Eva me besó. No en la mejilla, como una hermana, sino en los labios, como una amante. Fue un beso corto, pero su sabor siempre me acompañaría.

‘Lo siento pero tengo que irme. Sé fuerte.’

‘Y tú.’

Me volví a quedar solo, en completa oscuridad y, por primera vez desde mi encierro, me dormí con una sonrisa en la cara.

Tener luz en el depósito me conectó con la realidad. Aunque leía a ratos, solía usar la vela para cosas diarias, como limpiar o reordenar al depósito, tareas que a oscuras no me había atrevido a hacer.

Entonces apareció la paradoja: la luz era mi bien máspreciado, pero me pasaba el día a oscuras porque no quería que la vela se consumiera. Al fin y al cabo, en mi mente, su humo representaba mi esperanza, desvaneciéndose.

A pesar de la contradicción, el simple hecho de saber que podía encender la vela cuando quisiera me reconfortaba y, por el momento, era suficiente.

Pasé mucho tiempo en aquella tesitura hasta que, justo cuando la vela estaba a punto de agotarse, Eva empezó a visitarme con más frecuencia y me trajo velas suficientes como para no tener que vivir a oscuras.

‘James, enciende la vela.’

‘¿Por qué?’

‘Tengo algo para ti.’

La encendí.

‘Felicidades.’

‘¿Por qué?’

‘Por llegar a vivir otro año. Sí, tonto, no me mires con esa cara. Hoy ha sido tu cumpleaños. Me gustaría poder haber venido ayer por la noche para celebrarlo, pero, como podrás entender, la Nochevieja no era un buen momento para que me escapara de casa.’

‘Claro que lo entiendo. No te preocupes.’

‘¡Espero que este regalo sí que lo abras!’

‘Ahora mismo.’

Desgarré el papel y vi un libro. No conocía el autor, un tal H.P. Lovecraft y, según me dijo Eva, era de un terror diferente al de Poe.

‘El libro va acompañado de esto,’ y me dio el puñado de velas.

Si sabía administrar las velas correctamente, mi problema de luz se había pospuesto algunos meses.

Nos estiramos los dos en el colchón y, con Eva apoyando su cabeza en mi hombro, abrí el libro y empecé a leerlo en voz alta. Leyéndolo, sin saber por qué, pensé por primera vez que mi vida no había sido normal, que los hechos que me habían llevado al depósito de agua bien podrían haber sido parte de una novela. También fue la primera vez en que pensé en mi infancia como algo pasado, mi primer pensamiento completamente adulto.

Me dormí resiguiendo las palabras del libro con mi voz y, cuando desperté, Eva se había ido. Por un instante, pensé si todo había sido un sueño, si finalmente había perdido la cordura pero encendí una vela y vi el libro que me había traído. Todo era real, incluido lo que sentía. Parecía imposible, pero era

feliz. Mi única preocupación real era si Eva sería capaz de manejar al padre Tobías porque, a pesar de mi situación, miraba al futuro con esperanza.

12

En su siguiente visita, Eva bajó las escaleras del depósito llorando y, al llegar al fondo, me abrazó. Sabía lo frágil que era la situación y, por un instante, me temí lo peor.

‘¿Qué ha pasado?’

‘Nada,’ se secó las lágrimas. ‘Tenía muchas ganas de verte, es todo. Te he echado de menos.’

‘Yo también,’ acaricié su mejilla y apartó la cara de dolor. ‘No me mientas, Eva.’

‘Está bien, James. Hoy mi padre ha bebido mucho—’

‘Lo sé, lo he visto cuando me ha encerrado.’

‘Por favor, no me interrumpas porque si paro no sé si tendré fuerzas para continuar.’

‘Está bien.’

Seguíamos a oscuras y me concentré en su voz, amplificadas por el depósito. A medida que su relato avanzaba, mi rabia aumentó, traspasando todos mis límites.

‘Mi padre ha bebido mucho y después de comer se ha quedado dormido. Estaba a solas con el padre Tobías... y... y ha intentado meterse en la cama conmigo.’

‘¿Ha intentado?’

‘No le he dejado y me ha pegado. Me ha azotado con un látigo y me ha dicho que era impura. Después, me ha pegado varias bofetadas en la cara.’

La sangre me hervía.

‘Quédate aquí, Eva.’

‘¿Dónde vas?’

‘Confía en mí,’ empecé a subir los escalones. ‘Espérame y, pase lo que pase, no salgas hasta que vuelva.’

Por primera vez en mucho tiempo permití que mis sentimientos tomaran el control. Aún no sabía cómo iba a ejecutar lo que pensaba, pero sí que, en aquella situación, la rabia era mi aliada.

Entré en la habitación del padre Tobías, le di un golpe en la cabeza y lo arrastré fuera de la cama. Me aseguré de que estuviera inconsciente y busqué el látigo que había empleado con Eva.

Unos minutos después, lo encontré junto a una pila de tiras pornográficas.

Lo cogí y arrastré al padre Tobías hasta el matadero. Lo até a las correas del ganado, encima de la cuba de sangre, sabiendo perfectamente cómo iba a proceder.

Desperté al padre Tobías con un cubo de agua sucia, me miró a los ojos y supo que no iba a escaparse fácilmente.

‘¿James, hijo, no sé qué crees estar haciendo pero no estás en el camino correcto...’

‘¿Qué estoy haciendo? Estoy tirando la basura,’ a pesar de que la rabia controlaba mis actos, sentí una especie de paz interior, como si estuviera a punto de pagar una deuda que no me dejaba dormir en paz. ‘¿No sabía usted, padre, que es una de mis obligaciones? Debo mantener el matadero bien limpio para que el señor Slater no me castigue,’ lo azoté con el látigo con todas mis fuerzas hasta que su sangre se mezcló con la de la cuba. ‘Dígame, padre, ¿sabe el señor Slater lo que intenta hacer con su hija?’

‘¿Te refieres a si sabe la verdad? Claro. Sabe que su hija es una puta que hace que la carne sea débil y luego dice que no. Yo solo pretendo que lo sepa todo el mundo... ¿No estarás celoso, verdad?’

El desafío del padre Tobías era todo lo que necesitaba para romper mi control: le corté el cuello como habría hecho con una ternera y traté su cadáver exactamente de la misma forma. Esperé a que toda su sangre abandonara su cuerpo, lo moví a la mesa de corte y lo despiecé. Separé su carne del hueso y lo añadí a la carne picada que vendíamos para pasteles de carne. Pensé que nadie notaría la diferencia y no podía imaginarme lo que iba a suceder con aquel lote.

Para terminar, enterré la cabeza y los huesos del padre Tobías con los del ganado y me dirigí a su habitación para la segunda parte de mi plan. Cogí todas sus pertenencias y las hice desaparecer para apoyar la versión de la historia que pensaba contar. A Eva, le contaría que había amenazado y asustado al padre Tobías hasta el punto que se había marchado; y al señor Slater le diría que no sabía nada, *cómo podría estando en el depósito*.

Al terminar me sentía exultante, satisfecho por haber terminado una tarea pendiente.

Fui al depósito, encendí una vela y vi que Eva se había quedado dormida, acurrucada en mi cama. La acaricié y se sobresaltó.

‘El padre Tobías no te volverá a molestar. Me ha prometido que esta misma noche se irá de la casa y del pueblo para nunca volver.’

‘Lo has amenazado, ¿verdad?’

‘Con algo que no podía superar. Al fin y al cabo, todos tememos por nuestra vida, ¿no?’

‘¿Realmente se ha creído que le matarías?’, una tímida sonrisa. ‘Es una suerte que el padre no te conozca como yo lo hago. Si no, tu plan no hubiera funcionado.’

‘Sí, una suerte,’ dije sin darle importancia, simplemente repitiendo las palabras de Eva.

‘Él no sabe que has cambiado mucho desde la muerte de tu madre y que ahora vives y trabajas para honrar la memoria de tu padre,’ se marchó y me quedé pensando en sus palabras, en si mi padre aprobaría lo que había hecho.

Después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que no importaba. Mi padre ya no estaba y tenía que valerme por mí mismo. Además, Eva estaba a salvo y eso era lo más importante.

La mañana siguiente, la reacción del señor Slater a la desaparición del padre Tobías llegó más tarde de lo previsto, cuando ya llevaba un par de horas cortando carne.

‘¡Te mataré, hijo de perra! ¡Prometo que acabaré contigo!’

Me comporté como cualquier otro día.

‘¿Igual que cuando le prometió a mi madre que no me echaría?’

‘¡¡Eres un cabronazo!!’

‘¿Se puede saber qué he hecho ahora?’, continué trabajando y, por primera vez, intuí que el señor Slater se estaba planteando si podría ganarme en una pelea justa.

‘Le has hecho algo al padre Tobías, desgraciado.’

Paré de trabajar y me hice el sorprendido.

‘Exactamente, ¿qué le he hecho?’

‘No lo sé,’ se lo pensó un instante. ‘Pero esta mañana no se ha presentado a nuestro encuentro matinal y, cuando he ido a ver dónde estaba, su habitación estaba vacía.’

‘A mí me parece que el padre Tobías simplemente se ha cansado de nuestra compañía.’

‘No te hagas el listillo conmigo, pequeño cabrón. Sé que si se ha ido, ha sido por tu culpa. Le habrás hecho algo que incluso a él, un valiente hombre de fe, le ha asustado lo suficiente como para irse.’

‘No me parece muy probable que tenga el poder que me concede, señor. Sobre todo desde el depósito de agua. Lo que a usted le pasa es que necesita a

quién culpar.’

‘Tienes razón en lo de estar encerrado, pero sé que eres un demonio,’ se tomó unos segundos para reafirmarse en la idea. ‘Si alguien ha podido encontrar la manera de hacer desaparecer al padre Tobías en tu situación, estoy seguro de que serías tú, pequeño bastardo.’

‘Me enorgullece que crea tanto en mí, señor, pero los hechos están a mi favor y no hay manera humana que haya podido abandonar mi depósito de agua.’

‘Lo comprobaré.’

Seguí trabajando, convencido de que el señor Slater no encontraría nada en el depósito. Había escondido perfectamente las velas y las cerillas y me sentía seguro.

El señor Slater ni siquiera se dignó a explicarme los resultados de sus investigaciones y el día terminó como cualquier otro. Cuando se fue a repartir la carne, me estiré a descansar en el depósito. Después, leí a Lovecraft de nuevo, sabiendo que Eva no podría visitarme en una temporada porque era demasiado peligroso.

El día siguiente, un imprevisto. Hacía las nueve de la mañana, cuando estaba acabando mi cupo de carne, el señor Slater se dirigió a mí:

‘James, no sé qué le estás haciendo a la carne...’

‘Yo no le hago nada a la carne, señor.’

‘¡Cállate, coño!’, respiró hondo para tranquilizarse. ‘Repito: no sé qué le estás haciendo a la carne, pero está gustando. La familia Richmond ha enviado un criado a decirnos que el lote de ayer les había encantado, que nunca habían probado un pastel de carne como el que hicieron con nuestra ternera picada. Si los Richmond dicen eso, si se corre la voz, es probable que nuestra suerte cambie de una vez por todas cuando se entere el resto de la ciudad.’

Desde luego, una buena noticia y una felicitación proveniente del señor Slater eran el mejor final posible para el padre Tobías. Con su muerte, todo parecía mejorar. Evidentemente, mantuve el secreto sobre la procedencia de la carne del lote que había encantado a los Richmond sin pensar que, en ocasiones, las buenas noticias son el germen de un futuro peor.

13

Las noticias procedentes de la familia Richmond se extendieron rápidamente y, antes de darme cuenta, los pedidos de carne eran tan grandes que necesitaba todo el día para cubrir mis cupos. En teoría, el cambio era positivo, pero a nivel personal resultó ser más de lo que podía soportar.

Sin la presencia del padre Tobías, Eva venía al depósito cada noche. Nos besábamos, hablábamos y leíamos, pero, honestamente, con el aumento de trabajo, ni siquiera me apetecía verla. Daba por supuestas sus visitas y, por tanto, no eran más que rutina. La verdad es que echaba de menos los días en que me pasaba la mayor parte del día en el depósito, solo con mis pensamientos; pero tampoco podía renunciar a Eva después de todos los sacrificios que había hecho por ella.

Para añadirme presión, el señor Slater se centró en el trabajo, bebía menos, compró cerdos –de los que se encargaba él mismo– para diversificar el negocio y se pasaba gran parte del día mirándome, ofreciéndome ayuda e intentando descubrir qué le hacía a la carne para que fuera tan demandada.

Además de su presencia constante, el señor Slater intentaba reconciliarse conmigo y, para ello, me daba discursos mientras yo fingía estar concentrado en la pieza que tenía entre manos. *James, sé que me he equivocado en el pasado, pero quiero remediarlo. Nada me gustaría más que poder confiar en ti y que volvieras a la casa principal*, solía decirme, aunque en ocasiones me parecía que estaba ensayando sus palabras y que no se dirigía realmente a mí.

Sin ningún momento de soledad, sin ninguna oportunidad para dejar volar libre a mi mente, la situación se volvió insostenible. Toda mi vida había podido leer, meditar, o planear; por lo que pasé aquellas semanas oprimido, incapaz de disfrutar de lo que había logrado. Me sentía ahogado, nervioso y agobiado; y necesitaba una vía de escape que nunca llegaba.

Evidentemente, la presión fue demasiada.

A pesar de saber que descargar mi impotencia con el señor Slater tendría consecuencias, no pude evitarlo. No podía desahogarme con Eva, así que solo quedaba su padre. No me importaba qué sucediera porque no podía aguantar ni un día más sintiéndome tan perdido y, una mañana, harto de los discursos del señor Slater y de su hipocresía, dejé de controlarme:

‘¿Quiere saber de una vez por todas por qué le encantó nuestra carne a la familia Richmond?!’

‘Sí.’

‘¿Está seguro? Quizás la respuesta no sea de su agrado.’

‘Por supuesto,’ me aseguró con una superioridad que me alejaba aún más de mi control.

‘Los Richmond comieron carne humana y evidentemente les gustó. Quizás no sean tan civilizados como se cre—’

‘¿Qué quieres decir, pequeño mentiroso?’

‘La carne que los Richmond comieron provenía de su querido padre Tobías. Yo mismo lo trocéé y piqué,’ solté el cuchillo que sostenía para que el señor Slater no me viera como una amenaza y me giré. ‘Y ahora haga conmigo lo que quiera.’

Esperaba un estallido violento por parte del señor Slater, pero no lo hubo. Se limitó a acompañarme al depósito y cerrar la esclusa: *Eres el mismo Satanás.*

Por primera vez en mucho tiempo, al quedarme a oscuras, me sentí relajado. Me había quitado un gran peso de encima y, a pesar de no conocer las consecuencias de mis palabras, confiaba en que la necesidad que le había creado al señor Slater con mi trabajo me permitiera salir del depósito y vivir de una forma diferente, al menos internamente.

El tercer día a oscuras en el depósito empezaron las alucinaciones y, con ellas, la certeza de que iba a morir allí. Veía a mi padre, al suicida con su cerebro expuesto, a mi madre bajo la almohada, al padre Tobías descuartizado; mi vida entera proyectada en la pared del depósito, como en un macabro *Paramount*. Estaba hambriento y sediento, pero me sentía mejor que acompañado por la sensación de fracaso de las últimas semanas. A pesar de todo, no me arrepentía de mi confesión.

En el mismo instante en que acepté mi destino como algo inevitable, la esclusa se abrió y subí —exhausto— para encontrarme al señor Slater, que me esperaba con un garrote y una cuerda. Me ató la soga al cuello y me atizó. *Para que sepas lo que te espera si no cooperas.* Aunque hubiera querido, no me habrían quedado fuerzas para rebelarme.

Me llevó hasta la sala de matanza en un recorrido infinito. *Aquí tienes el desayuno, recupera fuerzas.* Lo hice lentamente, saboreando una comida que ya no esperaba tener, la primera de mi nueva oportunidad.

‘A partir de ahora, trabajarás atado y te vigilaré de cerca. No sé por qué, pero estos tres días los clientes se han quejado de que mi carne no es tan

buena como la—’

‘Como la que cortaba yo,’ intervine.

Me dio con el garrote.

‘¡No te pases de listo, cabrón! Te necesito para trabajar pero no te confundas: a la primera gilipollez acabo con tu vida.’

Mi paso de trabajador a esclavo no había ensombrecido mi estado de ánimo y seguía sintiéndome bien. Tenía las ideas claras y estaba eufórico. Fuera del depósito, un abanico de nuevas posibilidades se abría ante mí. Lo peor había pasado y, como siempre que tenía una visión clara de dónde debía ir, todo mejoraba. Marcarme objetivos me daba energía y mi cerebro se activaba. Los tres días encerrado me habían concedido el tiempo necesario para decidir qué debía cambiar.

Era irónico que en una situación peor me sintiera mejor, pero me lo tomé como la prueba de que debía guiarme por mi instinto, seguir mis sentimientos.

Desde luego, liberarme de la carga de interpretar el papel de buen hijo me había renovado y había creado un nuevo objetivo: vencer la batalla contra el señor Slater escapándome de allí. Pero no de cualquier manera, sino demostrándole inequívocamente que era mejor que él.

Pasado un tiempo, aún buscando la forma de demostrarle al señor Slater que lo había superado, llegó quien iba a cambiar el *statu quo*.

‘Buenos días tengan todos,’ dijo el cura, alto, aseado y con un porte elegante.

‘Buenos días, padre. ¿Puedo... Puedo ayudarle en algo?’, balbuceó el señor Slater, nervioso porque nadie descubriera la verdad sobre el padre Tobías.

‘En realidad, soy yo el que viene a ofrecer su ayuda,’ prosiguió tranquilamente el religioso. ‘El cardenal ha leído los informes que el padre Tobías hacía sobre este lugar y ha determinado que debo intentar volver a traer al Señor a este lugar. Esa es mi misión divina,’ sonrió y noté la calidez que emanaba.

Sin embargo, supe que tenía que crear dudas al nuevo cura sobre los informes del padre Tobías porque estaba convencido de que no decían nada positivo sobre mí.

‘¿Es este el joven infante que el padre Tobías creía poseído por el demonio?’, me señaló.

‘Lo es,’ le costó decidir cómo definirme. ‘Es mi hijastro, James.’

‘Buenos días, James.’

‘Bienvenido a nuestra humilde casa, padre...’, dije mientras le alargaba a mano.

‘Soy el padre Rhys. Encantado de conocerte. Tengo la impresión de que vamos a pasar mucho tiempo juntos.’

‘Me encantaría, padre. Noto que últimamente me estoy alejando del camino del Señor.’

Mentí sin ningún pudor, intentando controlar mi euforia por la llegada de un elemento externo que podía ayudarme a lograr mi objetivo de vencer al señor Slater de una vez por todas.

‘Hoy me instalaré y mañana empezaremos las lecciones con James,’ le dijo al señor Slater. ‘Cada tarde pasaremos dos horas discutiendo sobre religión e intentaremos purgar todos los pensamientos impuros que le apartan de tu destino: Él,’ dio un par de pasos hacia la salida pero se frenó. ‘Por cierto, no deben preocuparse por todo el asunto del padre Tobías. Por su desaparición quiero decir... Lo cierto es que ha sido un alivio para todos que desapareciera dada su tendencia a... actividades poco... Cómo decirlo... Adecuadas para un servidor de Dios. Para la Iglesia, el tema del padre Tobías está cerrado,’ volvió a mirarme. ‘Hasta mañana por la tarde, James.’

Así fue como el padre Rhys entró en nuestras vidas, poco antes del verano de 1938, y pensé que todo iba a ser más sencillo. Sin embargo, el padre Rhys pronto me demostraría que no iba a ser tan fácil de manipular como su predecesor porque tenía el don de tocar profundamente mi interior con sus reflexiones y, a pesar de mis esfuerzos, mis sentimientos acababan saliendo a relucir.

Poco tiempo después, al descubrir que mis intentos de manipulación eran inútiles, decidí ser sincero y opté por retar intelectualmente al padre Rhys.

‘Entiendo lo que piensas, lo que pasa por tu cabeza. Sí, no me mires con esa cara. Sé que perder a tu padre –probablemente la única persona a la que has querido de verdad– a manos de tu madre es duro. Y que ser tú el que finalmente vengues su muerte ha debido ser aún más difícil,’ calló un instante para observar mi reacción. ‘Y, sobre todo, entiendo que vivir con un hombre al que, en parte, culpas de la muerte de tu padre, no debe facilitar las cosas.’

‘Me alegro de que alguien lo entienda.’

‘Lo entiendo,’ se lo pensó un momento. ‘Lo que no entiendo es como una persona tan inteligente como tú, actúa como lo hace. La batalla continua contra todo, la rabia interior que apenas puedes controlar. Todos esos sentimientos

deberían ser extraños para un muchacho de tu edad, James.’

‘No puedo controlar lo que siento.’

‘Lo sé. Pero es un proceso por el que todos debemos pasar, James. Debes entender que no eres el único niño que ha crecido con sentimientos y necesidades especiales en su interior. A lo largo de la historia ha habido muchas personas con vidas difíciles, y todas han tenido algún momento que ha sido crucial en cómo han llevado sus vidas. Un momento definitorio, podríamos decir. Una encrucijada que, dependiendo del camino elegido, definiría sus vidas para bien o para mal.’

‘¿Ahora me dirá que usted se parecía a mí cuando tenía mi edad?’

‘Aunque te cueste de creer, cuando era joven mi futuro se preveía –por decirlo suavemente– poco brillante. Nací en una casa muy pobre. Tan pobre que alguien como tú no puede ni llegar a imaginársela a pesar de tu vida actual. Tú llevas las cadenas físicas que el señor Slater te ha impuesto, pero donde nací, las cadenas eran de otro tipo, más mentales que reales. En aquella casa reinaba un abuso que no te permitía ni siquiera imaginar una salida, una manera diferente de vivir,’ pausó por un momento, como si necesitara tomar aire. ‘Pero aquí estoy. Aquí estamos. No te voy a tomar por tonto y te voy a decir que la solución está en la religión, porque sería una mentira. Es cierto que yo encontré mi camino en Dios, pero cada uno debe fijar su propia ruta,’ cambió el tono para volver a hablar de cosas más concretas. ‘Lo que me gustaría que entendieras es que el señor Slater está dispuesto a mejorar su actitud. Quiere darte cierto margen para poder vivir tu vida de una forma distinta. Solo necesita que se lo demuestres, que le enseñes que quieres cambiar de verdad. Nada más.’

Escuchando las palabras del padre Rhys me di cuenta de que era incapaz de cambiar. Intenté que su discurso me llegara, pero era impermeable a sus ideas y seguía pensando cómo vencer al señor Slater definitivamente. Quizás si aquella conversación me hubiera llegado antes todo habría sido diferente. Pero no lo hizo y no lo fue.

‘Lo siento, padre, pero creo que llega demasiado tarde. En cuanto pueda, me escaparé de este lugar y no volverán a verme más.’

‘Deberías recapacitar, hijo. Este momento se va a definir el resto de tu vida.’

‘No creo en el destino ni en una baraja repartida de antemano. Cuando me vaya, empezaré una nueva vida, créame.’

‘Te creo,’ como siempre el padre Rhys tenía algo que añadir, la última

palabra. ‘¿Pero no sería mejor empezar a mejorar tu vida desde este mismo momento? Intentar facilitarte a ti mismo y a todos nosotros la existencia no es una vergüenza, sino algo humano.’

‘Tener una vida fácil nunca ha sido lo mío. La vergüenza nunca ha guiado mis actos. Lo siento pero debo actuar según mis creencias. Y ahora, solo creo en escaparme. Seguro que usted mejor que nadie puede entenderlo.’

‘Deseo que cambies de opinión.’

‘No lo haré.’

‘Si no lo haces por ti, deberías hacerlo por alguien a quien amaras...’

‘Ya no sé si amo a nadie. Todo el mundo al que he amado ha muerto. No me interesa amar a nadie.’

‘No puedes elegir dejar de amar, James, ya lo verás.’

‘Quizás no se puede elegir, pero se puede controlar.’

El día siguiente de mi confesión acerca de mis intenciones de escapar, el señor Slater apareció en la esclusa con el collar-cadena que usábamos para controlar al ganado más salvaje. *Si quieres volver a ver la luz del día, pónitelo.* Lo hice y lo cerré con la llave que me había tirado. *Dame la llave.* Subí y se la di. *A partir de ahora, siempre que salgas del depósito llevaras el collar.*

Cuando llegamos a la sala de matanza, ató el extremo de la cadena a un poste y se sentó en una silla a verme trabajar. *No pienso perderte de vista,* aseguró.

Lo que el señor Slater y el padre Rhys no entendían es que pensaba escapar con mi inteligencia –no arrancando el poste al que estaba atado ni forzando el collar– y que la nueva situación solo había aumentado mi resolución y mi convencimiento.

14

Las visitas de Eva recuperaron su interés cuando decidí demostrarles a todos que era más listo que ellos. Me interesaba tener información de la casa para urdir mi plan de escape y Eva parecía contenta de que me interesara por lo que pasaba en el exterior. Por el momento, la información era intrascendente, pero sabía que cualquier noche podía recibir la clave de todo.

Mientras, cada tarde, continuaba con las charlas con el padre Rhys. Sin embargo, había habido un cambio importante desde que me había sincerado: ya no intentaba convencerme de nada. Simplemente hablábamos. De arte, de la vida, de literatura. Conversábamos y nos retábamos intelectualmente. A veces pensaba que, en otra situación, podríamos haber sido amigos.

Recuerdo perfectamente alguna de aquellas conversaciones:

‘¿Qué opina del alcohol? ¿De los excesos que un hombre comete? ¿De los vicios que hacen que actúe contrariamente a sus creencias?’

‘No es tu estilo andarte por las ramas. Estás hablando de la afición del señor Slater al alcohol’

‘No sé si yo lo consideraría una afición, pero bueno...’

‘Desde que he llegado, lo está llevando mejor, ¿no crees?’, lo dijo sin un ápice de soberbia, lo que aún me molestaba más.

‘Ahora es usted el que se va por las ramas...’

‘Está bien. Déjame que te diga lo que pienso. Creo que hay personas que no son capaces de soportar lo que este mundo les ofrece y matan sus sentidos con alcohol. Hay otros que simplemente lo hacen por desinhibirse, por romper sus barreras.’

‘Estoy seguro de que los hay que lo hacen simplemente porque les gusta beber.’

‘Piensa lo que quieras. Lo importante es que el señor Slater está mejorando,’ paró un momento antes de dar un giro a la conversación: ‘James, ¿qué crees que forja a un hombre?’

‘No entiendo la pregunta.’

‘No intentes hacerte el tonto conmigo. Quizás te funcione con el señor Slater e incluso con Eva, pero no conmigo. Así que, ¿por qué no contestas a mi pregunta honestamente?’

‘Eso es lo que me gusta de usted, padre. Sin embudos.’

‘Eso y el hecho que no me parezca en nada al padre Tobías.’

Asentí, dispuesto a responder a su pregunta.

‘Creo que un hombre se forja a través de los hechos de su vida.’

‘Entonces, debes creer que un hombre puede cambiar. Como mínimo, hasta que acaba su vida.’

‘No. Creo que los acontecimientos más importantes para forjarnos suceden en la juventud y, por tanto, cuanto más crecemos, más difícil es cambiar.’

‘Y es por eso que crees que ya no puedes cambiar, ya veo... Pero la realidad es que, aunque no te lo parezca, solo tienes veinte años, James.’

‘No es una cuestión de edad.’

Sonrió.

‘Ahora me dirás que depende de lo importante y definitoria que ha sido tu vida, no de la edad.’

‘Es lo que pienso,’ asentí.

‘¿Quieres saber qué pienso yo?’, no esperó que le contestara. ‘Pienso que tienes miedo de enfrentarte a la posibilidad de cambiar. Creo que estás asustado porque temes que si cambias, si intentas comportarte como un ser humano normal, fracasarás estrepitosamente.’

‘Nunca me he sentido un ser humano normal.’

‘Pero eso no significa que tengas que ser como eres ahora. Simplemente significa que no eres un borrego, que tienes un pensamiento propio y único. Es lo que te define como persona, pero lo que haces con tu vida es tu decisión. De nadie más.’ Le señalé las marcas de mis cadenas. ‘No pongas excusas, James. Has llegado a esta situación de manera –no me atrevería a decir voluntaria–... Pero has tenido mucho que ver en cómo has acabado aquí, ¿no crees? Estaba seguro de que si algo no eras, era hipócrita, o sea que no intentes hacerme creer que la culpa de lo que haces es de los demás. El ser humano es siempre responsable de sus actos.’

‘Eso quiere decir que mi madre era responsable de acostarse con el señor Slater estando casada y de matar a mi padre; y que el señor Slater es el responsable de mi situación, ¿no?’

‘A veces las personas hacen lo que creen que es mejor...’, volvió a darle la vuelta a la conversación. ‘¿Es eso lo que estás haciendo tú?’

‘¿Lo mejor para quién? Para ellos. Las personas son egoístas.’

‘Entonces tú también eres egoísta porque todo lo que has hecho en tu vida ha sido por ti, James. Para sentirte a gusto contigo mismo. Para intentar controlar tus impulsos. ¿Así que quién es el egoísta definitivo?’

‘Según su punto de vista reconozco que he sido egoísta.’

‘El primer paso es reconocerlo...’

‘Lo hago porque es cierto lo que ha dicho antes de mí: no soy un hipócrita. Pero si piensa que con esta conversación va a encender una luz en mi cabeza y voy a tener una revelación que va a cambiar mi forma de ser, se equivoca. Soy quien soy y el hecho es que soy totalmente sincero conmigo mismo. Aunque no lo sea con los demás. Conozco mis límites mejor que nadie. No lo dude. Mi vida siempre ha sido así. Me propongo un objetivo y no paro hasta lograrlo. Y ahora mi objetivo es escaparme.’

‘Pues buena suerte en conseguirlo. De momento, lo único que has logrado ha sido vivir encadenado.’

‘Eso dará más mérito a mi escape...’

‘Si llega.’

‘Llegará. No cometa el error de dudar de mí.’

‘Entonces, ¿ahora me puedes responder a mi pregunta inicial sinceramente? ¿Qué crees que forja a un hombre?’

‘Un hombre se forja a sí mismo.’

Con aquellas palabras, el padre Rhys había logrado lo que nadie más había podido: que me aceptara a mí mismo. No podía continuar engañándome ni seguir culpando al mundo de mi situación. Era quien era y debía aceptarlo.

Y, entonces, cuando me acepté por fin, todo cambió sin razón aparente. Aquella noche Eva bajó al depósito pero, antes de que pudiera decirle nada, me besó apasionadamente, me desvistió e hice lo mismo.

Mi pene estaba duro cuando Eva se sentó encima de él. Lo cogió y lo introdujo en su sexo, húmedo y estrecho. Noté las lágrimas corriendo por sus mejillas pero pensé que simplemente le había dolido. Además, sentía demasiado placer como para decirle nada. Terminé dentro de Eva y me quedé profundamente dormido, abrazado a su cálido cuerpo.

El día siguiente solo pude pensar en lo que había disfrutado con Eva pero también en lo mal que la había tratado en los últimos meses. No la había respetado y me odié por ello.

Sin embargo, por una vez, decidí centrarme en lo positivo. Con mis sentimientos a flor de piel decidí demostrarle qué sentía cada vez que la viera, convertir cada una de sus visitas en algo especial, desconociendo que había pasado mi última noche con Eva en el depósito.

Las dos siguientes noches me dormí solo y resignado. Cerraba los ojos e

imaginaba qué le podría haber pasado, lo que le haría si la tuviera allí, lo que le diría.

El segundo amanecer, el señor Slater no apareció para abrirme la esclusa y supe que algo iba mal. El aumento de temperatura dentro del depósito me indicaba que el sol estaba alto y me hacía sudar a borbotones. Sin bebida, cada vez estaba más débil. En un momento de desesperación, por olvidarme de la sed durante un rato, pensé en abrir el regalo de mi padre, pero me resistí.

De repente, cuando parecía que la situación no podía empeorar, una serie de golpes arrítmicos inundaron el depósito. Mis oídos retumbaban y no podía hacer nada por evitarlo. Los impactos continuaron durante lo que me parecieron horas. A veces más seguidos, a veces más espaciados.

Incapaz de pensar, desesperado, los golpes interpretaban un bucle infinito. Por primera vez me sentí realmente como un prisionero.

Superé mi límite y los golpes no se rindieron. Mi rabia se encendió y empecé a darme golpes contra las paredes, a amortiguar los golpes con ruidos más fuertes, a tirar los libros contra la pared del depósito; lo que fuera para intentar cambiar mi situación.

Después de unos minutos de rabia desatada, exhausto, me senté dispuesto a dejarme llevar.

Justo entonces los golpes se silenciaron.

Por primera vez, pensé en escaparme sin importar cómo. Comparada con la supervivencia, la guerra con el señor Slater dejaba de ser importante. Gasté mis últimas energías intentando hacer un agujero en la pared del depósito hasta que, incapaz de continuar, me estiré. Noté la pesadez en mis pulmones y me pregunté si mi cuerpo habría alcanzado el máximo de temperatura.

Después de unos minutos, cuando mi respiración se acompasó, pensé que era el fin. Recordé la sonrisa de Eva, su olor, su tacto, cómo me hacía sentir y me abandoné a mi suerte. Justo entonces una luz me iluminó desde el cielo. Mi sufrimiento había terminado. Oí una voz llamándome. *Ven conmigo, James.* Era mi padre, estaba seguro.

Sonreí, perdí el conocimiento y morí.

15

Evidentemente, no morí. La luz celestial provenía de la trampilla y la voz que me llamaba era del padre Rhys.

‘Siento que hayas tenido que llegar a este extremo, James. Tuve que irme unos días a la congregación para resolver unos asuntos.’

‘¿Unos– unos– días?’

‘No hagas esfuerzos, bebe un poco de agua.’ Lo hice y me di cuenta de lo cerca que había estado del abismo. ‘Estuviste un par de días encerrado en el depósito sin agua ni comida, James. Con este calor, me sorprende que sigas vivo. Aunque has estado cerca del final. Demasiado cerca.’ No podía mantenerme despierto. ‘Ahora descansa. Ya tendremos tiempo de hablar.’

‘¿Eva?’

‘No te preocupes por eso. Descansa, recupérate y luego hablaremos.’

Justo antes de desvanecerme de nuevo pensé lo extraño que era volver a dormir en una cama de verdad.

El padre Rhys me cuidó, pero no me decía nada de Eva y aún estaba demasiado vulnerable como para rebelarme.

No fue hasta dos semanas después que me vi con fuerzas para levantarme de la cama y entendí que mi físico había sufrido mucho más que dos días encerrado en el depósito. Tras meses de abuso, estaba peor de lo que creía, había soportado demasiado.

Sin embargo, salí a investigar por la casa porque me imaginaba mil razones por las que Eva no me había venido a ver en el depósito, pero no encontraba ninguna para que no me visitara estando al otro lado del pasillo; así que fui a buscarla a todos los lugares que se me ocurrieron.

Finalmente llegué a su habitación y, cuando estaba a punto de entrar, el padre Rhys me vio y se dirigió a mí con una amplia sonrisa:

‘¿Qué haces fuera de tu habitación, James? Si el señor Slater te encuentra en su estado, ni siquiera yo podré protegerte.’

‘Estoy buscando a Eva.’

‘¿A Eva? Pues andas un poco desencaminado, hijo. Eva está donde le corresponde estar,’ sintió que necesitaba elaborar más su respuesta. ‘Lejos de su padre y lejos de ti. Los dos sois una mala influencia para ella.’

‘¡¡¿Dónde está?!!’

Ataqué al padre Rhys con todas mis fuerzas pero me cogió por las muñecas y me acompañó a mi habitación. Aún débil, no pude resistirme. Me sentó en la cama y me explicó lo que quería saber:

‘Desde mi llegada, mi único objetivo ha sido hacer lo mejor para todos, pero sobre todo para Eva. Encontrarse siempre en el centro de las disputas de su padre y su hermanastro no es lo mejor para ella.’

‘¿Y qué es lo mejor para ella?’

‘Alejarse de este ambiente.’

‘Esta es su casa.’

‘¿No crees que Eva se merece algo mejor de lo que le podemos dar aquí? Yo lo creo firmemente. Y después de mucho tiempo, logré convencer al señor Slater.’ No dije nada. ‘Le va a ir muy bien. No te preocupes. Me he encargado de todo.’

‘¿Qué le has hecho?’, dije pensando en el padre Tobías y sus planes para Eva.

‘¿Yo? Nada. Ha sido su padre el que lo ha hecho todo. Yo solo he cerrado los detalles.’

‘¡Dime dónde está Eva!’, grité con un último esfuerzo y rompí a llorar de desesperación. ‘Por favor...’

‘Por supuesto, James, solo tenías que pedírmelo. Eva empezará el curso en un internado en septiembre. Y la hemos mandado un poco antes para que se vaya aclimatando a su nueva vida. Al fin y al cabo, tendrá que ponerse al día antes de ir a la Universidad después de una vida entera estudiando en casa...’

‘¿Dónde?’

Estaba al borde de la conciencia, pero necesitaba saber dónde estaba Eva, la única persona que seguía importándome.

‘James, tu hermana ha desembarcado hace unos días en Londres.’

Mi ataque al padre Rhys me había demostrado lo lejos que estaba de mi recuperación física y cuánto necesitaba mejorar, así que empecé a ejercitarme en secreto. Combinaba flexiones, y todo lo que se me ocurría para recuperar fuerzas, con tiempo de descanso.

Durante aquellos días lo más interesante eran las visitas del señor Slater. Siempre a altas horas de la madrugada, siempre borracho y provocador. Todavía recuerdo la que desembocó en el cambio más radical que había sufrido mi vida. Desde luego, parecía que la marcha de su hija le había afectado aún más que a mí.

‘¿Sabes qué es lo mejor de todo? Eres el mejor cortador de carne que he tenido nunca. Sí, ya lo sé, cómo podrías no serlo teniendo en cuenta que yo te he enseñado... Y tienes que reconocer que te enseñé bien. Fui duro solo para demostrarte lo que es la vida. La verdad es que siempre he sido demasiado bueno contigo.’ Me mordí los labios porque sabía que no tenía fuerzas suficientes para enfrentarme a él. ‘Eres un pequeño hijo de puta y lo sabes. Y yo, al final del día, soy un blando. Fui blando contigo cuando tu madre decidió acogerte. Fui blando cuando decidiste matarla. Lo fui todavía más cuando te acercaste a mi pequeño ángel. ¿Crees que te mereces que Eva te mire a la cara? No te mereces nada de mí y mucho menos de ella.’ Estaba a punto de perder el control. ‘No me mires con esa cara, chaval. Sé mucho más de lo que te crees.’ Me miró fijamente. ‘No te sorprendas tanto. Ya sé que para ti todos somos unos paletos. Tú sabes mucho más que todos nosotros juntos. Tú, con tus putos libros. Los putos libros que te dio tu padre, el mismo que no sabía darle lo que le gustaba a tu madre.’ Me saltaban lágrimas de impotencia. ‘Por cierto, ¿te gustaron los golpecitos que di en tu honor en el depósito? Lo hice por ti. No me habría gustado que te aburrieras...’

No pude resistirlo más y atacué al señor Slater. A pesar de ir borracho, se recuperó de la sorpresa inicial y me dio una paliza sin paliativos. El dolor se mezcló con mi impotencia, con mi rabia, y me desbordó. Todos aquellos sentimientos eran insoportables. Deseé dejar de sentir pero, con cada golpe, el dolor aumentaba y, con cada intento de escape fallido, lo hacían mi impotencia y mi frustración.

Estaba tan superado que dejé de defenderme. Si mi vida iba a acabar de aquella forma, estaba dispuesto a aceptarlo.

Cuando creí que el final se acercaba, el señor Slater me cogió de los pelos, me levantó y me arrastró hasta el matadero. Durante todo el trayecto solo podía pensar en aislarme. Aspiré a no desear, a no odiar, a no sentir nada a cambio de que el dolor también me abandonara.

De repente, respiré sangre y me di cuenta de lo que estaba sucediendo: el señor Slater mantenía mi cabeza sumergida en la cuba del matadero. Intenté resistirme, aferrarme a la vida, pero no lo logré.

Antes de morir, alcancé la paz y dejé de sentir. La vida se me escapaba, pero no importaba porque estaba vacío. Había aceptado mi muerte como un hecho irremediable, pero el padre Rhys me arrebató la oportunidad de morir en paz.

Me acababa de librar de una muerte segura, pero era una *tabula rasa* de

sentimientos, como si nunca me los hubieran introducido. Era una persona nueva. Notaba el dolor, el cansancio y el ahogo pero la rabia, la impotencia y la desesperación habían desaparecido. Veía borroso por la falta de oxígeno y me desvanecí mientras oía lo que el señor Slater le decía al padre Rhys: *Deberías haberme dejado que acabara con él. Su vida no sirve para nada... Te aprovechas porque sabes que nunca podría atacar a un hombre de la iglesia... Me tendrías que haber permiti-*

Desperté en la cama con la sensación de que me faltaba algo. Rápidamente reconocí lo que era: no sentía nada que no fuera físico. Ni positivo ni negativo. No echaba de menos a Eva, no odiaba al señor Slater, ni el recuerdo de mi padre despertaba una sonrisa en mí. Era como el síndrome del miembro fantasma, había perdido una extremidad pero aún notaba su presencia. Intenté forzarme a sentir algo y recordé los peores momentos de mi vida. Y después los mejores. Nada. Mis sentimientos habían desaparecido.

Aquello no me preocupó porque hacerlo habría significado que aún sentía. Solo era un cambio al que tendría que acostumbrarme. Por fin tenía lo que siempre había querido: vivir y tomar decisiones sin depender de los sentimientos. Tener el control absoluto sobre mis actos, una vida racional. En aquel momento, no me pareció una mala forma de vivir.

El padre Rhys se tomó mi recuperación de forma personal y me ayudaba en todo lo que podía al tiempo que pretendía –sin éxito– que me reconciliara con el señor Slater.

Una vez recuperado, el padre Rhys me convenció de volver al matadero. *Trabajar te ayudará a despejar tu mente, James, será un buen ejercicio mental y espiritual* y pensé que tenía razón porque no podía llegar a mi zenit físico solo con los ejercicios que hacía en mi habitación. Además, viendo la facilidad con la que el señor Slater me había reducido, quería estar preparado.

Al volver a la sala de matanza me di cuenta de la dimensión de mi vacío, del cambio producido. Antes de la cuba, disfrutaba del corte de piezas, del trabajo diario, pero ya no lo hacía. No me sentía realizado, ni orgulloso, ni ninguno de los sentimientos positivos que convertían el despiece de animales en un trabajo ideal para mí. Sin ellos, solo era otra tarea, algo más que debía hacer.

Un par de días después de volver al trabajo, el señor Slater me demostró que, a pesar de todos los esfuerzos que el padre Rhys ponía en nuestra reconciliación, todo continuaba igual.

‘Estás aquí, pequeño hijo de puta. Es una lástima que el padre Rhys no me quiera en el Infierno, ¿verdad? Si no hubiera estado aquí, ni tú ni yo tendríamos que habernos aguantado durante más tiempo.’ No me interesaba meterme en una lucha que no pudiera ganar, así que aguanté lo que el señor Slater me decía. No sentir nada era una ayuda. ‘Sí. Sé lo que estás tramando. Sé que piensas enfrentarte a mí cuando veas la primera oportunidad. Sé que deseas matarme, que quieres vengarte por todo lo que te he hecho. Crees que matándome a mí, tu vida cambiará.’ La venganza no cabía en mí. Podía ejecutarla como algo racional, pero había perdido su sentido. ‘Eres un hijo de puta triste. Un niño de mamá cobarde y estúpido. Y eso no va a cambiar porque te enfrentes a mí,’ ante mi falta de reacción, el señor Slater se fue a beber y pude continuar mecánicamente con mi trabajo, como si nada hubiera sucedido.

Día a día, semana a semana, mi vacío interior, el lugar donde se suponía que debían estar mis sentimientos, crecía y empecé a notar una necesidad física de llenarlo. No sabía cómo, pero debía encontrar la forma de desbloquear mis sentimientos o, como mínimo, de ocupar el espacio que habían dejado.

Incapaz de encontrar las respuestas que necesitaba, de solucionar el problema por mí mismo, intenté que el padre Rhys me diera su opinión.

‘¿Cómo cree que afectaría a nuestra vida, a nuestros actos, el hecho de no tener sentimientos, padre?’

Sonrió ante mi pregunta.

‘Eso es imposible, James. Todo el mundo siente algo. Lo que sea. Esos sentimientos, ya sean negativos o positivos, son los que nos llenan el alma, lo que nos hace humanos. Lo que nos diferencia de las bestias.’

‘Así que cree que si alguien no tuviera sentimientos dejaría de ser una persona, se convertiría en un animal... ¿Cree eso por las enseñanzas divinas o como conocedor del alma humana?’

‘Por ambas,’ continuó su explicación al ver que no me daba por satisfecho. ‘Nunca me he encontrado a ningún hombre –o mujer– sin sentimientos. Hay personas que intentan ocultarlo, para que todo el mundo crea que son superiores porque no se guían por los sentimientos pero solo se engañan a sí

mismos. Hay personas que los muestran demasiado y otras que tienen miedo a hacerlo, pero nadie vive libre de sentimientos. Incluso aquellos con una alta capacidad de raciocinio, los grandes descubridores de teorías físicas o divinas, sin la curiosidad que representa un sentimiento, jamás habrían descubierto nada. Los sentimientos alimentan el alma, nos hacen querer cosas, o no quererlas; y eso es, sin duda, lo que nos hace humanos, James.’

‘Me está haciendo creer que si existiera alguien sin sentimientos sería un monstruo...’

‘James, piensa en todos los actos malignos que existen en el mundo. Ahora recuerda que esos actos los realizan personas que sienten igual que tú y que yo. Imagina ahora un mundo donde las personas se movieran solo con pensamientos racionales. Sin piedad, sin amor al prójimo, sin respeto, sin curiosidad, sin amor... ¿No sería el mundo un lugar peor? ¿No seríamos nosotros peores?’

‘Quizás tenga razón.’

‘Si me dijeras qué te preocupa exactamente, a lo mejor soy capaz de darte una respuesta más concreta para tu problema. ¿Tiene esto algo que ver con el señor Slater?’ No dije nada. ‘Porque te puedo asegurar que el señor Slater tiene sentimientos. Su problema es la falta de control sobre ellos, James. Y estoy seguro de que ese es un tema del que sabes bastante. Aunque debo decir que has mejorado mucho en los últimos meses, James. Desde el incidente con la sangre, pareces más maduro. Más en control.’

Le contesté lo único que se me ocurrió porque sabía que no podía decirle la verdad.

‘Gracias.’

Tres meses después del incidente de la caba seguía perdido. Nada cobraba sentido y, después de meditarlo mucho, decidí que solo tenía una forma de proceder: reencontrarme con Eva. A pesar de todo, estaba convencido de que verla, tocarla, olerla, simplemente estar con ella, me convertiría en el James de antes de la caba.

Esperé hasta la noche de Navidad porque el padre Rhys se había sumado a los excesos alcohólicos del señor Slater y podría actuar sin vigilancia. Rompí la cerradura de mi habitación y fui a buscar el dinero que guardaba el señor Slater en su dormitorio. Desde el Crac, la gente no confiaba en los bancos y muchos tenían sus ahorros en casa. Yo sabía dónde lo escondía el señor Slater porque Eva me lo había contado.

Cogí todo el dinero y lo metí en una bolsa con el regalo sin abrir de mi padre. No sentía ningún apego por el regalo, pero sabía que cuando recuperara mis sentimientos lo querría a mi lado.

Eliminado el orgullo de mi plan de escape, ya no importaba cómo irme, ni vencer o no al señor Slater, tan solo los hechos me interesaban y, por tanto, simplifiqué mi plan al máximo.

Así fue como la víspera de Navidad de 1938, cuando faltaban pocos días para cumplir veintiún años, abandoné sin más el Matadero Slater. No sabía lo que me esperaba, pero no me importaba porque el camino que había emprendido era el único que tenía sentido.

Segunda Parte.

VIAJES

16

El viaje a Houston –que había elegido como primer destino al ver un cartel– resultó mucho más duro de lo que había imaginado y andar las ciento sesenta millas que lo separaban del Matadero Slater fue una odisea.

Para empezar, noté rápidamente que, con mi ropa de trabajo –y sin ningún recambio válido–, llamaba demasiado la atención; así que tuve que decidí viajar de noche. Aproveché las chabolas abandonadas por la *Dust Bowl* y el Crac para dormir de día y me adapté rápidamente a mis nuevas rutinas. Además, mis nuevos horarios me permitían dificultar la búsqueda que, no tenía dudas, el señor Slater había lanzado para encontrarme.

Durante el viaje, aproveché mis paradas para decidir mis siguientes pasos. Mi objetivo final era recuperar mis sentimientos reencontrándome con Eva pero mi impaciencia había desaparecido con todo lo demás. En Houston me compraría un buen traje, intentaría pasar desapercibido, descansaría e idearía un itinerario vital más detallado.

Cuando por fin llegué a mi destino, busqué una taberna en la que comer y alojarme. El lugar por el que me decidí era viejo, pero parecía cuidado. El edificio de tres plantas había visto mejores tiempos, estaba claro, pero servía a mis propósitos. Además, después de unos minutos observando en la puerta, decidí que el bajo flujo de clientes me permitiría mantener un perfil bajo.

Entré tal cual y pedí lo que me apetecía:

‘Un filete, por favor.’

‘¿Dónde te crees que vas? Esto no es una casa de beneficencia,’ me gritó el hombre de detrás de la barra, saliendo para echarme.

‘Disculpe mi aspecto, tabernero, pero he pasado más de una semana en las polvorientas carreteras de este gran Estado y no tenía nada con que lavarme. Si me permite, le enseñaré que tengo dinero para pagarle y, entonces, sin rencor, me pondrá el mejor filete que tenga,’ me había salido naturalmente y me di cuenta de que no necesitaba solo un traje, sino una actitud.

Mostré mi dinero y obtuve la respuesta esperada: *Todo lo que el caballero desee.*

Me comí el filete con todo el refinamiento que pude, conteniendo mis ganas de devorarlo, dándole vueltas a la idea que se había formado en mi cerebro después de la escena con el tabernero: convertirme en un caballero, en un

ejemplo de educación y *savoir faire* para todos. Con ello, pretendía demostrar que el mundo podía ser distinto a la visión primaria del señor Slater.

Me terminé el agua y di el siguiente paso:

‘¿Me podría indicar usted en qué establecimiento de esta ciudad podría encontrar un vestuario más adecuado a mi persona?’

‘El mejor sastre de la ciudad es el señor Trask. Su sastrería está muy cerca, doblando la primera a la derecha.’

‘Muchas gracias,’ y me levanté para irme. ‘Por cierto, ¿tendrá usted una habitación preparada para mí y un baño caliente para cuando vuelva?’

‘Por supuesto, señor...’

‘James Wells,’ la petición me pilló por sorpresa pero con mi nombre de pila y el apellido de uno de mis escritores favoritos creé mi nueva identidad.

‘Muy bien, señor Wells. Me encargaré de todo, no se preocupe.’

No sabía si la sastrería estaría cerrada por ser el último día del año, pero decidí intentarlo y la encontré abierta. Al entrar, todos los presentes me miraron con desprecio.

‘Buenos días. Sé que mi aspecto es lamentable, damas y caballeros, y por eso estoy aquí, en el mejor sastre de la ciudad. O eso me han dicho,’ saqué de nuevo el dinero. ‘Señor Trask, quiero el mejor traje que se pueda hacer en esta tierra.’

Todos volvieron a sus quehaceres ignorándome mientras pensaba cuántas puertas me abriría mi interpretación del perfecto caballero y cuánto ayudaría a mis objetivos. Definitivamente el asunto de la buena educación había sido una buena decisión:

‘¿Qué desea, señor?’, me atendió finalmente el señor Trask.

‘Un uniforme.’

Mi idea se basaba en los últimos acontecimientos pero también en una historia que había leído en un periódico viejo años atrás. La crónica contaba cómo un tal Friedrich Wilhelm Voigt había logrado que el tesorero de Berlín le diera una gran suma de dinero simplemente vistiéndose con un uniforme militar prusiano. En la sumamente militarizada Europa de antes de la Gran Guerra, había logrado que unos soldados le creyeran un capitán y les hizo ayudarlo a confiscar más de cuatro mil marcos. Incluso dio un recibo al tesorero que firmó con un nombre falso. Evidentemente, el señor Voigt era un don nadie, un ex-presos condenado a veinticinco años por robo; pero todos lo habían tomado por un capitán.

En mi caso, no quería un uniforme militar, sino que pretendía controlar la

imagen que proyectaba de mí mismo. La primera impresión que todos tuvieran al verme sería de mi elección y, al fin y al cabo, aquel era el propósito de un uniforme.

‘No le entiendo.’

‘Es muy sencillo. Quiero el mejor traje que pueda hacerme. Mi ropa va a ser mi carta de presentación ante todo el mundo. Será como mi uniforme.’

‘Ya veo. ¿Y cómo lo quiere?’

‘Negro. Con dos camisas y corbata blancas.’

‘¿Puedo suponer que el señor lo quiere con chaleco?’

‘Puede suponerlo. También negro.’

Me tomó medidas y di el primer paso para convertirme en James Wells.

‘Tardaré unos días en confeccionar lo que me pide. Sobre todo teniendo en cuenta que mañana es Año Nuevo.’

‘No se preocupe, no tengo prisa. He hecho un viaje muy largo y necesitaré tiempo para recuperarme.’

Lo que había dicho al señor Trask era la verdad, pero también mi única opción, así que solo había seguido la lógica.

Pasé cuatro días paseando por la ciudad, ocupándome solo de familiarizarme con sus calles, de buscar vías de escape por si alguien venía a buscarme. Sin mi uniforme, era consciente de que estaba en un momento vulnerable, así que me mantuve atento a cualquiera que sobresaliera en mis rutinas.

El quinto día tenía que ir a recoger mi nuevo uniforme y, si todo iba bien, podría dejar de mirar atrás para empezar a mirar hacia adelante.

Disculpe, ¿puedo ayudarle en algo caballero?, fue la reacción del dueño de la taberna en la que había estado viviendo cuando volví de la sastrería. Por el momento, mi traje había cumplido su propósito, pero necesitaba otra prueba, así que fui al barrio más rico de la ciudad y me hice visible para ver la reacción de la gente.

Cuando comprobé que era uno más, supe que el traje era justo lo que había imaginado, el primer paso en la dirección correcta.

Durante aquellos días, mi vacío había crecido sin pausa, así que decidí que la mejor manera de proceder era plantearme un viaje en varias etapas, yendo a lugares que antes de la cuba hubiera deseado, para comprobar si

aquello saciaba un poco mi falta de sentimientos. Mi primera parada sería el océano –que nunca había visto– y, eventualmente, iría a Atlantic City, el lugar al que habría acompañado a mi padre si no hubiera enfermado.

Sin embargo, necesitaba un transporte. Por suerte, el señor Slater me había enseñado a conducir la furgoneta del matadero en uno de sus intentos de reconciliación y, cuando el tabernero me dio la dirección de un hombre mayor que quería deshacerse de su Ford A, pude aprovechar la ocasión. Era un coche viejo, pero sería barato y cumpliría su propósito.

La dirección apuntada en un papel me llevó hasta una casa destartada lejos del centro y llamé a la puerta con los nudillos.

Nadie contestó y volví a intentarlo.

Después de unos segundos, fui a la parte trasera y, al doblar la esquina, vi el coche. Estaba rodeado de trastos inútiles y partes inservibles de otros vehículos y me pregunté si era buena idea comprarlo. Sin embargo, al acercarme pude comprobar que el Ford estaba mejor conservado de lo que parecía.

‘¿Qué cojones haces en mi propiedad?!’, la voz provenía de mi espalda, del hombre más viejo que jamás había conocido, apuntándome con una escopeta.

‘Buenos días. Quería–’

‘No me vengas con buenos días, ricachón. Seguro que te manda el Ayuntamiento para echarme de mi casa. ¡¡Ya les he dicho a esos hijos de puta que no me iré de aquí!!’

‘Le aseguro que yo no–’

‘¡¡Cállate!! Y entra para dentro,’ señaló la dirección con la escopeta. ‘No quiero que nadie nos vea.’

No quería morir, pero no sentía miedo. Mi vacío permanecía intacto y me di cuenta de lo poco que sabía del mundo real, de las personas que lo habitaban y de sus reacciones.

Cuando el hombre empezó a abrir la puerta, aproveché para quitarle el arma y dispararle en un acto reflejo. Sus sesos se esparcieron por la pared y su sangre me salpicó la cara. Por un instante, mientras me limpiaba la cara con un pañuelo, recordé las palabras del padre Rhys, *un hombre sin sentimientos sería un monstruo*, y me pregunté si tendría razón.

Realmente no importaba, porque matar al viejo había sido necesario y seguía sin sentir nada al respecto.

Abrí un camino para conducir entre los cachivaches, me subí al coche y

puse rumbo al océano. A medida que avanzaba, mi vacío se aletargó y me convencí de que seguir mis deseos juveniles me ayudaba a reducir mi necesidad. Evidentemente, no sospechaba lo equivocado que estaba.

La brisa, el olor a sal, el sonido de las olas golpeando la arena y los graznidos de las gaviotas fueron lo que me encontré al bajarme de mi Ford A.

La realidad convirtió en segundos el lugar puro y limpio que siempre había imaginado en algo diferente, mucho menos idílico. Las gaviotas llenaban el lugar de excrementos con total impunidad y las olas arrastraban todo tipo de basura a la orilla: restos de comida, ropa vieja, peces muertos... Además, en la arena, había una pareja retozando sin ningún pudor.

Sin duda, si aún hubiera sentido algo, habría sido decepción. No entendía cómo aquel podía ser el mismo lugar que describían los poetas, el mismo que tantas ganas tenía descubrir de niño.

‘¡Eh, tú!! ¿Se puede saber qué coño estás mirando??!’ el hombre de la pareja acababa de descubrir mi presencia.

‘Discúlpeme, pero solo admiraba las vistas.’

‘Te estás quedando conmigo, hijo de puta??!’ prosiguió el hombre, llegando a mi posición. ‘¿Te gusta mirar a parejas a escondidas?? ¡Eres un puto pervertido, desgraciado!!’

No entendía cómo podía culparme de algo que, obviamente, era error suyo. Su actitud, incapaz de aceptar su desliz, era justo lo que hacía del mundo un lugar peor. Me recordó al señor Slater y sentí asco. Fue una sensación física imposible de resistir y vomité a los pies del hombre.

‘¡Hijo de puta! ¿Quién coño te crees que eres??! No serás uno de esos fanáticos religiosos...’

‘En realidad, odio la religión,’ me recompuse como pude. ‘Casi tanto como me disgustan las personas sin educación.’

La decisión estaba tomada: no iba a permitir que las personas sin modales, las que no considerara dignas, continuaran en el mundo. Si vivían como ganado, haría lo mismo que hacía con él. Otra capa a añadir a James Wells, otro aspecto de mi nueva vida: hacer del mundo un lugar mejor sin importar el precio.

Con nueva determinación, me acerqué al hombre y le partí el cuello.

Dirigí mi atención a la mujer y vi que había tenido la decencia de vestirse discretamente. Su actitud había sido la correcta, había aprendido la lección, pero no podía dejar testigos.

Hundí su cabeza en el mar hasta que dejó de respirar. Luchó más de lo que había anticipado –mucho más que mi madre cuando la asfixié– y tuve que esforzarme al máximo.

Los dejé allí tendidos y puse rumbo a Pensacola. De camino, noté cómo el océano, a pesar de no ser cómo esperaba, había eliminado mi vacío, estaba saciado.

Al llegar a Pensacola comí, cogí una habitación en un pequeño hotel de carretera y me limpié los bajos de los pantalones, manchados de blanco de sal marina. Cogí el mapa que había comprado en la recepción del hotel y decidí mi segundo destino. Después de un poco de descanso me dirigiría a Savannah, donde descubriría finalmente lo equivocado que estaba respecto a demasiados aspectos de mi nueva vida.

Savannah era una ciudad abierta al océano y sus calles formaban una cuadrícula, dándole un aspecto limpio y ordenado. Era una localidad mediana, de unos noventa mil habitantes y, aunque parecía que estaban renovando varios lugares céntricos, pensé que había acertado al elegirla para descansar del largo viaje en coche.

Me instalé en un hostel, comí, me bañé y dormí un rato. Después, salí a dar un paseo para reconocer la zona y, durante mi caminata, me llamó una voz femenina:

‘Disculpe, caballero, ¿podría ayudarme?’, era una mujer joven, más o menos de mi edad, de pelo ceniza, delgada y elegantemente vestida.

‘Por supuesto, señorita,’ embarcado en mi reciente misión, no pensaba desperdiciar la oportunidad de ayudarla. ‘¿Qué necesita de un pobre hombre como un servidor?’

‘¿Pobre? Nadie lo diría por cómo va vestido. De hecho, esa es la única razón por la que me he atrevido a hablarle. Parece un hombre de bien y, sinceramente, podría usar un poco de ayuda.’

‘Por supuesto,’ el uniforme cumplía su propósito. ‘¿Qué necesita?’

‘Mi coche se ha averiado no muy lejos de aquí y mi chófer está intentando arreglarlo pero... Mientras lo hace... Me gustaría llegar a mi casa para poder cambiarme de ropa para la gala benéfica de esta noche.’

‘¿Gala benéfica?’

‘No me diga que un hombre de su posición no se ha enterado de que esta noche el Ayuntamiento de Savannah celebra una gala benéfica en favor a los pobres. Todo el dinero que se recaude va a ir para ellos.’

‘Lo había olvidado completamente,’ improvisé. ‘Tengo el coche cerca de aquí, ¿me permitiría que la acompañara a su casa en él?’

‘Sería maravilloso. Es usted un regalo del cielo.’

‘No me trate de usted, por favor. Me llamo James, James Wells.’

‘Encantada. Yo soy la señorita Gray.’

Me alargó la mano para que se la besara y me sorprendí por lo anticuado del gesto. Se la besé y caminamos los cinco minutos que nos separaban del lugar donde había estacionado el Ford.

‘Espero que no le moleste viajar en mi viejo coche. Estoy seguro de que no es tan cómodo como el que tiene usted.’

‘Oh, no se preocupe. Lo último en lo que pensaría sería en quejarme con toda la ayuda que me está prestando.’

‘Se lo agradezco.’

Subimos al coche y la señorita Gray empezó su interrogatorio:

‘¿Qué hace un hombre como tú, James Wells, en Savannah?’

‘La verdad es que solo estoy de paso. Voy de camino a Nueva York para embarcarme al viejo continente.’

‘¿Así que mi ciudad es un simple lugar de descanso?’, puso tono de enfado pero yo sabía que era el típico postureo femenino, una simple forma de llamar la atención. ‘Pues me alegro, no podrías haber elegido un lugar mejor. Y así tenemos la oportunidad de conocernos.’

Después de no más de cinco minutos llegamos a nuestro destino y ayudé a la señorita Gray a bajar del coche como un auténtico caballero. Lo que me pidió entonces me pilló con la guardia baja:

‘Si quieres, puedes colaborar con los pobres, James Wells. Si me das un poco de dinero, la cantidad que sea, esta noche la entregaré en la gala y harás del mundo un lugar mejor.’

‘Por supuesto,’ saqué los sesenta dólares que llevaba en el bolsillo y se los di sin pensármelo. Todavía me quedaba dinero y me interesaba la idea de ayudar a crear un mundo mejor.

‘Muchas gracias, señor Wells. Muchísimas gracias.’

Me besó en la mejilla. Solo sentí el calor de sus labios en mi cara.

‘Si quisiera, mañana podríamos tomar el té, señorita Gray.’

Pensé que era una buena oportunidad para saber más de cómo funcionaba el mundo fuera del matadero.

‘Por supuesto. Al fin y al cabo, debo agradecerle toda la ayuda que me ha prestado.’

‘Y a los pobres,’ añadí.

‘Y a los pobres, claro.’

Se dirigió a su casa, una de las más impresionantes que había visto en Savannah, y noté mi pene erecto bajo mis pantalones. No tenía sentimientos pero mi cuerpo reaccionaba ante una mujer.

Amaneció y me levanté con energía. Quería aprovechar la estancia en Savannah para hacerme un par de trajes más porque hasta ahora la teoría del uniforme había funcionado perfectamente. Fui a una sastrería y me pasé la mañana tomándome medidas. *Tardaré cuatro días en tenerlos listo, espero*

que no le importe, me dijo el pequeño sastre y decidí que no, que no me importaba en absoluto pasar unos cuantos días más en aquel lugar.

Después de comer, fui a la biblioteca de Bull Street para buscar información sobre mi *desaparición* en los periódicos. El edificio que albergaba la biblioteca –neoclásico y pomposo– estaba rodeado de casas de arquitectura victoriana tardía y el lugar era muy bonito. Además, la biblioteca estaba cerca de un pequeño parque y el paseo hasta allí fue muy tranquilo.

Pedí los periódicos de la semana anterior y empecé a buscar alguna mención a mi huida del Matadero Slater. Sabía que el padre Rhys y, sobre todo, el señor Slater no me iban a dejar marchar sin más y quería tener toda la información posible.

Minutos después, encontré lo que buscaba en la edición del día dos de enero de un periódico sensacionalista de tirada nacional:

Joven desaparecido. Se teme por su vida.

En la tranquila población de Austin, en un matadero que alimenta a su comunidad en estos momentos difíciles, la más trágica noticia ha acontecido: ¡su heredero ha desaparecido la víspera de Navidad!

En días tan familiares como estos, la familia, destrozada por la pérdida, no sabe qué pensar y pide a todos los ciudadanos que hayan podido ver al joven que, por favor, contacten a la familia.

La policía baraja la hipótesis de que se trata de un secuestro con intención de cobrar un rescate, razón de más por la que si alguien ve personas o hechos sospechosos cerca de Austin, debe reportarlos inmediatamente a la policía aunque de todos es sabido que la mejor oportunidad para encontrar al joven James sea pagar el rescate.

Este periódico se une a la familia en estos momentos difíciles mientras[...]

El artículo continuaba explicando mi vida como la triste historia de un pobre huérfano. Leer aquello no me hizo sentir nada porque, ante la ausencia de sentimientos, los sucesos allí contados me parecieron como una novela.

La noticia iba acompañada de una foto antigua en la que salía con Eva, pero dudé que alguien me reconociera por ella. Estuve tentado de recortar la foto, pero pensé que no era buena idea ir dejando pistas sobre mi paradero. Además, tener o no la foto de Eva no suponía ninguna diferencia racional así que me levanté y salí del edificio, dispuesto a poner en práctica el plan para

despistar a mis perseguidores que se me acababa de ocurrir.

Volví al hostel y pedí hacer una llamada:

‘Operadora, quiero hacer una llamada a Austin, Texas. El número es el 555-1305.’

‘Ahora mismo, caballero.’

Segundos después reconocí la áspera voz del señor Slater y pensé que era una suerte porque el padre Rhys era más intuitivo y no quería arriesgarme más de lo necesario con cualquier deslíz.

‘Hola, *zeñó*. He visto al *xico eze* de la foto del diario,’ dije alejándome lo más posible de mi forma de hablar.

‘¿Dónde?’

‘En Victoria. *Hase una zemana*.’

‘Gracias.’

‘¿Y la *recompenza*?’

‘¿Tienes alguna idea de la cantidad de gente que ha llamado con pistas falsas? ¿Te crees que solo porque digas que está en Victoria eso lo hace cierto? ¡¡Eres un idiota!! No esperes nada de nosotros.’

Colgó y pensé lo bien que había funcionado mi táctica. Había logrado la mejor información posible sin delatarme. Además, descubrir que tenían tantas pistas falsas me permitía estar tranquilo porque les costaría trabajo encontrar mi rastro real.

Después de comer, decidí qué objetivos marcarme en mi cita para el té. Le di algunas vueltas al asunto y terminé planteándome mi cita con la señorita Gray como una forma de descubrir qué efecto tenían las mujeres en mi vacío. Había comprobado que mi cuerpo se sentía atraído sexualmente por ella, así que quería ver si también surtía efecto en mis sentimientos o, como mínimo, en mi vacío.

Al llegar, después de un paseo, no pude evitar admirar la casa de la señorita Gray. Era de estilo colonial y estaba rodeada por un gran jardín. No era opulento, pero se notaba que alguien lo cuidaba con esmero. El edificio en sí también desprendía aquella sencillez propia del buen gusto arquitectónico, era grande, aunque no tanto como la casa principal del matadero.

La verja que la rodeaba, de hierro fundido, tenía una gran altura y estaba cubierta de seto, por lo que el interior era completamente privado. De hecho, el corte del arbusto era tan recto que le daba un aspecto de falsedad, como si

fuera imposible que alguien lo podara con tanta precisión.

La puerta de entrada, majestuosa, era ancha como para dar cabida a un pequeño camión y tenía uno de esos nuevos porteros automáticos que parecían un teléfono. Lo cogí, pulsé el botón y esperé.

‘¿Qué desea?’, se dirigió a mí una voz masculina.

‘Buenas tardes, la señorita Gray me ha invitado a tomar el té.’

‘Un momento, por favor,’ hubo un silencio corto y supuse que estaban consultando la veracidad de lo que les había dicho. ‘Disculpe la espera, ahora mismo le abro la puerta.’

Empujé la gran verja y seguí el camino hasta la puerta principal, flanqueado por robles inmensos mientras pensaba qué agradable debía ser poder vivir allí. Podía imaginarme cómo debería ser cuando las camelias florecieran y pensé si a Eva le gustaría vivir en un lugar como aquel.

Al entrar en la casa descubrí, por primera vez, cómo vivían los auténticos ricos. A pesar del gran tamaño de la casa del matadero, lo que tenía ante mí era de un lujo mucho mayor. La lámpara de araña en el gran recibidor, las esculturas que adornaban las escaleras, la ingente cantidad de cuadros en las paredes, el brillo del suelo; todo estaba pensado para impresionar.

Me quedé mirando mi propio reflejo bajo mis pies hasta que un hombre mayor, de pelo y barba canos, impecablemente vestido, bajó las escaleras con agilidad. Me alargó la mano y supe que la conversación que estaba a punto de tener lugar iba a ser la primera prueba real para mi uniforme y mis modales. Lo que no sabía es que tenía por delante un test de muy distinta índole.

‘Dígame, joven, ¿cuál es su nombre?’

Pensé que era el protocolo habitual para que un desconocido tomara el té con la señorita de la casa.

‘Me llamo Wells, señor. James Wells.’

‘Encantado, señor Wells.’

‘Igualmente, señor.’

‘Quiero dejarle claro que lo que estoy haciendo ahora mismo no es algo que suela hacer,’ esperó a que asintiera antes de continuar. ‘Pero usted nos ha parecido un hombre digno de una respuesta. Cuando lo he visto, he sabido que se merecía que fuera yo mismo el que le contara lo que ha pasado,’ se aclaró la voz. ‘No es usted el primero al que le pasa esto. Sin más dilación debo decirle la verdad: aquí no vive ni ha vivido jamás una señorita Gray.’

‘¿Qué quiere decir?’ dije.

‘Lo que quiero decir, señor, es que le han engañado para que pensara que

aquella mujer, a la que probablemente dio dinero, vivía aquí. No es usted el primero, ya se lo he dicho.’

‘Disculpe mi descaro, pero no le creo. Vi cómo la señorita Gray entraba a través de la verja.’

‘¿Está seguro? No es el primero que cree haberla visto entrar y luego, repasando fielmente lo que vio, se da cuenta de que solo se dirigió a la verja, nunca la traspasó.’

‘No lo sé,’ lo pensé. ‘Quizás sí, quizás me dejara llevar.’

En el mismo instante en que acepté que me habían engañado como a un idiota, mi vacío se apoderó de mí con una fuerza desconocida hasta entonces. No sabía qué hacer ni qué pensar y se me dobló el estómago de dolor.

‘¿Se encuentra bien, joven? ¿Podemos hacer algo para ayudarlo?’

Me costaba respirar y el dolor no mejoraba.

‘Jarvis, prepare un té para el jovencito. No se encuentra demasiado bien,’ le pidió al mayordomo.

La sensación de vacío era insoportable, necesitaba descubrir qué podía apaciguarla y, en unos segundos, lo haría.

‘No debes preocuparte de nada, joven. En la casa solo estamos Jarvis y yo. No hay mujeres. Esto es una cosa de hombres y no debes avergonzarte. Al fin y al cabo, a nadie le gusta sentirse engañado... Es como si te arrancaran un trozo de tu licencia de hombre, ¿verdad? Como si de repente ya no te pertenecieras al club. No pasa nada, aquí te cuidaremos bien.’

Se me acercó y no pude mantener el control.

En un acto reflejo, le partí el cuello a mi anfitrión. Antes de que cayera al suelo, su mayordomo volvió y me lancé hacia él. Me convertí en un depredador salvaje y el mundo se ralentizó a mi alrededor.

Cogí un cuchillo de la bandeja de té y le corté el cuello a Jarvis de una forma tan precisa, tan profesional, que ni siquiera me salpiqué.

Mi vacío desapareció, llevándose el dolor con él y por fin lo entendí: mi necesidad no se apaciguaba por cumplir mis deseos juveniles, sino matando. La falta de sentimientos me había transformado en un asesino y, al mismo tiempo, convertía los cadáveres en el suelo en poco más que un problema a solucionar.

Ideé un plan rápido. Cogí la plata que encontré y la enterré en el jardín para simular un robo. Después salí por la puerta trasera sin que nadie me viera y me fui andando sin más.

Sabía que aquellas muertes no hacían del mundo un lugar mejor pero me

habían servido para descubrir la verdad sobre mi vacío, lo cual les daba un propósito, aunque fuera egoísta. Además, pensaba darle su merecido al auténtico culpable de aquellas dos víctimas: la señorita Gray, o cualquiera que fuera su nombre. Al fin y al cabo, si ella no me hubiera engañado, dos hombres buenos aún seguirían vivos, y no pensaba permitir que se saliera con la suya.

18

Con los datos a mi disposición, lo más lógico para encontrar a la supuesta señorita Gray era esperar a que volviera a usar la casa como reclamo para otra víctima, así que aparqué el coche ante el lugar donde había descubierto qué alimentaba a mi vacío y, en los siguientes días, solo abandoné la guardia para recoger los nuevos trajes y para descansar.

Con el paso de los días, noté cómo mi vacío crecía, desvaneciéndose el efecto de mis muertes.

El primer día de espera, maté el tiempo leyendo los periódicos por si había alguna información nueva respecto a mi *desaparición* pero no descubrí ninguna novedad. Sin embargo, consciente de que no podía pasarme el día leyendo si no quería perderme lo que sucediera alrededor de la casa –no solo por la señorita Gray, sino por si alguien descubría los cadáveres– busqué otra forma de mantenerme ocupado: fumar.

El segundo día compré un paquete de Lucky Strike del que aún recuerdo vívidamente su color verde y el gran logotipo redondo que lo adornaba. Encendí un cigarrillo y el sabor me pareció horrendo, pero, después del tercero, me acostumbré. Además, fumar añadía otra capa a James Wells, me alejaba de mi yo anterior, así que pensaba cultivar el hábito.

El octavo día de vigilancia se levantó un fuerte viento que trajo consigo el familiar olor a descomposición. Los dos cadáveres en el interior de la casa no iban a permanecer ocultos para siempre y debía actuar si quería mantener la posibilidad de que la señorita Gray volviera a usar el lugar como tapadera.

Así pues, aquella noche salté la verja y me colé en la casa. Nada más entrar, el hedor me recordó al matadero, pero había pasado mucho desde los tiempos en que la muerte me diera arcadas y me puse inmediatamente a ejecutar mi plan.

Moví los cuerpos a la cocina con la ayuda de unas sábanas y los separé en trozos más manejables. Después alimenté a los perros de la casa, famélicos en sus jaulas después de la desaparición de su dueño, el mismo al que devoraron sin remordimientos.

Mientras comían, me detuve un momento a pensar que, si necesitaba matar para saciar a mi vacío, debía ser más inteligente y no dejar pruebas. Tenía que mejorar mi control sobre la situación.

Cogí las llaves de la casa para no tener que colarme si necesitaba volver a entrar, ponderé la idea de instalarme allí –la desestimé por ser demasiado arriesgada– y enterré los restos de mis víctimas antes de irme a descansar con la extraña sensación de que algo había cambiado, algo que era incapaz de ubicar.

Dormí un sueño inquieto y desperté empapado en sudor. No sabía por qué, pero mi cerebro me estaba dando señales de que algo no iba bien y decidí estar atento. Quizás solo era la tensión de la huida, pero tenía que asegurarme.

Bajé a desayunar temprano y pedí unos huevos revueltos con bacon. Justo entonces alguien se acercó a mi mesa y descubrí qué era lo que mis sentidos intentaban decirme:

‘Supongo que este sitio no está ocupado,’ una voz conocida que en un principio no ubiqué. ‘No es un mal lugar para esconderse, me gusta... Aunque esperaba más de ti, James,’ el padre Rhys se sentó frente a mí con una humeante taza. ‘No está mal el café. Solo por eso ya me parecería un buen lugar para esconderse, pero el servicio también merece la pena, ¿verdad? Especialmente si lo pagas con un dinero que no es tuyo.’

‘Qué sorpresa encontrarle aquí, padre,’ mi falta de sentimientos me permitió permanecer impassible ante la sorpresa. ‘O quizás no debería llamarle padre teniendo en cuenta que no viste sus hábitos.’

‘Cuando estoy de viaje siempre desayuno sin mis hábitos. Me gusta observar a la gente sin que se sientan cohibidos por mis vestimentas, mezclarme con ellos para poder aprender de sus comportamientos. Soy bueno metiéndome en la cabeza de la gente.’

‘Otros curas son buenos metiéndose en los pantalones de los demás...’

‘Es cierto... Y debo reconocer que es una actitud que me repugna, ¿a ti no?’

‘Supongo que sí.’

‘¿Supones? El James que conozco siente una rabia incontrolable... ¿No me dirás que has aprendido a controlarte?’

‘Ya no siento nada,’ no tenía ninguna razón racional para mentirle al padre Rhys.

‘¿Qué quieres decir?’

‘No siento nada, soy un hombre sin sentimientos.’

‘No me lo creo, James, no hay nadie sin sentimientos. Aunque ahora entiendo la conversación que tuvimos antes de que escaparas...Y puedo entender que hayas querido aislarte de tus sentimientos para no sufrir,’ bebió

un poco de café y sonrió antes de continuar. ‘Por cierto, aún te puedo seguir llamando James, ¿no? No te habrás cambiado el nombre.’

‘Solo la parte que no me gustaba.’

‘Me alegro. No debemos olvidar quiénes somos ni de dónde venimos. Aunque a veces deseemos con todo el alma poder olvidarlo.’

‘Estoy de acuerdo.’

‘Lo sé. Al fin y al cabo, siempre he pensado que si las circunstancias hubieran sido distintas podríamos haber sido amigos.’

‘Creía que lo éramos. Usted me lo dijo en una ocasión.’

‘Es cierto. Pero ser amigo de alguien implica que ese alguien también aporte algo a la relación.’

‘Tiene razón, pero hice lo único que podía hacer.’

‘Lo comprendo,’ asintió y bebió un sorbo de su taza. ‘Estás muy relajado, James, me gusta verte así. Al fin y al cabo, no he venido para hacerte daño. Solo quería hablar contigo para que supieras un par de cosas. La primera –y más importante– es que aún hay personas en el mundo en las que confiar, gente a la que creer, y que no todos desearán que todo te salga mal.’

‘¿Para esto me ha buscado?,’ sonreí falsamente. ‘¿Para decirme que ahora que conoce mi paradero no va a pasarme nada?’

‘No soy nadie para juzgar lo que has hecho, hijo,’ se arrepintió al instante. ‘Lo siento, es la fuerza de la costumbre. Supongo que no te debe gustar que te llamen hijo.’

‘Ya no me importa.’

‘Es cierto que has cambiado, James.’

No hice ningún gesto, no dije nada.

‘Como decía, no soy nadie para juzgar. Ese papel es de Dios. Cuando mueras, cuando todos lo hagamos, Él nos juzgará a todos.’

‘Está bien, no está aquí para juzgarme, lo he entendido. No es que me importe, la verdad.’

‘Ya te he dicho que estoy aquí por dos razones. La primera era demostrarte que, aunque te parezca mentira, no todo el mundo quiere dañarte. Yo soy ese ejemplo porque, cuando acabe de decirte lo que he venido a decirte, me iré y no le diré a nadie que te he visto.’

‘Muy bien. ¿Y la segunda cosa que ha venido a decirme?’

‘El señor Slater ha contratado detectives para encontrarte. No creo que sean capaces de hacerlo tan rápido como yo, porque no te conocen... Pero eventualmente te encontrarán. No son los más listos del mundo, pero no se

rinden. Darán contigo tarde o temprano.’

‘Gracias por el aviso.’

‘Y ahora me iré. ¿No quieres saber cómo te he encontrado? ¿No sientes ni una pizca de curiosidad?’

‘¿Curiosidad? No, no me importa. El hecho es que está aquí y ahora. Y que podría hacerle desaparecer para asegurarme su silencio.’

‘Sé que no me harás daño como también sé que aún sientes algo por mí, aunque solo sea respeto. Me respetas intelectualmente, que es algo que, para ti, aún tiene importancia.’

‘Está bien que piense eso.’

‘Como se trata de un ejercicio puramente intelectual, de una lección de debes aprender, te diré cómo te he encontrado.’

‘¿Y qué lección es esa?’

‘Ya te lo he dicho: siempre hay alguien más inteligente que tú. Al fin y al cabo, a pesar de todos tus intentos, encontrarte fue tan fácil como decirle a la operadora que volviera a conectar con tu número una vez colgaste. ¿O creíste que me iba a creer ese acento falso que engañó al señor Slater?’

‘Así que estaba escuchando por el otro teléfono...’

‘Por supuesto. No puedo permitir que el señor Slater solito decida por dónde va la investigación, ¿verdad? Además, quería encontrarte primero para tener la oportunidad de darte mi opinión.’

‘Y darme una lección de inteligencia.’

‘Si quieres verlo así...’

‘Y ahora se irá... Si le dejas, claro.’

‘Adiós, James. Me alegro de que confíes en mí,’ dijo levantándose tranquilamente, dejando la taza de café en la mesa.

Para mi sorpresa, permití que el padre Rhys se fuera. La verdad era que siempre me había intentado ayudar y, con mis nuevos estándares, no se merecía morir. Como mínimo, todavía no.

Terminé mi desayuno y fui, como un día más, a vigilar la verja.

Sentado en mi coche, pensando en cómo terminaría toda la historia con el padre Rhys, mi vacío se hizo insoportable y tomé varias decisiones.

La primera era pura supervivencia: si había detectives tras mi pista, debía limitar mi espera de la señorita Gray. Por tanto, me concedí tres días como máximo para que volviera.

La segunda concernía a mi vacío porque no podía continuar eliminando a

gente que no se lo merecía. Tenía que controlar las muertes y no dejarme llevar, así que elegiría de forma rutinaria –sin esperar a perder el control– a personas que empobrecían el mundo para saciar mis necesidades.

También decidí experimentar distintas formas de matar por si causaban diferentes efectos en mi vacío. Sin más datos era imposible deshacerme de mi necesidad y, hasta que me reencontrara con Eva, debía manejar la situación lo mejor que pudiera. Planeé experimentar si la velocidad, la cercanía con las víctimas, el nivel de dolor, la tortura, su sexo, su edad o lo que fuera mutaban mi vacío.

Estaba pensando en todo aquello cuando la señorita Gray se acercó a la verja acompañada por un hombre de traje blanco y supuse que estaba a punto de timarlo. Esperé a que se separaran, bajé del coche, me abroché la americana e impedí el paso a mi objetivo.

‘Buenas tardes, señorita Gray. Esperaba encontrármela para poder decirle en persona cuánto siento no haber podido asistir a su invitación para tomar el té...’

Ví en sus ojos la sorpresa y la rápida improvisación.

‘No pasa nada, señor Wells, todo fue muy repentino. ¿Por qué no lo dejamos para otra ocasión?’

Intentó irse, pero la cogí del brazo.

‘Tengo una idea mejor. ¿Por qué no entramos ahora mismo a su casa y tomamos el té?’

‘No creo que... No sé si es una buena idea. Al fin y al cabo, a mi padre no le gustan demasiado las sorpresas. Y mi madre está enferma. De verdad, deberíamos dejarlo para otra ocasión,’ acercándonos a la verja, la señorita Gray se dio cuenta de que sus excusas no servían de nada y decidió cambiar de táctica. ‘Si no me suelta ahora mismo, gritaré y le tomaran a usted por un criminal. Eso no le gustaría, ¿verdad?’

‘Sinceramente, no podría importarme menos, pero creo que está en su mejor interés no llamar atención hacia su figura porque podría dañar su trabajo, ¿no cree?’

‘¿Y cómo piensa entrar a la casa?’

‘No debe preocuparse por eso, señorita, tengo mis propias llaves. Y tampoco se preocupe de nada más, yo me encargaré de todo.’

Puso un poco de resistencia a entrar, pero la obligué y, una vez dentro, le ordené que se sentara pero no lo hizo.

De repente, se olvidó de su personaje y se volvió mucho menos respetuosa.

‘No lo entiendo. Sé que esta casa no es tuya, pero está vacía y tienes la llave.’

‘Y eso es lo único que debe importarle: el hecho de que tenga la llave y, sobre todo, que esté vacía. La tenemos entera para nosotros.’

‘No te creerás que me das miedo, ¿verdad? Porque me interesa seguir manteniendo la apariencia de que la casa es mía y sé que no me harás daño.’

Miraba los libros de las estanterías como si quisiera recordar los detalles para futura referencia.

‘No tiene ningún tipo de vergüenza o remordimiento al reconocer que va a seguir haciendo lo mismo.’

‘¿Te sorprende? No todos tenemos la misma suerte que tienes tú de haber nacido en una familia con dinero.’

‘No sabe nada de mí.’

‘Sé que lo único que quieres es sentirte poderoso... Y que te devuelva el dinero que te quité. No porque te haga falta, sino para sentir que eres importante.’ Sonreí. ‘No eres el primero que me descubre. ¿Crees que todo el mundo es tan inocente como tú con alguien que acaban de conocer? Una gala benéfica...’, dijo sonriendo con superioridad.

‘Siéntese de una puta vez,’ decidí que ya estaba bien de estupideces.

Me miró a los ojos un instante y obedeció mientras cambiaba de táctica.

‘Pensaba que estábamos aquí porque querías tomar un té conmigo...’

‘Si tengo que serle sincero, nunca me ha gustado el té.’

‘Entonces explícame por qué coño estamos aquí.’

‘Por supuesto, señorita Gray, se lo explicaré para que le quede claro. Está aquí porque es usted una mentirosa y una embaucadora. Y no solo eso, sino que se jacta de ello y se aprovecha de las personas que aún confían en el prójimo. Lo siento, pero no puedo tolerar estos comportamientos. Todos debemos intentar ser nuestra mejor versión.’

‘Eso no explica qué hago aquí.’

‘¿Aquí? Ha venido a morir, señorita Gray.’

‘Ja. No me hagas reír, no tienes lo necesario para dañar a una mosca... Me voy ahora mismo. Hasta ahora me ha divertido tu juego pero ya no—’

La señorita Gray era el perfecto ejemplo de persona ideal para saciar mi vacío, mejorando el mundo al mismo tiempo y no dejé que se levantara. Entonces vio que la situación era más seria de lo que había creído.

‘Estás loco, ¿lo sabías? ¿Crees que me trago que vas a matarme por sesenta dólares? Un niño bien como tú, todo bien vestido, con esa forma de hablar tan

peculiar. Si quieres asustarme no lo conseguirás.’

‘No tengo ninguna intención de asustarla, ni de hacer que se sienta de ninguna forma. Es libre de sentirse como quiera. Lo único que voy a hacer con usted es lo mismo que hice con el propietario de la casa. Matarla, trocearla y alimentar a los perros.’

‘Oh, venga ya, no seas así,’ me puso la mano en la pierna. ‘Haré lo que sea. Podemos tomar el té y después te llevaré al zoo de Hampton Park, en Charleston. Estoy segura de que no has ido nunca,’ continuaba cambiando de táctica. ‘Si no, podemos ser socios, si es lo que quieres. Te daré una parte de las ganancias y por la noche, te haré sentir bien,’ su mano se desplazó hasta mi miembro. Empezó a mover la mano rítmicamente y, por un instante, olvidé dónde estaba. Me sacó el pene del pantalón y empezó a jugar con él. ‘¿Ves? Nos podemos hacer amigos, no es necesario que acabemos mal.’

Justo en el momento en que sus labios tocaban mi glándula, volví a la realidad. El placer físico era innegable, pero si quería recuperar mis sentimientos debía ceñirme al plan original y reservarme para Eva.

‘No conseguirá nada con esto,’ la aparté de mi miembro.

‘¡Venga ya! Si se nota que te gusta. A mí también... Venga...’

‘Le debo lealtad a mi dama.’

‘Pues debería ponerse de acuerdo con su amiguita sobre a quién debe serle fiel, porque a ella le ha gustado,’ dijo irónicamente. ‘Seguro que nunca la habías tenido tan dur—’

Le di una bofetada.

‘No seas así, joder. Una mujer tiene que ganarse la vida como puede. ¿Te crees que vivimos en un cuento de hadas? La vida es para vivirla. Se tiene que hacer lo que se pueda para mejorar.’

‘Eso es lo que estoy haciendo yo,’ la cogí por el cuello y empecé a ahogarla. Quería notar su vida apagándose lentamente y comprobar el efecto que tendría en mi vacío.

‘No... Para...’

Continué.

‘Tengo información... que necesitas saber...’

Su voz se apagaba lentamente.

‘S-la-ter.’

Y evidentemente me detuve.

‘¿Qué ha dicho?’

Tosió ligeramente y, por primera vez, me miró asustada, como si por fin

creyera que iba a matarla.

‘Tienes que prometerme que si te cuento lo que sé... Que si te lo digo todo me perdonarás la vida...’

‘Se lo prometo. Si me jura que cambiará su vida, seguirá mi ejemplo e intentará hacer del mundo un lugar mejor.’

‘Te lo juro.’

‘Habla.’

‘Me has visto con el hombre con el que venía...’

‘Sí. Era otro pardillo como fui yo en su día, ¿no?’

‘No,’ se tocó el cuello como si le costara hablar. ‘Era un detective que estaba preguntándome acerca de ti. Tenía una foto tuya. No era demasiado buena, has cambiado mucho, pero te reconocí. Siempre he tenido buen ojo para las caras, supongo que es parte de mi trabajo.’

‘¿Y qué le ha contado?’

‘Nada. No sé nada de ti. Solo le he podido acompañar a la puerta y explicarle lo que había pasado.’

‘¿Y qué te ha dicho?’

‘Que te crees muy listo, que te ha encontrado, que te ha estado siguiendo la pista, que es el mejor...’

‘¿Dónde se hospeda?’

‘Creo que en el Onyx. Le vi justo delante preguntando con tu foto y creí que podría aprovecharme de la situación.’

‘Evidentemente le dio información sobre cómo soy físicamente en la actualidad.’

‘Por supuesto. Y me dio una buena propina,’ sacó unos billetes arrugados de su falda. ‘Mira, aquí la tengo. Ha llamado al timbre para más información pero, obviamente, no había nadie. Volverá, estoy segura.’

Mi situación había cambiado dramáticamente y, mientras la señorita Gray me enseñaba el dinero, pensé cómo había sucedido. Solo se me ocurrirían tres opciones: o el detective era muy listo; o yo no había cubierto mis huellas tan bien como creía; o el padre Rhys me había traicionado.

No importaba porque no era el momento de asignar culpa, sino de buscar soluciones.

Lo primero era terminar lo que tenía entre manos así que cogí el dinero y volví a asfixiar a la señorita Gray con lentitud.

‘Me... lo... prometiste...’

‘Mi padre me enseñó que una promesa solo es válida si se hace entre

personas de honor. Y usted, querida, no entra en esa categoría.’

Después de unos minutos, cogí el cuerpo de la señorita Gray, lo trocéé y alimenté a los perros. Saciados, volvieron a sus jaulas y llevé la carne restante a unos vagabundos para que la aprovecharán. Como mínimo, algo bueno saldría de la señorita Gray.

Fui a cenar mientras pensaba cómo me encargaría del detective. Evidentemente, antes de acostarme ya tenía un plan.

19

La mañana siguiente, volví a esperar la aparición del detective. Confiaba en que el lugar estaba libre de sospecha y me pareció el paso lógico.

Para pasar el rato, a parte de fumar, cogí al azar un libro de Francis Galton de la biblioteca de la casa y descubrí que no estaba solo en mi afán por mejorar el mundo. El texto explicaba cómo mejorar la raza humana a través de la selección. Aún hoy recuerdo un pasaje concreto que me llamó la atención: *es fácil... obtener por medio de una selección cuidadosa una raza de perros o caballos permanentemente dotados con peculiares poderes para correr, o para hacer cualquier otra cosa, o sea que sería posible producir una raza de hombres altamente dotados simplemente con bodas juiciosas durante algunas generaciones consecutivas. Demostraré que las agendas sociales de carácter ordinario, cuyas influencias no están bajo sospecha, están en este momento trabajando hacia la degradación de la naturaleza humana, hay otros que trabajamos hacia su mejora. Concluyo que cada generación tiene un enorme poder sobre los poderes naturales de la siguiente generación, y mantener ese hecho es la obligación que le debemos a la humanidad, investigando el alcance de ese poder, y ponerlo en práctica de una forma que, sin dejarnos a nosotros mismos de lado, sea la más ventajosa para los futuros habitantes de la Tierra.*

Fue con el texto de Galton que finalmente acepté que debía ampliar los horizontes de mis lecturas y empezar a fijarme en ensayos, filosofía y teoría social.

Ya por la tarde, hambriento, busqué sin éxito en la casa algo comestible y apunté mentalmente que, el día siguiente, no podía cometer el mismo error. Al anochecer, terminé el libro y volví al hostel cargando con un baúl que había encontrado en la casa y que pensaba utilizar para viajar con mis pertenencias ordenadas.

El día siguiente me preparé para no tener que abandonar la casa en todo el día, cogiendo algunos sándwiches del restaurante del hostel y, en aquella ocasión, el libro elegido fue de Paul Robin y, casualmente, tenía un mensaje parecido al de Galton, pero dando un paso más: *Los millones gastados por todas las naciones para poder ayudar a los inadecuados, los escrupulosos, los sifilíticos, los enfermos y los alienados no dan ningún resultado excepto*

una mejora que no es suficiente para completar su miserable trayecto en esta vida, decía, y son un empobrecimiento de la raza.

No conocía el *neomalthusianismo* al que pertenecía Robin ni que su doctrina predicaba que el exceso de procreación en las clases bajas les llevaba a la extrema pobreza. También desconocía que su solución era la reproducción controlada, pero me interesaban sus conceptos porque congeniaban con mi visión de un mundo mejor. Además, sus ideas fascistas aún no estaban mal vistas porque Hitler aún no las había aprovechado para sus fines. Aunque el partido socialdemócrata ya estaba en el poder en Alemania – y sus políticas despuntaban–, aún no se les tomaba en serio porque se creía que Hitler era un lobo solitario incapaz de cambiar el mundo.

Hacia las cinco de la tarde empecé a pensar si la señorita Gray me habría engañado y no existía ningún detective. Sin embargo, los datos que me había revelado solo encajaban si su historia era cierta, así que fui paciente.

Justo una hora después, sonó el timbre y abrí la verja tras comprobar que se trataba del hombre del traje blanco.

‘Buenas tardes.’

‘Buenas tardes, ¿qué desea?’

‘Tenía una cita para tomar el té.’

‘¿Cómo se llamaba la señorita?’, miré al hombre decidiendo si era un detective o su historia era cierta y decidí confirmarlo antes de actuar.

‘Se trata de la señorita Gray.’

‘En ese caso, pase, por favor, señor...’

‘Me llamo Gentry. Harold Gentry.’

‘Encantado señor Gentry. La señorita Gray no tardará en bajar.’

‘Gracias.’

‘Puede esperarla en la biblioteca si lo desea,’ proseguí la farsa. ‘Me temo que no me he presentado. Soy el señor Gray, el hermano de Ann.’

‘Encantado, señor,’ estrechamos manos y se las noté mojadas.

‘Disculpe mis manos, pero estoy muy nervioso por volver a ver a su hermana. Es una mujer muy hermosa.’

‘Sí que lo es,’ dije con desgana. ‘Le prepararé un té mientras esperamos. Hoy es el día libre del servicio, pero creo que seré capaz de preparar una infusión bebible.’

‘Es usted muy amable... Pero prefiero simplemente esperar.’

‘De acuerdo,’ cambié el tono de la conversación para ver si lo incomodaba

y lograba sacarlo de su zona de confort. ‘Dígame, ¿cree usted en Dios?’

‘¿Disculpe?’

‘Si cree en Dios, si va a misa los domingos... Ya me entiende...’

‘Sí. Lo siento,’ mi pregunta había cumplido su propósito porque no parecía tan seguro de sus respuestas. ‘Siento mis dudas, pero hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba algo parecido.’

‘Creo que esa es una pregunta que todos deberíamos hacernos de vez en cuando para saber si seguimos por el camino correcto.’

Asintió.

‘La verdad es que en este mundo de ladrones y asesinos, de pobreza y muerte, a veces resulta difícil creer en algo distinto al pan para comer y el agua para beber... Pero supongo que sí, que todavía creo en Dios,’ confesó finalmente.

‘¿A qué se dedica usted? Si se me permite la indiscreción.’

‘Soy abogado,’ dijo rápidamente. ‘Me dedico a solucionar problemas.’

‘Me resulta muy interesante pero muy desconocido. ¿Podría explicarme algunos detalles?’

‘Podría...,’ se lo pensó un instante, ‘...pero creo que se aburriría.’

Asentí.

Después de unos segundos retomé el tema de las creencias porque era el único que lo descolocaba.

‘Volviendo atrás, usted ha dicho que creía en Dios.’

‘Sí, lo he dicho.’

‘¿Pero cree usted que es una buena persona, que hace todo lo que está en su mano para hacer del mundo un lugar mejor?’

‘La verdad es que no lo sé. Pero supongo que sí, si no es presuntuoso que lo diga...’

Asentí y proseguí, imaginándome qué diría el padre Rhys para que mis palabras fluyeran.

‘Porque, verá, señor Gentry, hace muy poco tiempo he descubierto en mí un enorme interés por hacer de este mundo un lugar mejor. Y me gusta saber qué clase de persona se interesa por mi hermana. Sin ánimo de ofender,’ hizo que no con la cabeza. ‘Porque entenderá que es mi deber como hermano velar por sus intereses.’

‘Lo entiendo perfectamente, señor. Yo haría lo mismo.’

‘Así pues, ¿qué me contesta?’

‘Creo que sí,’ por primera vez parecía pensar lo que debía decir. ‘Creo que

tanto en mi trabajo como fuera de él intento siempre hacer el mayor bien posible...’

‘¿Aunque eso a veces implique hacer cosas incorrectas?’

‘Supongo que sí.’

‘Algunos de nosotros debemos sacrificar nuestro bien personal por el bien mayor, ¿verdad?’

Asintió antes de tomar la iniciativa.

‘¿Puedo preguntarle yo una cosa?’

‘Por supuesto.’

‘¿De dónde es usted? Tiene un acento muy peculiar, señor Gray.’

En aquel instante mis dudas se esfumaron: el señor Gentry era un detective, me estaba retando y debía responder en consecuencia.

‘Soy de un poco lejos,’ le golpeé en la cara con el puño cerrado.

Cayó al suelo con la nariz sangrando y, cuando intentó defenderse, le di una patada en el mentón que lo dejó sin sentido.

Recuperó la conciencia atado a una silla. La farsa había terminado.

‘Muy bien, hijo de puta. Vamos a hablar en serio,’ le dije arremangándome la camisa. ‘Ahora vamos a cambiar las normas. Por cada respuesta falsa te voy a dar una lección sobre lo que significa ser un hombre moral porque, al fin y al cabo, un hombre ético no debe mentir.’

‘Pero... ¿Pero qué?’

‘Cállate,’ le di una bofetada. ‘A ver, ¿por dónde empezamos?’

Otra bofetada.

‘Ah sí, ¿cómo me has encontrado?’

‘Yo no te...’

Puñetazo.

‘No te he encontrado. Me encontré con tu hermana.’

‘No te va a sentar bien mentirme. Ahora ya no. Lo has intentado, pero ahora que ya sé quién eres, te va a resultar más difícil. Lo volveremos a intentar,’ le di un puñetazo en la barriga y escupió sangre. ‘¿Cómo cojones me has encontrado?’

‘No sé de qué me hablas. Ya te lo he dicho.’

‘¿Piensas mantener tu historia? Pues ahora vuelvo.’

‘¿Qué historia, de qué estás hablando? No sé qué quieres que te diga... Yo solo quería conocer mejor a la señorita Gray... ¿Qué...? ¿Qué vas a hacer con ese cuchillo?’

‘Oh, esto... Nada, es mi forma de recordar mis técnicas de destripe... Pero

no debes preocuparte de nada porque no hace demasiado las he puesto en práctica con la señorita Gray.’

‘¿Qué le has hecho, animal?’

Cogí el cuchillo y lo pasé lentamente por su brazo derecho, infligiéndole un corte profundo para que sangrara pero alejado de puntos vitales para que tuviera tiempo de decirme lo que necesitaba.

‘Le he hecho mucho menos de lo que merecía y lo único que hizo fue engañarme. Imagínate lo que te haré a ti que me intentas devolver al infierno.’

Pensé que exagerar las cosas me ayudaría a lograr información.

‘¿El infierno? ¿De qué hablas? No serás uno de esos locos religiosos...’

Le hice un corte simétrico en el otro brazo y gritó por primera vez.

Continué haciéndole preguntas y por cada media verdad o evasiva usaba el cuchillo. Todas sus respuestas encajaban con su versión, pero seguía convencido de que era un detective.

Llevaba más de quince cortes cuando decidí explicarle qué le había hecho a la señorita Gray. Quería comprobar si le ayudaba a tener más clara su situación.

‘Veo que mantienes tu historia.’

‘Para, por favor, no sigas... Te estoy diciendo la verdad.’

‘Silencio,’ le pedí apoyando la hoja de mi cuchillo en sus labios. ‘Te voy a contar qué le hice a la señorita Gray... Es sencillo: la maté, la corté en pedacitos y se la di de comer a los perros,’ pausé un momento. ‘Ah, se me olvidaba, también aproveché las sobras para alimentar a unos vagabundos porque no quería que se echara a perder...’

Su cerebro procesó la idea que no iba a salir de allí con vida y vomitó.

Cuando se recompuso, parecía haber cambiado de actitud.

‘Yo... Te diré lo que quieres oír...’

‘Te escucho.’

‘Pero es que no sé lo que debo decir...’

‘Ya me he hartado. Sé la verdad y lo único que he estado haciendo hasta ahora es darte la oportunidad de dejar de ser un mentiroso. Lo hago por tu bien, ¿no lo ves? No me dirás nada que yo no sepa. Sé que te manda el señor Slater y que tu misión es llevarme de vuelta con él para que pueda hacerme algo parecido a lo que te estoy haciendo a ti.’

‘No—’

Levanté el cuchillo, se refrenó y decidió darme la razón.

‘Está bien. Si ya lo sabes te lo diré para que me sueltes. Pero tienes que

prometerme que no me matarás.’

‘Por supuesto que no,’ dejé que se regodeara en su alivio antes de proseguir. ‘No te equivoques Gentry: vas a morir en esta silla. La única diferencia entre decir la verdad o mentir es la cantidad de sufrimiento y dolor que vas a soportar antes de hacerlo.’

Asintió.

‘Como mínimo eres sincero. Prométeme entonces que si te digo la verdad me matarás rápidamente.’

‘Eso sí puedo prometerlo.’

‘Está bien. Es verdad todo lo que me has dicho: me manda el señor Slater para que te encuentre. Eso es a lo que me dedico, encuentro a personas.’

‘¿Y cómo me has encontrado?’

‘No ha sido difícil. He seguido las pistas. Al fin y al cabo, es lo que hago todos los días.’

‘Explícate mejor.’

‘Yo... Es difícil de entender fuera del oficio...’

Acepté que sería complicado que alguien que no hubiera estado nunca en un matadero entendiera el trabajo y proseguí.

‘¿Qué te explicó el señor Slater de mí?’

‘Nada. Que eras su hijo y te habías escapado porque eras un cobarde.’

‘¿¿Te parezco un cobarde?! ¿¿Te parezco su hijo?!’, subí el tono para que pensara que había perdido el control.

‘No quiero enfadarte. De verdad que no...’

Volví a mi estado natural como si nada.

‘No te preocupes, que eso no va a pasar,’ insistí. ‘Solo debes decirme todo lo que sabes.’

‘No sé nada más.’

‘Lo siento,’ evidentemente otra mentira, ‘pero no es suficiente para hacerte merecedor de una muerte fácil. Tienes que darme algo que no te haya dicho yo o que no te hayas podido inventar.’

‘Es todo lo que sé, de verdad.’

‘No pienso perder más tiempo.’

Le corté profundamente en los gemelos y dejé que sangrara.

Unos minutos después, le hice un torniquete a la altura de las rodillas y fui a buscar a los perros.

Cuando volví con ellos, entendió mis intenciones.

‘¡No! ¡No! ¡Por favor, no! ¡Te lo diré todo, te lo suplico!’

Le puse una mordaza para que no gritara demasiado.

Me ha cansado de darte oportunidades,' le dije antes de permitir que los perros se dieran un festín con sus piernas.

Soportó el dolor bastante tiempo antes de perder el sentido.

Separé a los perros con esfuerzo y los devolví a las jaulas. Las piernas del señor Gentry tenían el hueso a la vista con partes de carne colgando y decidí que lo mejor era terminar con su sufrimiento.

Lo desnudé y cogí sus pertenencias para estudiarlas posteriormente.

Volví a soltar a los perros y dejé que se hartaran de comer.

Durante todo el proceso, solo podía pensar en el olor que inundaba la casa. Sudor, sangre y espacio cerrado. Aquel lugar civilizado se había convertido en otra cosa. Los perros emanaban una presencia distinta, de animal salvaje, que nunca había notado y pensé si probar la sangre humana los había hecho regresar a un estado más primario.

Quizás tan solo habían evolucionado y quizás era lo mismo que me había pasado a mí.

Los perros terminaron su festín y los dejé en libertad para no condenarlos a morir de hambre.

Terminé de deshacerme del cuerpo del señor Gentry y llevé la carne sobrante a los vagabundos, encantados con mis visitas.

Fui al hostel, cogí el baúl con mis pertenencias y abandoné Savannah. Mi plan siempre había sido llegar a Atlantic City, donde mi padre me habría llevado si no hubiera enfermado, pero ante la facilidad con la que me había seguido el rastro el detective, decidí ir directamente a Nueva York para embarcarme al viejo continente.

Mientras me alejaba de la ciudad no pude evitar pensar cómo había cambiado en aquel lugar. Había aprendido cómo saciar mi vacío pero, aún más importante, había descubierto quién era realmente. El esbozo de personaje con el que había llegado a Savannah se había definido y, por fin, sabía quién era y a dónde me dirigía tanto real como metafóricamente.

20

Conduciendo de noche para reducir las posibilidades de que alguien me identificara, tardé dos días en llegar a Nueva York. Cuando lo hice, fui directamente a los muelles a comprar el pasaje para Londres a pesar de que aún no había salido el sol. Aparqué en un lugar cercano y me puse a dormir en el coche a esperar que abrieran.

El amanecer me obligó a abrir los ojos y vi movimiento de trabajadores entrando al puerto. Accedí al recinto y busqué información:

‘Disculpe, ¿podría indicarme dónde debo dirigirme para comprar un pasaje para Londres?’

‘Debe ir a las oficinas de la Cunard-White Star, pero no abren hasta de aquí unas horas.’

‘¿Hay algún lugar por aquí cerca dónde pueda comer algo?’

‘Claro, señor, aquí al lado hay un *dinner* que está abierto desde antes del amanecer hasta después del anochecer.’

‘Gracias.’

Me dirigí hacia donde me había indicado y lo encontré sin problemas.

El *dinner* era un lugar como otros miles que debía haber en el país donde todo reluce: los aparatos en el mostrador, las mesas, las maderas, el suelo y el techo. Todo parece acabado de estrenar y la mayoría de materiales son meras imitaciones. La luz de los fluorescentes es fría pero uniforme, dándole al lugar un aspecto antiséptico.

En la barra, unos taburetes tapizados de cuero rojo invitaban a pedir allí, pero elegí una mesa porque tenía mejor visibilidad de la entrada al puerto y podría controlar si había algún movimiento sospechoso de alguien que pudiera estar buscándome.

Pedí un *café y el desayuno de la casa* y devoré la tostada con huevos antes de pedir otro café. Puse un billete que cubría la cuenta encima de la mesa y permanecí allí, perdido en mis pensamientos, fumando y mirando el acceso al puerto.

Hacia la cuarta taza de café, me dirigí a Cindy, la camarera:

‘Disculpe, ¿me sabría decir a qué hora abren las oficinas del puerto?’

‘Diría que abren a las diez.’

‘Gracias. En ese caso, tráigame otro café, por favor.’

Esperé otra hora y me dirigí al puerto. Después de pedir indicaciones, accedí a las oficinas de la Cunard-White Star.

‘Me gustaría comprar un billete para Londres.’

‘Muy bien, señor,’ miró una serie de horarios antes de proseguir. ‘Debo informarle de que el siguiente barco no sale hasta de aquí dos días... Y, además, ha tenido suerte porque estaba lleno hasta que ayer dos invitados anularon sus billetes. No es habitual que se reserven pasajes con tan poca antelación...’

Dos días eran un margen más que aceptable y sonreí al pensar cómo el azar moldeaba nuestro futuro.

‘También debo informarle de que el barco atraca en Southampton, no en Londres. Y que, desde allí, la compañía le proveerá con el transporte adecuado para llegar a su destino.’

‘Lo entiendo. Está bien.’

Cuando pagué el billete –más de doscientos cincuenta dólares– me di cuenta de que me iba a quedar prácticamente sin dinero. Podía pasar las dos noches antes de embarcarme en el coche para ahorrar, pero estaba claro que, una vez en Londres, tendría que conseguir efectivo. Desde luego, sin una fuente de ingresos fija, debía empezar a guardar dinero para imprevistos y administrármelo mejor.

Con el pasaje en mi americana, conduje hasta un lugar más céntrico para coger el metro. Alejarme del puerto me evitaría riesgos innecesarios y, además, desplazarme sin el coche impediría que alguien reconociera mi Ford A.

Así pues, cogí el metro en una estación elevada y, a pesar de saber que desde 1867 se habían construido de aquella forma para descongestionar el tráfico, me resultó extraño porque no eran como las había imaginado. Los puentes sobre los que se movía el ferrocarril eran la imagen perfecta de cuán alejado estaba de mis límites conocidos pero también me hicieron concentrarme tanto por no perderme, por descubrirlo todo –casi como si tuviera que memorizarlo–, que ni siquiera pensé en mi vacío ni en mi falta de sentimientos.

Después de largos minutos, subí a la calle desde una estación subterránea y la altura de los edificios me sorprendió. Las calles, ante la majestuosidad de los rascacielos que las flanqueaban, parecían más estrechas de lo que eran realmente. El gesto de levantar la vista para mirar las cimas de los edificios

era tan doloroso que nadie lo hacía a parte de mí. Además, supuse que los habitantes de la ciudad ignoraban la grandiosidad de sus edificios para no sentirse insignificantes en comparación.

Anduve sin rumbo durante horas antes de encontrarme en la zona donde se cruzan el Broadway y la Séptima Avenida, Times Square. Mirara donde mirara solo veía vicio y depravación, prostitutas y drogadictos realizando actos vergonzosos con total impunidad.

En los minutos que tardé en cruzar el lugar, tres mujeres se ofrecieron para tener sexo conmigo y, al alejarme, descubrí a un par de hombres siguiéndome.

Busqué un callejón solitario, me giré, los cogí por sorpresa y me hice con el revólver que uno de ellos acababa de desenfundar. Le disparé en el ojo a quemarropa y, cuando el segundo intentó sacar su arma, le volé la cabeza. Al caer el segundo cuerpo al suelo, abandoné el lugar sin más porque sabía que aquellas dos muertes no significaban nada. Ni para mí, ni para mi vacío ni, probablemente, para nadie.

Minutos después, noté un fuerte descenso de la temperatura y volví al coche. No había nevado, pero el frío era intenso, mucho más que durante el día, y cada vez penetraba más en mi interior. Tenía hielo en los músculos, una sensación nueva para mí. En el coche, tapado con la manta que llevaba en el maletero, tampoco logré sacudirme la sensación de frío. Horas después, había sido incapaz de dejar de tiritar.

El amanecer me encontró en una especie de tregua. Bajo la manta, helado pero sin temblores. Sabía que no podía pasar una segunda noche en aquellas condiciones, así que fui a buscar un concesionario de coches. Si vendía mi Ford A –que no usaría cuando estuviera en Europa– tendría dinero para pasar la noche en un hotel.

Después de preguntar a varios transeúntes llegué a *Uncle Tom's New & Used Cars*, que era poco más que un solar asfaltado con todo tipo de coches. Aparqué delante del edificio que hacía de oficina e inmediatamente salió un hombre sonriente, joven y bien vestido, con una energía desbordante y con un peinado tan estático que parecía esculpido.

‘Muy buenos días,’ dijo mientras me extendía la mano. ‘¿En qué puedo ayudarle? Soy el tío Tom.’

‘Encantado. Me gustaría vender mi coche.’

‘¿Es ese?’, se lo miró sorprendido y asintió con la cabeza, más serio que

antes. ‘Es un coche muy viejo, no creo que pueda darle mucho, señor.’

‘Pensé que valdría algo. Está en muy buen estado.’

‘Déjeme ser franco. No importa el estado. No importa si usted ha vivido en él durante meses. No importa nada de todo eso,’ hablaba muy rápido. ‘Lo único que importa es que es muy viejo, señor. Si es que se me permite hacer mi trabajo como se debe hacer: sin engaños y con la verdad por delante. Cuando compramos un coche siempre nos gusta que nos digan la verdad, ¿no es así?’

‘Supongo,’ dije, intentando seguir el ritmo de su discurso.

‘Pues la verdad es que este coche no vale nada. Supongo que yo lo vendería por unos ochenta dólares o sea que puedo darle, a ver, treinta pavos.’

‘Me parece poco. Querría algo más.’

‘Y yo querría que el mundo fuera perfecto y poder darle centenares, miles, de dólares, pero no lo es. Y le ofrezco treinta dólares.’

‘Supongo que no tengo más remedio... Acepto.’

Se marchó a buscar los treinta dólares mientras descartaba la idea de matarlo y quedarme con todo el dinero porque no me interesaba llamar la atención.

Cogí mi baúl del coche, me pagó y le entregué las llaves.

Cargué mis pertenencias en el metro en dirección al único hotel que conocía –aunque fuera de nombre– de la ciudad. Mi padre me dijo un día: *el Waldorf Astoria será el mejor hotel de mundo y estará en nuestro país, debemos aprovecharlo para visitarlo cuando lo terminen* y pensé que alojarme allí era una buena forma de honrar su memoria. Pasarían meses hasta que me diera cuenta de que había sido una estupidez, simplemente otra excusa para justificar mis actos y acercarme a una vida que ya no era mía.

El Waldorf Astoria, en el 301 de la Avenida Park de Manhattan, era un impresionante edificio *art déco* de cuarenta y siete pisos de altura. Mirándolo, no me extrañó que fuera el hotel más alto del mundo. Todo era nuevo y reluciente a pesar de tener ya ocho años y pensé cuán insignificante era aquel intervalo en la vida de un hotel. Sin embargo, sabiendo que se construyó el mismo año en que mi padre se había quedado catatónico, no pude evitar pensar cómo había cambiado todo y saboreé la ironía de la vida.

Estaba absorto en todos aquellos pensamientos cuando un mozo se me acercó. *Permítame que lleve su baúl, señor.* Asentí y lo seguí.

El área de recepción estaba presidida por un reloj de nueve pies de altura

que era un regalo de la reina Victoria para la Feria Mundial de Chicago de 1893. Su base octogonal tenía bustos en bronce de la reina inglesa y de famosos presidentes estadounidenses. El reloj estaba coronado por una réplica de la Estatua de la Libertad y el sonido de su péndulo llenaba el *lobby*. Su ritmo repetitivo –junto con la diferencia de temperatura respecto al exterior– me acompañó a un estado de calma.

‘Buenos días, señor. Bienvenido al Waldorf Astoria,’ me dijo el recepcionista. ‘¿Disponía usted de una reserva con nosotros?’

‘Lo cierto es que no. La decisión de quedarme con ustedes ha sido improvisada... Pero tenía la esperanza de poder disfrutar de sus instalaciones a pesar de no disponer de una reserva.’

‘Por supuesto, señor,’ se dirigió al mozo, que esperaba instrucciones con mi baúl. ‘Acompañe al caballero a una de nuestras suites medianas. Si le parece bien, claro...’, me dijo mirándome.

‘Perfecto.’

De camino al ascensor vi mi reflejo y me sorprendí. No me había afeitado desde que había dejado Savannah y empezaba a tener una pequeña barba, que decidí cultivar para alejarme de la foto que tenían los detectives para rastrearne.

En la planta treinta, entramos a una habitación más grande que el piso que había compartido con mis padres en Austin, lujosa y donde cada detalle parecía cuidado al máximo. Si aquello era una suite mediana, ni siquiera me atreví a imaginarme cómo debía ser la presidencial. No me cabía ninguna duda de que era el mejor hotel del mundo.

El mozo tosió indicándome que debía darle su propina y le di un dólar. La habitación costaba veinticinco y podía permitírmelo.

Me estiré en la cama y, con el calor, me dormí inmediatamente.

Me desperté a media tarde, me metí uno de mis libros en el bolsillo y fui a buscar un lugar económico para comer.

Entré en un bar cercano y pedí un trozo de tarta de manzana con café. Compré un paquete de Lucky Strike y los encendí uno tras otro mientras releía *La máquina del tiempo*, esperando que sus familiares palabras me acercaran a mis sentimientos.

Perdí la noción del tiempo y, cuando volví al hotel, ya de noche, le pregunté al recepcionista cuánto costaba un taxi hasta el puerto.

‘Unos tres dólares, señor.’

‘¿Y cuánto se tarda en llegar?’

‘Sobre una hora. Más o menos.’

‘De acuerdo. ¿Sería usted tan amable de despertarme mañana a las seis en punto y tener un taxi preparado en la puerta a las siete?’

‘¿Ya nos abandona el caballero?’

‘Me temo que ha sido una visita corta. Espero poder regresar porque me han encantado sus instalaciones.’

‘¿Le gustaría al señor dejar liquidada su habitación para no tener que hacerlo mañana por la mañana?’

‘Esa es una idea excelente.’

Pagué mi habitación, me metí en la cama y dormí toda la noche.

La mañana siguiente llegué al puerto con tiempo de sobras para embarcarme hacia Southampton, relajado pero atento a lo que sucedía a mi alrededor.

Cuando el taxi se acercó al muelle desde donde debía partir, vi un grupo de policías que hablaban en corrillo y varios coches aparcados cerca. De repente, me fijé en el hombre sin uniforme que hablaba con ellos. No me lo podía creer: allí, como uno más, estaba el señor Slater.

Era imposible embarcar sin que me atraparan, así que le dije al taxista que volviera al hotel, donde podría reevaluar mis intenciones y formular un plan alternativo.

El taxi paró en la puerta del hotel y el portero, al verme, corrió hacia la recepción señalándome con el dedo. Miré en el interior y vi a dos policías. Empezaron a correr hacia mí y le ordené al taxista que arrancara.

No entendía por qué la policía me buscaba con tanta intensidad, pero no pensaba quedarme para averiguarlo. La situación había cambiado, por lo que necesitaba buscar soluciones y decidir cómo proceder.

Me dirigí al taxista, la única fuente de información que me quedaba:

‘¿Me podría decir dónde puedo lograr un acomodamiento barato?’

‘¿Un acomodamiento, señor?’

‘Un hotel, una cama, un hostel...’

‘Ah, ya veo,’ se lo pensó un ante antes de seguir. ‘Desde luego no va a encontrar nada como el Waldorf Astoria, señor.’

‘No me importa. De hecho, me gustaría que fuera un lugar en el que nadie buscaría a un cliente del Waldorf. Y que sea barato.’

‘En el Lower East Side hay habitaciones por quince centavos. Pero es un lugar que no le recomendaría.’

‘Perfecto. Lléveme allí, por favor.’

Así fue como pasé del mejor hotel del mundo a un cuchitril en el Lower East Side sin entender las causas. Pronto descubriría qué había sucedido y lo estúpido que había sido, pero en aquel momento solo podía pensar en el futuro, en cómo sobreviviría hasta que me reencontrara con Eva.

Inevitablemente, el pasado había quedado en segundo plano.

21

Aparque el taxi en el callejón de detrás del hotel, ordené al conductor antes de bajarme. Después, descargué el baúl asegurándome de que no hubiera testigos y le rompí el cuello. Coloqué el cuerpo en el asiento trasero, escondí mis pertenencias entre la basura y alejé el coche para no seguir dando facilidades a mis perseguidores.

Volví al hotel andando y, al pasar por un quiosco de venta de periódicos, descubrí por qué me perseguía la policía. Un titular decía: **Se busca al autor de la matanza de Savannah**. En el cuerpo de la noticia, explicaban con todo detalle cómo habían encontrado los restos enterrados en el jardín, lo que les había hecho –aunque no había mención a los perros– y quiénes eran las víctimas, sin dar nombres. Y el resto de periódicos publicaban variaciones de la misma noticia.

Por tanto, la policía me buscaba como el autor de aquellos crímenes y no por ser el hijo desaparecido de un matadero en medio de la nada. Un gran cambio que no había previsto. Desde luego, había menospreciado a mis perseguidores y no podía continuar haciéndolo.

Un poco después, recogí mi baúl y entré al hotel, atento por si me reconocían.

‘Disculpe, me gustaría alojarme con ustedes.’

‘Vaya, si es su señoría.’

‘¿Disculpe?’

‘Que no estamos acostumbrados a tanta gilipollez. La noche vale quince centavos y se paga por adelantado.’

‘Entiendo.’

‘No tienes que entender nada, solo tienes que darme el dinero.’

El recepcionista era tan desagradable –maleducado, desaseado y desinteresado– que me planteé acabar con su vida allí mismo. Sin embargo, como no se dignó a mirarme a la cara –indicativo de que no le importaba quién era ni qué hacía allí– decidí no llamar la atención y simplemente ignorarlo.

De repente, una sirena de policía rompió el silencio y me puse en guardia.

‘Muchas sirenas, ¿eh?,’ reaccionó el hombre. ‘Es normal en este barrio, siempre hay problemas. Los chinos no saben la suerte que tienen de que la policía no vaya por allí... Pero siempre se están quejando...’

‘¿La policía no va donde viven los chinos?’

‘¡Qué va! Allí no va nadie. Se controlan ellos mismos pero siempre se quejan porque creen que con más policía estarán más seguros. ¡Vaya estupidez! Todo iría mejor sin maderos, ¿verdad?’

Mientras me daba la llave de la habitación ciento tres se rió mostrando sus dientes negros.

Subí el baúl por las estrechas escaleras hasta el primer piso y entré en mi habitación, que constaba de una cama y una mesita de noche. El cuadro que hacía las veces de cabezal estaba rajado y, en otra época, mostraba una imagen campestre. La moqueta de la pared estaba completamente arrancada y la alfombra, llena de manchas que parecían de orina y heces.

Era un lugar infecto, inmundo, pero acepté mi situación y me estiré en la cama a meditar mis siguientes pasos.

Por lo que el recepcionista me había dicho, el barrio chino era perfecto para mis planes porque la policía no entraba, pero al mismo tiempo sería sencillo para un detective localizar allí a un occidental, así que la mañana siguiente estudiaría la viabilidad de establecerme en Chinatown.

También tenía que encontrar una solución a mi problema monetario. No quería usar la fuerza para no llamar la atención, pero aquello significaba que, por el momento, no tenía ninguna fuente de ingresos.

A media tarde, cansado, me dormí sin saber que, en muy poco tiempo, mis dos incógnitas se iban a resolver al mismo tiempo.

Me levanté al alba y me dispuse a salir para investigar el barrio chino. *¡Eh, listillo, si quieres dejar tus cosas aquí me tendrás que pagar otros quince centavos!*, fueron los buenos días del recepcionista de mi hotel de lujo. Pagué por no cargar con el baúl, a pesar de no saber si pasaría allí otra noche.

El Lower East Side estaba rodeado por tres núcleos diferentes —el barrio judío, Little Italy y Chinatown— y decidí que lo mejor era investigarlos todos para conocer el territorio.

Empecé por el barrio judío porque *a priori* era el que menos me interesaba. La religión y yo nunca habíamos hecho buenas migas y no pretendía cambiar mis costumbres de repente. A pesar de mi nula predisposición, encontré un par de lugares interesantes para esconderme y algunas calles con poco movimiento que, en caso de necesidad, podría usar como ruta de escape.

Continué hacia Little Italy y la ropa, que colgaba de las aberturas de los edificios, en las fachadas y en los patios interiores, me dio la bienvenida al

barrio. Después, el ritmo frenético que se vivía en sus calles me hizo pensar en lo bueno que era el barrio para pasar desapercibido pero, al mismo tiempo, también acepté que, en su caos, mis perseguidores podrían moverse sin destacar.

Desde luego, en la pequeña Italia, demasiados factores externos podían alterar mi necesidad de control.

Decidido, accedí a Chinatown y tuve la sensación de haber abandonado el continente. Mirara donde mirara veía caras asiáticas, oía hablar en un idioma desconocido y los carteles de los comercios estaban llenos de caracteres que solo había visto en los paquetes de té.

Sus balcones labrados y sus techos de pagoda destacaban en su arquitectura, las tiendas de comestibles –especialmente las pescaderías– ofrecían productos que no había visto nunca y la ropa de las personas con las que me cruzaba parecían sacadas de una obra de teatro.

Era evidente que eran una comunidad poco acostumbrada a gente no asiática y, sin embargo, el silencio que se vivía en sus calles –comparable por su pesadez al de una iglesia– me acercó a mis primeras noches en el columpio, a aquellos momentos de paz.

Dos horas después, había decidido que era el lugar idóneo para mis planes. Ni un coche de policía y muy poca presencia de occidentales me permitían tener la situación bajo control. Además, era improbable que nadie me buscara allí.

Por si fuera poco, el azar me dio un respiro y, en una calle interior, poco transitada, había un restaurante con un cartel bilingüe que decía The Lucky Dragon. En su escaparate, en letras que parecían escritas por un niño, leí: 它寻求工作人员 – Se busca personal.

Entré sin pensármelo.

El restaurante no era demasiado grande y su decoración parecía vieja. Los motivos chinos abundaban en las mesas y también en los marcos de los cuadros. Además, la estampa de un gran dragón rojo reinaba sobre la pared de la izquierda. Los muebles, los cubiertos, los manteles y las servilletas estaban gastados por el uso y supuse que llevaban tiempo funcionando sin renovar casi nada. Desde luego, no parecía que tuvieran mucho trabajo, pero no pensaba desperdiciar la oportunidad.

Entré, descolgué el anuncio de la ventana y lo llevé a la mesa donde estaban comiendo dos hombres y una mujer asiáticos, vestidos con uniformes de

trabajo.

El hombre más joven, que debía rondar la treintena, se levantó inmediatamente y empezó a echarme a empujones mientras me gritaba en chino. Era un hombre blando, fofo y no demasiado alto, poco acostumbrado a usar su físico, una presa fácil si me decidía a devolver su ataque.

Evidentemente, contuve mis ganas de defenderme mientras pensaba en lo vulnerable que era sin mi discurso. Desprovisto de la palabra, solo podía solucionar el asunto con hechos. Con esa idea en mente, empujé al hombre para ganar espacio y corrí hasta la cocina, al fondo del local. Allí, cogí un cuchillo y me acerqué a una gran pieza de ternera que estaba preparada para trabajar.

Entonces, el hombre joven llegó a mi altura e intentó interponerse pero el otro hombre lo detuvo y supe que era a él a quien debía convencer. Era mucho más alto que el primero, pero también más delgado, con el pelo cano y la cara llena de arrugas. Desde luego, parecía mucho mayor de lo que debía ser y lo achaqué a una vida de trabajo duro, justo lo contrario que el primero, que luego supe que era su hermano.

Corté la pieza, lavé el cuchillo y lo devolví a su lugar.

Volví a coger el anuncio y me planté delante del segundo hombre, ignorando al primero.

Le alargué el cartel y me hizo una pequeña reverencia. Al mismo tiempo, el primer hombre empezó a gritar en chino.

Los dos se marcharon discutiendo y me quedé a solas con la mujer. Debía tener más de treinta años, pero parecía más joven. Tenía una belleza extraña, que destacaba, y el brillo de su pelo negro parecía inundar la sala de una aura especial. Su figura emanaba una calma total y, desde luego, no parecía encajar con los dos hombres que estaban con ella ni con el aspecto del restaurante.

La mujer me sonrió, me cogió del brazo y me acompañó a una habitación con un colchón encima de unas cajas de cartón que hacían las veces de somier.

Me señaló el interior, pronunció la primera palabra en inglés que había oído en aquel lugar: *Tuyo* y me limité a asentir porque supe que la palabra era un oasis y que, aunque le contestara, no me iba a comprender.

La solución que el azar me había dado era mejor de lo que había previsto porque vivir en el lugar de trabajo era ideal. Además, me parecía interesante estar donde nadie esperaba que socializara: podría preocuparme de mis asuntos y los demás lo harían de los suyos.

Evidentemente, las cosas no saldrían como estaban planeadas, pero por el

momento estaba satisfecho con el giro de los acontecimientos.

Unos minutos después, cuando fui a buscar mi baúl, los tres volvían a estar sentados en la misma mesa, imperturbables, como si nada hubiera sucedido. Abandoné el restaurante y ni siquiera me miraron.

Volví a The Lucky Dragon cuando ya había abierto. Solo había dos clientes, pero fui directamente a mi habitación, dejé el baúl y me dirigí a la cocina.

Allí descubrí que el hombre que había intentado echarme era el cocinero. Me señaló un pliegue de ropa y lo cogí. Era mi uniforme, que me enfundé dispuesto a trabajar hasta que el hombre, enfadado, me echó de la cocina.

Supuse que empezaría al día siguiente así que fui a mi habitación para instalarme y probé mi nuevo somier de cajas de cartón.

Era aún más incómodo de lo que parecía y me levanté para poner el colchón en el suelo. Justo entonces, llamaron a la puerta y abrí sin decir nada porque no esperaba que nadie me entendiera.

Me sorprendió un niño chino de no más de siete años.

‘Hola,’ me dijo con voz clara en un inglés perfecto. ‘Mi padre me ha dicho que eres el nuevo ayudante de cocina. Me envía para explicarte cuál será tu trabajo.’

‘Encantado. Me llamo James.’

‘Yo soy Jia-Bang. Mis padres son los señores Chang. Y el cocinero se llama Li Chang, es mi tío.’

‘Hablas muy bien el inglés.’

‘He nacido aquí,’ me dijo con toda normalidad.

‘Me alegro de tener a alguien con quien poder hablar.’

‘Y yo. Ahora te explicaré cuánto vas a cobrar y cuáles serán tus funciones,’ y empezó a hacerlo. Y mientras me explicaba todo lo que necesitaba saber, no podía dejar de pensar lo extraño de la situación, casi como si mi jefe, la persona que me contratara, fuera un niño de siete años.

‘¿Tienes alguna pregunta más? Si se te ocurre algo me lo puedes preguntar. Mañana es sábado y me paso todo el día en el restaurante, mayoritariamente haciendo los trabajos escolares.’

‘Solo tengo una pregunta: tú escribiste el cartel que me trajo aquí, ¿verdad?’

‘Sí,’ no pudo resistir la curiosidad ‘¿Por?’

‘Gracias por hacerlo en inglés. De no ser así, nunca habría encontrado este trabajo.’

Jia-Bang se fue y volví a mi tarea de buscar la mayor comodidad para dormir. Puse el colchón en el suelo, que cabía justo en el espacio sin cajas y me estiré en él.

Desde luego, era una mejora.

Miré hacia un lado y por primera vez me pregunté qué debían contener las cajas. Cuando lo comprobé, me quedé sorprendido: las ocho cajas que usaban de soporte para la cama estaban repletas de libros.

Supuse que la razón por la que estaban guardados era que estaban escritos en inglés. No importaba. Cogí el primer libro que vi y me senté a leerlo sin más. Quería aumentar mi conocimiento sobre el mundo y aún pensaba que la realidad yacía en páginas impresas. Allí había novelas, pero también libros de historia, filosofía y sociología; y supe que iba a leerlos todos.

De hecho, así fue como pasé mi primera noche en The Lucky Dragon, leyendo hasta que se me cerraron los ojos, sin nada más en mi cabeza que las palabras impresas y el recuerdo de Eva.

22

Mi trabajo en The Lucky Dragon resultó sencillo. Li Chang me daba productos –principalmente verduras y nunca carne– para que los cortara y preparara para su cocción. Me costó adaptarme a los distintos tipos de corte pero, con el poco trabajo que teníamos, tuve tiempo para practicar y poner mi corte de verduras a un nivel aceptable.

En aquellos primeros días descubrí que la tensión entre los Chang se originaba porque el señor Chang no estaba contento con el trabajo de cocinero de su hermano. Con lo poco que sabía de cocina oriental, no tenía una opinión clara al respecto, pero sí observé que Li Chang vendía la apariencia de un control que no poseía.

Durante aquellos días, a pesar de mis intentos por pasar desapercibido, Li Chang descargaba toda la frustración que le generaban las broncas de su hermano hacia mí, dificultándome el trabajo a posta. Me decía que hiciera una cosa de una forma y después cambiaba de opinión, me enseñaba un corte para reñirme cuando lo hacía; cosas de ese estilo. Buscaba una excusa para echarme, pero no se la di. Sin mis sentimientos, fue sencillo ignorarlo y, además, comparado con el señor Slater, sus ataques no parecían más que pataletas infantiles.

En mi nueva rutina, cada día después de clase, Jia-Bang me visitaba y hablábamos de las materias escolares. Me planteaba sus dudas y le respondía lo mejor que sabía. Jia-Bang me admiraba, estaba claro, pero a mí solo me interesaba poder comunicarme con alguien para ahuyentar mi soledad porque aquellas conversaciones se convirtieron rápidamente en mi único contacto con el mundo real.

En aquellos primeros días también establecí un sistema para mantener saciado a mi vacío. Salía del barrio en busca de alguien que fuera escoria y lo mataba, sin torturas ni experimentos, como requería mi necesidad de no llamar la atención.

Así pues, después de tres días en The Lucky Dragon, decidí que ya era hora de acabar con mi primera víctima. Volví al hotelucho del Lower East Side y eliminé al recepcionista. Simplemente entré y le corté el cuello. Limpié el cuchillo en su camisa y volví al restaurante dando un paseo.

El primer sábado completo que pasé en The Lucky Dragon, Jia-Bang

irrumpió en mi habitación y descubrí que había factores externos que podían afectar severamente mi situación.

‘Espero que no te importe, James. Siempre me escondo aquí los sábados.’ Me limité a asentir y me dirigí a la puerta. ‘No salgas, no es un buen momento.’

Escuché gritos, un gran estruendo y salí a ver qué sucedía.

El señor Chang estaba en el suelo, derrotado, y su esposa lloraba de forma extraña, sentada en la misma mesa en que la había visto por primera vez. El origen del ruido parecía ser la rotura de un gran jarrón en el comedor. Además, todo el local estaba revuelto y las sillas, por los suelos.

Sin embargo, los causantes de la situación ya se habían ido. Empecé a ordenar hasta que Li Chang apareció para acompañarme a mi habitación a empujones. No opuse resistencia porque entendí que lo sucedido debía tratarse en familia y yo continuaba siendo un extraño.

En mi habitación, Jia-Bang, con los ojos llorosos, se lanzó hacia mí para abrazarme.

‘Suerte que estás con nosotros, ahora las cosas serán diferentes.’

No entendí el porqué del comentario y simplemente le devolví el abrazo.

Unos minutos después, cuando Jia-Bang se calmó lo suficiente, pude preguntarle qué había sucedido:

‘Lleva pasando lo mismo desde hace meses. Unos hombres vienen cada sábado por la mañana y nos piden dinero para protección...’

‘¿Protección de qué?’

‘De nada. Son Tong, delincuentes. Ellos mismos generan el peligro.’

‘O sea que simplemente se les paga para que no te destruyan el lugar.’

‘Exacto,’ paró un momento para recuperar el aliento y se secó las lágrimas. ‘Mi padre siempre les ha pagado, pero ahora, con tan pocos clientes y con tu sueldo...’

‘¿Mi estancia aquí está provocando esto?’

Hizo que no con la cabeza.

‘Antes de que llegaras ya no teníamos dinero para pagarles. Y cada vez piden más. Si no aumentan los clientes mi padre lo perderá todo. Ellos creen que no lo sé, pero los niños nos enteramos de todo.’

‘Es cierto, absolutamente cierto.’

‘Pero ahora que has llegado, todo irá a mejor. Mi padre dice que eres el mejor cortador de carne que ha visto. Cada día se pelea con Li para que te deje cortar a ti la carne...’

‘Pero Li Chang no quiere...’, dije casi para mí mismo, entendiendo mucho de los últimos días.

‘Es un orgulloso. Echó al antiguo cocinero hace seis meses creyendo que lo sabía todo. Pero no sabe nada. Es un tont–’

‘Debes mostrar respeto por las personas aunque no se lo merezcan. Nunca debes ponerte a su altura, ¿lo entiendes?’

‘Sí. Lo siento.’

‘No pasa nada,’ adopté un tono conciliador. ‘Estamos aprendiendo, ¿verdad?’

Jia-Bang asintió.

‘Ahora, cuéntame algo más sobre los Tong...’

‘Son parte de la mafia china. Hay varias facciones y la que se encarga de nosotros es la del Dragón Rojo.’

‘¿Y qué pasaría si alguien eliminara a los matones?’

‘Hay subgrupos dentro de los dragones rojos. Simplemente vendrían otros...’

Asentí y nos pasamos un buen rato hablando del funcionamiento de los Tong que, sin duda, operaban como una organización criminal.

Antes de irse, Jia-Bang volvió a abrazarme pero en aquella ocasión fue de felicidad. Estaba contento porque seguía creyendo que mi simple presencia lo mejoraba todo.

En aquel momento me di cuenta de que, si los clientes no aumentaban, no podrían pagarme y mi situación volvería a ser una incógnita. No podía permitirlo. Y menos con los Tong de por medio.

Mi primer paso sería mejorar la comida. Empecé a levantarme a las cinco de la mañana para cortar la carne –mucho mejor de lo que Li Chang era capaz– porque sabía que con lo perezoso que era el cocinero, no se quejaría de que alguien le hubiera hecho la mitad del trabajo.

Los resultados no tardaron en llegar porque los pocos clientes de aquella semana elogiaron la calidad de la carne y, con el boca a boca, la tercera noche en que servimos mis cortes, se llenaron la mitad de las mesas.

Además, aquella semana se celebraba el Año Nuevo chino y la gente entraba y salía del restaurante a todas horas. El señor Chang parecía haber recuperado algo de buen humor y todo iba mejor.

Durante las fiestas de celebración del Año Nuevo chino, me quedé en el fondo de la cocina, trabajando, porque había demasiado descontrol en las

calles para arriesgarme a que alguien me reconociera.

Sin embargo, la festividad marcó el inicio de la recuperación y Li Chang mutó en un pavo real. Creía que el éxito era gracias a él y, con cada servicio, se inflaba más, orgulloso. De hecho, cuando los Tong se presentaron el sábado siguiente para cobrar, Li Chang estuvo allí por primera vez en meses.

‘Mi tío siempre encontraba alguna excusa para no ver a los Tong, pero ahora está en primera fila.’

‘No te preocupes. Un hombre que solo es valiente cuando el éxito le acompaña es el más cobarde de todos.’

No estaba dispuesto a que Li Chang continuará aprovechándose del trabajo ajeno para hacerse el importante, así que el domingo por la mañana llamé a toda la familia y, con Jia-Bang traduciendo, les expliqué la realidad sobre la carne y mis intenciones de mejorar el restaurante.

Mientras lo hacía, la expresión del señor Chang se ensombreció y, cuando terminé, simplemente se marchó, haciendo que no con la cabeza.

Miré a Jia-Bang en busca de una explicación.

‘No te preocupes. Mi padre necesita tiempo para procesar lo que le has dicho. Tenía la esperanza de que su hermano hubiera cambiado y le acabas de demostrar que no es así.’

El mismo día, después del servicio de comidas, el señor Chang reunió a todos los adultos y se dirigió a nosotros. No entendía las palabras, pero sabía que estaba hablando de la situación.

Unos minutos después, Li Chang explotó con rabia y le tiró el delantal a su hermano en la cara, marchándose. El señor Chang se me acercó, tranquilo, y me cedió el mandil.

El resultado de mi plan fue una sorpresa mayúscula porque en ningún momento me había planteado convertirme en el cocinero, pero ahí estaba, con el delantal en la mano.

La señora Chang se fue a buscar a Jia-Bang, que me tradujo las palabras de su padre.

‘A partir de ahora tú mandarás en la cocina. No debes preocuparte porque mi esposa te enseñará todo lo que necesitas saber.’

Mientras la señora Chang se preparaba para enseñarme a cocinar, Jia-Bang me dijo:

‘No te preocupes, James. Mi madre es la mejor. Intentó enseñar a mi tío, pero no quiso aprender. Hará de ti un buen cocinero.’

‘Si tu madre es tan buena, ¿por qué no hace ella de cocinera?’

‘Una mujer no puede ser cocinera, tiene que encargarse de sus hijos y de su casa,’ se lo pensó un instante. ‘Eso es lo que dice mi padre.’

Al ver a la señora Chang en la cocina, intentando enseñarme las recetas que tendría que preparar aquella misma noche, me di cuenta de que debía concentrarme al máximo para aprender lo mínimo imprescindible y, de hecho, durante el turno, a pesar de mi esfuerzo y la ayuda de la señora Chang, me vi perdido. La comida salía a ráfagas y con fallos; pero los clientes parecían contentos.

Terminé el servicio agotado mentalmente y me fui directamente a dormir.

La mañana siguiente volvió Li Chang, que aceptó ser mi ayudante. Con su presencia, la señora Chang se dedicó a enseñarme sin tener que preocuparse tanto por el servicio y supe que, con su ayuda, podría aprender.

Sin embargo, por la tarde Jia-Bang me informó de que aquella misma noche su madre ya no me ayudaría. No entendía por qué el señor Chang no permitía a su mujer estar en la cocina o, como mínimo, que siguiera enseñándome, pero debía respetar su decisión y dar un paso adelante.

Lentamente, pasé de sobrevivir a dominar los tiempos de la cocina. No era tan bueno como la señora Chang, pero me apañaba. Además, según me dijo Jia-Bang, *The Lucky Dragon se ha convertido en el restaurante de moda*, así que algo estaría haciendo bien.

Cada día llenábamos los turnos –sobre todo de estudiantes jóvenes que habían descubierto un restaurante bueno, barato y en una zona exótica– y el dinero llegaba a los Tong puntualmente. Me extrañó que nuestra clientela fuera occidental, pero supuse que para ellos adentrarse en el barrio debía ser una aventura, casi como cuando, a principios de siglo, Chuck Connor, el *alcalde* blanco de Chinatown ofrecía visitas guiadas –para la gente pudiente– a los fumaderos de opio y al barrio.

Durante dos meses plácidos, con escapadas puntuales a Little Italy y al barrio judío para saciar mi vacío, todo se mantuvo igual. De hecho, fue Jia-Bang quien rompió la rutina, entrando en mi habitación con la cara iluminada por una gran sonrisa. Sin saberlo, lo que estaba a punto de anunciarme iba a sacudir mi situación en *The Lucky Dragon* de la forma más insospechada.

‘¡James! ¡Ahora que tenemos dinero mis padres han decidido traer a mi

abuelo de China! ¡Llegará a finales de este mismo mes!

Por una vez, parecía haber hecho feliz a alguien.

‘Me alegro, Jia-Bang,’ le dije a pesar de no sentir nada.

Jia-Bang se fue saltando y volví a quedarme solo.

La aparente tranquilidad que vivía cambió radicalmente el domingo antes de la llegada del abuelo Chang.

En plena noche, me despertó un gran estruendo proveniente del restaurante y me levanté para descubrir a tres hombres destruyendo el local.

Estaba paralizado: si atacaba a los hombres me arriesgaba a meterme en algo que no entendía; y, si no lo hacía, destrozarían mi *modus vivendi*.

Como no creía que los Tong tuvieran razones para atacarnos, decidí actuar con cautela. Volví a mi habitación, me vestí y seguí a los tres hombres cuando salieron.

En la calle, se quitaron las máscaras sin ningún pudor y entraron en un bar cercano. A cara descubierta, los reconocí como Tong pero seguía sin entender por qué habían atacado a un restaurante bajo su protección pero aún me sorprendió más ver que Li Chang se reunía con ellos.

Necesitaba más datos, así que esperé que el primer Tong abandonara el bar y lo seguí hasta su casa, un apartamento de una habitación en la zona más vieja del barrio chino.

Esperé unos minutos y me colé en la vivienda. Lo reduje y lo até a una silla mientras estaba inconsciente.

El Tong despertó y no entendió demasiado bien su situación así que, para aclarársela, le corté el dedo índice de la mano derecha con un cuchillo que había encontrado en la casa.

Cuando se dio cuenta de lo que iba a suceder, me contó que los Tong querían el restaurante para sus fines, para montar un local de juego clandestino y que el señor Chang no estaba dispuesto. Era evidente que el otro hermano Chang sí estaba de acuerdo. *Con el dinero que le hemos ofrecido, no me extraña que nos ayude, la verdad. Además, desde que no es el cocinero, está más receptivo que nunca.* Me resultó evidente que todo aquello sucedía por mi culpa o sea que me propuse arreglarlo.

Torturé al Tong hasta que me dio las direcciones de todos los matones involucrados en The Lucky Dragon. Solo eran cuatro, pero pensaba utilizar la lista para saciar mi vacío y, de paso, ser más activo en la defensa de mis intereses en el restaurante. No se trataba de acabar con los Tong como

organización sino de distanciar el restaurante de sus intereses por el momento.

Acabé con la vida del Tong y puse su cuerpo en la bañera, sabiendo que nadie relacionaría su muerte conmigo ni con el restaurante.

Volví a The Lucky Dragon y subí a despertar al señor Chang para que viera lo que había sucedido en la sala. Cuando abrió la puerta, lo cogí de la mano y lo acompañé. Su esposa nos siguió y, cuando vieron lo sucedido, los dos se quedaron inmóviles, impávidos, hasta que el señor Chang se echó a llorar.

A pesar de ser un día escolar, cuando Jia-Bang se despertó, se nos unió para las reparaciones. Los vecinos y los dueños de los demás negocios de la calle miraban extrañados lo que había sucedido sin entenderlo. Visto desde fuera debía ser como si un terremoto hubiera asolado The Lucky Dragon sin afectar al resto del mundo.

Pasamos toda la mañana intentando recomponer el lugar, arreglando sillas y alisando paredes hasta que el señor Chang nos hizo parar y se dirigió a nosotros.

‘No queda esperanza,’ Jia-Bang traducía sus palabras. ‘Con el dinero que gastamos en traer al abuelo Chang y el que dimos de atrasos a la mafia Tong no nos queda nada. Esta aventura ha terminado. Tendremos que aceptar la oferta de los Tong y vender el restaurante. Después ya veremos...’

Quería intervenir, solucionar el problema, pero no sabía cómo. En el pasado siempre había buscado soluciones desde la destrucción y la situación requería algo completamente distinto.

‘Lo siento, James, pero tendrás que dejarnos,’ Jia-Bang continuaba traduciendo entre lágrimas. ‘Ya no te podemos pagar. Tendrás que irte esta noche.’

El señor Chang se fue al piso de arriba para desahogarse y conservar algo de dignidad delante de su hijo y, justo entonces, sucedió lo inesperado: un grupo de veinte personas entraron al restaurante armados con herramientas, pintura, escaleras y comida.

Los vecinos se habían reunido para ayudarnos.

‘Jia-Bang, corre, ve a buscar a tu padre,’ grité al pequeño y, cuando el señor Chang bajó las escaleras y vio todas aquellas personas trabajando en su beneficio, se olvidó de su dignidad y estalló en lágrimas.

Después, agradeció uno por uno la ayuda y se unió al grupo con una sonrisa.

Unas horas después, Jia-Bang se me acercó y me dio las gracias. Seguía convencido de que mi aparición lo mejoraba todo. Probablemente si aún

hubiera sentido algo me habría conmovido su gesto, pero simplemente continué tratando de reparar la silla que tenía en el suelo, a mis pies, sin sentir nada más que la madera entre mis manos.

23

Veinticuatro horas de intenso trabajo después, el restaurante estaba preparado para un nuevo servicio. Con todo el trabajo, The Lucky Dragon parecía haber recuperado un resplandor que antes solo se intuía bajo el polvo y la dejadez de los tiempos de crisis. Desde luego, era el momento perfecto para un nuevo inicio, así que llamé a Jia-Bang para poder dirigirme a su padre:

‘Lo siento, señor Chang, pero ya no puedo ser su cocinero, tendrá que usar a alguien mejor. Me quedaré para ayudarlo, pero solo como segundo.’

‘¿Y dónde encontraré en tan poco tiempo un cocinero?’

‘No tendrá que encontrarlo, yo lo he hecho por usted,’ me quité el delantal y se lo cedí simbólicamente a la señora Chang.

Ante aquel gesto, el señor Chang necesitó unos minutos a solas con su esposa para decidirse pero, finalmente, aceptó los cambios. A partir de entonces, la señora Chang ocupó su lugar legítimo como nueva jefa de cocina, yo me convertí en su aprendiz y Li Chang fue degradado a friegaplatos.

Aquella primera noche, el señor Chang invitó a todos los vecinos a cenar y su esposa y yo fuimos a la cocina para prepararlo todo. Me dio las *gracias* en inglés y, sin saber por qué, mirándola a los ojos, me pareció que escondía algo que aún no había logrado descifrar.

En aquel servicio de cenas descubrí una forma completamente nueva de trabajar, con una intensidad alta pero sin la presión a la que estaba acostumbrado. Desde luego, estaba cómodo con cómo había terminado todo.

Mi vacío continuaba en calma, pero cuando acabó el servicio para los vecinos me dirigí a la primera dirección de mi lista de Tong. Pretendía acabar con los cuatro nombres rápidamente para no darles la oportunidad de volver a destrozarse el restaurante.

Si todo iba según mi plan, antes del siguiente día de cobro estarían todos muertos. Después ya veríamos hasta qué punto los demás dragones rojos estaban interesados en el restaurante.

El primer apartamento de mi lista estaba en una zona acomodada del barrio, en el segundo piso de un edificio con otro restaurante, el 金色的宝塔 –que no sabía lo que significaba–, que estaba lleno de comensales asiáticos. Si The Lucky Dragon tenía una clientela de estudiantes occidentales jóvenes, aquel

local parecía dedicarse a los asiáticos que residían en el barrio.

Subí por la escalera de incendios hasta el apartamento del Tong y entré por una ventana abierta. Oí voces y, por un instante, me mantuve a la expectativa.

Unos segundos después, convencido de que la segunda voz pertenecía a la pareja del matón, entré sin más. Al verme, el Tong se lanzó hacia mí con una furia ciega que me permitió, simplemente apartándome de su camino, que se golpeará contra la pared y quedara inconsciente.

Reduje a la mujer y los ató a los dos con la intención de descubrir cómo reaccionaban. Fui a la cocina a por un cuchillo que me sirviera para encargarme de ellos y me acerqué a la mujer. Entonces, el Tong empezó a gritarme que la dejara y a amenazarme. Yo simplemente lo miré desafiante y empecé a cortar el pie a la mujer.

El cuchillo no estaba demasiado afilado y, a pesar de ser un experto, me costó más de media hora alcanzar el hueso. Durante todo el proceso, el Tong no paró de proferir amenazas que ignoré. Mezclaba el inglés y el chino para insultarme, incansable.

Me levanté y, cuando volví con una sierra oxidada para cortar el hueso, con la mujer pálida por la pérdida de sangre, cambió los insultos por la desesperación y cambió de táctica. Todo aquello me resultaba interesante porque pensé cómo reaccionarían mis sentimientos si fuera Eva la que estuviera a punto de perder un pie. Todo aquello debía servirme como punto de referencia.

‘¡Por favor! Te diré lo que quieras, por favor,’ me pidió el Tong llorando.

‘No hay nada que me puedas decir que me interese.’

‘Te diré quiénes son los máximos responsables de los dragones rojos y dónde viven.’

Me incorporé con toda la calma del mundo, con la cara llena de sangre, y saqué sin prisa el trozo de papel donde tenía apuntados los nombres y las direcciones de los Tong. Añadí los dos nombres que me dio con sus respectivas direcciones, pensando si les daría uso, y me lo volví a guardar en el bolsillo.

Me giré y degollé a la mujer. El chorro arterial fue a parar a la boca del Tong, que asumió que no tenía salida y retomó los insultos.

‘¡Nooooo! ¡Hijo de puta! ¡Te lo he dicho todo!’

‘Ya te he dicho que no quería nada de ti. Me has dado la información porque has querido,’ dejé que se empapara en la sangre de su pareja. ‘Supongo que la esperanza es la primera enemiga del raciocinio.’

Estaba cansado y no quería alargar demasiado la situación, así que lo degollé, me limpié la sangre y volví dando un paseo a The Lucky Dragon.

El día siguiente abrimos el restaurante al público en general y llenamos los dos servicios. Parecía que la suerte no se acabaría nunca hasta que, aquella noche, Jia-Bang se presentó en mi habitación y frustró mis planes de salir a continuar con mi lista.

‘¿James?’, abrí la puerta. ‘No puedo dormir.’

‘¿Qué te pasa?’

‘Mañana llega mi abuelo de China.’

‘Estás nervioso, es normal. No pasa nada, te puedes quedar aquí esta noche si quieres.’

‘Gracias.’

Se durmió encima de mí y, a pesar de que intenté escabullirme, Jia-Bang tenía el sueño ligero y terminé desistiendo porque no quería levantar sospechas.

La mañana siguiente recibí otra lección del universo que me recordó lo perdido que aún estaba en el mundo real. Me había convencido de que el abuelo sería un hombre menudo que caminaba con pasos cortos, alguien en su ocaso dispuesto a pasar sus últimos años con su familia, así que mi sorpresa fue mayúscula cuando lo conocí.

Debía tener unos sesenta años, pero era alto y robusto. Su tez era mucho más morena de lo que habría imaginado posible en un asiático, desprendía una vitalidad increíble y se movía a una velocidad que no se correspondía con su edad.

Además, no vestía la típica túnica que solían llevar los Chang en las raras ocasiones en las que no llevaban uniforme de trabajo sino que vestía un traje completamente occidental.

Toda la familia estaba emocionada con su llegada menos Li. Era como si el abuelo le molestara, como si ver a su padre interfiriera de alguna forma negativa en su vida.

La segunda sorpresa fue cuando el abuelo se dirigió a mí:

‘Mi nieto me dice que le debo mi reencuentro con mis hijos a usted, joven,’ su inglés era impecable y su voz, aterciopelada. ‘Soy Huang, el abuelo de Jia-Bang. No se sorprenda tanto. Viví la mayoría de mi niñez en Londres, hasta que mis padres volvieron a China. De hecho, es culpa mía que mis hijos no

hablen el idioma. Un error de juventud. La verdad es que no quería que se fueran de mi lado, ni que dejaran China... Supongo que es comprensible...’, por un momento, un atisbo de algo más. ‘Pero ahora estoy encantado de que mi nieto aprenda este idioma,’ dijo recuperando un tono más alegre.

‘Un placer,’ alargué la mano y me dio un apretón enérgico y seguro.

Después del servicio de comidas, con la excusa de dar privacidad a la familia, aproveché para ir a por el siguiente nombre en mi lista. Quería recuperar el tiempo perdido la noche anterior porque nunca me había gustado posponer mis planes.

Llamé a la puerta del siguiente apartamento de mi lista pero nadie contestó. Justo cuando había decidido marcharme, llegaron dos Tong y, desde luego, no pensaba dejar pasar la oportunidad.

‘Mira, si es el hombre del restaurante.’

‘Vamos a ver qué quiere.’

Comprobé que estábamos solos y le clavé el cuchillo en el corazón al primero. El segundo reaccionó más rápido de lo que había calculado y me atacó, pero le hice un corte profundo en la mano y, mientras maldecía, le di una patada en los genitales.

Se arrodilló de dolor, gritando, aproveché para arrancar el cuchillo del torso de su compañero y, rápidamente, corté su voz, degollándolo.

Dejé los cuerpos en la escalera y salí del edificio.

Había recuperado el tiempo perdido, pero decidí acabar con la lista aquella misma noche. Solo me faltaba un matón antes de llegar a los cabecillas y quería aprovechar mi buena racha.

Después del servicio de cenas me retiré a leer y esperé a que se apagaran las risas del comedor –donde los Chang celebraban la llegada del abuelo– para salir.

Con la espera, llegué a la última dirección casi a medianoche y tuve que forzar el paño a oscuras.

Al entrar, de repente, al final del largo pasillo de entrada, se encendió una luz y, sentado en un sillón, mi objetivo me apuntaba con un rifle. Ni siquiera se me había ocurrido que aquel matón fuera suficientemente inteligente como para entender lo que estaba sucediendo en tan pocas horas. Un error que podía resultar fatal.

Dejé que mis instintos tomaran el control y corrí hacia él con el cuchillo en

la mano.

Disparó dos veces.

La primera bala falló, pero la segunda me dio en el hombro del brazo que sujetaba el cuchillo. Noté la bala desgarrándome por dentro y descubrí que ser disparado no era cómo en las novelas. En ellas, no se explica que puedes notar la bala moviéndose en tu interior, quemándote la carne.

A pesar del disparo, con la inercia de mi carrera, caí encima del matón, desarmándolo. Intenté asfixiarlo pero el dolor no me lo permitió.

Se levantó del sillón y caí al suelo mientras el Tong me daba patadas. Bajé la mirada para protegerme la cabeza, vi el rifle y lo usé para desestabilizar a mi atacante.

Cuando cayó, lo golpeé con la culata en la cabeza, que se abrió como un melón.

Salí corriendo porque se oían sirenas de policía, atraídas sin duda por los disparos.

Me tapé la cara con la chaqueta para que nadie me conociera y corrí como no había hecho desde mi juventud en Austin, cuando necesitaba controlar mi rabia.

Llegué a The Lucky Dragon y me encontré a Huang Chang, en medio del comedor, sentado en el suelo. Levantó la mirada con cara inexpresiva y me puse en guardia porque no sabía qué esperar.

‘No te preocupes. Si te debemos la mitad de lo que mi nieto cree, no debes preocuparte de mí,’ se levantó lentamente. ‘Deja que te mire esa herida.’

Le confié mi vida y mi futuro. Sin más opciones a parte de matarlo, decidí darle un voto de confianza.

‘No debes preocuparte, James, la bala te ha atravesado. Te vendaré y te curaré,’ se dirigió a la cocina a buscar la caja de medicinas.

‘¿No siente curiosidad por saber qué ha pasado?’

‘Eres joven, eso es lo que ha pasado. Has cometido algún error, te has metido con alguien que no debías. ¿Qué importa? Todos hemos sido jóvenes y cometido errores.’

‘Gracias.’

‘Deberíamos ser nosotros los que te demos las gracias,’ empezó a curarme y aproveché para lograr algo de información.

‘¿Puedo preguntarle una cosa?’, asintió sonriendo. ‘¿Qué hacía a estas horas en medio del comedor?’

‘Un hombre de mi edad debe dedicar tiempo a mantener su cuerpo. Simplemente estaba recuperando el tiempo perdido en el viaje. Realizaba mis ejercicios de tonificación, de meditación...’, me miró de arriba a abajo. ‘Si quieres, eres bienvenido a unirme a mí. Puedo ver que tú también tienes un cuerpo ejercitado.’

‘Me gusta mantenerme en forma. Aunque con los horarios del restaurante no tengo demasiadas oportunidades.’

‘A los noctámbulos siempre nos queda la noche, ¿no crees?’ Asentí. ‘Pues mañana por la noche nos ejercitaremos juntos,’ terminó de curarme la herida y de vendarme el hombro. ‘Ya está, listo. Vigila con los esfuerzos durante unos días.’

‘Lo haré. Gracias de nuevo.’

‘Antes de irte, déjame que te explique algo.’

‘Claro.’

Lo que siguió fue un poco extraño y no acabé de comprenderlo del todo pero, con el tiempo, aprendí que la filosofía del abuelo tenía su propia lógica y que formaba parte de su encanto.

‘Quiero contarte una leyenda japonesa. Creo que es pertinente en tu caso,’ y comenzó sin más. ‘Un día, en la antigüedad, mientras un anciano y su mujer estaban en el jardín, vieron que su perro se ponía muy nervioso y comenzaba a olfatear un lugar concreto. La vieja pareja, creyendo que su mascota había detectado algo bueno para comer, cogió una azada y comenzó a cavar. Para su sorpresa, lo que encontraron fueron monedas de oro y plata y otros muchos tesoros valiosos. La anciana pareja no perdió el tiempo en distribuir su recién adquirida riqueza entre los pobres.’

‘Cuando los vecinos de la casa contigua supieron de la buena fortuna que el perro había traído a los ancianos, se llevaron al perro a la fuerza y le ofrecieron todo tipo de manjares con la esperanza de que el animal les recompensara de algún modo. Pero el perro, que en el pasado había sido maltratado por aquellos que entonces lo trataban con delicadeza, se negó a comer. Finalmente, los vecinos lo arrastraron al jardín y el perro comenzó a olfatear. Allí donde señaló, los avaros vecinos comenzaron a cavar. Pero no desenterraron ningún tesoro. Los vecinos, enfadados y decepcionados, mataron al perro y lo enterraron bajo un pino,’ la voz del abuelo era hipnótica y cuanto más la escuchaba menos me importaba la realidad. ‘El buen anciano imaginó lo que le había sucedido a su amado y leal perro y descubrió el lugar donde lo habían enterrado. Fue bajo el pino, depositó unas flores y lloró sobre su

tumba. Aquella misma noche el espíritu del perro se apareció ante su amo y le dijo: *Corta el árbol bajo el que estoy enterrado y de su madera fabrica un mortero. Cuando lo uses piensa en mí.* El anciano siguió las instrucciones del perro y comprobó que cuando molía arroz en el mortero, cada grano se transformaba en una piedra preciosa,’ cambió de tono. ‘La historia continúa, pero supongo que ya puede hacerte una idea de por donde va...’

‘La verdad es que no entiendo por qué me explica esto...’, dije honestamente.

‘En cuanto te he visto esta mañana me ha dado la impresión de que andas buscando algo. Según mi experiencia –y de eso va esta historia– quién busca algo con insistencia, nunca lo encuentra. Quien lo rehuye, es encontrado.’

Asentí mientras pensaba en la facilidad que aparentemente tenía el abuelo Huang para leer mis ideas y en que tendría que vigilarlo porque no parecía la típica persona fácil de manipular.

‘La historia es interesante,’ dije con sinceridad.

‘Si quieres te dejo el libro del que procede. Lo he traído conmigo.’

Subió a su habitación y volvió con una copia de *Mitos y leyendas de Japón*. El autor era F. Hadland Davis y el volumen parecía más que releído.

‘Pensaba que venían de china, abuelo.’

‘Lo hacemos. Pero un hombre como yo coge referencias donde puede. Japón es un lugar muy interesante.’

Asentí, le di las gracias y me fui a mi habitación con el libro.

‘Por favor, no lo extravíes. Me costó mucho encontrarlo.’

Asentí por última vez y pensé por dónde iría mi relación con el abuelo Huang. No lo podía adivinar, pero debía aceptar que el abuelo había pasado a formar parte activa del restaurante y mantenerme en guardia, prepararme para todo.

24

Amaneció sangre. Teñidos de rojo, los edificios sangraban y reflejaban su color en el cielo. La calle era un desierto urbano sin nada más que el mobiliario a la vista.

De repente, una bandada de pájaros se posó en el asfalto, dando picotazos en el suelo.

Me acerqué para descubrir que las aves eran blancas. Tan blancas que parecían irreales, tan claras que el contraste con el ambiente rojizo era extraordinario, propio de una obra de arte.

Al dar un paso más, vi qué comían los blancos pájaros y me sorprendió. Era el cadáver del Tong que me había disparado, con sus sesos desparramados en el suelo. Alguien lo había encontrado y lo había traído donde sabía que yo lo encontraría.

Me habían descubierto y me estaban poniendo a prueba, no había otra explicación.

Levanté la cabeza para buscar algo sospechoso pero no lo encontré.

Volví la mirada hacia los pájaros y vi que ya no eran blancos, sino de un rojo negruzco. *Las consecuencias de enterrar sus cuerpos en las entrañas del matón para alimentarse*, pensé.

Entonces se levantó un viento fuerte y se llevó el escenario consigo, como un huracán.

Ya no estaba delante de The Lucky Dragon, sino frente al árbol muerto del matadero. Tampoco era el cadáver del Tong quién alimentaba a las aves, sino el de un joven James.

Durante unos segundos me quedé inmóvil, observando cómo los pájaros, ya completamente negros, vaciaban mi propio interior unos años antes. Sin saber por qué, entendí que los pájaros estaban arrebatándome los sentimientos. Por primera vez, el vacío de mi interior se había convertido en algo orgánico, en un orificio real.

Y entonces desperté empapado.

El día que siguió fue extraño, principalmente porque el sueño me dejó con la sensación de que estaba pasando algo por alto, de que su simbolismo significaba algo más; pero también porque tuve que trabajar disimulando el dolor de mi hombro. Honestamente, al terminar la jornada estaba exhausto

física y mentalmente, así que al terminar el servicio de cenas lo recogí todo y me fui directamente a la cama.

Media hora después el abuelo Huang se presentó en mi puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

‘Vengo a buscarte para que cumplas tus promesas. Vamos a ejercitarnos.’

‘No creo estar en condiciones de—’, lo miré a la cara y supe que solo lograría retrasar lo inevitable, así que lo acompañé al comedor, donde había creado un espacio central desplazando el mobiliario. Me sorprendió lo silencioso que había sido y reforzó mi idea de que debía vigilar al abuelo porque era un hombre de recursos.

Huang se sentó con los pies cruzados encima de las rodillas y lo imité lo mejor que pude.

Empezó a detallar lo que íbamos a hacer y, como la noche anterior, su voz me transportó a un lugar donde nada más existía, casi como si no se originara en sus cuerdas vocales, sino en un lugar más profundo, místico.

‘Lo que vas a empezar a aprender esta noche se llama yoga y es una disciplina india. La aprendí cuando era un niño en Londres. Mi vecino era originario de India y siempre la practicaba y, cuando estaba aburrido, me unía a él. Al principio no entendí su propósito, pero luego, de golpe, lo hice. La teoría dice que el yoga tiene tres posibles resultados. El primero puede ser la unión del alma individual con la divinidad; el segundo, aprender que el yo es espiritual y no material; y el último busca simplemente el bienestar físico y mental.’

No pensaba permitir que el abuelo me metiera en nada religioso, así que pensé en marcharme hasta que su discurso me hizo cambiar de idea.

‘Espero que no seas una persona religiosa, James, porque yo no lo soy,’ había recuperado mi interés. ‘Te he contado los tres resultados porque es importante tener toda la información posible antes de emprender algo, ¿no te parece?’

‘Por supuesto.’

‘Empecé a practicar yoga como un juego, y luego, sin querer, llegué a uno de los resultados que te he mencionado antes. Evidentemente no fue el de ser uno con la divinidad. De hecho, no me considero a mí mismo cercano a la religión. A mí simplemente me ayudó a hacer más llevaderos algunos errores irreparables de mi juventud. El yoga me ha servido para hacer las paces conmigo mismo, a aceptarme. Eso no quiere decir que a ti te pase lo mismo. Cada persona es diferente. Yo me di cuenta de que el yo, de que nosotros

mismos, somos algo más que carne. Algo más que estímulos nerviosos que transmiten la información, algo más que un corazón que bombea sangre, más que una estructura de huesos y músculos. Todos estamos conectados. Lo que le hacemos a otro nos lo hacemos a nosotros mismos. Si solo fuéramos carne, huesos y músculos, solo seríamos seres idénticos, iguales entre nosotros. ¿Qué te parece la idea?’

‘Me parece una idea muy lógica,’ creí que si mi existencia provenía de un lugar místico, no racional, cultivar aquella noción me ayudaría a acercarme a mis sentimientos, así que lo que me contaba el abuelo me interesaba.

‘Entonces, ¿estás de acuerdo en practicar conmigo por las noches?’

‘Sí. Lo que no entiendo es por qué debe ser de noche...’

‘Mis hijos no están de acuerdo con estas prácticas. Aunque parezca mentira, viven anclados en el pasado, en las tradiciones chinas. ¿O me dirás que no te costó trabajo dejar que mi hijo pusiera a su esposa, una mujer, en la cocina?’ Asentí. ‘Me entristece enormemente pensar que mis hijos son más antiguos de pensamiento que yo. Debería ser al revés. A veces, pienso que es culpa mía. Al fin y al cabo, yo soy su padre. Pero están tan lejos de mi forma de pensar que a veces me pregunto—’.

Su voz se cortó y, por un instante, algo apareció en los ojos del abuelo – algo desconocido, una profundidad de mirada que no pude apartar de mi mente– que cambió la forma en que lo veía.

‘No importa, ¿empezamos?’, y sin ningún rastro del abismo en su mirada, continuó explicándome cómo el yoga se basaba en la postura. ‘Cuando llevemos más tiempo practicando, tu mente ya no necesitará concentrarse en la postura y empezará a vagar. Un día, ese movimiento sin rumbo te llevará donde necesites estar. Y te quedarás allí para siempre. Y entenderás todo lo que te estoy contando.’

Empezamos la práctica con posturas sencillas para respetar mis heridas y mi propio ritmo de aprendizaje y aquella primera sesión logró relajarme absolutamente.

Continuaba sin sentir nada, pero recordé las veces en que había intentado relajarme y me di cuenta de lo mal que lo había enfocado. Correr, destrozar, apedrear, planear; todo aquello no eran más que pataletas de un niño enfadado y ya no era un niño ni estaba enfadado.

Después de una sola sesión me había convencido de que aquellas técnicas me servirían en un futuro así que las abracé como otra herramienta más.

La mañana siguiente me desperté temprano porque quería estar preparado por si los Tong aparecían. Lo más probable era que nadie hubiera relacionado sus muertes con el restaurante, pero quería asegurarme de que mi táctica había funcionado.

Como había previsto, aquel sábado nadie recogió los pagos y la familia se mostró sorprendida. Sabía que en cuanto los Tong notaran la ausencia de sus matones mandarían a otros a recolectar el dinero pero mi intención continuaba siendo que, a la larga, no les acabara saliendo rentable atacar al restaurante.

Los Chang discutieron largo y tendido la situación. No entendía lo que decían, pero sí el tema. La postura de cada uno estaba clara a pesar de las palabras. El más tranquilo, absolutamente relajado era el abuelo, que aparentaba tener información que los demás desconocían. No sabía si era una pose pero, desde que había llegado, el abuelo Huang siempre parecía un paso por delante y me pregunté cómo lo lograba.

En el lado opuesto, el más acalorado en la conversación era Li Chang, como si después de traicionar a su familia no quisiera aceptar que los dragones rojos lo habían abandonado.

Aquel supuesto rechazo había convertido a Li Chang en un factor descontrolado en el restaurante. Si en condiciones normales había traicionado a su familia por un puñado de dólares, nadie podía predecir qué haría en una situación desesperada. Además, Li Chang era el último vínculo vivo que podía enlazar el restaurante con la muerte de los Tong, así decidí buscar una forma de eliminarlo definitivamente de la ecuación.

No pensaba precipitarme porque era consciente de que cualquier error sería negativo para mí, pero tampoco quería permanecer estático y dejarlo todo al azar.

Después de darle vueltas a las posibilidades reales de acabar con Li Chang y mantener mi posición en el restaurante, ideé un plan sencillo.

Mi idea se basaba en la previsibilidad de Li Chang. Todos los miércoles, Li Chang salía de copas para intentar encontrar una mujer. Cada noche, cuando se iba, él mismo amenazaba con no volver –*Quizás sea esta la noche en que encuentre un plan mejor que volver aquí...*– así que nadie se extrañaría si un jueves no aparecía a trabajar. Aprovecharía una de sus salidas para terminar con su vida, deshacerme del cadáver y volver a The Lucky Dragon.

Lo único que me preocupaba del plan era el poco margen de tiempo que había entre la hora en que Li Chang se marchaba y mis ejercicios con el

abuelo. Tendría aproximadamente una hora y media de margen, pero no había encontrado una solución mejor.

El miércoles, como había planeado, salí tras Li Chang. Unas manzanas después, cuando ya estaba decidiendo cómo acabar con él, mi presa dio media vuelta tocándose el bolsillo del pantalón.

Li Chang se había olvidado su billetera.

Evidentemente, si alguien encontraba su cartera antes de que yo volviera al restaurante, nadie se creería que Li Chang se había marchado voluntariamente; así que necesitaba ganar un tiempo que no tenía. Por el momento, le permití volver a The Lucky Dragon mientras reelaboraba mi plan. Acepté que mi vacío no me permitiría esperar otra semana, así que me arriesgué y ejecuté un plan alternativo.

Cuando Li Chang entró por la puerta trasera ya lo estaba esperando en la cocina. Se acercó a su billetera, le di un golpe para hacerlo caer y me puse encima. Le puse un trapo de cocina en la boca y lo metí tan dentro que, en unos segundos, la vida se había apagado de sus ojos.

Cogí el cuerpo, abrí el congelador para esconderlo y me di cuenta del riesgo que estaba corriendo porque, de repente, Jia-Bang bajó las escaleras corriendo.

Por suerte, no me vio y no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Terminé de colocar el cadáver de Li Chang y, justo al cerrar el congelador, apareció el abuelo Huang. Se dirigió hacia mí con tanta decisión que pensé que me había descubierto.

‘Hola, James, ¿has visto a mi nieto?’

‘Acaba de pasar corriendo.’

‘Los chicos de hoy son muy poco respetuosos con sus mayores. No entienden las cosas. Ahora que he vuelto, quiero enseñarle lo mismo que a mis hijos. Ya que estamos, si quieres, podemos empezar nuestra sesión de yoga.’

‘Me parece perfecto.’

‘Por cierto, te está sangrando la herida del hombro... No deberías hacer esfuerzos...’

No sabía si el abuelo había visto algo o no, pero no importaba. Lo único en lo que podía pensar era en lo que había sucedido entre el abuelo y Jia-Bang para que el pequeño tuviera aquella reacción y no pude evitar recordar la mirada de Huang cuando me hablaba de sus errores del pasado. Una vez más, me inundó la certeza de que debía prestar más atención al abuelo si no quería

que me pillara desprevenido. Había en él algo más de lo que aparentaba y debía empezar a recabar información, así que intenté indagar en su pasado:

‘Así que usted siempre ha sido un padre que ha intervenido en la educación de sus hijos.’

‘No tanto como me habría gustado, James. Cuando el padre de Jia-Bang era pequeño, de su edad, yo casi nunca estaba en casa a causa del trabajo. No hice todo lo que pude por él. Y me arrepiento enormemente.’

‘Pero con Li Chang sí que pudo...’

‘A Li Chang, con la lección aprendida, le presté más atención, le enseñé las cosas importantes de la vida.’

Pensé que no era un gran maestro si el resultado de sus enseñanzas era Li Chang pero me callé.

‘¿Tú tienes familia, James?’

‘No. Mi padre murió cuando era muy pequeño y mi madre un poco después.’

Una mentira a medias y nos dedicamos en los ejercicios.

Aquella noche, sin embargo, fui incapaz de concentrarme en el yoga porque solo podía pensar en lo que habría sucedido entre abuelo y nieto y en el trabajo pendiente que me esperaba en el congelador.

Dos horas después, el abuelo se retiró y esperé a que Jia-Bang volviera de su excursión nocturna. Quería saber más sobre lo sucedido y necesitaba asegurarme de que nadie me sorprendía deshaciéndome del cadáver de Li Chang.

No tardó mucho en abrir la puerta y le pregunté qué había pasado con Huang. *Ha sido culpa mía, James, no te preocupes*, se excusó subiendo las escaleras, así que me metí en mi habitación y esperé media hora más antes de dirigirme a oscuras a la cocina.

Pretendía llevarme a Li Chang sin sacarlo del congelador para trocearlo y hacerlo desaparecer con calma, pero al mirar el frigorífico de cerca me di cuenta de que no cabía por la puerta.

Tendría que eliminar el cuerpo allí mismo.

Preparé las herramientas y abrí el congelador, que estaba vacío.

Anonadado, lo devolví todo a su lugar y me metí en mi habitación.

Me pasé la noche en vela, dándole vueltas a lo sucedido. No sabía cómo, pero alguien me había descubierto y tenía algún plan que desconocía.

Sin embargo, sin más información, decidí que lo mejor era actuar con

normalidad y mantenerme atento. No me gustaba el plan porque era pasivo, pero era el único viable hasta que supiera más.

25

El día siguiente nadie se preguntó dónde estaba Li Chang pero tampoco fui capaz de detectar nada extraordinario en la familia y, por tanto, no avancé en mi desconocimiento de quién había hecho desaparecer el cadáver de Li. Mi plan había salido bien, pero las incógnitas que se habían abierto dificultaban mi posición. Además, como era habitual, la falta de respuestas me dejaba en un lugar incómodo, sin control de la situación.

La pasividad nunca había sido mi fuerte y, si la opción hubiera sido real, me habría marchado aquella misma tarde de The Lucky Dragon, pero no tenía ninguna alternativa a parte de continuar de la misma forma.

Aquella noche, yo estaba en Badhakonasana y el abuelo practicaba en Balasana cuando empezó a hurgar en la situación del restaurante con los Tong y, pensando en todo lo que se había desencadenado desde su llegada, no pude evitar pensar si era el abuelo Huang quien tenía un plan alternativo para mi situación.

‘Hoy me gustaría hacer un ejercicio distinto,’ me dijo. ‘Empezaré por una suposición. Supongamos que el hecho que tuvieras una herida de bala en tu hombro tuviera algo que ver con que los Tong hayan dejado de aparecer para recolectar. Se podría decir que la persona responsable de esos actos debería estar preocupada por represalias,’ paró su discurso y me dio la impresión de que esperaba que yo dijera algo.

‘Supongo,’ no me preocupaba que el abuelo hubiera llegado a aquella conclusión porque arriesgar mi vida por el restaurante solo reforzaba mi posición.

‘La filosofía diría en ese caso que no deberías preocuparte por represalias porque esas represalias, ese ataque, ya no dependen de ti ni de tus actos. Si ese desquite existiera, se basa en actos previos por tu parte.’

‘¿Por mi parte?’, una cosa era dejar que supusiera y la otra callarme ante una implicación directa.

‘Es un suponer. No hay nada que se pueda hacer al respecto, el destino tiene las cartas en la mano y nada que pienses o creas va a evitar ese ataque. Lo único que puede hacer uno es prepararse para él, si es que llega. En resumen, no debemos preocuparnos por las cosas que no podemos controlar, que no dependen de nosotros. Debemos centrarnos solamente en las posibilidades de reacción ante un posible hecho creado por nuestros actos. Debemos mirar

hacia delante y no quedarnos en el pasado, ¿entiendes?’

Asentí convencido de que debía mantenerme en mi rol.

‘Piensa en esto mientras realizamos la última postura.’

Y en Janu Sirsasana lo único en lo que pensé fue en mi certeza de que había sido el abuelo Huang quien había movido el cadáver de su propio hijo, como si sus palabras pretendieran tranquilizarme, decirme que no debía preocuparme por nada.

Al término de nuestra sesión, sin embargo, me dijo algo que me hizo reevaluar mi opinión.

‘James, querría preguntarte una cosa,’ esperó a que asintiera. ‘¿No te parece rara la desaparición de Li?’

‘No lo conozco tan bien como para tener una opinión al respecto,’ dije sin saber a qué atenerme.

‘Lo entiendo,’ pausó un momento antes de continuar. ‘Verás, James, debo ser honesto contigo. Creo que soy el único que conoce la verdad,’ se quedó unos segundos en silencio y me mantuve a la expectativa. ‘Cuando era pequeño, Li Chang era un niño problemático y, quizás, yo fuera demasiado duro con él. No sé si me entiendes...’

‘¿Le pegaba?’

‘Se podría decir que, a veces.... Era un poco duro con él, sí.’

‘¿Fue eso lo que pasó con Jia-Bang la otra noche?’

‘Debo reconocer que he cometido errores,’ rectificó rápidamente. ‘Pero puedo asegurarte que no se repetirán, que no permitiré que se repitan. De hecho, ya me he reconciliado con Jia-Bang.’

‘No entiendo qué tiene que ver eso con Li Chang.’

‘Verás, creo que Li Chang se ha ido porque me tiene rencor, porque mi sola presencia le disgusta.’

‘Ya veo... ¿Y qué creen los demás?’

‘Los demás creen lo mismo que yo, pero están convencidos de que volverá.’

Desde luego, no creí posible que nadie fingiera tan bien la preocupación, así que descarté mi idea inicial de que el abuelo había tenido algo que ver con la desaparición de su hijo. Continuaba perdido, como si mi instinto me hubiera abandonado con el resto de mis sentimientos.

‘Sinceramente, no sé qué esperar. No soy el mayor amigo de Li Chang.’

‘Lo entiendo. No es nada, no te preocupes. Siento haberte molestado. Buenas noches.’

A pesar de continuar convencido de que Huang ocultaba algo, había desligado aquel hecho a la desaparición del cuerpo de Li Chang. En aquel momento, mi certeza se había dividido en dos frentes: descubrir qué escondía el abuelo y averiguar quién había movido el cuerpo de Li Chang.

Todo continuó sin cambios hasta el siguiente sábado por la mañana cuando, hacia las diez, oí unos fuertes gritos y salí de la cocina a ver qué sucedía.

La mujer que regentaba la tienda de comestibles de enfrente de The Lucky Dragon estaba histérica en el centro del restaurante hablando con los Chang. Lo hacían en chino y a una velocidad increíble, pero entendí una palabra: Tong.

Me acerqué al abuelo Huang que, como cada mañana, estaba sentado tranquilamente tomándose un té mientras leía un periódico chino.

‘¿Qué pasa con los Tong?’

‘¿Has aprendido chino, muchacho?’, no dije nada. ‘En algún momento los Tong tenían que dar alguna señal de fortaleza. Este tipo de gente no se rinden fácilmente. La única oportunidad de vencerles es hacer que sus pérdidas superen a sus ganancias.’

Pensé cómo podía el abuelo Huang saber tanto del funcionamiento de bandas mafiosas pero creí que debía ser discreto en mis averiguaciones, así que continué en silencio.

‘Los Tong han vuelto a lo grande,’ señaló la ventana, me asomé y vi a matones yendo de un local a otro recolectando y destruyendo.

No eran destrozos graves como los del restaurante, pero sí numerosos y todos los locales parecían afectados. Desde luego, los dragones rojos parecían dispuestos a recuperar el respeto perdido.

El señor Chang se me acercó y me señaló hacia la cocina, así que continué con mis tareas como si no pasara nada, pensando lo buenos que parecían los asiáticos en mirar hacia otro lado. Quizás creían que si pretendían que todo era como siempre, la ficción se convertiría en real.

Cuando llegó el turno de entrar en el restaurante, los Tong pasaron de largo y el señor Chang se puso nervioso. El abuelo lo tranquilizó y me fijé en lo distintas que eran sus posturas. Uno estaba completamente relajado y el otro al borde de un ataque de nervios. Finalmente, el señor Chang continuó con sus tareas, consciente de que no podía hacer nada más.

Unos segundos después, el abuelo entró a la cocina para dejar la taza de té

en el fregadero:

‘Siempre hay que parar cuando una de las dos cosas se terminan. En ocasiones es el té, en ocasiones es el periódico... Porque la verdad es que el placer se encuentra en la combinación de los dos.’

No entendí el propósito del comentario y simplemente continué trabajando.

El abuelo se me acercó por detrás y me susurró por encima del hombro:

‘Parece que alguien ha hecho que los Tong tengan más pérdidas que ganancias en el restaurante.’

Estuve tentado de golpearle y obligarle a que me contara su secreto, pero me contuve y volví a concentrarme en la carne que estaba cortando.

Con el paso de los días y la falta de consecuencias por la desaparición del cuerpo de Li Chang, me relajé. Continuaba atento, pero empecé a pensar que quizás nunca pasara nada.

El yoga me permitía estar tranquilo y mi rutina de ejercicios me mantenía en forma, así que entré en una fase de serenidad. Cuando mi vacío me lo demandó, simplemente eliminé a un vagabundo.

A pesar de mi calma, mi desconexión con las noticias del exterior me ponía en una situación de riesgo porque no sabía si la cacería del autor de *la matanza de Savannah* continuaba, así que decidí que al día siguiente, iría a comprar varios periódicos para descubrir más.

Sin embargo, aquella noche Jia-Bang llamó a mi puerta e hizo innecesario mi viaje a por noticias. Entró y vi que estaba nervioso, sudoroso.

‘¿Qué te pasa, Jia-Bang?’

‘Nada... Tenía ganas de hablar contigo...’

‘Ahora puedes hablar con tu abuelo. Ya no me necesitas para hablar en inglés con alguien.’

‘Ya lo sé, pero prefiero hablar contigo.’

‘¿Te ha vuelto a pasar algo con el abuelo?’

‘Nada concreto, pero el abuelo no me gusta demasiado...’

‘Tenías unas ganas enormes de que llegara...’

‘Pero eso era antes.’

‘¿Antes de qué?’

‘Antes de que viera cómo es realmente.’

‘¿Te ha vuelto a pegar?’

‘¿Cómo sabes eso, James?’

‘Soy buen observador. Tu abuelo me dijo que se arrepentía y que todo había

sido un erro—’

‘No es eso. Aquello solo fue un día... Y quizás me lo merecía. Es que... Noto algo raro en el abuelo.’

‘¿Algo raro? ¿Por ejemplo?’

‘No lo sé. Si lo supiera no estaría hablando contigo.’

‘Lo entiendo.’

‘Gracias por escucharme de verdad. Es raro que un adulto escuche en serio a un niño.’

‘Cuando era como tú, me habría gustado que alguien me hubiera escuchado. De hecho, mi padre lo hacía, pero murió sin poder escucharme en las cosas realmente importantes.’

Por un instante, me permití pensar cómo habría sido mi vida si mi padre no hubiera enfermado.

‘Me tienes aquí siempre que lo necesites.’

‘Gracias. Me gustaría hacer algo por ti.’

‘No sé qué puedes hacer por mí, Jia-Bang.’

‘Toma, esto es para ti.’

Entonces me di cuenta de que, durante toda la conversación, el pequeño Jia-Bang tenía algo escondido tras su espalda.

Sacó una radio. La cogí con las manos y la miré.

‘Es un transistor. Antes lo escuchaba mucho, pero ahora prefiero leer, como tú.’

‘Entonces, ¿por qué crees que yo lo quiero?’, dije sonriendo.

‘He supuesto que debes sentirte muy solo sin noticias del mundo real. Al fin y al cabo, Chinatown es como un mundo dentro del mundo. Solo se dice lo que interesa y nada del exterior. Además, podrás escuchar inglés de alguien que no sea ni yo ni el abuelo,’ le cambió la cara ante la posibilidad que no hubiera acertado. ‘¿No te gusta?’

‘Jia-Bang, esto me va a ir de maravillas para enterarme de lo que pasa fuera del restaurante. En el mundo real, como muy bien has dicho. Gracias.’

La radio era perfecta para evitar riesgos innecesarios a la luz del día, así que la dejé encima del libro del abuelo, en un lugar prominente, y salí para la sesión de yoga.

‘Buenas noches. Hoy, antes de empezar, me gustaría darte material para que medites un poco durante nuestra sesión de hoy.’

El abuelo había vuelto a la rutina de contarme alguna historia que se suponía debía ayudarme a alcanzar un punto de meditación óptimo. Con su aire

místico, parecíamos maestro y discípulo de algún relato oriental.

‘Hoy me gustaría que reflexionaras en algo que los budistas creemos.’

Después de decirme que no era religioso, resultó que el abuelo era budista, más medias verdades y hechos ocultos.

‘La reencarnación. Es la creencia de que nadie muere, de que cuando morimos, nuestra alma, nuestra conciencia, todo lo que hemos aprendido, pasa simplemente a otro cuerpo. Lo que la mayoría de gente no sabe, es que se puede elegir. Si uno lleva la vida que se espera de él, puede elegir como qué vuelve.’

‘Así que, no solo no morimos nunca, sino que vivimos nuestras vidas como lo que queremos ser.’

‘Exactamente. ¿No te parece una idea fantástica?’

No me lo parecía. La idea implicaba que mi padre seguía vivo de alguna forma, pero también que lo hacían todos aquellos a los que había eliminado.

‘¿Pero todo el mundo se reencarna? ¿Aunque no se merezcan seguir viviendo?’

‘Sí. El premio no es volver a la vida, sino volver como un ser interesante. El castigo para todos aquellos que no se han merecido una nueva vida es reencarnarse en seres que nadie querría ser.’

‘¿Por ejemplo?’

‘Como...’, se lo pensó un instante. ‘Un gusano de tierra o un caracol.’

‘Entiendo. Según esa teoría, y contando con toda la gente que ha muerto en la historia, todos los animales del mundo tienen el alma de algún humano.’

‘Supongo que sí... Aunque dicho así suena un poco estúpido.’

‘Quizás lo sea.’

‘Quizás... Pero todos debemos creer en algo superior a nosotros.’

‘¿Por qué?’

‘Porque esa creencia nos da un propósito en la vida, algo por lo que luchar, por lo que vivir.’

‘No estoy de acuerdo. Hay que vivir por la vida misma y creer en uno mismo. Al final del día, eso es lo único en lo que me veo capaz de creer.’

El abuelo Huang se rió.

‘Me recuerdas mucho a mí cuando era joven: ambicioso y egoísta... Pero, verás, James, cuando te hagas mayor y veas tus ambiciones cumplidas y tus objetivos logrados, necesitarás cada día más. Nunca será suficiente con lo que tienes. Llegará un momento en el que te darás cuenta de que necesitas algo fuera de tu cuerpo que te guíe.’

‘Eso suena un poco como lavarse las manos de los propios actos, como no hacerse responsable.’

‘Quizás,’ y dio por terminados los preliminares, como siempre, cuando más interesantes se ponían. ‘Ahora ya tienes material para pensar durante la sesión,’ se preparó para Sarvangasana antes de añadir: ‘Tan solo una cosa más. Piensa en qué forma te gustaría volver.’

‘No me hace falta pensarlo.’

‘Tienes las ideas claras.’

‘Lo intento. Me gustaría no volver porque no necesito otra vida como esta.’

‘¿Crees que has sufrido mucho, no?’

‘Ni lo creo ni lo dejo de creer. No es una cuestión de edad, no se trata de los años. Al fin y al cabo, todos vivimos lo mismo: una vida entera. ¿Quién necesita más que eso?’

Mi reflexión dejó por un instante sin palabras al abuelo Huang, pero enseguida se recuperó.

‘¿Te gustaría saber en que me reencarnaré yo?’, le dije que sí simplemente para saber más de su forma de pensar. ‘Cuando vuelva, volveré como un bebé.’

Cerró los ojos y se puso a meditar como si aquella última frase hubiera tenido que remover algo en mi interior pero lo único que logró fue que me pasara nuestra sesión pensando en su soberbia, en el hecho de que creyera que se merecía volver como humano porque, desde luego, aquel pensamiento no encajaba con la imagen que proyectaba a los demás.

Lo único que lograba el abuelo Huang era, con cada palabra, con cada sesión, con cada hora que pasaba a su lado, reafirmarme en la idea de que debía descubrir qué pretendía si quería continuar seguro en The Lucky Dragon.

26

Los Tong parecían dispuestos a destrozarse la moral de sus supuestos protegidos porque, el sábado siguiente a los últimos destrozos, cuando todos se habían recuperado, volvieron a golpear. Fue un ataque violento, mucho más intenso y, sobre todo, con consecuencias mucho más severas que el anterior. Excepto para The Lucky Dragon.

A media mañana, el abuelo Huang se me acercó y me explicó lo que estaba sucediendo. Me asomé por la ventana y vi como, al menos diez hombres, destruían los comercios como habían hecho con el restaurante.

‘Abuelo,’ le dije, ‘¿no crees que no tienen ningún sentido?’

‘¿A qué te refieres?’

‘A que sin las tiendas, los Tong no cobrarán lo que se les debe y, por tanto, destrozarnos no es bueno para su negocio.’

El abuelo asintió con pesadez, como si aquella obviedad se le hubiera escapado hasta aquel mismo instante.

Unos minutos después, eternos por la tensión, los Tong se marcharon y me dispuse a seguirlos a pesar del trabajo. Estaba claro que necesitaba más información si quería mantener el restaurante a salvo.

Desde luego, los matones eran distintos a los que ya había matado. No llevaban tatuajes, su ropa era más cara, su peinado estaba cuidado y su actitud era distinta, más confiados pero también más experimentados.

Escuché la conversación que mantenían –en un inglés impecable– a una distancia prudencial.

‘Me gusta el estilo del nuevo jefe.’

‘Y a mí.’

‘Si no pagan, debemos quitarles los medios para que puedan vivir. Debemos ser fuertes e implacables. Y de paso, recordarles quién manda...’

‘Para eso somos quiénes somos.’

‘Ya tengo ganas de conocer al nuevo jefe.’

‘¿Cuándo es la reunión?’

‘Nos lo dirán esta noche.’

El nuevo jefe había decidido dejar fuera de los destrozos a The Lucky Dragon a pesar de ser implacable y quizás no había sido a causa de mi intervención, sino por algún hecho que desconocía. No sabía qué creer pero estaba claro que no podía quedarme parado. Por tanto, cuando uno de los

matones se despidió de los demás diciendo que se dirigía a casa, no desperdicié la oportunidad y lo seguí para descubrir dónde vivía. Volvería al día siguiente, cuando ya les hubieran dicho algo más sobre el nuevo jefe, y le sacaría toda la información que tuviera.

Volví al restaurante y me encontré a los Chang con los papeles invertidos respecto a sus vecinos porque en aquella ocasión eran ellos los que ayudaban en la reconstrucción. Cuando llegué, simplemente me puse a ayudar y nadie se preguntó de dónde venía excepto el abuelo Huang, que me miró inquisitivamente aunque ni él ni yo dijimos nada.

Con el restaurante cerrado, dedicamos el día entero a la reconstrucción a pesar de las frecuentes discusiones entre los vecinos acerca de si merecía la pena.

Al anoecer, la señora Chang sacó comida para todos y, mientras me servía ternera con bambú, me di cuenta de que me había convertido en uno más de aquella sociedad cerrada. No importaba mi color de piel, ni mi idioma porque, si estaba allí, era uno más, casi como si mi nombre fuera James Chang. Seguía sin sentir nada, pero estaba cómodo, con lo cual, a pesar de que gracias a la radio había descubierto que mi búsqueda proseguía, no me importaba continuar allí.

Entonces, la señora Chang se sentó a mi lado con una amplia sonrisa. A mi alrededor todo eran caras cansadas, tristes, desespero y lágrimas; pero la señora Chang no parecía capaz de borrar su sonrisa. Estaba feliz por haberse hecho un lugar en la sociedad, por poder cocinar; y no le importaba que los demás la vieran contenta. Desde luego, debía ser agradable poderse permitir ser optimista. Me resultó extraño verla de aquella forma porque no solía ser muy expresiva, pero no le di más vueltas.

Nadie parecía dispuesto a ser el primero en parar, así que el trabajo se alargó hasta la madrugada cuando, para mi sorpresa, el señor Chang se erigió como líder de los comerciantes y les dijo a los demás que continuaríamos por la mañana. El papel no encajaba con su carácter, pero todos le hicieron caso y lo dejamos todo tal cual para continuar por la mañana.

Aquella noche no practiqué yoga y me metí en la cama directamente, exhausto como no me notaba desde los días del matadero. De hecho, estaba tan necesitado de descanso que fue Jia-Bang quien me despertó.

‘Ya ha salido el sol. Todos los hombres vuelven al trabajo.’

‘Gracias,’ dije desperezándome.

La reconstrucción continuó a buen ritmo pero, aquella noche, después de cenar, todos se marcharon a descansar, conscientes que quedaba demasiado que hacer como para no parar.

Pensé que era un buen momento para ir a la casa del Tong al que había seguido y descubrir todo lo que pudiera de lo que estaba sucediendo.

Aquella noche tampoco practicamos yoga, así que maté el tiempo hasta que creí que todos se habrían dormido contando el dinero que había ganado en The Lucky Dragon. Aún me faltaba mucho para poder permitirme el viaje a Londres pero con mi búsqueda todavía activa, no tenía prisa.

Leí varios relatos de *Mitos y leyendas de Japón* y me dirigí a la dirección del matón.

Para evitar más sorpresas, esperé un rato a subir por si veía algo sospechoso.

Convencido de que no había nada raro, me colé por una ventana e inspeccioné el lugar. Era un pequeño apartamento decorado al estilo oriental, con detalles muy cuidados y, desde luego, con mucha más categoría que las casas de Tong que había visto hasta entonces. Pensé si iba subiendo en el escalafón de la banda.

No había nadie, así que moví el sofá al pasillo de entrada, me senté y esperé con un cuchillo en mi regazo.

Horas después, cuando ya empezaba a tener problemas para mantenerme despierto, la puerta se abrió y distinguí las siluetas de una pareja. Fui hacia ellos, le clavé el cuchillo a la mujer en el ojo y golpeé al Tong para dejarlo inconsciente.

Reducir a dos personas siempre era un riesgo pero, por una vez, mi previsión había sido acertada y la sorpresa me había dado toda la ventaja que necesitaba.

Até al hombre a una silla y aproveché el tiempo hasta que despertó para descuartizar a la mujer.

Justo cuando estaba a punto de terminar, abrió los ojos:

‘¿Qué?’, vio la cabeza de la mujer que había dejado en la mesa, delante de él. ‘¿Qué cojones?!’

No era un efecto buscado, sino que simplemente me había parecido el mejor lugar para apoyar la cabeza y continuar con el trabajo, pero logró un resultado excelente del que tomé nota mentalmente.

‘¡Joder! ¡Mierda!’ me miró. ‘Eres el extranjero del restaurante chino,’ aquel conocimiento pareció calmarlo un poco. ‘¿Qué coño quieres?’

Le señalé la cabeza de la mujer que le acompañaba, que nos miraba a los dos desde encima de la mesa y, de repente, se echó a llorar.

A pesar de las apariencias, iba a ser más sencillo de lo que creía.

‘Solo quiero saber cuando es la reunión con el nuevo jefe. Y dónde.’

‘No te puedo decir nada. Si hablo contigo, moriré.’

‘Al menos esa parte la has entendido.’

‘Los Tong. Ellos me mataran si hablo contigo. Al nuevo jefe no le gustan los traidores.’

‘Verás, no nos engañemos. Hagas lo que hagas vas a morir. La diferencia radica en cómo vas a morir. ¿Te gusta el dolor?’ Hizo que no con la cabeza. ‘Porque eso es lo que te espera esta noche. No mañana ni la semana que viene. Aquí y ahora. Sin ningún tipo de esperanza.’

Para que lo entendiera, le metí la mano de la mujer muerta en la boca para ahogar sus gritos, introduje el cuchillo bajo una de sus uñas y se la arranqué de cuajo.

‘¿No crees que es mejor tener esperanza que sentir este dolor intenso? Si me dices lo que necesito saber me iré sin más. Y podrás mantener la esperanza de que los Tong no se enteren de nada.’

‘Está bien, te lo diré... Pero debes prometerme que no me harás más daño.’

‘Si me dices la verdad me iré.’

Asintió antes de empezar.

‘El nuevo jefe ha ascendido hace poco, se ha hecho cargo de los Tong y es de la vieja escuela. No tolera el fracaso y es cruel, despiadado. Muchos de nosotros aún no le conocemos personalmente. Se dice que antes quería hacerse con el poder absoluto. Sin dudas. Ese es el propósito de la reunión.’

‘¿Dónde es la reunión?’

‘La reunión es el sábado que viene por la noche en uno de nuestros restaurantes.’

‘¿Qué restaurante? Dame la dirección.’

‘No creo que necesites la dirección. Conoces bien el lugar.’

‘¿Dónde será la reunión? Dímelo de una vez,’ le dije sospechando su respuesta.

‘En The Lucky Dragon. ¿Te suena?’, y empezó a reírse.

No había duda: el nuevo cabecilla de los Tong conocía bien el restaurante y por eso lo perdonaba durante los ataques. No supe qué pensar, consciente de

que necesitaba tiempo para procesarlo todo.

Degollé al Tong y su sangre me manchó. Me duché allí mismo, tomándome mi tiempo para pensar en todas las posibilidades.

Había aprendido tiempo atrás, de mis lecturas de Sherlock Holmes, que si eliminaba lo imposible, lo que quedara, por improbable que pareciera, debía ser la verdad. Por tanto, siguiendo aquella lógica, salí de la ducha convencido de que había descubierto por fin el secreto del abuelo Huang. Todo parecía indicar que él era el nuevo jefe Tong: el momento de su llegada, sus misterios, sus velados mensajes para que no me preocupara, su actitud tranquila. Todo.

Convencido de que tenía razón, me marché sin más porque me notaba cansado y quería meterme en la cama cuanto antes.

De camino a The Lucky Dragon medité qué hacer con la información que había obtenido. Estaba claro que, por el momento, el hecho de que el abuelo Huang fuera el nuevo jefe Tong me había beneficiado, así que decidí continuar observando, dejando que los acontecimientos me obligaran a actuar.

Por la mañana, me encontré con el abuelo Huang con una sonrisa de oreja a oreja.

‘Buenos días, James. Parece que has tenido una noche dura.’

‘Solo estoy cansado del trabajo. No estoy acostumbrado a tanto trabajo físico.’

‘Esta noche volveremos al yoga. Ayudará a tu cuerpo.’

Acepté pensando en lo bien que me iría el yoga. No solo para recabar información, sino porque realmente me relajaba.

Aquella noche, sin embargo, el abuelo no pareció dispuesto a darme ningún discurso previo, así que decidí tantearlo:

‘Hoy no me explica nada, abuelo.’

‘Creo que con el trabajo físico que has realizado, todo lo que necesitas es relajarte y pensar en las partes de tu cuerpo para que se recuperen. No necesitas más.’

Hicimos la sesión en silencio y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones.

Estaba tan relajado que me dormí inmediatamente sin sospechar lo equivocado que estaba respecto a todo y el riesgo en el que me estaba poniendo a mí mismo por mi estupidez.

La mañana siguiente acabó la reconstrucción y me mantuve atento a la

actitud del abuelo. No vi nada extraño en él y, de hecho, parecía tan contento como los demás por haber terminado.

Era incapaz de predecir qué planes tenía, por qué actuaba cómo lo hacía, qué intenciones tenía para mí y, sobre todo, qué sucedería en la reunión que se debía celebrar en el restaurante; pero sabía que las respuestas estaban cerca y, por una vez, solo tenía que esperar.

La noche de la reunión, varios Tong cenaron en el restaurante y supuse que pretendían tantear el terreno antes de conocer a su nuevo jefe. Durante el servicio, no pude evitar ver movimientos sospechosos en todo lo que hacía el abuelo. Cuando me miraba, creía que me controlaba; cuando se acercaba a una mesa Tong, pensaba que iba a darse a conocer; cuando desaparecía, me convencía de que se estaba preparando para su descubrimiento... Desde luego, me costó mantenerme concentrado.

Cuando todos los clientes se marcharon, los Tong no lo hicieron y el señor Chang fue a ver qué sucedía. Estaba tan perdido como siempre pero, como mínimo, había dado un paso adelante. Fui a buscar a Jia-Bang para que me tradujera lo que estaba a punto de suceder.

‘¿Desean algo más? Estamos a punto de cerrar.’

‘Esta noche tenemos una reunión aquí.’

‘No nos vamos a ninguna parte,’ dijo otro Tong.

‘Esto es tan solo un restaurante,’ insistió el señor Chang.

‘Claro. Un restaurante que ha estado fuera de las listas de recolecta durante un tiempo.’

‘Sabemos que eres de los nuestros, así que cálmate. Somos conscientes de que este restaurante no se puede tocar.’

‘Siempre que hagas lo que se te pide.’

‘Tú tienes lazos con nosotros. Y tu hermano Li Chang también.’

‘Mi hermano ya no está aquí.’

Hablaban por turnos, como una máquina bien engrasada, y dejaban claro que no eran tan novatos como los que había eliminado. Desde luego, parecían saber qué hacían.

El abuelo Huang había desaparecido y supuse que se preparaba para realizar una entrada dramática, sorprendiendo con su revelación.

El señor Chang desistió de convencer a los Tong de nada mientras, poco a poco, más matones iban entrando a The Lucky Dragon.

Al final, la reunión contaba con más de treinta dragones rojos.

El abuelo apareció de repente y supuse que todos estaban a punto de descubrir lo que yo había adivinado.

‘Bienvenidos, ¿para qué están aquí exactamente?’

‘Para conocer a la persona que ha vuelto a dar energía y propósito a los

Tong. A nuestro nuevo líder.’

‘Me temo que se han equivocado. Aquí no hay nadie de los Tong.’

‘Li Chang era de los Tong.’

El abuelo Huang hizo que no con la cabeza y, a partir de aquel momento, la conversación continuó en inglés y no tuve problemas para seguirla.

‘Buscamos a un hombre que habla inglés y que acaba de tomar el mando de los Tong. Es quién nos ha convocado aquí a través de sus emisarios.’

‘Yo hablo inglés, pero no soy quien buscáis, lo siento.’

‘Ese viejo no puede ser quien nos haya revitalizado y dado nuevas energías.’

‘Es cierto, no soy esa persona. Así que, por favor, les pido que abandonen este establecimiento.’

‘No nos iremos de aquí hasta que sepamos quién nos ha convocado.’

‘Eso es.’

‘Que salga ya el nuevo líder.’

Desde luego, parecía que me había vuelto a equivocar. El abuelo negaba una y otra vez tener nada que ver con los Tong y, a pesar de que primero pensé que era parte de alguna estrategia, terminé creyéndomelo.

Estaba perdido, pero no tardaría en conocer la verdad.

‘No entiendo nada, pero les sigo pidiendo que se vayan. No podemos ayudarlos.’

‘¿Es una broma?’, los Tong empezaron a ponerse nerviosos.

‘Nos han convocado aquí.’

‘Será un error. Aquí no hay nadie que pueda liderarnos.’

‘Nos han engañado.’

Fue entonces cuando una voz desconocida, en un inglés perfecto, se dirigió al grupo.

‘No os han engañado. Yo soy el líder de los Tong, quien os ha llevado a nuevos retos y nuevas formas de sobrevivir en este siglo.’

Me giré y descubrí que la voz provenía de la señora Chang. Estaba desconcertado cuando la señora Chang avanzó hasta el comedor y apartó de un empujón al abuelo Huang con un desprecio absoluto.

Los Tong empezaron a cuestionar que el nuevo líder fuera una mujer.

‘¿Una mujer?’

‘¡Ese no puede ser el líder!’

‘¡Que salga el líder de verdad!’

‘¡¡CALLAOS!!’

Parecía imposible que aquella voz de mando proviniera de la señora Chang, que inundara el restaurante y se impusiera de aquella forma; pero lo hizo y todos parecieron entrar en un estado de calma momentáneo, esperando los acontecimientos para no precipitarse.

‘¿Queréis saber quién soy?’ Nadie dijo nada, pero todos seguían lo que sucedía con la máxima atención. ‘Todos conocéis la historia del dragón,’ hubo algunos murmullos. ‘El dragón era el mejor líder que habían tenido nunca los Tong, un hombre fuerte, que lideraba con puño de hierro. Todos sabéis también lo que le pasó. Fue asesinado por un clan rival y su hija fue vendida con solo cinco años a una red de prostitución, para que todos los hombres la violaran y le pegaran, para que hicieran lo que quisieran con ella. De eso hace más de veinticinco años.’

No conocía la historia pero, por las caras de los Tong, la figura del dragón representaba algo más que un líder. Respetaban a aquella figura legendaria y continuaban atentos, callados como niños que escuchan un cuento.

‘Lo que pasó fue muy diferente. Cuando llegó a la casa de putas, aquella niña fue comprada en exclusividad por un hombre.’

El abuelo Huang se sentó y, al verlo, pude darme cuenta de lo equivocado que había estado respecto a él. En solo unos segundos había pasado de ser el líder maquinador de un grupo mafioso a convertirse en un pobre hombre en el ocaso de sus días.

‘Un monstruo que la violaba, la pegaba y la sometía a su voluntad. Un hombre malvado. Un cabrón bastardo que se merecería morir por lo que hizo con aquella niña. Solo por poseer la capacidad de imaginar aquellos actos, merecería un castigo peor que la muerte. Esa es la verdad,’ se tomó un respiro para dejar que la sala reposara el conocimiento. ‘Después, cuando la niña creció, dejó de gustarle a aquel hombre, que continuaba prefiriendo a los más jóvenes.’

‘¿Y qué tiene esa historia que ver con nosotros?’, los Tong se empezaban a impacientar. ‘Nadie sabe qué le pasó a aquella niña, la verdadera heredera de los Tong.’

‘Yo os lo diré: cuando se cansó de la niña la dejó abandonada, tirada en la calle como si no importara, como basura. La rabia fue lo único que la mantuvo con vida. No sobrevivió por comer desperdicios, ni por cobrar por sexo, sino por la rabia.’

Entendí muy bien aquellos sentimientos aunque hubiera dejado de sentirlos.

‘La venganza y recuperar el poder legítimo de su familia han sido su motor.’

Hasta el día de hoy. Por fin ha llegado el momento.’

‘¿Cómo sabes todo eso?’, dijo un Tong.

‘Nadie lo puede saber,’ gritó otro.

‘Lo sé muy bien porque yo soy esa niña,’ la señora Chang hizo lo inesperado: se quitó la parte de arriba de su uniforme de cocinera y dejó sus pechos al aire. Al darse la vuelta pude ver el tatuaje que le cubría la espalda, un dragón chino de color rojo intenso, con garras blancas y pose agresiva. ‘Y este hombre es el cabrón que me maltrató,’ se acercó al abuelo Huang sin molestarse en taparse los pechos y le cortó el cuello con el cuchillo que llevaba en la mano.

Fue tan rápido que nadie en la sala podría haber hecho nada para evitarlo.

Jia-Bang se abrazó a mí, incapaz de soportar la escena que se desplegaba ante sus ojos. Cuando le tapé los ojos, sus lágrimas me mojaron la mano.

Me mantuve a la expectativa porque, por el momento, nada de aquello tenía que ver conmigo.

El señor Chang, por su parte, había ido corriendo a comprobar si podía salvar a su padre. Puso en vano sus manos alrededor de su cuello para intentar frenar la hemorragia, empapándose la ropa de rojo intenso.

‘¿Creíais que era casualidad que el restaurante se llamara The Lucky Dragon? ¿Creíais que era normal que una mujer como yo se casara con un estúpido como este?’, dijo señalando con el cuchillo ensangrentado al señor Chang. ‘He hecho lo que debía. Sacrificios necesarios para cumplir mis objetivos. Lástima que me equivocara al elegir hermano o todo habría sido más fácil. La necesidad de acercarme a lo Tong me hizo casarme con el hijo de mi violador, de mi torturador; pero ahora las cosas van a recuperar su lugar legítimo. El dragón vuelve a mandar.’

Cuando terminó de hablar, la señora Chang se dirigió a su marido y le dijo algo en chino. Este se incorporó, tragándose las lágrimas, y aguantó en el mismo lugar, en silencio, con la mirada perdida, hasta que su padre terminó de ahogarse en su propia sangre.

Fue entonces cuando la señora Chang prosiguió.

‘A partir de ahora, las cosas van a cambiar. Vamos a dejar de extorsionar a los pobres por las migajas y vamos a empezar a poner en práctica nuevos planes para poseer la ciudad, el país. Pieza por pieza, paso a paso. Lenta pero inexorablemente.’

‘¿Quién te ha dicho que nos creemos tu historia?’, un Tong pareció erigirse como portavoz de las dudas generales.

La señora Chang se dirigió a él y, sin titubear, le cortó la garganta con el cuchillo ensangrentado.

El señor Chang seguía sin inmutarse. Supuse que su esposa le había dado dos opciones: morir o servirla. Evidentemente, su carácter solo le permitía elegir la segunda opción.

‘¿Alguien más tiene algún problema con mi liderazgo?’

Nadie dijo nada.

‘No logro oíros.’

‘¡No, señora!’, gritaron al unísono.

‘Para que quede claro: a partir de ahora, seguiré siendo la señora Chang. Y si alguno de vosotros cuenta lo que ha pasado aquí esta noche, ya podéis imaginaros lo que pasará.’

‘¡Sí, señora!’

La señora Chang se dirigió entonces hacia mí y me susurró.

‘Por cierto, James. Gracias y de nada.’

‘¿Perdón?’

‘Gracias por haber eliminado a Li Chang. Era un estorbo para mis planes. Y de nada porque fui yo la que se encargó de su cuerpo.’

‘Yo...’

‘No me mientas. Sé quién eres... Qué eres. Ahora te poseo.’

La señora Chang cogió la pequeña mano de Jia-Bang, que seguía en shock, y fue hacia la cocina. En su cara se podía ver una gran sonrisa, como la que tenía cuando destruyeron todos los establecimientos de la calle y lo entendí.

Comprendí que su sonrisa durante la reconstrucción no era para contagiar esperanza, sino derivada de la sensación de poder, de ser la causante de todo aquel sufrimiento.

Me había dejado engañar de nuevo.

Justo cuando la señora Chang desaparecía de mi vista con Jia-Bang, me señaló con el dedo.

‘Cogedle.’

Intenté escapar, pero no lo logré.

‘Lo siento, James, pero eres demasiado peligroso para tenerte rondando por el restaurante. Ya nos has costado demasiado. Vas a hacer compañía a un viejo amigo tuyo.’

Abrió una compuerta en el suelo de la cocina que ni siquiera había sospechado que existía y me arrojaron dentro. El hedor era terrible, mucho peor que el de mis primeras entradas a la sala de matanza.

Vomitó y el nauseabundo olor solo empeoró.

Me encontraba en un cubo casi perfecto de no más de dos metros cuadrados, con una sola bombilla en un lateral y las paredes blancas. A mi lado, tan cerca que lo tocaba si me movía, estaba el cuerpo descompuesto de Li Chang.

Cerraron la compuerta y oí como ponían algo pesado encima para que no pudiera salir. En los primeros minutos en el zulo, solo pude pensar en mi estupidez y en cómo había pasado por alto el olor de Li Chang.

Me di cuenta de que no importaba y me centré en mi única ventaja y cómo aprovecharla. Mis captos desconocían que ya había estado en una situación parecida. Además, sabía que, si tenía paciencia, aparecería la oportunidad de escapar.

Una vez me acostumbré al olor realicé que había estado en situaciones peores. De hecho, la luz se mantuvo encendida y vi algunos de mis libros en el zulo, o sea que podría entretenerme.

Sin embargo, cansado, decidí que necesitaba conservar energías si quería escapar y pensé cómo, en mi situación, era una suerte no sentir nada.

28

Pasé las primeras horas de mi nuevo encierro pensando en Eva por primera vez en meses. No era que no la hubiera recordado, sino que el presente no me permitía habitar mi propio pasado. En mi situación, necesitaba mirar hacia delante y nada más importaba.

Sin embargo, en mi encierro, volví una y otra vez a Eva, a su recuerdo, a su imagen y, sobre todo, a nuestro reencuentro que, últimamente, había obviado demasiado. Si no me permitía darle la importancia que se merecía a mi reencuentro con Eva –a ella misma–, jamás podría recuperar mis sentimientos a su lado.

Finalmente, con todo aquello danzando en mi cabeza, me dormí. Me desperté sin hambre –lo cual me hizo pensar que no debía haber pasado demasiado tiempo– y, aunque el espacio era reducido, encontré la forma de relajarme y practicar yoga. Después, leí e intenté reservar energía para escapar.

Considerando mi situación, estaba bastante cómodo porque, mientras mi cuerpo resistiera, no tendría problemas para aferrarme a la posibilidad de salir de allí con vida.

Después de un tiempo indeterminado decidí volver a dormirme y solo abrí los ojos cuando noté algo arrastrándose en mi cara. Dos gusanos habían abandonado el cuerpo de Li Chang para visitarme. Los aparté y noté que estaba hambriento.

Si no me traían agua y comida moriría allí, estaba claro, pero aquello no dependía de mí, así que continué de la misma forma. Desde luego, en mi situación, no sentir miedo, ni desespero, ni impotencia era una ventaja.

Aproveché para leer y descubrí que, en un lugar sin distracciones, era capaz de meterme en las tramas como cuando era niño, como si nada más existiera.

Poco después, cuando el hambre se hizo insostenible, recordé un pasaje que había leído en el libro que me había prestado el abuelo Huang –*Todo en esta Tierra está incluido en el ciclo de la vida, incluso la materia inanimada. El agua, la tierra y el calor, hacen crecer las patatas o las uvas, que a su vez se convierten en chips y vino, que son consumidas, y vuelven a cambiar dentro de nuestro organismo, convirtiéndose en energía. Finalmente el cuerpo se disuelve de vuelta al barro, en un proceso infinito*– y me di cuenta de que

tenía una fuente de alimento justo a mi lado: los gusanos.

Cogí unos cuantos y me los metí en la boca. La textura era extraña, pero por lo demás no estaban mal.

Con el hambre bajo control, me centré en algo más complicado: la falta de agua. Comprobé las paredes del zulo en busca de humedad y, de repente, oí un ruido encima de mi cabeza y me puse en guardia.

La trampa se abrió y vi a un Tong que me traía comida y agua. Me incorporé, le partí el cuello y salté hacia la libertad. Sin embargo, la señora Chang me esperaba a una distancia segura, apuntándome con una escopeta y flanqueada por un Tong que amenazaba a Jia-Bang con un cuchillo.

Calculé rápidamente las posibilidades de salir airoso de un ataque y desistí. Me metí en el zulo, de pie, con la trampa abierta.

La señora Chang se me acercó y me explicó sus intenciones.

‘Como sé que aquí dentro no me sirves de nada, quiero proponerte un trato. La muerte se te da bien, eso está claro,’ bajó su arma un instante, consciente de que era imposible que llegara a ella a tiempo. ‘Mata para mí y te dejaré vivir.’

‘Lo siento pero no. Si tengo que morir lo haré.’

‘Lo sé, pero déjame que termine y estoy segura de que no rechazarás mi oferta—’

‘No creo que haya nada que me interese. Así que si me quiere matar, hágalo.’

‘No quiero... Pero lo haré si es necesario,’ cambió a un tono más amable. ‘Escúchame: si matas a las personas que te mande, te prometo que cuando termines, te daré lo que me pidas y dejaré que te vayas.’

‘Ya le he dicho que no.’

‘Además, si no colaboras, te dejaré morir de hambre en ese zulo, mataré a tu amiguito Jia-Bang y su cadáver te hará compañía.’

‘No mataría a Jia-Bang, es su hijo.’

‘Nieto del hombre que me violó en incontables ocasiones. ¿Crees que tengo algún tipo de cariño por él? Si es así es que eres un idiota.’

Me di cuenta de que, aceptando el trato, mis posibilidades de supervivencia aumentaban. Si la señora Chang cumplía su palabra, me pagaría el billete a Londres; y si no, tendría más libertad para escaparme.

Asentí para aceptar la oferta.

‘Evidentemente, seguirás aquí encerrado entre trabajos y solo saldrás bajo vigilancia, pero se te alimentará como es debido y podrás estirar las piernas

dos horas al día. ¿Te parece aceptable?’

‘Me lo parece.’

Me volví a meter en el zulo, la compuerta se cerró y me bebí la mitad del agua de un trago. Luego, comí un poco y continué leyendo.

La siguiente ocasión en que la trampa se abrió para traerme comida, me dirigí al Tong que me la traía.

‘¿Qué día es hoy?’

Miró hacia un lado pidiendo permiso y me contestó: ‘Miércoles.’

Había pasado cuatro días encerrado y me sorprendí de lo bien que lo llevaba.

‘Mañana tendremos el primer trabajo para ti, prepárate,’ la señora Chang me recordaba que nada era gratis y que tendría que ganarme mi supervivencia.

Efectivamente, la siguiente vez que me abrieron, la señora Chang me explicó cómo iba a funcionar nuestro arreglo:

‘Buenos días, James, espero que estés preparado. Estos dos hombres te acompañarán al lugar en que tienes que realizar tu trabajo y te indicarán a quien tienes que eliminar.’

Asentí y me fui con mis vigilantes. Eran altos, de hombros anchos y siempre mantenían un semblante serio, como si sonreír no estuviera incluido en su forma de vivir. Vestían completamente de negro pero no me impresionaron porque si hubiera querido los hubiera eliminado con facilidad. Sin embargo, de momento pretendía comprobar si la señora Chang cumplía con su parte del trato para abrir un poco más el abanico de mis posibilidades.

Subimos a un Ford Deluxe del 36 negro y me senté detrás con uno de los hombres.

‘El hombre del que te vas a encargar pertenece a la mafia irlandesa,’ el conductor empezó a hablarme como si necesitara convencerme de algo. ‘Son enemigos de los Tong pero, además, son terroristas y vuelan edificios del gobierno. Mucha gente muere a sus manos.’

‘No me importa en absoluto,’ le dije lo que pensaba. ‘Cuando volvamos, ¿podréis darme un periódico de hoy? Me gusta mantenerme informado.’

‘No sé si será posible,’ me dijo el que tenía sentado al lado, intentando mantener su posición de control.

Aparcamos, me bajé del coche y me señalaron el bar al que tenía que entrar, el típico lugar que imitaba las tabernas inglesas.

‘Es un hombre joven, pelirrojo. Tiene una pierna de madera, o sea que no será demasiado difícil de reconocer. Existe la posibilidad de que esté con sus hombres, que intentarán defenderlo.’

‘Eso no me preocupa. Lo que no quiero es que puedan reconocerme. Después de estos trabajos yo tengo que seguir con mi vida.’

‘Tranquilo, chaval,’ se rió el que había estado sentado a mi lado en el coche, ‘nosotros tampoco queremos que te reconozcan y nos sigan a The Lucky Dragon. Toma,’ y me alargó un pasamontañas de los que usaban los esquiadores.

Usarlo con el calor que hacía no era ideal, pero tenía que pasar desapercibido. Mientras me lo ponía, se me ocurrió una idea: si mataba a mis objetivos con la máxima brutalidad, quizás le daría a la gente algo en lo que centrarse para olvidar al asesino de Savannah. Desde luego, merecía la pena intentarlo.

El conductor me dio un cuchillo y los dos se apartaron un poco de mí, confirmándome que su control era poco más que apariencia.

Sin perder más tiempo, me dirigí al bar.

Dos hombres intentaron detenerme en la puerta pero acabé con ellos e inmediatamente reconocí a mi objetivo. Se había levantado de su mesa e iba cojeando hacia la puerta trasera.

Aceleré el paso y le corté el cuello al último que se interpuso.

Segundos después, atrapé a mi objetivo y le clavé el cuchillo en el ojo derecho.

Mientras caía al suelo, pensé qué podía hacer para ganarme un nuevo nombre en los titulares y enseguida se me ocurrió.

Recuperé el cuchillo, corté su cabeza pelirroja a pesar del esfuerzo extra y la cogí por el pelo. Entonces, salí a la calle y se la tiré a mis acompañantes, que estaban fumando tranquilamente apoyados en el coche. Uno de ellos dejó caer el cigarrillo y lo recogí del suelo.

Me quité el pasamontañas, subí al coche y me puse a fumar.

‘Estás loco.’

‘Simplemente hacía mucho tiempo que no fumaba, me apetecía,’ cultivar aquel personaje extraño podría darme ventaja en el futuro. ‘¿Ahora puedo tener mi periódico?’

‘Claro que sí. Pararemos a comprártelo. No hay ningún mal en ello,’ se convenció a sí mismo el mismo hombre que antes de mi actuación se había negado firmemente.

Con el paso del tiempo y el verano acercándose, el zulo se convirtió en un horno insoportable. El olor de Li Chang empeoró y la población de gusanos aumentó tanto que, cuando estaba aburrido, me dedicaba a matarlos para que no se arrastraran por mi cuerpo.

La rutina implementada después de mi primera misión, se mantuvo durante semanas. Un par de días en el zulo saliendo un par de horas, un trabajo para la señora Chang, un *regalito* macabro y un periódico en el que seguía apareciendo un pequeño anuncio para recordar que el asesino de Savannah seguía suelto. Sin embargo, la frecuencia de la noticia empezó a disminuir y, en ocasiones, ni siquiera se mencionaban los eventos de Savannah.

Las misiones en sí se sucedieron de distinta forma. Las hubo sencillas y complicadas; me dispararon y me rajaron; me dieron el lugar equivocado y lidié con horarios erróneos; pero finalmente salí vivo de todas.

A pesar de mis éxitos, después de recibir un disparo, convencí a la señora Chang para que me dejara llevar un revólver.

‘No puede pretender que entre en lugares donde no sé qué esperar armado solo con un cuchillo. Supongo que no quiere perder a su mejor arma.’

‘¿Has usado alguna vez un revólver o cualquier arma de fuego?’, sonrió.

‘No con regularidad...’

‘Entonces, ¿qué pretendes?’

‘Podría aprender a dispararla.’

‘Claro... Como si fuera a dejarte cerca de mí con un revólver cargado.’

‘¿Piensa cumplir su promesa de darme lo que quiera cuando terminemos?’

‘Por supuesto.’

‘Entonces no tiene que temer nada de mí,’ en aquel juego los dos decíamos lo que el otro quería escuchar, sin preocuparnos de si era la verdad.

‘Les diré a Cho y a Li que te enseñen,’ aceptó la señora Chang.

Cho y Li eran los dos hombres que me acompañaban a los trabajos y, en los siguientes días, me enseñaron a desenvolverse con un revólver. Me explicaron qué debía hacer, cómo debía poner las manos, cómo apuntar, cómo recargar y todo lo necesario. *Pero lo más importante es que no tengas miedo, que abandones tus sentimientos en el momento de apretar el gatillo porque esa es la causa de la mayoría de errores,* me informó Cho.

Evidentemente, aquello no me supuso ningún problema y, en un par de sesiones, dejé de fallar. Las seis balas iban exactamente donde quería y

empecé a llevar un revólver a todas mis misiones para la señora Chang.

En las siguientes salidas, el revólver acabó convirtiéndose en parte de mí y estaba cómodo con él. A pesar de todo, cuando había terminado con mis víctimas, siempre daba mi toque personal con el cuchillo para que los periódicos continuaran hablando de mí, diluyendo el recuerdo del *asesino de Savannah*.

Después del sexto trabajo, la oleada de muertes entre los mafiosos más notorios de la ciudad empezó a cobrar importancia, con opiniones de todo tipo. Unos creían que un justiciero limpiaba la ciudad y que había que aplaudirle; y otros me creían un perturbado. Estaba convencido de que había originado el debate que, a la larga, acabaría con las noticias de la matanza de Savannah de una vez por todas.

En los siguientes dos meses, once encargos más y, con todo el espacio dedicado en los periódicos a mí, había desaparecido por completo el anuncio sobre mi búsqueda por lo sucedido en Savannah.

Por fin la posibilidad real de escapar existía. Nadie me buscaba y, por tanto, me preparé para huir a la menor oportunidad. Sin embargo, la señora Chang se me adelantó:

‘Este será el último. Si consigues acabar con él te daré el dinero que me pidas y serás libre.’

Asentí y me fui con Cho y Li, que me llevaron al Waldorf Astoria y me dijeron que mi objetivo estaba dentro de la suite presidencial.

‘Tendrás que apañártelas para llegar hasta él y acabar el trabajo.’

‘No pretenderéis que entre en el Waldorf Astoria con estas pintas.’

No me había afeitado ni cortado el pelo desde que vivía en el zulo y, evidentemente, mi traje estaba hecho jirones.

‘Llebadme de vuelta al restaurante, dejad que me prepare, y cumpliré con el trabajo.’

Cho y Li se miraron.

‘Supongo que tienes razón,’ sentenció el primero.

sDe vuelta a mi antigua habitación en The Lucky Dragon, el tiempo parecía haberse parado. Nada había cambiado desde que la había abandonado y me reencontré con mis pocas pertenencias: mis trajes, mis zapatos y el regalo de mi padre, que sostuve unos instantes en mis manos para ver si me hacía sentir algo.

No lo hizo.

Me aseeé y me vestí. No me afeité porque la barba se había convertido en parte de mi uniforme, pero me la recorté.

Cuando terminé volvía a ser James Wells, el tipo de persona que podía moverse con libertad en el Waldorf Astoria.

De nuevo en la puerta del hotel, Cho me alargó un maletín de mano, de piel, que parecía nuevo.

‘Dentro hay todo lo que necesitas,’ me dijo y supuse que contendría armas.

Entré, el reloj de la recepción me dio la bienvenida y el mismo hombre que me había delatado a la policía meses atrás simplemente me dio los buenos días, sin reconocirme.

‘Súbame a la última planta,’ le dije al mozo de ascensor.

‘¿Va a ver al senador?’

‘Sí,’ fue una respuesta instintiva, pero inmediatamente pensé si era buena idea eliminar a un cargo público por orden de la señora Chang.

No lo había pensado antes pero la situación no me permitía variaciones, así que decidí seguir como siempre: realizar el mejor trabajo posible en las condiciones presentes.

El ascensor llegó a la última planta y vi a dos hombres custodiando la puerta de la suite. No iba a resultar una tarea sencilla.

De lejos, me preguntaron quién era.

‘Solo vengo a ver al senador.’

‘¿¿Que quién es usted?!’

‘Solo vengo a traerle unos papeles al senador,’ ya estaba casi a su altura. Sabía que no podía fallar. ‘Verán, tengo una propuesta para él.’

Abrí el maletín como si fuera a enseñarles unos papeles, cogí el cuchillo y les corté el cuello sin pensármelo. Agarré a uno de los vigilantes para que no golpeará el suelo, pero el otro cayó.

Por suerte, la moqueta amortiguó el ruido.

Abrí la puerta de la suite sin saber qué esperar pero, desde luego, lo que me encontré me sorprendió. Sentado en un sillón justo delante de la puerta, con un libro en la mano, estaba el senador.

Apartó el libro, me miró fijamente a los ojos y me quedé paralizado sin saber por qué:

‘Buenos días, soy el senador Johnson. Supongo que puedo tutearte en estas condiciones,’ no esperó respuesta. ‘Te estaba esperando. Tengo una propuesta

para ti.’

29

En el interior de la suite del senador Johnson, todo me pareció tan irreal que tuve la sensación de estar soñando. No sé por qué, pero fue lo que pensé. La iluminación, la decoración, el extraño silencio; todo era peculiar. De hecho, el sillón marrón de brazos anchos presidía la escena como si fuera lo único que existía en el mundo, lo único que importaba, el completo centro de atención y, si alguien me hubiera preguntado, habría jurado que la suite estaba envuelta en niebla.

El senador Johnson era un hombre mayor, imposiblemente delgado, vestido impecablemente y con una gran seguridad en sí mismo. Sus ojos eran tan negros que su color se fundía con el de sus pupilas, creando una mirada única.

De hecho, el halo de imposibilidad que desprendía la escena no me permitió pensar con claridad hasta que, unos segundos, después, logré sacudirme la sensación –que desapareció al mismo tiempo que la niebla que envolvía la escena–. Justo entonces, como si lo hubiera ensayado, el senador me habló en un acento desconocido, exótico:

‘Como te he dicho: tengo una propuesta para ti. Sé quién eres y el trabajo que estás haciendo para los Tong. Aunque quizás sería mejor precisar: sé el trabajo que haces para la señora Chang.’

Seguí acercándome, amenazante, pero el senador se mantuvo tranquilo.

‘Si me matas no sabrás qué pasa aquí. Además, nunca abandonarás el edificio. La policía ha sido pertinentemente informada de quién eres y te apresaran en cuanto te vean. Evidentemente, también puedo hacer que todo se olvide.’

Me detuve porque mi libertad era lo único que me quedaba.

‘Te explicaré la situación claramente. Sé que mataste a algunos Tong que molestaban en tu restaurante y que luego, por eventos que desconozco, pasaste a trabajar para ellos. No me malinterpretes, no es que me queje porque hasta ahora has eliminado a casi todos los capos mafiosos de la ciudad... Pero no puedo dejar que me mates porque, si lo haces, los Tong reinarán sobre la ciudad. ¿Lo entiendes?’

Asentí.

‘Bien. Supongo que querrás saber cómo sé quién eres y a qué te has dedicado todo este tiempo,’ prosiguió a pesar de mi silencio. ‘He tenido un espía dentro del restaurante durante algún tiempo. Huang me informaba de los

acontecimientos y no fue difícil atar cabos cuando me contó lo de tu herida de bala. Fue una lástima que muriera. Tengo entendido que teníais una buena relación.’

El senador esperaba algún tipo de reacción por mi parte pero no la obtuvo y cambió el tono de su discurso.

‘Me gustas, James. De hecho, me gusta la juventud. Me gustaría poder controlar la energía de los jóvenes,’ se dio cuenta de que se había desviado del tema y volvió a los fríos hechos. ‘Supongo que te preguntarás qué tiene que ver un hombre como yo con el abuelo Huang. Es muy sencillo: cuando éramos niños, los dos fuimos vecinos en Inglaterra. Nos hicimos muy buenos amigos. Mucho más de lo que deberían un occidental y un asiático, pero aún no entendíamos aquellas distinciones... Y aunque parezca mentira, hemos mantenido el contacto y la amistad todos estos años. Además, teníamos gustos en común, compartíamos ciertas... aficiones difíciles... Podríamos decir... Y eso une a las personas.’

‘No me importa. Nada de esto explica qué quiere de mí.’

‘Tienes razón. Lo siento, James. Los mayores tendemos a explicar nuestras historias cuando, en realidad, no son necesarias. La cuestión es que sé quién eres y lo que has estado haciendo,’ pausó un momento, como si lo único importante de toda la conversación fuera lo que iba a decir a continuación. ‘Me gustaría que mataras a la señora Chang. La ciudad se vería beneficiada. Además, no creo que tú y ella seáis amigos, ni que estéis de acuerdo... Simplemente haces lo que haces porque no tienes más opción.’

‘¿Y cómo saldré de aquí sin una prueba de haberle matado? Si no me creen, no tendré opción de hacerle nada a la señora Chang. De hecho, lo más probable será que me encierre y no vuelva a ver la luz del sol.’

‘No me gustaría que me cortaras alguna parte del cuerpo como prueba de mi muerte pero si de verdad necesitas esa prueba, lo podemos arreglar fácilmente. Mañana todos los periódicos importantes de esta ciudad publicarán la noticia de mi muerte. Así la señora Chang creerá que has hecho tu trabajo. Además, me encargaré personalmente de dar los detalles. Te dejaré en buen lugar.’

‘Esa información tardará en llegar a la señora Chang...’

‘Y mientras, te hallarás en zona de peligro. Ese es el riesgo que debes asumir por hacer lo correcto.’

Seguía interesado en mantener varias opciones de futuro abiertas, así que accedí al plan del senador.

‘Pero necesito otra opción por si esto falla. Necesito que me dé algún tipo de cuchillo pequeño, algo que pueda esconder.’

‘¿Te sirve mi navaja militar?’

Me extrañó que el senador sacara una navaja militar de su chaqueta, pero me la guardé en el bolsillo interior, donde sabía que, a aquellas alturas, Cho y Li no comprobarían si llevaba algo escondido.

Me marché sin más porque asumí que, si el senador estaba tan bien informado como parecía, no merecía la pena amenazarlo porque conocía perfectamente las consecuencias de engañarme.

Salí del hotel al encuentro de Cho y Li, que me esperaban tranquilamente a una manzana del hotel. Podría haber escapado durante el trayecto, pero todavía creía que podría irme llevándome mis pertenencias. Sobre todo, el regalo de mi padre. No era un tema sentimental, sino de pragmatismo, de mantenerme cerca de las cosas importantes para cuando recuperara mis sentimientos.

‘¡Vienes con las manos vacías! ¡No has traído ninguna prueba! ¡¿Me quieres decir qué cojones está pasando aquí?! Sabes perfectamente cómo funcionan las cosas,’ me recibió Cho.

‘Supongo que pretendíais que saliera del hotel más lujoso de la ciudad con una cabeza cortada en mis manos. Y de paso, dejando un rastro de pequeñas gotas que dirigiera a la policía hasta este lugar.’

‘¿Cómo sabemos que no nos mientes, que has matado al senador?’

‘De momento, tendréis que creerme. Esta muerte era distinta a las demás y, por lo tanto, se merece un desenlace diferente.’

‘No lo entiendo.’

‘¿Es el senador famoso en la ciudad?’, le di el maletín con el cuchillo y el revólver a Cho.

‘De los más populares.’

‘Entonces supongo que su muerte no pasará desapercibida...’

Los dos se miraron y entendieron lo que les quería decir.

‘Tienes razón,’ me dijo Cho mientras me cacheaba con desgana. ‘Sabes que tengo que hacerlo. Por precaución.’

‘Por supuesto, si no lo hicieras, te perdería el respeto.’

Cho, como siempre, se saltó los bolsillos interiores de la americana y no notó el pequeño bulto de la navaja.

De vuelta al restaurante, Cho informó a la señora Chang de los cambios en el plan habitual y se le borró la sonrisa que exhibía. *Devolvedlo al zulo,*

ordenó a sus hombres y yo interpreté mi parte lo mejor que pude.

‘¡Me prometió que me soltaría! ¡He hecho todo lo que me ha pedido! ¡Tiene que soltarme!’

La señora Chang me miró y uno de sus hombres la ayudó a apartar el congelador que tapaba la trampilla de mi zulo.

‘¡Mañana verá los periódicos y sabrá que se ha equivocado!’

Me estiré en el zulo, que estaba a oscuras, y escondí la pequeña navaja que me había dado el senador en el cuerpo putrefacto de Li Chang. No pasaría demasiado tiempo hasta que supiera cuál de mis opciones de escape se cumpliría.

No me trajeron agua, ni comida, ni me dejaron salir hasta que, la mañana siguiente, la trampilla se abrió y pude ver a la señora Chang sosteniendo un periódico. **SENADOR ASESINADO**, se leía en letras enormes. El senador Johnson había cumplido su palabra y había llegado el momento de comprobar si la señora Chang también había sido tan honesta.

‘Has cumplido tu parte del trato, James.’

‘¿Cumplirá usted el suyo?’

‘Lo he estado pensando... De verdad,’ paró un instante aunque evidentemente tenía decidida su respuesta de antemano. ‘Y no puedo hacerlo.’

Otro camino, otro plan. Me abalancé sobre ella para matarla pero Cho y Li lo intervinieron rápidamente y me metieron de nuevo en el zulo. Mientras lo hacían, oí como la señora Chang decía:

‘No te puedo dejar libre con toda la información que posees de nosotros.’

Sin mis dos primeras opciones operativas, pasé a la tercera. Recuperé la navaja del cadáver de Li Chang y la limpié de restos con jirones de su ropa.

Después, con gran esfuerzo a causa de mi posición, arranqué el radio derecho de mi compañero de habitación y dejé el hueso perfectamente limpio.

Empecé lentamente a afilar el radio con la navaja para crear un arma más efectiva. No tenía prisa porque sabía que, cuando alguien abriera la trampilla, estaría preparado.

Cuando se apagó la luz, simplemente continué a oscuras.

Pasaron horas –probablemente días– y pensé que iba a morir allí. Mi energía se agotaba y, cuando apareció mi oportunidad, ya me había dado por vencido.

Sin embargo, me activé rápidamente cuando oí el congelador, arrastrándose.

En cuanto se abriera la trampilla, saltaría y mataría a quien me encontrara. La luz lo inundó todo, cerré los ojos y atacué.

Inserté el hueso en la carne de mi captor y noté cómo su respiración se apagaba. Lo dejé caer y abrí los ojos para continuar luchando, pero estaba solo. La señora Chang nunca dejaba que sus hombres se enfrentaran a mí solos, así que me costó unos segundos procesar lo que había sucedido.

Miré al suelo y me di cuenta de mi error: en un creciente charco de sangre estaba Jia-Bang y, a su lado, un bol lleno de arroz derramado que supuse era para mí.

Prioricé. Me comí el arroz sin importarme que estuviera parcialmente empapado en sangre porque necesitaba energía.

Terminé, reposé un par de minutos y tiré el cuerpo de Jia-Bang al zulo. Arrastré el congelador de nuevo a su posición, fui a mi habitación, metí mis pertenencias en el baúl y lo cargué todo en el coche que Cho y Li usaban para trasladarme.

Después, subí a la habitación de la señora Chang –que estaba en la cama con Cho– y los apuñalé a los dos en el corazón. Por un instante pensé en perdonar la vida al señor Chang, que dormía plácidamente en la habitación contigua, pero decidí que no podía dejar testigos y le clavé el cuchillo en el ojo para que no sufriera.

Por último, cogí todo el dinero del restaurante y puse rumbo al Waldorf Astoria. Pensé que el fin de mi estancia en The Lucky Dragon debería haber despertado algún sentimiento en mí, pero, a pesar de todo lo sucedido, continuaba vacío.

Ya en el Waldorf, pedí que me pusieran con el senador Johnson, que me hizo subir a su suite. Fue entonces cuando me di cuenta del poder que ostentaba el senador porque, a pesar que los periódicos publicaban su muerte, él estaba allí como si nada hubiera cambiado. Desde luego, había alcanzado su posición con algo más que votos y tendría que mantenerme alerta.

‘Buenos días, James, ¿te apetece un café?’, me dijo nada más verme.

Uno de sus sirvientes me sirvió una taza y, al mismo tiempo, como si lo hubieran ensayado, el senador me señaló un sillón.

Me dejé caer en el asiento y sorbí el café. Estaba exhausto, al borde de perder la conciencia. Resistía por pura fuerza de voluntad.

‘¿Quieres un Lucky? Creo que es tu marca...’ Lo cogí y me lo encendí con un mechero que me dio el senador. ‘Parece mentira cómo lo echamos de

menos, ¿verdad?’

Asentí mientras exhalaba el humo y me incorporé un poco en el sillón. Bebí otro trago de café y noté algo de mejoría. Fue entonces cuando empezó la conversación real.

‘Supongo que el trabajo está hecho, ¿verdad?’

‘Si no fuera así no estaría aquí.’

‘Lo sé. Te conozco porque me veo reflejado en ti. Te noto cansado. Te voy a decir lo que vamos a hacer... He reservado la suite del piso inferior... Así que ve a tu habitación, báñate, relájate y descansa. Esta noche cenaremos juntos y me podrás pedir que cumpla mi parte del trato. Si te parece bien, claro.’

Fuera estaba amaneciendo el viernes, así que, si mis cálculos eran correctos, el barco que me llevaría a Londres zarparía el mediodía siguiente. Podía permitirme el lujo de recuperar energías. Ya tendría tiempo de llegar al puerto, comprar un billete –o hacer lo que fuera necesario– y embarcar.

Bajé a mi suite y, después de inspeccionarla por si el senador me tenía preparada alguna sorpresa, me estiré desnudo en la cama.

Me dormí inmediata y profundamente.

30

Me levanté a media tarde, me bañé, me arreglé la barba y decidí comprar el billete a Londres la misma mañana en que partía el barco por si alguien me esperaba como la última vez. No lo creía, pero cuanto menos tiempo pasara entre la compra y la marcha, menos posibilidades de fracaso. Al fin y al cabo, si no había billetes, siempre podría esperar otra semana.

Pasé el resto de la tarde leyendo hasta que fue hora de subir a la suite del senador Johnson.

Allí, el senador me esperaba en el mismo sillón de siempre. Bebía de un vaso de whisky y me ofreció uno. *Gracias pero no*, le respondí pensando en no alterar mis sentidos. Conocía de primera mano qué sucedía cuando la gente bebía demasiado y quería mantener el control.

‘Me alegro de que aceptaras mi invitación. No me gustaría que te quedaras con la imagen de que solo te he utilizado.’

‘Quizás yo también le he utilizado.’

‘Quizás...’, se levantó y cogió un libro de su biblioteca para hojearlo, cómodo en nuestra situación. ‘¿Te gusta leer, James?’

‘Siempre ha sido una de mis pasiones.’

‘Es curioso que lo expreses así porque, cuando lo dices, no percibo ninguna pasión en ti. Estoy seguro de que no te gusta que la gente descubra lo que piensas.’

No dije nada porque creí que dejar que bebiera y hablara era el mejor curso de acción para descubrir más sobre el senador.

‘Me gusta que no seas transparente, James. En general, cuando miro a las personas sé exactamente qué esperar de ellas, qué piensan, cuáles son sus ambiciones y qué quieren de mí. Contigo ha sido diferente.’

‘Pero ahora sabe que puede confiar en mí...’, asintió y pensé que a mí también me costaba leer sus intenciones.

‘Ahora que has hecho de mi ciudad un lugar mejor no me queda ninguna duda sobre ti.’

En aquel momento, nos interrumpió un sirviente para anunciarnos la cena y nos sentamos a la mesa. Era larga, para más de quince comensales, pero nuestros servicios estaban uno al lado del otro. El del senador en la punta de la mesa y el mío a su lado derecho. Todo estaba preparado con esmero, pero sin opulencia. Simplemente, cada utensilio en su lugar y con un propósito

claro, sin elementos superfluos. Al verla, pensé si era necesario para una simple cena para dos, pero agradecí el cambio respecto al zulo.

La comida constó de una ensalada Waldorf –qué mejor sitio para comerla por primera vez– y del roast beef con gravy más jugoso que hubiera probado.

‘Espero que no tengas mucha hambre porque suelo cenar frugalmente... Aunque la cocinera siempre podría prepararte algo más...’

Desde luego, comparado con los gusanos del cuerpo de Li Chang, no había ninguna forma en que yo pudiera considerar como frugal aquella cena, pero no dije nada.

Durante la cena, el senador Johnson no paró de beber vino y, lentamente, empezó a importarle menos qué me contaba.

‘Bebes demasiado poco, James. Tienes que aprender a relajarte, a dejarte llevar. Los hombres como nosotros, los que no dejan que el azar guíe su vida, los que crean su propia suerte, deben aprender a dejar las responsabilidades a un lado.’

‘Los hombres como nosotros debemos luchar siempre por un mundo mejor. Sí, he dicho siempre. No podemos elegir nuestras batallas como los hombres normales. Las batallas, los retos, se presentan ante nuestros ojos como gladiadores en la antigua Roma y debemos hacerles frente para hacer lo correcto, lo que está bien.’

‘Aunque, a veces, para hacer lo correcto haya que ponerse al nivel del mal, de los malvados, para seguir sus tácticas. No pasa nada. Tú y yo vamos a ir al Infierno por lo que hemos hecho, James. Pero no importa. Porque si con nuestros actos hemos llevado una mejoría a las personas buenas de este mundo, entonces iré al Infierno a gusto. ¿Tú qué opinas, James?’

‘Que el Infierno no existe.’

‘Eso es lo que los hombres como nosotros, que cometemos actos reprobables en nombre del bien, en nombre de la mejora, queremos creer. En ocasiones, pienso que es probable que lo que hemos hecho bien supere a nuestros malos actos y que el Creador nos perdonará. Pero entonces me doy cuenta de que no será así y pienso: *¡Que se joda!* Pienso vivir mi vida como creo que debe hacerlo. Y si de vez en cuando me permito algunas indulgencias, ¿quién es Dios para juzgarme? Al fin y al cabo, es Él el que permite que este mundo esté como está y que la gente actúe como lo hace, ¿verdad?’

Asentí a pesar de que el senador no parecía esperar una respuesta.

‘Hay ocasiones en que debemos dejarnos llevar por nuestros pequeños

vicios, James. Como premio por el duro trabajo que realizamos. Al fin y al cabo, si vamos a ir al Infierno de todas formas, ¿qué importa? Yo tengo debilidad por los jóvenes, si se me permite decirlo, ese es mi vicio.’

No entendía sus referencias sobre sus indulgencias ni sus vicios, pero sabía que antes de terminar la noche el senador no tendría secretos para mí porque, si continuaba bebiendo a aquel ritmo, me lo diría todo sin ningún esfuerzo.

Después de cenar, en la sala de estar, con el vino transformado en coñac, el senador continuó con su monólogo.

‘Vivimos en un mundo de contrastes. Cuando los ingleses lo dominaban, todo funcionaba mejor. De hecho, estar sometido no es malo si la persona que te tiene bajo su pulgar te cuida, te mimas y hace lo que es mejor para ti. Aunque tú no lo sepas, la persona que dirige tu vida lo hace en tu mejor interés. Simplemente porque sabe cómo es tu vida, como se supone que debe ser. Es por esa misma razón por la que está por encima de ti.’

El discurso estaba tomando un cariz clasista que no había detectado hasta entonces.

‘Si la gente se olvidara de la noción de libertad, de la necesidad de sentir que hacen lo que quieren, el mundo iría mejor. Si todos hicieran lo que sus superiores les ordenan no habría pobres, porque todos tendrían su lugar. Ese sí sería un mundo en el que vivir feliz.’

Estaba de acuerdo con el hecho de que el mundo sería mejor sin algunos elementos, pero había dejado de creer en las privaciones de libertad desde que había descubierto lo que realmente significaba no controlar mi propio destino. Era obvio que el mundo podía mejorar, pero pensaba que debía hacerse desde la educación, no desde la servidumbre.

‘Los negros y los pobres. Los negros, los pobres y los asiáticos... Todos ellos nos traen su mierda. Importan sus bandas mafiosas y la policía no hace nada... Y no actúa sencillamente porque cree que esas personas tienen el mismo derecho que nosotros a vivir en este lugar. ¡Mentira! Ese derecho se pierde en el momento en que tu vida está basada en el mal. Por esa razón los que están al mando deberían ser capaces de realizar sus planes sin impedimentos, sin trabas.’

Con cada trago de coñac, el senador se volvía más radical y, sin darse cuenta, se acercaba a aquellos que quería erradicar, a los que hacían del mundo un lugar peor.

‘Al fin y al cabo, James, los que tenemos tanta responsabilidad en nuestras

vidas, los que queremos hacer del mundo un lugar mejor y lo intentamos todos los días, nos merecemos algo. Algo que recompense nuestro trabajo diario. Algún tipo de carta blanca que nos permita seguir haciendo nuestra divina obra al día siguiente... Porque, viendo como Dios nos trata, alguien tiene que hacer su trabajo.'

Fue la prueba final de que el senador no era más que un demagogo que se engañaba a sí mismo. Tuve claro que, antes de marcharme, acabaría con él pero esperé para comprobar hasta dónde llegaba por defender sus creencias.

'Los hombres de grandes responsabilidades deben relajarse a lo grande, permitirse ciertos caprichos. Ser indulgentes con sus deseos por el bien mayor.'

Dos copas de coñac después, su sirviente entró en la sala.

'Ya está todo listo,' le informó.

'Gracias. Esos es todo por hoy, hasta mañana,' se levantó. 'Quiero compartir algo contigo por haberme ayudado a terminar con la señora Chang. Quiero agradecértelo, acompáñame,' se levantó. 'Estoy seguro de que te gustará lo que he preparado porque creo que nos entendemos. Antaño lo había compartido con Huang pero ahora no está entre nosotros. Sinceramente, Huang era mejor que yo en ese aspecto. Los rumores de su éxito me llegaron a Londres. Se decía que se hizo con su propia forma de matar el tiempo, con su propia esclava... Su propia forma de solucionar sus aficiones... Lo admiro por eso...'

Nos acercamos a las puertas abatibles que separaban la sala principal del dormitorio sin saber qué iba a suceder. Por un instante, creí que el senador pretendía que tuviera sexo con él y me dispuse a acabar con su vida allí mismo.

Sin embargo, antes de que pudiera actuar, abrió las puertas:

'Aquí lo tienes, todo para ti.'

Era peor de lo que había imaginado: en la cama, estiradas y medio desnudas, había tres niñas que no debían tener más de diez años. No sentía nada, pero no pensaba permitir que aquel hombre siguiera viviendo y, aún menos, que continuara pretendiendo que era un caballero de la sociedad, alguien que ayudaba a los demás.

'¿Te gusta lo que ves? Ya te he dicho que mi vicio es la juventud. Cuesta resistirse, ¿verdad? Tú y yo somos iguales.'

Lo golpeé y cayó al suelo como una piedra.

Acompañé a las tres niñas al lavabo y las encerré allí porque no quería

matarlas pero pretendía tener toda la noche para encargarme del senador como se merecía.

Levanté al senador Johnson y lo até con el cable del teléfono en su sillón preferido. Cuando me aseguré de que no iba a escaparse, cogí el cubo de hielo y lo vacié en su cabeza para despertarlo.

‘¿Qué cojones crees que estás haciendo?! ¡No sabes quién soy!’

Con calma, sin ninguna prisa, fui a la cocina de la suite y cogí un juego de cuchillos. Lo aposenté en la mesa de centro y los fui comprobando uno a uno.

‘¡No me das ningún miedo!’

Cuando encontré el que creí más oportuno, empecé con mi plan para que el senador sufriera todo el dolor posible antes del amanecer.

Empecé cortándole los dedos de los pies. Uno a uno, sin prisa. Para evitar que se desangrara por las heridas, cogí otro cuchillo y lo puse al rojo vivo. A medida que cortaba, cauterizaba. Al fin y al cabo, no quería que el senador muriera demasiado pronto.

Cuando terminé con los pies, pasé a las manos. Le arranqué las uñas antes de amputar sus dedos con un golpe preciso. Los gritos del senador atraían los chillidos de las tres niñas encerradas en el lavabo pero las visité con el cuchillo ensangrentado y no volvieron a oírse.

Terminé con las manos y me encargué de las orejas antes de cortarle la punta de la nariz, pelándola hasta el hueso.

El senador Johnson sudaba y sangraba a pesar de mis cauterizaciones, cada vez estaba más pálido y empezó a perder la consciencia más a menudo; pero no me importó.

Le bajé los pantalones y le cogí la polla con las manos.

‘Ahora... Ahora lo entiendo todo... Si querías tocar mi polla... Solo tenías que... Pedirlo...’, el senador me demostró que aún tenía energías para provocarme.

Levanté el cuchillo y le corté los cojones y la polla. Cuando terminé, con la sangre brotando de la herida, me apresuré a meterle su el miembro en la boca, para que se ahogara antes de desangrarse.

Sin embargo, no era suficiente porque, cuando encontraran el cuerpo del senador y las tres niñas en el lavabo, quería que todos entendieran el mensaje.

Le arranqué los ojos de las cuencas y se los apreté también en la boca.

Vomitó.

Me aparté un poco para ver la escena con perspectiva. El senador palidecía mientras la alfombra adoptaba el color rojizo de la sangre que iba

absorbiendo.

Me sentí saciado y, si aún hubiera sentido algo, habría sido satisfacción por haber librado a la sociedad de aquel hombre.

Registré la suite en busca de la caja fuerte y descubrí que el senador era un hombre confiado cuando encontré más de trescientos dólares en un cajón de la cómoda.

Cogí el dinero y una chequera que pensé que podría utilizar en un futuro para algún engaño. Desde luego, toda ayuda era bienvenida para instalarme en Londres mientras buscaba a Eva.

Di un último vistazo a la suite por si me olvidaba de algo, bajé una planta y fui a buscar mis cosas.

Eran las cinco de la mañana cuando abandoné el Waldorf Astoria para dirigirme al puerto.

Mientras conducía, pensaba si no quedaba ni una sola persona decente en el mundo, si nadie estaba libre de culpa. Quizás el mundo no tenía redención posible, ni yo tampoco.

Sin llegar a ninguna conclusión, me centré en buscar a Eva y en la recuperación de mis sentimientos. En aquel punto, no podía permitirme distracciones ni filosofía barata.

31

En el puerto, después de asegurarme de que era seguro, todo fue según el plan: había pasajes disponibles, pagué y recibí indicaciones para embarcar.

Un mozo llevó mi baúl hasta el barco y lo seguí para no perderme, abandonando el coche sin más.

Después de unos minutos, el mozo paró y se giró hacia mí.

‘Ya hemos llegado. Aquí lo tiene: el Britannic.’

El llamado Britannic era un buque inmenso que presentaba mucho movimiento. Montones de personas subían y bajaban por las pasarelas que conectaban su cubierta con tierra firme. En una de esas pasarelas, se comprobaban los pasajes y se había formado una larga cola.

Pensé si el hombre del acceso iba a darme problemas, pero no me importó. Esperé mi turno durante casi diez minutos observando con atención lo que sucedía en el puerto.

‘Buenos días, caballero,’ me recibió quien comprobaba los pasajes.

Le di mi billete y me fijé en lo impecablemente que iba vestido, con un uniforme lleno de bordados que le quedaba como un guante.

‘Siento la espera, pero en estos viajes siempre se producen retrasos. Al fin y al cabo, tenemos que alojar a más de mil quinientos pasajeros.’

‘Lo entiendo.’

‘Todo en orden. Espero que tenga un buen viaje, señor. Si necesita cualquier cosa, soy el capitán Jameson.’

‘Encantado, señor,’ y no pude resistir el comentario. ‘Uno podría pensar que el capitán tiene cosas mejores que hacer que recibir a los pasajeros de su barco.’

‘Es cierto... Pero siempre me ha gustado hacerlo. Pretendo que la gente se sienta como en casa. Este es mi hogar y quiero que sea el suyo en el tiempo que dure nuestra travesía.’

Asentí y subí al barco, donde un marinero me esperaba para acompañarme a mis aposentos con mi baúl.

Mientras lo seguía, tomé consciencia de lo grande que era realmente el Britannic. Llevábamos más de cinco minutos andando por la cubierta cuando me di cuenta de que tendría que explorar el barco para estar seguro. Al fin y al cabo, el tiempo que durara el viaje no habría lugares a los que escapar si algo salía mal y, por tanto, tenía que familiarizarme con el Britannic previendo

cualquier emergencia.

‘Este es un barco grande.’

‘Sin duda, señor, uno de los más grandes de su clase. El Britannic mide setecientos doce pies de longitud y ochenta y dos pies de ancho. Pesa más de veintiséis mil toneladas y se mueve con unos motores diésel Burmeister & Wein.’

Asentí.

‘¿De cuántos días consta nuestro viaje?’

‘Tardaremos ocho días en llegar a Southampton, señor. Y de allí solo unas pocas horas en llegar a Lond—’

Se detuvo para toser con una intensidad como nunca había visto y pensé si estaría enfermo.

Después de unos segundos, creí que tendría que avisar a alguien porque no se recuperaría, pero, de repente, me miró y me habló como si nada hubiera pasado.

‘Lo siento. Tengo una enfermedad pulmonar y a veces el agua del mar me afecta. Supongo que debe pensar por qué me hice marinero si el mar me causa este efecto... De pequeño siempre fue mi sueño pertenecer a la Marina. Como no me pude alistar por mi enfermedad, me puse a servir en un barco civil.’

‘Todos debemos perseguir nuestros sueños.’

‘Eso decía mi abuela,’ volvimos a dirigirnos hacia mi camarote. ‘Como le decía, tardaremos ocho días en llegar a Londres.’

‘Creía que por la ruta Atlántica se tardaban siete días.’

‘A pesar de seguir la ruta del Atlántico Norte, me temo que este viaje tiene una parada programada en Le Havre que hace que nos retrasemos un día. Espero que el señor no tuviera prisa.’

‘No. Ninguna,’ pretendía saborear el éxito que significaba haber llegado hasta allí, si es que aún era capaz de hacerlo.

Llegamos a mi camarote, el marinero dejó el baúl y quise darle una propina:

‘Toma. Esto es para ti.’

Saqué un billete de un dólar.

‘Lo siento, pero no aceptamos propinas. Simplemente hacemos nuestro trabajo. Si está contento conmigo se lo puede decir al capitán,’ y se marchó corriendo.

En aquel momento, fuera de mi camarote, con la brisa golpeándome suavemente la cara, parecía que todo iba a ir bien, como si aún quedara esperanza para el mundo —y para mí—.

De repente, unas sirenas de policía me pusieron en guardia. Me asomé por la borda y vi un coche patrulla parando al lado de la pasarela de acceso. Un agente se bajó del coche y corrió hacia el capitán, con el que habló unos segundos. Jameson, a su vez, mandó a un marinero que estaba a su lado a algún lugar corriendo.

Este volvió acompañado por el mozo que me había acompañado hasta el camarote y pensé que me iba a delatar. Sin embargo, lo subieron al coche patrulla y se marcharon sin más.

No entendí qué había sucedido, pero entré en mi camarote y me estiré en la cama.

Pensaba aprovechar el viaje para recuperarme del todo de los excesos que había sufrido mi cuerpo en The Lucky Dragon y, en el mismo instante en que noté el movimiento del barco, me dormí plácidamente.

Llegó la hora de cenar y salí de mi camarote descansado, con ganas de empezar mi nueva rutina. Pretendía moverme de noche para que no hubiera la posibilidad de que alguien me conociera, así que haberme quedado dormido me había ido perfecto.

Cuando encontré el comedor vi que estaba lleno. Todas las mesas estaban ocupadas por comensales vestidos con trajes de fiesta, como si la estancia en el Britannic fuera un evento social y no un simple viaje de un punto a otro del mundo.

Estaba decidiendo qué hacer –porque estaba claro que no me convenía dejarme ver– cuando las cosas se solucionaron solas.

‘Buenas noches, ¿le pasa algo, joven?’, era el capitán Jameson, que entraba en aquel momento. ‘Supongo que todos me deben estar esperando para empezar. Ha sido un día duro en el Britannic.’

‘Lo entiendo.’

‘Repito, ¿puedo hacer algo para ayudarle, señor? Simplemente dígamelo. Si está en mi mano, es suyo. Estamos aquí para hacer de su viaje lo mejor posible.’

‘No me siento demasiado cómodo con las multitudes. Y pensar en cenar aquí cada día... No realizo este trayecto como una fiesta, simplemente tengo como objetivo cruzar el Atlántico.’

‘Lo entiendo. Usted es de los pocos viajeros que nos usan como un medio de transporte, como un tren o un coche; y no como un método de codearse en la alta sociedad.’

‘Algo así, sí.’

‘No es usted el primero que quiere rehuir a estas personas que se preocupan tanto por las apariencias. Le podemos servir la comida y la cena en su camarote si lo prefiere.’

‘Sería realmente fantástico.’

‘No se preocupe entonces. Ahora mismo le diré a un mozo que se la lleve.’

‘Gracias.’

Volví a mi camarote con un par de giros equivocados y, cuando llegué, delante de mi puerta, había un mozo con una bandeja de comida.

‘Siento haber tardado tanto, es que me he perdido,’ le dije.

‘No se preocupe. Es normal los primeros días.’

Asentí y abrí para que entrara. Dejó la bandeja en la mesa diligentemente y se fue.

Me senté cómodamente y abrí la tapa de la bandeja de la comida. De primero había una verdura salteada y de segundo, ternera estofada con puré de patatas. Una comida sencilla que me sentó perfectamente.

Después, salí a familiarizarme con el barco.

Subí y bajé, entré y salí, fui desde la sala de máquinas hasta el comedor y, cuando me di por satisfecho con mi conocimiento general del Britannic, vi que empezaba a salir el sol y volví a mi camarote.

En aquella ocasión, no me perdí.

Me llamó la atención que incluso a aquella hora tan temprana hubiera gente mirando al horizonte. Lo hacían como si aquel gesto, aquella mirada, les fuera a devolver algún tipo de mensaje, como si les fuera a descubrir alguna verdad sobre la vida.

Entré en mi camarote y me dormí sin darle más vueltas.

Las siguientes noches pasaron de la misma forma hasta que, el día antes de atracar en Le Havre, la situación cambió.

Andando por la cubierta, cerca de uno de los bares, un hombre se me quedó mirando y vino hacia mí. Me alejé a un lugar tranquilo y el hombre me gritó:

‘¡Lo sabía! ¡Sabía que eras tú! He visto tu cara en el periódico. Quiero que sepas que...’

Le di un golpe, cogí su copa, la rompí contra la barandilla y le corté el cuello.

Cogí su cuerpo inerte antes que cayera al suelo y lo arrojé por la borda. Tiré el trozo de vaso manchado de sangre al mar y dejé los demás cristales en

la cubierta, para que todo el mundo creyera que había caído borracho al agua. Si había una investigación, nada apuntaría a mí, solo a un simple accidente.

Volví a mi camarote y di por terminada mi excursión nocturna. Solo faltaban dos días para atracar en Southampton y debía volver a acostumbrarme a vivir de día, así que me acosté.

El barco llegó a Southampton según estaba previsto –el domingo dos de julio– y un mozo me acompañó a coger el taxi que debía llevarme a la estación de tren, cargó mi equipaje, le dijo al conductor donde debía ir y el coche arrancó.

En pocos minutos habíamos llegado y estaba sentado en un vagón con otras tres personas. Dos mujeres mayores y una joven que iban a Londres para que la más joven encontrara pareja. Iban vestidas como si fueran a un banquete de boda y hablaban tanto que, antes de abandonar la estación de Southampton, ya me dolía la cabeza. Desde luego, si hubiera sabido que nadie me conectaría con aquel vagón, las habría matado allí mismo, pero decidí que no era sensato.

Me limité a poner mi mejor cara y puse en práctica mis artes sociales. La joven se veía claramente atraída por mí y las mayores estaban interesadas en saber si era un buen partido para ella.

Por suerte, el tren solo tardó tres horas en realizar el trayecto hasta la estación de Charing Cross con un único cambio de tren, lo cual fue bastante cómodo a pesar que de volví a sentarme con mis acompañantes.

Me bajé despidiéndome muy amablemente y, cuando ya estaba en el andén, una imagen me sobrecogió. Allí estaba Eva, con un vestido rojo y un sombrero rosa. Tan bella como la recordaba, como lo habría estado en mis sueños.

Fui hacia ella y vi que una mujer se interponía, la miré y también era Eva.

No entendía nada. Miré al resto de mujeres del andén, de la estación, y todas eran Eva.

Todas y cada una de ellas.

La cabeza me daba vueltas, me costaba aguantar el equilibrio. Pensé que estaba sucediendo y aquel fue mi último recuerdo de la estación de Charing Cross porque caí al suelo sin sentido.

Tercera Parte.

LONDRES

32

La caricia del sol en la cara me despertó. Abrí los ojos y me descubrí en una habitación grande, con una sola cama en el centro, inundada de calidez. Había flores en un jarrón y la ropa de cama era de un color tan vivo que parecía presagiar un futuro mejor.

De repente, pero con una lentitud extraña, la puerta se abrió y supe que mis sueños estaban a punto de cumplirse, que toda mi lucha había merecido la pena.

¿Te encuentras mejor?, la voz de Eva sonaba exactamente como la recordaba. *Te traigo el desayuno. Espero que hayas podido descansar.*

Intenté hablar, pero no lo logré. Eva se me acercó, calmándome: *No te preocupes, ahora que volvemos a estar juntos todo irá bien.*

Se sentó a mi lado en la cama, comprobando mi temperatura. Su mano estaba fría. *Te pondrás bien*, predijo, y me acarició el pelo, eliminando mis preocupaciones.

El suave roce de Eva también llenó mi vacío con todos mis sentimientos perdidos.

Volví a estar completo y me sentía bien. Notaba la felicidad al lado de Eva con la misma certeza que el sol calentaba mi piel. Nunca me había sentido mejor.

Me levanté de la cama de un salto y miré por la ventana. *Vamos a dar un paseo, Eva. Hace un día espléndido.*

Me giré hacia ella y no era Eva. En la cama, como si aún estuviera en The Lucky Dragon, con las sábanas empapadas de sangre, estaba la señora Chang, inmóvil y con los ojos abiertos. De repente, la rabia por mi estupidez al no descubrir antes la tapadera de la señora Chang me inundó y fue todo en lo que podía pensar.

Cerré los ojos deseando que Eva volviera a mi lado, pero cuando los abrí descubrí al padre Rhys, con una gran sonrisa y su porte confiado. Su presencia me hacía sentir comprendido, como si el religioso fuera la única figura paterna que aún tenía sentido para mí. *No creerías que todo iba a ser tan fácil, ¿verdad? Nada es gratis en esta vida*, empezó a reírse y, a medida que su risa lo llenaba todo, la habitación oscurecía, convirtiéndose en otra cosa, en otro lugar.

Me costó unos segundos reconocer el depósito de agua y el cadáver que se

podría a mi lado.

¿Cómo pudiste matarme? Yo te quería, era Jia-Bang quien me hablaba, con trozos de carne cayendo de su cuerpo y gusanos ocupando su lugar. En aquella ocasión fue la pena la que estaba descontrolada, y me planteé si era positivo tener sentimientos con una vida como la mía.

Era consciente de que estaba viviendo una ficción y, para darme la razón, en un simple pestañeo, se abrió la trampilla del depósito y el señor Slater se puso enfrente de mí. *Eres un imbécil, James, debes ser la única persona del mundo que puede llegar a creer que esto es más que un sueño. No has recuperado tus sentimientos, ni vas a lograrlo nunca. Despierta y comprueba la verdad.*

Justo cuando el odio me iba a hacer actuar contra el señor Slater, desperté en una pequeña cama. La luz artificial lo envolvía todo en un halo de irrealidad, el frío me rebanaba los huesos y no había ni rastro de la calidez del sueño. Mis músculos, entumecidos; mi visión, borrosa; y mi respiración, costosa.

Incapaz de moverme, alguien se dirigió a mí, una figura blanca, *descansa, todo irá bien.*

Volví a dormirme sin saber qué sucedía pero siendo perfectamente consciente de que nada había cambiado en mi interior. Mi vacío permanecía en el mismo lugar, a la espera de la siguiente muerte.

Recuperé de nuevo la consciencia, empapado en sudor a pesar del frío. La luz estaba apagada y no pude ver nada. Tampoco importó porque, incapaz de mantenerme despierto, volví a perderme en el sueño, indefenso en el mundo real.

Después de un tiempo indeterminado, empecé a despertarme más a menudo y, a pesar de mi visión borrosa, fui consciente de que estaba enfermo.

Regresó la misma figura blanca que había visto con anterioridad y la reconocí como una enfermera.

‘Pensábamos que te íbamos a perder... ¿Recuerdas si alguien tosió de forma extraña delante de ti?’ Asentí con la cabeza o, como mínimo, creí hacerlo, recordando al mozo del Britannic. ‘Está bien, la saliva es la principal fuente de infección. Descansa...’

Quizás la policía había aprehendido al marinero para que no contagiara su enfermedad. Desde luego, mi teoría encajó los hechos justo antes de volver a dormirme.

Por fin, desperté con la certeza de que iba a mantener la consciencia y pude observar con calma la pequeña sala, blanca, con una sola cama y una pequeña mesita de noche. No tenía ventanas pero la luz estaba encendida.

Me di cuenta de que estaba atado e intenté deshacerme de las correas.

De repente, una enfermera joven, completamente de blanco, empezó a desatarme al mismo tiempo que me hablaba.

‘Bienvenido al mundo de los vivos, soy Eme. Pensábamos que no saldrías de esta... Ni siquiera sé tu nombre.’

‘Jjjjj...’, no podía hablar.

‘No te preocupes. En casos graves como el tuyo, se puede perder la voz a causa de inflamaciones de la garganta. La recuperarás poco a poco. Lo más importante ahora es que no intentes hacer grandes esfuerzos, tus pulmones necesitan tiempo. Y tu cuerpo también. Al fin y al cabo, llevas seis días inconsciente...’

Cuando Eme se dio la vuelta, intenté ponerme de pie. Con un gran esfuerzo, me desplacé hasta el filo de la cama pero, al bajarme, las piernas no aguantaron mi peso y caí al suelo.

Eme se acercó para ayudarme.

‘Si no sigues mis indicaciones no vas a durar mucho. Y aun siguiéndolas no sé si lo lograrás. Has estado al borde de la muerte,’ me devolvió a la cama con una fuerza que me pareció increíble para su constitución. ‘No intentes nada, mañana empezaremos tu recuperación. Debes tener paciencia y portarte bien hasta entonces.’

Cuando recuperé la respiración, pensé que, a pesar de mi lucha constante, continuaba a merced de los demás: indefenso ante cualquier amenaza.

La mañana siguiente, por primera vez, me fijé en lo bella que era Eme, tan distinta de Eva. Era morena, con curvas pronunciadas y muy alejada del aspecto aniñado de Eva.

Acto seguido, mientras dos celadores me movían a una camilla con ruedas y me sacaban por un pasillo estrecho, mal iluminado, Eme intentó tranquilizarme: *Después de tres semanas, es normal que tu cuerpo no reaccione... Debes empezar con tu recuperación.*

Durante el traslado, solo fui capaz de pensar en el sonido que hacían los tacones de Eme al golpear el suelo. Rítmico, casi hipnótico, como si aún habitara en un sueño.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino, los celadores pusieron mi

camilla en vertical y pude ver dónde me encontraba. Era una sala pequeña, con unas barras paralelas que se levantaban del suelo a la altura de mis manos. Supuse que eran para ayudarme a recuperar mi capacidad de andar.

‘Gracias. Pueden dejarnos solos.’

Cuando los celadores salieron, Eme volvió a dirigirse a mí: ‘Mejor que te acostumbres a este lugar. Vas a pasar muchas horas aquí. La cantidad exacta va a depender de ti. Cuanto antes recuperes tus capacidades antes pasarás al ala de no graves.’

Ni siquiera intenté contestarle.

Por culpa de una simple enfermedad, había perdido mis dos armas principales: mi voz y mi cuerpo; y sabía que debía concentrarme en recuperarme.

‘Será mejor que empieces. No tenemos todo el tiempo del mundo.’

Eme acercó mi camilla a las barras y soltó mis correas. Puse las manos encima de las barras, pero caí como un peso muerto. No era capaz de aguantarme de pie ni con las piernas ni con los brazos. Me quedé en el suelo y Eme no hizo nada por ayudarme.

‘Debes aprender a valerte por ti mismo. Tienes dos horas.’

Se fue y me quedé allí solo. Debería haberme sentido desvalido, inútil, pero no lo hacía y era una ventaja.

Levanté el brazo intentando coger la barra, que parecía mucho más alta vista desde el suelo y tardé una eternidad en alcanzarla. Cuando lo logré, cogí la misma barra con la otra mano, empezando a levantar un poco mi cuerpo. Mis brazos parecían capaces de soportar mi peso.

Puse toda mi energía en intentar incorporarme y finalmente lo logré. Los pulmones me ardían y apoyé el tronco en la barra para recuperar el aliento.

Medio recuperado, intenté sostenerme con una mano en cada barra pero terminé de nuevo en el suelo. Sin embargo, no pensaba darme por vencido.

En aquel instante, la puerta se abrió y volvió Eme.

‘Siento el retraso. Tenía trabajo que hacer. Ya ha pasado tu tiempo, mañana tendrás otro intento.’

Había perdido más de dos horas con mi patético intento de sostenerme en pie. Era vergonzoso, pero no pensaba rendirme.

‘No te preocupes. Todos queremos que mejores.’

No sabía por qué, pero aquella frase me pareció fuera de lugar, como si ocultara un mensaje secreto.

‘Esta tarde trabajaremos el habla a ver si te va un poco mejor.’

Los celadores me volvieron a colocar en la camilla y me trasladaron de nuevo a mi habitación. Mientras lo hacían, atado y estirado, intenté aprender el camino fijándome en las luces del techo, pero todas eran idénticas y equidistantes.

Me devolvieron a mi cama y Eme me preguntó si quería que me ataran. Después de pensármelo unos segundos, asentí como pude. Estaba tan cansado que necesitaba toda la ayuda posible para recuperarme.

Eme me puso las correas y me dormí al instante.

¿Ya has terminado tu siesta? Haces bien en descansar, la primera regla de la recuperación es no intentar avanzar demasiado rápido. Eme me cogió por debajo de los brazos y me sentó apoyado contra la pared, medio incorporado. Inmediatamente, me trajeron un plato de sopa que otra enfermera me dio cucharada a cucharada. Me costaba mucho tragar y comer a un ritmo normal era imposible.

Cuando terminé, me transportaron a otra sala. En su centro había un sillón con correas, en un lateral había un gran espejo y, delante del asiento, unas pizarras con letras.

Sentado y atado, vi entrar a un hombre bajito, calvo y con gafas que se dirigió a Eme y le susurró algo al oído antes de volver a irse.

Eme me explicó en qué consistiría mi recuperación.

‘Es muy sencillo. En estas pizarras hay una serie de letras escritas, en la de al lado hay palabras y en la última hay frases. Cuando logres leer la última en voz alta, habrás recuperado tu voz,’ se fue y me quedé solo, mirando a aquellas pizarras con letras enormes de las que, en otro tiempo, me habría reído.

Empecé con las letras pero de mi garganta salían sonidos guturales, muy diferentes del habla humana. Además, el esfuerzo me dejaba rápidamente sin aire y mis pulmones tardaban en recuperarse para el siguiente intento.

Con los minutos y una gran concentración, logré mejorar levemente y pensé que debía seguir dando el máximo.

De nuevo en mi cama, decidí que, a diferencia del ejercicio de las barras, podía practicar mi habla sin necesidad de las pizarras. Quería recuperar la voz para poder expresar todas mis dudas, todas mis preguntas, así que, estirado, empecé a repetir letras aleatorias.

Durante los siguientes días, la rutina se repitió y me centré en recuperarme, en mejorar segundo a segundo, día a día. Lentamente, como siempre que mis

objetivos estaban claros, todo pareció ir encajando y cada día resultó un poco más sencillo que el anterior.

33

Durante las tres semanas que siguieron, descubrí que me hallaba ingresado en el Colindale Hospital, que tenía un ala de tuberculosos, enfermedad que supuse había contraído del mozo del Britannic. También había aprendido que la tuberculosis podía tener graves repercusiones si no se trataba y, desde luego, las había vivido en primera persona. Eme me explicó que estaba solo hasta que me recuperara un poco antes de moverme a un lugar con otros pacientes.

‘¿Qué me pasará ahora?’

‘Hoy es sábado, así que aún tienes un día más para acabar de recuperarte. El lunes, si pasas las pruebas, te moveremos a la zona de los que están ultimando su recuperación. Allí estarás con otros pacientes en tu situación y acabarás de recuperar tus fuerzas antes de dejarnos,’ Eme parecía triste, como si no quisiera que me fuera, pero todavía dudaba de mi lectura de los sentimientos ajenos y no le di más vueltas. ‘Por cierto, aunque te notes con energía, tus pulmones y tu cuerpo no están recuperados del todo, así que no hagas esfuerzos innecesarios o podrías recaer.’

‘Me comportaré,’ tendría que controlar un poco más el vacío que crecía en mi interior.

‘Hay pacientes que nunca acaban de recuperarse del todo físicamente.’

‘Yo no soy de esos.’

‘Te veo muy seguro, James.’

Sonreí porque creí que era lo que se esperaba de mí.

‘¿Necesitas algo más?’, Eme se levantó para irse.

‘Solo dos cosas: ¿dónde están mis pertenencias?’

‘En el almacén de la planta baja, te las estamos guardando para cuando te traslademos. ¿Y la segunda?’

‘¿Me podrías traer algún libro y un periódico?’

‘Por supuesto.’

‘Gracias,’ Eme se marchó e hice algunas flexiones. Los pulmones me ardían, pero no pensaba desistir.

Después, practiqué un poco de yoga para relajarme. Con mi cuerpo sometido a tanto esfuerzo, la meditación me resultaba de gran ayuda y, en aquellos días de pausa una idea se había empezado a formar en mi mente. En pausa por primera vez en meses, pude valorar en quién me había convertido y

decidí que, si quería seguir con vida, debía aceptarme sin dudar, abrazar el personaje que había creado como parte de mi personalidad real y vivir de acuerdo con aquella decisión. No importaban las muertes y solo el objetivo de hacer del mundo un lugar mejor prevalecía.

De hecho, lo único que mantenía del James que abandonó el matadero era la intención de recuperar mis sentimientos. No pensaba renunciar a ellos definitivamente pero había aceptado en quién me había convertido mi viaje.

Me puse a hacer una segunda ronda de ejercicios ligeros y Eme entró con un par de libros y un periódico, que dejó encima de la cama mientras me miraba ejercitarme.

‘Te he traído lo que me has pedido. No sabía qué libros te interesarían, así que te he traído un par de volúmenes médicos. Léelos con atención. Al fin y al cabo, me pareciste muy interesado en la enfermedad.’

‘Lo estoy. Por necesidad.’

‘Está bien. Te dejo con tus ejercicios, pero no te canses demasiado porque debes estar al cien por cien cuando te vea el doctor. Conserva energías.’

Asentí y me senté en la cama para leer. Lo hacía en voz alta, como práctica para mis cuerdas vocales, porque no quería darle al doctor ninguna excusa que le permitiera impedir mi traslado. Mi necesidad de matar necesitaba ser aplacada en breve y, en un lugar con más pacientes, sería mucho más sencillo.

Cuando cogí el periódico, hojearlo me produjo una sensación extraña. Fue como si mis dedos hubieran perdido sensibilidad y sentí el roce de las páginas como si fuera la primera vez que leía un periódico. Además, para añadir otra dimensión a la extrañeza, las noticias del Evening Standard carecían de sentido. No comprendía nada de política inglesa, ni sabía quiénes eran muchos de los hombres y mujeres allí descritos, así que decidí que lo mejor sería coger uno de los libros.

Cogí entonces el *Diccionario de Medicina* y lo empecé desde la primera página. Cuando me di cuenta, llevaba ya más de la cuarta parte leída y era la hora de comer.

El resto del tiempo hasta el lunes lo pasé entre las páginas del libro, descansando para mi chequeo.

El lunes, Eme entró en mi habitación acompañada por el mismo hombre calvo y bajito que había visto el primer día de mi recuperación y dejé a un lado el *Diccionario de Medicina*.

‘Buenos días, James. Pensaba que habrías avanzado más con tus lecturas,’

dijo Eme en un tono neutro. ‘Este es el doctor Braun. Es el encargado de aprobar o denegar tu traslado.’

El doctor me miraba inquisitivamente, como si estudiara a un espécimen. Sus ojos saltones parecían ocultar algo, pero me centré en que aprobara mi traslado. Así pues, puse mi mejor cara y disposición.

‘Buenos días, doctor, encantado,’ ni siquiera se dignó a contestarme. Se dio la vuelta y me señaló con desprecio para que los celadores me pusieran en una camilla. ‘No es necesaria la camilla. Puedo andar.’

‘Es política del hospital, James,’ intervino Eme. ‘Lo siento pero tendrás que aceptar la camilla.’

Los camilleros se me acercaron, agarré al primero por el cuello y se lo partí antes de dirigirme al segundo. Este presentó más resistencia pero logré asfixiarlo con las manos. Saciado, estiré a Eme en la cama y la penetré salvajemente mientras los ojos saltones del doctor Braun se salían de sus órbitas.

Aquello era lo que mi vacío intentaba obligarme a ejecutar, pero me resistí y continué centrado en mi traslado.

Simplemente me dejé hacer y permití que los dos hombres me ataran con las correas.

Me llevaron a un despacho en el que nunca había estado con una mesa en el centro y dos sillas. A un lado del escritorio estaba la puerta por la que habíamos entrado y justo delante, otro acceso. Supuse que, si todo iba bien, la segunda puerta me llevaría a un lugar donde podría actuar sobre mi vacío.

Me desataron y me senté en la silla. Por el momento había retomado el control de mi necesidad. Entonces, el doctor Braun se sentó frente a mí y Eme se situó en una esquina de la habitación.

El doctor empezó a hablar sin ni siquiera mirarme a la cara, como si todo aquello fuera una pérdida de tiempo.

‘Encima de la mesa hay unas tarjetas,’ señaló la pila de cartón que había en el centro del escritorio. ‘Quiero que me digas cuál es la primera imagen que te viene a la cabeza cuando veas lo que hay en ella. Si quieres puedes darme más de una idea. ¿Estás preparado?’

Asentí aunque no entendía nada. Sabía lo que tenía que hacer pero no sabía con qué me iba a encontrar.

Levantó la primera tarjeta y, al verla, vi unas manchas de tinta, que me pareció haber visto antes pero no logré ubicar. Lo que supe en el mismo instante en que la vi fue que aquel test no iba a ser fácil. Al ver la imagen, lo

primero que me vino a la cabeza fue una ternera ensangrentada, muerta hacía unos instantes en el matadero, con la cabeza abierta por la mitad.

‘¿Y bien? ¿Qué ves?’

‘Una cabeza de animal,’ debía intentar adaptarme y dar respuestas que no destacaran demasiado, pero la velocidad de la prueba requería que hubiera parte de verdad en mis palabras.

El doctor continuaba sin mirarme mientras anotaba mis respuestas.

Acto seguido, levantó la siguiente lámina y supe dónde había visto aquellas imágenes. Aquella mancha estaba en la portada de uno de los libros que Eme me había prestado. Sin embargo, había escogido el *Diccionario de Medicina* porque lo había creído más interesante. Había cometido un error, pero no podía cambiar el pasado.

La segunda lámina eran dos hombres con la cabeza separada del cuerpo y llena de sangre.

‘Dos hombres,’ decidí que simplificar mis respuestas era lo mejor.

Con la tercera mancha vi claramente un cuerpo desmembrado, sus miembros separados del torso.

‘Dos cuerpos.’

‘¿Algo más?’

Me pilló por sorpresa.

‘Órganos.’

Seguía apuntando mis respuestas con calma, sin prisa. Miré a Eme y parecía tranquila. Quizás me estaba preocupando demasiado.

Un monstruo, fue lo que vi en la cuarta lámina y también fue lo que le dije al doctor Braun porque creí que no era una respuesta demasiado extraña.

Cuando vi la número cinco, me asaltaron los recuerdos. Si aún hubiera conservado mis sentimientos, me habría sentido abrumado porque pude ver a Jack Brown atado al árbol del matadero. La sorpresa que me produjo ver aquello me hizo ser más lento en mi respuesta y, por primera vez, el doctor Braun alzó la vista para mirarme.

‘Jesús en la cruz.’

El doctor Braun sonrió y volvió a centrarse en su apuntes. En la sexta lámina reconocí la piel de un hombre separada de su cuerpo y puesta sobre el suelo, como una alfombra.

‘Una figura humana deformada.’

Siguió el proceso. En la séptima, pude ver claramente a Eva y Eme, besándose, pidiéndome que me uniera a ellas, invitándome a recuperar mis

sentimientos.

‘Dos mujeres.’

Lámina ocho. Unos animales alimentándose de un cadáver.

‘Dos animales escalando.’

‘¿Escalando dónde?’

‘En cualquier lugar.’

Pensé si faltarían mucho y miré a Eme para ver si había algún cambio en ella que me pudiera indicar cómo lo estaba haciendo.

Nada.

La novena imagen era de mis sentimientos luchando por salir. Tenían forma de animal pero estaba convencido de que eran mis sentimientos.

‘Lucha por salir a la superficie.’

Cuando el doctor Braun dejó la novena lámina para coger la décima vi que era la última y, aunque no me sentí aliviado, pensé que tan solo me faltaba una respuesta por dar y que ni Eme ni el doctor habían reaccionado extrañados a mis respuestas.

En la última imagen vi claramente los gusanos comiéndose a Li Chang en el zulo. Saliendo y entrando de su carne putrefacta, retorciéndose de placer.

‘Gusanos.’

‘¿Algo más?’

‘Arañas,’ fue lo primero que me vino a la mente.

El doctor Braun se levantó, recogió sus cosas y se fue sin más.

‘A partir de ahora seguiremos con las pruebas para ver si es viable tu traslado, James,’ me informó Eme.

‘¿Me volverán a tumbar en la camilla?’

‘A partir de ahora, no. Por cierto, tendrías que haberte leído mejor el libro que te di.’

‘Lo sé... Pero no ha ido tan mal, ¿verdad?’

‘No.’

‘Cuando terminemos me gustaría repasar el libro de nuevo, Eme.’

‘Por supuesto. Haré que te llegue dondequiera que estés. Ahora sigamos.’

Abrió la puerta y me hizo pasar. Había un pequeño vestuario y otra puerta en uno de sus laterales.

‘Ahora tendrás que desnudarte y cruzar la puerta. Te vamos a desinfectar. Entenderás que no esté presente en este paso, nos veremos en el siguiente.’

No me importaba que Eme me viera desnudo, pero pensé que era normal que ella no quisiera, aunque fuera su trabajo.

Me desnudé y crucé la puerta.

Me esperaba una sala completamente blanca, con azulejos hasta el techo y un desagüe en el suelo. En una esquina de la habitación había dos hombres, uno con una manguera y el otro con un cepillo tan grande que parecía para un elefante.

Ponte de espaldas a la pared, fue lo único que me dijeron en todo el rato que compartí con ellos.

Me giré de cara a los azulejos, oí cómo se encendía el agua y, al instante, un potente chorro me golpeó en la espalda, cortándome la respiración. Después de unos segundos con la presión en la espalda, con la sensación de dolor y ahogo que me causaba, paró y noté como me rascaban la espalda con el cepillo. Desde luego, dolía como si me estuvieran arrancando la piel.

Después, el hombre me cogió por el hombro, me dio la vuelta y repitió el proceso con mi parte frontal.

Terminaron, me acercaron una toalla y me dieron ropa limpia, unos pantalones blancos de lino y una camisa a juego. Parecía que mi antigua ropa, la que había usado todas aquellas semanas, ya no servía.

Cuando terminé de vestirme, Eme volvió a la estancia. *Acompáñame, James, aún nos quedan algunos pasos para poder trasladarte*. Pensé si sería habitual todo aquel proceso para un simple traslado o si tenían alguna razón oculta para hacerlo y decidí mantenerme más atento de lo habitual por si necesitaba actuar.

Eme me acompañó a una consulta médica clásica, con una mesa y una camilla. Las paredes mostraban títulos médicos y había un biombo para que los pacientes pudieran cambiarse de ropa con un mínimo de intimidad. Era la primera vez desde que estaba en el Colindale Hospital en que podía asegurar sin ninguna duda que estaba en un hospital.

‘Quítate la parte de arriba de la ropa y siéntate en la camilla,’ Eme se sentó en una de las sillas con una carpeta y un bolígrafo. ‘Ahora te realizaremos un examen físico. Esta es la última prueba antes de poder aprobar tu traslado.’

Justo cuando terminó, entró el doctor Braun, con su cara de asco y su sentimiento de superioridad. Desde luego, me parecía odioso. No sabía si lo veía de aquella forma por la intensidad de mi necesidad o porque lo era; pero no importaba. Era lo que pensaba, lo que veía.

El doctor me auscultó el corazón, me pesó y me midió; siempre con su desprecio como firma.

Cuando terminó con los preliminares, en los que iba dictando a Eme toda clase de datos, tratándome como un animal de feria, me abrió la boca y me miró los dientes. Lo hizo con menos interés con el que un hombre miraría la dentadura de un caballo y me encontré al borde de no poder controlar mi necesidad. El doctor Braun era un candidato demasiado bueno como para dejarlo pasar y empecé a sopesar las consecuencias de matarlo allí mismo, pero intenté contenerme.

‘Dientes correctos. ¿No has llevado una mala vida, verdad?’, cada vez que el doctor hacía o decía algo me costaba más reprimir mis ganas de matarlo.

Me cogió el brazo, me puso una goma alrededor y me clavó una jeringa. Cuando vi mi propia sangre fluir, fui incapaz de resistirme.

Sin preocuparme por las consecuencias, actué.

Al cabo de unos segundos, el doctor estaba muerto en mis manos y Eme me miraba con cara de terror. Me dirigí a ella para matarla también y no dejar ningún testigo.

‘¡No, no me hagas daño! ¡No diré nada!’ Seguí acercándome a ella. ‘¡Tengo un hijo! Por favor,’ y se echó a llorar.

Estaba a punto de poner mis manos alrededor de su cuello cuando dijo lo que me detuvo: ‘Te ayudaré a salir de aquí... Sin mí no podrás hacerlo y te encerrarán para siempre...’

Mi vacío se había saciado con la muerte del doctor Braun y recuperé el control. Eme me podía ayudar y me interesaba mantenerla como aliada por el momento.

‘Así serán las cosas a partir de ahora: harás exactamente lo que yo diga cuando lo diga. Y ya está.’

Tragó saliva y asintió.

‘¿Qué tenemos que hacer para salir de aquí?’

‘Tengo que firmar tu alta y darte tus cosas. Luego podrás irte.’

‘Podremos irnos. No pensarás que te vas a librar tan fácilmente de mí, ¿verdad?’

Estaba muy cansado por el esfuerzo de matar al doctor Braun pero no quería que se me notara. Aún no me había recuperado del todo y pensé que lo ideal sería quedarme cerca de Eme por si necesitaba su ayuda con mi enfermedad.

‘Vamos.’

‘Creo que primero...’, me señaló. ‘Tendría que quitarte la jeringa que te cuelga del brazo, ¿no crees?’

‘Sí, claro.’

Se me acercó.

‘¿Puedo?’

‘Por supuesto. Si haces lo que digo no te va a pasar nada, Eme. Puedo ser un asesino, pero soy un hombre de palabra.’

Asintió y me quitó con cuidado, casi con mimo, la jeringa del brazo. Pensé en la gran diferencia que había entre el trato del doctor Braun y el que me estaba dando Eme, pero no descarté que fuera por el miedo.

‘Vamos a buscar mis cosas. Quiero recuperar mi baúl.’

‘Un momento.’

Me paré y la miré.

‘No puedes ir por el hospital vestido de paciente y pretender que te dejen entrar conmigo a según qué zonas.’

‘¿Qué piensas hacer entonces? No pienso irme de aquí sin mis trajes y mis cosas.’

‘Tendrás que confiar en mí. Iré a buscar tus cosas, volveré y te vestirás con tu ropa de calle. Luego nos iremos de aquí andando tranquilamente.’

‘¿No creerás que te voy a dejar salir ahí fuera sola?’

‘¿No creerás que tienes otra opción? A veces en la vida, tenemos que confiar en personas que no nos gustan.’

‘No es que no me gustes,’ se lo pensó un instante. ‘No me gusta la situación.’

‘Lo entiendo. Confía en mí.’

Abrió la puerta, salió y no hice nada para detenerla. Sin quererlo, acababa de poner mi vida en manos de otra persona.

34

Esperando el retorno de Eme, incapaz de mantenerme pasivo, intenté disimular la causa de la muerte del doctor Braun.

Con gran esfuerzo, arrastré el cuerpo del doctor a la sala donde me habían desinfectado. Después, lo levanté y lo lancé con todas mis fuerzas para que pudiera achacarse su muerte a un resbalón con las baldosas y el consiguiente golpe en la cabeza. Todo muy casual y, sin más escrutinio, un simple accidente.

Inmediatamente después del golpe del doctor Braun contra el suelo, oí la puerta del consultorio y me asomé para ver si Eme había vuelto sola.

‘¿Hola? ¿James?’, entró con mi baúl y lo dejó a un lado. Por el momento, todo iba bien. ‘Me iré mientras te vistes.’

‘Ni hablar. En esta ocasión tendrás que aguantarte.’

Me puse uno de mis trajes y todo pareció encajar, como si mi uniforme me completara. Sin él, no era más que el pobre James del Matadero Slater; con él, podía ser quien quisiera.

‘Bien, vámonos,’ le dije con energía. ‘Pero antes me gustaría que me dieras los libros que me dejaste el domingo.’

‘Sería demasiado arriesgado.’

‘Quiero saber todo lo que hay que saber sobre el test que me hizo el doctor Braun.’

‘Un poco tarde, ¿no crees?’, se lo pensó un instante. ‘Pero puedo decirte que, en general, no lo has hecho mal... Nada demasiado fuera de lo normal...’

‘¿Así que, según ese test, soy un tipo normal?’

‘Según el test de Rorschach eres un hombre de la media, sí. Aunque algunas de tus respuestas sugerían paranoia.’

No merecía la pena darle más vueltas a un test que convertía a un asesino sin sentimientos en alguien normal y dejamos el consultorio con Eme guiándome por los interminables pasillos del Colindale Hospital.

Después de unos minutos, llegamos a una sala grande, con sillas para los pacientes, y vi luz del exterior, que tenía una textura completamente distinta a la del hospital.

‘Sígueme y no te pares.’

‘¿Ya te vas por hoy, Eme?’, preguntó la enfermera en la mesa de admisión.

Eme le contestó que sí, *tengo que acompañar a mi hijo a coger el tren. Hoy se va con sus abuelos al campo* y salimos del edificio.

Llovía. Una fina pero constante llovizna que imprimía al paisaje una pátina de tristeza distinta a todos los lugares en los que había estado en mi vida.

‘Ahora que ya has salido, me iré.’

‘No.’ Eme frenó en seco. ‘¿Es verdad lo que has dicho de tu hijo?’

‘Sí, hoy se marcha con sus abuelos al campo.’

‘Iremos a acompañarle y luego iremos a tu casa. Estaré allí unos días hasta que crea que no vas a traicionarme. Hasta que sea capaz de situarme en esta ciudad, que es nueva para mí.’

‘Yo—’

‘No te estoy dando opción. Solo te digo cómo van a ser las cosas.’

‘Está bien, James. Vamos a coger el metro.’

‘¿Vienes siempre al trabajo en metro?’

Asintió.

‘Pues hoy vas a volver en taxi. No voy a montarme en el metro con mi baúl. Espero que mi dinero siga íntegro.’

‘Me llevas a ver a mi hijo bajo amenazas, te ayudo a salir del hospital y después me llamas ladrona. Sé poco de ti, James Wells, pero sé que no sabes cómo tratar a una mujer, eso seguro.’

‘Lo siento. Tienes razón, Eme. De momento no has hecho nada para que te merezcas nada diferente a mi mejor trato.’

Asintió.

‘Por favor, ahora que ya no estamos en el hospital, llámame Monet.’

Monet. Ni siquiera se me había ocurrido que su nombre fuera otro.

Mientras esperábamos al taxi, decidí darle un poco de conversación para tranquilizarla.

‘¿Por qué el cambio de nombre, Monet?’

‘Fue algo premeditado. Cuando empecé a trabajar en el hospital las muertes me afectaban demasiado. Soy muy sensible y en mi trabajo...’, pausó un momento para recomponerse. ‘En resumen, volvía a casa destrozada, sin ganas de nada. No tenía fuerzas para vivir y decidí crearme un personaje que me permitiera ser mejor dentro y fuera del hospital. Así nació Eme, una enfermera perfecta, sin sentimientos. Cuando salgo por la puerta me convierto de nuevo en Monet y dejo atrás todo lo que haya pasado en el hospital. No sé si puedes llegar a entenderlo...’

‘Lo entiendo mejor de lo que podrías creer, Monet.’

Paré un taxi, Monet dio la dirección de su casa al conductor e hicimos el viaje en silencio.

Durante el trayecto, solo podía pensar en lo parecido que era mi uniforme al cambio de nombre de Monet. Los dos nos habíamos creado personajes para esconder nuestra auténtica cara, para llevar mejor nuestras vidas.

Quizás Monet era capaz de entender al James real, sin que mi personaje estuviera presente. De hecho, ya me había visto acabar con una vida y su reacción no había sido dramática, así que decidí darle la oportunidad de conocerme realmente.

Evidentemente, no pensaba decirle que no sentía nada, pero intentaría que lo demás fuera auténtico.

El barrio donde vivía Monet se componía de edificios idénticos o, como mínimo, construidos bajo el mismo patrón.

Durante el trayecto, la lluvia había aumentado de intensidad y, cuando el taxi paró, Monet se bajó corriendo.

Por un instante, pensé si estaba huyendo, pero enseguida vi que solo era un pobre intento por mojarse lo mínimo. Pagué la carrera en dólares sin recibir ninguna queja y recuperé mi baúl entre las gotas, mientras Monet me esperaba delante de la puerta de su edificio.

Dentro, las escaleras enmoquetadas eran mucho más estrechas de lo que creía posible y me costó subir con mi baúl al piso de arriba, donde estaba el apartamento de Monet.

En la misma línea, el piso era pequeño, de tan solo una habitación, porque la cocina –simplemente un fregadero, unos fogones y un pequeño refrigerador– se hallaba a un lado de la estancia principal. Tampoco era que necesitara mucho, pero me llamó la atención la simplicidad del apartamento. Además, tanto el lavabo como las duchas eran compartidas por todos los inquilinos del edificio, lo cual añadía simpleza al conjunto.

Entramos y el hijo de Monet se le tiró encima mientras la mujer que estaba con él recogía sus cosas para marcharse.

‘Llegas pronto, querida. No te esperábamos hasta dentro de un rato, ¿verdad, George?’

El niño simplemente cogió a su madre de la mano y la llevó a un lado para enseñarle un libro que tenía abierto. Monet se sentó en el suelo, atenta únicamente a George.

‘No nos han presentado, joven,’ me dijo la mujer.

‘Sí, lo siento. Soy James Wells... Un amigo de la señorita.’

‘Veo que viene a pasar unos días con nosotros...’

‘¿Por qué...? Ah, lo dice por el baúl. La verdad es que no lo había pensado. Pero supongo que sí, que pasaré una temporada aquí mientras realizo mis tareas...’

‘Como puede ver, la señorita no atiende a nada cuando está con su hijo,’ dijo antes de dirigirse a la salida. ‘Adiós Monet. Adiós George.’

Al oír su nombre, el niño levantó la cabeza y corrió a despedirse con un abrazo de aquella mujer.

‘Que te lo pases muy bien con tus abuelos, George. Descubre muchas cosas en el campo. Estate bien atento.’

George asintió sonriendo y volvió al lado de su madre, que venía andando hacia nosotros.

‘Es nuestra vecina. Es maestra jubilada y cuida de George para ayudarme. Dice que las mujeres deben ayudarse las unas a las otras,’ se dirigió a George. ‘¿Has preparado tus cosas?’

El niño hizo que no con la cabeza.

‘¿A qué esperas, pues?’

George se fue corriendo a la única habitación del piso y Monet se dirigió a mí para explicarme el porqué del niño más silencioso que había conocido.

‘No habla. No le gusta hablar. Lo han visto varios doctores pero no logran nada.’

‘No debes preocuparte,’ mi respuesta me sorprendió a mí mismo. ‘Yo estuve meses con un miedo atroz a salir a la calle. Incluso me mareaba al intentarlo. Y ya me ves. Hablará cuando esté listo.’

Monet sonrió y George volvió con una pequeña maleta.

‘Muy bien. Vamos a comer algo y luego te llevaremos a la estación de tren. Tu abuelo te viene a acompañar para el viaje. Supongo que tú también tienes hambre, ¿verdad James?’

‘Sí, supongo que sí.’

‘Vamos a comer Fish & Chips en Charing Cross. ¿Te apetece George?’

A George se le iluminó la cara y asintió efusivamente.

‘George, coge tu maleta y dásela a James para que te la lleve.’

Cuando me la dio, se abrió y cayeron solamente libros.

‘¡George!’, gritó Monet sin estar enfadada, más un reproche que una bronca. ‘Ayer hablamos de esto. Tienes que llevarte algo además de libros. Elige uno mientras te preparo algo de ropa.’

George parecía tener problemas para decidirse entre un solo volumen de los que había allí y me vi a mí mismo con su edad. Muchos de los libros que tenía

eran algunos que yo mismo había leído. Por ejemplo, estaban *Winnieh the Pooh*, *Drácula* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

‘Te recomiendo este. Es largo y te durará varios días. Además es muy interesante,’ le di *Drácula* mientras su madre empezaba a poner ropa en la maleta.

‘Es muy joven para leer a este nivel, ¿no?’

‘No todo iban a ser malas noticias...’

‘Eres muy listo, George,’ el niño ignoró mi comentario y empezó a hojear *Drácula* mientras su madre terminaba. Cuando lo hizo, George metió el libro, cerró la maleta y me la dio. Mientras, Monet cogía un paraguas para protegernos de la lluvia.

‘A veces creo que está demasiado metido en los mundos de los libros.’

‘Mi madre solía decirle lo mismo a mi padre sobre mí,’ dije pensando en lo cómodo que estaba y si la actitud de Monet cambiaría una vez George estuviera a salvo en el tren.

‘Si no tienes ninguna objeción cogeremos el metro.’

Asentí.

Después de andar poco más de cinco minutos llegamos a una estación que se llamaba *Burnt Oak* (*Waitling*).

‘Esta es la estación más cercana a casa. Pertenece a la línea de *Edgware*, *Highgate* y *Morden*. En el mapa es de color negro.’

Asentí y, cuando pagué los billetes, me fijé en el complicado mapa del metro que colgaba de la pared, pensando que debería estudiarlo para moverme por la ciudad.

‘En Londres, si quieres desplazarte rápido tienes que hacerlo en metro. ¿Tenéis metro allí de dónde vienes?’

‘¿Quién te dice que no soy de por aquí?’

‘Por mucho que intentes disimular tu acento, está claro que no eres británico.’

‘Soy de Texas.’

Mientras bajábamos las largas escaleras que tenían que llevarnos a las vías, George iba por delante.

Finalmente, llegamos al andén y justo en aquel momento llegó un tren. Estaba medio vacío y pudimos sentarnos con facilidad. George y su madre se sentaron de lado. Yo lo hice enfrente.

‘Normalmente nos bajaríamos en *Tottenham Court Road* para ir más rápido pero le he prometido a George que comeríamos *Fish & Chips* en *Charing*

Cross. Allí está su quiosco favorito. Espero que no te importe.’

‘No tengo prisa.’

‘Está bien.’

George cogió *Drácula* y empezó a leerlo siguiendo las líneas con los dedos, pero a una velocidad bastante buena para un niño de su edad. Lo miré y supuse que debía tener unos siete años. Con su gorra y sus pantalones cortos, que dejaban ver sus delgadas piernas llenas de moratones, felizmente sentado en el metro, pensé en qué me hubiera convertido si hubiera tenido una madre como Monet.

De repente, el pequeño se levantó y se sentó a mi lado. Señaló una palabra en el libro y supuse que quería que se la leyera. Lo hice y sonrió. Su mirada cómplice me hizo pensar, por un instante, en Jia-Bang. Fue un simple recordatorio de la última persona que había compartido cierta complicidad conmigo porque no sentí ni arrepentimiento ni tristeza.

A medida que el metro avanzaba, el vagón se fue llenando y el humo de los cigarrillos, junto al calor que hacía a pesar de la lluvia, empezó a complicarme la respiración.

‘Cuanto más nos acerquemos al centro de la ciudad, más gente va a entrar. De todas formas, esto no es nada comparado con la hora punta,’ intervino Monet. ‘Intenta respirar con calma aunque notes que te ahogas.’

Mirando a las personas del vagón, intentando acompasar mi respiración, mi mirada se cruzó con la de Monet y me di cuenta de lo joven que era para tener un hijo de la edad de George.

‘¿Te puedo preguntar una cosa?’

‘Claro.’

‘¿Cuántos años tienes?’

Sonrió.

‘Te lo repito: debes aprender cómo relacionarte con las mujeres. Esa es una pregunta que, por educación, no se suele hacer.’

‘Y si te dijera que te lo pregunto porque creo que eres muy joven, ¿sería entonces correcto?’

‘Supongo que sí,’ me miró de arriba a abajo antes de continuar. ‘Eres una persona que suele ir a la suya, ¿verdad? Aunque parece que te riges por las mismas normas que el resto de la sociedad, no creo que sea así.’

‘¿Y es eso malo?’

‘No. La sociedad es demagoga y está hecha para los ricos... Y los demás debemos adaptarnos y contentarnos con lo que nos dejan,’ hizo una pequeña

pausa antes de retomar el tema inicial. ‘Tengo veintitrés años, James. Y antes de que me lo preguntes, tuve a George con diecisiete. Algún día, si te interesa, te explicaré la historia, pero ahora mismo tenemos que prepararnos para bajar en la siguiente estación.’

Cogí las cosas y me levanté. Nada más hacerlo noté como la pequeña mano de George se agarraba de mi brazo para no perderse y salimos al andén. También estaba abarrotado. No sabía hacia dónde ir y oí la voz de Monet diciéndome: *Sigue las señales de salida*. Lo hice y enseguida el bullicio disminuyó. De repente, nos encontramos en un andén mucho más grande y pude pararme para que Monet pudiera alcanzarnos.

‘¿No te suena esta estación?’

‘La verdad es que no.’

‘Según tu informe, te desmayaste en Charing Cross.’

‘No recuerdo nada de aquello.’

‘Es habitual. Y, aunque lo hicieras, aquella era la estación de tren y esta es la estación del metro. El quiosco de Fish & Chips está en una salida entre las dos,’ añadió. ‘Por cierto, ¿de dónde venías?’

‘Acababa de llegar de Nueva York.’

‘¿Y es normal que alguien tan joven haga un viaje como ese solo?’

‘¿A qué viene ahora la cuestión de mi edad?’

‘Tú me has preguntado la mía antes y yo te pregunto la tuya ahora.’

‘Supongo que es justo. Tengo veintiún años.’

Asintió.

‘El quiosco de Fish & Chips está justo al lado de la puerta de salida. Vamos para allá. George, ¿tienes hambre?’

George asintió con una gran sonrisa y corrió hacia el lugar donde supuse que debía estar el quiosco. Fue en aquel momento cuando, ante mi sorpresa, Monet me cogió del brazo.

‘Me gustas, James.’

Con aquellas tres palabras, todas las ideas preconcebidas que podía tener acerca de ella, de cómo iba a ser nuestra relación, se desmoronaron.

En el quiosco, George nos esperaba pacientemente, mirando el mostrador. El hombre que atendía la parada no parecía preocupado por tener a un niño mirándolo.

‘Buenos días, señorita Monet.’

‘Buenos días, Charlie.’

‘Ponme lo de siempre pero para tres.’

‘Ahora mismo.’

El hombre detrás del contador se puso a preparar unos cucuruchos de papel y a meter patatas fritas y pescado rebozado en ellos. Empezó dándole el suyo a George y me recordó la época en que compartir una Coca-Cola con mi padre en el cine me hacía sentir feliz. Desde luego, George parecía feliz.

Monet pagó y me señaló un banco para sentarnos a comer. Antes de alejarnos, el hombre se dirigió a Monet:

‘Espero que todo vaya bien.’

‘¡¡Todo va de maravilla!!’, gritó contenta Monet, antes de proseguir la búsqueda de un banco para sentarnos.

Mientras comía, apretujado en un banco con Monet y George, me costó centrarme en el siguiente paso porque no quería creer que mis acompañantes fueran solo rehenes. Por primera vez en mi vida, comiendo Fish & Chips, me había dado cuenta de que existían cosas en el mundo más importantes que mis propios objetivos.

Sabía que Monet y George mejoraban el mundo solo con su existencia así que, si finalmente tenía que acabar con ellos, no podría escudarme en mi excusa de mejorar el mundo y tendría que aceptar la realidad: era tan egoísta como cualquiera.

‘¿Qué te parece, James?’, Monet me devolvió a la realidad del momento.

‘Está bueno.’

‘¿Entonces te gusta? No pareces muy entusiasta.’

‘Supongo que sí. Que podríamos decir que me gusta.’

Ni siquiera era capaz de acordarme de la última vez que había expresado algo tan cercano a una emoción y, a pesar de que la comida no me había despertado ningún tipo de sentimiento, estar con Monet había sacado a mi honestidad de su letargo.

Terminamos y volvimos al metro para terminar el trayecto hasta King’s Cross St Pancras, desde donde George partiría para marcharse con sus abuelos.

Tardamos bastante en hacer el recorrido pero el tiempo, con George a mi lado requiriendo mi ayuda con *Drácula*, se me pasó volando.

Cuando por fin llegamos, Monet se dirigió a los dos –*Nos hemos entretenido un poco comiendo, vamos a llegar tarde*–, se puso a correr y George y yo nos miramos, sorprendidos, antes de imitarla. Corríamos entre la gente, pidiendo perdón e intentando no perder de vista a Monet. Llevaba a

George de la mano pero, después de unos metros, pensé que lo más efectivo era cogerlo y me lo cargué a la espalda como un saco de patatas.

A pesar de ser una carrera corta, terminé exhausto porque mis pulmones seguían sin recuperarse. Miré hacia el techo para recuperar el aliento y, de repente, vi a un hombre dirigiéndose hacia mí con la mano extendida.

El padre de Monet era más joven de lo que hubiera imaginado y andaba con rapidez y energía. Dejé a George en el suelo y vi que se lo había pasado en grande porque su sonrisa lo delataba. Cuando lo vio, fue hacia su abuelo, lo abrazó, y, después, me encajó la mano.

‘Encantado.’

‘Igualmente,’ dije recuperando la respiración.

‘Mi hija me dice que estás siendo de gran ayuda.’

No supe qué decir. No sabía qué pensar cuando se trataba de Monet. ¿Estaba interpretando un papel o realmente habíamos conectado?

‘George, tenemos que correr para no perder el tren. ¿Estás preparado? Dale un beso a tu madre.’

George hizo lo que le decía su abuelo y se fueron, cogidos de la mano. Cuando desaparecieron de nuestra vista, Monet se giró hacia mí con un semblante muy serio. Había llegado el momento que había estado esperando, el momento de la verdad.

‘Cuando lleguemos a casa tendremos una conversación muy seria.’

Y me convencí de que había estado interpretando un papel. Si hubiera sentido, habría sido decepción, pero entonces, por sorpresa, Monet se me acercó y me cogió del brazo.

Estaba perdido porque no tenía ni idea de cuál era la verdad acerca de Monet ni de nuestra relación igual que desconocía por qué estaba tan cómodo a su alrededor.

‘Antes de empezar nuestra conversación, me gustaría dejarte algo claro,’ empezó Monet.

Asentí sin saber qué esperar.

‘Quiero que seas honesto conmigo, no me interesa que me engañes. Además, si lo haces, lo notaré. No importa lo bien que mientas, ni lo que me cuentes; lo sabré. Trabajo a diario con personas desconocidas, me sé los trucos, todos los tics y manías. ¿Lo has entendido, James?’

De nuevo un leve movimiento afirmativo de cabeza.

‘Si alguna vez has tenido alguna oportunidad de volver a empezar con alguien, de ser una pizarra en blanco, esta es tu única oportunidad conmigo. No te voy a conceder una segunda ocasión para esta conversación.’

‘Lo entiendo,’ afirmé aunque seguía perdido.

‘Para que veas que soy justa, empezaré yo,’ se tomó un momento y continuó. ‘Me gustas, pareces buena persona...’, dejó reposar lo que me acababa de confesar. ‘Es cómo me siento. De hecho, George es muy bueno juzgando el carácter y le caes bien. Eso sería suficiente para mí si no fuera por... Cómo decirlo...’

‘Si no fuera porque me viste matar a un hombre con las manos.’

‘Es una buena forma de decirlo, sí. La verdad es que no me importa demasiado que el doctor Braun esté muerto. No era buena persona y se merecía lo que le pasó. No soy de las que piensan que nadie merece morir. Nunca lo he creído y no haré ver que creo en algo sin hacerlo,’ respiró hondo. ‘Lo que me preocupa no es eso, James. Lo que quiero es descubrir quién eres de verdad porque me preocupa que no seas quien me parece. Y eso significaría que he perdido mi intuición... Y toda mi vida se basa en la intuición, lo entiendes, ¿verdad?’

Lo pensé por un momento.

‘Supongo que sí.’

‘Bien. En ese caso, podemos empezar.’

‘¿No habíamos empezado ya?’

Sonrió.

‘Me temo que no. Esto solo ha sido la introducción,’ una pequeña pausa, antes de proseguir. ‘Primero, ¿por qué mataste al doctor Braun?’

‘Porque se lo merecía,’ me salió naturalmente, sin ninguna intención de

ocultar nada porque si era mi única oportunidad de que alguien me comprendiera, no pensaba desaprovecharla.

‘Lo entiendo pero, ¿por qué en el momento en que lo hiciste?’

‘En ocasiones la necesidad de matar escapa a mi control. No puedo resistirla y las consecuencias dejan de importarme.’

‘El doctor Braun no es la primera persona a la que matas, ¿verdad?’

‘No... Pero siempre intento que las personas con las que acabo se lo merezcan. Intento hacer del mundo un lugar mejor.’

‘¿Y crees honestamente que el mundo es un lugar mejor sin el doctor Braun?’

‘Sí.’

‘¿Y qué pasa con todos los pacientes a los que ayudaba en el hospital?’

‘Otro doctor les ayudará. Y estoy seguro de que no será peor que el doctor Braun... Su actitud era pésima.’

‘No he dicho lo contrario, solo estoy intentando conocerte mejor.’

Asentí y esperé la siguiente pregunta, que tardó unos segundos en llegar.

‘¿Nunca has matado a nadie simplemente por egoísmo, por tu propia supervivencia?’

‘En ocasiones lo he hecho.’

‘Entonces, ¿cuál es la razón real por la que matas?’

‘Lo necesito... Y poder controlarme ha sido un aprendizaje de lo que tengo en mi interior... No siempre lo he aceptado ni he sabido mantener a raya mi necesidad... Así que, desgraciadamente, algunos han sufrido por mi culpa...’

‘Todos debemos aprender de lo que sucede en nuestro interior, de lo que reclaman nuestros sentimientos...’

‘Supongo.’

‘Entonces la única pregunta que importa es: ¿a partir de ahora solo matarás a quién se lo merezca?’

‘He decidido intentarlo. Con el paso del tiempo, me he vuelto mejor controlando mis ansias. Y cada día que pasa, mejoro...’

Monet se levantó para asomarse a la ventana. Volvía a llover. Levantó el brazo para desperezarse y continuó.

‘Si estás tan seguro de lo que haces, ¿por qué escondes tus actos, por qué no los defiendes delante de la gente? Quizás alguien estaría de acuerdo contigo en que algunas personas estarían mejor muertas. Además, todos cometemos errores.’

‘Escondo mis actos porque no quiero que me acusen de nada de lo que he

hecho. Como mínimo, aún no.’

‘Estoy segura de que tienes tus razones para matar, de que tu vida te abocó a ello, porque nadie se convierte en asesino por placer. Además, aún sin saber los hechos concretos que han marcado tu vida, sé que en el fondo eres buena persona, James, y no creo que nadie considerara extraño lo que cualquiera es capaz de hacer si se dan las condiciones adecuadas. Algunos dirían que lo único por lo que debemos regirnos es por una concepción más alta del bien y el mal. Al final del día, somos lo que nuestra vida nos ha dejado ser. Una simple suma de influencias.’

‘No puedes reducir a las personas a un simple puñado de influencias, como mínimo a mí no. He dejado a un lado el bien y el mal y he abrazado un estilo de vida propio, único. Hago lo que hago porque creo que es lo mejor... O porque no tengo otra opción. De hecho, no me planteo si mis actos son malvados... Lo que sí te puedo decir es que no respondo ante nadie, y mucho menos ante un poder superior. Cuando me dejan, intento forjar mi propio camino.’

‘Entonces nadie puede decir que eres malvado. Si crees lo que dices, si lo haces sinceramente, no sé por qué te preocupas tanto de justificar tus actos ante los demás, ante la sociedad. Nadie te puede juzgar por hacer algo que, en el fondo de tu corazón, sientes que es lo correcto. Si piensas que pueden hacerlo, que pueden juzgarte, es porque, a pesar de tu discurso, crees en el bien y el mal.’

‘Creo que el mundo puede ser un lugar mejor de lo que es ahora,’ me lo pensé un instante. ‘Y también creo que me podrían juzgar, no por ser malvado, sino por ser destructivo. O por no cumplir las normas de la sociedad. Al final, acaba siendo lo mismo.’

‘Según tú, ¿el mal es comparable con la destrucción?,’ no esperó respuesta. ‘En ese caso, las tormentas son malvadas. Si lo reducimos todo a algo tan simple, el fuego también es malvado. Y el granizo. Las personas que no entienden estos actos con su raciocinio, los llamarían a todos actos de Dios. ¿Eres tú, entonces, un acto de Dios?’

‘Algunos también podrían decir que si Dios me deja actuar, es por su plan divino. Y no por eso sería más cierto,’ sonreí. ‘Lo único real es que en la sociedad en la que vivimos, en la que las personas se llenan la boca con la palabra libertad, el que no cumple las normas establecidas es castigado. No importa la justicia de sus actos. El que mata es un asesino sin importar a quién mata y el que roba es un ladrón...’

‘Entonces te escondes por miedo al castigo.’

‘No me escondo... Soy discreto porque no quiero que nadie evite que pueda cumplir con mis planes. No me importa el castigo porque no creo que sea peor que mi pasado. Además, no confío en que la gente pueda entender todo eso de un plan mayor. Los medios para un fin no es más que palabrería, nadie cree realmente en ello. Nuestra sociedad no está lista para nada parecido, ni remotamente.’

‘¿A quién le importa que la sociedad esté o no preparada? A todo el mundo le gusta un héroe. ¿Cuál es tu objetivo principal, el más importante? Aquel que le explicarías al mundo si trataras de justificar la muerte del doctor Braun, por ejemplo.’

‘Intentar hacer del mundo un lugar mejor, más seguro.’

‘Eso está muy bien pero, ¿no es verdad que, al mismo tiempo, también intentas protegerte?’

Asentí.

‘Esa es la diferencia que la gente no entiende. La diferencia entre un héroe y un villano. Si tu objetivo es hacer un mundo mejor, ¿por qué te escondes? ¿Por qué temes las consecuencias? La gente diría que es porque en el fondo sabes que lo que haces está mal. En cambio, si hicieras lo mismo pero sin priorizar tus intereses sobre el objetivo final, todo el mundo pensaría: *¡Vaya, se sacrificó por nosotros!*. En ese mismo instante te convertirías en un héroe. Y, si te juzgaran, las consecuencias serían diferentes, ¿no crees?’

Nunca antes me había planteado las cosas de aquella forma y pensé si actuaba como lo hacía porque, una pequeña parte de mí, conservaba el sentido de la decencia de mi padre.

Monet se sentó y volví a la conversación, aparcando mis pensamientos para mis sesiones de meditación.

‘Ahora que ya hemos tenido nuestra conversación profunda, hablando de temas que parecen más sacados de un ensayo que de la realidad, me gustaría hablar de otra cosa contigo, James.’

‘Claro. Lo que quieras.’

‘Honestamente, me importa poco la filosofía. Soy más de las que se preocupan por las realidades. Supongo que porque desde muy joven he tenido que cuidar de George y encargarme que fuera feliz. ¿Alguna vez has querido hacer a alguien feliz?’

Asentí pensando en Eva y en mi padre.

‘Es un sentimiento muy noble. Algo a lo que aferrarse. Lo que me gustaría

hablar contigo es muy importante para mí y espero que lo entiendas y lo respetes.’

‘Por supuesto,’ le respondí.

‘A pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros en tan poco tiempo, de todo lo que sé de ti, quiero que entiendas que no pienso cambiar mis hábitos diarios. Mañana por la mañana volveré al hospital a trabajar y tú podrás hacer lo que fuera que viniste a hacer a Londres. No me importa que seas capaz de matar a sangre fría, ni me preocupa lo que te creas capaz de hacerme. Sé que no eres malo, James,’ me miró fijamente a los ojos. ‘Quiero creer que no me harás nada. Así que las cosas irán de la siguiente forma: te puedes quedar aquí el tiempo que quieras –me irá bien tener la compañía de alguien más mayor que George–, me pagarás una parte del alquiler e íntegramente la comida. ¿Te parece un trato aceptable?’, no esperó respuesta. ‘Si no te lo parece, eres libre de marcharte en el momento en que lo desees.’

Sus ojos brillaban y, aunque no sabía si lo hacían por miedo a mi posible reacción, perdido en sus pupilas, solo había una respuesta posible.

‘Me parece justo.’

En el mismo instante en que acepté su proposición, Monet se levantó y se dirigió a la pequeña mesa que hacía las veces de despacho y mesa de comedor.

Solo el tiempo me diría si estaba aprovechando mi última oportunidad o estaba cometiendo otro error, pero necesitaba darle a Monet el beneficio de la duda porque, quizás, si la dejaba acercarse a mí, me facilitaría el retorno de mis sentimientos.

‘Lo siento pero tendrás que entretenerme solo el resto de la tarde. Tengo que aprovechar todos los momentos que tengo para estudiar. No quiero quedarme como enfermera para siempre, ¿sabes?’

‘¿Qué estudias?’

‘En septiembre tengo los exámenes finales para convertirme oficialmente en doctora.’

‘Intentaré no molestarte.’

‘No lo intentarás,’ levantó mirada, ‘lo harás.’

Decidí que era un buen momento para meditar sobre las cosas que había hablado con Monet y me senté en el suelo para una de mis sesiones de yoga.

En aquella sesión acabé de perfilar un plan acerca de Monet: la vigilaría un tiempo para comprobar si era honesta conmigo y, si quedaba satisfecho con el resultado, me centraría en mi objetivo final, encontrar a Eva.

Un leve toque en el hombro, cauto, me sacó de mi estado de meditación. Abrí los ojos lentamente, como siempre me aconsejaba el abuelo Huang, y vi a Monet agachada, con sus ojos a mi altura y no pude evitar admirar su belleza. Además, era tan bella por dentro como por fuera, porque sus movimientos, sus palabras, su actitud, transmitían paz y seguridad a las personas que tenía alrededor. Quizás aquella era la razón por la que estaba tan cómodo.

‘Llevamos mucho rato con nuestras tareas, creo que es hora de tomarnos un descanso.’

‘No lo sé. Cuando medito suelo perder la noción del tiempo.’

‘Llevas más de cuatro horas meditando.’

‘Y tú más de cuatro horas estudiando.’

‘Creo que yo necesitaba parar más que tú,’ una sonrisa sincera apareció en su cara y, aunque no supe ubicar por qué, no me cupo duda de que era especial. ‘Siento si te ha molestado que te sacara de tu meditación.’

‘No importa. Si vamos a vivir juntos tenemos que ser capaces de interrumpir al otro cuando necesitamos algo, ¿no es esa la gracia de compartir piso?’

‘Pensaba que la gracia era ser capaz de evitar que tu compañero te molestara... Y compartir los gastos, claro...’

No dije nada.

‘¿Te parece buena idea que salgamos a por una cena ligera y una cerveza?’

‘Por supuesto,’ me levanté de un salto. ‘Salir nos aclarará la mente a los dos.’

‘Pensaba que la meditación servía para aclararte la mente...’

‘La meditación no puede con todo. Sirve para controlar ciertos... impulsos... Pero mi padre me enseñó que la vida es para vivirla, para disfrutarla. Salir a la calle, poder hacer lo que quiera, esa libertad, aún significa mucho para mí,’ pensé durante unos instantes hasta dónde llegaba mi confianza en Monet. ‘Además, en mi vida, he pasado mucho tiempo sin poder ir o hacer lo que quisiera cuando quería como para no valorar el simple hecho de poder salir a la calle.’

Monet se asomó a la ventana.

‘Sigue lloviendo.’

‘No me importa en absoluto.’

‘La lluvia forma parte de Londres, supongo,’ dijo encogiéndose de hombros.

‘Si está dispuesta, yo también, señorita,’ adopté el mismo posturo que

usaba cuando, de niño, asistía a las fiestas en Austin con mis padres porque creí, simplemente, que era la única forma de intentar recuperar las ganas de vivir, de hacer algo sin ningún propósito oculto, simplemente por su placer implícito. ‘Vámonos, señorita. Guíe el camino...’, me dirigí a la puerta mientras esperaba que Monet me siguiera.

Cuando me di cuenta de que no lo hacía, me giré.

‘No pretenderás que salgamos a cenar con estas pintas...’, me dijo metiéndose en su habitación, y pensé que tenía razón, que era bueno mantener las buenas costumbres. Me acerqué a mi baúl, lo abrí, y me cambié el traje por otro menos usado. Sin embargo, como hacía bastante calor, decidí no ponerme ni la americana ni el chaleco. Aquel se convertiría en mi uniforme aquella noche y todos los días en que el calor apretara.

Poco después, cuando Monet salió, parecía otra persona. Se había maquillado de una forma natural y sin artificios, como nunca habría imaginado posible. Vestía una falda de color marrón muy ceñida que le llegaba por las rodillas y una camisa vaporosa medio transparente de color crema. La verdad es que todo el conjunto parecía pensado para resaltar su belleza natural, sin exageraciones.

‘Ahora sí que estamos preparados, ¿no te parece?’

‘Absolutamente.’

Se acercó a mí, me cogió del brazo y nos dirigimos a la puerta para pasar la mejor velada posible. Imaginé que Monet no debía tener muchas oportunidades de salir con adultos sin la presencia de George y pensaba esforzarme para que se lo pasara bien.

Abrí la puerta y, allí, a punto de llamar, había un hombre. Era alto, mucho más que yo, delgado y vestido con un traje de verano crema que no parecía encajar con el tiempo lluvioso del exterior.

‘Vaya, parece que llego justo en el momento perfecto,’ dijo gritando, como suelen hacer las personas que quieren imponer su opinión sobre las demás, como si aumentar el volumen les diera la razón. ‘¿No me presentas a tu amiguito?’, dijo en tono despectivo, pero pensé que no era el momento de actuar impulsivamente.

Aun así, me interpuse entre el extraño y Monet.

Al hacerlo, Monet me cogió del brazo para evitar que actuara y me hizo que no con la cabeza. Cuando me giré, vi que su mirada se había tornado triste, borrando de un plumazo toda la alegría de vivir que exhalaba tan solo un segundo atrás.

Me hizo meterme dentro del piso con un movimiento de brazo y, me miró con una cara que parecía la de un cachorro abandonado, despreciado y solo.

‘No pasa nada, es mi hermano.’

Tenía que confiar en ella así que no actué. Estaba dispuesto a creerme nuestro acuerdo tácito por el momento y respetarla. Me mantendría en guardia por si me necesitaba, pero nada más.

Monet cerró la puerta y salió al rellano con su hermano. Era incapaz de entender cómo aquel hombre desagradable podía ser familia de aquel ser tan bueno, que tanta tranquilidad irradiaba, que era Monet.

A través de la puerta oí los gritos propios de una discusión.

Los minutos pasaron y la conversación subía de volumen. No entendía todo lo que decían, pero los insultos del hermano de Monet empezaron pronto a destacar entre el indescifrable resto. Palabras como *puta*, *idiota* y *mentirosa* sobresalían del ruido general.

Cuando finalmente se volvió a abrir la puerta, creí estar preparado para cualquier cosa –incluso para defenderme si era necesario– pero Monet me pilló por sorpresa porque entró llorando, con el maquillaje corriendo por su cara, vino hacia mí y me abrazó.

‘Abrazame, James, solo abrazame,’ sollozó y, a pesar de no entender nada, lo hice.

El tacto del cuerpo de Monet me hizo pensar que quizás era cierto que podía empezar de cero y que debía permitir que nuestra relación siguiera su curso, significara lo que significase para mi futuro.

Al cabo de unos minutos, Monet dejó de llorar y se metió en el dormitorio. Justo antes de entrar, se giró hacia mí, secándose las lágrimas.

‘En el armario tienes lo que necesitas para convertir el sofá en una cama: sábanas, mantas, lo que necesites,’ recuperó el aliento: ‘Lo siento.’

Fue una disculpa sincera.

No sentía nada por todo aquello, pero mi intelecto era capaz de ver una oportunidad cuando se presentaba. No pensaba renunciar a encontrar a Eva, a recuperar mis sentimientos, pero estaba dispuesto a darle una oportunidad honesta a Monet. Pensaba ser cauto, por supuesto, pero no podía dejar pasar aquella oportunidad por un miedo que hacía tiempo que no sentía.

36

La mañana me despertó y me sorprendí de lo mucho que brillaba el sol. Tampoco era de extrañar teniendo en cuenta que, desde mi llegada a Londres, toda mi experiencia se reducía a clima lluvioso o a habitaciones con luz artificial. Estoy convencido de que, si aún hubiera sentido, el espectáculo de colores que ofrecían los tejados de la ciudad –con sus características chimeneas– me habría dejado sin palabras, nostálgico por mi hogar, tan distinto de la ciudad que se abría frente a la ventana.

Mientras observaba aquel espectáculo, Monet salió de su habitación, sonriendo como si la noche pasada no hubiera existido. *Buenos días*, y vi cómo el brillo del sol en su pelo la hacía aún más atractiva. En toda su naturalidad, recién levantada, pensé que era más bella de lo que hubiera imaginado que nadie pudiera ser. No sabía si me influía su carácter, su aceptación de mis actos; pero fue lo que pensé.

‘¿Qué te pasa, James?’

‘Buenos días, Monet,’ señalé la ventana. ‘Estaba admirando el sol. Parece brillar con más fuerza que nunca.’

‘Aunque a veces no lo parezca, el sol brilla igual en todo el mundo. Tan solo te da la impresión de que brilla más porque hace días que no lo veías. *Sientes* que brilla más.’

Sonreí ante el comentario mientras Monet se preparaba para ir al hospital y constaté que no pensaba pedirme permiso para hacer nada, que no se sentía mi prisionera y no parecía tenerme miedo a pesar de que sabía más de mí de lo que la mayoría de personas llegaría a saber nunca.

‘Me voy pronto, James,’ cogió las llaves. ‘Además, tengo que recuperar las horas que perdí ayer o sea que probablemente volveré tarde... Puedes sentirte como en casa aunque te recomiendo que aproveches el tiempo para hacer lo que fuera que venías a hacer cuando llegaste a Londres. Toma, una copia de las llaves,’ me las dio, me besó en la mejilla y se dirigió a la puerta. ‘Hasta esta noche, James.’

Cuando se marchó, bajé al baño compartido para ducharme. Me lo tomé con calma, casi saboreando mi libertad.

Al volver al apartamento, me encontré a la vecina que cuidaba de George esperándome en el umbral y la saludé enérgicamente.

‘Buenos días a ti también. Pensaba que los jóvenes de hoy en día no eran tan madrugadores.’

‘En mi experiencia, la vida hay que tomársela con energía, siempre a punto para lo que pueda pasar.’

Sonrió cándidamente, como lo haría una amable viejecita en una novela ligera.

‘Venía a ver si Monet necesitaba algo ahora que George está unos días fuera.’

‘Monet no está, se ha marchado temprano porque tenía que recuperar trabajo pendiente.’

Asintió con cara de decepción antes de volver a dirigirse a mí:

‘Verás, James, ¿puedo ser honesta contigo? Cuando una se hace mayor, necesita mantenerse activa, y la verdad es que, sinceramente, George llena mis días.’

‘Lo entiendo. ¿Puedo hacer algo para ayudarla?’

‘Gracias... Pero no,’ se dispuso a irse abatida, cuando, de repente, se giró con una sonrisa: ‘Por cierto, no nos hemos presentado formalmente. Soy la señora Moore.’

‘Encantado. Soy James Wells.’

‘Supongo que un joven como tú estará ocupado, ¿verdad? No tendrá tiempo para tomarse un té con una anciana como yo...’, usó un tono mezcla de pregunta y afirmación, esperando que fueran mis palabras las que dieran tono definitivo a su petición sin tener que ponerse en un compromiso.

‘Lo siento, señora Moore, pero precisamente hoy tengo un día completo. Quizás algún día de esta semana me atreva a pedirle una cita para un té.’

‘Te tomo la palabra, James,’ se sonrojó como lo haría una colegiala y rió inocentemente. ‘Siempre he pensado que un hombre solo es tan bueno como su palabra, así que...’

‘No se preocupe. Cumpliré lo prometido.’

La señora Moore bajó hacia su piso y entré al apartamento para prepararme.

Cinco minutos después salí en dirección al Colindale Hospital, donde pensaba asegurarme de que Monet no se comportara de forma extraña o avisara a la policía.

Poco después, entré al hospital y, por primera vez en mi vida, me fijé en los tristes que parecían las personas de la sala de espera. En silencio, meditando, cada uno preocupado de sí mismo, como si traspasar las puertas del hospital

pusiera todos los problemas del mundo sobre sus hombros.

Me acerqué al mostrador y pregunté por Monet.

‘¿Quién?’

‘Disculpe, quería decir Eme. Me trató muy bien cuando estuve ingresado en el hospital y querría saber si está para poderle dar un presente.’

Era lo mejor que se me había ocurrido para saber si Monet estaba en el edificio.

‘Eme está en el hospital. Si quiere puede dejarle una nota.’

‘Eso sería estupendo, gracias.’

Me pasó un papel, escribí un simple *Muchas gracias por todo* y firmé como Jack. La nota no le desvelaría nada a Monet y había logrado la información que necesitaba, así que salí del Colindale Hospital en busca de un lugar desde donde vigilar la puerta.

Delante de la puerta principal había una cafetería y entré, pensando en mi suerte. Sin embargo, la mejor mesa para observar el hospital estaba ocupada por dos chicas jóvenes, vestidas de enfermeras pero que, por su edad, debían ser estudiantes en prácticas.

Intenté una aproximación a la que llevaba dando vueltas algún tiempo.

‘Buenos días, se van a marchar y me van a dejar sentarme en esa mesa.’

Una de las chicas masticaba chicle con la boca abierta y la otra parecía haberse quedado muda.

‘¿No ves que la mesa está ocupada?’, me dijo la que masticaba chicle.

‘¿Te parece que eso me preocupe mucho? No os he hecho ninguna pregunta. Os he dicho lo que va a pasar. Os lo repetiré: os vais a levantar y me vais a dejar la mesa.’

Sin más quejas, se levantaron y pude sentarme de cara a la puerta del hospital.

Pedí un café *negro, sin azúcar*, y la camarera volvió unos segundos después con un brebaje que, sinceramente, tenía un color que poco se parecía al negro.

Me lo bebí lentamente mientras miraba fijamente la entrada y salida de personas del hospital en busca de Monet o algo sospechoso.

Más de una hora después, Monet salió con dos enfermeras y se quedaron en la puerta del hospital. Las dos compañeras fumaban y Monet les explicaba alguna cosa sonriendo, animadamente. Al ver su gesto, su alegría, mastiqué la idea de confiar en ella sin más. De repente, una mujer salió corriendo del Colindale y se llevó a Monet de nuevo al interior.

Ante una nueva espera pedí el All-Day Breakfast, que consistía en un huevo duro, judías estofadas, bacon y un par de salchichas acompañados por otra taza de café.

Terminé de comer y vi salir a Monet seguida a poca distancia por su hermano, con el mismo traje beige y el mismo porte confiado de la noche anterior. A pesar de la distancia, por sus gestos, noté que estaban discutiendo. No conocía las razones, pero sí que, en aquellos momentos, me interesaba descubrir más sobre el hermano de Monet si quería estabilizar mi situación. Formulé rápidamente un plan –confiando en que a Monet aún le quedaban horas de su turno en el hospital–, dejé un billete en mi mesa y salí a la calle, donde me instalé en un lugar discreto.

Por fin, después de unos embarazosos minutos para cualquiera que los viera, se acabó la disputa entre los dos hermanos. Monet entró a trabajar y su hermano se encendió un cigarrillo con la sonrisa intacta.

De repente, otro hombre corrió hacia él, le gritó algo y se marcharon corriendo. Me dispuse a seguirlos, como había planeado, pero se subieron a un coche y salieron a toda velocidad.

Ante la imposibilidad de seguir al hermano de Monet, busqué una alternativa para continuar mi vigilancia del hospital porque pensé que volver a la cafetería tan pronto habría llamado la atención. Mientras reseguía con la mirada las posibilidades, me fijé en un viejo que estaba subiendo la persiana de su negocio que, para mi sorpresa, era una sastrería.

Pensé que sería interesante renovar parte de mi vestuario y, además, la sastrería estaba en un lugar ideal para continuar vigilando la puerta del hospital.

Me acerqué al viejo y puse mi mejor sonrisa.

‘Déjeme que le ayude.’

‘Llevo más de cuarenta años subiendo esta persiana, joven. Creo que aún soy capaz de hacerlo.’

‘Por supuesto. Solo pensé que–’

‘Los jóvenes, siempre pensando, siempre creyéndose mejores... Como si ayudar a un viejo a subir la persiana les hiciera mejores personas.’

Era un cascarrabias, no cabía duda, pero me sentía cómodo con el hecho de que dijera lo que pensaba sin preocuparse por las consecuencias.

‘Y ustedes los viejos siempre pensando que, solo por la edad, saben más que los jóvenes.’

Hubo un silencio y el viejo paró de subir la persiana. Me miró y se puso a reír.

‘Me caes bien,’ terminó de subir la persiana. ‘¿Puedo ayudarte en algo?’

‘La verdad es que estaba interesado en saber si podía hacerme unos trajes.’

‘¿Qué pone en el cartel de la puerta? Léelo para mí.’

‘*Hitch e hijos. Sastre.*’

‘¿Ves? No era tan difícil asumir que me dedico a hacer trajes... No me queda tiempo para preguntas estúpidas. Cuando seas mayor verás que el tiempo que te queda es demasiado valioso para desperdiciarlo en estupideces,’ abrió la puerta de la sastrería. ‘Anda, pasa, no te quedes ahí. Me vas a espantar la clientela.’

Era una tienda pequeña, con un par de maniqués y una estantería con rollos de tela. Encima del mostrador, que estaba a un lado, vi las herramientas típicas de un sastre: tiza, cinta métrica y tijeras. No era un lugar impresionante y me pregunté si, a pesar de la conveniencia de su ubicación, era buena idea renovar mi vestuario allí.

‘Venga, muchacho, espabila.’

‘Es que... Estoy esperando que alguien salga del hospital y me gustaría seguir mirando por si lo hace.’

‘Aprovechando el tiempo, ya veo. Está bien...’, pasó al motivo de mi visita. ‘Ahora dime qué te gustaría.’

‘Dos trajes negros, dos camisas blancas y un chaleco negro.’

‘Ya puestos, te podrías quedar dos chalecos, ¿no? Los sastres tenemos que vivir de algo. Además, no querrás que el chaleco se te vaya desgastando y los trajes destaquen, ¿verdad?’

‘Dos de cada, pues.’

‘Buena decisión,’ me dijo mientras se giraba para coger la cinta métrica y un lápiz.

Me quité la americana, que aquella mañana sí me había puesto, y me preparé para que Hitch me tomara medidas.

‘Espero que sepa lo que hace.’

Me miró con cara desafiante.

‘El traje que llevas te lo ha hecho un sastre americano. Además, puedo decirte que lo ha confeccionado en alguna ciudad interior. Se nota por cómo está acabado porque tiene algunos fallos que un sastre inglés nunca permitiría en un cliente... Un caballero británico debe vestir siempre a la perfección. Y ahora cállate y déjame hacer mi trabajo.’

Me midió y me explicó que el traje sería un poco diferente al que llevaba, *más estrecho, más cercano al cuerpo, porque los trajes anchos no te convienen por constitución.*

‘Lo que usted diga me parece bien.’

‘Tendrás que pagarme una parte por adelantado.’

‘No se fía de mí, ¿eh?’

‘No me fío de nadie... Y deberías grabarte esa lección como una de las más importantes en tu vida y actuar siempre de acuerdo con ella.’

Hitch parecía leerme la mente y darme siempre la respuesta adecuada en cada momento, lo que necesitaba oír aunque no me gustara.

‘No te creerías la cantidad de *caballeros* que me deben trajes. Hay gente que no se merece nada.’

‘Lo entiendo. No pasa nada.’

‘Por supuesto que pasa. Tiene que importarnos. Es lo que nos diferencia de los animales. Debemos ser lo que aparentamos porque, si no, ¿en qué nos convertimos?’

Me metí la mano en el bolsillo dispuesto a pagarle cuando me di cuenta de que solo me quedaban dólares.

‘Acabo de darme cuenta de una cosa...’

‘Se te ha olvidado la cartera en casa, ¿verdad?’, el sarcasmo era evidente.

‘No. Pero acabo de llegar de América y solo llevo encima dólares americanos.’

‘No te preocupes, aquí al lado hay un banco. Puedes ir a cambiar tu dinero. Esperaré pacientemente.’

Era evidente que Hitch no esperaba que volviera, como si fuera una de los cientos de excusas que había escuchado.

‘Aunque, si no te importa, esperaré sentado.’

Salí y me di cuenta de que debía estar más atento al Colindale Hospital porque, en una cabina cercana, Monet hablaba por teléfono. No sabía con quién, pero era el típico error que no podía permitirme.

Monet salió de la cabina con su sonrisa –la cual me hizo pensar que probablemente no tramaba nada– y volvió al hospital.

Entré al banco, cambié el dinero y me di cuenta de que había pagado en la cafetería con un dólar, pero no le di más importancia. Si no me habían salido a buscar, no les debía preocupar mucho.

Volví a la sastrería.

‘Tenga,’ le alargué veinte libras a Hitch, que no daba crédito.

‘A cierta edad, las sorpresas son cada vez más raras... Y hoy me has dado una de las grandes.’

‘Me gusta pensar que soy un hombre de palabra.’

Con todas las mentiras, los asesinatos y los robos que había cometido en mi vida, no dejaba de ser irónico que me viera a mí mismo como un hombre de palabra; pero era lo que pensaba.

‘¿Te apetece un té?’

‘No lo sé. La verdad es que...’

‘No te preocupes, dejaré que te sientes mirando para fuera para poder ver a quien esperas cuando salga.’

‘En ese caso, acepto.’

El viejo se metió en la trastienda y salió con una tetera y dos tazas. Sirvió el té y se sentó tranquilamente sorbiendo lentamente de la taza que tenía en sus manos.

‘Por cierto, me llamo James.’

‘Yo soy el señor Hitch Jr. Pero puedes llamarme Hitch, todo el mundo lo hace.’

Sorbí mi té y, para mi sorpresa, me gustó.

‘¿Qué tipo de té es? Tiene un sabor peculiar.’

‘El único que bebo: Earl Grey.’

‘Me gusta.’

‘No me importa lo más mínimo.’

Y por primera vez en mucho tiempo, me reí. Continuaba sin sentir nada pero la risa había manado naturalmente de mi interior.

Me acabé el tercer té y me levanté para irme. Había pasado más de dos horas con Hitch y sus pensamientos sobre la vida. Había estado cómodo con su honestidad brutal y, además, había podido vigilar la puerta del hospital.

‘¿Cuándo estará todo listo?’

‘El martes que viene porque el lunes es festivo.’

‘Te tomas tu tiempo, Hitch.’

‘Si cada día viniera un joven como tú a beber té y entretenerme aún tardaría más.’

Sonreí.

‘Además, no querrás un traje chapucero como el que llevas, ¿verdad? Te recuerdo que yo había trabajado para—’

‘La realeza, ya me lo has dicho.’

Se rió y me extendió la mano.

‘Si todos los jóvenes fueran como tú, el mundo sería diferente.’

Sin querer, el viejo Hitch había vuelto a dar en el clavo, aunque no de la forma que él pretendía, porque sin duda el mundo sería distinto si todos fueran como yo. De eso no me cabía ninguna duda.

Salí y decidí confiar en Monet por el momento. Su sonrisa después de la llamada me había convencido de que no era un aviso a la policía, de que no escondía tramas ocultas y, por tanto, era tan buen momento como cualquier otro para empezar a plantearme mi objetivo real, la razón por la que estaba en Londres: reencontrarme con Eva.

Tenía muy poca información –solo que estudiaba en una escuela privada femenina– pero no pensaba rendirme y me dirigí al City Hall para pedir una lista de todas las escuelas femeninas de la ciudad. Pensaba visitarlas todas para encontrar a Eva. Sería un proceso lento y costoso, pero era el más seguro.

Entré en el City Hall y esperé pacientemente mi turno en la larga cola que surgía de la ventanilla de información.

‘Buenos días, me gustaría una lista de las escuelas privadas femeninas de la ciudad.’

‘¿Y se puede saber por qué debería darle yo esa información, señor?’, la mujer con gafas de la ventanilla ni siquiera me miró.

‘Esto es una ventanilla de información.’

‘¿Y?’

‘¿No tienen ustedes esa información?’

‘Yo no he dicho que no la tengamos... He dicho que por qué razón debería dársela.’

‘Verá, mi hermana quiere ingresar el curso que viene en una de ellas, y me gustaría poder visitarlas antes.’

‘No le he pedido que me explique su vida. Las cosas son muy sencillas, caballero: ese no es el tipo de información que damos al primero que pasa por aquí, así de simple.’

‘Lo que es así de simple es lo siguiente,’ no pensaba aguantar más su impertinencia. ‘Me va a dar esa lista en los próximos cinco minutos.’

Por primera vez, levantó la mirada hacia mí.

‘Porque si no lo hace, me encargaré personalmente de que no pueda entregar nunca más ningún tipo de información a ningún otro ciudadano... Y eso sería una pérdida terrible para la ciudad, ¿no cree?’

Al mirarme, se asomó a mis profundidades porque, inmediatamente, se levantó y empezó a rebuscar en unos archivadores. Sacó un dossier y me lo entregó.

‘Muchas gracias,’ dije mientras me marchaba. ‘¿No sería más sencillo que las personas se ayudaran sin necesidad de quejarse ni ser desagradables?’, dejé la pregunta en el aire mientras me daba la vuelta y pensaba que, por fin, tenía por dónde empezar mi tarea real en la ciudad.

Para optimizar mi búsqueda, lo primero que hice fue ordenar las escuelas del centro a la periferia, con la ayuda de un mapa, mientras me comía un cucurucho de Fish & Chips.

Después, fui a la primera escuela, un edificio de arquitectura eduardiana que parecía el típico colegio elitista que me imaginaba al leer alguna novela juvenil, con institutrices e insondables misterios. Sin embargo, los detalles denotaban que todo era fachada porque el cuidado del edificio no era el que se podía esperar de un lugar de aquellas características.

Me centré en lo que necesitaba y, a pesar de no ver movimiento –lógico en el mes de agosto–, llamé al timbre porque supuse que habría alguien vigilando las instalaciones.

‘Buenas tardes, caballero, ¿puedo ayudarle en algo?’, la mujer que me hablaba desde el otro lado de la verja era mayor y extremadamente delgada, como el típico personaje amargado que encajaría en una novela de Dickens.

‘Buenas tardes, señorita. Vengo buscando a mi hermana, que cursa estudios en su escuela.’

‘La mayoría de las chicas se han ido a casa por las vacaciones.’

‘Mi hermana vive muy lejos, o sea que no creo que se haya ido a casa.’

Frunció el ceño.

‘¿De dónde es su hermana?’

‘De Texas.’

‘En ese caso, creo que se ha equivocado, caballero. En nuestra escuela no hay ninguna muchacha americana. Somos muy estrictos con nuestro proceso de admisión,’ dijo en un tono despectivo que ignoré.

‘Debo estar confundido... ¿Está segura?’

‘Absolutamente.’

Ví que lo estaba y no insistí, dirigiéndome a la siguiente escuela de la lista.

Cuatro centros después, con tácticas parecidas y el mismo resultado, di por terminado mi día. No había tenido suerte, pero no sentía desánimo, así que nada había cambiado.

Mientras pensaba en todo aquello, dirigiéndome al metro, una tormenta de verano me empapó.

La violencia del aguacero fue tal que, cuando me quité los zapatos en el

interior de la estación, salió suficiente agua para mantenerme vivo durante meses en el zulo de The Lucky Dragon.

La ropa, enganchada a la piel, no me permitió sacudirme el frío y, a pesar de ser consciente de que aquella situación distaba de ser ideal para alguien que acababa de recuperarse de la tuberculosis, no podía saltarme la siguiente fase de mi plan.

Salí de la estación de Burnt Oak y seguía lloviendo. El tiempo de trayecto había sido insuficiente para secarme, así que simplemente me puse en la acera frente al portal de Monet e implementé mi plan de seguridad.

La ventana de Monet tenía luz y, poco después, la vi asomarse con los ojos llorosos y me escondí tras un árbol. Miré a mi alrededor, esperé unos minutos bajo la lluvia –ya de menor intensidad–, no vi nada sospechoso, y decidí que era el momento de confiar en Monet definitivamente.

Llamé a la puerta y me puse a un lado para que quien saliera no me viera directamente. Monet se asomó y, al verme, lo inesperado: se abalanzó hacia mí y me abrazó llorando a moco tendido. *James, oh, James, pensaba que tú también me habías abandonado*, dijo entre sollozos.

Aquel arrebató de sinceridad, la conexión con Monet, la intimidad que compartíamos, era lo más cercano a un sentimiento que había tenido desde que el señor Slater me había bautizado en sangre.

Fue un instante de honestidad absoluta y me pilló completamente desprevenido.

Después de unos segundos abrazada a mí, Monet se separó y se secó las lágrimas.

‘Es la reacción más fría que he obtenido en mi vida cuando me he abalanzado sobre un hombre...’

‘Lo siento, es que...’

‘Te he pillado desprevenido, lo entiendo. Y lo siento... No era el recibimiento que tenía pensado hacerte.’

‘Siento no haber reaccionado como esperabas.’

‘No te preocupes. Decidimos que íbamos a ser honestos el uno con el otro, ¿verdad?’

‘Por supuesto.’

‘Pues es el precio de no disimular delante del otro. Verás lo mejor de mí pero también lo peor.’

‘No me importa.’

Me miró como si no se lo creyera y entramos en el apartamento. Monet

había dejado de llorar, pero se notaba su preocupación. Entró a su habitación y salió ofreciéndome una toalla.

‘Tienes que secarte un poco, James.’

Con el recibimiento sorpresa de Monet ni siquiera me había dado cuenta de que seguía empapado y de que, con el abrazo, la camisa de Monet se había humedecido y transparentaba su sujetador. Empezó a quitarme la americana y la camisa mientras yo me secaba el pelo con la toalla.

‘Nadie diría que eres tan atlético cuando vas vestido, James. Me di cuenta cuando estabas ingresado. Vestido pareces delgado pero te quitas la camisa y, puf, como por arte de magia aparecen músculos por todas partes. Se nota que has hecho ejercicio.’

‘Intento mantenerme en forma, sí.’

‘Me gusta eso en un hombre. Y en una mujer. Al fin y al cabo, siempre debemos aspirar a lograr nuestra mejor versión.’

Para decepción de mi libido, cuando Monet terminó de quitarme la camisa y la americana, las cogió para tenderlas en la ventana y se separó de mí. Después se dirigió a la cocina y empezó a preparar unos platos.

Definitivamente, me gustaba Monet. No sentía nada por ella, pero quería protegerla. Podríamos decir que estaba cómodo en su presencia, relajado. Simplemente dos completos desconocidos compartiendo sus vidas en verano. La idea apelaba a una parte de mí que me interesaba cultivar y tenía la necesidad de conectar con Monet, de intentar que no se alejara al darse cuenta de que no podía sentir nada.

‘Espero que te guste la comida china, James. He cogido algunos platos de camino a casa. Supongo que estarán fríos... Espero que no te importe...’

‘Por supuesto que no. De hecho he trabajado de cocinero en un restaurante chino,’ me salió sin pensarlo.

‘¿Eras bueno?’

‘La verdad es que no. Lo mío siempre ha sido el corte de carne.’

‘Espero que eso no sea una broma desagradable sobre haber matado al doctor Braun,’ dijo con semblante serio.

‘Por supuesto que no.’

‘Mejor. Una cosa es que te respete y otra muy diferente que acepte que hagas broma de la muerte de alguien que has matado con tus manos. Hay barreras que no se deben traspasar.’

Asentí a pesar de no comprender por qué acababa siendo más grave hacer broma de un muerto que matarlo tú mismo.

‘Acércate,’ me pidió. ‘Estoy hambrienta.’

Cogí mis fideos con los palillos, que había aprendido a usar en The Lucky Dragon, y Monet hizo lo mismo con cierta torpeza. La ayudé a posicionar los dedos correctamente.

‘A mí también me costó aprender. No hay de qué avergonzarse.’

‘No me avergüenzo de nada... Y menos de no saber comer con palillos.’

Sonreí.

Nos metimos los fideos en la boca y nos miramos a los ojos. Inmediatamente, Monet escupió con cierta delicadez los fideos de la boca y yo continué comiendo.

‘¡Están asquerosos! En caliente no lo parecen, pero así fríos... Y pensar que algunas noches le doy esto a George...’

‘No están tan mal. Si supieras lo que me he llegado a comer para sobrevivir...’

‘No me estarás engañando para hacerte el importante, ¿verdad?’

‘¿Por qué iba a hacer eso?’

‘Para impresionar a una mujer guapa.’

‘Solo intento cumplir mi parte del trato y soy sincero contigo.’

‘No me creo que alguien como tú haya comido cosas peores que estos fideos. Convénceme.’

‘He comido gusanos,’ evidentemente omití que provenían de un cuerpo putrefacto que tenía a mi lado. ‘Son bastante nutritivos.’

Monet se rió y no sé si fue porque me creyó o porque no lo hizo.

Seguí comiendo y Monet hizo un segundo intento con los fideos.

‘Si tú te los comes, yo también.’

‘No se puede desperdiciar ninguna oportunidad de comer.’

‘Lo que diga el señor.’

Y así nos acabamos comiendo los fideos y el resto de la comida china. Cuando terminamos, recogí los platos y me dispuse a lavarlos.

‘¿Vas a fregar los platos? Ten cuidado, podría enamorarme de ti,’ ignoré el comentario. ‘No te importa que aproveche para estudiar un poco, ¿verdad? Necesito más horas.’

‘Por supuesto. No quiero ser un estorbo. De hecho, si no te importa, un día de estos me gustaría que me prestaras alguno de tus libros médicos para leerlo.’

‘Cuando quieras.’

Era una petición sincera, no porque me interesara la medicina en general,

sino porque creía que saber más del cuerpo humano me ayudaría en mis muertes, para que las personas que se lo merecían tardaran más en morir. Quería aprender por puro interés.

Mientras fregaba los platos y los secaba, pensé que aquello debía ser la vida normal, la cotidianidad de una pareja joven y me di cuenta de que nunca había vivido una situación parecida ni con mis padres, ni en el matadero.

De repente, Monet levantó la cabeza de su libro.

‘Por cierto, James. Hoy he hablado con teléfono con mis padres: George está bien. Estoy convencida de que si hablara te habría saludado. De hecho, ha sido lo único positivo de mi día. Espero que te haya ido mejor.’

Al mismo tiempo que volvía a concentrarse en la lectura, pensé que Monet era lo más cercano que había tenido a una amiga desde la marcha de Eva, y no podía permitirme perderla.

La mañana siguiente amanecí ligero, como si confiar en Monet me hubiera quitado un peso de encima. Monet se levantó inmediatamente después y, mientras se preparaba un café, vio la lista de escuelas, mojada por la lluvia.

‘James, ¿qué son estos papeles?’

‘Son los datos de todas las escuelas privadas femeninas de la ciudad.’

Puso cara de no entenderlo.

‘Tú misma dijiste que tendría que empezar a hacer lo que fuera que vine a hacer a Londres... Esto es lo que he venido a hacer, buscar a mi hermana.’

Evidentemente, no le dije lo que esperaba de Eva porque hubiera supuesto una confesión que aún no estaba preparado para hacer.

‘Me alegro de que tengas algo que hacer para matar el tiempo,’ se terminó el café. ‘Por cierto, ¿no te preocupa que vaya a la policía y te denuncie por lo que le hiciste al doctor Braun?’

‘Confío en ti. Confío en que harás lo que creas mejor.’

Se lo pensó un instante antes de proseguir.

‘Debo confesarte algo que no te he dicho acerca de por qué no me importó que mataras al doctor Braun...’

‘Dime.’

‘Es la primera vez que le digo esto a alguien sin miedo a perder mi trabajo,’ respiró hondo. ‘El doctor Braun experimentaba con algunos de sus pacientes.’

‘¿Qué significa que experimentaba?’

‘Probaba nuevas drogas, buscaba los límites del dolor, investigaba en los pacientes que creía adecuados...’

‘¿Los que no se podían recuperar?’

‘Eres muy inocente, James,’ dijo negando con la cabeza. ‘Todo lo contrario. Solo los más fuertes eran adecuados para sus experimentos porque su objetivo era crear un superhombre. El mejor hombre posible, la raza perfecta.’

‘No entiendo por qué me explicas esto.’

‘Porque tú eras uno de los candidatos a convertirte en uno de sus experimentos. Quería que lo supieras, que sepas que considero la muerte del doctor Braun como algo necesario para tu supervivencia. Una obligación. A pesar de lo que me contaste sobre tus necesidades...’

‘Me alegro de que me lo hayas contado. Gracias. De verdad,’ remarqué.

‘Te lo mereces. Y quería decírtelo antes de marcharme.’

‘¿Por qué hoy? Has tenido otras posibilidades de sincerarte conmigo.’

‘Porque con la muerte del doctor Braun, he descubierto que la dirección del hospital conocía los experimentos, que probablemente los alentaba. Es por eso que todo el asunto de su muerte se ha ocultado como si fuera un accidente. Nadie está buscando al asesino del doctor Braun, James. Nadie. Y, si fuera a la policía, nadie me creería porque, para todos, el doctor Braun murió por un accidente, un resbalón estúpido. ¿Lo entiendes?’

Supuse que no era necesario decir nada.

‘Además, creo que hoy empieza el sustituto del doctor Braun. Y necesitaba poder explicarle a alguien lo que pasaba en el hospital.’

‘Espero que el nuevo doctor sea mejor.’

‘Y yo. Aunque no tengo muchas esperanzas.’

‘¿Por qué?’

‘Si la dirección sabía lo de los experimentos, es porque están interesados y, por lo tanto, quienquiera que sea el sustituto...’

‘Sustituirá al doctor Braun en todo.’

‘Exacto.’

‘No lo des por supuesto. Debes mantener la esperanza, Monet...’, me lo pensé unos instantes. ‘Además, si el nuevo doctor es tan malo como el doctor Braun siempre podemos acabar con él. No debes preocuparte.’

Pensé que quizás mi sinceridad brutal asustaría a Monet, pero no lo hizo. Era una persona pragmática, más preocupada de vivir el día a día que de las connotaciones morales de sus pensamientos.

‘Cambiando de tema. ¿Qué te apetece que compre para cenar?’

‘No te preocupes por eso. Esta noche cocinaré y sabrás lo que es la auténtica comida china. Mientras esté en casa, no volverás a comer comida

preparada fría. Necesitas alimentarte bien para poder rendir en tus estudios.’

‘James, eres un joven de muchas sorpresas.’

Y me besó.

Fue un beso inesperado, en la mejilla, pero me hizo pensar que había recuperado la senda hacia mis sentimientos. No sabía por qué, pero fue así. Monet me veía exactamente cómo era, sin adulterar, y me estaba aceptando sin que yo conociera los porqués, ni me importaran.

Estaba pensando en todo aquello, en cómo había cambiado mi percepción de las cosas desde que había conocido a Monet, cuando sus palabras me devolvieron al momento presente:

‘Entonces, ¿qué planes tienes para hoy?’

‘Buscar a mi hermana. Pero antes tendré que recuperar toda la información de estos papeles. Con la lluvia han quedado todos emborronados.’

‘Bien. Entonces nos veremos esta noche para cenar.’

‘Cuenta con ello.’

‘Solo te pido una cosa, James. No me decepciones. Eso es algo con lo que no podría vivir.’

‘No lo haré.’

Se marchó y el apartamento, de repente, se convirtió en un lugar mucho más solitario de lo que nunca me había parecido el depósito de agua del matadero o el zulo de The Lucky Dragon.

Me sacudí el pensamiento y me concentré en descifrar los borrones de la lista de escuelas.

Tardé tres horas en pasarlas a limpio y, poco antes de la hora de comer, empecé las visitas del día.

Cinco escuelas, cinco fracasos. No parecía que nadie me quisiera engañar y estaba convencido de que Eva nunca había estado en ninguno de aquellos centros. Era un trabajo sencillo, que no requería esfuerzo, pero si la suerte no me acompañaba, podría encontrar a Eva demasiado tarde.

Decidí dejarlo e ir a comprar lo necesario para la cena porque quería dedicarle el tiempo que se merecía.

Una hora después, volví al apartamento para descubrir a la señora Moore en la puerta de Monet. Al darse cuenta de mi presencia, dio un paso atrás como si la hubiera pillado haciendo algo que no debiera y pensé que no sería mala idea prestarle atención a la maestra retirada por si suponía un problema.

‘Oh, hola, James.’

‘Hola.’

‘Vaya, es agradable ver a un hombre joven que se encarga de la casa.’

Puse mi mejor cara y le dije lo que pensaba.

‘Si quiere hablar con Monet, ¿no cree que sería mejor venir cuando esté ella?’

‘Eh, sí, claro.’

Se marchó y me quedé pensando qué ocultaba pero, enfrascado en cocinar, enseguida me olvidé de la señora Moore.

Decoré el piso con unas flores y puse la mesa como la habría puesto el senador Johnson en su suite del Waldorf. Nunca había visto la necesidad de toda aquella ceremonia para comer, pero en aquel momento lo hice sin pensar.

Monet llegó y todo había merecido la pena. Su sonrisa iluminó la sala y su cara de cansada desapareció. En aquel momento supe qué hacía especial su honesta sonrisa: no escondía su pasado, sus errores, sino que lo contenía todo, bueno y malo; y aquello le daba una dimensión especial al gesto.

Se sentó a la mesa y aceptó mi juego de la alta sociedad.

La conversación fue gratificante y me convencí de que aquello era lo más cerca de la felicidad que podía estar sin sentir nada.

Terminamos de comernos los yakisoba y la ternera con gambas y Monet se fue a su habitación y volvió con una botella de Johnnie Walker.

‘La estaba guardando para una ocasión especial. Y esta lo es,’ cambió su cara por un instante. ‘No podremos celebrarlo como es debido porque tengo que estudiar pero una copa no hace daño a nadie.’

‘Lo entiendo.’

‘No te importa, ¿verdad? Ha sido una velada encantadora, James. Gracias.’

‘¿Por qué?’

‘Por hacerme olvidar lo malo de mi vida aunque solo fuera durante unas horas. Es lo más bonito que alguien ha hecho nunca por mí,’ se llenó un vaso con Johnnie Walker y lo levantó para brindar. ‘Por lo que estamos construyendo.’

Se bebió el whisky de un trago, se levantó, me besó en la mejilla y se puso a estudiar. Yo me terminé el vaso con calma, limpié los platos y cogí un libro médico de Monet.

‘¿Te importa que coja este libro para leerlo?’

‘¿Te vas a quedar aquí conmigo?’

‘Si no te importa sí. Aunque cada una lea su libro, estaremos juntos.’

‘Eso me gustaría. Siempre me siento muy sola cuando estoy estudiando.’

‘Entonces, perfecto,’ me senté en el sofá y empecé la lectura.

Al cabo de unos minutos, Monet se levantó de la silla en la que estaba leyendo y se puso a mi lado. Apoyó su cabeza en mi regazo y continuamos leyendo. Era agradable. Desde luego, cada hora que pasaba con Monet estaba más a gusto.

Además, las horas volaban mientras imaginaba qué podría hacer a mis víctimas con todo lo que estaba aprendiendo de aquel libro de anatomía.

Desde luego, cuando Monet se fue a descansar, no podía imaginarme que nuestra relación estuviera a punto de dar un salto enorme hacia delante porque, en muy poco tiempo, se iba a convertir en la principal instigadora de uno de mis asesinatos, en cómplice en una de mis muertes, lo cual nos uniría indefectiblemente.

38

El día siguiente, después de nueve fracasos más en mi búsqueda, compré una botella de Johnnie Walker Black Label para compartirla con Monet y fui a preparar la cena igual que en la noche anterior.

Empecé a poner la mesa, a comprobar el buey que había comprado para cenar y, diez minutos después, llamaron a la puerta. Abrí confiado porque supuse que sería la señora Moore.

‘Vaya, si es el nuevo amiguito de mi hermana,’ era el hermano de Monet, con su habitual tono de superioridad.

Metió un pie dentro del apartamento y le dejé entrar pensando en la promesa hecha a Monet.

‘Ya veo. Jugando a las casitas, eh, jovencito. Jejeje. Eso está bien, pero que muy bien.’

Su actitud me obligaba a pensar en formas de eliminarlo sin romper la promesa tácita que le había hecho a Monet, así que las dos ideas –muerte y lealtad– se mantenían a raya mutuamente.

‘¿Dónde está Monet?’

‘Aquí no,’ el esfuerzo por no acabar con aquel hombre allí mismo me secó la garganta y mis palabras parecían las de un niño asustado.

‘Eso ya lo veo. ¿O te crees que no tengo ojos? Te he preguntado dónde está, no dónde no está.’

‘Está...’, tragué saliva. ‘...en el hospital.’

‘¿Qué te pasa, muchachito? ¿Tienes miedo del viejo lobo?’

No dije nada.

‘Me llamo Douglas, por cierto.’

Decidí que era el momento de cambiar de actitud y, como mínimo verbalmente, dejarme llevar.

‘No me importa lo más mínimo cómo te llames.’

‘Vaya, el muchachito tiene agallas.’

‘Si no fueras hermano de quien eres, ahora mismo estarías sangrando.’

‘Tranquilo, pequeño, tranquilo...’, se acercó a la mesa, preparada para la cena, cogió el jarrón con las flores y lo tiró al suelo. No intentó esconder sus intenciones ni disimuló; simplemente agarró el jarrón con las dos manos y lo soltó mecánicamente. ‘Te voy a poner las cosas fáciles. No sé quién eres, ni qué esperas de Monet. Ni me importa, la verdad,’ metió la mano en el bolsillo

de su chaqueta y me preparé para actuar.

Sacó una cartera de piel y me la enseñó. Era una placa de policía.

‘A la primera tontería te daré una paliza como no has recibido nunca y te meteré en un lugar donde no volverás a ver la luz.’

‘¿Se supone que debes darme miedo? Porque lo que me das es pena. No te creo capaz de darme una paliza peor de las que he recibido en mi vida ni de meterme en un sitio peor que algunos de los que ya he visitado... Pero gracias por el aviso, lo tendré en cuenta en mis actos futuros.’

Obviamente, no era la respuesta que esperaba de mí y no debía ser la habitual cuando daba su discurso de poli malo. Aunque su estupidez era innata, se notaba que sus palabras eran ensayadas.

Me acerqué a él y me quedé muy cerca de su cara. Hubo un silencio donde cada uno pensaba qué hacer y cómo hacerlo.

De repente, el silencio se rompió. *Doug, colega, nos están avisando. Tenemos que irnos.* Supuse que era el compañero de Douglas, que antes de marcharse se dirigió a mí:

‘No te olvides de lo que te he dicho.’

‘No te preocupes. Lo escribiré en un papel y lo repasaré cada noche antes de irme a la cama, así lo recordaré.’

Se fue sin más y me quedé allí sentado, pensando qué podía hacer para mantener a raya mi vacío y evitar matar a Douglas en nuestro próximo encuentro.

Estaba claro que tenía que buscarme una víctima.

La puerta seguía abierta cuando Monet llegó, unos minutos después:

‘He llamado a mis padres y George está bien. Dios, qué ganas tengo de verlo, James,’ cruzó el umbral, me vio sentado en el sofá y el jarrón roto en el suelo y cambió de tono. ‘¿Qué ha pasado? James, ¿estás bien?’

‘Tu hermano ha pasado. Me ha hecho una visita.’

Se quedó sin habla.

‘¿No te lo has cruzado al llegar? Acaba de irse.’

‘Yo... No...’

No sabía por qué pero estaba claro que había algo sobre su hermano que preocupaba a Monet.

‘Por cierto, ¿por qué no me dijiste que tu hermano es policía?’

De repente, ante mi pregunta, pareció como si su cerebro volviera a funcionar y reaccionó. Se puso a recoger los trozos de jarrón roto mientras hablábamos.

‘No les has hecho nada, ¿no? ¿Ni a Douglas ni a su compañero?’

‘He mantenido mi promesa. Aunque me ha costado un esfuerzo bastante considerable teniendo en cuenta su actitud.’

‘Gracias, James. De verdad,’ me miró fijamente, con una mirada triste. ‘Supongo que no te habrá resultado sencillo.’

‘Lo cierto es que no. La verdad es que si no fuera quien es, quizás tu hermano estaría muerto.’

‘¿Por qué dices eso?! ¿Te das cuenta de lo horroroso que es ese pensamiento para mí?!’

‘Lo siento, pero pensaba que teníamos una relación completamente honesta.’

En aquel momento, mi sinceridad no era más que un truco para descubrir qué pasaba entre Monet y su hermano.

‘Lo siento, James. Esto es algo que no estoy preparada para hablar contigo. Aún con nuestro pacto de honestidad, estoy segura de que tú todavía guardas algún secreto para ti mismo.’

‘Sí, pero esos secretos no te afectan de la misma forma en la que a mí me afecta el tuyo. O los tuyos.’

‘Te aseguro que he sido sincera en todo lo demás, James. Pero no puedo decirte nada sobre esto. Lo siento,’ cogió un trapo, me dio la espalda y se puso a secar el agua de la moqueta.

Por primera vez se respiraba tirantez entre nosotros y sabía que Monet se estaba planteando si había sido una buena idea dejarme quedar allí.

Dejé pasar unos minutos y di el primer paso hacia un cambio en los ánimos.

‘Monet.’

No me miró y proseguí.

‘¿Cómo ha ido el primer día del nuevo doctor?’

Con la conversación alejándose de su hermano, Monet se giró hacia mí. Continuaba limpiando, pero tenía una expresión mucho más normal. No estaba alegre, pero sí menos triste.

‘La verdad es que no he trabajado aún con él. Ni siquiera lo he visto. Mañana tengo turno con él. Veremos qué tal... Pero, ¿por qué lo preguntas?’

‘¿Quieres la verdad?’

‘Por supuesto.’

‘Me ha costado mucho esfuerzo no acabar con tu hermano, así que ahora mi necesidad de matar se fortalece y, en muy poco tiempo, necesitaré un nuevo objetivo para saciarme.’

‘Yo... No pensé que tu necesidad fuera tan fuerte. Debe suponer un gran

esfuerzo controlarte, vivir como una persona normal.’

Pensé que no merecía la pena contestar, pero interiormente agradecí que alguien pudiera escucharme expresar aquello sin salir corriendo.

Me levanté y me dispuse a cocinar los filetes que había comprado.

‘Espero que todo esto no te haya quitado el hambre, Monet.’

‘La verdad es que he comido muy poco y estoy hambrienta.’

Asentí y empecé a hacer los filetes. Los hice muy poco y resultó que a Monet también le gustaban sangrantes.

‘Si la carne se hace demasiado, pierde su sabor,’ me dijo.

‘Completamente de acuerdo, Monet. Además, el corte de la carne es bastante bueno.’

‘Pues a mí me parece excelente.’

‘Algún día cortaré carne para ti y verás la diferencia. Solo hay un problema... Una vez hayas probado mi corte de carne no querrás probar otro.’

Rió.

‘No creo que eso sea un problema, James, no pienso dejarte escapar tan fácilmente.’

Cenamos con una conversación intrascendente sobre los entresijos del trabajo de enfermera y los nuevos pacientes que había en el ala de tuberculosos y, cuando terminamos de cenar, parecía que el ambiente volvía a ser el habitual entre nosotros.

‘James, cuando he llegado quería decirte algo, pero no he tenido la oportunidad.’

‘Dime.’

‘El lunes es siete de agosto y es festivo. No trabajaré ni el domingo ni el lunes. Y supongo que en tus escuelas no habrá nadie.’

‘Supongo que no.’

‘Pues me gustaría pedirte una cosa. Me gustaría ir a ver a George.’

‘¿Y qué me tienes que pedir? ¿Permiso?’

‘No. Verás, me cuesta pedirte esto...’

‘Honestidad, ¿recuerdas?’, la ayudé sin entender su reticencia.

Asintió.

‘No tengo dinero suficiente para hacer el viaje. El billete de George se llevó casi todos mis ahorros.’

‘No te preocupes por eso. Yo lo pagaré todo, pero con una condición.’

‘Dime.’

‘Que me dejes acompañarte.’

‘Por supuesto, si tú quieres...’

‘Será un placer acompañarte en este viaje... y volver a ver a George. Estaré encantado, Monet.’

‘Me haces muy feliz,’ Monet se acercó un poco más a mí. ‘James, mañana solo trabajo medio turno, o sea que llegaré antes a casa. Si me permitieras, me gustaría recompensarte por lo del viaje... Y por no poder contarte todavía lo de Douglas...’

‘No es nece—’

‘Déjame terminar. Mañana por la noche te llevaré a cenar y a tomar unas copas a un club,’ se calló, esperando algún tipo de señal por mi parte.

‘Estaré encantado de salir por Londres contigo del brazo, Monet.’

Se sonrojó levemente y se levantó enseguida.

‘Ahora tengo que estudiar.’

‘Si no te importa, volveré a ponerme a tu lado a leer.’

Nos mantuvimos juntos en el sofá, leyendo, hasta que Monet se levantó desperezándose y se acostó. Yo hice lo mismo.

Pasé otro día sin ningún avance, sin nada destacable, ni siquiera una grieta por la que la esperanza pudiera asomar en ninguna de las escuelas visitadas.

Evidentemente, no desistí pero, para dificultarme aún más la búsqueda, las escuelas cada vez estaban más separadas y tardaba más en llegar a ellas. De hecho, aquel día solo pude visitar tres centros más.

Después de la búsqueda, comí un All-Day Breakfast y decidí ir directamente a casa para poder prepararme para mi cita con Monet. Me sorprendí a mí mismo pensando en el apartamento de Monet como en *casa* y me engañé pensando que iba por el buen camino.

Monet llegó media hora más tarde que yo y pareció aliviada de no encontrarse con ninguna sorpresa como la de la noche anterior.

‘Suerte que estás aquí. He tenido un día muy duro.’

‘¿Qué ha pasado?’

Evidentemente, no sentía preocupación por el estado de Monet, pero sí curiosidad por saber si podía solucionar lo que fuera que le había pasado.

‘El doctor Simms... Es todavía peor que el doctor Braun. Y el director del hospital le está ayudando a lograr lo que quiere...’

‘Está bien. Relájate... Explícame exactamente qué ha pasado.’

‘James, ha sido horrible. Pretender que estaba de acuerdo con lo que

hacían para que no me echaran ha sido muy difícil.’

‘¿Te han hecho algo?’

‘Todavía peor: se lo han hecho a un pobre niño. El doctor Simms lo ha cogido porque se estaba recuperando y parecía que iba a salir adelante, que iba a estar bien. Llevábamos intentando que ese niño se recuperara desde antes que te fueras, ¿lo entiendes? Tanto tiempo luchando para nada. Tenía la edad de George... Pobre...’

‘¿Qué le ha pasado exactamente al niño?’

‘El doctor Simms le ha inyectado una droga experimental. Se supone que debía inducirle a decir la verdad pero lo que ha conseguido es que el pobre niño muriera en agonía sin poder hablar.’

‘No lo entiendo. ¿Quién da permiso a estos doctores para usar estas drogas?’

‘Nadie. Crean las drogas y las prueban como creen conveniente, entre los más desfavorecidos, como si no importaran. Todo lo que les importa a esta gente son sus drogas y sus experimentos... Y lo peor de todo es que el director del hospital lo consiente y los anima a seguir.’

Me levanté y serví en un vaso dos dedos de Johnnie Walker para que Monet se relajara un poco.

‘Toma, bebe. Te sentará bien.’

‘Gracias.’

‘Lo que no entiendo es qué gana el director del hospital permitiendo estas conductas. Y por qué los otros doctores y enfermeras no hacen nada para pararle los pies.’

‘El director tiene contactos. Si alguien se interpusiera en su camino, acabarían con sus carreras. Nadie quiere arriesgarse a eso por unos desconocidos. Yo soy la única que parece afectada por ello. El resto parece aceptar que así es como son las cosas. Y poco más.’

‘No me has contestado qué gana el director con todo esto.’

‘¿Qué mueve el mundo, tú qué crees que gana?’

‘Poder y dinero. En mi experiencia, eso mueve el mundo.’

‘Pues aquí estamos tratando con los dos.’

‘Ahora dime, Monet, ¿crees que hay algo que se pueda hacer?’

‘Supongo que la única solución sería que los dos desaparecieran.’

‘¿Me estás pidiendo que haga desaparecer al doctor Simms y al director?’, le serví otro vaso de Johnnie Walker.

‘James, por Dios, estamos hablando hipotéticamente. Tú me has preguntado

cuál sería la solución. Yo solo te lo estoy diciendo.’

‘¿Qué me dirías si te dijera que yo me encargaré de todo?’

‘Te diría que no es necesario.’

‘Ahí es donde te equivocas. Verás, en un par de días, mi ansía de matar será incontrolable y no quiero estar pensando en ello cuando vayamos a ver a George. O sea que necesito matar a alguien.’

‘Creo que la honestidad que tenemos está llegando al límite, James.’

‘Solo te lo preguntaré una vez. Sé sincera y contéstame la verdad.’

Asintió mientras se acababa el whisky que le quedaba en el vaso.

‘¿Quieres que estos dos hombres de los que hemos hablado desaparezcan de la faz de la Tierra?’

Hubo unos momentos de silencio, como si Monet meditara bien lo que iba a decir porque, una vez pronunciadas las palabras, no habría vuelta atrás.

‘Dime algo.’

Saltó. Un resorte en su interior se activó y me contestó exactamente lo que yo quería oír.

‘¡Sí! ¡Quiero que desaparezcan! ¡Lo quiero con todas mis fuerzas!’, se calmó un poco. ‘¿Ya estás contento?’, me preguntó sirviéndose otro trago.

‘Simplemente me gusta que seas capaz de pedirme esto. Tan solo necesito que me digas una cosa más y no volveremos a hablar de este tema nunca más. ¿Dónde puedo encontrar a los dos hombres juntos?’

‘Comen en el despacho del director a la una en punto.’

‘Solo dime... Quiero saber... ¿Cómo morirán?’

Sonreí de forma paternalista, como alguien que hubiera estado pensando en recibir aquella pregunta durante mucho tiempo.

‘Te diré un secreto, Monet: todos morimos como nacemos, intentando respirar.’

39

Acabamos de decidir qué hacer con el doctor Simms y el director del hospital, pero Monet actuó con normalidad, como si quisiera olvidar la conversación y se metió en su habitación para prepararse para nuestra salida.

La espera, eterna, tuvo su premio cuando Monet volvió a salir, radiante, bellísima. Había elegido un vestido corto verde con estampado de flores y sus colores vivos realzaban su belleza natural. Los zapatos de tacón la hacían andar de forma diferente y su seguridad innata remataba el conjunto. Se había maquillado de forma sutil y se había convertido en otra mujer, en otra persona. *Vámonos, se hace tarde*, me dijo cogiéndome de la mano, contagiándome su energía.

Al salir a la calle, la alegría de Monet tuvo un efecto extraño en las personas, como si de repente descubrieran que el mundo es un lugar bueno y todos nos sonreían. Era una sensación extraña, una situación única que solo puedo explicar comparando a Monet con un sol que nos acogía con su infinita calidez

‘Ya hemos llegado,’ me dijo Monet en un barrio residencial donde no pude localizar ninguna sala de fiestas. ‘Este es el mejor club de Londres.’

‘No lo parece.’

‘Precisamente por eso lo es. Solo se puede entrar por invitación.’

‘¿Y quién te ha invitado?’

‘No te preocupes ahora por eso. No es mi primera visita al club. Relájate y disfruta.’

Llamó al timbre y un negro alto nos abrió la puerta. Hecho de puro músculo, parecía salido de un circo romano donde compitiera a diario por su vida; pero iba impecablemente vestido con un traje a medida hecho por manos expertas con materiales caros. Desde luego, llamaba la atención en todos los sentidos.

‘Buenos días, señorita Eme. Ha tardado mucho tiempo en volver a visitarnos.’

‘He estado ocupada, Blackie.’

Monet era una caja de sorpresas, estaba claro, pero, al atravesar la puerta, tuve que centrarme en lo que tenía delante. Por fuera, accedimos a una casa cualquiera, pero su interior albergaba un club en toda regla. Tenía mesas, barra, un escenario y un montón de gente pasándose bien.

Nada más entrar, un negro bajito y delgado al que Monet se refirió como Slim nos acompañó a una mesa en una de las esquinas de la sala, cerca de la barra de bar y con buenas vistas del escenario.

Justo cuando nos sentábamos, cinco músicos negros ocuparon sus sitios y empezaron a tocar música de baile. Y no me refiero a música lenta, sino a lo que en los Estados Unidos habrían llamado jazz y swing y que allí, por lo que me explicó Monet, se llamaba Hot Music. A pesar de su diligencia, los músicos simplemente caldeaban el ambiente y nadie les prestaba demasiada atención. Yo, sin embargo, estaba impresionado por aquel sonido.

‘En casa tengo algunos discos por si algún día te apetece escucharlos,’ me dijo Monet con una sonrisa.

Se acercó el camarero, blanco, demostrando que allí no importaba el color de tu piel, que la gente era juzgada por sus habilidades, no por su procedencia.

Monet pidió dos whiskys y pollo Tikka Masala para los dos.

‘Espero que te guste este lugar. Es uno de mis lugares favoritos del mundo.’

Asentí sin pensar, asimilando todo lo que sucedía a mi alrededor.

Cenamos entre risas y miradas cómplices, inventando historias sobre la gente que veíamos, pensando qué harían allí y por qué iban vestidos de aquella forma; qué les había traído al club y si sus esposas sabrían que estaban allí con otras mujeres más jóvenes.

De repente, la música cambió y se volvió más agresiva, aún más bailable. Los más jóvenes del local empezaron a ocupar la pista para demostrar sus capacidades.

Sin tiempo para reaccionar, Monet me cogió de la mano y me arrastró al centro de la pista.

‘Cuando me dijiste que íbamos a bailar no pensaba en esto precisamente...’

‘James, para ser tan joven, tienes el alma de un anciano. No te preocupes tanto y déjate llevar.’

Y lo hice.

Pensé que estaría llamando la atención con mis pasos poco acompasados pero cuando me fijé vi que nadie me miraba. Aquel parecía un lugar de libertad absoluta y, por una vez, me concentré en dejarme llevar y en nada más.

‘Parece que te estás divirtiendo,’ me dijo Monet al cabo de unos minutos.

Y la verdad era que sí, que estaba cómodo. En aquel lugar, solo pensaba en lo que tenía ante mis ojos y eso ya era un logro en sí mismo.

Pasamos un buen rato bailando antes de volver a la mesa. Cuando lo hicimos, los dos estábamos agotados y pedimos un Johnnie Walker con hielo y una botella de agua.

‘Monet, nunca había tenido una noche como esta. Gracias.’

‘¿Gracias? ¿Por qué?’

‘Por todo. Por ser como eres. Por... No lo sé. Supongo que no estoy acostumbrado a que la gente me trate bien sin esperar nada a cambio.’

‘Tú me das muchas cosas a cambio.’

Me acerqué a Monet y, justo cuando iba a besarla en los labios, convencido de que me correspondería, oí el pseudónimo de Monet proviniendo del escenario y la magia se desvaneció. *¡Eme! ¡Eme sube al escenario! A los chicos les gustaría que cantaras algo con ellos.*

Monet no pareció sorprendida ni molesta por habernos quedado sin beso. Simplemente se levantó, me guiñó un ojo y subió al escenario.

Lo que sucedió a continuación fue lo primero que enmudeció a la sala desde que habíamos entrado. Monet empezó a cantar y solo se la oía a ella. Si hubiera creído en Dios, sin duda habría creído que estaba ante la voz de un ángel, tanto por inesperado como por maravilloso. *Un momento mágico, pensé.*

Después supe que la canción era *Bei Mir Bist Du Shein* pero en aquel momento no importaba porque la voz de Monet me transportó a un mundo donde mi vida era perfecta, a un lugar en que vivíamos felices para siempre, donde no tenía que matar y mi pasado había forjado a un James distinto.

Aquel instante, solo en nuestra mesa, fue la realización de la dependencia que había creado de Monet. La quería en mi vida porque me convertía en mejor persona. Quizás era egoísta, pero era lo que creía.

Terminó la canción, Monet volvió a la mesa, pidió otra copa y continuamos con la conversación.

Unas horas después salimos del club para retirarnos a descansar. Yo estaba completamente borracho a pesar de que Monet no parecía muy afectada. Desde luego, tenía mucha más tolerancia que yo al alcohol.

Durante el camino de vuelta, que hicimos en taxi, intenté besar a Monet de nuevo pero ella me apartó.

‘No es un buen momento, James. No quiero que mañana te arrepientas de nada.’

Pensé que Monet me rechazaba porque estaba bebido y que debía controlarme mejor. De hecho, me tuvo que ayudar a subir las escaleras y solo fui capaz de dejarme caer en el sofá.

‘Lo siento,’ balbuceé. ‘Siento haber arruinado tu noche.’

‘No pasa nada, James. Me lo he pasado muy bien contigo. Descansa. Mañana hablaremos.’

‘Solo espero no haberte perdido.’

Sonrió.

‘Por supuesto que no. Sigues siendo el mejor hombre que he conocido, James Wells.’

Y me besó en la mejilla. Aquel pequeño roce, su olor en mis fosas nasales y el efecto del alcohol en mi cuerpo, hicieron que en mi pantalón se marcara una pronunciada erección con la que me dormí profundamente.

Desperté cuando empezaba a salir el sol y descubrí que el efecto del alcohol se había desvanecido. Sin embargo, la resaca estaba bien presente. Mi cabeza estaba a punto de estallar y, al levantarme, pensé que iba a vomitar hasta vaciarme. Para evitarlo, volví a sentarme en el sofá, cansado como si llevara semanas sin dormir.

En aquel momento, Monet salió de su habitación.

‘Me alegro de que no hayas vomitado encima de la moqueta. Las manchas cuestan mucho de quitar.’

Por su tono y en mi estado, fui incapaz de decir si se trataba de una broma o no. Ante la duda, preferí pensar que Monet me había dicho lo que realmente pensaba. Por una vez en mi vida, no quería engañarme a mí mismo acerca de mi posición en el mundo.

Miré a Monet y vi la misma sonrisa de cada mañana, quizás estaba aún más sonriente, si era posible. Se dirigió a la cocina sin decirme nada más y volvió con un vaso de zumo de tomate de lata.

‘Siempre guardo un poco para las noches en que salgo. Hace que te recuperes rápido.’

Me dio el vaso y se sirvió uno. Al cabo de unos segundos, después de luchar con mi estómago para no devolver el zumo de tomate al vaso, empecé a sentirme algo mejor.

‘Ahora sí: buenos días.’

‘Buenos días.’

Mi boca estaba seca a pesar del zumo y necesitaba beber algo de agua. Me

levanté para ir a la cocina aunque el zumo de tomate estaba lejos de ser una cura milagrosa.

Cogí un vaso de agua y me lo bebí del tirón.

Luego otro.

‘James, me tengo que ir. He dormido algo más de lo normal porque estaba cansada, pero si no me voy llegaré tarde,’ y se fue hacia la puerta.

‘Acuérdate de mantenerte hidratado y en breve te encontrarás mejor.’

No sabía si había arruinado mis opciones con Monet o es que los efectos de la noche también tenían sus consecuencias en ella, pero lo cierto es que la notaba distante.

‘James, anoche me lo pasé de maravilla.’

Y así, sin más, volví a creer que la vida me daba otra oportunidad de estar con Monet.

‘Monet, hoy me encargaré del problema del que hablamos. A la una en punto.’

‘No sé de qué me estás hablando,’ me dijo.

Pensé que lo decía en serio hasta que me guiñó un ojo y su gesto de complicidad significó más en aquel momento de lo que lo habría hecho haber tenido sexo con ella la noche anterior.

Aparté la noche anterior de mi cabeza e intenté aplicarme la máxima de vivir el presente porque necesitaba centrarme en las cuestiones prácticas de mi eliminación de doctor Simms y del director del hospital. Cómo entrar y salir, cómo matarlos, cómo asegurarme de que no me detuvieran; todo lo necesario para que todo fuera bien.

Mientras repasaba mentalmente las posibilidades, pensé si Monet podría traicionarme en aquellos segundos asesinatos. Ella misma me había dicho que nadie la creería si denunciaba la muerte del doctor Braun, pero sería distinto si me pillaban con las manos en la masa. Además, su hermano, con su indiscifrable relación, era policía. ¿Y si sus peleas eran acerca de tener a un asesino en casa? ¿Y si todo el asunto sobre el doctor Simms era un invento para hacerme caer en una trampa?

No quería creérmelo, pero debía extremar las precauciones. Saldría temprano hacia el hospital para estudiar el terreno y aseguraría los detalles para arriesgarme lo mínimo posible.

40

Me dirigí al Colindale Hospital renovado, pensando si habría sido por la ducha o por la tensión de lo que iba a suceder y, cuando bajé del metro, fui directamente a la sastrería del viejo Hitch porque era el mejor lugar para observar si había movimientos extraños en el hospital o presencia policial extraordinaria.

De paso, le preguntaría cómo avanzaba la confección de mis nuevos trajes.

Lo encontré detrás del mostrador pero, al verme, salió raudo para saludarme.

‘Buenos días. Tienes mala cara.’

‘Una noche dura, eso es todo. Venía a ver cómo va mi encargo...’

‘Ya me imagino que no vienes a ver cómo le va al viejo Hitch...’, volvió en silencio al mostrador.

‘¿Y bien?’

‘Sí, estoy bien.’

Lo miré inquisitivamente.

‘Ah, los trajes. Va estupendamente. Los tendrás el martes, como te dije.’

‘Está bien.’

Mientras hablábamos, miraba por la ventana para poder ver la puerta del hospital.

‘Ya veo que sigues buscando a alguien.’

‘No. Es solo... ¿Has visto algo raro en el hospital esta mañana?’

‘La verdad es que no. Lo mismo de todos los días. No me fijo demasiado.’

‘Venga ya, Hitch. Seguro que sí. Un hombre tan observador como tú, tan pendiente de los detalles, algo habrás visto.’

‘Está bien, joven. Suelo mirar lo que pasa delante de mi puerta, está claro. Uno no puede andar despistado o puede pillar una enfermedad de esas que tratan en el hospital... Pero hoy no ha habido nada fuera de lo ordinario.’

‘Gracias. Volveré el—’

‘El martes.’

Salí de *Hitch e hijos* para entrar al hospital. Tenía que colarme para ubicar el despacho del director y asegurarme de que todo fuera bien. No supe cómo colarme hasta que el azar se alió conmigo porque, en recepción, un hombre alto y bien vestido, con un porte frío, profesional, hablaba con la encargada de acceso. Cuando empezó a alejarse, sonó el teléfono y la recepcionista le gritó:

¡Director Hill!, el hombre se giró, *para usted*, se puso al teléfono y me aparté un poco mientras perfilaba mi plan.

Colgó y lo abordé.

‘Buenos días, ¿es usted el director Hill?’

‘El mismo,’ empezó a andar y lo seguí.

‘Venía a verle,’ no se paró e insistí. ‘Tengo un tema muy importante que me gustaría discutir con usted.’

‘Soy un hombre muy ocupado,’ dijo sin mirarme.

Pensé que no tendría otra ocasión y fui directo.

‘Soy amigo del doctor Braun.’

Se detuvo en seco.

‘Si quiere le explico lo que vengo a decirle aquí mismo, para que todos lo puedan oír.’

‘No es necesario que se ponga así, amigo,’ me puso el brazo sobre el hombro. ‘Estaremos mucho más tranquilos en mi despacho.’

Me guió sin una palabra más y cuando entramos a su oficina me invitó a sentarme con todos los honores.

‘Muy bien, dígame lo que venía a decirme,’ eliminado el riesgo de que yo hablara delante de todos, volvió a adoptar su porte de control y poder.

‘Verá, el doctor Braun me contó lo que estaban haciendo aquí...’

‘No sé de qué me está hablando.’

‘Por supuesto... Pero déjeme terminar. Me explicó lo de sus investigaciones.’

Antes de actuar, tenía que asegurarme que Monet me había dicho la verdad.

‘Sigo sin saber de qué está hablando.’

‘También me contó que necesitaban fondos.’

Su cara cambió la indignación de una acusación que pusiera en juego su carrera hacia la cara de alguien más que dispuesto a escuchar.

‘¿Y qué tiene eso que ver con usted?’

‘Yo soy la persona que le va a dar esos fondos, director.’

‘Es usted muy joven... Si me está haciendo perder el tiempo...’, sopesó por un instante sus siguientes palabras. ‘Además, el doctor Braun ya no está con nosotros.’

‘No se preocupe por el dinero. He heredado una considerable suma y creo que, si todo sale como está previsto, se ganará mucho dinero con esto, ¿verdad?’

Asintió.

‘Lo único de lo que debe preocuparse es de presentarme al sucesor del doctor Braun. Tengo entendido que sufrió un accidente, pero es imperativo que confíe en la persona que lleva a cabo los experimentos. De lo contrario, no tendrá su dinero.’

‘¿Puedo preguntarle algo en confianza?’

‘Por supuesto.’

‘¿Qué piensa de las implicaciones morales de los experimentos? ¿No le preocupa que se sepa todo y su nombre quede salpicado, señor...?’

‘Johnson,’ respondí pensando en la chequera del senador. ‘No me preocupa porque estoy convencido de que usted hará lo necesario para mantener mi implicación fuera de todo esto... Y respecto a la moralidad: es un concepto que no debe estar nunca presente en los negocios. La moralidad es para la iglesia y las mujeres.’

‘Por supuesto, haré todo lo posible por mantener su nombre al margen... Siempre que la cantidad...’

‘No se preocupe por eso. En el mismo momento en que me encuentre satisfecho con el nuevo doctor, le extenderé aquí mismo un cheque por valor de cien mil libras.’

‘¿Cien mil libras?’

Lo tenía atrapado en mi mentira, sin ninguna posibilidad de escapar. Al ver su cara de sorpresa, improvisé para hacerme el tonto.

‘Está bien. Ciento cincuenta mil.’

‘Con eso podría comprar nuestra operación completamente...’

‘No importa,’ había logrado exactamente la reacción que esperaba. ‘Para mí estas cantidades no son nada comparadas con lo que podemos ganar juntos. De hecho, le extenderé el cheque ahora mismo. Usted lo guarda, y si no nos ponemos de acuerdo, lo romperemos luego.’

Le extendí un cheque con el inservible talonario del senador Johnson, que había conservado precisamente para una ocasión como aquella.

El director abrió su caja fuerte, llena de dinero –suficiente para poder vivir durante años– y memoricé la combinación.

‘Haré llamar al doctor enseguida,’ dijo asegurando la caja fuerte.

‘Preferiría que lo hiciera usted mismo, discretamente. Al fin y al cabo, no queremos asociar mi persona a la operación, ¿verdad?’

‘Claro. Tiene usted razón.’

Cogió el teléfono y llamó. Parecía hablar con el doctor cuando le dijo *ven enseguida, no busques excusas*.

‘No tardará,’ me confirmó y, en menos de un minuto, se abrió la puerta.

Me giré para ver la cara del doctor con mi vacío saboreando su muerte y vi que quien había entrado era Monet.

Me quedé helado porque no podía salir de allí sin descubrir mi tapadera y, si era una trampa, ya había caído en ella. Sin embargo, Monet me miró como si no me conociera.

‘Eme, he llamado al doctor Simms.’

‘Y el doctor Simms me ha mandado a decirle que en estos momentos no puede dejar lo que está haciendo. Está en el depósito con una autopsia y, como ustedes entenderán, no puede dejarla a medias.’

‘No importa,’ se animó el director. ‘Iremos a buscarlo nosotros mismos.’

Monet guiaba nuestros pasos mientras el director Hill me explicaba detalles de los experimentos como si me importaran. Me mantuve atento a movimientos extraños y rutas de escape porque, desde luego, los pasillos del hospital no eran el lugar ideal para pasar desapercibido.

El depósito estaba en el sótano y se accedía a él por una escalera vieja y oscura, con un pasamanos desgastado por el uso. Encima del marco de la puerta, tuberías de cobre saliendo de la pared que señalaban el camino a seguir.

Abajo, noté el típico frescor pesado de los lugares bajo tierra y, sin embargo, donde habría esperado olor a humedad, encontré el distintivo aroma a desinfectante que suele inundar los hospitales.

Al entrar, enseguida pude ver que la imagen mental que me había formado de los lugares donde se guardaban los muertos procedentes de novelas como *Frankenstein* o *El ladrón de cadáveres* estaba muy alejada de la realidad porque la gran sala de baldosas –limpias y relucientes– que ejercía de depósito y sala de autopsias era un lugar ordenado y metódico, alejado de cualquier misterio o romanticismo.

En su centro, había una gran camilla con una potente luz encima y, dándome la espalda, un doctor con bata trabajaba en el cadáver de un hombre joven. Enfrente, en el lugar más alejado de la puerta por la que habíamos entrado, una gran compuerta de acero que supuse daba a la zona frigorífica donde se almacenaban los cuerpos. Además, el depósito estaba desierto y, definitivamente, era un buen lugar para saciar mi vacío.

Tracé rápidamente un plan.

Miré a Monet, le señalé la puerta a la escalera con la mirada y se dirigió allí. Si estaba dispuesta a ayudarme y se quedaba vigilando para que nadie nos

interrumpiera, lo nuestro se convertiría definitivamente en real; si se marchaba, se confirmaría la farsa.

Eme, puede irse, le dijo el director pero Monet cerró por dentro, sin demostrar ninguna preocupación, casi como si desconociera lo que estaba a punto de suceder.

Actué inmediatamente. Primero, fingí caerme encima del doctor y tiré al suelo la bandeja con todos sus utensilios para no permitirle defenderse con un instrumento quirúrgico afilado.

‘¿Qué haces?! ¡Imbécil!’

‘Tranquilo, Simms, es un hombre que viene a ayudarnos.’

‘No es un hombre. Es un niño. Y—’

Lo agarré por el cuello con ambas manos y apreté hasta que murió mientras el director me gritaba que lo soltara. Con mi vacío saciado, suspiré y me centré en el director, que se me había acercado en un fútil intento de evitar que acabara con su socio. Por tanto, solo tuve que girarme e intercambiar mis víctimas.

Demasiado fácil, pero satisfactorio para mi necesidad.

Ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos, Monet se mantuvo impasible, como si no fuera la instigadora de lo sucedido, completamente inocente.

Tampoco se inmutó cuando cogí los dos cuerpos y los metí dentro de la nevera con la esperanza de que achacaran sus muertes a un accidente con el congelador.

Cuando terminé, Monet se me acercó y me dio un fugaz pero encantador beso en los labios.

‘Nunca nadie había arriesgado tanto por mí, James,’ se dio cuenta de la situación. ‘Espero que no te resulte incómodo que te lo diga dadas las circunstancias.’

‘En absoluto. La tensión hace desaparecer nuestras inhibiciones.’

Asintió.

‘Ahora tendríamos que centrarnos en salir, ¿no?’

Mi turno para asentir antes de que Monet abriera la puerta y nos marcháramos en direcciones opuestas.

‘Hasta esta noche,’ le dije antes de dirigirme al despacho del director.

Allí, recuperé el cheque y cogí todo el dinero que había en la caja fuerte. Después, simplemente salí como si nada hubiera sucedido y pensé que, realmente, para todos lo que estaban allí, así había sido.

Aún no era la hora de comer cuando me metí en el metro para seguir buscando a Eva. El beso de Monet me había demostrado que necesitaba mis sentimientos de vuelta cuanto antes.

Visité tres escuelas antes de que los abusos de la noche anterior me pasaran factura y decidiera volver pronto a casa porque necesitaba descansar, pensando cómo había resistido tanto tiempo el trabajo el señor Slater emborrachándose cada noche.

Subí las escaleras y volví a encontrarme a la señora Moore en la puerta del apartamento de Monet. Fue la gota que colmó el vaso.

‘Buenos días, señora Moore, ¿le puedo ofrecer el té que hemos estado posponiendo?’

‘No, gracias,’ parecía sobresaltada. ‘Somos vecinos desde hace días y aún no he tenido la oportunidad de cumplir mi palabra. Pienso remediarlo y no aceptaré un no por respuesta,’ abrí la puerta. ‘Adelante, por favor.’

La señora Moore se sintió obligada a entrar y se sentó mientras preparaba el té y lo servía.

‘Muy bien, señora Moore. Ahora me gustaría saber algo más de su vida.’

‘Lo que quiera, joven,’ se notaba incómoda.

‘Lo primero: me gustaría saber qué cojones hace en el apartamento cada puto día,’ le dije sin subir el volumen de voz, con una sonrisa en la cara.

Y acto seguido, mientras a la señora Moore cambiaba su expresión, me levanté, le tapé la boca con la mano para que no pudiera gritar y la até con la cuerda que había cogido, disimuladamente, de la cocina.

‘Si no me dice la verdad de por qué está aquí, va a sufrir de una forma en la que nunca antes ha sufrido,’ ya era hora de desenmascarar las medias verdades de aquella mujer. ‘Y el culpable no seré yo, sino usted, señora Moore.’

‘No sé qué quieres que te diga.’

‘Solo la verdad.’

‘La verdad es que estoy muy aburrida porque George no está e intento buscar a alguien con quien hablar.’

‘Pues esta es su oportunidad de hablar con alguien. Estoy escuchando.’

‘Ya te he dicho la verdad.’

‘No dudo que esa sea una verdad. Pero yo quiero la completa, no una verdad parcial.’

No dijo nada y decidí ir al grano, expresar mis sospechas directamente.

‘Sea sincera. Si me miente lo sabré y habrá consecuencias. ¿Alguien le ha

dicho que me vigile a mí o a Monet?’

Se lo pensó unos segundos, como si hubiera dado en el clavo antes de lo que ella pensaba, y asintió.

‘¿El hermano de Monet es la persona que le manda?’

Sin embargo, antes de que pudiera contestarme Monet abrió la puerta.

‘¡Monet, ayúdame! ¡Ha perdido la cabeza!’

Monet corrió a ayudarla y no se lo impedí porque creí que era lo que más me interesaba.

‘Me estaba preguntando si os vigilaba... Lo siento... No sabía qué decir, Monet...’

‘No pasa nada. Déjame que te desate.’

Una vez la hubo desatado, Monet y la señora Moore se quedaron donde estaban y no pareció que la situación fuera a cambiar demasiado.

‘Ahora puedes decirle la verdad,’ fue lo único que Monet le dijo a la señora Moore.

‘La verdad es que... Es cierto que le estaba vigilando a usted, James.’

‘Eso ya lo sabía. Pero, ¿quién se lo pidió? Esa es la pregunta importante.’

‘Fue...’, la señora Moore miró a Monet, que asintió, y se volvió hacia mí para acabar su frase. ‘Fue Monet.’

La señora Moore rompió a llorar y no supe cómo tomarme aquello. En todas mis torturas había aprendido a distinguir una verdad de una mentira en situaciones de estrés, y sabía que lo que me había dicho era cierto.

‘Lo siento, James,’ se giró hacia la vecina. ‘Puede irse, señora Moore. Y no diga nada de lo que ha pasado aquí a nadie.’

‘No te preocupes, no lo haré,’ se fue y no hice nada porque seguía en shock de saber que la persona a quien había confiado mi vida me había traicionado.

‘Yo... Lo siento de verdad, James,’ Monet se me acercó. ‘Tenía que estar segura. Segura de quién eras y de que no me harías nada. Ni a mí ni a George. Mi corazón me decía que debía confiar en ti, pero mi cabeza quería que me asegurara. Y es lo que he hecho.’

No dije nada.

‘Hoy le iba a decir a la señora Moore que no era necesario que investigara más, que confiaba en ti. Aunque ahora parece un poco tarde para decírtelo.’

‘Un poco tarde, sí,’ repetí como un autómata, y me senté pensando si la opinión que me había formado sobre Monet era real.

‘James, mírame. Tienes que mirarme. Tienes que perdonarme. Te quiero. He cometido un error, eso es todo.’

No sabía qué decir.

‘James. Estoy convencida de que tú habrías hecho lo mismo para defender a alguien a quien quieres.’

Aquello fue la chispa que hizo despertar a mi cerebro.

‘¿Quieres saber lo que me importa a mí la gente a la que quiero?! ¿Quieres saberlo?! ¡Maté a mi madre para vengar a mi padre, convertí a un cura en carne picada para defender a mi hermana! ¿Crees que no sé a qué límites puede llegar un ser humano por defender lo que ama?!’

Entonces, Monet se puso de rodillas y me cogió la cara con las dos manos para forzarme a mirarla.

‘James, quiero a George, lo sabes. Haría lo que fuera por protegerle. Y ahora también te amo a ti. Además, no debes olvidar cómo llegaste a nuestras vidas... ¡Tenía que estar segura!’

Sabía que tenía razón, que yo habría hecho lo mismo o algo peor.

La miré a los ojos y la besé apasionadamente, consciente de que había llegado el momento.

La desnudé con cariño, como si fuera lo más preciado que tenía; porque lo era. Monet se dejó hacer y después me quitó la ropa lentamente.

Practicamos sexo como nunca lo había soñado: lento y sintiéndolo todo. Mis experiencias sexuales se reducían a la noche que había pasado con Eva y, evidentemente, aquello era distinto. Fue un sexo tierno, preocupado por lo que sentía el otro. Ni siquiera sabía que pudiera llegar a sentir algo con tanta intensidad.

Después del primer orgasmo –compartido– pasamos a la cama y, con aquel gesto, todo lo ocurrido quedó atrás. Con todos los errores olvidados, nuestro nuevo inicio llegaba en el mejor momento porque la tarde siguiente partiríamos para visitar a George y, por una vez, estaba dispuesto a perdonar y permitirme la posibilidad de una vida más normal.

41

Despertar al lado de Monet fue un cambio bienvenido respecto a dormir en el sofá y me quedé unos minutos escuchando su respirar, acompañado con las manecillas del pequeño despertador rojo que latía en la mesita.

De repente, Monet se despertó completamente despejada.

‘Buenos días, James.’

‘Buenos días,’ y saboreé el silencio hasta que Monet lo rompió.

‘¿Qué hora es?’

‘No te preocupes, es temprano.’

‘De todas formas, me iré a duchar,’ dijo levantándose de la cama y dándome un beso.

‘¿Te puedo preguntar algo antes?’

‘Por supuesto, James.’

‘¿La pasión se considera un sentimiento?’, le había estado dando vueltas a la cuestión mientras escuchaba la calma de una Monet aún dormida.

‘Creo que no. Supongo que la pasión es más una reacción del cuerpo,’ me dijo sin darle más importancia.

Aquella mañana, acompañé a Monet al hospital y me salté mi búsqueda de escuelas. Me senté en la cafetería de delante del hospital y me dispuse a pasar el rato leyendo. Hacía tiempo que buscaba una excusa para una pausa y la noche anterior me la había proporcionado.

Monet salió del hospital horas después y me sorprendió todavía sentado en la cafetería absorto en mi lectura.

‘Suerte que solo trabajaba media jornada.’

‘No importa,’ sonreí. ‘Comemos algo y nos vamos a buscar el tren, ¿te parece?’

Asintió mientras, de repente, se me ocurría que sería buena idea llevarle un regalo a George. Sin saber por qué, la idea surgió de mí como un géiser, sin posibilidad de frenarla.

‘Me gustaría comprarle algo a George. ¿Te importa que paremos a comprarle un libro?’

‘Por supuesto que no,’ su sonrisa se hizo aún más pronunciada.

Fuimos a una librería cercana, rebusqué unos minutos entre los libros y vi

una edición de *20.000 leguas de viaje submarino* y la compré.

Mientras pagaba, miré a Monet, que se había quedado fuera. Su sonrisa había desaparecido y pensé que algo iba mal, que todo estaba a punto de cambiar.

‘James, hay algo que me gustaría pedirte.’

‘Lo que sea.’

‘No demuestres lo que somos delante de George. Él es muy pequeño y no lo entendería. Todavía no, al menos.’

‘No entiendo... Ah, te refieres a—’, nos señalé a los dos y asintió. ‘No debes preocuparte por eso.’

‘Gracias,’ su sonrisa reapareció y continuamos nuestro viaje.

Llegamos a la estación de St Pancras con tiempo de sobras para comprar los billetes y bajar al andén sin necesidad de correr.

Cuando el tren a Bedford estaba a punto de salir, dos mujeres entraron en nuestro vagón y se pusieron a hablar conmigo como si me conocieran. No las recordé hasta que vi hacia dónde se encaminaba su conversación: eran las dos cotorras con las que había compartido vagón en mi llegada a Londres.

Desde luego, sus voces seguían siendo tan insoportables como en el viaje anterior.

Intenté darles el menor juego posible para poder tener un viaje tranquilo, pero no parecían darse por enteradas. Mientras, Monet parecía completamente distraída mirando por la ventana, ajena a lo que sucedía.

‘Pensé que nos veríamos antes... Al fin y al cabo, creía que le gustaba mi hija...’

‘Parecía muy interesado en ella,’ prosiguió la segunda cotorra.

‘Se gustaban, eso seguro...’

Y así siguieron un buen rato, terminándose las frases mutuamente, cosiéndome a preguntas y diciendo lo *buena pareja* que hubiéramos hecho con la hija de una de ellas, que resultó ser la sobrina de la otra.

Llevábamos más de veinte minutos con el monólogo y mi cabeza estaba a punto de estallar cuando Monet intervino. Me besó con lengua y me cogió los genitales por encima del pantalón. Fue un beso largo, apasionado, que paró de repente.

‘Como puede ver, este hombre está cogido. Y bien cogido,’ me apretó mis partes. ‘Y ahora, si no les importa, cállense de una puta vez.’

Las mujeres se levantaron indignadas y abandonaron el compartimento.

‘Gracias, Monet.’

‘Lo he hecho por mí,’ sonrió. ‘No puedo permitir que dos mujeres extrañas vayan buscándole esposa a mi hombre, ¿no crees?’

No dije nada porque no sabía si la reacción de Monet era impostada y la calma volvió a inundarlo todo. Permanecimos en un silencio extraño, formado por pequeños rumores –el sonido del tren, el aire entrando por la ventanilla abierta, los crujidos de la madera de los asientos, ...– hasta que unos minutos después entró el revisor.

‘Disculpen, dos señoras me han dicho que ha habido algún tipo de problema...’

‘Ningún problema, señor,’ se me adelantó Monet. ‘Mi hermano y yo estamos viajando con toda la tranquilidad del mundo y las dos señoras se han mostrado indignadas por algún asunto y se han marchado. Nada más.’

‘Las señoras cuentan lo sucedido de forma muy diferente,’ el revisor parecía no creerse la versión de Monet y siguió inquiriendo.

‘No lo dudo... Pero lo que acabo de decirle es la verdad,’ la sonrisa de Monet causó el efecto deseado en el revisor y nos permitió seguir nuestro camino.

‘A veces una sonrisa vale más que una pelea, ¿no crees, James?’

‘Es posible... Aunque si nos hubiera dado problemas, siempre lo podría haber matado.’

Sonrió.

‘Aún te queda mucho por aprender si realmente quieres hacer del mundo un lugar mejor. No puedes ir matando a la gente simplemente porque te molestan, James.’

‘No lo hago. Las dos señoras han salido de aquí sin un rasguño, ¿verdad?’

Se rió y asintió. Me dio un beso en los labios y se puso de nuevo a mirar por la ventana.

‘Llevaba demasiado tiempo sin hacer este viaje. Casi no recordaba cómo era el trayecto, cómo el verde se va adueñando cada vez más del gris de la ciudad...’

No le contesté y continuamos el viaje en aquel sosiego, con el silencio roto solo por algún comentario puntual de Monet acerca de nuestro destino final o de lo que veía por la ventana.

Después de algo más de una hora de trayecto, llegamos a Bedford.

‘Mi padre vendrá a recogernos a la estación para llevarnos a casa.’

‘¿Podrías decirme de nuevo el nombre del pueblo?’

‘Claro, James. Mis padres viven en Kempston. Es un pueblo pequeño pero, hace años, se consideraba el pueblo más grande de Inglaterra por todo el terreno que ocupaba. Su población ha crecido bastante en los últimos años, pero mis padres viven en la zona rural así que podrás disfrutar de una experiencia real en el campo.’

Asentí antes de levantarme para descargar las maletas del tren.

Monet bajó delante de mí y abrazó a George, que esperaba ansioso en el andén. A su lado, de pie, estaba el abuelo quien, cuando me vio, se dirigió hacia mí con la mano extendida.

Se la estreché y la noté rugosa y arrugada, con una larga historia detrás.

‘Déjame que te ayude,’ me dijo y, antes que pudiera reaccionar, ya me había quitado de las manos una de las dos maletas que llevaba.

Cuando Monet lo soltó, el pequeño George se dirigió hacia mí corriendo y también me abrazó. A pesar de la conexión que había tenido con él cuando nos conocimos, fue un acto tan desinteresado que me cogió absolutamente por sorpresa.

Le devolví el abrazo sin poder evitar preguntarme qué habría sentido si conservara mis sentimientos.

‘Vámonos. Tu madre nos estará esperando con la comida preparada,’ se dirigió a Monet. ‘Y ya sabes cómo se pone cuando la hacemos esperar.’

Cargamos las maletas en el coche y me senté atrás con George, que viajaba absorto en sus pensamientos. El padre de Monet empezó a hablar conmigo:

‘Es agradable que Monet traiga a un hombre a casa. Siempre ha sido muy reservada.’

‘Monet y yo solo somos amigos. Yo le pedí venir porque necesitaba desconectar de la gran ciudad... Relajarme.’

‘No me digas que padeces esa enfermedad tan de moda entre la gente que tiene demasiado tiempo para mirarse a sí misma...’

‘¡Papá!’

‘¿Qué pasa, hija? Tú misma me explicaste lo que era esa enfermedad. ¿Cómo lo llaman?’

‘Neurastenia,’ respondió Monet.

‘¿Ves? Hasta la palabra es extraña.’

‘No sé lo que es eso, señor, pero le aseguro que no lo padezco. Como mínimo, que yo sepa,’ dije honestamente.

‘Como has dicho que tenías que relajarte...’

Miré a Monet con cara de no entender nada y me explicó lo que era la neurastenia.

‘La primera vez que se habló de la neurastenia fue en 1869. Se trata de una enfermedad nerviosa de gente que, sin saber por qué, se encuentran cansadas, incapaces de soportar la carga diaria de trabajo. Se da sobre todo en las grandes ciudades y en oficios con mucho volumen...’

‘Eso es porque no están en el campo, donde sin trabajo no hay comida... Eso es lo que digo yo...’

Iba a dar mi opinión sobre el tema pero Monet gesticuló discretamente para que lo dejara y fue lo que hice. Además, con las diferencias de opinión de Monet y su padre decidí que sería buena idea no entrometerme entre los dos.

Llegamos a una casa sencilla, de dos plantas pero no demasiado grande que, sin duda, había visto tiempos mejores. Sin embargo, me pareció un buen lugar para vivir, para formar una familia; y realmente no era necesario nada más. Al fin y al cabo, el piso de Monet era más que suficiente para irradiar una calidez que nunca había percibido en las multitudinarias fiestas benéficas de mis padres o en la gran casa del Matadero Slater. El lujo nunca me había aportado nada, así que no me permití ser demasiado crítico con el estilo de vida de campo hasta conocerlo mejor.

Bajamos del coche y George me cogió de la mano, cortando mi línea de pensamiento. A continuación, sin pararse cuando su abuela nos abrió la puerta principal, me estiró hasta el piso de arriba y entramos a una habitación con dos camas sencillas. Se parecía a las celdas de los monjes que siempre me había imaginado cuando leía alguna de mis novelas, un lugar sencillo, sin comodidades, pero perfecto para la reflexión y el recogimiento.

Un lugar para dormir, un armario y una mesita compartida.

George señaló una cama y supuse que era el lugar donde iba a dormir yo.

‘¿Esta es mi cama, George? Me pregunto quién dormirá en la cama de al lado...’

Llenó su cara con una sonrisa y se señaló a sí mismo.

‘¡Que suerte! Entonces podremos compartir habitación’

Asintió, se sentó en su cama de un salto y abrió *Drácula*. La sonrisa de George era perpetua e indescriptible y en otra época habría creído que su felicidad podría llenar mi vacío, pero sabía que no era así.

‘Vaya, George, ¿aún no has terminado el libro? Pensaba que eras un lector rápido.’

‘No creerás que vamos a dejar que nuestro nieto se pase todo el día leyendo en su habitación. Aquí en el campo hacemos las cosas de forma diferente,’ era la voz de George sénior, que me había subido la maleta a la habitación.

Después del comentario, la dejó en el suelo y se marchó. Sin más esperas, le di a George su regalo. Rompió el papel con sumo cuidado y me recordó a mí mismo de pequeño, encantado con un libro nuevo por descubrir.

‘Ahora tendrás qué leer cuando termines *Drácula*, George.’

El niño se acercó corriendo hacia mí y me dio un abrazo fuerte.

‘Como mínimo, hay alguien que te trata bien,’ Monet estaba en el umbral, observando la escena. ‘Siento lo de mi padre. Él es así, siempre dando opiniones.’

‘Las personas con opiniones son las más interesantes, Monet.’

‘Lo sé pero... A veces...’

‘No tienes que avergonzarte de nada.’

En otra situación me habría acercado y le habría dado un beso para reconfortarla, pero no podía hacerlo con George presente.

‘Ven, te presentaré a mi madre. Y para que conste: no me avergüenzo de nada.’

Le sonreí y bajamos las escaleras mientras George continuaba leyendo. La madre de Monet nos estaba esperando, dispuesta a saludarme después de que su nieto no me permitiera hacerlo.

‘Buenos días, señora. Siento haber entrado de la forma que lo he hecho.’

‘No pasa nada, joven. Y llámame Bessie. Todos lo hacen. Es difícil decirle que no a George incluso sin hablar, lo entiendo mejor de lo que crees,’ señaló el salón. ‘Pasa, vamos a comer.’

Durante la comida –sencilla pero abundante– reafirmé la idea de que Monet no se llevaba tan bien con su padre como parecía porque a su progenitor le costaba aceptar que George fuera un hijo fuera del matrimonio y se imaginaba la vida de Monet en Londres como liberal y alocada cuando, en realidad, era todo lo contrario.

Pensé si los padres nunca estarían de acuerdo con la vida que llevan sus hijos, si aquel era un mal endémico del ser humano.

Después de comer, Monet se fue a jugar con George, el abuelo se fue a trabajar un poco el pequeño huerto de detrás de la casa –*si lo abandono no lograré sacar nada de él*– y Bessie se puso a limpiar los cacharros de la

comida.

Después de sopesar mis opciones, me dispuse a ayudar a Bessie, que pareció sorprendida pero aceptó mi ayuda sin rechistar.

Con el trabajo terminado, decidí dar una vuelta por el pueblo para conocerlo mejor. Estuve más de dos horas vagando por sus calles, por sus caminos, admirando la tranquilidad de la gente y pensando que era el lugar más relajado en el que había estado nunca.

El cielo amenazaba tormenta para contradecir el estado de calma en el que me encontraba y, por una vez, esperé que solo fuera una casualidad y no una premonición.

Volví a la casa como quien abandona un sueño y la realidad me golpeó. Mi paseo me había hecho entrar en un estado de ensoñación que, al cruzar el umbral, desapareció sin más, como si acabara de abrir los ojos tras una noche de merecido descanso.

Monet y su padre discutían y George estaba en el suelo, leyendo a su lado. Continuando con mi idea de ser discreto, pensé en unirme a Bessie, que estaba en la cocina trajinando. Sin embargo, George sénior no quería dejar pasar la oportunidad de recabar un aliado.

‘James, ven aquí. Me gustaría saber tu opinión acerca de lo que estamos hablando con Monet.’

Me acerqué sabiendo que, quizás, mis opiniones no serían bien recibidas pero con la intención de ser honesto en la medida de lo posible.

‘Estábamos discutiendo que un niño debe tener a un padre a su lado porque el amor materno nunca es suficiente sin la mano dura de un padre. Ese fue mi fallo con Monet, ser demasiado blando con ella.’

‘Sinceramente, no sé qué decir al respecto...’, Monet ensombreció su mirada. ‘Lo que sí puedo decirle es que si conozco a alguien capaz de hacer de su hijo una persona de provecho, esa es Monet. Si George no tiene padre, debe ser por alguna razón. Yo no la conozco, pero pienso que si no está aquí para él, quizás sea mejor así.’

Monet sonrió, satisfecha con mi respuesta, y su padre refunfuñó:

‘Esta juventud... No respetan a sus mayores.’

‘Las cosas cambian, papá. Ahora, ¿podemos cambiar de tema?’

‘Claro, hija, lo que tú digas.’

‘¿De dónde vienes, James?’

‘Soy americano.’

‘En ese caso me interesa enormemente tu opinión sobre la guerra que se acerca...’

‘¡Papá!’

‘¿Qué? Ya sé que tú no crees que vaya a haber guerra, pero quizás el joven aquí presente tenga otra opinión.’

‘No sé de qué están hablando, la verdad.’

‘¿No lees los periódicos?’

‘La verdad es que hace mucho tiempo que no.’

‘Te explicaré la situación: las fuerzas de Hitler, después de anexionar Austria, este mismo marzo han invadido Checoslovaquia. Y ahora hay indicios de que están moviendo sus ejércitos para invadir Polonia. Si eso pasa, yo creo que la guerra es inevitable.’

‘Y yo pienso que Inglaterra no entrará en otra guerra,’ intervino Monet.

‘Lo hará. Y antes de lo que crees.’

‘Entonces nuestro deber será ayudar, ¿no crees?’

‘Monet... La guerra no es un lugar al que se quiera ir. No es como lo pintan en las novelas o en los periódicos. Si se dijera la verdad sobre la guerra, nadie querría acercarse a ella.’

‘Mi padre es un veterano de la Gran Guerra,’ creyó necesario aclararme Monet.

Asentí y dejé que padre e hija siguieran con su discusión sobre la guerra.

‘Si empieza la guerra, papá, te puedo asegurar que iré donde necesiten ayuda médica.’

‘Espero que cambies de opinión antes de que empiecen los combates. No quiero perderte... Ni me gustaría que George se quedara sin madre.’

No sabía nada de los precedentes de aquella guerra que para el padre de Monet estaba tan clara, pero sabía que era un error vivir tan poco informado. Sobre todo, acerca de algo que podía afectarme tanto cómo vivir en un país en guerra.

Bessie irrumpió en la sala de estar como un huracán para informarnos de que la cena estaba lista y fuimos todos a asearnos.

La cena pasó con normalidad, como si la presencia de Bessie calmara los ánimos de Monet y su padre.

La conversación giró en torno a mí y mi vida e intenté no mentir demasiado. En general, creo que salí airoso de la situación, logrando un buen equilibrio

entre la verdad y la omisión. Monet parecía aliviada por cómo había ido todo y, después de cenar, decidí volver a salir a pasear. Me había sentido de maravilla mi salida anterior y pretendía repetirlo.

En aquella segunda salida, estuve más de tres horas deambulando, dejándome llevar. Sin ningún plan, sin ninguna agenda más allá del momento presente, sin estar atrapado, sin luchar por mi vida; podía imaginarme viviendo de aquella forma.

Encontré un prado silencioso, sin casas a la vista, me quedé allí parado en el vacío, como si fuera el único habitante del mundo y dejé vagar mi mente.

De repente, empezó a llover a cántaros y sin saber por qué, me desnudé para notar la lluvia. Lo necesitaba y no me planteé la idoneidad de la idea.

Simplemente lo hice.

Las gotas me golpeaban con fuerza y el dolor aumentaba a cada segundo. Abrí los brazos, miré al cielo y grité lo más fuerte que pude. Un trueno acompañó mi grito y fue como si me hubiera quitado un peso de encima.

La lluvia me había limpiado de todas las cosas vergonzosas que había hecho y me preparaba para un futuro mejor. Por primera vez en mi vida estaba a gusto conmigo mismo, con quién era y cómo pensaba. El diluvio representaba mi segundo bautismo, el inicio de mi nueva vida, el punto de inflexión definitivo.

No creía en Dios, pero creía en aquella segunda –o tercera– oportunidad. Estaba renovado, con energías para lo que viniera.

En la casa, Monet estaba adormilada en el sofá de la sala de estar.

‘Hola.’

‘Hola, James. Gracias por lo de hoy. Has aguantado bien.’

‘He estado en lugares peores.’

Me acerqué y le di un beso corto.

‘Me voy a ir a dormir, Monet.’

‘Está bien, James. Mañana quiero compensarte por lo de hoy. Iremos a un picnic solos tú, yo y George. ¿Te parece bien?’

‘Me parece una idea excelente. Buenas noches.’

Y fui a mi habitación, donde George seguía leyendo *Drácula* a la luz de una vela. Cuando entré, la apagó y se puso a dormir.

También me había estado esperando.

Nuestra conexión me hacía creer que algo parecido a la empatía estaba resurgiendo en mí porque, a pesar de mis carencias, me relacionaba con cierta

normalidad con las personas que me rodeaban.

Me sequé y me acosté en perfecta armonía con mi presente.

El día siguiente, el picnic con Monet y George fue la mejor estampa de una familia feliz, salida de un cuadro impresionista. *El picnic de Monet –el pintor, no la enfermera–*, pensé para mis adentros mientras sonreía por la coincidencia.

George se lo pasó de miedo jugando y leyendo, Monet parecía disfrutar de mi compañía y yo estaba cómodo con la situación, que era lo máximo a lo que podía aspirar.

Llegué a pensar que, si finalmente recuperaba mis sentimientos, podría vivir aquella vida. *Padre de familia*, pensé, y ni siquiera era capaz de ver la estupidez de aquel pensamiento.

La mañana siguiente, en la estación de tren, con George diciéndome adiós con la mano, su sonrisa borró las últimas inseguridades del James que salió del matadero. Estaba convencido de que iba a recuperar mis sentimientos y a mantener a George y Monet en mi vida, aunque significara renunciar a todo en lo que había creído.

De vuelta al apartamento, todo parecía en su lugar. Monet me besó y me dio las gracias por el fin de semana.

‘Me lo he pasado muy bien, James. Hacía años que no era tan feliz. Y todo es gracias a ti.’

‘Me alegro de que pienses eso después de cómo nos conocimos.’

‘Solo pienso en el futuro... Según mi padre es uno de mis mayores errores...’

Sonreí porque entendí la ironía que yacía en la frase y, mientras Monet me desabrochaba los pantalones para meterse mi pene en la boca, pensé si realmente aquello podía durar.

‘Después de dos días sin sexo, tendremos que ponernos al día, ¿no crees, James?’

Desde luego, no podía estar más de acuerdo.

42

La mañana siguiente, en un estado de relajación desconocido, acompañé a Monet al hospital y crucé la calle para recoger mis trajes en *Hitch e hijos*. Allí, la persiana a medio subir de la sastrería me hizo pensar inmediatamente que algo iba mal, pero entré a pesar de todo.

‘Espero que no pensaras escaparte de darme mis trajes—’, me detuve al descubrir a dos hombres amenazando con sus navajas al viejo Hitch, que estaba al otro lado del mostrador, sangrando de un golpe en la nariz.

Al verme, uno de los agresores se dirigió hacia mí:

‘¡No te acerques!’

‘¡Solo queremos el dinero y nos iremos!’, el otro resaltó lo obvio.

No me inmuté porque vi que estaban nerviosos y a punto de perder el mismo control que yo iba a asumir para resolver la situación. Sereno y con voz calmada, me dirigí a ellos:

‘Lo que va a suceder es lo siguiente: vais a dejar tranquilo al señor Hitch y os vais a marchar,’ me giré, dando la espalda a los agresores, y subí la persiana completamente.

‘¿Y si no lo hacemos?!’

‘No os equivoquéis: vais a salir de aquí. La única elección que debéis tomar es si va a ser vivos o muertos,’ miré fijamente al hombre que tenía más cerca antes de seguir. ‘¿Qué eliges?’

No dijo nada y se lo expliqué mejor por si los nervios no le dejaban procesar correctamente mi proposición: ‘¿Quieres vivir? ¿O quieres morir?’

Siguió sin respuestas y el otro, que parecía el que mandaba, dio un paso adelante que ignoré para seguir con la mirada fija en el agresor que tenía más cerca.

‘Piensa en tu decisión. Contaré hasta tres. Uno... Dos... Tres...’

‘¡Quiero vivir!’, escondió rápidamente su navaja en el bolsillo y salió corriendo de la sastrería.

‘Ahora es tu turno. No se debe ser impaciente. ¿Quieres vivir o morir?’

‘¿Te crees que soy un cobarde?!’, se acercó un poco más.

‘¿Y tú crees que por gritar me vas a asustar? Mírame de arriba a abajo.’

Lo hizo con lentitud y pude observar cómo desaparecía la rebeldía de su mirada, acobardada.

‘¿Parezco alguien que se asusta fácilmente?’, no esperé su respuesta. ‘Ahora

que hemos dejado las cosas claras, te lo vuelvo a preguntar. ¿Muerte o vida?’

El hombre sudaba y empezaba a creer que yo era realmente capaz de actuar.

‘No tienes demasiado tiempo para pensar antes de que decida por ti. Al fin y al cabo, no tengo todo el día.’

Se echó a correr pero lo cogí del brazo y aproveché su inercia para tirarlo al suelo porque no pensaba permitir que se marchara sin una lección.

‘No es de buena educación dejar una pregunta sin respuesta... Tan solo contéstame y haré lo que me pidas. ¿Vida o muerte?’

Hitch me observaba y me pareció ver una cierta admiración reflejada en su cara. Mientras, el joven a mis pies dijo algo inaudible.

‘¿Tu madre no te enseñó que debes hablar alto cuando se te pregunta algo?’

‘Vivir.’

Lo dejé marchar y me giré hacia Hitch.

‘Hay gente que no conoce lo que son los modales.’

‘Ni las normas básicas de buena conducta en la sociedad.’

‘No podría estar más de acuerdo.’

No quedaba nada por añadir. Los dos sabíamos que los dos hombres habían aprendido una lección.

‘Voy a buscar tus trajes.’

Al cabo de unos minutos, Hitch volvió sin sangre en la nariz y con los dos trajes terminados. Me dijo que lo mejor sería que me los probara para asegurarnos de que todo estaba correcto.

‘Al fin y al cabo, no quiero que mis clientes queden descontentos. Eso no sería bueno para mi marca, ¿no crees?’

La imagen que Hitch proyectaba y sus comentarios seguían sin encajar y, sin embargo, como era habitual, tenían todo el sentido de mundo.

Me probé los dos trajes que Hitch me había confeccionado. Me iban como un guante y resultó cierto que no eran como los que había llevado hasta entonces.

Eran mejores, sencillamente. Te los ponías y te convertías en alguien diferente, la teoría del uniforme elevada al máximo exponente.

‘Gracias, Hitch. Estos trajes son una maravilla,’ me acerqué a él.

‘Son cien libras. Menos las veinte que me diste de anticipo.’

No tenía ningún problema con la cantidad de dinero que Hitch me pedía, pero pensé que quizás me merecía una rebaja después de mi ayuda con los dos atracadores. Hitch pareció leerme los pensamientos:

‘Tu trabajo es lo único que tienes para vender. Lo único que la gente te

pagará si eres suficientemente bueno. Nunca debes regalar tus capacidades.’

‘Lo entiendo, pero...’

‘Si lo entendieras de verdad no dirías más.’

Era cierto que no lo acababa de entender del todo, pero me callé y le pagué lo que me había pedido.

Solo entonces, puso mis nuevos trajes en una caja y me la dio.

‘El día que te apetezca puedes venir a charlar y tomar un té. Al fin y al cabo, ya no trabajo tanto como antes...’

Supuse que era una explicación velada sobre por qué me tenía que cobrar los trajes y, sin darle más vueltas, me dirigí a casa para dejar mis nuevos uniformes antes de proseguir con mi búsqueda. No sentía impaciencia, pero sabía que mi futuro con Monet dependía de recuperar mis sentimientos.

No tuve éxito en las escuelas y, para rematar el día, volví al apartamento y me encontré a Monet con su hermano.

‘Vaya, si ya estamos todos. Pasa, pasa, no te quedes en la puerta. Como si vivieras aquí.’

Monet me miraba con cara de pena, como si me pidiera perdón pero al mismo tiempo me dijera que no actuara contra su hermano, que aguantara.

‘Siéntate, James.’

Lo hice tragándome las ganas de darle a aquel hombre su merecido.

‘Ya era hora de que tuviéramos la oportunidad de dejar las cosas claras entre los tres.’

No dije nada, esperando acontecimientos.

‘Monet es mi hermana y la quiero mucho. No puedo permitir que un subnormal como tú le meta ideas en la cabeza.’

‘Douglas...’, intentó intervenir Monet, pero era como si su hermano eclipsara su seguridad, convirtiéndola en alguien completamente distinto, indefensa.

‘Cállate, Monet. Este es mi momento de decir lo que pienso. Luego podrás hablar.’

Me costó un gran esfuerzo contenerme y respetar los deseos de Monet.

‘¿Por dónde íbamos? Ah, sí...’, y, sin esperármelo, me soltó una sonora bofetada en la cara. ‘Soy el hermano de Monet y eso me da derecho a decidir qué hombres la ven. Verás, mis padres confían en mí para que cuide de ella.’

No pude resistirlo más. Y aunque mi ataque no fuera físico, creí que era una buena idea defenderme. Una cosa era no matar al hermano de Monet y otra

distinta seguir pareciendo un don nadie.

‘Es curioso que tus padres no te nombraran en todo el fin de semana...’

Douglas miró a su hermana y se dirigió a ella.

‘¿Has llevado a este a casa? ¡¿Cómo te has atrevido?!’, fue hacia ella en lo que, claramente, era un ataque físico y dejé de controlarme.

Me levanté y cogí a Douglas por el hombro para intentar apartarle de Monet. Cuando contacté con su cuerpo me di cuenta de que, por muy duro que pareciera, no tenía ninguna posibilidad física contra mí.

‘¡James, no!’, me gritó Monet y, mientras la miraba, su hermano aprovechó para darme un izquierdazo en toda la mandíbula. No fue nada comparado con los golpes del señor Slater, pero la sorpresa me hizo caer de espaldas en el sofá.

‘¡No te metas donde no te llaman, puto... niño!’

‘James, déjame a mí. Yo me encargo.’

‘Sí, James, deja que mi hermanita te solucione los problemas.’

Estaba al límite pero, justo cuando iba a atacarle, se abrió la puerta y entró el compañero de Douglas.

‘Doug... Tenemos que irnos, tenemos trabajo...’

‘Os habéis librado de lograr vuestro merecido,’ empezó a marcharse. ‘La próxima vez que venga espero no ver tus cosas aquí, James.’

Y se fue.

Monet tardó unos segundos en reaccionar, en procesar lo que acababa de pasar y, cuando lo hizo, se dirigió a mí.

‘Iré a ver si la señora Moore tiene hielo para ponértelo en la mandíbula.’

No fui capaz de decir nada porque mi ansia de matar me inundaba. Cerré los ojos y me puse a meditar en un intento de controlar mi necesidad. Si no lo hacía, ni siquiera Monet estaría a salvo. Si el ansia se llegaba a apoderar de mí, tan solo sería consciente de mi víctima y nada más importaría.

Evidentemente, en aquel punto de mi vida, no estaba dispuesto a dejarme dirigir por mi necesidad y, cuando Monet volvió, al darme cuenta de que no mantenía el control sobre mis actos, me levanté y me marché sin mediar palabra, sin ni siquiera mirarla.

Mientras bajaba las escaleras la oí llamándome, pidiéndome perdón, pero hice caso omiso de sus palabras y continué. Ya en la calle empecé a correr y solo me detuve después de lo que me parecieron horas corriendo.

Notaba un cierto control, pero no quería arriesgarme y decidí pasar la noche lejos de Monet.

Salté la valla de un pequeño parque cercano, me senté en un lugar tranquilo y empecé a meditar.

Dejé que mi mente divagara sobre mi futuro, sobre mi pasado, sobre Monet, Eva, la vida y la muerte y, de repente, alcancé lo que el abuelo Chang me había explicado que era un estado de meditación profunda.

En aquel estado, noté cómo mi vacío decrecía y el control que ejercía sobre mí empezaba a desaparecer.

Sin embargo, antes de asumir completamente el control, alguien me devolvió a la realidad.

‘¡Eh, tú! ¡Despierta! ¡Dame la puta pasta!’

Abrí los ojos y vi un vagabundo con una botella rota cerca de mi cara.

‘¡Que me des el puto dinero o te rajo!’

Ante la amenaza, actué automáticamente y, antes de poder valorar la situación, el vagabundo yacía en un charco de sangre, mi ansia había desaparecido y mi experimento para controlar mi vacío a través de la meditación había fracasado.

Despuntaba el sol. Me había pasado la noche entera con mi intento de controlar mi vacío.

Sin prisa, volví al apartamento de Monet, donde me la encontré esperándome. Al verme, corrió hacia mí y me abrazó llorando.

‘Lo siento, lo siento, de verdad que lo siento. ¿Me podrás perdonar?’

‘No.’

‘Yo... Lo siento pero no lo entiendo.’

‘No te perdono porque solo podría perdonarte si me hubieras herido. Y no lo has hecho.’

‘No sé qué decir. Gracias. Y lo sien—’

‘Pero algún día me tendrás que explicar lo que pasa con tu hermano.’

‘Yo—’, otra vez se protegió de la verdad. ‘Lo único que puedo decirte es que él se siente obligado a cuidarme a cualquier precio. Cree que soy su posesión y no quiere que se repita lo que ya sucedió.’

‘¿Y qué sucedió exactamente?’

‘Lo traicioné. O eso es lo que Douglas cree... Según él, le hice mucho daño y no quiere permitir que se repita.’

‘La verdad es que no lo entiendo.’

‘Yo tampoco. Pero es mi hermano y eso es todo lo que importa, ¿de acuerdo?’

‘Por el momento,’ accedí al ver que no iba a sacar nada más de la

conversación.

‘Eso es lo máximo que puedo pedirte. No te preocupes: hablaré con él y no se repetirá lo de anoche. Gracias por controlarte. Mil gracias. Y lo siento.’

El resto de la semana pasó sin novedades: me levantaba al salir el sol, salía a correr, me duchaba, desayunaba con Monet, continuaba mi búsqueda y, por la noche, volvía a Monet y a su cama.

El domingo, el día antes del retorno de George, después de pasarse el día estudiando, Monet se dirigió a mí:

‘James, me gustaría comentarte algo... Mañana que vuelve George tendré que pedirle de nuevo a la señora Moore que me haga de canguro... Pero después de lo sucedido quería comentártelo.’

‘Eso no será necesario. Me gustaría encargarme yo mismo de George.’

‘Pero...’

‘Me lo llevaré en mi búsqueda de escuelas y te prometo que él será mi prioridad.’

Ya le había dado vueltas a la posibilidad y sabía que era capaz de hacerlo. Además, me interesaba descubrir si realmente podía ejercer una influencia paterna en él.

‘Te prometo que no haré nada que lo ponga en peligro...’, me di cuenta de que Monet necesitaba algo más. ‘Solo me gustaría ejercer una influencia masculina positiva antes de que la sociedad te arrebatara esa posibilidad.’

Monet se quedó pensativa un momento y se puso a llorar.

‘Me siento honrada de que quieras estar con mi hijo. Hacerle de padre, de alguna forma,’ se secó las lágrimas. ‘Gracias. Jamás podré agradecerte lo suficiente lo que estás haciendo por mí y por mi vida.’

‘Gracias a ti por aceptarme como soy y por entender mi forma de vivir.’

‘Te quiero, James.’

Monet esperaba que le contestara con las mismas palabras y yo sabía que habría sido lo correcto, pero no quería mentirle así que hice lo único que se me ocurrió para no engañarla: la besé.

Nos fuimos a la cama y, con el tranquilo respirar de Monet a mi lado, me dormí plácidamente.

43

La mañana siguiente, cuando Monet se levantó, me encontró preparando el desayuno. Me había despertado temprano y, como siempre que tenía un plan, activo.

‘Te has levantado con energía,’ observó Monet.

‘No más de lo habitual,’ sonreí.

‘Eso está bien. Mi abuelo decía que hacer cosas con las manos nos conectaba con nuestro yo interior, con nuestra esencia. Solía explicarme que usar las manos para hacer algo, lo que sea, nos humaniza, nos hace más inteligentes y capaces.’

Pensé que era cierto, pero no dije nada.

‘Supongo que son dichos de una persona de pueblo, que siempre ha trabajado con las manos,’ se justificó Monet, como hacía en ocasiones cuando no se sentía a la altura, hecho que yo aún no entendía.

‘Me parece una forma de ver las cosas muy inteligente, no me parece un comentario pueblerino en absoluto, Monet.’

Llegué a St Pancras con el tiempo justo para recoger a George, que se bajó del tren y vino corriendo a abrazarme. Acto seguido, bajó su abuelo al andén y se dirigió a mí:

‘Buenos días, James. Espero que no hayas tenido que esperarnos demasiado.’

‘La verdad es que no.’

Asintió y los dos nos dimos cuenta de que la conversación sin sustancia no iba con nuestro carácter.

‘James, tengo un par de horas hasta que el tren hacia Bedford vuelva a salir. ¿Crees que sería posible que fuéramos los tres a comer?’

‘Por supuesto que sí, señor. ¿Qué le apetece?’

‘Algo que no tarde demasiado y, sobre todo, que le guste a mi nieto,’ le tocó la cabeza a George con cariño y el niño sonrió mientras le devolvía la mirada. George llevaba *20.000 leguas de viaje submarino* bajo el brazo y pensé si aquello me habría hecho sentir orgulloso de no continuar vacío.

‘Si le tiene que gustar a George la decisión está tomada, ¿verdad?’

George asintió.

‘Si a usted le parece bien, iremos a la parada de Fish & Chips de Charing

Cross.’

‘Lo que decidáis los dos me parece bien.’

Mientras nos encaminamos hacia el andén de la línea negra, George me dio la mano y con aquel pequeño gesto –con la confianza absoluta que depositaba en mí– fortaleció mi determinación de ser una buena figura paterna.

Comimos enfrascados en una conversación sobre la vida, mucho más profunda de lo que podría parecer a un transeúnte casual y pensé que el padre de Monet me estaba sondeando. No me importó porque, por una vez, seguía cómodo con la situación.

Justo antes de subir al tren de vuelta, George sénior le dio un beso a su nieto y se dirigió a mí antes de emprender el viaje de vuelta:

‘Me alegro de que estés al lado de mi hija,’ me confesó.

Segundos después, observamos alejarse al convoy y me di cuenta de que George y yo nos habíamos quedado solos. Fue entonces cuando la idea de pasar los próximos días con aquel niño fantástico –que, por un motivo desconocido, no hablaba– se convirtió en real y, honestamente, no me desagradó en absoluto.

Dejamos la maleta de George en casa y le expliqué lo que pretendía que hiciéramos cada día:

‘Se trata de un juego, George. Tenemos que buscar en todas las escuelas femeninas a Eva. Si la encontramos, tendremos un premio... Pero tenemos que ser listos e intentar que no sepa nadie por qué la buscamos, porque de lo contrario ella descubrirá que nos acercamos. ¿Lo entiendes?,’ esperé a que asintiera. ‘A veces les diremos que es nuestra hermana, otras les diremos que es tu madre, iremos inventando para que ella no sospeche... Es como una aventura secreta. Y no puedes decirle nada a tu madre o se enfadará.’

La realidad de mis precauciones era que no quería alertar al señor Slater de mis movimientos, pero no podía expresarlo ante George de aquella forma.

El niño sonrió emocionado y parecía más que feliz con la idea de tener una aventura. No podía dejar de pensar en la ironía de pedirle a George que no le dijera nada a su madre, pero pretendía tratarlo con toda la normalidad con la que nunca me había tratado la vida.

Empezamos nuestro juego, nuestra aventura. George se llevó *20.000 leguas de viaje submarino* y aprovechaba cualquier pausa para leer un poco.

Estaba a punto de terminarlo así que pensé que sería buena idea comprarle otro libro.

La presencia de George en las escuelas hizo que todos fueran menos suspicaces. Me trataban con educación y no tenían dudas acerca de mis razones para buscar a Eva. Todo resultaba más fluido.

Cuando terminamos las visitas fuimos a una librería y dejé que George eligiera el libro que quisiera. Después de un rato, acabó eligiendo *Viaje al centro de la Tierra* –también de Julio Verne–, demostrándome de la forma más sencilla que mi regalo le había gustado, que había acertado al abrirle las puertas del universo del escritor francés.

Pagué y fuimos al mercado.

‘Hoy le vamos a preparar a tu madre una cena de reina. ¿Te parece bien?’

Asintió con su sonrisa perpetua.

‘Supongo que tienes ganas de verla, ¿eh? Ella también.’

Fuimos a un carnicero que tenía buena pinta y elegí una pieza de carne que me gustó.

‘¿Se la corto?’

‘No. La cortaré yo mismo. Póngame tan solo ese trozo de ahí, tal cual. Gracias.’

Mi corte era sin duda superior al del carnicero y haría de la carne un bocado mucho más jugoso y apetecible. Además, tendríamos carne para varios días y sería más económico.

Volvimos a casa y me puse a preparar la cena mientras George leía en la alfombra.

Monet abrió la puerta poco después y fue directamente a abrazar a George. Estuvo un buen rato sin prestarme atención, hablando con su hijo y preguntándole todo tipo de cosas sobre su viaje. Lo hacía para que George pudiera contestar asintiendo y pensé en lo difícil que debía ser la situación para Monet.

Estaba aceptando que el retorno de George me iba a dejar en un segundo lugar cuando Monet se me acercó y me besó en los labios.

‘Hola, James. No me gustaría que pensaras que me he olvidado de ti.’

Nuestra relación había llegado a un nuevo nivel, uno en el que no teníamos que escondernos.

Aún hoy recuerdo aquella noche –y los días que la siguieron– como mi intento más intenso, quizás el único real, de tener una vida normal y de

acercarme a la felicidad.

Pasamos la semana de fracaso en fracaso en la búsqueda de Eva pero con el éxito de acercarme cada vez más a George.

Desde luego, la normalidad como rutina era un cambio bienvenido. George y yo nos entendíamos con una mirada y estábamos cómodos tanto con nuestro juego como fuera de él. Por las tardes, solíamos llegar temprano a casa y leer juntos. De vez en cuando, el pequeño me señalaba una palabra de su libro y le explicaba lo mejor que podía lo que significaba. Sonreía y los dos volvíamos a nuestras respectivas lecturas en silencio porque así lo prefería.

En una ocasión había intentado leer mientras sonaba un disco de Monet en el reproductor, pero no logré concentrarme. Estaba demasiado acostumbrado al silencio y, sinceramente, poner música me parecía una forma de perderle el respeto a las palabras.

Así pues, nos embarcábamos en nuestras lecturas en silencio.

Recuerdo una noche en que estábamos tan metidos en nuestros libros que Monet llegó y no habíamos preparado la cena. No fue más que otra broma, otro momento feliz en la familia a pesar que continuaba sin sentir nada.

Desde luego, aquella manera de tomarse la vida, con positividad, cambiaba mi forma de ver las cosas.

El domingo pasamos el día en familia. Cuando nos levantamos, Monet nos informó que tenía planes para los tres.

‘Vamos a ir a un lugar al que hace tiempo que quiero ir. Estoy segura de que os encantará.’

A pesar de mis intentos, apoyado por George, de saber dónde íbamos, Monet se resistió a decírnoslo hasta que prácticamente habíamos llegado.

‘Ahora ya os puedo decir a dónde nos dirigimos. Vamos al Museo Británico.’

A George se le iluminaron los ojos pero yo no sabía qué era el Museo Británico. Monet me lo explicó:

‘El Museo Británico contiene grandes colecciones de artefactos y estatuas de la historia de la humanidad. Grandes obras de arte. Se dice que llega al alma.’

Pensé si podía ser cierto, si el arte podía llegar a tocar el alma de alguien y, sobre todo, si algún día sería capaz de experimentarlo.

‘Me han dicho que están evacuando algunas piezas para evitar su

destrucción si estalla la guerra, así que quizás sea nuestra última oportunidad de verlas.’

Desde nuestra visita a Kempston había leído el periódico a diario y sabía que los movimientos nazis en la Europa continental amenazaban con otra Guerra Mundial; también que Gran Bretaña y Francia no iban a permitir otra anexión de Hitler a sus tierras y, sin embargo, percibía todo aquello como muy alejado porque siempre había vivido guerras próximas, batallas que ponían mi vida en peligro, no guerras lejanas con soldados luchando por banderas.

Me concentré en el presente para intentar pasármelo lo mejor posible en el museo y el día fue simplemente perfecto.

La visita al *British*, a pesar de ser cierto que faltaban algunas de sus obras más importantes y de que el resto estaba siendo preparado para su evacuación, me hizo ver lo poco que sabía realmente. Con cada pieza que Monet nos explicaba a mí y a George, entendía, cada vez más, lo mucho que podía aprender de ella. No tan solo en cuestiones de vida, sino en conocimiento puro.

Todo lo que Monet nos contaba me parecía interesantísimo y no vi a George coger su libro para leer en todo el día, lo cual demostraba que el interés era el mismo para los dos.

A mediodía, comimos un sándwich en la puerta del museo en una parada móvil y Monet nos preguntó: *¿Queréis seguir en el museo o ya estáis aburridos?* La única respuesta que recibió fue a George corriendo hacia la puerta de entrada y yo, al ver que su reacción era mucho más elocuente que la que tenía pensada, siguiéndolo al interior del museo.

Monet se nos acercó andando tranquilamente con una sonrisa en la cara.

La tarde continuó de la misma forma hasta que el vigilante nos invitó muy amablemente a abandonar el recinto por su cierre.

De camino al metro, George iba andando a base de saltitos de emoción y Monet me dio la mano. Realmente, para cualquiera que nos viera, éramos una familia feliz. Una familia normal, si es que las familias normales podían llegar a ser felices.

En aquel momento tomé una decisión: hacer algo por alguien desinteresadamente, sin ninguna agenda oculta.

‘Monet, ¿cuál crees que es el mejor restaurante de la ciudad?’

‘Supongo que el Boulestin. Al menos eso es lo que todo el mundo dice.’

‘Pues ahí es donde vamos a cenar esta noche.’

‘James, aprecio el gesto, pero es el restaurante más caro de Londres. No creo que—’

‘Está decidido. Un día como el de hoy tiene que acabar como se merece.’

Monet intentó intervenir pero me adelanté dirigiéndome a George.

‘George, ¿tú quieres ir a un restaurante de verdad?’

Asintió con una sonrisa en la cara.

‘Pero...’

‘Nada de peros. Dime dónde está el restaurante o, aún mejor, llévanos hasta él.’

George cogió la mano de su madre y empezó a andar hacia el metro. Fue el gesto que había hecho decidir a Monet. No sabía por qué, pero accedió. Supongo que pensó que no tendría muchas más oportunidades de ir a un lugar como aquel.

Llegamos al Boulestin y entramos. Era temprano y, por suerte, había una mesa libre. Era para dos, pero como George era pequeño, nos pudimos sentar en ella cómodamente.

El Boulestin era como siempre me había imaginado los restaurantes de París más lujosos, los más glamurosos. La moqueta era de color vino y las cortinas estaban bordadas con motivos dorados. La zona de entrada estaba decorada e iluminada por bolas de seda blancas y, en un lugar prominente, había una botella gigante de brandy de 1869.

Desde luego, nunca antes había estado en un lugar parecido al Boulestin.

El servicio fue impecable, la comida deliciosa y la compañía inmejorable. Lo único que me faltaba para disfrutar de aquel momento con aquellas dos personas que se habían convertido en tan importantes para mí era volver a sentir. Sabía que debía continuar mi búsqueda, pero también era consciente de que ya no significaba lo mismo. Había dejado de pensar en Eva como la mujer más importante del mundo y nuestro reencuentro solo tenía como fin devolverme los sentimientos.

Pagué la factura y nos fuimos. Monet y George eran felices y yo estaba aletargado, tranquilo, porque mi vacío aún no ansiaba tomar el control.

Salimos del metro y llovía. No era más que una tormenta de verano, pero en el rato que esperamos que amainara no lo hizo, así que decidimos correr hasta casa.

Llegamos empapados.

Una vez en el portal, goteando la entrada del edificio, lo único que se le ocurrió a Monet fue reírse. Una risa infantil, imposible de parar cuando empieza y, sobre todo, contagiosa. Tanto que hasta yo me permití engancharme. George también lo hizo y me permití imaginar cómo debía sonar su voz cuando hablaba.

Subimos y Monet se fue con George a ducharse y a recuperar temperatura después de la lluvia. Me quedé en el apartamento haciendo tiempo mientras intentaba inútilmente secarme con una toalla hasta que fue mi turno para bajar a la ducha.

Venga, George, siéntate aquí. Vamos a ver qué libro estás leyendo ahora, le dijo Monet a su hijo y, mientras bajaba las escaleras, pude oír como le leía algunos pasajes del libro de George.

De vuelta, Monet continuaba leyéndole a George hasta que, de repente, paró.

‘¿Qué quieres, George? ¿Quieres leer tú solo?’

Y en aquel momento, una gran sorpresa, un momento único: oí una voz que no conocía.

‘¿Puede ser James mi padre?’

Y entendí que George le había hablado a su madre. Me quedé unos segundos en la puerta, sin entrar, por si George volvía a hablar, pero no lo hizo.

‘George, sabes que si quieres eso hay ciertas cosas que tienen que pasar, ¿verdad? Las cosas no pueden cambiar para seguir igual...’

George volvió a su mutismo selectivo y, de hecho, en todo el tiempo que pasé con Monet solo volvería a oír la voz de George en otra ocasión, pero aquello no disminuía mi convencimiento de que, si me quería como padre, era porque estaba haciéndolo bien.

Entré como si nada hubiera sucedido. Monet se levantó con los ojos anegados y me hizo ademán de que no dijera nada. Se sentó a estudiar, George siguió leyendo y yo proseguí con los libros médicos de Monet.

Nos íbamos a acostar cuando llegó la segunda sorpresa de la noche. Me estaba preparando el sofá cuando George se me acercó y me señaló la habitación de su madre mientras se estiraba él en el sofá. El pequeño había entendido perfectamente que, para que me convirtiera en su padre, había cosas que tenían que cambiar.

Entré en la habitación y Monet ya estaba en la cama.

‘James, George quiere que seamos una familia. Madre, hijo y... padre. Y sabe que para que eso suceda tenemos que comportarnos como una familia y romper viejos hábitos.’

Asentí, me desvestí y me metí en la cama. Le di un beso a Monet.

‘Sabes, James, esta es la primera vez que George duerme solo en el apartamento. Cuando vamos a casa de mis padres siempre duerme en su habitación, pero aquí siempre dormía conmigo...’

‘Parece que es más duro para ti que para él.’

‘No lo dudes.’

Creí que no era necesario añadir nada.

‘Te quiero, James. Espero que lo que has traído a esta familia se mantenga para siempre.’

‘Yo también lo espero, Monet.’

Nos dimos un largo beso y nos dormimos abrazados. Era la primera noche en que dormíamos juntos desde el retorno de George y no tuvimos sexo. Tenía cosas más importantes en la cabeza y entendía que, para Monet, dormir conmigo en aquella situación era un hecho más significativo que tener sexo, un acto de mucha más intimidad.

La mañana siguiente, todo siguió como si nada hubiera cambiado, aunque era obvio que lo había hecho y, de hecho, estaba a punto de hacerlo todavía más.

Visitamos tres escuelas sin ningún resultado pero, en la cuarta, el encargado –con aspecto de rata de biblioteca y unas gafas que parecían poder usar sus cristales como microscopio– pareció interesarse en nuestra historia y nos hizo entrar en sus archivos mientras nos decía:

‘Siento que la directora no pueda recibirlos, pero está de vacaciones. Entren a mi despacho. Miraré si encuentro algún registro de esa Eva por la que me preguntan. De esta forma, las alumnas que se quedan con nosotros en verano no les molestaran.’

El despacho estaba tan lleno de papeles, tan desorganizado, que no parecía posible que nadie encontrara nada. De hecho, pensé si aquel hombre podía llegar a perderse a sí mismo entre tanto desorden.

‘No se creerían cuantas personas vienen buscando información sobre alguien a quien han perdido. Y no solemos darla, claro. Pero su historia... La verdad es que... Es especial... Siendo su hermana y todo eso...’

‘Sí. La verdad es que nuestro hermano pequeño se quedó tan traumatizado

por la marcha de su hermana que... Bueno, como puede ver, es incapaz de articular palabra...’

No me gustaba usar aquella historia con George, pero él parecía disfrutar cada momento porque, en el mismo momento en que la utilizábamos como coartada, ponía la cara más triste que le había visto nunca. Se metía en su personaje y se transformaba en alguien completamente distinto.

‘¿Me podría repetir el curso y el nombre de su hermana, caballero?’

‘Por supuesto. El curso ha sido este último y su nombre es Eva Slater.’

‘Americana, claro.’

Asentí y repasó la lista durante unos segundos más, que parecieron interminables ante la perspectiva de recuperar, por fin, el rastro de Eva.

‘Ah, aquí está. El nombre aparece en las listas del pasado curso, como usted bien dijo.’

Por fin, después de los largos meses, me acercaba al momento en que recuperaría mis sentimientos.

‘No sabe usted la alegría que nos da. ¿Verdad, George?’

George asintió, cambiando su cara de pena por una media sonrisa, siguiendo en su personaje.

‘Pero me temo que tengo una mala noticia. Su hermana ya no estudia con nosotros. Abandonó los estudios por decisión propia.’

‘Pero... Tendrá algún tipo de dirección de ella o me podrá decir algo más...’

‘La verdad es que no. Lo siento.’

‘¿Y alguna de sus compañeras no podrían decirme nada?’

‘De nuevo lo siento pero debe entender que el trato con las alumnas está completamente prohibido por las normas de la escuela. Ya he hecho una excepción compartiendo información con usted.’

‘Lo entiendo, no se preocupe.’

Aquel hecho no cambiaba nada. Había descubierto que Eva había estudiado allí y podía intentar hablar con las alumnas en otro momento. Simplemente volvería más tarde y probaría suerte con alguna de las chicas.

No sabía cómo avanzaría, pero estaba seguro de lograrlo.

Para no levantar sospechas, George y yo fuimos hacia el metro más cercano. Cuando nos habíamos alejado un poco de la escuela, una chica se nos acercó.

‘Eh, tú, ¿tienes fuego?’

‘No.’

Su falta de educación no me pareció un buen ejemplo para George y empecé

a marcharme.

‘Tú te lo pierdes. He oído que buscabas a Eva. Iba a ayudarte, pero ahora...’

Volví sobre mis pasos y la miré fijamente.

Desde luego no era el tipo de chica que me podía imaginar yendo a una escuela privada porque vestía como una cualquiera, su trato era horroroso y su voz estridente. Quizás de eso se trataban aquellas escuelas, de chicas que no encajaban en su casa y debían ser tratadas con disciplina. Pensé que, si era cierto, Eva no pertenecía a aquel lugar. Siempre había sido rebelde, pero no se podía comparar con la mirada de desprecio con la que la chica se dirigía a mí.

‘Toma tu fuego.’

Se encendió el cigarrillo y me tiró todo el humo a la cara. Tuve que contenerme para no abofetearla allí mismo.

‘Tendrías que comportarte mejor, ¿sabes? Vivimos en una sociedad con normas.’

‘Lo mismo me dice siempre mi profesora. Y no le hago caso,’ otra bocanada de humo. ‘Si quieres la información te va a costar.’

‘No te preocupes por eso. Tú dime lo que sepas y te daré lo que te mereces.’

‘Está bien. El archivista te ha dicho que Eva se había ido, ¿verdad? Pues no es verdad. Expulsaron a Eva por comportamiento inadecuado. De hecho, la echaron a patadas.’

‘¿Seguro que hablamos de la misma mujer?’, no podía creerme que Eva hubiera sido expulsada de la escuela si aquella chica seguía en ella.

‘Rubia. Guapa. Americana. Con ideas propias. Creo que sí.’

Asentí levemente.

‘¿Por qué la expulsaron?’

‘Eso te lo tendrá que decir ella...’

‘¿Y eso cómo me ayuda a encontrarla?’, fui a lo que me interesaba.

‘No lo hace. Pero esto sí,’ me dio un papel arrugado con una dirección apuntada en él. ‘Ahí es donde vive.’

‘¿Y tú cómo lo sabes?’

‘Aunque no te lo parezca, éramos amigas. En el tiempo que estuvo en la escuela, éramos aliadas, inseparables.’

Era cierto que no me lo parecía en absoluto. En mi recuerdo de Eva no cabía aquella chica como aliada y, mucho menos, como amiga.

Sin embargo, era la única pista que tenía y debía creérmela por el momento.

‘¿Algo más?’

‘No, dame lo mío.’

‘Por supuesto,’ le di una bofetada con la mano abierta. ‘Aprende a tratar con respeto a las personas. Y, sobre todo, no confíes en nadie. Esa es una lección que no debes olvidar.’

Cogí a George de la mano y nos fuimos. Puso cara de no entender por qué había pegado a la chica pero, por una vez, no le di ninguna explicación.

Pasamos el resto de la tarde entre librerías y juegos. George parecía encantado a pesar de que yo no podía quitarme de la cabeza el hecho de que, al día siguiente, me reencontraría con Eva y recuperaría mis sentimientos.

Sabía que cuando volviera a sentir, todo mi pasado quedaría por fin atrás y podría mirar el futuro con alegría. Un mañana en el que George y Monet jugarían un papel esencial.

Por el momento, estaba cumpliendo mis objetivos.

44

Mi reencuentro con Eva me supuso un dilema porque, dada su importancia, quería poder centrarme en todo lo que sucediera en mi interior sin interferencias y, por tanto, prefería no llevarme a George conmigo.

Falto de otras ideas, acepté a regañadientes la solución que me propuso Monet.

‘Si no puedes quedarte con George lo tienes muy fácil: solo debes bajar a disculparte con la señora Moore. Estoy segura de que no le importará quedarse con George mientras estás con tu hermana,’ lo dijo como si fuera lo más normal del mundo, pero para mí significaba reconocer que había actuado mal y no creía haberlo hecho.

Sin embargo, –una vez más– hice lo que consideré necesario para lograr mi objetivo y adopté la solución más sencilla. Monet se marchó y le pedí a George que eligiera un libro. Mientras bajaba las escaleras pensé si todo iba a ser más sencillo de lo que preveía, pero al abrirse la puerta supe que no iba a ser así. La vecina saludó efusivamente a George pero ni siquiera me miró.

Di el primer paso:

‘Señora Moore, vengo a presentarle mis más sinceras disculpas. Creo que–’

‘Si piensas que con un discurso bonito voy a olvidar lo que pasó, te equivocas.’

‘Está bien, lo haremos a su manera,’ no pensaba rebajarme porque seguía creyendo que debía ser honesto, al menos, conmigo mismo. ‘Si quiere una disculpa sincera no la va a conseguir. No me arrepiento de lo que hice porque he aprendido que se debe actuar siempre en defensa propia y de lo que amas.’

Se rió.

‘Tú no amas a nadie. Eres un egoísta, nada más. Y no sé cómo Monet no se da cuenta.’

‘Eso no es asunto suyo. Se lo voy a poner muy sencillo. Su único interés aquí es el siguiente: ¿quiere encargarse de George y recuperar su lugar como parte de esta familia?’

‘Si crees que–’

‘Ni creo nada ni debe importarle lo que crea. Todo lo que debe darme es un sí o un no. Sea cual sea la respuesta me iré. No tenemos que ser amigos, ni siquiera tengo que gustarle, simplemente le estoy dando una oportunidad de recuperar algo que sé que quiere, nada más. Ahora: sí o no.’

‘Sí,’ dijo a regañadientes.

Entonces solté la mano de George para que entrara y me fui sin más. No era la disculpa que Monet necesitaba de mí para volver a la normalidad, pero había cubierto mis necesidades.

Durante el trayecto hasta la dirección del papel arrugado solo podía pensar en cómo sería volver a sentir pero, cuando bajé del metro, me centré en el lugar en el que estaba porque no encajaba en absoluto con lo que me había imaginado.

Desde mi llegada, Londres me había sorprendido por su arquitectura, que siempre parecía rica y calculada al milímetro incluso en edificios para pobres. Me fascinaban las pequeñas chimeneas que se juntaban en lo alto de las viviendas, la estrechez de las casas y los ángulos de los tejados pero, sobre todo, las detalladas fachadas. Además, las diferencias con el estilo mayoritario en Austin eran tantas que, en ocasiones, me sorprendía con la mirada perdida, revisando detalles de edificios.

Desde luego, al bajar del metro me di cuenta de que allí no me iba a suceder nada parecido.

La dirección pertenecía a una construcción vieja y sin ninguna gracia. El edificio era mucho más viejo que el de Monet y su cuidado parecía tan negligente que dudé que fuera seguro vivir allí. Me imaginé en uno de los suburbios de una novela de Dickens y, por primera vez en mi vida, entendí lo que era ser realmente pobre.

Subí las escaleras sin saber si prefería que Eva viviera allí o que la dirección no fuera más que un error, una broma de la chica que me la había dado. Fue una sorpresa descubrirme pensando aquello con todo lo que había luchado por lograr aquel reencuentro; pero fue lo que pensé.

Llamé a la puerta con los nudillos, consciente de que los segundos posteriores determinarían mi futuro.

Después de una espera que me pareció más larga de lo normal, la puerta se abrió solo la extensión de la cadena de seguridad. Mis dudas se desvanecieron: era Eva. Más terrenal, menos idealizada, mucho más real que en mis recuerdos, pero no había duda. Había engordado un poco pero estaba radiante. Tardé en reaccionar y sucedió lo impensable.

‘¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo?’

Eva no me había reconocido. Sonreí pensando en aquella ironía mientras le contestaba.

‘Soy yo,’ la puerta empezó a cerrarse porque Eva seguía sin reconocerme. ‘Soy James,’ la puerta se cerró del todo. ‘¡Soy yo, Eva! ¡James!’

Después, un silencio eterno me acercó a la futilidad de mis esfuerzos, a la aniquilación de un futuro mejor.

De repente, la cadena de seguridad rompió el silencio y Eva corrió a abrazarme.

‘¿James? ¡Madre de Dios!’

Noté algo extraño en mi bajo vientre, en mi estómago y supuse que mis sentimientos reaccionaban, volviendo al lugar que les correspondía.

Sin embargo, cuando Eva se separó de mí descubrí la verdad: estaba embarazada y su barriga me había oprimido el estómago.

‘Eva... Estás—’

‘Embarazada. Sí.’

‘Iba a decir radiante. Pero es obvio que lo segundo también es cierto.’

Entramos en el apartamento y vi que era mucho peor que el de Monet: más pequeño, más viejo; y, sobre todo, abandonado. No había ninguna separación entre comedor y dormitorio y las *estancias* se dividían por una descolorida cortina de flores. Por si fuera poco, estaba sucio y desordenado. La moqueta tenía manchas que parecían del siglo pasado y estaba tan gastada que, en algunas zonas, asomaban las viejas tablas de madera. Los muebles, desconchados, parecían sacados de la basura y algunos tenían puertas que colgaban de un solo perno, deseando una merecida muerte.

‘Este lugar es...’

‘Sí. Lo sé,’ recogió ropa de encima de las sillas como si su gesto cambiara algo y me señaló una de ellas para que me sentara. ‘Es un desastre.’

No dije nada, concentrado en que la silla soportara mi peso.

‘¿Cómo me has encontrado, James?’

‘La verdad es que no ha sido nada fácil. Visité muchas escuelas antes de toparme con alguna pista tuya. A veces dudaba de que la historia del señor Slater sobre tu escuela en Londres fuera real, la verdad... Pero finalmente encontré tu nombre y una chica me dio tu dirección. Ni siquiera sabía si era la dirección correcta...’

‘Ya. ¿Y qué haces en Londres?’

‘¿No te lo imaginas? He venido para verte, para encontrarte... Y supongo que, si soy honesto, para encontrarme a mí mismo.’

‘No lo entiendo. No entiendo por qué te arriesgas a que mi padre te encuentre por mí, James.’

‘Eres importante para mí, Eva. Durante meses has sido mi única razón para seguir viviendo.’

‘No exageres,’ sonrió tímidamente, de una forma insegura que nunca le había visto.

‘No lo hago. Es la pura verdad.’

‘No sabía que... Pensaras así... Creía que nuestra relación... Que nosotros...’

‘Hay relaciones que viven del momento, de la necesidad,’ dije antes que terminara su pensamiento.

‘Exacto.’

‘La nuestra no es de esas. Como mínimo, para mí.’

‘Estás diferente, James,’ sonrió.

‘Sí, la barba y el traje...’

‘No me refiero a eso. Hablo de ti. De tu forma de hablar, de la seguridad que tienes en ti mismo, de quién eres.’

‘No estoy muy seguro de ser tan diferente.’

‘Créeme: lo eres.’

Hubo un silencio y no pude evitar mirarle la barriga a Eva.

‘Esto... Siento que me hayas encontrado en este estado. Supongo que no es lo que esperabas.’

‘La verdad es que no esperaba nada en concreto,’ y añadió, ‘pero es cierto que esto no entraba en mis planes.’

‘Es complicado.’

‘Puedes contármelo. Aún recuerdo cuando parecía que éramos las dos únicas personas en la Tierra.’

‘Yo también lo recuerdo, James,’ intentó esbozar una sonrisa. ‘De los mejores momentos de mi vida pasaron contigo en el depósito de agua.’

‘No deja de ser irónico para los dos, ¿no crees?’

Asintió.

‘Entonces, ¿me vas a contar lo de tu embarazo?’

‘Sí, claro,’ paró un momento, como si necesitara toda su energía para explicármelo. ‘Lo siento. Es difícil para mí decir esto. No se lo he contado a nadie como lo haré contigo, sin medias verdades ni excusas, solo la verdad.’

‘Solo la verdad,’ repetí sin pensar en nada que no fuera estar con Eva, escucharla, volver a un pasado mejor, hacer lo que dos viejos amantes debían y centrarme en el momento que estábamos compartiendo.

‘El cambio de vida a Londres, a otro país, fue difícil para mí. Dejarte atrás,

con todo lo que habíamos pasado, no lo hizo más sencillo,’ prosiguió su historia.

‘Marcharte tuvo repercusiones positivas para ti.’

‘Por supuesto... Por ejemplo, escapar de la influencia de mi padre.’

‘Eso es algo que todo el mundo parece intentar... Menos mi madre. Ella parecía realmente atraída por él.’

‘Después de todo este tiempo he llegado a creer que se querían.’

‘Probablemente,’ admití.

‘No deja de resultarme extraño que la única persona que podría haber tenido la capacidad auténtica para cambiar el comportamiento de mi padre haya sido la persona que te trajo a mi vida.’

Asentí.

‘A veces pienso cómo podrían haber sido nuestras vidas si las cosas hubiera ido de distinta forma. Supongo que tú también lo haces. Tú... Quizás...’

‘De todas las mentiras que la gente se dice a sí misma, esa es la más común. Soy quién soy. He aprendido que hay que mirar hacia adelante, no hacia atrás.’

‘Entonces no entiendo qué haces aquí...’

‘Supongo que antes de mirar adelante, hay que cerrar los anteriores capítulos.’

Asintió y prosiguió con su historia.

‘Cuando llegué a Londres, me encontré en un lugar completamente diferente al que había conocido toda mi vida. La gente, los lugares, las costumbres; todo era desconocido.’

‘En ese sentido no estuvo mal la idea de mandarte antes para que te pudieras adaptar.’

‘No lo sé, porque cuando llegué a la escuela me encontré completamente sola. No había más alumnas pasando allí el verano. Solo me *relacionaba* con el cuidador y la directora. Durante semanas, no hablé con nadie y me pasaba los días leyendo o explorando los alrededores. Nunca antes me había sentido tan sola.’

‘Puedo entender esa soledad... Fue más o menos como me sentí cuando te fuiste. Con la diferencia de que yo seguía encerrado en el depósito.’

‘Lo siento, no pretendía que mi historia te molestara. Simplemente intento que entiendas cómo fueron las cosas.’

‘Solo puntualizaba. Continúa.’

‘Por fin, tras más de un mes de soledad, llegó otra chica para pasar las

semanas que quedaban antes del curso. Se llamaba Janice. Evidentemente, tardé poco en intentar convertirme en su amiga. No quería pasar más tiempo sola. Te echaba de menos y tenía que pensar en otra cosa que en mi propia soledad porque, de haber seguido de aquella forma, probablemente me habría vuelto loca... Llega un punto en que la soledad te duele tan intensamente que parece que no va a haber un mañana, lo entiendes, ¿verdad? De todas las personas, estoy segura de que tú puedes llegar a entender cómo me sentía.’

‘Lo hago,’ asentí empáticamente en un gesto automático.

‘Después de unos días reticentes, logré convencer a Janice de que era el tipo de chica de la que podía ser amiga. Empezamos a intimar más y aquel fue mi peor error.’

‘¿Peor que la soledad?’, me costaba creer que la Eva que conocía sintiera tanto miedo a estar sola que se había dejado llevar a una vida no deseada.

‘Mira a tu alrededor. Mis decisiones son las que me han dirigido a este lugar. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que creo que en muchas ocasiones sabía que este era el camino que estaba tomando, sabía a dónde me dirigía con mis decisiones... Pero aun así las tomaba...’

‘Eres quien eres a pesar de ti misma...’

‘Exacto. Sabía que me entenderías,’ de nuevo silencio hasta que Eva retomó su historia. ‘Pues resulta que Janice era una chica problemática y por aquella razón sus padres la habían mandado a la escuela.’

‘Las otras chicas y cualquiera que te viera podría pensar que tú estabas allí por la misma razón,’ le dije mientras pensaba si Janice era la chica que me había dado su dirección.

Eva asintió.

‘Y aún más cuando empezó el curso y las otras alumnas vieron que era amiga de Janice. No entendía qué pasaba, pero nadie más quería saber nada de mí. Los profesores, al verme siempre con Janice, me metieron en el mismo saco que ella. A pesar de todos mis esfuerzos, no lograba abandonar la sombra de Janice. La etiqueta de problemática se me había pegado indefectiblemente,’ su cara se mantuvo impasible, como si todo aquello hubiera sucedido en otra vida. ‘En aquel momento, hice lo que me pareció más lógico: si todo el mundo me rechazaba y Janice no, debía acercarme aún más a ella. Al fin y al cabo, cuando estaba conmigo se comportaba como cualquier otra chica que hubiera conocido y no tenía motivos propios para pensar mal de ella. La verdad es que conmigo siempre fue muy agradable y no entendía qué le pasaba al resto de la escuela,’ empezó a acariciarse la barriga como suelen hacer las embarazadas y

bajó la vista. ‘Evidentemente, tendría que haber pensado que la mayoría tenía la razón, pero quería creer que estaban equivocados, así que obvié los claros signos que me indicaban que no estaba en la compañía correcta.’

‘A nadie le gusta estar equivocado.’

‘Y menos si Janice, la única persona que había sido amable conmigo, no me daba razones para creerlo.’

‘Pero las cosas cambiaron, obviamente,’ intervine con la intención de que la historia avanzara un poco más rápido.

‘Obviamente,’ repitió Eva. ‘Aunque a mí me costó algún tiempo aceptar mi error. Quizás demasiado. Una noche, unas semanas después de empezar el curso, Janice entró en mi habitación. Llevaba un vestido de noche muy provocativo y se había maquillado y peinado para la ocasión. Me tiró un vestido a la cara y me dijo: *Venga, hoy es nuestra noche*. Miré la pequeña prenda que me había dado y pensé que no era una buena idea, pero lo hice de todas formas.’

‘¿Os dejaban salir de la escuela de noche?’

‘Por supuesto que no, pero nos escapamos... Al final tampoco fue para tanto: bebimos, fumamos, conocimos algunos chicos y bailamos. Nada demasiado perjudicial. La verdad es que, viéndolo con perspectiva, fue una tontería, una anécdota y nada más. Lo único importante de aquella noche fue que se convirtió en la primera de muchas,’ se levantó con un gran esfuerzo y cogió un vaso de agua. ‘Cada noche que salíamos nos desmadrábamos un poco más, bebíamos más, hablábamos con más chicos y bailábamos más agresivamente. Volvíamos cada vez más tarde y aumentó el riesgo de que nos pillaran. Llegó un momento, después de varias noches seguidas saliendo en la misma semana, en que pensé que tenía que parar. Asumí que a mi padre no le habría gustado mi actitud, pero, sobre todo, que tú no la habrías aprobado,’ volvió a sentarse con un suspiro de cansancio antes de proseguir. ‘Después de meses, tomé la decisión y se lo hice saber a Janice. *Una última noche, tengo una sorpresa preparada*, me pidió y acepté pensando que si lo hacía podría dejar de sentir que estaba dejando a mi única amiga en la estacada.’

‘Una última noche juntas... Nada que reprocharte por su parte.’

‘Exacto. Además era la noche de Navidad, y no quería pasarla sola...’, me miró a los ojos y su tristeza me traspasó. ‘Pero las cosas nunca salen como deben, ¿verdad?’

‘La verdad es que no.’

‘Las cosas se complicaron cuando nos reunimos con unos chicos que

habíamos conocido en otra ocasión. No era que me gustaran demasiado, pero sentía una necesidad dentro de mí que me llevó a hacer algo que no debería haber hecho. Necesitaba sentirme querida, necesitaba... No sé... Saber que no estaba sola en el mundo. ¿Lo entiendes, verdad?’

‘Si me estás preguntando si estoy enfadado contigo, no lo estoy. Hiciste lo que creíste oportuno... Yo también he hecho cosas cuestionables en estos meses...’

‘Gracias. No sabes lo importante que es para mí oírte decir eso,’ se acomodó un poco más en la silla y pensó si esta resistiría su peso mucho más.

‘Continua.’

‘En aquella salida, la última, me permití hacer cosas que otras noches no me habría ni planteado. Sabía que a la mañana siguiente, todo volvería a ser como antes y pensé que aquella era mi última oportunidad de sentirme querida, apreciada por alguien. Tenía que demostrarme a mí misma que alguien podía verse interesado por mí y sucedió lo inevitable...’

‘Tuviste sexo con uno de los chicos.’

‘Obviamente. Lo que descubrí después fue que el hecho que un chico te folle no significa nada. Al menos para ellos.’

No dije nada pero pensé que mientras Eva tenía sexo con aquel chico, probablemente yo me estaba escapando del depósito. La misma noche de Navidad. Otra coincidencia.

‘Al cabo de unas semanas, noté que algo no iba bien pero no supe qué hacer. Otra idiotez. Si hubiera tenido a alguien con quien hablar, con quien discutir mis opciones, quizás mi vida sería otra, habría tomado otro camino. Pero desde aquella última noche, Janice había distanciado de mí y volvía a estar completamente sola en la escuela. Sin nadie a mi lado, nadie en quien confiar.’

‘¿Y el padre?’, señaló su barriga.

‘Lo intenta,’ confesó antes de continuar con su historia. ‘Al cabo de un tiempo, se me empezó a notar la tripa y me expulsaron del colegio por *comportamiento inadecuado*. Fue más o menos a los tres meses. En marzo. Y vine a vivir aquí con Frank. Lo hace lo mejor que puede, pero no es demasiado listo. Es fontanero.’

‘¿Sabe tu padre tu situación?’

‘Claro. Lo primero que hice cuando me expulsaron fue llamarle. ¿O crees que vivo aquí por gusto? Creí que mi padre me dejaría volver a casa.’

Dejó que la información me empapara.

‘¿Y el padre Rhys?’

‘Si el padre Rhys hubiera soportado a mi padre un tiempo más es probable que tú y yo no estuviéramos teniendo esta conversación. Es probable que el padre Rhys hubiera encontrado la manera de devolverme a casa. Pero no sigue en el matadero porque...’, dejó el final en el aire, como si yo fuera a intervenir, pero no lo hice. ‘Supongo que, con el tiempo, incluso él se dio cuenta de que hay misiones más allá de su poder, de que hay personas más allá de la salvación. A lo mejor tuvo una crisis de fe, o a lo mejor no, no lo sé. Lo que sé es que estoy aquí y mis perspectivas no parecen mejorar con el paso del tiempo.’

Fue entonces cuando me di cuenta del abismo que se abría entre nosotros y de que la conversación con Eva estaba logrando justo lo contrario a lo que pretendía.

La imagen idealizada de Eva que había retenido en mi cabeza durante meses se asemejaba menos a la realidad con cada minuto. Estando a su lado, escuchando su historia, debería haberme sentido cerca de ella y, de rebote, recuperar sus sentimientos, pero no lo hizo. No pensaba rendirme porque no quería abandonar la última posibilidad de completarme pero no pude evitar pensar si estaba cometiendo el mismo error que el padre Rhys: pensar que existen los milagros y la vida es algo más que lo que vemos. Él había creído poder salvar al señor Slater y yo que podía volver a sentirme completo.

En el mismo instante en que acepté aquel hecho y reconocí que Eva no iba a devolverme mis sentimientos por arte de magia, noté que me faltaba el aire. De repente, estar en compañía de Eva era más de lo que podía resistir.

Necesitaba espacio, tiempo para recapacitar y aceptar lo que estaba sucediendo. El corazón se me salía por la boca y cada vez me costaba más llenar los pulmones.

‘Tengo que irme, Eva,’ me levanté sin más.

‘¿Tan pronto? En un rato llegará Frank. Me gustaría que lo conocieras.’

‘Lo siento pero tendrá que ser en otro momento.’

‘Podríamos quedar un día de estos para cenar.’

‘Por supuesto, ahora que sé dónde vives pretendo verte más. Al fin y al cabo, eres mi hermana, ¿no?’

‘Supongo que sí...’, durante un segundo pareció un poco decepcionada.

‘Supongo que eso es todo lo que nos queda, ¿verdad?’

‘Tendrá que ser suficiente.’

‘Lo sé. ¿Qué te parece si quedamos mañana por la noche para cenar y conoces a Frank?’

‘Me parece bien. Vendré a las seis.’

Me dio un beso en la mejilla y salí del apartamento.

No sabía qué pensar pero estaba claro que la esencia de Eva se había diluido tanto que no iba a devolverme nada. No era la misma que me había dejado en el matadero y tenía que aceptar que yo tampoco.

Más que nunca, mis posibilidades de sentir algo se basaban en mi relación con Monet. Debía dejar de mirar atrás.

Lo mejor de todo era que mi vacío seguía impidiéndome sentir abatimiento o tristeza, así que el encuentro con Eva había sido, simplemente, otro hecho más, otra escena más de mi búsqueda.

Fui a recoger a George, que salió corriendo mientras la señora Moore me lanzaba una mirada desafiante, recordándome que no le gustaba mi presencia, que no le importaba lo que dijera o lo que hiciera en el futuro. Para ella era un enemigo de la vida que habían llevado Monet y George hasta entonces.

Cuando llegamos al apartamento, George se puso a leer. Mirándolo, pensé por primera vez lo duro que debía haber sido para mis padres tener un hijo que daba más importancia a los libros que a la vida real. Poniéndome en su lugar, me reafirmé en la idea de que no todo es blanco o negro; y de que a veces nuestros recuerdos son más fabricados que reales.

Preparé algo de comer y cogí uno de los libros de medicina de Monet. Con mi vacío cada vez más presente, pensaba poner en práctica alguna idea que había sacado de aquellos libros aquella misma noche para que mi necesidad no guiara mis actos en la cena con Eva y Frank.

Horas después, cuando Monet llegó, aún estábamos los dos leyendo. George corrió hacia ella, yo me levanté tranquilamente y la besé en los labios.

‘¿Has encontrado a tu hermana?’

‘Sí.’

‘¿Cenamos?’

‘Claro,’ le di un margen. ‘¿No vas a preguntarme cómo me ha ido?’

‘Pensaba que a lo mejor no te apetecía hablar de ello. Sé que tu hermana es muy importante para ti.’

Asentí.

‘¿Cómo te ha ido?’

‘La verdad es que me he sorprendido bastante. No ha ido cómo esperaba.’

‘La vida nunca va cómo planeas... Pensaba que tú, de todas las personas,

sabría eso...’

‘Tienes razón. Pero no sé por qué en esta ocasión pensaba que sería diferente. Eva estaba... Está... Embarazada.’

‘Vaya. Eso ha sido una sorpresa, estoy segura.’

‘Sí. Vive con el padre del niño, Frank.’

‘¿Le has conocido?’

‘No.’

‘Mmmmm...’

‘¿Qué?’

‘Nada, hombre. No te pongas a la defensiva.’

‘No me pongo a la defensiva, Monet. Tan solo intento entender por qué dices lo que dices.’

‘Yo no he dicho nada.’

‘No ha sido necesario decirlo con palabras.’

‘Simplemente me parece raro que no te hayas esperado a conocer al hombre que ha dejado embarazada a tu hermana. Me extraña que no hayas sentido curiosidad.’

‘No quería dejar a George solo tanto tiempo.’

‘Pensaba que íbamos a hablar sinceramente.’

‘Está bien. La verdad es que no pensé que fuera importante. Al fin y al cabo, me ha invitado a cenar mañana con ellos para conocerle.’

‘¿Te ha invitado? Ya veo.’

No entendí el comentario y continué cenando.

‘¿No piensas decirme nada más?’

No supe qué contestar.

‘Espero que te lo pases bien esta noche. Y mañana en tu cena,’ Monet se levantó, dejó el plato y se fue a su habitación.

Sin entender lo que acababa de suceder, miré a George y, como única respuesta, levantó los hombros en solidaridad con mi poca perspicacia. El pequeño se levantó y entró en la habitación de su madre, dejándome claro que aquella noche me tocaría volver a dormir en el sofá. No sabía por qué pero aprovecharía para lidiar con mi vacío.

Recogí la mesa y salí al encuentro de alguien con quien poder experimentar mis nuevas técnicas médicas. Quería comprobar si era capaz de infligir cortes a una persona durante toda la noche y lograr que no se desangrara. Para ello, era necesario evitar todos los grandes vasos sanguíneos del cuerpo, que había memorizado de los libros de anatomía.

Decidí llevar a cabo mis planes en una escuela abandonada que había encontrado en mis primeros días de búsqueda de Eva. Un sitio al que nadie entraba, el escenario perfecto.

Cuando llegué, me encontré con un hombre vestido de cocinero que fumaba cerca de la escuela, me acerqué por detrás y le di un golpe que lo dejó inconsciente. Después, asegurándome que nadie me viera, lo arrastré los pocos metros que me separaban de la entrada de la escuela y entré por el mismo lugar que la última vez.

En aquella ocasión, no me importaba hacer del mundo un lugar mejor. Simplemente necesitaba una muerte. Ni más ni menos.

Senté, até al hombre y esperé a que se despertara.

No tardó demasiado.

‘Yo... ¿Qué?... ¿Dónde?...’, me miró. ‘Te equivocas de persona. Yo... Suéltame.’

‘En el caso que nos ocupa, para lo que te necesito, no podría equivocarme de persona aunque quisiera,’ le puse un pañuelo en la boca y empecé a explicarle lo que le iba a pasar. ‘Verás, he estado estudiando el cuerpo humano y hoy me propongo usar el tuyo para experimentar la posición de los vasos circulatorios. Estoy seguro de que te preguntarás por qué... Es simple: quiero cortarte tantas veces como me sea posible sin que te desangres, tratando de evitar los vasos circulatorios importantes.’

Se asustó y empezó a forcejear. Acerqué el cuchillo a su cara.

‘O quizás solo te haga sufrir por sufrir si no te estás quieto. Quizás te arranque los ojos y te los haga comer.’

Paró de moverse.

‘Con un poco de suerte, fallaré y morirás rápidamente y sin dolor. Aunque, sinceramente, no lo creo,’ acerqué mi cuchillo y le corté sus pantalones. Se los quité y apoyé el cuchillo en su pierna. ‘Por aquí debe estar la femoral. Si me equivoco, te desangrarás en segundos.’

Corté profundamente pero no salió demasiada sangre. Seguí rajando sus piernas intentando no dañar ninguna vena ni arteria.

Cuando terminé, le quité la camisa y empecé a cortarle en la cara y el cuello.

‘Aquí se encuentran la carótida y la yugular.’

El hombre se deshizo del pañuelo que tenía en la boca.

‘Eres un loco. ¿Haces todo esto por saber si eres capaz? Eres un hijo de puta egoísta—’

Lo volví a amordazar y no le contesté.

Después de varios cortes profundos sin tocar ningún vaso importante fallé y la sangre empezó a manar. A pesar de necesitar más práctica, me había demostrado que podía usar aquella técnica durante bastante tiempo.

Mientras me deshacía de su cadáver, dejándolo troceado en una de las habitaciones más remotas de la escuela para que se lo comieran las ratas, sus palabras me retumbaban en la cabeza. *Eres un hijo de puta egoísta.* No era la primera vez en que alguien me lo decía pero, en aquella ocasión, no podía sacudirme la idea.

Llegué a casa cuando el sol ya despuntaba. Monet estaba levantada y me miró sin decir nada. En aquel instante comprendí qué había pasado la noche anterior y la razón por la que el insulto de aquel hombre seguía en mi mente.

‘Monet, esta noche cenaremos con mi hermana y su marido. Si te parece bien.’

Se giró hacia mí.

‘Me gusta que seas capaz de aprender, James.’

‘No olvidaré nunca esta lección.’

‘Dejaremos a George con la señora Moore. No te preocupes, yo me encargaré de todo.’

Fue como si aquella simple invitación borrara lo sucedido en la noche anterior, como si Monet no recordara que durante la cena no la había invitado ni lo estúpido que había sido no haberme dado cuenta de mi error antes.

Supuse que aquel tipo de perdón, el que olvida completamente, sin rencor, debía aparecer cuando se amaba a alguien incondicionalmente pero, ¿cómo podía estar seguro?

45

Tengo que prepararme para conocer a tu hermana, fue la única explicación que recibí de Monet cuando le pregunté por qué había llegado antes del hospital. Inmediatamente después, llamaron a la puerta y entró la señora Moore.

‘Vengo a cuidar a George. Bien podríamos empezar a comportarnos como seres humanos. Si es que sabes lo que es eso...’

Asentí con una falsa sonrisa y aproveché para bajar a la ducha.

Después, Monet salió de su habitación tan bella como la noche que habíamos ido a bailar. Sin embargo, a diferencia de la primera noche, en aquella ocasión solo pensé en la suerte que había tenido de encontrar a alguien que me comprendía.

Gracias de nuevo, le dijo Monet a la señora Moore confirmándome mis sospechas de que, si empezaba una guerra sobre la vecina con Monet, quizás no la ganara.

Fuimos al metro sin que ninguno de los dos supiera qué esperar de aquella noche. Monet porque entraba en territorio desconocido y yo porque tenía que reencontrarme con aquella nueva Eva, que era a todos los niveles una mujer completamente diferente. Los dos habíamos pagado nuestro peaje en la vida y necesitábamos volver a conectar con nuestra juventud, con todo lo vivido en el Matadero Slater.

Parecía sencillo, pero sabía que no lo sería.

Al salir del metro y acercarnos a la dirección de Eva, Monet me preguntó:

‘¿Tu hermana vive en esta zona?’

‘Sí, ¿por qué?’

‘Pensaba que siendo tu hermana tendría dinero y no viviría en un lugar como este.’

‘Quizás haya cosas de mí que aún no sepas, Monet,’ a pesar de mi honestidad, Monet no conocía mi pasado y creí que era buena idea anticiparme.

‘Si ya tenía ganas de conocer a tu hermana, ahora aún tengo más,’ y sonrió.

No sé cómo me habría hecho sentir el comentario en el pasado, pero no importaba. Continuar vacío significaba no tener miedo a lo que sucediera, así que nada había cambiado.

Eva abrió la puerta y me confirmó que las cosas eran distintas. Su intento por estar guapa, por acercarse a la persona que conocía del matadero, se había quedado a medio camino.

‘Bienvenidos... No sabía que vendrías acompañado.’

‘Hola, Eva. Soy Monet. Tu hermano me ha hablado mucho de ti. Lleva mucho tiempo buscándote. Espero que podamos ser buenas amigas,’ se acercó y le dio un beso en la mejilla a nuestra anfitriona.

‘Pasad. Seguro que encontramos algo con lo que alimentarte,’ le contestó Eva, sonriendo.

Aquella simplicidad hizo que las mujeres accedieran a su relación desde otra dimensión que los hombres. Entraron cogidas de la mano y, al seguir las, oí como Eva hablaba con alguien. *Frank, levántate de ahí y saluda a nuestros invitados.* Cuando llegué a su altura vi a Frank *sentado* en el sofá, con un vaso de whisky en la mano, sin asear, como si se hubiera caído en aquel sofá desde el trabajo y no se hubiera movido.

‘Encantada,’ Monet extendió su mano para dársela a Frank, pero este la rechazó sin prácticamente mirarla.

‘Lo siento. Tengo las manos sucias del trabajo.’

Di un paso adelante para intervenir pero Monet me paró con un discreto movimiento de cabeza.

Desde luego, la cena iba a ser mucho más complicada de lo que pensaba. Con un simple gesto, cinco segundos después de conocerlo, Frank se había convertido en mi prototipo ideal de víctima.

‘Ve a lavarte para la cena, cariño,’ y cuando Frank se hubo levantado, nos dijo en tono bajo, para defenderlo. ‘Tenéis que perdonarle, trabaja mucho.’

No entendía qué tenía que ver una cosa con la otra, pero acepté la situación como algo con lo que tendría que lidiar.

‘Monet, ayúdame a servir la cena.’

‘Por supuesto,’ accedió Monet.

Y cuando Frank volvió de *lavarse* para la cena me encontré a solas con él. En otra ocasión, el ínfimo intento de parecer presentable de Frank me habría hecho reír pero en aquella no lo hizo.

‘Las mujeres ya están con sus cosas, ¿verdad? Y el hombre solo sirve para trabajar,’ se sirvió una copa y, después de unos segundos, pareció recordar que yo estaba allí y me ofreció una.

‘No, gracias,’ decliné pensando que no era buena idea beber.

‘¿Un cigarro?’

‘Lo he dejado, gracias.’

‘Vaya. Un tipo sano, sin vicios. Me gusta eso. No te pareces demasiado a tu hermana, ¿eh?’

Mi aguante bordeaba las fronteras de mi vacío pero pretendía resistir.

‘Supongo que sí.’

‘Siéntate,’ me alentó señalándome una silla mientras continuaba con su pobre intento de entablar conversación.

‘Te has llevado una buena pieza. Esa mujer tuya... Mmmm...’

‘No creo que este sea un tema adecuado para discutir.’

‘Venga, estamos entre hombres. Los dos solos.’

‘¿Y eso qué importa?’

‘Está bien, está bien,’ Frank se puso serio de golpe y se incorporó como si, de repente, su cara auténtica saliera a relucir. ‘Entonces hablemos de otras cosas, de cosas más importantes. La ropa que lleváis tú y tu chica no es barata.’

‘No sé a dónde quieres ir a parar.’

‘Ya ves donde vivimos, dónde va a vivir mi hijo... Supongo que quieres lo mejor para tu hermana...’

‘Para mi hermana sí.’

‘¿Qué quieres decir con eso?’

Estaba empezando a hacer lo que no debía, así que intenté acabar la conversación.

‘Que un hombre debe hacer lo que sea para mantener a su mujer, ¿no crees?’

‘¿Qué insinúas?’

‘Nada. Solo digo que...’

Por suerte, volvieron las mujeres. Entonces, Frank cambió de cara y jugó el papel de caballero apartando la silla de Monet para que se sentara. Estaba a punto de actuar cuando Monet me recordó que no necesitaba que nadie la defendiera.

‘Soy perfectamente capaz de sentarme sola, Frank. Gracias.’

Su comentario, acompañado de una sonrisa, fue lo más normal del mundo, y pensé cuántas cosas me quedaban todavía por aprender de Monet.

‘Somos familia, ¿no? No hay que andarse con cortesías,’ prosiguió Monet.

‘En eso quizás tendrás que enfrentarte a mi hermano, Monet. James es muy dado a mantener las apariencias.’

‘Es verdad que lo soy. Quizás porque los hombres deben civilizarse y me gusta que las cosas sean como deben ser...’

Después de su rato a solas, Monet y Eva parecían cómplices, las mejores amigas, como si compartieran un secreto que los demás ignorábamos; y yo, con los mismos minutos a solas con Frank, había sido prácticamente incapaz de contener mis ganas de matarlo.

La cena fue sencilla, como se podía esperar del lugar en que nos encontrábamos. Eva intentó por todos los medios que la velada fuera agradable, que todos pasáramos un buen rato, pero Frank la interrumpía constantemente y, lo que era más sorprendente, ella se lo permitía.

Frank se mostraba cada vez más desagradable y no paró de flirtear con Monet, despreciando a Eva en la comparación. Desde luego, puso a prueba mi resistencia extralimitándose con las dos mujeres más importantes de mi vida.

Por suerte, Monet se dio cuenta de lo que pensaba y me puso la mano en la pierna, rebajando la tensión y reafirmandome que no estaba solo.

Terminamos de cenar y Frank se levantó para tirarse en el sofá con otra copa en la mano. Los demás nos quedamos en la mesa y por fin pudimos mantener una conversación civilizada.

‘Cuéntame, Eva, ¿cómo fue vuestra infancia? James no es muy dado a contar demasiado.’

‘Lo supongo.’

Pensé que la verdad no podía dañar mi relación con Monet y acepté la situación.

‘La verdad es que James y yo no nos conocimos hasta que ya éramos algo mayores. Y hasta entonces, estaba muy sola.’

‘Y yo también, supongo,’ añadí.

‘Pensaba que erais hermanos...’

‘Hermanastros. La madre de James se enamoró de mi padre al quedarse viuda.’

‘Quizás algo antes, ¿no crees?’

‘Sí. Pero quizás este tipo de detalles no es lo que Monet está buscando...’

Asentí.

‘Cuando nos conocimos, no nos llevábamos ni bien ni mal porque James necesitaba algún tiempo para ajustarse a su nueva vida. Siempre ha tenido problemas para aceptar los cambios,’ me miró antes de continuar. ‘Y la verdad es que mi padre nunca ha sido un hombre fácil con el que tratar.’

‘Eso es un eufemismo.’

‘Sí que lo es... Pero es mi padre, James.’

‘Y es él quien te permite estar en tu situación actual en este lugar.’

‘Lo sé, pero eso no evita que sea mi padre,’ volvió la mirada hacia Monet. ‘En fin, las cosas en el matadero se precipitaron y la situación se volvió complicada para James cuando su madre murió. Y fue entonces cuando de verdad nos unimos. Nos hicimos inseparables, nos necesitábamos el uno al otro para sobrevivir.’

‘James, debo reconocer que creía que habías tenido una vida fácil. El dinero, los trajes...’, me dijo Monet.

‘La verdad es que James tuvo una infancia difícil, pero parece que le ha ido mejor que a mí.’

‘No digas eso, Eva. Tienes un hombre que te quiere y esperas un hijo,’ intervino Monet. ‘Sea cual sea tu situación debes mirar al futuro con esperanza porque, si no, la vida te destrozará.’

‘Supongo que tienes razón,’ contestó Eva casi como si pensara en voz alta.

‘Cuéntame algo más de James. Algo que él nunca quisiera decirme.’

Eva se quedó pensando y repasé mentalmente lo que podía suponer un riesgo para mí.

‘No lo sé. La verdad es que lo que ves es lo que hay. James es quién es y hace lo que hace. O lo aceptas o sales de su vida.’

Monet se rió y las dos se pusieron a recoger las cosas de la cena que aún estaban en la mesa. Mientras lo hacían, pude oír a Monet preguntándole a Eva si sabía lo que era la conmiseración.

‘Sí, claro.’

‘Pues ya sabes lo que quiero decir.’

Yo no tenía ni idea de lo que era la conmiseración pero pensaba preguntarle a Monet en cuanto tuviera la oportunidad.

En aquel momento, Frank pareció salir de su letargo y pidió a gritos *otra copa, joder*. Eva corrió a ponérsela como si fuera su criada y su inocente movimiento hizo que mi vacío se agrandara de golpe, haciéndome pensar qué habría sucedido si la noche anterior no hubiera matado al cocinero.

Busqué a Monet con la mirada y me entendió. Hizo ademán de que estuviera tranquilo, de que estaba conmigo, de que me relajara lo máximo posible.

Cogí mi vaso, que aún estaba encima de la mesa, y lo volví a llenar de agua. Necesitaba que el nudo de mi garganta desapareciera y era mejor tragar que matar a Frank.

La velada terminó sin más incidentes y con mi necesidad bajo un cierto control. Sin embargo, era consciente de que aquella noche necesitaría desahogarme, ejecutar a alguien para calmar a mi vacío.

Nos despedimos de Eva –porque Frank ya hacía unos minutos que dormía en el sofá– y Monet se dirigió a ella.

‘¿Queda en pie lo de mañana?’

‘¡Por supuesto! Me pasaré por el hospital.’

‘De acuerdo.’

Y se dieron un beso en la mejilla. Finalmente resultó que las dos mujeres más importantes de mi vida habían congeniado. Debería haberme sentido feliz por ello, pero no lo hacía. Solo otro hecho más, otro instante vacío.

Salimos del edificio y le pregunté a Monet qué era la conmiseración.

‘Antes de decírtelo, me gustaría que te sinceraras conmigo. ¿Qué pasó exactamente con tu padrastro?’

‘Pensaba que Eva te lo habría contado.’

‘Me dijo que era mejor que me lo dijeras tú mismo.’

‘Está bien,’ no dije nada en un buen rato porque estaba decidiendo hasta qué punto podía decirle la verdad a Monet.

‘¿Me lo vas a decir o no confías en mí?’

‘El señor Slater es un hijo de puta. No demasiado diferente a Frank.’

‘¿Crees en eso que buscamos a nuestros padres en nuestras parejas?’

‘Habiendo conocido a tu padre, espero que no...’, le guiñé un ojo y Monet sonrió con la broma. ‘Pero en el caso de Eva creo que Frank se parece más a su padre de lo que ella querría admitir.’

‘Eso no contesta mi pregunta original.’

‘Tienes razón, lo siento. El señor Slater, una vez mi madre murió, me encerró en un depósito de agua abandonado y me hacía trabajar para él. Es una de las razones por las que me escapé del matadero... No quería ser más un esclavo.’

‘No lo entiendo. ¿Tu padrastro te tuvo encerrado en un depósito de agua?’

‘Y me encadenaba para el trabajo en el matadero mientras se bebía todo el alcohol de Texas.’

‘Lo siento.’

‘No es culpa tuya. Aquellos hechos definieron quién soy ahora.’

‘Me gusta quién eres ahora, James,’ me besó. ‘Y gracias por la sinceridad,’ paró un instante. ‘¿Hay algo más que quieras decirme?’

‘No te preocupes. Cuando quieras saber algo solo tienes que preguntarme y

te diré la verdad.’

Zanjada por el momento la conversación sobre mi pasado, vi que podía confiar a Monet todos los aspectos de mi pasado. O casi.

‘Ahora, ¿me puede decir lo que es la conmiseración?’

‘Por supuesto,’ sonrió. ‘La conmiseración es un sentimiento péfido. Consiste en sentirte bien contigo mismo a costa de rebajar a otro. Se basa en humillar sutilmente al otro para glorificarte más tú mismo.’

‘Conozco la sensación.’

‘En mi opinión, es lo que hace Frank con tu hermana. Y, por lo que sé, lo que hacía vuestro padre con los dos.’

Paré de andar, me puse delante de Monet y la miré a los ojos.

‘Nunca vuelvas a decir que el señor Slater es mi padre. Nunca. En ningún contexto. Mi padre era un hombre decente, bueno. Un hombre como aspiro a ser algún día. De él solo me queda el recuerdo, así que no lo manches diciendo que el señor Slater es mi padre.’

‘Lo siento, James. No sabía que...,’ se dio cuenta de que no era necesario buscar excusas. ‘No importa. Lo siento. De verdad.’

Durante unos segundos, el silencio lo inundaba todo con una pesadez que parecía poner el mundo en una velocidad más lenta, como si esperara permiso para arrancar.

‘Así, ¿no te queda nada de tu padre?’

‘Solo el regalo que me hizo antes de morir.’

‘Ahora entiendo su importancia. ¿Nunca has tenido la tentación de abrirlo?’

‘No realmente.’

‘Está bien. Vámonos a casa. No hablemos más del tema.’

‘De acuerdo. Pero esta noche, necesitaré salir para poder desahogarme.’

‘No te preocupes. Por una vez, lo entiendo. No hace falta que me acompañes.’

Le di un beso a Monet y fui a buscar una víctima con la que apaciguar mi vacío.

Ejecuté rápidamente una víctima al azar porque no quería que mis necesidades influyeran más de lo necesario en mi relación con Monet.

Cuando volví, me estiré en la cama y abracé a Monet. Ella siguió durmiendo y pensé en lo cómodo que estaba con la situación. Me había convencido de que si continuaba al lado de Monet, recuperaría mis sentimientos.

Lo que no podía imaginarme era que estaba muy cerca de no volver a ver a Monet, de no compartir más su cama y, sobre todo, de perder la última oportunidad de recuperar mis sentimientos.

46

Durante la semana siguiente, Monet y Eva se citaron en diversas ocasiones, demostrándome que, por una vez, mi intuición de que habían congeniado era correcta. Además, al ir eliminando capas de mi pasado por sus conversaciones con Eva, mi intimidad con Monet crecía y la notaba cada vez más a gusto con el James que estaba descubriendo.

La noche del segundo sábado, diez días después del reencuentro con Eva, preparé un plan íntimo con Monet para forzar a mis sentimientos a reaccionar. Aquella mañana, mientras Monet estaba en el hospital, había escondido pétalos de rosa y velas en el dormitorio. Por la tarde, con Monet ya en casa, pasé a la siguiente parte de mi plan.

Voy a ducharme, le dije a Monet antes de hacer ver que salía para volver a hurtadillas a la habitación y prepararlo todo. George estaba leyendo en la cama, pero confiaba en su complicidad, así que simplemente le pedí silencio con el dedo mientras colocaba las velas alrededor de la cama y, cuando George se desplazó a la moqueta, los pétalos encima de la colcha.

Me disponía a ir realmente a la ducha cuando llamaron a la puerta. Abrí en silencio el dormitorio y, por una rendija, vi entrar a Douglas. Comprobó que estaban solos y abandonó su pose de tipo duro, en un cambio drástico que lo transformó en un pobre hombre, en alguien triste. Toda su supuesta superioridad se había esfumado ante Monet.

Parecía que, por fin, iba a descubrir algo más acerca de lo que sucedía entre los dos hermanos así que agucé el oído y comprobé que George seguía sentado tranquilamente en el suelo, ajeno a lo que sucedía. Aquel despiste me hizo perderme el inicio de la conversación entre los dos hermanos:

‘¿Por qué te empeñas en ser alguien que los dos sabemos que no eres?’

‘¿Qué no soy?’

‘No eres el hombre maleducado y duro que aparentas ser, Douglas. Los dos sabemos eso.’

‘Quizás. O quizás es mi forma de poder realizar mi trabajo correctamente. A lo mejor es la mejor manera que tengo de defenderte, de cuidarte. Nadie respetaría al auténtico Douglas. Me he acorazado por ti, para que pudieras ser feliz.’

‘¿Por qué tienes esa idea que tienes que protegerme? No lo entiendo.’

‘Monet, tú eres una joya. Eres alguien a quien todo el mundo podría amar.’

¿No te das cuenta?', Monet sonrió haciendo que no con la cabeza. 'Claro que no lo ves. Esa es precisamente una de las cosas más atrayentes de ti, el hecho de que no te das cuenta de lo especial que eres...'

'No te entiendo, Douglas. ¿Qué estás diciendo?'

'Que eres demasiado buena, demasiado confiada.'

Monet negó con la cabeza.

'Y si no te lo crees, dime: ¿de qué conocías a James antes de dejarlo vivir en tu casa? ¿De qué?'

'Es... Complicado... Pero te puedo decir que James y yo tenemos una relación especial.'

'Tú... Sabes mucho de relaciones especiales.'

'Ah, ¿y tú no? Venga, Douglas, si hablamos en serio...'

Hubo un silencio largo, tenso, pero seguí atento para no perderme nada. Estaba demasiado interesado como para desviar mi atención.

'Nada de esto es fácil para mí, Monet.'

'Lo sé,' pausó solo un instante. 'Pero tenemos que poner de una vez por todas las cartas encima de la mesa.'

'Yo... Sí... Tienes razón, como siempre.'

'Pues contéstame con la verdad,' no esperó respuesta. '¿Por qué tienes la sensación de que tienes que protegerme? ¿Por qué siempre eres tan posesivo?'

'Porque soy tu hermano.'

'Pensaba que íbamos a ser completamente sinceros...', Monet se levantó para dejar la conversación y se alejó unos metros hacia la puerta de salida del apartamento. Cuando la iba a abrir, presuntamente para decirle a su hermano que se fuera, Douglas la paró gritando la verdad.

'¿Por qué?! ¿Quieres saber por qué?! ¡Te diré por qué!', a medida que avanzaba su discurso, pasó del grito a un tono de tristeza absoluta, de culpabilidad. 'Tengo que protegerte porque en una ocasión no lo hice y... y... alguien se aprovechó de ti.'

'¿De qué estás hablando, Douglas?'

'¿Dónde está el padre de George, Monet? ¿Dónde?'

Monet cesó inmediatamente su actitud de irse y se giró hacia su hermano.

'¿Me lo estás preguntando de verdad? Después de todos estos años, ¿no sabes qué pasó con el padre de George?'

'Lo único que sé es que si hubiera estado allí, nada de esto te habría pasado y aún serías una mujer honorable. Seguro que sin George ya estarías casada con un buen hombre.'

‘Si hubieras estado allí... Si hubieras estado... Pero la verdad es que—’, paró, sopesando la posibilidad de no continuar. ‘¿Todavía quieres saber la verdad, Douglas? ¿Aunque eso signifique que toda tu vida ha sido una mentira?’

Douglas no parecía entender nada. Y yo tampoco, la verdad.

‘Supongo que eso es que sí, ¿no? La verdad sobre el padre de George... La verdad es que sí estabas allí la noche en que sucedió...’

‘Yo... No lo entiendo...’

‘Mentí para protegerte. Para protegernos. ¿No lo entiendes?’, Monet se acercó a su hermano, le puso una mano en el hombro y soltó la bomba. ‘George es tu hijo, Douglas.’

‘Pero... Yo...’

‘Aquella noche en que fuimos más que hermanos me dejaste embarazada. De hecho, yo te quería como más que un hermano y no me importaba quien fueras porque estaba enamorada de ti. Era joven y no sabía qué significaba todo aquello. Y la noche siguiente viniste y me dijiste que no podíamos continuar. ¿Qué querías que hiciera?! ¿Que te dijera la verdad?!’

‘Si me lo hubieras dicho...’

‘Si te lo hubiera dicho me habrías hecho abortar. George no estaría aquí entre nosotros.’

‘O sea que... Todo este tiempo...’

‘Sí, Douglas. Todo este tiempo me has estado *protegiendo* de ti mismo.’

‘Pero...’

‘Tú eres el padre de George. No algún desconocido malvado que me engañó y me folló. Tú y solo tú.’

La puerta del dormitorio se abrió de par en par y me di cuenta de que George había estado escuchando el final de la conversación a mi lado. El pequeño corrió hacia la calle, con lágrimas en sus ojos.

Por primera vez, su voz resonó con fuerza. *¡No quiero que sea mi padre!*, gritó y bajó las escaleras repitiendo las palabras, como un mantra, para que todo el mundo lo supiera. Monet salió corriendo detrás del pequeño mientras Douglas y yo nos quedábamos petrificados.

De fondo, podían oírse los pasos de Monet por las escaleras y George gritando lo mismo una y otra vez hasta que, de golpe, se oyó un frenazo y un golpe seco que cortó la voz de George.

Al entender lo que había sucedido, mi cuerpo reaccionó y bajé las escaleras de cuatro en cuatro. En la puerta de la calle tuve que apartar a la señora

Moore, parada en el umbral, para abrirme paso.

Monet estaba de rodillas, llorando, con George entre sus brazos y un charco de sangre en el suelo. Cerca de ellos, un hombre miraba la escena con preocupación y, cuando me acerqué, se dirigió a mí. *No... No lo he visto... Ha salido corriendo y no he podido parar a tiempo... Yo-*

Ignoré al hombre porque solo podía pensar en que todas las posibilidades de recuperar mis sentimientos con Monet, de tener una relación real con ella, se desvanecían al mismo ritmo en que crecía el charco de sangre.

Como siempre, necesitaba encontrar al culpable de la situación y, en aquella ocasión, no había duda de que era Douglas. Ni siquiera pensé en que el culpable de la muerte de Jia-Bang era yo mismo y que no sentir la culpa había prevenido cualquier remordimiento. Sin embargo, en una situación muy distinta, que muchos tildarían de accidente, no dudé en asignar la culpa y encargarme del responsable.

Subí las escaleras para solucionar una situación que, sin duda, era irremediable.

No me importó encontrarme a Douglas sentado en el sofá, en trance, asimilando la información que Monet le había dado y me abalancé sobre él como un animal furioso, como si nada más importara en el mundo que matarlo.

Su culpa me alimentaba, cedí el control a mi vacío y empecé a golpearle.

Douglas era un muñeco en mis manos y no hacía ningún intento por defenderse, todavía en shock por lo que acababa de descubrir. Sangraba por la nariz y la ceja y su cara empezaba a amoratarse cuando decidí que ya era suficiente: tenía que darle a George la justicia que se merecía.

Puse las manos alrededor de su cuello y apreté. Fue entonces, con la falta de aire, cuando Douglas se dio cuenta de lo que estaba pasando y empezó a forcejear para defenderse.

Era demasiado tarde, porque lo único que logró con su esfuerzo y mi agarre fue perder el conocimiento por falta de oxígeno.

Tan solo necesitaba unos segundos más cuando Monet entró en el apartamento bañada en sangre, con George todavía entre sus brazos. *No lo hagas, James. Si tienes alguna esperanza de rehacer nuestra vida, no lo hagas*, me dijo. *Por favor...*

Por una vez, no la escuché y seguí apretando hasta que los labios de Douglas empezaron a ponerse morados.

Fue en aquel momento cuando algo me golpeó y tuve que soltar a mi presa.

‘¿Qué?’

‘No puedo permitir que lo hagas.’

‘¿Cómo pretendes que me resista? Por culpa de este subnormal tu hijo ha muerto.’

‘Nuestro hijo. Aunque el dolor hiciera impensable nuestra relación, es nuestro hijo.’

‘Solo pido que me dejes vengarme. Por ti.’

‘Tu lugar no es el de vengarte. El hombre al que estás ahogando es el padre del niño al que pretendes vengar.’

‘No lo entiendo,’ pausé para recuperar el aliento. ‘Pero si quieres que me vaya me iré y no volverás a saber de mí.’

Basé mi proposición en mi creencia que Monet, ante la tesitura de elegir entre su hermano y yo, me elegiría a mí. Pensaba que, después de todo el dolor infligido por su hermano, la elección estaba clara.

‘Lo siento, James,’ se puso a llorar. ‘Creo que lo mejor es que te vayas.’

Me quedé helado cuando me di cuenta de lo poco que sabía sobre la vida de las personas reales –de las que sentían– y de lo lejos que continuaba de entender sus motivaciones.

Al descubrirlo, me sumí en un estado donde nada más importaba.

‘Quiero que te marches. Recoge tus cosas y vete,’ me dijo Monet entre lágrimas.

Metí mis pertenencias en el baúl como un autómata, sin nada más en la mente que mi pobre intento de entender por qué estaba pasando aquello y, sobre todo, qué iba a hacer en aquel momento en que la recuperación de mis sentimientos parecía más alejada que nunca.

Mientras lo hacía, Monet y Douglas no se movieron. El tiempo se había detenido para dejarme marchar, como si en mi presencia nada pudiera proseguir.

Antes de salir por la puerta, cargado con mi baúl, le pregunté a Monet por qué.

‘Porque cada vez que te viera me recordaría a George, a los momentos más felices de mi vida. Y no podría soportarlo,’ y su respuesta me perdió aún más.

Según Monet, lo había hecho todo correctamente y, precisamente por eso, no podía estar a mi lado. Desde luego, necesitaba meditar bien mi siguiente paso, alejarme de allí y aislarme del mundo para trazar un nuevo rumbo.

Yendo hacia el metro recordé un lugar perfecto para mis propósitos, una estación de metro abandonada que había visto en uno de mis trayectos entre escuelas y supe que era el lugar perfecto.

Me apeé en Camden Town y volví a coger la línea negra en dirección a Highsgate para cambiar de sentido. Recordaba que la vieja estación estaba entre Camden Town y la siguiente parada así que, cuando creí que estaba cerca, activé el freno de emergencia, se abrieron las puertas y me bajé del convoy.

Después, simplemente seguí las vías en completa oscuridad hasta que llegué a South Kentish Town, donde iba a permanecer el tiempo que fuera necesario para decidir mi siguiente paso.

Dejé mi baúl a un lado y empecé a prepararme para el que sería mi nuevo hogar. Por una vez, mi destino estaba en mis manos y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

La vida en South Kentish Town avanzaba en la misma medida en que me acostumbraba a mi nueva situación. Obviamente, la estación no era el lugar ideal para vivir porque la oscuridad lo devoraba todo y no podía destriparla con fuego para que nadie me descubriera desde uno de los convoyes que pasaban.

Sin embargo, la falta de luz y las incomodidades no me preocupaban en absoluto. Primero porque seguía completamente insensible y, segundo, porque sabía que me encontraba ante una oportunidad única de descubrir qué sucedería con mi vacío al vivir en un lugar sin víctimas potenciales.

A pesar de mi convencimiento, los primeros días fueron muy duros. No porque la vida en la estación fuera distinta que en los días posteriores, sino porque no podía evitar pensar cómo mi influencia cambiaba la vida de los otros. Jia-Bang, Monet, George, Eva... Todos eran claros ejemplos de vidas truncadas –de una forma u otra– por mi presencia.

En aquellos primeros momentos repasaba una y otra vez los eventos de mi vida en un bucle infinito. Me centré en mi pasado –intentando encontrar patrones para cambiarlos en mi nuevo futuro– porque creía que era el primer paso antes de mirar hacia delante. Sin embargo, llegó un momento en que fue obvio que debía centrarme en sobrevivir y aparqué todo lo demás hasta que estabilizara problemas más acuciantes, como amansar mi hambre.

Mi apetito era tal que, simplemente por llenar mi estómago, estuve comiéndome los viejos carteles de la estación hasta que descubrí que las ratas resultaban mejor alimento.

La sed, por el contrario, nunca llegó a ser un problema. Encontré una botella vacía y la coloqué bajo una gota continua que se escapaba continuamente de una de las tuberías de agua que cruzaban la estación.

Lo peor de la situación era la humedad, la sensación de frío que no lograba sacudirme. En el exterior era verano pero, en la estación reinaba un clima gélido. Resistía a duras penas las ganas de encender una hoguera, pero pretendía demostrarme que la buena vida de los últimos meses no había mellado mi determinación.

Era una estupidez, pero lo creía firmemente.

Una vez tuve cubiertas mis necesidades básicas, me creé una rutina.

Estudié el horario de los trenes y aprendí a distinguir el último convoy de la tarde por el tipo de personas que viajaban en él, permitiéndome encender una hoguera después de su paso.

Para hacerlo, quemaba basura que encontraba por la estación y cocinaba las ratas para no tener que continuar comiéndomelas crudas. También aprovechaba la luz del fuego para leer. Solo conservaba dos libros pero los releí una y otra vez.

Cuando el sueño me vencía, apagaba el fuego y me dormía encima del baúl, que parecía ser el único lugar de la estación libre de humedad.

En mi situación, mis trajes, mi dinero, mis pertenencias, no servían para nada y lo único que conservaba su valor intacto era el regalo de mi padre. Y lo haría solo hasta que lo abriera.

Después de un tiempo, abandoné la lectura completamente.

Me despertaba con el primer tren matinal y me pasaba todo el tiempo que podía practicando yoga. Meditaba sobre mi vida, pasada y futura. Le di prioridad a la meditación porque quería que me ayudara a decidir qué iba a hacer a continuación. No pensaba morir allí, pero tampoco iba a abandonar la estación sin las ideas claras sobre mi futuro.

Al fin y al cabo, el único plan de vida que había conocido desde que escapé del matadero había sido encontrar a Eva y, al hacerlo finalmente, parecía haber perdido el rumbo. Quizás por aquella razón me encontraba en aquel lugar, tanto mental como físicamente.

Los días fueron idénticos –repasando una y otra vez los actos de mi vida– hasta que acepté que aquello no me llevaba a ningún lugar.

Debía cambiar algo porque el único descubrimiento trascendente desde que vivía en la estación era el hecho que, ante la falta de víctimas potenciales, mi vacío se había aletargado. No había desaparecido, pero sobrevivir había tomado el control y pensé si aún existía *esperanza* de eliminar mi vacío.

Unas semanas después, la temperatura en la estación descendió todavía más y trasladé mi campamento a los huecos de los antiguos ascensores, que había descubierto vacíos. Eran redondos –mucho más grandes que el espacio que debía ocupar el ascensor–, accesibles solo por un pequeño hueco y permanecían sellados por arriba, de manera que eran perfectos para mis propósitos. Podía tener una hoguera encendida todo el día –ventilando para no

ahogarme— y podía resguardarme del frío.

A pesar de tener fuego, no cambié mis rutinas y me pasaba la mayor parte del tiempo meditando. De hecho, vivir en el hueco del ascensor solo había aumentado mi aislamiento. No se oían los trenes y no tenía forma de medir el tiempo. Mis necesidades corporales eran mis únicos relojes y perdí tanto la noción de la realidad que era incapaz de decidir si llevaba días, semanas o meses en la estación.

No importaba porque sabía que lo único que lo hacía era definir mi destino. El resto tan solo eran accesorios inútiles.

Sin embargo, había llegado a un *impasse* donde necesitaba añadir un nuevo factor a la ecuación de mi pasado.

Entonces tomé una decisión: abrir el regalo de mi padre. Lo había pospuesto porque era perfectamente consciente de que el contenido del regalo nunca podría igualar a mis expectativas pero había llegado el momento.

Desenvolví el regalo sin ceremonias. Vacío, el misticismo del acto en sí se me escapaba, convertido tan solo en otro momento de mi vida. Sentado a la luz del fuego, cogí el regalo y simplemente arranqué el papel rojo. Nunca me había importado qué contenía el paquete y seguía sin hacerlo porque solo era un medio para un fin.

El desgastado papel dio paso a un libro: *Moby Dick* de Herman Melville. Nunca lo había leído ni tenía ninguna opinión sobre él.

En la primera página, una dedicatoria de mi padre:

Para James,
con la esperanza de que te ayude a encontrar tu camino en la vida.

Sonaba como una profecía y solo pude pensar cómo habría cambiado mi vida si hubiera abierto antes el regalo.

En los siguientes días me pegué a aquel libro como si contuviera la verdad absoluta, como si *Moby Dick* ocultara un mensaje que solo yo pudiera descifrar. Únicamente paraba de leerlo para buscar ratas y beber agua.

El resto del tiempo, no sé exactamente cuanto, lo pasé entre las páginas del libro. Lo releí varias veces, esperando encontrar un mensaje oculto, alguna frase que me conectara con mi pasado, alguna razón por la que mi padre lo eligiera porque no quería creer que su elección fuera azarosa y, sin embargo, no encontraba nada.

Harto de darle vueltas, decidí que no era más que una simple novela. Por mucho que me esforzaba, no veía ninguna relación entre Ahab y yo, entre su vida y la mía.

Cansado, tiré el libro al fuego. No sentía nada, pero no quería pasarme el resto de mis días pensando en la ballena blanca y en lo que mi padre hubiera querido –o no– decirme cuando lo compró.

Fue entonces, con el libro entre las llamas, alejándome de las palabras impresas el tiempo suficiente, cuando entendí el mensaje.

De repente, no podía estar más claro. La ballena representaba mis sentimientos y yo era Ahab, tras ellos, sin vivir mi vida. No entendía cómo había podido tardar tanto en darme cuenta de aquella obvedad.

Lo más extraño de aquella epifanía era que mi padre, sin conocer la tesitura en que me encontraría años después, lo hubiera elegido para mí. Probablemente lo había hecho por otra razón, pero no importaba. El regalo envuelto en llamas había incendiado mi cerebro y por fin lo supe: había vivido en una búsqueda inútil.

Entonces, recordé una frase de la novela: *No está en ningún mapa. Los lugares verdaderos nunca lo están* y pensé cuánta razón tenía. Debía dejar de mirar hacia fuera para centrarme en mi interior. Tenía que aprender a vivir sin ir siempre detrás de mis sentimientos, aceptando quién era. Debía aprovechar la vida al máximo, sin preocuparme de las consecuencias externas ni de lo que la sociedad creyera de mí.

Y supe exactamente qué tenía que hacer: romper definitivamente con mi pasado. Como el libro, tenía que carbonizar todo aquello que no me permitía seguir adelante, eliminar todas las cargas de mi pasado.

Encontraría al señor Slater y lo mataría. Me reuniría con el padre Rhys y lo eliminaría. Solo de aquella forma, su influencia sobre mi futuro desaparecería.

No sabía qué hacer con respecto a Eva, pero ya habría tiempo de ver cómo evolucionaban las cosas. Además, lo primero que haría al salir sería buscar a Monet para intentar encontrar algún tipo de cierre a lo sucedido, quizás retomar lo nuestro donde lo habíamos dejado.

Renovado, convencido de mi futuro, me dirigí al andén con todas mis cosas para abandonar la estación y vi que no pasaba ningún tren. Acepté que era de noche y me estiré a dormir encima del baúl.

Me despertó el ruido del primer tren de la mañana y encendí un fuego para que algún conductor de metro lo viera y parara el convoy.

Todo fue como había planeado y subí al tren como si nada. La gente me

miraba de forma extraña –curiosa y asustada al mismo tiempo– pero no le di más vueltas. Decidí quedarme cerca de la puerta para bajar en la siguiente estación y ahorrarme la posibilidad de que alguien viniera a preguntarme qué había pasado, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de ocupantes del vagón eran militares.

Cuando vi mi reflejo en los cristales de las puertas entendí las miradas. Parecía un vagabundo. La barba larga no podía ocultar mi pérdida de peso y mi aspecto sucio y desaliñado se unía al olor que debía desprender.

Pensé que quizás había pasado más tiempo del que pensaba en South Kentish Town y fui consciente de que debía darme un margen para recuperar fuerzas antes de proseguir con mis planes.

Por tanto, me bajé en la siguiente parada, cambié de andén y fui hacia Tottenham Court Road, donde cogería la línea roja hasta Baker Street, intercambiando de tren en Oxford Circus.

En el mismo momento en que había visto mi imagen reflejada, supe dónde iba a recuperarme: en Chiltern Court.

Chiltern Court era un vasto edificio, el mejor ejemplo del éxito financiero del Metroland. Cuando abrió en 1929, sus once plantas representaban el edificio de apartamentos más lujoso de Londres. De acuerdo con el anuncio que recordaba de algún periódico, Chiltern Court contenía *cuarenta ascensores de pasajeros y servicio, servicios postales en cada planta, radiadores de agua caliente y teléfonos automáticos*. Además, los residentes *eran capaces de proceder directamente, no solo a las tiendas y el restaurante, sino a las plataformas de la estación*. Aún recuerdo el eslogan: *Crea tu hogar en Chiltern Court*.

Por si todo aquello fuera poco, H.G. Wells había vivido durante años en el piso número cuarenta y siete; y pensé que por fin todo encajaba.

Cuando bajé en Baker Street y subí al nivel de la calle me di cuenta de lo débil que estaba porque me costó un gran trabajo cargar mi baúl. Entré a la finca y el portero me miró con cara de incredulidad. Antes de que me dijera nada, tomé la iniciativa y, después de algunos intentos fallidos por hablar, lo logré.

‘Disculpe, sé que mi aspecto no es el mejor, pero me gustaría saber si existe la posibilidad de alquilar uno de sus pisos.’

‘Señor, le ruego—’

‘Tengo dinero. No debe preocuparse por eso,’ saqué todas mis libras y el

portero cambió de actitud.

‘Avisaré al encargado. Tiene usted suerte de que esté en las oficinas.’

Justo entonces, una puerta se abrió y me llegó olor a comida que provenía del restaurante situado en la planta baja, haciéndome consciente de lo hambriento que estaba. Había sobrevivido a base de ratas y no había sentido la necesidad de comer pero en el mismo instante en que olí la comida del restaurante me di cuenta de que estaba famélico. De la misma forma, también noté que mi vacío, con la visión de posibles víctimas, se había despertado. Quizás la civilización tenía aquel efecto: te hacía necesitar cosas que, sin la posibilidad de poseerlas, desaparecían de la lista de imprescindibles.

El encargado salió de su despacho y, al verme, dirigió una mirada desaprobadora al portero. Saqué de nuevo el dinero y su actitud cambió.

‘Buenos días, señor, ¿en qué podemos ayudarle?’

‘Buenos días. Como puede observar, necesito un lugar para quedarme después de un tiempo... Problemático. Podríamos argumentar que necesito volver a ser quien era y me gustaría alquilar uno de sus apartamentos por una temporada.’

‘Tiene usted suerte, caballero,’ me dijo. ‘Al estar en enero, muchos de nuestros inquilinos han dejado sus pisos.’

Enero. Aquello significaba que había pasado más de cuatro meses viviendo en la estación. No entendía cómo había perdido la noción del tiempo de una forma tan exagerada, como no había sido capaz de saber –al menos aproximadamente– el tiempo que había pasado allí.

‘¿Qué tipo de piso está buscando usted?’

‘Supongo que con uno de una sola habitación será suficiente para cubrir mis necesidades.’

‘Tenemos uno que creo que será perfecto para usted. Acompáñeme a verlo,’ seguí al encargado hasta el ascensor mientras me iba hablando de la historia de Chiltern Court. ‘Hemos tenido inquilinos muy importantes, como H.G. Wells, el escritor, ¿lo conoce?’

‘Tengo su mismo apellido.’

‘Vaya, eso es una coincidencia increíble.’

Después, simplemente dejé que el hombre continuara parloteando sin intervenir mientras me acompañaba al piso que quería enseñarme.

A pesar de tener una sola habitación, el piso era muy grande, mucho mayor de lo que hubiera esperado y probablemente triplicaba el apartamento de

Monet, donde vivíamos tres. Lujoso pero sin llegar a ser barroco, me pareció un lugar perfecto desde cualquier punto de vista.

‘¿Qué le parece, señor?’

‘Creo que cubrirá mis necesidades. Le pagaré ahora mismo seis meses.’

‘No se preocupe por eso. Cuando se haya instalado baje a recepción y discutiremos el precio. ¿Necesita algo más?’

‘Lo cierto es que necesito dos cosas de usted: tráigame un periódico de hoy y dígame a qué barbero puedo acudir para arreglar este desastre,’ me cogí la barba, mucho más larga que nunca.

‘Si el señor quisiera, podría hacer subir a nuestro barbero de confianza para lo que necesite.’

‘Sería perfecto, gracias. Le avisaré para después de comer.’

‘Cuando usted diga. De momento voy a buscarle el periódico que me ha pedido.’

Justo cuando se marchaba llegó un mozo con mi baúl. Lo dejó en mi habitación y extendió la mano para recibir su propina, que le di sin pensármelo dos veces. Se marcharon los dos y miré a mi alrededor, familiarizándome con la que iba a ser mi casa hasta que me recuperara físicamente de mi estancia en South Kentish Town.

Poco después, un mozo me trajo el periódico. Lo cogí para ponerme al día y descubrí que, aunque los combates no habían empezado, Inglaterra y Francia le habían declarado la guerra a Alemania y me hallaba en un país preparándose para la lucha. No sabía cómo podría afectarme el conflicto en el futuro pero estaba convencido de que los pisos vacantes en Chiltern Court eran gracias a gente que quería alejarse de él, o sea que, por el momento, me había beneficiado.

Después de comer –y de que un barbero me arreglara el pelo y la barba– dormí en una cama por primera vez en meses, pensando si el cambio era un regalo de cumpleaños atrasado. Era cierto que me había pasado mi vigésimo segundo cumpleaños en la estación, pero era un precio pequeño porque me había servido para aclarar mi futuro.

La mañana siguiente, empecé la rutina que iba a devolverme mi estado físico. Me levantaba y salía a correr. Después, realizaba ejercicios en el suelo de mi piso: flexiones, abdominales, sentadillas; y todo lo que se me ocurría. Me duchaba y bajaba a desayunar. Lo hacía mientras leía en los periódicos la

evolución de aquella guerra solo de palabras. Después daba una vuelta por el barrio –en círculos cada vez más grandes para expandir mi conocimiento del territorio– y volvía a Chiltern Court para comer.

Después de la siesta, leía y practicaba yoga.

Por la noche, salía a cazar alguna víctima.

Durante las dos semanas que siguieron a mi llegada a Chiltern Court así fue cómo pasé mis días. Matando a diario y mejorando mi forma física para acercarme a quien había sido y a quien quería ser.

De repente, me encontré en un estado en que podía pasar a la siguiente fase de mi plan: visitar a Monet para saber si había alguna posibilidad de recuperarla. Después, con una respuesta clara, volvería a Austin para romper definitivamente con mi pasado matando al señor Slater.

Había abandonado la estación con el convencimiento de que también debía acabar con el padre Rhys, pero el tiempo me había dado perspectiva y había llegado a creer que, quizás, el padre Rhys merecía un trato distinto al del señor Slater.

De todas formas, tenía tiempo más que suficiente para decidir.

Amaneció el martes que iba a reencontrarme con Monet y realicé mi rutina habitual hasta que calculé que Monet ya habría salido del hospital. Entonces, me puse mi mejor traje y me dirigí al metro.

En todo el trayecto, solo podía pensar en todas las posibilidades de la conversación con Monet. Me imaginaba los giros, sondeaba las posibilidades y trazaba un mapa con todos los caminos que podía tomar nuestro reencuentro. Algunos senderos me llevaban a su lado y otros me alejaban de ella, pero todos me devolvían al matadero para cortar con mi pasado.

Al salir de la boca del metro, caminé tranquilamente hacia el apartamento de Monet, sin prisas, mirando las calles que habían formado parte de mi vida, del tiempo que quería recuperar.

Subí las escaleras y llamé al timbre. Unos pasos se acercaron a la puerta, se abrió y apareció un hombre extranjero que me hablaba en un idioma desconocido.

Intenté comunicarme con él despacio, para que entendiera que quería ver a Monet, pero mi interlocutor cada vez estaba más nervioso y subía más el tono. Intentó cerrar la puerta pero lo evité y di un paso dentro del apartamento.

Algo fallaba porque, a pesar de ser el mismo apartamento que había compartido con Monet, una parte importante del mismo había cambiado, su

misma alma era distinta. Pensé qué podría haber pasado y vi al hombre abrazando con miedo a una mujer y una niña mientras continuaba gritándome, elevando cada vez más el tono.

De repente, oí una voz familiar detrás de mí.

‘James, para,’ me dijo la señora Moore.

El hombre se calmó y, sin sus gritos, me descubrí muy cerca de ellos. Con el silencio, pude volver a pensar con claridad y me di cuenta de que, si Monet no estaba allí, la mejor forma de descubrir qué pasaba era la señora Moore.

‘Ven conmigo, te haré un té.’

No dije nada y bajé hasta su piso. Me senté en la silla que me ofreció y esperé en silencio mientras preparaba un Earl Grey. Mientras, inventaba toda clase de teorías sobre lo que le había pasado a Monet.

La señora Moore sirvió dos tazas y las dejó en la mesa.

‘Monet se ha ido. Ya no está entre nosotros.’

‘¿Ha muerto?’

‘No, por Dios. Se ha alistado como enfermera de guerra. No sé sus razones, pero sí que la muerte de George y tu marcha le afectaron mucho.’

‘¿No le dijo nada?’

‘Tan solo que cuando empezaran los combates de verdad quería estar allí para ayudar a alguien que lo necesitara... Supongo que se refería a que quería hacer lo que no pudo hacer por su hijo...’

‘Entiendo,’ me levanté para irme.

‘Antes de que te vayas... Tengo una cosa para ti,’ me acercó un sobre cerrado. ‘Monet me dejó esto para ti.’

Guardé el sobre en el bolsillo interior de mi americana y me fui.

Volví a Chiltern Court. Me senté y abrí el sobre. Era una carta escrita a máquina que decía:

Querido James,

cuando leas estas líneas estaré lejos, quizás demasiado. De hecho, desde donde estoy, ni siquiera estoy segura de que llegues a leer esto algún día.

Lo primero que quiero decirte es: LO SIENTO. Siento haberte culpado de la muerte de George, siento no haber podido ayudarte más, siento... No lo sé. La verdad es que no es sencillo estar con alguien como tú. Y mucho menos comprenderle.

Solo puedo decir que lo siento de verdad.

Lo siguiente que debo decirte es que no eres culpable de nada de lo que ha pasado en tu vida. Que dejes de vivir en el pasado y mires hacia adelante. Conviértete en quien quieras ser y estoy convencida de que serás un buen hombre.

Me gustaría que esta carta fuera más larga, poder explicarme mejor, pero nunca he sido demasiado buena escribiendo. Otra disculpa.

Ahora toca la despedida. La real. No la que vivimos en casa. Si lees esta carta sabrás que es muy poco probable que volvamos a vernos. El azar no suele ser tan benévolo.

Una última cosa antes de terminar para que no tengas dudas: Te quiero, James. A pesar de todo, te quiero.

Ojalá el destino vuelva a unirnos, pero ante la duda:

Adiós. Monet.

Me quería. Monet me amaba y yo había desperdiciado mi última oportunidad de una vida estable en South Kentish Town. Y, sin embargo, no importaba porque, como había decidido en la estación –y Monet implicaba en su misiva–, tenía que romper definitivamente con el pasado para poder convertirme en el hombre que quería ser.

De repente me di cuenta de que todas mis opciones se habían reducido a una, que todos mis caminos terminaban de vuelta en el Matadero Slater, donde podría romper de una vez por todas con mi pasado.

Cuarta Parte.

RETORNO

48

La *drôle de guerre* o guerra de broma fue el periodo inicial de la Segunda Guerra Mundial donde la guerra había sido declarada pero los soldados ingleses y franceses no habían atacado aún ninguna posición nazi.

Los meses siguientes me mantuve también en una pausa artificial porque no quería desperdiciar el adelanto dado en Chiltern Court. Sin embargo, no albergaba dudas acerca del siguiente paso, consciente de que, en algún momento próximo, tendría que darlo, igual que lo harían los soldados.

Después de la carta de Monet, busqué a Eva para retomar el contacto pero había dejado su piso sin dar señas y pensé que, quizás, había vuelto a Austin. No importaba porque en aquel momento, Eva había perdido su papel esencial en mi futuro y, de hecho, no entendía cómo había podido aferrarme a ella como la única solución a mi falta de sentimientos.

Así pues, me dediqué a investigar la mejor forma de volver a Austin. Tardé bastante, pero finalmente descubrí que mi mejor opción era un avión que salía desde Marsella hasta Nueva York de la Pan America.

Ya era el mes de abril cuando decidí no posponer más mi marcha ante la posibilidad de que la guerra estallara de verdad y me quedara atrapado en Inglaterra.

De hecho, cuando llegué a Marsella ya era mayo pero, por suerte, los combates aún no habían empezado y podría volar. Lo que no sospechaba era lo ajustada que había sido mi ventana de acción porque, menos de una semana después, el diez de mayo, la *drôle de guerre* se volvería completamente real.

El avión a Nueva York era un Boeing-314 de cuatro motores apodado Clipper, cuya característica más sorprendente –sobre todo, por su gran tonelaje y su aspecto nada grácil– era el hecho de que despegara y aterrizara sobre el agua.

Sin embargo, lo que más me *preocupaba* era mi desconocimiento de la experiencia de volar. Nunca la había experimentado y la situación desprendía un halo de misterio extraño para alguien acostumbrado al control como yo.

Finalmente, cuando el Clipper despegó –pasada la incomodidad inicial– me di cuenta de que todo iba a ir bien y pasé un buen viaje, quizás porque en el interior del Boeing costaba imaginar que estabas en un avión. Era tan

moderno, con sus siete lujosos compartimentos para setenta y cuatro pasajeros, con una suite nupcial en la cola y un restaurante con capacidad para catorce comensales, que si no hubiera sido por el ruido, nunca habrías adivinado que estabas volando sobre el Atlántico.

Obviamente no podría matar a nadie durante el viaje pero tan solo duraba veinte horas y estaba saciado, así que no tendría que preocuparme a no ser que alguna situación me pusiera en riesgo.

Me tomé el vuelo como lo que era, una pausa antes de lidiar con mi pasado. Durante el mismo, me sorprendió cómo el azar había intervenido para facilitar mi retorno a Estados Unidos cuando descubrí, en una conversación casual entre dos tripulantes, que el último vuelo regular desde Marsella había sido en septiembre –cuando se declaró la guerra– y que aquel viaje había sido pagado con dinero privado. De hecho, los tripulantes tenían la teoría de que el vuelo tenía algo que ver con el Departamento de Estado. *No hay otra explicación*, decían una y otra vez, como si intentaran convencerse a sí mismos.

No me importaba haberme apoyado en la suerte porque, por una vez, había logrado lo que necesitaba.

Aterrizamos en Nueva York y me mantuve atento para asegurarme que nadie me estuviera buscando, porque después de la experiencia con el señor Slater en el puerto, no pensaba permitir que me pillaran desprevenido de nuevo.

Sin ver nada extraño, procedí sin imprevistos. Me subí a un taxi de los que esperaban al aterrizar el Clipper y le pedí que me llevara *a un lugar cercano donde pueda comprar un coche*.

Diez minutos después, en Jackson's Cars, elegí un Ford Modelo B, lo pagué, cargué mi baúl y empecé mi retorno.

En aquella ocasión, pensaba recorrer las aproximadamente mil setecientas millas que separaban Nueva York de Austin en la línea más recta posible, sin dar rodeos por la costa como en mi escape. Sin embargo, tampoco tenía prisa porque, por una vez, creía tener la situación bajo control y no quería precipitarme.

De hecho, me lo tomé con tanta calma que tardé una semana en llegar a Austin. Cuando por fin lo hice, me resultó fácil orientarme porque la ciudad no había cambiado demasiado y descubrí lo cómodo que estaba. Reconocí algunos lugares de mi infancia: el cine, la biblioteca, la carretera que llevaba a la Universidad; y di algunas vueltas con el coche, inspeccionando el terreno

mientras buscaba un lugar en el que hospedarme que sirviera a mis propósitos, consciente de que, para acabar con el señor Slater, debía planificarlo todo perfectamente.

Después de una hora, encontré un hotel que cumplía mis requisitos y me registré en él.

‘Bienvenido, ¿es su primera vez en la ciudad?’, me dieron la bienvenida en el mostrador.

‘Así es. Vengo para asistir a unos congresos en la Universidad.’

Me dio la llave de mi habitación –la cuarenta y siete– y me dirigí a ella pensando en la casualidad del número.

La estancia era lo que esperaba: sucia, vieja y destrozada; justo lo necesario, un lugar para dormir sin distracciones.

Me acosté y me dormí inmediatamente, cansado del viaje.

Al día siguiente empezaría mi investigación del señor Slater y trazaría mi plan definitivo para acabar con su vida. Aún no sabía qué iba a hacer con el padre Rhys, pero sí que dejaría que mi instinto me guiara.

Me desperté a las cuatro de la mañana y decidí que era un buen momento para inspeccionar el matadero. Podría ver si algo había cambiado, si el señor Slater continuaba con sus hábitos nocturnos; y, sin duda, el riesgo era menor que a plena luz del día.

Al salir a la calle, me di cuenta de lo solitaria que era Austin comparada con Londres o Nueva York. En la puerta del hotel me topé con un vagabundo que pedía limosna y, en todo el camino hasta el Matadero Slater, solo vi una pareja de borrachos.

Cuando creí estar lo suficientemente cerca del Matadero Slater, abandoné la carretera y aparqué en un lugar remoto. Anduve el resto del camino hasta que pude distinguir el depósito de agua, la gran casa y la sala de matanza.

Desde luego, nada parecía haber cambiado.

La calma presidía la escena y pensé si el señor Slater estaría durmiendo la *mona*. Al fin y al cabo, era un borracho y lo sería el resto de su vida, no me cabía duda.

No me acerqué más porque creí que sería buena idea estudiar un poco más el terreno antes de entrar en el recinto. No quería arriesgarme más de lo necesario ni sentía ningún tipo de urgencia.

Así pues, me subí de nuevo en el coche y conduje. No tenía sueño, así que dejé volar mis pensamientos, imaginando qué le haría al señor Slater cuando

por fin volviera a verlo.

De repente, una calle familiar me devolvió a la realidad y me encontré delante del apartamento de mis padres. La tienda de alimentación de la planta baja parecía abandonada, pero el resto permanecía exactamente igual y los recuerdos me asaltaron. Mi miedo a salir a la calle, la felicidad con mi padre y su posterior enfermedad, conocer al señor Slater, mis libros, el olor de sus páginas, el cojín de flores con el que mi madre asfixió a mi padre... Lo recordé todo como quien lee una biografía ajena: sin ningún sentimiento. Ya no esperaba que nada eliminara mi vacío, pero me resultó extraño que todos aquellos momentos vividos no despertaran nada en mí. De hecho, lo único que me produjeron mis recuerdos fue un aumento de mi vacío, que mi necesidad pretendía llenar con el señor Slater.

Cuando me di cuenta de que, cuanto antes mejor, debería alimentar mi vacío con una víctima para seguir con el control de la situación, ya estaba amaneciendo.

Desayuné y continué inspeccionando el terreno, intentando encontrar algún edificio abandonado que me sirviera para llevar a una víctima aquella noche. Desde luego, tenía candidatos más que de sobras. Satisfecho con el trabajo, volví al hotel y dormí hasta que, ya de noche, fui en busca de una víctima.

Volví a toparme con el vagabundo de la noche anterior, que parecía vivir de las limosnas de los que estaban en el hotel y pensé en lo estúpido que era porque resultaba obvio que nadie allí tenía dinero como para darle algo. Desde luego, había miles de lugares mejores para un vagabundo en Austin. Por un instante, estuve tentado de eliminarlo allí mismo, pero no tenía lógica elegir a mi víctima en un lugar tan cercano a mi hotel porque alguien podría relacionar su desaparición con el recién llegado, así que continué mi camino.

Me acerqué a uno de los lugares que había visto durante el día y esperé mi oportunidad. No tardó en pasar un borracho por delante del portal en el que estaba escondido. Lo cogí por el cuello, le tapé la boca, lo entré al edificio y lo estiré en el suelo. No pensaba desperdiciar la oportunidad de ensayar una de las ideas que había tenido para el señor Slater.

Cogí mi cuchillo y realicé unos cortes precisos en su pecho. Levanté la piel, el músculo y la grasa de su tórax y observé el movimiento de sus órganos. Sorprendido por la gran diferencia que había respecto a la teoría de los libros de medicina pensé que la realidad era mucho más cercana a mi yo auténtico, a mi propio mundo.

Pasé mi dedo entre sus costillas para notar el movimiento de su corazón y,

en aquel momento, el hombre se despertó.

Al notar lo que estaba haciendo volvió a desmayarse en un grito de agonía.

Aún con vida, fui quitando sus órganos uno a uno de su cuerpo mientras intentaba no marcharme demasiado de sangre.

A pesar de los inconvenientes, supe desenvolverme bien.

Sin embargo, había sido una muerte demasiado rápida y demasiado clemente para el señor Slater porque la víctima se pasaba todo el tiempo inconsciente. Si pretendía que el señor Slater sufriera lo que se merecía, tendría que usar otra técnica y, por tanto, di por terminado el experimento, trocé el cuerpo y lo puse en una bolsa que había llevado conmigo.

Después, fui andando hasta el coche, que tenía aparcado cerca, y me dirigí hacia una nueva inspección del Matadero Slater. Puse la bolsa con los restos del borracho en el asiento a mi lado y a medio camino los tiré para que los animales salvajes se dieran un festín.

Seguí el camino y busqué un lugar diferente para aparcar al de la noche anterior porque no quería dejar nada al azar.

Aquella noche era un poco más temprano y, a pesar de la distancia, pude reconocer inmediatamente el andar borracho del señor Slater. Seguía allí y mi plan avanzaba. Según Eva, el padre Rhys ya no vivía en el matadero, o sea que, por el momento, todo encajaba: el señor Slater vivía solo y alcoholizado.

De todas formas, pensaba volver de día para comprobar si Eva estaba allí.

Durante unos minutos, observé los torpes movimientos de la silueta del señor Slater hasta que entró en la casa y seguí las luces encendiéndose y apagándose, marcando el camino hasta su dormitorio. Después, oscuridad.

Convencido de que nadie me molestaría, sin entender demasiado bien por qué, me entraron unas ganas incontrolables de entrar en la sala de matanza así que, sin más, bajé y abrí la puerta.

Primero me asaltó el olor familiar a sangre y putrefacción; y, acto seguido, lo hicieron los recuerdos. El lugar me transportó a mi pasado de la misma forma que lo había hecho el edificio de mis padres la noche anterior. Era cierto que en la sala de matanza la mayoría de mis experiencias habían sido malas pero también me traía buenas sensaciones. Allí había aprendido el sentido del trabajo bien hecho, del esfuerzo, de la responsabilidad; y me había convertido en quién era. Si fuera una persona de fe, probablemente aquella sería mi iglesia, el lugar que me había hecho quien había llegado a ser.

Una de las cosas que me llamaron la atención era que la sala no se había usado en mucho tiempo para matar ganado, como si nadie trabajara allí. No me

sorprendió porque sabía que el señor Slater no era capaz de trabajar en su estado pero, si hubiera sentido algo, habría sido pena.

De repente, noté a alguien cogiéndome de la espalda. Había caído en la trampa de no permanecer atento y el señor Slater me había atrapado. Me deshice de mi presa, me giré y vi a mi atacante: el vagabundo de la puerta del hotel.

Me abalancé hacia él pensando por qué me habría seguido y un golpe en la nuca me hizo perder el conocimiento.

A pesar de no sentir, la nostalgia me había vuelto débil, confiado, y había fallado.

De nuevo.

49

Recobré el sentido sin saber dónde estaba, pero consciente de que tenía problemas. Todavía atontado por el golpe, me costó enfocar mi mirada y, además, la sala en la que estaba, recubierta de baldosas blancas, me cegó a pesar de que del techo de yeso colgaba una simple bombilla.

Unos parpadeos después, recuperado, comprobé mi situación. Estaba atado de pies y manos a una silla alta, de acero, similar a la de un barbero y, a pesar de mis intentos, no me movía un ápice. A mi lado, observándome, estaba el supuesto vagabundo que me había atrapado, el cómplice del señor Slater. Convencido de que en cualquier momento aparecería jactándose, recordándome lo imbécil que había sido por volver allí, nuestro reencuentro se repetía en mi cabeza en un bucle infinito, en toda su inevitabilidad.

Sin embargo, el señor Slater no apareció y el vagabundo se dirigió a mí antes de dejarme solo: *Dentro de poco lo entenderás todo. Ahora descansa, lo vas a necesitar.*

En el mismo instante en que la puerta se cerró, volví a intentar soltarme las correas pero estaba sujeto tan hábilmente que me era imposible tomar impulso o encontrar una forma de hacer palanca. Asimismo, la silla también era inamovible. Me balanceé hacia los lados, hacia adelante y atrás sin lograr ningún desplazamiento y asumí que estaba atornillada al suelo.

Además, después de un rápido vistazo me di cuenta de que en la sala tampoco había nada que pudiera ayudarme. Quizás el tiempo me concedería alguna oportunidad, pero por el momento debía aceptar que, quien hubiera preparado la habitación, había pensado en todas las posibilidades.

Por tanto, solo me quedaba esperar.

Pasé una cantidad de tiempo indeterminado tratando de meditar, de ausentarme de la situación sin lograrlo. Solo podía pensar en que la siguiente vez que se abriera la puerta tendría que concederle la victoria al señor Slater.

Sin embargo, quien volvió a entrar fue el vagabundo, pero sin su disfraz. Resultaba obvio que era la misma persona y no intentó engañarme. *Supongo que tienes hambre*, señaló la manzana que llevaba en la mano y me la dio sin prisa, bocado a bocado, siempre manteniendo la distancia para evitar que intentara atacarlo –cosa que no hice porque me pareció inútil–. Mi estómago agradeció la pieza de fruta como si hiciera días que no comía y pensé cuánto

tiempo habría estado inconsciente. Mientras lo pensaba, el antiguo vagabundo me limpió la comisura de los labios con un pañuelo viejo y volvió a dejarme solo.

En la siguiente apertura de puerta supe que el punto muerto estaba a punto de terminar porque un hombre desconocido, mucho más alto y fornido que el anterior, entró y adiviné lo que se avecinaba.

Efectivamente, se me acercó sin mediar palabra y lanzó el primero de sus infinitos golpes. Mientras me pegaba solo podía pensar en lo extraño que era que no fuera el mismo señor Slater quien me diera la paliza. Desde luego, lo que estaba sucediendo no encajaba con la forma de proceder del señor Slater.

El hombre continuó golpeándome una eternidad, durante la cual el dolor fue en aumento, hasta que, a punto de perder el conocimiento, una voz gritó *basta* y todo se detuvo. Entonces, miré a mi torturador de reojo y vi que estaba sudado y que respiraba con dificultad. Desde luego, no cabía duda de que aquel hombre lo había dado todo.

Se secó la frente con un pañuelo, respiró hondo y se marchó sin más.

La sangre seca en mi cara me aportó una sensación extraña de tirantez que, sumada a las heridas abiertas y al dolor, me hicieron pensar en lo indefenso que estaba, en cuán desesperante hubiera sido mi situación si aún hubiera sentido.

Falto de opciones, sin tiempo para continuar pensando, la puerta se abrió y el vagabundo empezó a limpiarme las heridas con un trapo sucio y un barreño de agua marrón. Mientras lo hacía, intenté meditar, pero el dolor era tan intenso que solo pude centrarme en las partes de mi cuerpo que el vagabundo limpiaba porque el dolor era enloquecedor.

Terminó y sacó otra manzana de su bolsillo. Me la dio aún más lentamente que la anterior y pensé en lo experto que debía ser el hombre que me había dado la paliza para no romperme la mandíbula ni la nariz después de todos los puñetazos. Aquel pensamiento me reafirmó en mi idea de que no habría una salida fácil, de que el señor Slater me tenía completamente a su merced.

Durante los siguientes días —o en lo que yo supuse que eran días— se repitió el mismo proceso: paliza, limpieza y manzana. Creí que, con la repetición, mi cuerpo se acostumbraría al dolor; pero no lo hizo. Las sensaciones eran exactamente las mismas y mi rebeldía aumentaba con cada paliza. Intentaba por todos los medios soltar mis ataduras, atacar al hombre

que me pegaba, hacer algo que me permitiera creer que existía la posibilidad, aunque fuera remota, de sobrevivir.

Sin embargo, llegó un momento en que fui absolutamente incapaz de pensar en nada que no fuera el daño que mi cuerpo estaba sufriendo y mi cerebro empezó a reconocer que, probablemente, aquello era el final.

Ocho sesiones después, conscientes de que mi resistencia estaba al límite, me dejaron descansar más de lo habitual antes de que el vagabundo me pusiera una toalla húmeda en la cara, preludio de un cambio total en el proceder de mis captores.

De repente, noté cómo caía agua en la toalla y se filtraba a mi boca, ahogándome. Incapaz de mover la cabeza, la sensación de ahogo aumentó con cada segundo y, en mi mente, repetía mi experiencia en la cuba de sangre, justo antes de perder mis sentimientos. Sabía que, como en aquella ocasión, cada instante me acercaba más a la muerte; pero no podía hacer nada por remediarlo.

Desde luego, aquella tortura con agua era mucho peor que cualquier situación en la que hubiera estado porque la impotencia física crecía y la situación se volvió insoportable.

Cada nuevo cubo de agua representaba mi muerte, hasta que llegaba la siguiente sesión. Además, mi cuerpo se había rendido. Rechazaba los extremos a los que era sometido y le mandaba un mensaje claro a mi cerebro de rendición incondicional. Si hubiera podido hablar les habría dicho cualquier cosa para que pararan, habría perdido mi dignidad y cedido mi orgullo por unos segundos lejos del chorro de agua.

Sin embargo, mis torturadores siempre conocían el momento exacto de detenerse para no permitirme el descanso final, para alargar mi tormento.

Después de interminables sesiones, la rendición, los porqués, el dolor y todo lo demás dejó de importar. Incapaz de enlazar dos pensamientos coherentes, mi cerebro estaba completamente ocupado intentando reparar lo que no funcionaba en mi cuerpo, esforzándose en repartir el oxígeno equitativamente. Por si fuera poco, mis receptores del dolor no se acostumbraban a la agonía a pesar del tiempo y de la repetición. Había dejado de ser un dolor con el que se pudiera convivir y se había convertido en inhumano.

Sin embargo, a pesar de todo, en ningún momento empaticé con todo lo que

había infligido a mis víctimas.

El abismo, al que en un principio solo me asomaba, se acercaba cada vez más y llegó un momento en que pensé que, por fin, la oscuridad infinita me abrazaría y todo acabaría. Como siempre, justo en aquel instante me dejaron descansar y la *esperanza* se diluyó con los restos de agua que caían de mi cara.

Un poco más recuperado, cuando empecé a pensar cuál sería el siguiente paso del señor Slater, la realidad superó cualquiera de mis expectativas. La puerta se abrió y el vagabundo entró empujando una silla de ruedas, que producía un sonido metálico que había oído con anterioridad, justo antes de que empezara la tortura del agua. No reconocí al hombre sentado en la silla, pero estaba a punto de descubrir lo equivocado que había estado hasta entonces respecto a casi todo.

La silla era como una convencional, de madera, con respaldo alto; pero contaba con dos ruedas grandes y unos asideros por los que el vagabundo la empujaba. También tenía dos salientes en los que el hombre sentado apoyaba los pies. Además, a pesar de que no lo vi, habría asegurado que contaba con una tapa en las posaderas para que, en caso de necesidad, su usuario pudiera hacer sus necesidades.

El hombre sentado vestía completamente de negro a excepción de una bufanda roja. Llevaba gafas oscuras y sus manos estaban deformadas por la ausencia de dedos. Su cara parecía la de un cadáver porque la punta de su nariz había desaparecido junto con sus orejas, que cubría con un gorro de lana como si aquello ocultara su inexistencia. Además, su piel era blanca, mucho más de lo que habría pensado posible y parecía de pergamino, preparada para romperse si alguien lo tocaba. Al verlo, antes de que se dirigiera a mí, pensé qué tipo de accidente podría haber dejado a una persona en aquellas condiciones.

‘Supongo que me recordarás, ¿verdad, James?’, me dijo con un hilo de voz desconocido. ‘No te preocupes, es normal que tu cuerpo no responda,’ dijo explicándome mi inhabilidad para contestarle. ‘No puedes imaginarte cuánto tiempo me costó acostumbrarme a mis nuevas habilidades. Al principio, me quería morir, pero luego pensé que si no lo había hecho ya, era porque me quedaba algo por hacer,’ respiró hondo, con un sonido parecido a un estertor. ‘Como puedes comprobar, cada minuto de mi vida es una lucha. Eso es lo que quiero que aprendas en nuestras sesiones.’

Incapaz de reconocer a mi interlocutor creí que mi cerebro se había quedado definitivamente tocado por la falta de oxígeno.

‘¿Todavía no sabes quién soy?’

Moví la cabeza como pude para hacerle ver que no y el vagabundo le dijo algo al oído.

‘Ya no puedo ver lo que me quieres decir, me lo tienen que explicar todo. Por suerte tengo a Leslie para hacerlo,’ y, con un movimiento torpe de sus manos sin dedos, se quitó las gafas oscuras.

No tenía ojos. Los bordes de sus cuencas se veían cicatrizados, como si alguien le hubiera arrancado los ojos con un cuchillo.

‘Todo esto que ves me lo hiciste tú, James.’

Quería preguntarle quién era, qué quería, pero continuaba mudo.

‘Y después me mataste, gracias a Dios. Ni siquiera tú eres tan cruel como para dejarme vivir de esta forma,’ pausó para dar énfasis a lo siguiente. ‘Me cortaste el cuello, pero mi ayudante me encontró a tiempo. No sé si por suerte o por desgracia—’, una tos intensa lo detuvo.

Después de unos segundos tosiendo, tragó saliva antes de continuar.

‘Habría dado lo que fuera por no sentir más el dolor, pero las cosas son cómo son y debemos aceptarlas. Mi ayudante había sido médico antes del Crac y me salvó la vida aunque, evidentemente, había cosas irrecuperables—’, tos de nuevo. ‘Los primeros meses fueron los más duros pero, en el mismo instante en que me marqué un objetivo, todo mejoró. La venganza es la mejor gasolina para un hombre, James. Además, quiero asegurarme de que no puedas hacerle nunca más nada a nadie. Eres un monstruo, James. Y a los monstruos se les elimina.’

‘¿Por qué no lo haces?’, un hilo de voz me sorprendió surgiendo de mi garganta.

‘¿Eliminararte? No te preocupes, llegaremos a eso. Pero primero tendrás que vivir todo el sufrimiento de tus víctimas en tu propio cuerpo. Solo entonces te dejaré marchar. Al fin y al cabo, tenemos que amortizar el dinero que hemos invertido en esta sala, ¿no crees?’, Leslie volvió a hablarle al oído. ‘Mi ayudante me dice que todavía no sabes quién soy, ¿verdad?’

Esperó a ver si podía hablar.

No pude.

‘Es cierto que he cambiado mucho desde que pasé por tus manos, James. Mi vida ha cambiado, desde luego, pero también mi cuerpo. Ya no soy el que era. No te preocupes, cuando termine contigo te acordarás de mí por toda la

eternidad. Lo único que siento es no poder ser yo quién te haga sufrir con mis propias manos, ese es mi único pero a toda esta situa—’, de nuevo tos antes de la revelación. ‘Soy el senador Johnson.’

Sin duda, las lesiones de mi captor eran consistentes con mi tortura, pero no quería creerme que alguien hubiera sido capaz de salvarle la vida al senador Johnson después de irme.

Fue entonces cuando se quitó la bufanda roja, vi su cicatriz en el cuello, justo donde yo le había cortado, y supe que decía la verdad. Ya no tenía dudas: era el senador Johnson; o al menos lo había sido.

‘Mañana empezaré con la lección auténtica. Hasta ahora solo me he dedicado a entretenerme. Pero como no queremos que el dolor te sobrepase y nos abandones, te daremos algo para evitarlo.’

Leslie sacó una jeringuilla llena de un líquido blancuzco y se acercó a mí para inyectármela. Intenté resistirme inútilmente porque no tenía ni las fuerzas ni la posibilidad de enfrentarme a nada.

‘Bienvenido al maravilloso mundo de la heroína, James. Te aseguro que es lo único que me permite seguir viviendo para hacerte todo lo que te voy a hacer. Antes de que pierdas el conocimiento, una cosa más: si tienes esperanzas de un rescate, olvídalos. Hemos pagado la factura de tu hotel y hemos recogido tus cosas. Nadie te está buscando.’

No me importó porque en el mismo instante en que el líquido penetró en mi sangre el dolor se desvaneció lentamente, como si todo lo sucedido quedara atrás. En la distancia entre un segundo y el siguiente, sin razón, todo había cambiado y la situación ya no parecía tan desesperada.

Fue aquella simplicidad la que me convirtió en lo que sería el resto de mis días: un adicto.

50

El efecto de la heroína se desvaneció tan lenta como indefectiblemente, como el recuerdo de un sueño al alba. Al mismo tiempo, el dolor recuperó su posición predominante.

Pensé que el hiato iba a terminar, pero continuaron con la droga. Bajo el manto blanco de la heroína mi necesidad desaparecía, escapar perdía importancia y la vida parecía buena. El tiempo no importaba, el dolor era inexistente y mi mente divagaba. Desde luego, me encontraba cómodo en mi paraíso particular. Eva, Monet, George, Jia-Bang, el padre Rhys, la cuba de sangre, South Kentish Town y el señor Slater desaparecieron de mis pensamientos, ocupados solo en la siguiente dosis.

Sin embargo, cuando había aceptado mi situación, todo cambió.

‘El senador Johnson lo siente mucho, pero tendrá que ausentarse unos días por asuntos de salud,’ me informó Leslie. ‘Conoces mejor que nadie sus secuelas o sea que no creo que sea ninguna sorpresa... Pero no te preocupes porque le he pedido a Gerry que te recuerde por qué estás aquí...’, me explicó como si me importara.

Había sido el prelude al retorno de la tortura acuática. Sin embargo, todo parecía peor porque, mientras el agua caía sobre mi cara, pensaba en la heroína. La impotencia y la falta de oxígeno eran las mismas, pero no parecían nada comparadas con la imperiosa necesidad de notar la paz blanca en mis venas.

El proceso se repitió durante tres días: cuando el agua caía sobre mi boca a través trapo solo podía pensar en las drogas; y después, con la heroína fluyendo libremente, no era capaz de pensar en nada.

La idea de escapar ni siquiera me pasaba por la cabeza.

La cuarta noche, por primera vez, las drogas perdieron parte de su efecto, no me permitieron descansar toda la noche y me desperté empapado. Además, los pulmones me ardían y mis músculos estaban agarrotados, exhaustos por la falta continuada de oxígeno. Fue en aquel estado cuando me di cuenta de que solo me quedaban dos opciones: rendirme a la heroína y a mi eventual muerte; o cambiar alguna cosa.

Decidí que no estaba dispuesto a perder de aquella forma. Como mínimo, sin luchar.

Pensé en todas las posibilidades y me di cuenta de que solo me quedaba una salida: morir.

Sin embargo, aquello no fue una rendición, sino un plan. La única opción para escapar era morir. Me basaba en la creencia de que, con el señor Johnson ausente, si moría, mi torturador debería intentar salvarme si no quería sufrir represalias a manos de su patrón. Era consciente del esfuerzo físico que me requeriría expirar de forma creíble, pero no pensaba renunciar sin intentarlo.

Empecé inmediatamente añadiendo un poco de dramatismo ante Gerry. Eliminé mi estoicismo y, cuando me puso la toalla en la cara, empecé:

‘¡No! ¡Por favor! ¡¡No me encuentro bien!! ¡¡Mis pulmones no aguant–!!’

El agua cortó mi discurso pero sabía que había plantado una semilla en el cerebro de Gerry, el germen de la idea que usaría más tarde.

A la hora de comer, aún sabiendo que necesitaba alimentarme, me negué a comer.

‘No me encuentro bien... Por favor, llévame al médico. No tengo hambre. No quiero comer,’

Otro indicio, el fertilizante que haría germinar la semilla.

Cuando volvió el agua, empecé a jadear hasta que, honestamente, no creí poder prolongar más mi esfuerzo. Entonces paré de golpe y dejé que mi cabeza cayera violentamente sobre mis hombros.

Gerry soltó el cubo de agua y se me acercó con cautela mientras yo aguantaba la respiración para que me creyera muerto. Mi plan confiaba en la estupidez de Gerry, porque simplemente hubiera necesitado tomarme el pulso para descubrir mi engaño; pero no lo hizo. Justo cuando se acercó a mi boca para comprobar mi aliento, actué.

Lancé un mordisco y le cogí el cuello. Le arranqué un trozo de carne aprovechando su intento de soltarse y cayó tras la silla. Pude ver como se desangraba mientras intentaba gritar inútilmente, con su propia sangre llenándole la boca.

Por el momento, había hecho lo más difícil: convertir la posibilidad de escape en algo real.

Me tragué el pedazo de cuello para llenar el estómago e intenté recuperarme. El esfuerzo había sido titánico, me faltaba la respiración y estaba exhausto. Agrupé toda la fuerza que tenía y empecé a balancear la silla, con la esperanza de que alguno de los tornillos que la sujetaban al suelo cediera. En las últimas sesiones había notado que la silla se movía un poco hacia adelante y atrás y esperaba que fuera porque los tornillos se hubieran

aflojado.

Con cada movimiento, la silla empezó a balancearse más, demostrándome que mi teoría de los tornillos era acertada. Además, tuve la suerte de que el cuerpo de Gerry hubiera caído detrás de mí, cerca de la silla, de forma que su cadáver hizo palanca para ayudarme a que los tornillos cedieran y la silla cayera.

Finalmente, después de un esfuerzo sobrehumano, lo logré: la silla cayó hacia atrás, encima de Gerry y uno de los apoyabrazos se rompió.

Era todo lo que necesitaba. Solté mis correas e intenté ponerme en pie. Aunque la postura no era la más cómoda para hacerlo, debería haber sido capaz de levantarme, pero no lo fui. Llevaba demasiado tiempo atado en la silla –con mi cuerpo sometido a todo tipo de excesos– y mis piernas no respondían como en mis planes. A pesar de todo, sabía que debía protegerme así que agarré con fuerza el apoyabrazos roto y me preparé para usarlo contra quién entrara por aquella puerta.

Pasaron minutos y pensé que, en muy poco tiempo, vendrían a darme mi heroína. No podía permitirlo porque, a pesar de tener el apoyabrazos en mis manos, no sería capaz de defenderme ante alguien en plenas facultades físicas. Si eliminaba la sorpresa de la ecuación, mi plan era inútil. Por tanto, me arrastré y me levanté usando la pared como apoyo. Me moví lentamente, como un inválido, con mi espalda contra las baldosas, agarrado al apoyabrazos como si fuera un salvavidas en medio del océano, hasta que llegué a la puerta.

Justo entonces, cuando pensé que iba a perder el equilibrio, se abrió la puerta y todo cambió porque, quien entró, me iba a permitir ejecutar mi plan original y morir en paz.

Era el señor Slater. Me abalancé sobre él pero me cogió del cuello y me empotró en la pared, obligándome a soltar el apoyabrazos. A pesar de que el señor Slater no estaba en la forma física de antaño, yo estaba indefenso.

Completamente a su merced, el señor Slater se acercó a mi oído para susurrarme: *El senador Johnson amenaza con matar a Eva y a su hijo si no hago lo que me pide.* De repente, todo encajó. El senador Johnson estaba de alguna forma relacionado con el Matadero Johnson y era allí donde me retenían.

Con la sencilla frase del señor Slater supe que tendría que resignarme a dejarles hacer conmigo lo que quisieran, darle al senador todo lo que necesitara de mí. Si con mi sacrificio salvaba la vida de Eva, sería una buena muerte.

De repente, apareció mi captor, el señor Slater me soltó y me desplomé.

‘¿Qué te ha parecido la sorpresa que te tenía preparada? Para que luego digas que nunca te doy nada...’, el señor Johnson sonrió y su omnipresente tos reapareció. ‘Creí que tenía que darte algún incentivo para que no te escaparas. Además, te hemos prepar—’, de nuevo un ahogo de moribundo. ‘Te hemos preparado un nuevo lugar para que vivas con nosotros. Slater, acompaña a nuestro invitado a su nueva casa.’

El señor Slater me levantó del suelo y me arrastró al lugar en que iba a pasar el tiempo que me quedaba allí. Lo que pasara a continuación ya no dependía de mí porque lo único que podía controlar hasta cierto punto era que el señor Johnson no le hiciera nada a Eva ni a su hijo.

Mi nueva estancia no era lo que me esperaba. Por una vez, era mejor. Se trataba de una habitación completamente blanca de unos diez metros cuadrados, con una letrina y un catre. Cuando el señor Slater me soltó en la cama, el senador se quejó:

‘¿Te crees que esto es un hotel? Déjalo en el suelo. ¡Si quiere subir a la cama, que se espabile! ¡¿Te crees que estás tratando con el idiota de mi hermano?! ¡Slater, no intentes joderme!’; el señor Johnson no veía nada, pero Leslie le explicaba puntualmente lo que sucedía al oído y parecía que pudiera ver.

El señor Slater me tiró del catre al suelo y, cuando estuve solo, la luz se apagó y me dejaron a oscuras. Intenté dos veces subir a la cama pero fui incapaz y pasé aquella primera noche en el suelo, pensando en Eva, en el sacrificio que debía hacer por ella. No era que importara pero, moralmente, morir por una buena causa me parecía una victoria –aunque fuera pírrica– y, en aquel momento, no podía aspirar a más.

51

En mi nueva morada, las luces se encendieron y, a pesar de que no sucedía nada, me mantuve alerta. Incapaz de moverme, cuando me trajeron la comida continuaba en el suelo. Había desistido de incorporarme y comí estirado. Sin mi dosis, con el castigo a mi cuerpo y el esfuerzo de mi intento de escape, simplemente había aceptado que necesitaba tiempo para recuperarme.

Agotado, me pasé el resto del día en el suelo, concentrado en recuperarme como si descansar requiriera toda mi atención porque, en realidad, lo hacía. Después de un tiempo indeterminado –insuficiente para encontrarme mejor– Leslie entró y me dio una dosis de heroína antes de devolverme a la oscuridad.

Durante los siguientes días, la misma rutina: se encendían las luces, se abría la trampilla por la que dejaban una bandeja de comida, me pinchaban la heroína y de nuevo a la oscuridad. La tercera noche me noté con fuerzas y subí a la cama. Fue entonces cuando pensé por primera vez que el tiempo no había estado pasando con regularidad. No era que nada hubiera cambiado al estirarme en la cama, sino que, simplemente, fue en aquel instante cuando mi cerebro hilvanó la idea y acepté sin más que los días tenían longitudes distintas, convencido de que no era por mi percepción.

Tampoco le di más vueltas a la idea porque aún necesitaba toda mi concentración para intentar recuperarme. Me centraba en las partes de mi cuerpo que parecían más maltratadas y, sin entender por qué, lentamente parecían mejorar. Además, no quería dividir mi atención porque sabía que si pretendía que el senador Johnson dejara en paz a Eva, necesitaría toda mi resistencia para dejarlo satisfecho.

En mi mente, todo lo demás dejaba de importar, incluido el tiempo que intentaban hacerme creer que era un día.

La tercera mañana que desperté en la cama, mis captores me confirmaron que controlaban mis días y noches. Aquel día, la luz se encendió y un hombre desconocido entró a alimentarme. Se mostraba seguro y confiado porque sabían que me habían domesticado con sus amenazas a Eva. Me ayudó a comerme un pastel de carne y, en el mismo instante en que el hombre cerró la puerta, la luz se apagó. Sabía que no había pasado un día, pero de todos modos me estiré a descansar.

Pocos minutos después, la luz borró la oscuridad y se repitió el proceso.

En la tercera iteración, vomité.

Después de otra repetición –con el mismo resultado–, las luces se mantuvieron apagadas y pasé horas a oscuras pensando que, en cualquier momento, volveríamos a empezar. Sin la heroína, desperdicié mis horas de descanso perdido en escalofríos y vómitos.

Sin un mínimo reposo sin espacio para recuperarme, cuatro atracones más hasta que llegó el momento en que vomitaba mientras comía porque no era capaz de asentar nada de lo que me daban.

Por fin, después del quinto atracón, me pincharon heroína y pensé que podría descansar. Sin embargo, las luces se mantuvieron encendidas y tuve que conceder a mis captores la creatividad con la que me habían arrebatado lo único que me había ayudado hasta entonces a *controlar* el tiempo: mi apetito. Fue la confirmación de que sabían perfectamente hacia dónde me encaminaban y de que nada era al azar.

Después, la luz se mantuvo encendida una eternidad mientras luchaba con mi estómago para lograr que los pinchazos desaparecieran. Cuando lo logré –y me quedé a oscuras– mi hambre era tan intensa que no pude dormir.

Me dejaron sufrir hasta que las luces se volvieron a encender y me dieron de comer algo ligero, haciéndome creer que me iban a dar un respiro.

Evidentemente, no fue así. Las luces aumentaron su intensidad hasta un punto en que era como intentar dormir bajo el sol de mediodía en verano.

Cuando por fin me trajeron más heroína, me dieron una dosis tan pequeña que solo pude pensar en que me dieran más. La necesidad que habían creado en mí era mucho mayor que mi vacío y lo eclipsaba todo. Sin embargo, exhausto, cuando las luces se apagaron por fin, me pude dormir.

Siguieron dos días más *normales*, con la luz y su ausencia turnándose en tiempos coincidentes con mi apetito y mi adicción, pero el tercer día, después de comer, me entraron unas incontrolables ganas de cagar y me vi abocado a la letrina.

Me pasé la oscuridad entera con diarrea, vaciando todo el agua de mis intestinos y soportando el dolor que me producía mantenerme acucillado para evacuar. No dudaba que habían añadido algo a la comida para provocarme la diarrea pero no podía permitirme el lujo de no comer, así que el proceso se repitió en varias ocasiones.

Durante las siguientes sesiones, invariablemente, terminé con descomposición. En una *noche* especialmente dura fui consciente de que mi

cordura estaba a punto de atravesar la frontera y de que no habría vuelta atrás. Si las cosas continuaban igual no tenía ninguna duda de que iba a perder la cabeza.

Como siempre, me leyeron la mente y cambiaron de táctica, como si su único objetivo fuera mantenerme desconcertado. Desde luego, lo estaban logrando porque una *mañana* me desperté y todo volvió a cambiar. Agotado por la descomposición de la noche anterior, observé desde la cama como dos hombres entraban una mesa de madera y dos sillas sencillas; y cómo los seguía un hombre que no había visto antes. Este último iba completamente de negro, vestía unas gafas redondas que ampliaban sus ojos y era muy menudo. En resumen, era el típico espécimen que habría matado allí mismo para saciar mi vacío si no hubiera estado derrotado.

‘Buenos días, me llamo Ned,’ su voz iba acorde con su pequeño cuerpo, con su pinta de estudioso, con alguien que no encajaba en aquel lugar y, mucho menos, en aquella situación. ‘Siéntate, por favor,’ me pidió señalándome una de las sillas mientras ocupaba la otra.

No me vi capaz de levantarme de la cama pero disimulé para que pareciera que me había rebelado.

‘Jódete,’ le dije con lo poco que me quedaba.

‘Muy bien. No te preocupes,’ se levantó, inmutable en su media sonrisa. ‘En esta sala, solo tenemos un objetivo. Cambiar tu actitud. No hay prisa,’ se marchó, los dos hombres recogieron la mesa y las sillas; y me dejaron a oscuras.

Cerré los ojos y, al cabo de unos segundos, volvieron las luces, seguidas de los dos hombres que repitieron el proceso con las sillas y la mesa.

‘Buenos días, ¿cómo estás esta mañana?’, de nuevo Ned.

Sonreí.

‘Si te crees que me vas a engañar...’, mi voz era un hilo, un simple intento de comunicación, por lo que Ned se me acercó para oírme. ‘Si te crees que me vas a engañar te equivocas. No ha pasado un día.’

‘Ah, pero aquí los días pasan rápido, ¿verdad? Aprenderás a hacer lo que yo te diga, James. Tenemos todo el tiempo del mundo,’ señaló la silla de nuevo. ‘Siéntate para que podamos hablar.’

Ignoré al hombrecillo.

‘Acabarás estando de acuerdo conmigo,’ se levantó, recogieron los muebles y las luces se apagaron para volver a encenderse inmediatamente.

El mismo proceso. Una y otra vez. Sin pausa hasta que, finalmente, después

de quince repeticiones, decidí sentarme para acabar lo antes posible. Nunca mi derrota había sido tan definitiva.

Entonces, cuando me senté, Ned se levantó y se marchó.

‘Deberías descansar,’ me aconsejó.

Los encargados de los muebles me tiraron de la silla y me quedé en el suelo. En aquella ocasión, sin embargo, la luz no se apagó. Me dieron de comer y mi dosis de heroína, como quien premia a un perro después de un nuevo truco.

Cuando por fin me quedé a oscuras, intenté descansar lo máximo posible porque sabía que pronto tendría que repetirlo todo de nuevo.

La luz y los muebles regresaron y me senté en la silla rápidamente para arañar segundos a mi descanso.

‘Buenos días, James. Veo que ya te has sentado. Muy bien.’

Su actitud no había cambiado, no parecía afectado por nada de lo que sucedía.

‘Ahora que te has dignado a sentarte, te explicaré qué hacemos aquí: queremos tu colaboración. Ni más ni menos,’ se encendió un cigarro por primera vez. ‘Eso es lo único que necesitamos de ti. Al senador Johnson le gustaría tenerte a su servicio, pero antes debe estar seguro de que no le matarás.’

‘No me creo nada de todo esto,’ había descansado y pude contestarle a Ned. ‘El ex-senador Johnson quiere venganza.’

‘Quizás antes la quisiera. Quizás aún la quiera. Quizás crea que la peor venganza que te puede imponer es hacerte trabajar para él sin que puedas resistirte, doblegar tu voluntad.’

‘Y no cree que diciéndomelo perderá su oportunidad.’

‘Al contrario, James. Debes saber hacia dónde nos encaminamos desde el inicio del proceso.’

Intenté reírme pero solo logré esbozar una mueca.

‘Primero te diré las normas. Son muy sencillas. Harás lo que te diga cuando te lo diga, contestarás a mis preguntas con la verdad. Sin mentiras y sin pensártelo.’

‘¿Y ya está?’

‘Habrá otra persona trabajando contigo por las tardes.’

‘O lo que queréis que crea que es la tarde...’

‘Exacto,’ dio una larga calada. ‘Hasta eso controlo. Ahora mismo soy tu

Dios. Ni más ni menos.’

‘Nunca he tenido una buena relación con Dios.’

‘No te preocupes tanto,’ me dijo en tono paternalista. ‘Mira hacia adelante, James. Y, sobre todo, vive el momento... *Carpe Diem...*’

‘¿Empezamos? Y así nos dejamos de gilipolleces.’

‘¿Empezar?’, su sonrisa se agrandó un poco. ‘Ya hemos empezado, James,’ apagó el cigarro en el suelo y se levantó... ‘Por cierto, llámame Ned. Así será todo más informal,’ se marchó y los dos hombres retiraron los muebles y me estiré en la cama.

Inmediatamente después, me trajeron la comida aunque aún no tenía apetito.

Comí y volvieron los dos hombres que se encargaban de los muebles. En aquella ocasión, me sacaron a rastras de la habitación y no intenté resistirme. Sin embargo, no pensaba usar mi propia energía para facilitarles el traslado. Me trataron como un peso muerto y usé mi pequeña rebelión para engañarme pensando que mantenía algún tipo de control. Me llevaron a otra habitación idéntica, pero sin muebles y sin lavabo. Había unas correas en las paredes que me ataron a pies y manos y me dejaron allí, colgado, como Jesús en el Gólgota.

El cuerpo me dolía y la perspectiva de no poder escaparme me dolía aún más. Sudaba por la abstinencia y estaba agarrotado. Cinco minutos después, empecé a notar agujas en mis músculos. Entonces se abrió la puerta y entendí qué iba a pasar y quién era el otro hombre del que me había hablado Ned: el señor Slater. No dijo nada al entrar ni durante toda la paliza que me dio. Sin mediar palabra, se puso directamente a pegarme. Con los brazos y las piernas estirados, sin ninguna posibilidad de parar o amortiguar algún golpe, aunque el señor Slater ya no era el fuerte trabajador que había sido, cada puñetazo dolía como un demonio.

Intenté aislarme como había hecho en otras ocasiones, pero no lo lograba. Saber que era el señor Slater el que me estaba dando la paliza imposibilitaba mi aislamiento. En vez de eso, con cada golpe, necesitaba más mi dosis de droga, mi lugar donde no existían los problemas.

Aún mudo, el señor Slater dio por terminada la paliza y se fue. Me dieron mi jeringa de heroína cuando aún estaba colgado y, al despertar, estaba de vuelta a mi habitación, donde los dos hombres colocaban los muebles.

Con mucho dolor, logré levantarme de la cama y sentarme en mi silla.

‘Buenos días, James. ¿Te duele?’

‘Sí.’

‘¿Quieres algo para mitigar tus sensaciones?’, sacó de una caja de aluminio una jeringa preparada de heroína con la dosis que me solían dar.

La droga me daba una perspectiva diferente, me llevaba a un mundo mejor, a una vida sin dolor ni preocupaciones. Era un adicto, lo sabía por las reacciones de mi cuerpo cuando no me daban la heroína, pero, como siempre, tenía la excusa perfecta: no era culpa mía, eran ellos los que me drogaban. Me engañaba diciendo que no estaba en mi mano remediarlo ni evitarlo y, aunque las dosis eran más que bienvenidas, pensaba que, si me dieran la opción no tomaría nada. Continuaba creyéndome más fuerte que ellos; pero no lo era. Desde luego, el dolor era más fuerte que mi convicción, que mis ideas.

Por primera vez lo entendí: durante toda mi vida había hecho lo necesario sin importarme nada más y tenía que aceptarlo. Era el egoísta perfecto, así que abracé la idea y me pinché en el brazo.

De golpe, todo lo demás dejó de importar. A través de un velo, como si fuera un sueño, distinguí cómo Ned se iba y los muebles desaparecían. Antes de irse dijo: *No son las drogas las que crean al adicto, sino la necesidad de escapar de la realidad.* No sabía si se dirigía a mí, pero no importaba porque veía las cosas sin continuidad, como si me perdiera algunos momentos y, por tanto, había saltos en los movimientos de las personas que estaban a mi alrededor.

Si meses atrás me hubieran dicho que la única luz en mi vida iba a provenir de donde lo hizo, me habría reído; pero la realidad siempre parece superar nuestras expectativas. Aún en mi estado de ensoñación, pude ver cómo me llevaban de nuevo a la otra habitación y al señor Slater. Se acercó a mí para comprobar las correas y me dijo susurrando: *Eva tiene un plan para sacarte de aquí, pero tienes que aguantar. Debes tener paciencia y resistirte al máximo a las drogas. Te necesitaremos un poco en forma,* se separó de mí y empezó una nueva paliza.

Sin embargo, sus golpes eran mucho más flojos que en el día anterior. Pensé si era por las drogas, pero, después, ya en mi habitación, noté que el castigo no había sido el mismo y entendí que lo que me había susurrado era cierto, que aún contaba con alguien dispuesto a luchar por mí. Tenía que empezar a cuidarme para poder colaborar con el plan de Eva cuando llegara el momento.

Una salida había aparecido donde no había ninguna y pensaba aferrarme a ella. Era cierto que no estaba acostumbrado a depender de los demás, pero en aquella ocasión no tenía elección. Ninguna en absoluto.

En mi situación, la facilidad era un concepto extinto pero, honestamente, esperaba que, como mínimo, el señor Slater continuara conteniendo sus golpes. Evidentemente, no fue así. *No podemos arriesgarnos a que nadie sospeche nada*, me informó antes de castigarme de nuevo con toda su rabia. Además, mi cuerpo se había habituado a la dosis de heroína que me pinchaban para dormir y la mayoría de veces cuando Ned aparecía llevaba horas despierto con la única compañía de mi entumecimiento y mis dolores.

‘Buenos días, James.’

‘Buenos días, Ned.’

‘¿Quieres algo para el dolor?’

Le hacía que no con la cabeza porque desconocía si mi convicción se mantendría si me expresaba en voz alta, Ned guardaba la jeringa y, por suerte, no volvía a sacarla en toda la entrevista.

El proceso en sí era sencillo y solo tenía que contestar con la verdad a todas las preguntas de Ned. Mi pasado era puesto bajo escrutinio sin ningún tabú y de una forma meticulosa, sin dejar nada a la imaginación. No me rebelaba porque sabía que colaborar era el único camino hacia mi libertad.

‘Nos habíamos quedado en... Déjame ver...’, murmuraba mientras consultaba sus notas. ‘Ah, sí, acababas de descubrir que tu madre había matado a tu padre, ¿verdad?’, no esperaba respuesta. ‘Muy bien, ¿qué pasó luego?’, y se lo contaba todo hasta que daba por terminada la sesión.

Revivir mi pasado no tenía ningún efecto en mí porque continuaba vacío y me lo tomé como una oportunidad única de revisar los hechos que me habían llevado hasta allí antes de cortar definitivamente con él, como tenía planeado antes de que me apresaran.

Después de mis sesiones con Ned, comía e, inmediatamente, empezaba la paliza del señor Slater.

Al terminar, después del sudor y la sangre, la tranquilidad blanca cuyo efecto se desvanecía cada vez antes. En aquellos días, me convencí de que el señor Johnson me visitaba mientras estaba drogado. Aletargado, era capaz de notar cómo alguien recorría mi cuerpo, intentando *verme* con unos muñones deformados. Al principio creí que era un delirio pero, ante la repetición, supe que todo era real.

Algún tiempo después Ned cambió la orientación de cuestionario y empezó a inquirir sobre sentimientos.

‘Hoy me gustaría que me hablaras de tu culpa, James.’

Aquel día me encontraba mal porque la abstinencia se había cebado en mí en forma de diarrea y vómitos y esperé que Ned continuara.

‘¿Crees que todo lo que te está pasando es culpa tuya, James?’

‘No.’

‘Entonces, ¿crees que si no le hubieras hecho al senador Johnson lo que le hiciste estarías en esta situación?’

‘No. Lo que quiero decir es que eso no significa que sea culpa mía,’ respiré hondo. ‘El señor Johnson hace esto porque quiere venganza, porque le apetece. No tiene nada que ver conmigo. Cada hombre es responsable de sus propios actos, no de los derivados de estos.’

‘Me parece una excusa perfecta para alguien como tú.’

‘Creo que en toda mi vida he hecho lo que creía que tenía que hacer.’

‘¿Incluso con el senador Johnson?’

‘Lo único que demuestra mi situación es que el señor Johnson es un hijo de puta. Me da la razón. Hice lo que tenía que hacer para que un cabronazo como él no siguiera representando al pueblo. Ni más ni menos.’

‘¿Y quién eres tú para decidir eso?’

‘Alguien que podía hacerlo. ¿O es que el señor Johnson es alguien para tenerme aquí en esta situación? Simplemente lo hace porque puede. Igual que follaba con niñas.’

Aquello pareció descolocarlo un poco, pero se recompuso rápidamente.

‘¿Estás intentando decirme que el senador Johnson y tú sois lo mismo? Porque eso es lo que me parece desde donde estoy yo.’

‘Si crees eso, Ned, alguna razón tendrás. Yo no escribo las conclusiones, solo te digo cómo son las cosas. Quizás muy en el fondo estás de acuerdo conmigo: que una persona que hace lo que yo le hice al señor Johnson es mala, pero que una persona que, por venganza, hace lo que el señor Johnson me está haciendo a mí también lo es. No hay excusas para—’

Llamaron a la puerta y Ned paró de golpe la entrevista.

‘¿Seguro que no quieres una dosis? Creo que hoy te va a hacer falta.’

‘No, gracias.’

Se marchó y, durante unos días, no volvió. Debieron decidir que aún presentaba demasiada batalla porque durante la ausencia de Ned volvieron al juego de luces. Permanecían encendidas a deshora, apagadas como si pasaran

muchos días, pusieron algo en la comida para provocarme el vómito y, además, dejaron de proporcionarme heroína.

Desde luego, no me fue sencillo resistir.

Aquello era inhumano y dudo que, sin la supuesta salida propuesta por el señor Slater en el horizonte, hubiera podido soportar. Cuando estaba dispuesto a rendirme, me aferraba a Eva como el drogadicto desesperado que era. En mis peores momentos, me planteé qué sucedería si nunca se ejecutaba el plan de Eva, pero enseguida desechaba el pensamiento porque necesitaba algún tipo de futuro.

El juego de luces tenía como objetivo destrozarme, desmontarme pieza a pieza, debilitarme para la siguiente fase de su plan, fuera cual fuese y, como siempre, cuando estaba a punto de expirar, me dejaron descansar, dándome dosis de heroína óptimas.

Cuando volvieron a encender las luces, me di cuenta de que cada vez estaba peor y me costaba más mejorar.

Los cambios empezaron justo entonces. Me ataron en la misma sala en la que el señor Slater me daba las palizas pero fue el señor Johnson quien entró.

‘Por fin, James. Por fin puedo dedicarme a ti.’

‘¿Por qué has tardado tanto?’, le dije con sorna, intentando que se enfadara porque era la única forma de lograr una victoria, por pírrica que fuera.

‘No queríamos que estuvieras demasiado fuerte, James. Al fin y al cabo, conoces mi estado mejor que nadie. No podría haberte hecho lo que voy a hacerte si hubieras estado fuerte. En tu plenitud física, no podría romperte.’

‘¿Y crees que ahora podrás?’

No sabía lo que iba a hacerme, pero sí que a partir de aquel día, él mismo llevaría a cabo la tortura.

Leslie colocó al señor Johnson a mis espaldas, en un lugar predeterminado y le dio algo que no pude ver. Sin embargo, de repente, noté un dolor agudo y supe lo que era: un látigo.

‘Empezaremos por algo muy básico, James. Solo algo para que puedas pensar en todo el dolor que te voy a infligir. Ahora, me permitirás que disfrute en silencio de esto: el esfuerzo no me va a permitir poder hablar.’

Empezó con los azotes. El dolor era intenso, pero con la fuerza del señor Johnson, soportable. O al menos eso fue lo que pensé al principio.

Después de unos minutos, el señor Johnson paró. Podía oírlo respirar profundamente, cansado.

‘¿Ya se ha cansado, señor Johnson? Me gustaría saber, ¿cómo controla el látigo con sus dedos?’

No sé por qué lo dije, pero hice lo que había hecho en los últimos tiempos: decir la verdad, lo que pensaba, con total honestidad.

El señor Johnson esperó que su respiración se controlara un poco y me respondió.

‘No te preocupes: cuando acabe contigo sabrás exactamente lo que es llevar una vida como la mía.’ Tosió. ‘Es una lástima que no pueda verte. Debes entender que llevo mucho tiempo practicando. No es fácil dar latigazos sin ver tu objetivo.’ Empezó de nuevo. ‘Por cierto, no pienso parar hasta que me supliques.’

‘Eso no va a suceder.’

Siguió con los latigazos y sus paradas para recuperar el aliento.

El dolor no era continuo, sino punzante, más de lo que podía resistir en mi estado, pero no pensaba darle al señor Johnson la satisfacción de suplicar. La acumulación de latigazos aumentaba el dolor pero resistí esperando que, con la heroína, se apaciguaran mis sensaciones.

Después de un buen rato durante el que creí que, si no descansaba, el señor Johnson iba a morir por el esfuerzo, todo cesó. Los latigazos y el dolor punzante desaparecieron al mismo tiempo, pero inmediatamente apareció el dolor subyacente. Parecía imposible que mantuviera el nivel de intensidad, pero lo hacía. Todo lo que mi cerebro me pedía era tocarme la espalda, ponerme algo para aliviarme pero, atado, era imposible.

Sacaron al señor Johnson y uno de los hombres que solían entrar los muebles para las entrevistas entró con instrumentos de limpieza. Pensé que me iban a limpiar y curar la espalda, pero no lo hicieron. Aquel hombre grande, probablemente un matón, se puso detrás de mí y limpió toda la sangre salpicada.

Terminó y me quedé a oscuras. Después de un rato, noté como el dolor empezaba a mitigarse y, justo entonces, me llevaron a mi habitación, donde Ned me esperaba con lo necesario para curarme la espalda.

No podía más. Estaba completamente derrotado, cansado de resistir. Decidido a rendirme.

Sin embargo, sin desearlo, Ned me dio un motivo por el que continuar luchando. *No queremos que se te infecte y el señor Johnson se quede sin su juguete, ¿verdad?* Fue aquella simple frase, inocente, la que me dio energía

para continuar. Supe que no iba a permitir a aquellos hijos de puta salirse con la suya. Ni más ni menos. Y saberlo fue todo lo que marcó la diferencia, todo lo que me había faltado desde que estaba preso.

Como siempre, cuando una idea se me metía en la cabeza no era como una semilla, sino como una explosión y, en aquel caso, la frase de Ned se tradujo en una solución propia, en la que no necesitaba a Eva ni al señor Slater, ni a nadie.

No sabía cómo, pero vencería. Aquel pensamiento me había dado una misión, una razón por la que vivir; y fue todo lo que necesité. Lo único que siempre había necesitado.

En los días siguientes, los azotes continuaron pero cada vez los notaba menos. A pesar de que mi espalda debía estar destrozada, cada latigazo dolía menos que el anterior. Mi cerebro había dejado de recibir impulsos de la espalda o los nervios estaban adormecidos por el dolor, no lo sé, pero con el paso de los días, mi cuerpo empezó a mejorar de los abusos o, como mínimo, dejó de estar al límite. El dolor era mucho menor que con las palizas del señor Slater y supuse que era porque, a pesar de su empeño, el señor Johnson no estaba en condiciones de infligir demasiado daño.

De lo único que no podía librarme era de las drogas. Me encontraba algo mejor, pero continuaba necesiéndolas, no solo para que mi cuerpo mejorara, sino porque era un adicto. Además, con el paso del tiempo, la dosis que en un principio me mandaba al limbo, ya solo me calmaba el dolor. A pesar de ello, fingía que me hacía el mismo efecto para lograr alguna ventaja.

Solo me quedaba esperar una oportunidad y, una noche, de repente, el futuro apareció. Estaba en la cama, disimulando los efectos de la heroína, cuando escuché un sonido leve cerca de mi puerta.

De repente, un haz de luz inundó mi habitación a través del umbral y vi al señor Slater.

‘Es la hora, vamos.’

‘Sí. ¿Cuál es el plan?’

‘¿El plan? Usar la puerta para salir.’

‘¿Y los guardias?’

‘¿Qué guardias? Hace tiempo que no creen que tengas fuerzas para escapar. Nadie te vigila de noche, lo único que tenías que hacer para escapar era cruzar la puerta.’

Me quedé pensando si era verdad lo que me acababa de decir el señor

Slater, si mis ganas de escapar habían sido tan pocas que ni siquiera había intentado salir de allí para ver lo que me encontraba. Si era cierto, era una derrota profunda en mi forma de verme a mí mismo.

Sin embargo, aparté el pensamiento de mi cabeza porque en aquel instante solo importaba aprovechar el momento.

‘Toma,’ el señor Slater me dio una jeringa. ‘Esto te ayudará estar alerta.’

‘La heroína me hace calmarme, idiota.’

‘No es heroína... Es cocaína. Te activará por si nos espera alguna sorpresa.’

Me pinché la nueva droga y esperamos en mi habitación a que me hiciera efecto. Desde luego, el señor Slater no parecía tener prisa.

La cocaína hizo efecto y noté cómo mi cuerpo empezaba a funcionar mejor.

A partir de ahí, todo fue cómo me había anunciado el señor Slater: cruzamos la puerta y el lugar estaba desierto. Estábamos en un ala adyacente a la sala de matanza y supuse que era para que los trabajadores no descubrieran lo que estaban haciendo allí.

Salimos y nos dirigimos a la camioneta que el señor Slater tenía allí aparcado.

‘Ahora viene lo más difícil, que no te encuentren de nuevo, James.’

‘No te preocupes de eso. Dame tu pistola y mueve la camioneta donde nadie lo vea.’

Me cedió el arma sin estar demasiado convencido y me dirigí de vuelta al recinto.

Faltaba poco para el alba cuando me agazapé en un lugar escondido en la entrada del Matadero Johnson y fui acabando con la vida de todos los hombres que aparecieron.

Por suerte para mí, llegaron en varios turnos y pude ir encargándome de ellos a medida que iban entrando. Sus muertes no significaron nada, pero eran claves para mi supervivencia. Durante la tortura, había saboreado lo que iba a hacerle al señor Johnson cuando tuviera la oportunidad, pero estaba tan cansado, tan derrotado, que simplemente lo traté como a uno más.

Dejé los cuerpos donde estaban y comprobé que estuvieran muertos antes de volver al coche con el señor Slater. Cuando estuve lo bastante cerca, levanté el arma para pegarle un tiro, pero no apreté el gatillo.

Pensé que era mejor posponerlo y darle una muerte más acorde con lo que se merecía. No pensaba otorgar una salida fácil para el señor Slater como la había tenido el señor Johnson.

‘¿Crees que también tengo que encargarme del hermano del señor Johnson, el dueño del matadero?’

‘Johnson tan solo actuaba por miedo a su hermano, no creo que venga a buscarte. Ni siquiera creo que le pueda decir a la policía lo que ha pasado aquí sin inculparse.’

Le di la razón por el momento, sabiendo que, en cuanto recuperara mis fuerzas, volvería allí y me encargaría de todos los que me encontrara. Como mínimo, eso fue lo que pensé entonces.

Llegamos al matadero y el señor Slater me ayudó a acomodarme en mi vieja habitación, donde los olores me devolvieron a mi infancia, no tan lejana; y a todos los hechos de mi vida.

Por fin había llegado al lugar perfecto para romper los lazos con mi pasado. Donde todo empezó y todo acabaría, donde haría borrón y cuenta nueva y completaría mi objetivo inicial cuando volví a Austin.

Mientras lo pensaba, el señor Slater se me acercó y me pinchó una dosis mayor de heroína una dosis mayor de la que estaba acostumbrado y me dijo:

‘Esto te ayudará a dormir. Cuando te despiertes, verás a Eva,’ y se dirigió a la puerta pero, antes de dormirme, pude ver como se giraba hacia mí y me hablaba. ‘Siento de verdad lo que te hice. Espero que algún día puedas perdonarme, James.’

No sabía si era cierto, porque, en aquel mismo instante, me quedé dormido en la misma cama en la que había tramado cómo matar a mi madre, la misma en la que descubrí mi falta de sentimientos, la misma que supuestamente me iba a llevar a mi nueva vida.

53

Desperté con un paño húmedo en la frente y me costó procesar que era Eva quien intentaba bajar mi fiebre.

‘Voy a darte algo de comer,’ entendió mi ademán de comunicarme. ‘No te preocupes, cuando te recuperes responderé a todas tus preguntas. Te conozco lo suficiente como para saber que son muchas y variadas. Ahora simplemente relájate.’

Me alimentó como una madre, como una hermana, y pensé que era una suerte tener a alguien a quien todavía le importaba. Su papel en mi vida había cambiado pero permanecía esencial.

Después del último bocado me preguntó si quería una dosis para relajarme y, en un principio, me negué.

‘Sé que quieres desengancharte, James, vencer otra batalla en la guerra que es tu vida. Sé cómo piensas. Pero en mi opinión, deberías dejar las drogas cuando estuvieras algo mejor. Necesitas algo que te ayude a superar tus heridas.’

Asentí mientras me mandaba al mundo blanco, donde todo era mejor.

‘Esta otra jeringa es penicilina para que se te cure la espalda.’

Fue lo último que escuché antes de cruzar al mundo onírico de la heroína.

Pasé semanas con la misma rutina. Descansaba, comía, me drogaba y repetía el proceso. Hablaba con Eva de trivialidades porque ella me lo había pedido. *Ya tendremos tiempo de hablar de las cosas importantes, ahora debes centrarte en tu recuperación.*

Por fin, Eva decidió que el momento de mantener una conversación más seria había llegado.

‘Creo que hoy es un buen día para que hablemos.’

Asentí.

‘¿Prefieres preguntarme o que yo te explique?’

‘Ahora mismo necesito que me contestes solo algunas cosas,’ confesé.

‘De acuerdo.’

‘¿Cuánto tiempo pasé en el Matadero Johnson?’, empecé.

‘No sabemos exactamente cuando te cogieron... Pero seguro que más de tres meses.’

Con tanto tiempo de tortura física y psicológica podía entender perfectamente mi estado.

‘¿Qué haces aquí? ¿Cómo—?’

‘¿Cómo he llegado aquí? Eso es fácil. Tuve a mi pequeño y vine a casa. No sabes cómo está Londres a causa de la guerra: no es un lugar seguro.’

‘¿Frank?’

‘Frank hizo lo que cualquier buen inglés habría hecho.’

Esperaba verla triste porque el padre de su hijo se hubiera alistado, pero su semblante se mantuvo.

‘Está en el frente. No tengo muchas noticias porque la correspondencia no llega con mucha frecuencia.’

Asentí antes de proseguir.

‘¿Cómo te permitió tu padre volver al matadero?’

‘Cuando nació el pequeño James mi padre se ablandó y me dejó volver. Además, Frank ya se había alistado y estaba sola. Tener un nieto ha cambiado a mi padre. Deberías darle el beneficio de la duda...’, se dio cuenta de lo que me estaba pidiendo. ‘Aunque sé que para ti es casi imposible. Debes entender, James, que la soledad le ha dado mucho tiempo a mi padre para reflexionar y sabe que podría haber hecho las cosas mucho mejor. Tiene buena intención.’

No dije nada más porque tenía claro que no pensaba darle al señor Slater el beneficio de ninguna duda y no necesitaba justificarme. La única duda que tenía al respecto de su padre era cuándo y cómo lo mataría, pero no quise que Eva lo notara.

Por el momento, no necesitaba más información porque, al fin y al cabo, los detalles eran insignificantes.

Aquellas semanas no me había visto capaz de que mis piernas me sostuvieran pero, sin embargo, el amanecer siguiente a mi conversación con Eva, algo cambió en mi interior y le dije que había llegado el momento de levantarme.

‘Como sé que lo harás a pesar que te diga que esperes un poco, de acuerdo... Pero deja que te traiga un bastón para que puedas ayudarte,’ se levantó y salió de la habitación.

Cuando volvió, sin más, añadí un báculo a mi uniforme. Era de madera oscura, con un lobo de plata en la parte superior y, durante el resto de mi vida, no me separaría de él aunque ya no lo necesitara. Después de los abusos a mi cuerpo y del tiempo que había pasado encamado, me costó unos segundos

acostumbrarme a estar de pie. Como un bebé dando sus primeros pasos, me tambaleé hasta que mi cuerpo se habituó de nuevo a las sensaciones.

Me separé un poco de la cama, descubrí mi baúl en un rincón apartado y supuse que el señor Slater lo había recuperado en el Matadero Johnson. Pensé que había sido una buena idea para que nadie nos relacionara con lo sucedido allí.

Abandoné mi habitación luchando contra mis ganas de rendirme y salí de la casa principal. Vislumbré el árbol muerto del que Jack Brown había colgado, la sala de matanza y, por supuesto, el depósito de agua. La pátina lúgubre que cubría el matadero de noche se había desvanecido y todo se había tornado más real, menos onírico.

Giré la esquina y paseé hasta el patio de juegos. Me senté, cansado, en el columpio en que había pasado mis primeras noches en vela y, un minuto después, todavía perdido en mis recuerdos, Eva se me acercó con su hijo en brazos. *James, te presento a James*, y sonreí. No sentía nada, pero mi sonrisa, a pesar de no nacer de un sentimiento, era sincera.

Eva me alargó al niño para que lo cogiera.

‘¿Estás segura? No creo que sea demasiado bueno con los niños.’

‘No tengo la menor duda de que serás una excelente influencia para él.’

Cogí entre mis brazos al pequeño James y pensé que iba a hacer todo lo necesario para que tuviera la mejor vida posible.

De repente, un olor hediondo me llenó las fosas nasales y le devolví el pequeño James a Eva.

‘Con lo pequeño que es, ¿verdad?’

Asentí sin saber qué decir, Eva entró a cambiar al pequeño James y me levanté para volver a la casa. Apoyándome en el bastón, me encontré al señor Slater, que bajaba de la camioneta. Era la primera vez que lo veía desde mi vuelta al matadero y consideré seriamente la posibilidad de terminar con su vida allí mismo.

Rehusé la idea simplemente porque quería descubrir dónde nos llevaba la situación a todos, qué pasaría a continuación. A pesar de la demora, no se trataba de un perdón, sino de una prórroga en el destino final del señor Slater.

‘Veo que ya estás mejor, James. Me alegro.’

Lo miré sin decir nada.

‘De verdad que me alegro. Con el tiempo me he dado cuenta de que tendría que haber actuado diferente contigo. Lo siento. Eras un niño. Nada más.’

Continué en silencio y entramos a comer. Nos sentamos en la cocina y Eva

lo sirvió todo.

‘¿Ya no hay servicio?’

Eva bajó la cabeza y el señor Slater dio la cara por primera vez en mi vida.

‘No he hecho lo que tenía que hacer con el negocio, James. Debo reconocerlo porque es la única manera de ser mejor.’

‘Cuando te fuiste, mi padre dedicó demasiado tiempo y dinero a buscarte y dejó un poco de lado el negocio.’

‘Un poco, no, Eva, hay que decir la verdad. No debes preocuparte de herirme. Sé quién soy y cuáles han sido mis errores.’

Desde luego, sonaba distinto al señor Slater que recordaba.

‘Quizás ya sea hora de explicarle a James lo que tenemos pensado, ¿no?’

Su padre asintió.

‘Ahora que estás algo mejor, mi padre y yo tenemos una proposición...’

No dije nada porque no sabía qué esperar.

‘Necesitamos tu ayuda, James. No hemos querido pedírtela hasta que te hubieras recuperado un poco más pero hemos creído que ya era hora, que hoy era el día en que podíamos decírtelo,’ paró un momento para coger aire y prosiguió. ‘Tú sabes mejor que nadie que mi padre ya no está en condiciones de continuar con el negocio solo y, a pesar de todos los errores que ha cometido –que hemos cometido todos, en esto estarás de acuerdo–, el matadero es nuestro único medio de supervivencia. Por tanto, hemos pensado que quizás–’

‘No es necesario que le des más vueltas, Eva. Quieres que lleve el matadero y que lo vuelva a convertir en un negocio próspero, ¿es eso?’

‘Sí, James,’ sonrió.

‘Lo haré... Pero será a mi manera,’ quise aclarar mis condiciones. ‘Tu padre me ayudará pero el jefe seré yo, seré yo quien dirija el matadero. Si no aceptáis, no hay trato.’

‘Mi padre está de acuerdo, ¿verdad?’

‘Por supuesto que sí,’ ante mi falta de convencimiento, añadió: ‘James, entiendo que albergues dudas pero de verdad que he cambiado, que siento todo lo que ha pasado. Además, debo confesarte que eres el mejor cortador de carne que he visto en mi vida. Esa es la verdad.’

‘No me importa lo más mínimo lo que diga tu padre,’ me dirigí a Eva, mirándola a los ojos intensamente. ‘Me importa lo que tú me pidas, lo que tú esperes de mí. Y nada más.’

Asintió con seriedad y empezamos a hablar del matadero.

‘Entonces, ¿cuál es el plan?’, me preguntó Eva.

‘Lo primero que tenemos que hacer es limpiar la sala de matanza y prepararlo todo para el trabajo. Una vez lo tengamos todo listo, compraremos las mejores reses y empezaremos de cero.’

‘Lo único que me preocupa es tu salud, James.’

‘No te preocupes por mí, Eva. Tu padre se va a encargar de la mayoría del trabajo sucio.’

El pequeño James se puso a llorar, Eva se levantó para ver qué le pasaba y empecé a pensar cuáles debían ser los pasos a seguir para volver a poner en funcionamiento el Matadero Slater.

Acto seguido, subí a mi habitación a descansar y, cuando desperté, Eva estaba allí, mirándome, preparando los utensilios para curarme la espalda. Me quité la camisa de dormir.

‘Tienes la espalda prácticamente cicatrizada, James.’

‘Nunca mejor dicho, ¿no?’

‘La verdad es que sí. Te va a quedar una gran cicatriz en toda la espalda. Pero se te ha curado bien... Como mínimo, estás vivo.’

‘No sabía que estar vivo fuera un mérito.’

‘En tu caso lo es. Ambos lo sabemos. Y en estos momentos hasta mi padre se empieza a dar cuenta.’

Bajamos en silencio y salí de la casa para respirar aire puro. Al hacerlo, vi llegar un coche. No sabía de quién se trataba, pero era una novedad. Me acerqué al coche sin saber qué esperar y di las buenas tardes.

‘Buenas tardes a usted también.’

‘¿Puedo ayudarles?’

Los ocupantes del vehículo iban bien vestidos y tenían cara de cansados, como si fueran vendedores ambulantes, pero pensé que no suponían ningún peligro inmediato para nadie. Poco después supe lo equivocado que estaba.

‘Nos podría indicar dónde está el dueño de la casa,’ era una pregunta, pero su tono fue de afirmación.

‘Por supuesto.’

Acompañé a los dos hombres al interior de la casa principal, donde el señor Slater y Eva estaban esperando diligentemente, como si supieran que iban a recibir visitas. El pequeño James estaba en su silla, así que supe que todo iba bien.

‘Buenos días. Somos de la policía de Austin, queríamos hacerles unas cuantas preguntas si fuera posible.’

‘Por supuesto, pasen.’

‘Este es un tema un poco delicado para una dama.’

‘No se preocupe por mí, agente, soy una chica de campo cuyo padre posee un matadero. He visto muchas cosas en mi vida.’

‘Está bien, como quiera.’

‘Nos gustaría saber qué tipo de relación mantenían con el señor Johnson.’

‘¿El señor Johnson del Matadero Johnson?’, preguntó el señor Slater.

‘Exactamente.’

‘La verdad es que era mi rival en el terreno de la carne, pero teníamos una relación cordial,’ dijo en un tono neutro. ‘Profesional,’ añadió en el último momento.

‘Tengo entendido que últimamente el señor Johnson ha estado ganando muchos de sus clientes.’

‘Eso es cierto, sí, señor. Pero solo porque yo he querido dejar por una temporada el negocio. Querría dedicarle un tiempo a mi nieto y mi hija.’

‘Entiendo.’

‘Además, el negocio hacía algún tiempo que no iba bien y decidimos que era un buen momento para mejorar nuestras instalaciones y parar una temporada,’ añadí porque no creí que el señor Slater fuera capaz de soportar la rabia que albergaba en su interior. Nunca había sido un hombre que reconociera sus errores y creí necesaria mi intervención.

‘¿Y usted es?’

‘Soy el hermanastro de Eva,’ fui incapaz de decir que era el hijo del señor Slater.

‘Ya veo.’

‘Recientemente hemos vuelto a reunirnos para renovar el negocio y adaptarlo a los nuevos tiempos, ¿verdad?’, me dirigía al señor Slater para que cogiera el hilo de la conversación y no se quedara descolgado.

Este asintió e inmediatamente Eva intervino. Por primera vez, estábamos los tres compenetrados. Sabíamos por qué estaban los agentes allí pero también hasta donde podíamos llegar con nuestras palabras.

‘Todavía no entiendo qué tiene que ver todo esto con nuestro vecino, el señor Johnson,’ retomó el señor Slater.

‘La verdad es que ha pasado una cosa terrible. Algunos hombres murieron en el Matadero Johnson. Asesinados a sangre fría, hace ya semanas. ¿No se han enterado?’

‘No estamos muy al corriente de las noticias. Lo que no entiendo es, si hace

tanto tiempo, ¿qué hacen aquí ahora?’

‘La investigación no nos había conducido a nada. Pero recientemente se ha encontrado al señor Johnson, el dueño del matadero, colgado. Y la nota apuntaba hacia ustedes...’

No nos inmutamos aunque pensé inmediatamente qué debía decir la nota.

‘Nuestro jefe y el alcalde quieren una resolución rápida y hemos pensado que sería buena idea visitarlos por si sabían alguna cosa que nosotros desconociéramos.’

‘Algo relacionado con el negocio, alguna historia que no pareciera importante en su momento... Lo que sea...’, intervino el otro poli.

‘La verdad es que ya le he dicho que teníamos una relación puramente profesional con el señor Johnson. No sé nada de él personalmente.’

‘Quizás hiciera negocios con las personas equivocadas,’ añadí.

‘Esa fue nuestra primera idea, pero no hemos sacado nada en claro de aquello.’

Eva volvió a intervenir.

‘Supongo que las malas personas suelen ser precavidas con sus acciones.’

‘Tiene usted toda la razón del mundo, señorita.’

‘Señora,’ dijo Eva rápidamente.

‘Y puedo preguntar dónde está su marido.’

‘Es inglés. Está combatiendo.’

‘Lo sentimos, señora.’

‘¿Necesitan alguna cosa más?’, creí que era el momento de terminar la conversación.

‘La verdad es que no. Si recuerdan algo más no duden en contactarnos. Este es nuestro número.’

‘Por supuesto,’ dije cogiendo la tarjeta.

Estaba claro que los policías tenían muchas más sospechas de las que nos habían hecho creer pero, por el momento, los habíamos alejado. Mientras su coche levantaba polvo al dirigirse a la salida, no pude evitar pensar que formábamos mejor grupo criminal que familia.

Las semanas que siguieron me escudé en mi estado físico para encargar al señor Slater todos los trabajos ingratos que se me ocurrían, devolviéndole todos los días que me había tenido al límite, postergando por el momento el asunto policial. Para mi sorpresa, cumplió mis órdenes sin rechistar y en un estado de ánimo bastante bueno. Sin embargo, sabía que en cualquier momento

la *bestia* podría resurgir y me mantenía alerta.

Cuando consideré que la sala de matanza estaba lista para el trabajo real, cogí el dinero de mi baúl, cambiamos las libras por dólares y compramos las reses que obviamente necesitábamos. Desde luego, el recibimiento que nos dio el vendedor era la prueba de la fama del señor Slater. *Vaya, si es Slater. ¡Cuánto tiempo!*, gritó en tono jocoso. Sin embargo, el señor Slater me había informado de que nos interesaba enormemente trabajar con aquel criador si queríamos proveer calidad porque era el único a menos de un día de viaje, lo cual ahorraba un gran estrés a los animales, así que intervine:

‘Buenos días, señor. Si no quiere vendernos sus reses lo entenderé, está en su derecho, pero creo que esto le puede interesar,’ saqué el fajo de billetes sabiendo lo que iba a suceder.

‘Amigos, ¿por qué no me habíais dicho desde un principio que teníais dinero? Vamos, os enseñaré algunas de mis mejores piezas.’

Dedicamos las siguientes horas a marcar las piezas, acordamos que nos las traería al día siguiente y volvimos al matadero.

Aquella tarde salí para encargarme de un vagabundo para prepararme para la mañana siguiente y necesité un gran esfuerzo a pesar de que mi víctima no era ningún reto.

Por la noche, con mi dosis, dejé que mi cuerpo se recuperara.

Me levanté al alba, desayuné, y salí a recibir las reses. Pretendía que se relajaran durante un par de días antes de trabajar en serio, pero sabía que debía publicitar nuestro producto antes. Por tanto, mandé al señor Slater que desangrara una pieza y la preparé para regalar sus partes a los carniceros de la zona. Estaba convencido de que, si la probaban, querrían volver a trabajar con nosotros a pesar del señor Slater.

Aquello fue el sábado y el lunes el ochenta por ciento de los carniceros a los que habíamos dado nuestro corte se habían mostrado interesados en trabajar con nosotros. Sabía que el cierre del Matadero Johnson jugaba a nuestro favor, pero continuaba siendo buena señal que tantos profesionales quisieran jugársela con nosotros a pesar del historial del señor Slater.

De hecho, los pedidos fueron tan grandes que, para alcanzar las cuotas y mantener la calidad –yo hacía todo el despiece–, nos levantábamos a las cuatro de la mañana. Sin embargo, la situación era cómoda y, en cuanto el matadero empezó a generar dinero, le encargué a Eva que buscara una criada. Para mí, era clave empezar a vivir como en los viejos tiempos porque había

sido una de las razones por las que había aceptado hacerme cargo de todo. Quizás era un lujo, pero si no trabajábamos para facilitarnos la vida, no entendía para qué lo hacíamos.

También había decidido tomar un aprendiz al que pudiera enseñar a cortar la carne y que marcara el inicio de nuestra expansión. Además, era consciente de que, para desengancharme de la heroína, necesitaba tiempo y también de que, en aquel momento, no podía dejar el negocio en manos del señor Slater.

Por lo tanto, necesitaba alguien a quien confiar el trabajo diario.

El día antes de Navidad, Eva eligió a la señora Patts, una mujer regordeta y cariñosa que estaba encantada con el hecho de trabajar en una casa donde hubiera un niño. *Desde antes de la depresión que no trabajo en una casa con un bebé. Me encanta su olor por la mañana. Me hace feliz,* dijo durante su entrevista. Además, con su estilo de madre, la señora Patts era muy capaz de poner a raya al señor Slater y aquello me hacía gracia. *Señor Slater, creo que ya ha bebido demasiado por hoy. Si no para, mañana no podrá trabajar y no podrá pagarme mi sueldo. Y eso sería una pena.*

En cuanto a mi aprendiz, me costó encontrar a alguien. Todos los que se presentaban eran o muy estúpidos o tenían muy poco espíritu; y aquello era algo que ni el trabajo –ni yo– podíamos permitirnos. No era que nos faltaran candidatos porque los hombres acudieron en tropel, sino que ninguno me llamó la atención hasta varios días después, cuando elegí a un joven negro.

Se llamaba Louis, era alto y esbelto, de tez muy oscura y me gustó desde el primer momento en que lo vi. Andaba con una seguridad que me hizo fijarme en él entre todos los hombres que estaban allí. Tenía solo quince años, pero yo había empezado también muy joven. Nada más verlo, le dije que se acercara y me contestó con muy buenos modales.

‘Por supuesto, señor.’

‘¿Por qué estás aquí?’

Y me dio la mejor respuesta que me habían dado en aquellos días de entrevistas. Otros hombres me habían dicho, *por el trabajo, por el dinero, para alimentar a mi familia, para tener un futuro;* pero esas palabras formaban parte de un discurso, no de un deseo.

‘Para aprender,’ me había dicho el joven negro.

‘¿Cómo te llamas, muchacho?’

‘Louis.’

‘¿Por qué te pusieron ese nombre?’

‘Por un rey francés, señor. Mi madre decía que tenía que pensar como un

rey si quería ser alguien en esta vida.’

‘Eso me gusta, Louis. Vas a aprender conmigo.’

Así fue como empezó el año 1941, con la situación estabilizada y mi objetivo de romper con mi pasado aplazado. Por el momento, estaba cómodo con la situación y no aspiraba a más.

54

Inmersos en el buen momento que vivía el matadero, la noche de Fin de Año celebramos mi cumpleaños. La señora Patts elaboró un menú delicioso con un presupuesto no muy elevado y, cuando el reloj de la biblioteca marcó las doce, Eva fue la primera en felicitarme.

‘Felicidades, James. Esto es para ti,’ me dio un beso en la mejilla y abrió su regalo.

Era *Alicia en el país de las maravillas* y pensé si me iba a interesar porque, en aquel momento, la lectura ocupaba un segundo plano en mi vida. Sin embargo, pensaba darle una oportunidad al libro que Eva había elegido.

Sin tiempo para darle más vueltas, el señor Slater me sorprendió con un regalo.

‘Espero que esto nos reconcilie definitivamente o, como mínimo, nos acerque un poco más. Felicidades,’ me alargó una caja de madera grande y robusta, tallada a mano y con filigranas grabadas en el exterior. Pesaba bastante, pero no pude adivinar su contenido. La abrí y descubrí un juego de cuchillos. Por una vez en su vida, el señor Slater había acertado y pensé en la ironía de que su regalo fuera más acertado que el de Eva.

El dos de enero empezó el trabajo con Louis. Se instaló en el edificio del antiguo comedor y empezó a formar parte de la familia del Matadero Slater. Comía y cenaba con nosotros porque creí que lo mejor para que se sintiera parte importante del matadero era darle un espacio auténtico entre nosotros. También le cedí mis viejos cuchillos y estrené los que me había regalado el señor Slater.

Por el momento, Louis aprendía a un ritmo razonable y ponía todo el empeño del mundo por tenerme contento. Desde luego, no tenía quejas.

La rutina era simple. Por las mañanas solíamos terminar las tareas de corte a las siete y, cuando volvíamos a la casa, la señora Patts nos tenía el desayuno listo. Después, el señor Slater se marchaba a repartir la carne y yo encargaba a Louis trabajos de limpieza, mantenimiento y reparación. Era habitual que se esmerara tanto que, a la hora de comer, tuviera que ir a buscarlo.

A pesar de los intentos del señor Slater por convencerme de que repartiéramos carne del día anterior para tener unos horarios más razonables, me negué sabiendo que la calidad bajaría. Debíamos entregar la carne en el

momento óptimo y si después nuestros clientes tardaban una semana en venderla, ya no era nuestro problema.

Por las tardes, daba tiempo libre a Louis y salía a pasear para recuperarme físicamente. Cuando volvía, me pinchaba mi dosis y me quedaba en mi mundo blanco hasta la hora de cenar.

Sinceramente, hubo ocasiones en que ni siquiera cené.

Unas semanas después volvieron los policías y el señor Slater se acercó para hablar con ellos. Sabía que, con el negocio funcionando, debía vigilarlo para que no tuviera la tentación de culparme y quedarse de capataz, así que me acerqué y le dije:

‘Vete a repartir la carne. Yo me encargaré de ellos.’

El señor Slater se fue sin rechistar e incluso pareció aliviado de no tener que tratar con la policía.

‘Buenos días, agentes. ¿Puedo ayudarles en algo?’

‘Tan solo venimos a ver si han recordado algo nuevo acerca del Matadero Johnson.’

‘La verdad es que no.’

‘Pero veo que su negocio ha prosperado.’

‘La verdad es que sí. Lo que pasó con nuestros vecinos es una auténtica desgracia, pero la verdad es que ahora somos el único matadero de alta calidad que existe en la zona.’

‘Entiendo. Si recuerdan algo no se olviden de llamarnos.’

Al despedirse, uno de los policías me dio la mano y, mientras lo hacía, me dio una palmada en el hombro como en ocasiones los hombres hacen al saludarse. Lo hizo en una de las pocas zonas que aún tenía resentidas de mis palizas y aparté involuntariamente el brazo.

‘¿Le pasa algo?’

‘Lo siento. Me hice daño trabajando la otra mañana y aún no me he recuperado.’

‘Siento haberle causado dolor. No era mi intención.’

‘No se preocupe. Si se nos ocurre algo, se lo haremos saber.’

Se fueron y supe que nada había sido fortuito. Sospechaban de mí y sabían más de lo que decían. Desde luego, no podía permitir que los agentes continuaran indagando y me dispuse a descubrir quiénes eran y qué sabían exactamente.

Las siguientes tardes fui a Austin a investigar quiénes eran los dos policías y por dónde se movían. Estuve tres días esperando la coincidencia de que salieran de comisaría durante mis vigilancias y, cuando el azar jugó a mi favor, los seguí pacientemente, como había hecho en múltiples ocasiones con mis víctimas. Los observé mientras entraban en un bar que era conocido por su mala fama, un lugar para *hombres de verdad*, lo bautizaban algunos.

Esperé unos minutos antes de acercarme y descubrir, para mi sorpresa, que estaban sentados con el señor Slater. En aquel instante, todo encajó y me dispuse a irme.

Sin embargo, al dar media vuelta, por el rabillo del ojo, reconocí a alguien que entraba en el bar. Era difícil de creer, pero era el padre Rhys. Desaliñado, sin alzacuellos, y mucho más delgado de lo que recordaba; pero era él.

Me quedé tan descolocado que me marché sin esperar a ver cómo se desarrollaba todo. Fue un error, pero necesitaba meditar cuál sería mi siguiente paso. De hecho, aquella noche tuve que aumentar mi dosis para descansar porque sabía que me iba a costar apaciguar a mi cerebro, como siempre que formulaba un plan.

La mañana siguiente empecé a recopilar la información que necesitaba antes de actuar. Después del trabajo, me acerqué al señor Slater y le pregunté sin embudos:

‘¿Qué sabes del padre Rhys?’

‘¿El padre Rhys? ¿A qué viene esto ahora?’

‘A nada. Simplemente me gustaría saber por qué se fue.’

‘Se fue porque me dio por imposible. Me mandó a la mierda y una mañana ya no estaba. El padre Rhys y yo no estábamos muy de acuerdo en cómo llevaba las cosas. De hecho, no estábamos de acuerdo en prácticamente nada.’

‘Eso no era nada nuevo.’

‘No, no lo era,’ se lo pensó un segundo. ‘Supongo que se cansó de estar aquí.’

‘Ya. ¿Sabes dónde está ahora?’

‘La verdad es que no lo he visto desde el día que se fue. No sé si está vivo o muerto ni si sigue en la zona.’

No actué a pesar de saber que mentía.

‘¿Hay alguna forma de localizarlo?’

‘No lo sé. Supongo que podrías ir a probar suerte en la iglesia por si el capellán sabe algo, o preguntar en la archidiócesis... Algo así, supongo.’

El señor Slater se fue satisfecho pensando que solo había presenciado un intento del pobre James de recuperar el contacto con su querido padre Rhys. Por mi parte, la conversación me dejaba en el mismo lugar y sabía que tendría que encontrar al padre Rhys por mis propios medios.

La tarde siguiente, me dirigí a la iglesia para preguntar sobre el padre Rhys. Al entrar, recordé el sermón que había iniciado mi miedo y al suicida que se había tirado desde su tejado, pero no sentí nada.

‘Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte, hijo?’, se dirigió a mí el capellán desde el altar, donde preparaba la misa.

‘Hace poco he vuelto a la ciudad y estoy buscando a un eclesiástico que fue muy importante en mi vida. Quería saber si lo conocía: el padre Rhys.’

‘Lo siento, hijo, pero el nombre no me resulta familiar. La verdad es que soy nuevo en la congregación y no conozco a demasiados de mis compañeros religiosos. ¿Puedo hacer algo más por ti, joven?’

‘No, gracias.’

‘En ocasiones, siento que no haya más jóvenes como tú en la misa de los domingos. Creo que es importante que—’

‘Ni lo intente,’ le corté, saliendo del templo.

En la calle, me topé con Louis, que iba acompañado de otro negro joven, tan grande que parecía un gigante. Desde luego, era el típico hombre fuerte que podría usar para el trabajo más físico cuando tuviera que encargarme del señor Slater.

Me acerqué a ellos.

‘Hola, Louis.’

‘Oh, hola señor James.’

‘¿Qué haces en la ciudad?’

‘Este es mi primo Alexander.’

‘Encantado.’

El gigante no contestó.

‘A Alexander no le gustan demasiado los extraños.’

‘Ya veo, un hombre silencioso.’

Louis se me acercó y me susurró:

‘Entre usted y yo, señor James, es un poco retrasado. Cuando era un bebé cayó al suelo y se quedó un poco *pallá*, si me entiende.’

‘Lo entiendo. Pero no por eso es menos persona, ¿verdad?’

‘Claro que no. Es mi primo y lo quiero, señor.’

‘¿Y vive por aquí cerca?’

‘No, señor. Pero cada año pasa la mitad con mi madre y conmigo y la otra mitad en su casa en San Antonio.’

‘Entiendo.’

‘Justo le estaba explicando que este año mi madre está enferma y no podrá quedarse con nosotros. Eso le pone muy triste, sabe.’

‘¡Tonterías! Con esos brazos nos podría ser de gran ayuda en el matadero. Si a ti te parece bien, pasará los seis meses con nosotros y después ya veremos. Se puede instalar contigo en el antiguo edificio del comedor. Si te parece bien, claro.’

‘Señor, no sé qué decir...’

‘Di que sí. Puede encargarse de ayudar al señor Slater con la carga y descarga. ¿Le gusta el trabajo físico?’

‘Por supuesto, señor. Es lo único que se le da bien.’

‘Bienvenido Alexander. ¿Pasarás con nosotros el verano?’, me dirigí al primo con la mano extendida para darle un apretón.

La cara del gigantón se iluminó y se puso a dar saltos de alegría. Mi mano quedó allí colgada esperando el apretón mientras Alexander abrazaba a su primo con todas sus fuerzas.

‘No me aprietes tanto, Alexander.’

El grandullón se separó y lo único que oí salir de su boca en aquella presentación fue *Alexander contento. Alexander ayuda*. Me miró con la sonrisa de un niño y pensé que, si era tan inocente como parecía, quizás Alexander podía convertirse en un aliado. Y, de hecho, poco después, confirmaría aquellas primeras impresiones sobre el primo de Louis.

Por el momento, caminamos los tres hacia el coche. Yo le explicaba a Louis cómo se debían cortar las carnes y las cosas más importantes a tener en cuenta si quería llegar a ser tan bueno en el trabajo como yo; y Alexander iba andando detrás de nosotros, parándose a oler flores, cogiendo y tocando todo lo que le llamaba la atención. Cuando le pregunté acerca de esto a Louis, me explicó:

‘Desde pequeño ha tenido esta conexión táctil con las cosas. Las necesita tocar, tenerlas en las manos para entenderlas, para procesarlas.’

‘Supongo que eso le debe haber traído más de un problema.’

‘No tiene usted ni idea, señor James,’ me dijo antes de volver a hablar de trabajo.

Cuando llegamos al matadero, le dije a Louis que ayudara a su primo a instalarse y me fui a dar las noticias a la casa. La señora Patts estaba encantada ante la perspectiva, Eva parecía indiferente ante la noticia y el señor Slater, a pesar de que intentó disimularlo, estaba descontento. *Es un hombre muy fuerte. Podrá ayudarte con tu trabajo, así podrás dedicar más tiempo a sus cosas*, le vendí sabiendo que no tendría más remedio que aceptar mi decisión.

Aquella fue la primera noche en que Alexander cenó con nosotros y la señora Patts estaba encantada con que comiera como tres hombres:

‘Por fin alguien que sabe apreciar mis platos... Qué contenta estoy,’ decía para sí misma cada vez que entraba en la cocina.

La mañana siguiente, el señor Slater le explicó a Alexander su trabajo y todos pudimos ver que era un excelente animal de carga. Cogía las cajas con una sola mano y cargaba la camioneta en menos de la mitad de tiempo que el señor Slater. Cuando terminó, Alexander se dirigió corriendo torpemente hacia mí:

‘Slater dice aquí.’

‘No, Alexander, tienes que ayudar al señor Slater a bajar las cajas, ¿no?’

‘Cajas. Alexander fuerte,’ y volvió corriendo hacia la camioneta.

Y por mucho que el señor Slater intentaba explicarle que se quedara allí, lo único que recibía por respuesta era: *Cajas. Alexander fuerte. Ayuda*, así que finalmente se marcharon sin más.

Aquella tarde fui a la archidiócesis, donde un cura joven salió a recibirme y me preguntó qué deseaba.

‘Vengo a ver a alguien que pueda informarme del paradero de un religioso que fue muy importante para mí en mi infancia.’

‘Lo siento, pero la archidiócesis no está aquí para eso, señor.’

‘Si no me ayudas, no vivirás más de un día,’ le dije, cansado de evasivas. ‘Ahora mismo me vas a llevar con la persona que lleve más tiempo en la ciudad y vas a desaparecer de mi vista,’ ignoré su pregunta.

Inmediatamente, empezó a caminar y lo seguí a una pequeña celda donde había un viejo sentado en su sencillo catre que parecía estar meditando, mirando a la nada con mucha más atención de la que algunos usarían para leer.

‘Hermano John,’ le dijo el que me había acompañado, ‘este joven quiere obtener información de alguien de nuestra hermandad. Como es usted el más

veterano, quería saber si podía ayudarle.’

‘Por supuesto, pasa. Ya se puede marchar, hermano,’ y se dirigió a mí.
‘¿Qué necesitas joven?’

‘¿Hace mucho tiempo que está en la zona?’

‘Más de veinte años.’

‘Si se me permite la osadía, ¿por qué sigue aquí? Por lo que parece, a pesar de su edad, no es más que un capellán raso, sin ningún privilegio,’ dije sin poder callarme mis dudas.

Sonrió.

‘Parecerá raro, pero nunca se me ha dado demasiado bien la política. Me conformo con servir a Dios a mi manera. No suelo callarme mis opiniones y no me importa quién las oiga. Por lo visto, en algunos círculos, eso está mal visto. ¿Tú qué opinas?’

‘La verdad es que últimamente he descubierto que la honestidad abre más puertas de las que pensaba.’

Volvió a sonreír mientras asentía.

‘La iglesia necesitaría más jóvenes como tú...’, vio que no era una conversación que estuviera interesado en tener. ‘No importa, vayamos al grano, ¿en qué puedo ayudarte?’

‘Estoy buscando al padre Rhys.’

‘El padre Rhys ha abandonado su fe.’

‘No lo entiendo, el padre Rhys siempre me pareció una persona muy segura de sus convicciones.’

‘Hay ocasiones en que la vida te hace cambiar de opinión.’

Asentí.

‘Permíteme que te pregunte... ¿De qué conoces al padre Rhys?’

‘Cuando era más joven, el padre Rhys fue una figura importante para mí. Me ayudó todo lo que pudo. Puedo decirle, sin ningún tipo de duda, que sin él no estaría aquí.’

‘Y sin embargo no me pareces una persona creyente.’

‘No creo en la iglesia, no. Ni en Dios. Si Dios existiera no permitiría que ciertas cosas pasaran.’

Pensó durante unos segundos antes de contestarme.

‘No pienso discutir tus creencias contigo. Respeto el hecho de que no creas como tú debes respetar el hecho de que yo lo haga.’

‘Por supuesto. Pero, ¿sabe dónde puede estar el padre Rhys?’

‘Sé que se ha quedado en la zona, pero desconozco su dirección exacta.’

Estoy seguro de que si preguntas en los bares del centro, lo encontrarás.’

‘¿Suele frecuentar los bares?’

‘Por desgracia, sí. El padre Rhys ha perdido su camino y no sabe hacia dónde ir. Sigue el camino de los perdidos, hijo,’ se dio cuenta inmediatamente que no debería haberme llamado hijo y rectificó rápidamente. ‘Lo siento, es la fuerza de la costumbre. A veces pienso que las cosas que decimos sin pensar son las más peligrosas.’

‘Si no tiene más información, me iré.’

‘Me temo que esta es toda la ayuda que puedo proveerte. Que tengas un buen día.’

Los siguientes días pasaron con pocos cambios. El más destacado fue que el señor Slater me propuso diversificar el trabajo y comprar algunos cerdos para vender su carne. *Yo mismo me encargaré de todo*, me propuso y, como era una buena idea, la acepté sin plantearme de quién provenía.

Compramos los cerdos y le encargué a Alexander la tarea de alimentarlos porque el gigante parecía necesitar estar siempre ocupado y la tarea era adecuada para sus capacidades. De hecho, Alexander parecía más feliz que nunca.

Pasé más de una semana intentando localizar al padre Rhys en los bares, pero ante la falta de indicios y con mi vacío cada vez más presente, decidí encargarme de otro asunto pendiente: los dos policías. De paso, indagaría sobre la presencia del padre Rhys en la reunión que habían mantenido con el señor Slater.

Localicé a los agentes con rapidez y memoricé sus direcciones. Aquella noche, me pinché una dosis suficiente para funcionar sin abstinencia, cogí la camioneta y me dirigí a la primera dirección.

El primer policía vivía solo, así que simplemente lo golpeé por sorpresa y lo cargué en la camioneta. En casa del otro policía, no muy lejana, noqueé al segundo agente y lo até a una silla. Entonces, recuperé al primer policía de la camioneta y los puse uno al lado del otro.

Una vez los dos estuvieron inmovilizados me dispuse a averiguar qué sabían de lo sucedido en el Matadero Johnson. Cogí agua de lavabo y se la tiré a la cara para que recuperaran la conciencia.

Al verme, no parecieron demasiado sorprendidos y sus primeras palabras me proporcionaron todas las respuestas que necesitaba.

‘Parece que por fin vamos a ver tu auténtica cara,’ me dijo uno, antes de que le diera una sonora bofetada.

‘Las cosas van a ser muy sencillas. Yo os pregunto y vosotros contestáis con la verdad. Si lo hacéis, os dejaré marchar de aquí sin más. Si no, vais a sufrir mucho.’

‘Cuando quieras empezamos.’

Se mostraban desafiantes y pensé que, si seguía igual, no iba a lograr acabar con ellos antes que Louis, Alexander y el señor Slater se despertaran para el trabajo, así que aceleré las cosas. Cogí la sierra que llevaba en mi bolsa y le corté el pie a uno de los policías, que se desmayó al instante por el dolor. El otro, mientras, me gritaba que parara.

‘Ahora ya has visto lo que te va a pasar si no contestas mis preguntas,’ el charco de sangre bajo el policía iba creciendo al mismo ritmo en que la resistencia del otro se desvanecía. ‘Tu única opción de supervivencia es decirme lo que sabes.’

‘Está bien. El señor Slater nos ha dicho toda la verdad sobre quién eres y lo que pasó en el Matadero Johnson.’

Le pegué un puñetazo en la barriga para que se callara. La información me resultaba útil, pero no era nada que no hubiera sospechado ya. Llegados a aquel punto, solo me interesaba descubrir qué podían decirme del padre Rhys.

‘Dime todo lo que sepas sobre el cura que se reunió con vosotros en el bar el otro día.’

‘¿Qué cura? No conozco a ningún cura.’

‘¡No me mientas, joder!’, cogí la sierra y la puse delante de su cara. ‘Yo mismo lo vi entrando en el bar en que estabais reunidos con el señor Slater.’

‘Es curioso que aún le llames señor, sabes...’

Me acerqué de nuevo a su compañero y me dispuse a cortarle el otro pie.

‘¡No! ¡Para! De verdad que no había ningún cura en nuestra reunión.’

Empecé a mover la sierra con firmeza.

‘¡Espera! ¡Un momento!’, tomó aire. ‘Es verdad que Slater habló con alguien que entró en el bar.’

Lo miré fijamente.

‘Pero no era parte de nuestra reunión. Slater nos dijo que anteriormente habían vivido juntos, que le había ayudado mucho, pero aquel hombre solo estaba en el bar para que alguien lo invitara a beber. Nada más. Cuando nos fuimos seguía allí.’

‘¿Dijo algo el señor Slater sobre cómo encontrarlo?’

‘¿Qué quieres decir?’

‘Algún comentario sobre dónde vivía, imbécil.’

‘Ah, está bien, no te pongas nervioso. Dijo algo sobre que vivía en las chabolas de las afueras... Pero no sé nada más, de verdad. Ahora suéltame, que tengo que llevar a mi compañero al hospital.’

‘No te preocupes, yo mismo lo llevaré a un lugar donde se encontrará mejor,’ saqué mi pistola y le disparé a su compañero en la cabeza.

‘Encontrarán nuestros cuerpos y sabrán que has sido tú...’

Apoyé el cañón sobre su ojo derecho y apreté de nuevo el gatillo.

Puse los cuerpos en la camioneta, tapados con una manta, limpié concienzudamente la sangre que había en la casa y lo ordené todo.

Cuando terminé, fue como si no hubiera pasado nadie por allí.

Llegué al matadero y bajé los cuerpos. Sabía que los cerdos comían lo que fuera y pensaba alimentarlos con la carne de los policías, pero antes los descuarticé y separé los huesos. Puse lo comestible en cubos y el resto en un saco que enterré.

Después, empecé a alimentar a los cerdos. Del cubo colgaba un trozo de carne sin hueso que cualquiera que lo viera reconocería como humano, pero no importaba porque estaba solo. De repente, oí la voz de Alexander. *Ayuda. Alexander ayuda.*

Antes de que pudiera reaccionar, me quitó el cubo de las manos con una fuerza impresionante. Estaba preparándome para acabar con él cuando vi como cogía el brazo, lo miraba y se lo tiraba a los cerdos, repitiendo: *Ayuda. Alexander trabaja duro.* Su cerebro no había procesado que aquella carne proviniera de una persona o, simplemente, la moralidad del acto se le escapaba.

Desde luego, había confirmado que podía confiar en Alexander porque solamente quería ayudar, ser bueno; y, aquel hecho, acababa de salvarle la vida.

La tarde siguiente de eliminar a los policías –después de una necesaria siesta– conduje a las chabolas en busca del padre Rhys. La zona era conocida por su extrema pobreza y solía ser nombrada por los comunistas como ejemplo de la decadencia producida por el Crac, pero la realidad era que mucho antes del Jueves Negro ya había chabolas y, probablemente, continuarían existiendo siempre. En aquel caso, los comunistas solo aprovechaban la pobreza para atraer a más gente a su mensaje.

Al bajar de la camioneta, lo esperado: pobres haciendo lo necesario para sobrevivir y niños jugando con basura, nada que no pudiera encontrarse en cualquier ciudad del mundo. Desde luego, la miseria humana siempre hallaba la forma de aparecer.

Decidí dirigirme a los niños porque eran los que solían terminar enterándose de todo lo que sucedía allá donde iban. Me acerqué a un grupito que rebuscaba entre una montaña de basura y les dije:

‘Daré un dólar a quien me diga si hay por aquí algún cura.’

Salieron huyendo, pero logré coger a uno de la camiseta y lo miré fijamente.

‘Si no me contestas, te arrepentirás,’ solté mi agarre y el pequeño se separó de mí, pero me escuchó. ‘Solo quiero saber si en la zona hay alguien que cuide a los demás, que haya intentado ayudar a vuestra comunidad, y que haya fracasado.’

‘Creo que no.’

‘Piensa... Te ganarás un dólar... Alguien que parezca diferente, que no encaje aquí... Quizás sea un borracho, pero diferente...’

‘No lo sé. Aquí hay muchos borrachos, señor,’ extendió la mano esperando el dólar, que le di sin más.

Pensando en lo complicado que iba a ser dar con mi objetivo, levanté la vista y vi al padre Rhys entrando a una de las chozas. Sin más, el azar había actuado y no pensaba quejarme. Entré en la misma chabola que el padre Rhys y lo encontré en su interior.

‘Hola, James, te estaba esperando. Has tardado bastante... Pero supongo que nadie puede negar que cuando te propones algo lo acabas consiguiendo...’

Aquel padre Rhys, con la voz rota, no se parecía en nada al que recordaba. Estaba mucho más delgado, sin afeitar y, aunque seguía vistiendo con traje negro, su alzacuellos había desaparecido, y aquel detalle insignificante

cambiaba su apariencia por completo.

La chabola era lo que se podía esperar. Un techo agujereado y cuatro utensilios dispuestos sobre una pobre estantería de madera al lado de un sillón reutilizado de la basura y dos sillas de madera astillada.

‘Estaba esperando a que vinieras porque varias personas me habían dicho que me estabas buscando,’ me dijo mientras cogía una botella medio vacía de alcohol sin etiquetar y lo servía en un vaso que parecía desenterrado del suelo. ‘¿Qué quieres? Tengo cosas que hacer.’

‘¿Tiene mucho trabajo emborrachándose?’

‘La verdad es que ese es mi principal plan para hoy, sí. ¿Alguna objeción?’

‘Pensaba que estaría más interesado en tener una conversación conmigo, como en los viejos tiempos.’

‘Los viejos tiempos,’ sonrió. ‘Los viejos tiempos no son reales. Solo existe el momento en que vivimos, James. Y quien te diga lo contrario te está engañando,’ se bebió el vaso de un trago y se sirvió otro.

Cogió la botella y se dejó caer en el viejo sillón. Me ofreció sentarme en una silla y lo hice.

‘James, tienes que entender que todo lo que existe está aquí. No hay pasado, ni futuro, solo existe este momento, la escena que estamos viviendo.’

‘Me parece un gran cambio para el padre Rhys que conocía.’

‘Podríamos decir que el padre Rhys que conociste ya no existe, James. Cuando las personas cambian, su yo anterior simplemente desaparece; enterrado y olvidado. De hecho, tú deberías saberlo mejor que nadie.’

‘¿Por qué?’

‘¿Cuántas veces te has reinventado? ¿Cuántas has cambiado tu comportamiento a raíz de los acontecimientos? ¿Cuántos James diferentes ha habido desde que te conocí? Si crees que eres el mismo de cuando murió tu padre, te equivocas. Y lo mejor de todo, nunca podrás desenterrar quien eras.’

‘Entonces, según usted, ¿no hay esperanza?’

‘La esperanza es el invento del hombre sin capacidades. Nos creamos nuestro propio futuro, nuestros actos definen quiénes somos y hacia dónde vamos.’

‘O sea que solo existe lo que podemos ver y tocar, el mundo material, ¿es eso lo que me está diciendo?’

Asintió y se bebió el segundo vaso de alcohol.

‘¿Cómo ha cambiado tanto? ¿Qué le ha pasado, padre Rhys?’

‘No me llames padre, James. Ya no soy religioso, no hay ninguna razón para

que sigas llamándome así. Quizás para ti llamarme padre no sea más que una cortesía, pero para mí nunca lo ha sido, así que no lo hagas,' volvió a llenarse el vaso. '¿Quieres saber lo que me ha pasado? He dejado de creer.'

'¿En Dios?'

'No, James. En los hombres...', se lo pensó un instante. 'Pero viene a ser lo mismo.'

'No lo entiendo,' dije esperando que la didáctica del padre Rhys hiciera acto de presencia.

'Si Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza, eso significa que los actos humanos se deben parecer mucho a los de Dios. Eso era lo que siempre había creído hasta que vi actos perpetrados por hombres que no entendía cómo podían surgir de la divinidad. Es más, no solo no entendía cómo Dios permitía que pasaran, sino que no comprendía por qué Dios habría creado un ser como el humano, sin la mínima preocupación por sus semejantes... Vivimos en un mundo de individualidad en el que un hombre hace lo que debe sin importarle lo que le pasa al de al lado. Si una criatura de Dios puede hacer eso, no quiero creer ni en Dios ni en el hombre. No es Dios quien nos espera cuando morimos, solo los gusanos.'

'Y por eso vive aquí apartado, alejado de la sociedad...', dije casi para mí mismo.

'No vivo apartado, sino como lo que soy: un borracho sin dinero. ¿O te crees que alguien vive aquí porque quiere? En este lugar solo viven las personas que no tienen ningún otro lugar al que ir.'

'Lo que no entiendo es—'

'No te engañes, James, no tienes ni puta idea de lo que pasa a tu alrededor, ni una jodida pista de lo que piensan las personas, ni de las razones por las que actúan como actúan.'

'Eso no es cierto.'

'Pues claro que lo es. Estoy seguro de que venías aquí con la intención de descubrir en que entramado estoy metido, qué plan tengo para intentar joderte, ¿verdad?'

No contesté.

'La vida es mucho más sencilla que todo eso, James. Ni pienso en ti ni me interesa en absoluto qué haces. En otra vida hice todo lo que pude por ayudarte, eso es todo.'

'¿No quiere saber entonces por qué he vuelto a Austin?'

No dijo nada, pero se lo dije de todas formas.

‘He vuelto para romper con el pasado, para labrarme un futuro.’

‘Pues lo estás consiguiendo,’ sonrió. ‘Vives con tu padrastro y tu hermana y llevas días buscándome. Parece ser que lo de romper con el pasado tiene un significado diferente para ti que para mí.’

‘No, eso—’

‘¿Eso qué? ¿Estoy reinterpretando tus pensamientos? Eso no es lo que querías decir, ¿verdad? James, por favor, no intentes engañar al zorro. Sé muy bien que si ahora te dijera algo que interesara a tus propósitos, cambiarías la idea que tenías cuando me has encontrado. Es lo que haces siempre: adaptarte.’

‘¿Has pensado alguna vez que los auténticos hombres son siempre los mismos a pesar de las situaciones en que se encuentran y que la mayoría ni siquiera tienen la opción de escapar del lugar en el que viven para crearse un nuevo yo? Hay gente que aguanta la vida que le ha tocado porque es lo necesario, lo único que pueden hacer. Lo único que tú has hecho en tu vida ha sido huir: escapar de los problemas, de las personas que te jodían, de ti mismo. Nunca te has enfrentado de cara a tus problemas.’

‘Te has pasado la vida huyendo. Día tras día, incapaz de aceptar lo que se te dice. Incapaz de hacer autoevaluación. Un niño, eso es lo que eres ¿Y crees que matándome cambiarás algo?,’ hizo que no con la cabeza. ‘Seguirás siendo lo que eres después de que yo muera. Si fuera cierto lo que me dijiste la última vez que nos vimos, no debería importarte lo que te estoy diciendo.’

‘Todavía no se cree que no siento nada...’, dije mientras pensaba en el porqué de su ataque.

‘Creo que crees que no sientes nada, porque es tu forma de sobrevivir en un mundo que no entiendes.’

‘¿Qué diferencia hay entre que sea cierto o que yo crea que es cierto? Para mí, al final, significa lo mismo.’

‘Ya no me dedico a tener esa clase de pensamientos profundos, James. Lo único a lo que me dedico ahora es a intentar no pensar en nada más lejano que la siguiente copa,’ se bebió otro vaso y lo volvió a llenar.

‘Lo que no entiendo es cómo podía odiar tanto al señor Slater cuando bebía y ahora ser usted el que bebe... La gente no cambia tanto...’

‘¿Quieres saber lo diferente que soy, James?’

‘Por supuesto, ilumíneme, padre,’ lo reté para comprobar si el viejo padre Rhys continuaba allí, aunque fuera ahogado en alcohol.

‘Está bien, te lo contaré. ¿Sabes de dónde he sacado esta botella?’, la levantó como si fuera un premio. ‘Un hombre que estaba en el suelo, medio

muerto, me suplicó que le ayudara—’

‘¿Y lo hizo y se lo agradeció con la botella? Eso no hace más que darme la razón.’

‘La verdad es que le di una patada y me quedé con el licor, que estaba entre sus cosas.’

No supe qué decir.

‘¿Aún crees que soy la misma persona?’, bebió directamente de la botella.

‘Usted era el único que me hacía creer que las buenas personas existían.’

‘No existen las buenas o las malas personas. Solo los vivos y los muertos. Y de noche, ni siquiera estoy seguro de que los muertos no nos visiten, así que no pretendas aleccionarme.’

Hubo una pausa larga y volví a retomar el tema que me interesaba.

‘Déjeme preguntarle algo, ¿cuánto hace que vio al señor Slater?’

‘No demasiado. Me lo encontré en un bar y me invitó a una copa. En otros tiempos no hubiera aceptado nada de él, pero en mi situación actual, todo trago es bienvenida.’

‘¿Oyó algo de lo que estaban hablando?’

‘¿Estaban?’, entendió la frase. ‘Ah, ya veo. O sea que para eso has venido, para ver si yo también estaba implicado en el plan que sea que crees que el señor Slater tiene preparado para ti. Déjame que te lo diga bien claro: el señor Slater es un hijo de puta, pero no es un genio del mal. No se pasa los días tramando cómo acabar contigo. Si te soy sincero, eso es más tu estilo. El señor Slater es tan solo un hombre. Un hombre que quiere lo mejor para su hija.’

‘Lo único que quiere el señor Slater es lo mejor para él.’

‘Quizás en este caso lo mejor para él y para su hija sean lo mismo, ¿no crees?’

‘La verdad es que no lo creo, no. Soy yo quien intenta que Eva tenga una vida mejor, el que ha levantado de nuevo el matadero y—’

‘¿Y tú te sacrificas por ella? No me hagas reír, James. Todo lo que haces es por ti. Para demostrarte que eres capaz de hacerlo y que aún te importa alguien. Quizás logres convencerte a ti mismo de tus razones, pero a mí no me lograrás engañar. Te conozco demasiado bien.’

‘Si me conociera ahora mismo tendría miedo de lo que puedo hacerle.’

‘Ya no tengo miedo de nada, James. Es cierto que antes siempre temía no estar a la altura, no poder ayudar a todo el mundo como se merecía, no merecerme la suerte que tenía; pero ya no. La falta de fe, de esperanza, me ha hecho tener claras mis responsabilidades.’

‘¿Y cuáles son?’

‘Las mismas que las tuyas: exactamente ninguna.’

‘No lo entiendo.’

‘Las únicas esperanzas de cualquier ser humano son las mismas: ninguna. Estamos en este mundo por una jugarreta del azar, por una serie de eventos impredecibles, nada más. Respiramos, comemos y nos reproducimos. Somos animales. Eso es todo. No hay nada más.’

‘Hay personas que dicen que el arte nos diferencia de los animales.’

Sonrió.

‘Hay personas que creen que Dios tiene un plan. Algunas se creen mejores que el resto. Las hay que creen que el dinero les dará todo lo que necesiten. James, si tuvieras que moldear tus creencias basándote en lo que creen los otros, no acabarías nunca. Cada hombre y mujer es su propio universo. El arte no es más que una anomalía de un grupo, otra forma de ver las cosas. Ni más ni menos. Hay personas capaces de producir arte como hay animales capaces de aprender a responder a órdenes sencillas,’ volvió a beber. ‘Si quieres saber lo que pienso de verdad sobre ti, creo que siempre terminas aprovechándote de los demás. Te ríes de Slater porque es un perdedor, porque le has vencido en vuestra guerra, pero te aprovechas de su trabajo cuando vives en una casa lograda con su esfuerzo y su herencia. Todo el mundo tiene un pasado, James, incluso tú. Aunque a veces te interese olvidarte,’ pausó unos segundos. ‘¿Sabes lo que de verdad me gustaría descubrir, James? Me encantaría saber qué harías sin dinero. Siempre te enorgulleces de haber sobrevivido a situaciones difíciles, pero desde que saliste del matadero, nunca has tenido que vivir en las condiciones en las que yo vivo actualmente, mendigando por un trago o un bocado. Creo que experimentarlo te haría mejor persona. Tú mismo me dijiste un día que, a pesar de la deuda de tu padre, él os dejó vivir a tu madre y a ti como antes. Incluso en la pobreza, nunca has sabido lo que era vivir sin dinero.’

‘Eso no es justo y lo sabe.’

‘De ti más que de nadie nunca habría esperado esto. ¿Qué tiene que ver la justicia con esto? La justicia es un invento humano, solo existe en nuestras mentes.’

‘Está bien, ha cambiado más de lo que creía posible, lo acepto,’ cambió de tema, consciente de que aquella charla filosófica no iba a ningún lugar.

‘Ahora, ¿puedo preguntarle otra cosa?’

‘Lo siento, James, pero necesito más combustible,’ se levantó para irse

como si nada y, evidentemente, no estaba dispuesto a permitírselo.

‘No se preocupe, yo me encargo.’

Abrí la puerta de la cabaña y llamé al primer niño que pasaba por delante. *Eh, chico, toma un dólar y ve a buscarme dos botellas de whisky. Si vuelves, te daré otro dólar solo para ti.* El niño se fue corriendo ante la perspectiva de ganar un dólar, que debía ser más de lo que había tenido en su vida, y medité cuántos años debía tener. *Quizás cuatro*, pensé y, sin entender por qué, aquello se convirtió en lo más llamativo de todo lo que había visto en las chabolas.

Cerré la puerta y volví a sentarme delante del padre Rhys.

‘¿Le parece bien mi solución?’

‘¿Solución? Los problemas se solucionan; los imprevistos, se resuelven. Esto era más un imprevisto que un problema, la verdad. Y lo has arreglado con dinero, como siempre. Ya te he dicho que me gustaría saber qué harías con tu vida sin dinero.’

Un silencio pesado nos envolvió, casi como dos amigos que se dan cuenta de que, con el tiempo, se han distanciado tanto que no comparten nada, como si el océano se hubiera tragado el istmo que los unía, convirtiéndolos en dos islas.

Aquella nada fue rota por el niño que volvía con dos botellas de un licor irreconocible por el color. El padre Rhys se levantó para cogerlas e instantáneamente bebió un trago.

‘Dale su dólar al chico.’

De repente, al mirar al padre Rhys, viendo en lo que se había convertido, entendí hacia dónde quería encaminar la conversación, lo que el padre pretendía con sus ataques a mis creencias. Por suerte, no sentir me había aislado de sus palabras y no había caído en su ataque.

‘Acabo de darme cuenta de lo que está intentando, del juego que pretende que juegue con usted—’

‘Has tardado lo tuyo en enterarte, ¿no?’, hizo ademán de que le dijera lo que creía saber.

‘Quiere que sea yo quien acabe con su sufrimiento.’

‘Bravo,’ aplaudió sarcásticamente. ‘Para ser una persona que se enorgullece de ser inteligente, de sus planes, eres un poco lento, James.’

‘No pensaba que un religioso quisiera cometer suicidio. La idea no estaba en mi cabeza, por eso he tardado tanto en—’

‘Excusas. Nunca has aceptado nada como culpa tuya, James. Ese es tu problema: siempre te engañas a ti mismo para hacer lo que quieres hacer.’

‘Y usted se engaña a sí mismo si cree que voy a matarle.’

‘Antes de irte, James, ya no estaré aquí.’

‘No lo creo,’ dije levantándome para probar mi punto de vista.

‘Te conozco y sé que no vas a irte. Pero adelante, la puerta está abierta. Ansiabas una conversación como esta, el tipo de sinceridad que compartimos siempre te ha hecho sentir bien, aunque fuera en tu contra. Eso nunca te ha parado.’

‘Deme una buena razón por la que quiera morir.’

‘Podría decirte cualquier mentira que se me ocurriera y el resultado sería el mismo, pero no lo haré. Quiero que me mates porque soy un cobarde.’

‘Nadie que pida morir debería considerarse un cobarde.’

‘Al contrario: te pido que lo hagas porque no tengo la valentía suficiente para hacerlo yo. Es lo que me convierte en un cobarde. Todo el mundo muere, hacerlo no es ningún mérito...’

‘Me ha entrado curiosidad, ¿cuál es la razón por la que se cree capaz de convencerme?’

‘He escrito una carta. Si quieres te la dejo leer. He hecho varias copias,’ se levantó tambaleándose por el alcohol pero se apoyó en la cabecera del sillón y bebió otro trago. Entonces, buscó entre los tres libros que habitaban la estantería y me dio una carta para que la leyera.

La misiva, por llamarla de alguna forma, eran cinco páginas manuscritas y, cuando la terminé, me quedé sin palabras porque era una especie de confesión. En ella explicaba con todo detalle todo lo que el padre Rhys necesitaba para chantajearme. Contaba la muerte del padre Tobías, mis intentos de acabar al señor Slater, cómo maté a mi propia madre; contenía todo lo incriminatorio. Como mínimo, lo que el padre creía saber, aunque la verdad era que no importaba si lo que explicaba la carta era real o no, porque su contenido era más que suficiente para que me ejecutaran si llegaba a las autoridades.

‘Está bien, hablemos. ¿Qué pretende con esta carta?’

‘Aún no lo has entendido, ¿verdad? Es un seguro de muerte.’

‘Solo conozco el seguro de vida. Alguien inteligente habría preparado la carta para ser enviada en el caso de su muerte.’

‘Ya te lo he dicho, James. Esta carta es para asegurar que me matas, no al revés. No tengo ningún interés en seguir vivo.’

‘Entonces, si le mato, ¿ninguna de estas cartas que ha escrito llegaran a su destinatario?’

‘Exactamente. Y podrás seguir dedicándote a tu autoengaño,’ bebió otro

trago. ‘Solo hay una condición: tienes que matarme hoy porque si no, mañana, enviaré esta carta. O cualquiera de sus copias.’

‘Ha estado mucho tiempo esperando esto, ¿verdad?’

Asintió y se terminó la botella que tenía en las manos. La primera de las dos que había conseguido el niño.

‘Sinceramente, pensaba que tardarías mucho menos en encontrarme. Hace meses que te espero,’ abrió la segunda botella. ‘¿Piensas tardar mucho?’

‘¿Qué le hace pensar que aceptaré?’

‘Mataste a tu madre por pura supervivencia. Por mucho que te engañes y te digas a ti mismo que lo hiciste por tu padre. ¿Me vas a decir que no te importó matar a tu madre y no podrás hacer lo mismo por mí? Es una simple cuestión de supervivencia. Y tú eres un superviviente. Por supuesto que lo harás.’

‘¿Quién me asegura que estas cartas tuyas nunca llegarán a su destinatario?’, su argumento parecía irrefutable e intenté asegurarme de cómo iba a salir todo.

‘Tendrás que confiar en mí en esto.’

‘No lo hago.’

‘Está bien. Lo diré de otra forma: lo único de lo que puedes estar seguro es de que si no me matas inmediatamente, las cartas llegaran a su destino.’

Era suficiente. Simplemente no podía elegir lo que iba a suceder a continuación y tenía que hacer lo que el padre Rhys me pedía. Justo entonces, con mi decisión tomada, añadiendo tensión a nuestra escena, empezó a llover con una gran intensidad y el sonido de las gotas sobre el techo de la choza retumbaba en su interior, haciendo casi imposible tener un pensamiento coherente.

Me levanté lentamente y puse mis manos alrededor del cuello del padre Rhys. Sabía que acabar con él aniquilaría parte de lo bueno que había tenido mi vida, pero apreté su garganta hasta que mis dedos se marcaron en su piel, hasta que la vida lo abandonó.

Entonces, su cuello cayó para atrás, inerte, y me quedé mirando a sus ojos durante unos segundos. Estaban completamente abiertos, mirando al techo. No había ningún dolor en ellos, sino un aire relajado. Muertos con su último pensamiento, parecían vivos. De repente, una gota cayó en su ojo. Miré hacia arriba y vi cómo la lluvia se filtraba por el techo. Gota a gota. Lentamente. Y gota a gota, la lluvia se encharcó en el ojo derecho del padre Rhys.

Aquello me molestó. De toda la situación, fue lo único que lo hizo. *Se supone que los ojos parpadean cuando les cae agua*, pensé. Los del padre

Rhys no lo hicieron y fue en aquel instante cuando me di cuenta de que no había vuelta atrás, de que todo había cambiado.

56

Los días posteriores a la muerte del padre Rhys fui consciente de que debía dar el paso y desintoxicarme. Empecé a implementar mi plan aumentando la responsabilidad de Louis en el matadero para comprobar si podía dejarlo a cargo de la matanza en mi ausencia.

Louis parecía encantado, pero su técnica no estaba al nivel. Desperdió una oportunidad tras otra, quedándose lejos de las cotas de exigencia que yo necesitaba para el negocio y, además, con cada fracaso, daba un paso atrás porque su frustración le impedía mejorar.

Una tarde, supongo que por pura frustración, Louis me propuso un cambio tan de fundamento en el funcionamiento del matadero que por primera vez dudé si había elegido bien a mi aprendiz.

‘Lo que creo que deberíamos hacer es contratar más gente y empezar a funcionar como una cadena, como hace Ford con los coches. Él fue el primero en darse cuenta de que podía ganar más dinero vendiendo muchos coches baratos que unos pocos caros. Mi abuela siempre me explicaba la historia de Henry Ford para que me diera cuenta de cómo los hombres inteligentes cambiaban las cosas, de cómo se crea la historia.’

‘¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?’

‘Quizás tendríamos que empezar a producir más volumen de carne.’

‘Louis, en este matadero, mientras yo esté al mando, las cosas se harán de la forma tradicional, artesanal, porque sin esa relación especial que intento enseñarte con la carne, es imposible mantener la calidad que nuestros compradores esperan. Y sin esa calidad, no tendríamos clientes, seríamos como los demás mataderos y nadie nos preferiría a nosotros. Espero que lo entiendas,’ le solté y me marché sin más.

No fue hasta unas semanas después que la solución a mi dilema con Louis se presentó. Fue en una mañana especialmente espesa de Louis cuando, a punto de realizar otro de sus cortes inútiles, Alexander –que esperaba a un lado para cargar la camioneta– se levantó como una exhalación y le arrebató el cuchillo a su primo. Este se quedó atónito y, sin tiempo para reaccionar, Alexander cortó la pieza de carne mucho mejor de lo que Louis nunca había logrado. No era un corte perfecto, pero sí lo suficientemente bueno como para plantearme un cambio en mis planes.

‘Louis, creo que ya hemos encontrado a quien me substituya.’

‘No creo que sea una buena idea. Alexander no entiende los peligros. Es como una máquina que—’

‘No insistas. Está decidido,’ me dirigí a Alexander. ‘¿Te apetece aprender a cortar carne?’

Con un abrazo como respuesta, el grandullón se convirtió en mi ayudante y Louis se sintió perjudicado por mi decisión. No me importaba, pero quizás de haber tenido más cuidado, las cosas hubieran terminado de forma distinta.

Me costó meses, pero finalmente logré que Alexander llegara a un punto de calidad y control en el que creí poder dejarlo a cargo del corte mientras me desintoxicaba. Era cierto que el grandullón era obsesivo y se enfadaba consigo mismo cuando algún corte le salía mal –hasta el extremo de darse golpes en la cabeza– pero generalmente exhibía un control envidiable. Además, si lo dejaba al cargo sabía que no tendría ideas extrañas ni conspiraría contra mí. Con lo que no contaba era que, con su simpleza mental, los demás podrían conducirlo donde quisieran. Tampoco importaba, porque no me quedaba otra opción.

Así fue como, después de una semana en la que dejé que Alexander cortara la carne en solitario, decidí que había llegado el momento de dejar el matadero para desintoxicarme.

Sin embargo, antes de mi encierro, fui a hablar con la señora Patts acerca de otro tema que quería tratar antes de limpiarme. La encontré en la cocina, preparando la comida.

‘Señora Patts, me gustaría hablar con usted,’ dejó lo que estaba haciendo para escucharme. ‘No se preocupe, solo quiero comentarle un par de ideas... En unos días me encerraré para desintoxicarme de esta enfermedad que me corroe...’

‘Si se me permite, señor...’

Asentí.

‘Ya era hora que un hombre tan fuerte como usted intente ser mejor que sus tentaciones.’

‘Estoy de acuerdo en que ha llegado el momento. Y en mi ausencia quisiera que se encargara de ciertos arreglos. Me gustaría que la casa recuperara el resplandor que se merece. ¿Qué cree que necesitaría para lograrlo?’

‘No lo sé, señor. Probablemente más personal,’ se lo pensó un momento, ‘y

dinero para poder reparar y cambiar todo lo que fuera necesario.’

‘Hecho. Dejo todo el asunto en sus manos. Le daré el dinero luego,’ dije dirigiéndome a la salida. Sin embargo, creí que necesitaba remarcar algo más. ‘Debe entender que esto es muy importante. A pesar de mi pasado, esta casa tiene importancia para mí y quiero que brille como lo hacía en los buenos tiempos.’

La señora Patts asintió para demostrar que entendía lo que le estaba pidiendo y que lo llevaría a cabo pasara lo que pasara.

Entonces, creyendo haber cerrado todas las puertas de acceso del peligro hacia mi futuro, me dirigí a Austin para comprar víveres que me permitieran sobrevivir mi encierro sin tener que salir. Había decidido que el lugar más lógico para desintoxicarme era el depósito de agua, el único emplazamiento donde podría tener el aislamiento que necesitaba y, además, me serviría para conectar con un James anterior a la adicción.

Sin más espera ni más excusas, después de cenar, cogí un cubo –que haría las veces de lavabo en el depósito– y fui a desintoxicarme. Eva me siguió y se despidió con un beso en los labios. No fue un beso sexual, sino un beso de cariño, de amor entre hermanos. Fue un adelanto de cómo iba a acabar todo, pero en aquel momento lo ignoraba.

Entré en el depósito, cerré la esclusa y bajé las escaleras. La oscuridad me envolvió y supe que había elegido bien el lugar para el siguiente paso. Estuve un tiempo indeterminado reacostumbrándome al lugar, a sus olores, al rebote del sonido, a las distancias y, a pesar de disponer de cerillas y lámparas de queroseno, no las encendí.

Todo iba bien. Era cierto que pensaba qué debía estar pasando en el exterior, pero solo era una forma de matar el tiempo. Me encontraba bien y creí que quizás todas las historias sobre la dificultad de una desintoxicación eran exageradas.

De repente, una gota de sudor cayó por mi nariz y me di cuenta de que estaba empapado. *Estoy exudando los restos de droga*, me dije a mí mismo.

Después de unas horas de sudores, incapaz de resistir la fuerza con la que mis intestinos querían evacuar, no llegué a tiempo al cubo que había preparado y me cagué encima. Fue la primera vez que encendí la lámpara.

Mientras limpiaba el desastre pensé que, a pesar de todo, no me encontraba demasiado mal. Si aguantaba un poco más, todo sería un recuerdo, me convencí.

Me estiré a descansar y me venció el sueño, cosa que reforzó mi idea de que iba a tener una recuperación rápida.

Desperté y me noté con energía suficiente para resistir otro día en el depósito, asegurándome que me había desenganchado del todo. Desde luego, había sido mucho más fácil de lo que me había imaginado.

De repente, al orinar contra la pared, me di cuenta por cómo el sonido rebotaba en las paredes que el depósito había aumentado su tamaño. Conocía perfectamente las sensaciones en el interior de mi morada y sabía que algo había cambiado durante la noche así que empecé a caminar y, después de más de un minuto sin encontrar ninguna pared, comprobé que no era una simple percepción. Alguien me había trasladado durante la noche.

Volví atrás, encendí la lámpara y me encontré en una cueva. Mis cosas estaban allí, exactamente organizadas como en el depósito –incluida la ropa sucia de diarrea– pero el lugar había cambiado.

La llama de mi lámpara se balanceó por el viento y seguí su dirección en busca de respuestas mientras pensaba que el señor Slater me había jodido de alguna forma. Durante una eternidad, seguí la dirección que el viento marcaba en mi cara hasta que el sol me cegó.

Cuando me acostumbré a la luz, vi al señor Slater junto a una hoguera, preparando algún tipo de estofado. Desde luego, la imagen no encajaba en absoluto con él, pero no le di más vueltas. Simplemente me abalancé sobre él y lo revolqué por el suelo. Le puse las manos alrededor del cuello y apreté. *Me estaba reservando este momento para cuando recuperara mis sentimientos... Pero superar mi adicción es tan buen momento como cualquier otro*, le dije mientras su vida se apagaba.

El señor Slater estaba a mis pies, sin vida, pero continuaba sin sentir nada. Levanté la mirada hacia la cueva para ver si lograba ubicarme y me sorprendí por lo extraño de la situación. La cueva era una vagina y las montañas que la formaban eran las caderas de mujer.

Sin aviso, la mujer se levantó –como un gigante de cuento de hadas– y la reconocí. Era Eva. Entonces se dirigió a mí con una voz potente como un trueno. *DESPIERTA*, me ordenó. Y lo hice en el depósito. De pie, exactamente en la misma postura en la que miraba a la Eva gigante, pero sin haber abandonado el viejo tanque de agua, sin saber el tiempo que había pasado perdido en mi mente.

Sin duda, desengancharme no iba a ser tan sencillo como me había parecido

hasta entonces.

El siguiente paso de mi desintoxicación fue el dolor físico, los gritos de cada una de mis células. Sudaba a chorro, agujas me atravesaban los músculos, no podía descansar y, lo peor de todo, era incapaz de controlar mis esfínteres.

Pasé una eternidad en aquel estado, sin comer y sin dormir, incapaz de pensar en nada que no fuera el dolor –mucho peor que el que había sentido en el Matadero Johnson– y en el olor que desprendía la mierda que había apilado en un rincón del depósito.

Resistí a duras penas las ganas de rendirme y salir a pincharme heroína, pero lo hice.

Después de un tiempo indeterminado, fui capaz de mantener los alimentos en mi estómago y noté mejoría. Lentamente –pero con seguridad– me estaba recuperando.

Sin embargo, cuando pensaba que lo peor había quedado atrás, llegaron los bichos. Las visiones aparecieron de la nada. Simplemente noté cómo un insecto me recorría la piel y fui incapaz de sacudírmela. Encendí la lámpara y descubrí una especie de cucaracha entre la piel y el músculo. Por mucho que intenté controlar sus movimientos y quitármela no lo logré. Me rasqué con tanta intensidad que me levanté la piel.

Fue entonces cuando, consciente de que todo era una jugarreta de mi cerebro, apagué la lámpara y me puse a meditar con la pretensión de sacudirme el efecto del bicho en mi piel. Desde luego, jamás habría imaginado que las sensaciones de una alucinación fueran tan reales.

Por un instante, pensé que había vencido, que había controlado las sensaciones, pero fue un espejismo. Sin tiempo para asumir mi pírrica victoria, moscas, gusanos y escarabajos brotaron de todos mis orificios como un géiser y, a pesar de ser perfectamente consciente de que seguía viviendo una alucinación, no pude escapar de las sensaciones.

Intenté resistir de nuevo con meditación, pero no lo logré porque, con cada intento de evadir mi mente, la intensidad de las sensaciones aumentaba, inutilizando todos mis intentos de victoria.

Por primera vez en mi vida tuve que aceptar la derrota porque no podía soportarlo más. No había planes, ni segundas oportunidades; simplemente, la heroína me había derrotado. Salí corriendo del depósito, entré en la casa

principal, subí a mi habitación y me pinché la dosis que tenía escondida.

Era de noche y nadie me había visto. Suspiré y me estiré en mi cama para saborear la paz interior, aquellos instantes que me alejaron de todo lo padecido en el depósito, de todo lo sufrido en mi vida.

Lo único que seguía presente cuando escuché la puerta principal cerrándose era mi vacío, demandando una víctima después del tiempo que había pasado en el depósito. Bajé las escaleras, me dirigí a la cocina y allí, con un vaso de agua en la mano, estaba Eva.

‘Buenas noches.’

‘¡James! Te he echado de menos,’ se me abalanzó en un estado claro de embriaguez.

‘Pues eso no es lo que parece desde aquí.’

Llevaba un vestido muy corto y muy escotado, que le sentaba muy bien, pero que no me pareció adecuado. Nunca me había considerado a mí mismo un puritano, pero creía que había cierta imagen que proyectar al mundo exterior y, desde luego, aquella no era la apariencia con la que quería ver a Eva paseando por Austin porque me parecía una falta de respeto hacia su marido.

‘No seas así... Una chica tiene derecho a pasárselo bien, ¿no?’

‘Pensaba que habías aprendido la lección en Londres, Eva. Además, ¿qué pasa con el pequeño James?’

‘¿Qué pasa con él? Desde que no estás, muchas cosas han cambiado aquí.’

‘¿Desde que no estoy?’

‘Sí, James. No querrías que te esperara toda mi vida, ¿verdad?’

‘No lo entiendo. ¿Cuánto tiempo he estado en el depósito?’

‘Más de un mes,’ dijo como si nada. ‘Ya pensaba que no tenías intención de salir, que nos habías abandonado.’

Más de un mes, repetí para mí. Había pasado tanto tiempo en el depósito y, a pesar de todo el esfuerzo, no había logrado mi objetivo.

‘¿Dónde está James?’

‘Con la niñera.’

‘¿Qué niñera?’

‘La que pedí a la señora Patts que contratara. Antes de encerrarte para recuperarte, le dijiste a la señora Patts que podía volver a contratar, ¿verdad?’

Asentí.

‘Pues eso es lo que he hecho. Aún soy joven y tengo que disfrutar de la vida.’

Mi vacío demandaba una muerte y me costaba mantenerlo a raya a pesar de

ser Eva quien estaba en su punto de mira.

‘La vida es para vivirla, James. Tú más que nadie debería saber eso.’

‘Hay distintas formas de vivir, Eva.’

‘Ha hablado el señor, el que siempre es mejor que el resto. ¿Has olvidado nuestra noche como más que hermanos? ¿Lo has hecho?’, no dije nada. ‘Porque yo no. Entonces no te importó meterme la polla, ¿verdad? Que te follara como una loca. Entonces no te quejaste de mi actitud ni de mi forma de vivir la vida. ¿Quieres volver a probar mi coño, James? ¿Ver si sigue cerrado como antes, si aún puedes correrte con él?’

‘La verdad es que no tengo ningún interés en eso, no. Eres una mujer casada y nuestra relación fue una cosa de juventud.’

‘¿De juventud?’, se rió. ‘¿Tanto tiempo crees que hace? Solo tienes veintitrés años, James, por Dios.’

‘Parece que haga una eternidad de todo aquello...’

‘Quizás,’ se lo pensó un momento antes de continuar, ‘pero aún te echo de menos, James. Aún ahora, teniéndote tan cerca, te extraño. Echo de menos al James que me entendía tan bien. Y no sé a dónde cojones ha ido...’, me miró de arriba a abajo como haría a un desconocido antes de cambiar de actitud. ‘Aunque supongo que Monet te la pone más dura que yo, ¿verdad? La pobre Eva solo sirve como entrante. ¿Es eso? ¡Pues dímelo a la cara, joder!’

No comprendía nada porque nunca habría pensado que Eva pudiera sentirse de aquella forma. Por tanto, me quedé en silencio y, afectado por las drogas, me sumergí en el mundo blanco durante unos instantes.

Al volver a la realidad me di cuenta de que había pasado varios minutos perdido en el limbo, porque Eva tenía mi polla en su boca, dura a rabiar, y estaba a punto de correrme.

Mi polla explotó en su boca y se tragó toda mi leche.

‘Espero que te hayas guardado algo, porque mi coño está húmedo solo de pensar en tenerte,’ se bajó las bragas y se estiró de espaldas en la mesa de la cocina, esperando mi polla mientras se tocaba el coño sin ningún pudor.

No sé por qué, pero aquella imagen me resultó increíblemente poco apetecible y no me moví. Eva, ante mi inoperancia, se levantó y se vistió.

Se me acercó y me dijo, con rabia contenida.

‘Ya veo que no eres el hombre que recuerdo. Ni siquiera eres un hombre. No sirves ni para desengancharte de las putas drogas, ni para follarte a una mujer como es debido.’

Entonces se abalanzó sobre mí gritando *¡Te odio! ¡Te odio!* y empezó a

pegarme. Me dio un golpe en la cara y me dejé caer al suelo para evitar que mi vacío tomara el control. Al hacerlo, Eva perdió el equilibrio, cayó ella también y, en su caída, se golpeó en la mesa de la cocina. Por un instante, pensé que la había perdido.

Me reincorporé y la abracé. La miré a la cara y no había ni rastro de sangre. Por una vez, había tenido suerte.

Después de unos segundos, muy lentamente, una gran gota de sangre espesa empezó a resbalar por su frente y la verdad me golpeó: mi vacío se había saciado, Eva estaba muerta.

Había sido un accidente, pero no importaba. La culpa seguía siendo mía. Me pasé unos minutos paralizado, incapaz de decidir qué hacer antes de aceptar que debía proceder como con cualquier otra muerte y esconder el cadáver. Sin embargo, me negué a alimentar a los cerdos con Eva. No por sentimentalismo, sino por respeto a mis creencias. Debía intentar homenajearla como mejor sabía, lo mejor que fuera capaz.

La bajé al suelo del depósito y empecé a llenarlo con sacos de arena. No importaba que alguien la encontrara algún día porque creía estar haciendo lo correcto. En mi mente, veía en aquel entierro un toque poético que creí que Eva habría entendido y todo encajó. Saco a saco, tardé horas en subir el nivel del suelo del depósito dos metros y, mientras, recordaba los mejores momentos que había vivido con Eva a modo de homenaje.

Terminé, respiré hondo y me estiré en la cama. Fue entonces cuando la idea me golpeó: si matar a Eva —aunque fuera por accidente— no me había devuelto mis sentimientos, jamás los recuperaría.

Además, me di cuenta de la razón que tenía el padre Rhys respecto a mí, sobre quién era y cómo vivía. Simplemente tenía que aceptarlo y mirar hacia adelante.

La mañana siguiente abrí los ojos con la convicción de que todo había cambiado. Mi única constante –la búsqueda de mis sentimientos– había desaparecido al mismo tiempo que Eva. Sin embargo, continuar vacío me permitió aparcar lo sucedido y centrarme en comprobar cómo había funcionado todo en mi ausencia.

Salí de la casa esperando pasar desapercibido pero, a la altura del árbol muerto, me encontré con el señor Slater.

‘¿Ya estás mejor, James?’, sonaba nervioso, como si escondiera algo. ‘¿No crees que deberías descansar un poco más antes de volver al trabajo?’

‘Solo pretendo ver cómo han ido las cosas en mi ausencia.’

‘No sé si es una buena idea.’

Superé su posición y me siguió.

‘James, de verdad pienso que deberías relajarte...’

Continué avanzando.

‘He intentado pararte, de verdad que lo he intentado...’

Justo antes de entrar en la sala de matanza, el señor Slater hizo su último intento y me cortó el paso.

‘No puedo permitir que entres sin explicarte nada, James.’

Lo miré fijamente a los ojos para hacerle entender que él no era nadie para permitirme o negarme nada y se apartó en silencio.

Abrí la puerta sin expectativas, pero jamás habría podido imaginar aquello. La sala de matanza estaba llena de trabajadores usando maquinaria para cortar la carne. A pesar de mis órdenes, Louis había llevado a cabo su modernización y había contratado a más de diez personas, que cortaban piezas a destajo, sin ningún cuidado ni la menor calidad.

No sabía cómo iba a proceder a continuación, pero sí que, por una vez, iba a dejarme llevar. Estaba cansado de controlarme y, con la decisión tomada, aceleré el paso hacia el despacho.

Allí estaban los dos culpables. Alexander tratando de cazar una mosca como un imbécil y Louis contando dólares con la misma actitud. Mirándolos, era incapaz de adivinar quién de los dos era más idiota. Di un paso adelante y me di cuenta de que, en el suelo, al lado de la mesa, había mucho más dinero del que jamás había generado el Matadero Slater.

‘¡Vaya, me alegro de que estés aquí! Quería enseñarte lo que hemos

conseguido en tu ausencia. Ya sé que querías seguir igual pero, con todo el tiempo en que no estuviste, pensé que quizás habías cambiado de idea. La vida está hecha de apuestas, así que decidí arriesgarme y, como puedes ver, ha sido todo un éxito,’ se me acercó para darme la mano. ‘¿No saludas a un viejo amigo? Te hemos hecho un favor.’

Le di la mano y, antes de que pudiera atacarlo, el señor Slater se interpuso.

‘Dale también la mano a Alexander. ¿O no piensas saludar a tu cortador suplente?’, prosiguió Louis, guiñándole un ojo a Alexander, sin saber lo cerca que había estado de morir.

Le cedí la mano a Alexander sin pensar y noté su fuerza inmediatamente. Su apretón iba aumentando la presión y el dolor me atenazaba. Mientras Alexander me sujetaba la mano, Louis se me acercó y me habló lentamente, como si me tuviera que convencer de algo.

‘Quiero que entiendas una cosa: Alexander podría estrujarte la mano y dejártela hecha papilla. Créeme, he visto cómo lo hace y no es agradable. No me haría falta lanzar ni un puñetazo ni darte una paliza para acabar contigo. Podría quedarme así, mirándote a los ojos, hablando tranquilamente, y dejar que te hiciera pulpa la mano. Y que luego continuara con la cabeza,’ señaló mi mano, pálida por la falta de circulación. ‘Fíjate qué fuerza tiene, es un animal. Así que vamos a llevarnos bien y a hablar las cosas como personas civilizadas, ¿de acuerdo?’

Asentí, Alexander me soltó y noté mis músculos respirando y mis huesos recuperando su posición natural. Supe lo que debía hacer y me dirigí a Louis en un tono completamente neutro:

‘Louis, creo que debemos tener una conversación civilizada. ¿Por qué no dices a los trabajadores que se vayan por hoy? Y aprovecha para informarles de que mañana no vengan, de que les damos fiesta como celebración por mi vuelta al trabajo.’ Para asegurarme que todo iba cómo me interesaba, añadí: ‘Así podemos hablar con calma...’

Entonces, sin pensárselo más, se asomó a la puerta y gritó:

‘¡El jefe James ha vuelto! ¡Y os da fiesta pagada para celebrarlo! ¡Id a casa y no vengáis mañana! Retomaremos el trabajo el jueves.’

Las máquinas se apagaron, todos se marcharon sin rechistar y la sala de matanza recuperó su familiar silencio.

Cogí un cuchillo y me dirigí a Alexander entre los gritos del señor Slater. Antes de que nadie pudiera reaccionar, el cuchillo estaba clavado en el cuello del grandullón y su sangre brotaba lentamente.

Lo maté de aquella forma para que tuviera tiempo de procesar lo sucedido a pesar de su lentitud y, mientras se retorció en el suelo, mirando al techo como si esperara respuestas, arrastré a Louis a una de las nuevas máquinas, lo puse en la superficie de corte y activé el botón. ¡No! ¡Para! ¡¡¿¿Qué haces-??!!, gritó hasta que corté su cuerpo por la mitad.

Después, con cuidado de no resbalar por las vísceras del suelo, fui hacia el señor Slater, el último vínculo con mi pasado.

‘James, sabes que no he tenido nada que ver con esto, ¿verdad? Te conozco demasiado bien como para hacerlo. Sabía que tu reacción no iba a ser buena, lo sabía. Se lo dije pero no me escucharon,’ cambió de discurso para ver si surtía efecto. ‘A Eva no le gustaría esto, lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo se lo vas a explicar?’

Llegué a su altura y me detuve, muy cerca de su cara.

‘No creo que a Eva le importe nada de lo que pase ahora,’ dije mientras lo golpeaba con la cabeza para que perdiera el sentido.

Después, lo até a la mesa del despacho para tenerlo controlado mientras me dirigía a la casa principal. Busqué a la señora Patts y la tranquilicé ante su cara de sorpresa.

‘No se preocupe, señora Patts, la sangre es del matadero. Todo va bien,’ dije sin ni siquiera pensármelo. ‘Ahora mismo voy a lavarme,’ empecé a subir las escaleras pero paré. ‘Por cierto, debo felicitarle por el gran trabajo que ha hecho con la casa. Realmente la ha rejuvenecido, señora Patts. Y como premio a usted y a la gente que trabaja en la casa, he decidido darles un día de fiesta pagado.’

‘Oh, eso no será necesario, señor.’

‘Insisto. Me parece absolutamente necesario, lo mínimo que puedo hacer por ustedes. Váyanse y vuelvan el jueves. Creo que seré capaz de sobrevivir hasta entonces,’ añadí sonriendo.

‘¿Se lo digo también a la niñera?’

‘Por supuesto. Pasar tiempo con mi sobrino me irá bien. Después de mi encierro me apetece tomarme las cosas con calma, ¿sabe?’

Subí a lavarme y, cuando bajé, con mi mejor traje, la casa estaba vacía. Revisé habitación por habitación para asegurarme, pero solo estábamos yo y el pequeño James. Lo metí en su carro y salimos en dirección a la sala de matanza, donde había dejado al señor Slater.

En el despacho, trasladé al señor Slater al árbol muerto y lo preparé todo para cerrar el ciclo ejecutando mi propia versión de la primera muerte que

consideraba culpa mía: la de Jack Brown. Tenía un día entero para implementar mi plan.

Una vez el señor Slater estuvo atado, tuve que volver a la casa para cambiar al pequeño James, que se había cagado, y aproveché para preparar lo que necesitaba. Primero, cargué una mesa de corte y la puse al lado del árbol; después, llevé todos los instrumentos que creí útiles y los ordené en la mesa mientras pensaba cómo empezar. Siempre había soñado con la muerte del señor Slater llegara con mis sentimientos intactos porque quería disfrutar del momento, pero había aceptado que tenía que conformarme.

El señor Slater se despertó balbuceando.

‘Supongo que se acuerda de este lugar, ¿verdad? ¿Quién podría olvidar al pobre Jack Brown?’, decidí que era un buen momento para recuperar la cortesía. Antes de acabar con su vida, el señor Slater recibiría el mejor trato posible, como cualquier otra víctima, sin importar su procedencia.

‘¡¿Qué coño quieres que te diga?!’

‘¿Decirme? Nada, absolutamente nada. Esta es la gracia de todo esto. Nada de lo que pueda decirme va a cambiar nada.’

Lancé el primer puñetazo de los muchos que lo seguirían porque pensaba empezar devolviéndole al señor Slater sus palizas en el Matadero Johnson. Quería notar como sus costillas se rompían, como su carne cedía porque necesitaba *sentir* el máximo posible de sensaciones mientras me encargara de él.

‘¡¿Esto es todo lo que tienes?! ¡Sigues siendo un don nadie, James! Un simple hijo de puta que no tendría que haber nacido,’ gritó el señor Slater, después de más de una hora castigando su costado, demostrándome lo que ya sabía: que no iba a ser sencillo romperlo.

Con el ruido, el pequeño James estaba intranquilo, así que fui a la casa para coger una botella de aguardiente. Moje mi dedo índice con el alcohol, dejé que el pequeño James lo chupara para relajarse y después lo llevé a su habitación para que se echara la siesta. Aproveché la pausa para comer algo y pincharme una dosis funcional de heroína.

Cuando volví a salir, el sol estaba en lo más alto y el señor Slater sudaba a borbotones, que hacían correr por su cuerpo la sangre seca de la paliza. Sin mediar palabra, con un cuchillo de deshuesar, corté múltiples veces al señor Slater. Profundamente, pero nunca en zonas que pudieran sangrar demasiado.

Unos cortes eran lentos y otros como latigazos, para que no se acostumbrara al tipo de dolor que le infligía.

Después, introduciendo sal en las heridas abiertas, arranqué su primer grito, el preludeo de muchos otros.

‘¡Hijo de puta!’

Sonreí mirándole fijamente a los ojos.

‘Yo nunca te traté tan mal como quieres hacerme creer, pero debería haberlo hecho,’ intentaba provocarme sin saber que no iba a lograr una respuesta emocional.

Proseguí con los cortes y la sal hasta que se me terminó.

Entonces empapé un saco en agua y se lo puse en la cabeza, ahogándolo desde atrás. Cada vez lo llevaba más al límite y, en más de una ocasión, creí que iba a morir. A pesar de su aparente resistencia, ante el riesgo de asfixia, cambié de nuevo: cogí unas tenazas y le arranqué las uñas de pies y manos.

Durante el proceso, el señor Slater se defendía insultándome y escupiéndome, buscando provocarme para terminar rápido. Evidentemente, no iba a permitir que nada le resultara sencillo.

‘Ya puede dejar su papel de provocador. Nada que diga va a cambiar lo que le va a pasar. No siento nada... No me arrepiento de nada... Ni lo haré...’, le informé antes de dirigirme al matadero a buscar un bidón de gasolina para echarle en las heridas.

Escuchando sus gritos mientras el combustible acariciaba sus cortes, estuve tentado de prenderle fuego, pero me sacudí la idea ante la posibilidad de terminar demasiado pronto. Era una ocasión única y no quería arrepentirme de nada.

Le di un descanso al señor Slater mientras iba a buscar al pequeño James a la casa y le daba un poco más de aguardiente. Aquella pausa le permitió al señor Slater pensar un cambio de estrategia.

‘Cuando vuelva Eva y vea lo que estás haciéndome, y lo que haces vivir a mi nieto, se enfadará mucho. Nunca te lo perdonará y la habrás perdido...’

‘¿Su nieto? ¿O sea que ahora es su nieto? Ha aparecido el hombre de familia,’ falseé mi tono para que pareciera que por fin me había enfadado.

‘Parece que el niño empieza a enfadarse, ¿verdad?’

Inmediatamente, cambié mi pose para demostrarle al señor Slater que todo era fachada, que nada había cambiado.

‘Es una pena tener que decirlo así, pero no puedo evitarlo: ya he perdido a Eva porque está muerta. Enterrada en el mismo depósito de agua que usaba

para retenerme.’

La reacción del señor Slater ante la noticia fue romper a llorar. Viéndolo, decidí que la mejor tortura era dejar pasar la noche para que diera vueltas libremente a lo que le iba a suceder y a la muerte de su hija. Si algo había aprendido del señor Johnson era que, en ocasiones, la tortura psicológica era más dura que la física.

Así que simplemente entré en la casa, preparé la cena, dormí al pequeño James, me pinché una dosis de heroína y me puse a descansar.

La mañana siguiente, di el desayuno al pequeño James y me acerqué al árbol.

‘Buenos días. Supongo que los músculos empiezan a dolerle, ¿verdad?’

Como única respuesta, el señor Slater gruñó. Volví a la casa, cogí todo el alcohol del mueble bar y lo puse en la mesa de corte.

‘Solía gustarle mucho, ¿verdad? Y estoy convencido de que le sigue gustando a pesar que intente disimularlo.’

No respondió.

Abrí una de las botellas y vacié toda su ginebra en sus heridas.

‘¡Hijo de puta!’, reaccionó.

‘Buenos días, ¿ya está el señor despierto?’, le dije con ironía mientras repetía el proceso con una botella de whisky.

‘Estás loco, espero que lo sepas. Poco más que un monstruo.’

‘Supongo que es cierto eso que dicen de que hace falta uno para reconocer a uno.’

‘No sé quién te crees que soy, James, pero creo que tienes una gran capacidad para engañarte a ti mismo. No es la primera vez que lo pienso.’

Puse cara de no entender nada.

‘El pasado es como un sueño fabuloso que deformas a tu gusto, James.’

‘¿O sea que es un sueño que me encerrara en el depósito de agua, es una fantasía que me obligara a trabajar como un esclavo? ¿Quizás son imaginaciones mías que enviara a detectives a buscarme? Supongo que me lo he inventado todo, ¿verdad?’

‘No... Pero quizás también debería tener algún peso el hecho que te acogiera, que te alimentara, que te vistiera, que te diera una educa—’

Le di una bofetada.

‘Esta es la única lección que me ha dado en su vida.’

Continué sin más dilación con mi plan porque sabía que la mañana siguiente todos volverían a trabajar en el matadero.

Encendí una hoguera y calenté unos hierros al rojo vivo. Cuando estuvieron listos, le corté los dedos de los pies al señor Slater y cautericé sus heridas. Después repetí el proceso con sus manos. El olor a carne quemada me inundó las fosas nasales y, en vez de asco, me di cuenta de que no había desayunado todavía.

Sin embargo, no pensaba parar.

Proseguí cortándole las orejas y la parte blanda de la nariz y, en vez de cauterizar las heridas, las *desinfecté* con gasolina para no volverme demasiado previsible. *¡Hijo de puta! ¡Mátame de una vez! ¡Eres un puto cobarde, por eso no te atreves a matarme! ¡Maricón!* No me digné a responder y entré a la casa para cambiar el pañal al pequeño James y tranquilizarlo con un poco de aguardiente.

Salí de nuevo y le eché más ginebra por encima al señor Slater, que sacó la lengua para ver si podía beber algo. Se lo permití porque no quería que se rindiera demasiado pronto.

‘Ya veo que tiene usted sed, señor Slater. Supongo que debe estar hambriento. Voy a prepararle algo,’ le informé antes de cortarle los genitales y cocinarlos a la brasa.

Para mi sorpresa, cuando se los ofrecí como alimento, el señor Slater no mostró ningún reparo en comerse sus propias partes e incluso lo comentó para lograr una victoria. *Mmmmm... Se nota que sabes cortar un buen pedazo de carne, James. Y se aprecia que la pieza es de primera, ¿eh? ¿No quieres probarla?*

Cuando terminó, volví a la casa para alimentar al pequeño James. No me entretuve porque quería abandonar el matadero cuanto antes y coger ventaja sobre mis posibles perseguidores cuando todo se descubriera.

Con aquella idea en mente, de vuelta al señor Slater, cogí un cuchillo de hoja ancha y se lo clavé en el estómago. Lo rajé como a un animal, de abajo a arriba, y sus tripas abandonaron su cuerpo, desparramándose por el suelo. El señor Slater era incapaz de apartar la vista de su estómago.

Cogí sus intestinos, se los puse alrededor del cuello y lo dejé allí, con sus intestinos como collar, mientras preparaba todo lo necesario para marcharme.

Terminé y senté al pequeño James en el asiento delantero de la camioneta del matadero. Repasé mentalmente lo que necesitaría por si me había olvidado de algo y ejecuté mi plan final.

Rocié todo el matadero con gasolina y le prendí fuego a todo el recinto: la casa principal, la sala de matanza, el antiguo comedor; todo, menos el

depósito y el árbol muerto.

Esperé y, cuando una lágrima resbaló por la mejilla del señor Slater, supe que era el momento de terminar con todo y lo rocié con la misma gasolina que consumía su amado matadero.

‘¡Sí! ¡Joder! ¡¿Lo vas a hacer ya?!’

Sin decir nada, cogí un tronco de la hoguera y lo acerqué al señor Slater, que se convirtió en su propia pira funeraria.

Cuando cesaron sus gritos, ya estaba dirigiéndome a cualquier otro lugar con el pequeño James a mi lado. Mirándolo, sabía que iba a hacer todo lo posible por ser un buen padre. Era el último vínculo con mi pasado, pero el hecho de que fuera un bebé lo hacía permeable a mi influencia. Desde luego, no podía culparle de nada de lo sucedido y, por tanto, era alguien inocente, que necesitaba cuidados.

Con la decisión tomada, giré la cabeza para ver el humo que emanaba del matadero y, por primera vez en mi vida, supe que podía mirar adelante.

Clavé mis ojos en la carretera y esboqué una sonrisa. No sabía qué me deparaba el futuro, pero no podía ser peor que mi pasado. Desde luego, aquella era razón suficiente para sonreír y mirar al futuro con optimismo.

Teniendo un mañana, pensé que no podía pedir más.

La larga carretera, desplegándose ante mis ojos, era la metáfora perfecta de un nuevo camino, de un nuevo inicio. Parando solo para cambiar y alimentar al pequeño James, logré distanciarme de mi pasado más de cincuenta millas antes de darme cuenta de lo lejano que parecía todo, como si acabara de despertar de un sueño. Cuando la noche nos abrazó, me di cuenta de que, por primera vez, estaba realmente solo. Sin nadie a quién recurrir ni ningún plan que ejecutar, tan solo la vida.

Paré en un motel creyendo haber logrado una buena ventaja con respecto a quien descubriera lo sucedido en el Matadero Slater y sin sospechar lo que estaba a punto de suceder. La habitación era barata, pequeña y sucia pero servía a mi propósito. Al entrar, supuse que a causa del polvo acumulado, el pequeño James se despertó un instante y tosió antes de volver a dormirse. Lo acomodé en la cama y unos faros iluminaron la habitación.

Me asomé a la ventana y vi cómo cinco hombres bajaban del coche y se dirigían al despacho del encargado. No tardaron demasiado en salir, hacinarse de nuevo en su vehículo y marcharse. Pensé que se habrían equivocado porque, desde luego, no encajaban en aquel lugar.

Mientras miraba la estela de sus luces traseras alejándose, el pequeño James me devolvió a la realidad con un llanto fuerte, de demanda. Intenté darle de comer, pero no quiso nada. Me pareció que le había subido la temperatura, pero creí que sería por todo lo acontecido aquel día, por su poco descanso. Me estiré a su lado en la cama y vi que no giraba el cuello para mirarme, pero me quedé dormido antes de poder darle más vueltas a nada.

Me despertó un golpe fuerte y vi que mi puerta estaba a punto de ceder ante las patadas de alguien. Antes de que pudiera reaccionar, cuatro hombres se abalanzaron sobre mí y empezaron a pegarme para reducirme. Sin duda, eran los mismos que habían preguntado al encargado del motel horas antes.

Intenté defenderme, pero eran demasiados y sabían cómo proceder para controlarme.

De repente, el pequeño James se puso a llorar y solo me vi capaz de pensar en que su llanto sonaba extraño, tímido, como si sus pulmones no se expresaran a plena potencia. Faltaba el quinto hombre, estaba claro, pero solo podía pensar en qué le debía pasar al pequeño James.

‘Alto,’ dijo el quinto hombre, con una voz autoritaria, mientras se dirigía al pequeño James. ‘Tú nos quitaste algo que queríamos y ahora te vamos a devolver el favor,’ cogió al pequeño James y se sorprendió. ‘Jackson, ven aquí.’

Cuando Jackson me soltó, a pesar de contar un hombre menos, noté cómo los otros continuaban controlando la situación, perfectamente coordinados.

‘Tú tienes hijos, ¿qué opinas?’, Jackson se acercó al pequeño James, lo miró de cerca y asintió. ‘Parece que va a haber un cambio de planes. Soltadle,’ ordenó el quinto.

‘Yo llevaría al pequeño a un hospital... Y rápido. Sé lo que digo,’ me recomendó Jackson antes de dejarme solo con el llanto ronco de James. Lo cogí, me subí a la camioneta y me dirigí al hospital más cercano mientras los hombres me seguían de cerca en su propio vehículo.

Tardamos más de cuarenta minutos en encontrar un hospital y el pequeño James ardía de fiebre. No sabía cómo había podido estar tan ciego, pero no tuve tiempo para darle más vueltas porque nada más abrir las puertas abatibles de urgencias, una enfermera se hizo cargo de la situación y prácticamente me ordenó que le cediera al pequeño James. Lo hice atónito, pensando cómo había podido ser tan estúpido. Tanto los matones como la enfermera habían visto enseguida que algo le pasaba a James mientras yo, por el contrario, era incapaz de detectar nada. Desde luego, si pensaba que podría ser padre, me había equivocado completamente.

Unos minutos después, el jefe de los matones se me acercó para avisarme:

‘Ni se te ocurra intentar nada, lo tenemos todo controlado. No pensamos dejarte escapar.’

‘En otras circunstancias, te mataría aquí mismo.’

‘Lo sé. Pero las circunstancias son las que son,’ dijo sin apartar la mirada.

Me senté –consciente de que no podía actuar porque le debía al menos mi presencia al pequeño James– hasta que un médico salió a darnos las noticias. Se dirigió a mí y me apartó un poco del grupo para darme el diagnóstico.

‘¿Es usted el padre del niño?’

‘Sí,’ contesté sin pensarlo, sin ninguna duda.

‘En ese caso debe saber que su hijo está muy enfermo. ¿No ha notado nada raro en él en los últimos días?’

‘La verdad es que no.’

‘A veces es difícil detectar los síntomas en niños tan pequeños... Los

signos son dificultad para girar el cuello, fiebre, irritación de garganta...’

‘Noté los síntomas, pero no los asocié a una enfermedad grave...’, no sabía qué decir.

‘No se preocupe, en ocasiones pasa... Ahora nuestro objetivo primordial debe ser intentar que se recupere.’

‘¿Cuál es la dolencia que le aflige?’, sin saber por qué, aquella me pareció la forma más adecuada de expresarme.

‘Su hijo tiene la polio,’ me dijo y el mundo se derrumbó a mi alrededor porque sabía perfectamente lo que significaba.

La polio había sido una plaga para los jóvenes norteamericanos en los últimos veranos, sobre todo en las grandes ciudades, y sabía que era grave. Había chicos que se quedaban en silla de ruedas el resto de sus días, niños que respiraban solo gracias a pulmones de hierro y otros que morían por la enfermedad. De repente, me di cuenta de que la polio me estaba arrebatando la última oportunidad de una vida normal.

‘Le iré informando de los avances,’ me dijo el doctor antes de marcharse.

Los cinco hombres seguían imperturbables, llenando la sala con el humo de su tabaco y siempre concentrados en mí, así que permanecí en la misma posición, dejando pasar los minutos.

De repente, el doctor reapareció y me devolvió a la realidad.

‘Señor, lo siento mucho, pero no hay nada que podamos hacer por su hijo. En niños tan pequeños, es difícil—’

No necesitaba más. Abrí la puerta de salida y los cinco hombres, una vez fuera, se abalanzaron sobre mí, me redujeron y me ataron. No intenté resistirme porque no tenía sentido. Había fracasado en mi última misión y, con la desaparición del pequeño James, no me quedaba nada por lo que luchar. Pretendía dejar que hicieran conmigo lo que quisieran aunque no supiera el porqué.

‘¡Cogedle! Vamos a llevarlo a algún sitio tranquilo,’ ordenó el jefe antes que me pusieran en la parte trasera de la camioneta del Matadero Slater.

Me llevaron a una choza en medio de la nada y me ataron en una silla. Ni siquiera se dignaron a meterme en el interior de la destrozada cabaña, como si no les importara que alguien les viera, como si sus razones fueran legítimas.

‘Nadie te va a echar de menos, James, nadie te va a buscar. Eres nuestro, podemos hacer contigo lo que nos dé la gana.’

No dije nada. El quinto hombre hizo entonces una pequeña señal a sus

cuatro compinches y empezaron a pegarme.

Después de unos minutos, me di cuenta de que aquello no era nada comparado con lo que había sufrido en el Matadero Johnson.

‘Sabemos todo lo que crees saber de ti mismo, James. Piensas que vas a aguantar, pero no cometeremos el error de cansarnos,’ pararon de golpearme. ‘Vosotros dos, quedaos vigilando. Iremos a buscar provisiones y herramientas,’ volvió a dirigirse a mí. ‘Tenemos paciencia y estamos organizados. Si tu esperanza es que relajemos nuestra vigilancia para poder escapar, tienes un problema.’

‘No siento ningún tipo de esperanza.’

Los tres hombres restantes regresaron, empezaron a preparar un estofado y se pusieron a comer. Me mantuve atento a su conversación por si se les escapaba algo de información que me dijera, al menos, quiénes eran; pero no lo hicieron. Estaba claro que eran conscientes de dónde estaban y controlaban qué decían y cómo actuaban. Sin duda eran profesionales.

De repente, el quinto hombre cogió un plato, lo llenó de comida y lo acercó a cada uno de los otros hombres para que escupieran en él. Después, me lo acercó para comer pero preferí hacerme el duro por el momento.

‘Muy bien, entonces déjame que te enseñe todo lo que hemos comprado.’

Uno de los hombres entró en la choza y salió con una mesa vieja, que prácticamente no se mantenía en pie. La pusieron delante de mí y la asentaron lo más establemente posible. Entonces, el quinto hombre empezó a sacar lo que había comprado. Una sierra, un juego de cuchillos, unos alicates, diversas pinzas, un quemador y varios utensilios más.

‘Estás muy tranquilo... No te preocupes. Sabemos que has estado en esta situación en diversas ocasiones. Unas veces de un lado y otras del otro.’

Lo miré con desprecio aunque realmente no me importaba nada de lo que me hicieran.

‘Jim, ¿te apetece empezar?’

El tal Jim ya se estaba arremangando y eligiendo una de las herramientas que estaban encima de la mesa. Después de pensarlo durante unos segundos, cogió los alicates y empezó a arrancarme las uñas de los pies.

El dolor era agudo y, por un instante, me *alegré* de haberle infligido algo parecido al señor Slater.

‘¿Sabes lo que más me sorprende de todo?’

‘Que no intente defenderme...’, dije.

‘No, la verdad es que no. Me sorprende que no intentes saber quiénes somos. Por qué te hacemos esto.’

‘¿Cambiaría mi situación en algo con ese conocimiento?’

‘Probablemente no.’

Jim terminó de arrancarme las uñas de los pies y decidió que ya tenía suficiente.

Otro de los cinco eligió su herramienta. Cogió un cuchillo y se me acercó.

‘Espero que sepas lo que estás haciendo con eso, chico,’ le dije y me ignoró.

Fue al grano y me clavó el cuchillo en la planta de los pies. Me arrancaron el primer grito y parecieron lo suficientemente satisfechos como para darme un respiro que, honestamente, necesitaban más que yo.

‘No queremos que mueras demasiado pronto, queremos que estés consciente todo el tiempo posible.’

Entonces, se pusieron a descansar por turnos. Dos vigilaban y tres dormían, para no dejarme nunca a solas con ninguno de ellos.

De repente, mi abstinencia apareció y se convirtió en mi mayor problema. Con ella, todo se había complicado un poco más y decidí que, antes de perderme en el mismo mundo que había vivido en el depósito intentando desengancharme, solo necesitaba una cosa: la verdad.

Así pues, cuando amaneció, me dirigí a ellos:

‘He cambiado de idea.’

‘No hay nada que puedas decir que te pueda salvar, lo sabes, ¿verdad?’

‘No me refiero a eso. Me gustaría saber quiénes sois y cómo sabéis tanto sobre mí.’

‘Está bien. Supongo que te mereces eso como mínimo,’ le hizo una señal a Jackson para que esperara a continuar y empezó a hablar. ‘Llevamos años detrás de ti, James. Te hemos seguido por todo el país desde tu primera escapada. Incluso algunos de nosotros fuimos a Londres en tu busca... La verdad es que nos ha costado encontrarte porque siempre parecías huir justo antes que te localizáramos. Llegábamos a Nueva York y te ibas, atracábamos en Londres y ya no estabas en la ciudad; sabíamos que habías vuelto a Austin pero no te encontrábamos gracias al senador Johnson... En fin, ya me entiendes... Pero finalmente te tenemos. Has estado demasiado tiempo en el mismo lugar, James.’

No dije nada.

‘Además, poco a poco, cada vez te entendíamos más y preveíamos mejor tus

movimientos. La verdad es que no ha sido demasiado difícil seguirte la pista, James. Los cadáveres que ibas dejando nos mostraban el camino,’ sonrió. ‘No pongas esa cara, James. No pensarías de verdad que eras tan listo como para que nadie te descubriera, ¿verdad? Antes ni siquiera de empezar a buscarte en serio ya sospechábamos quién eras, cómo te comportabas. El señor Slater nos había explicado muchas cosas de ti. Y no eres tan bueno como crees ocultando pruebas...’

‘O sea que sois los detectives que contrató el señor Slater...’, consciente de que no importaba lo que me estaban contando, intenté confirmar lo único que lo hacía. ‘Pero, él ya no os paga... ¿Por qué seguís con esto?’

‘James, mataste a uno de los nuestros... Y eso es algo que los Pinkerton no perdonamos.’

No sabía qué eran los Pinkerton, pero no creí que hacerlo hubiera cambiado nada. Entonces Jackson se dirigió a mí.

‘Todo esto es por Harold Gentry. Nuestro compañero.’

Y recordé al hombre, muerto en Savannah por las heridas que le hicieron los perros al comerse sus piernas y sonreí.

‘Me acuerdo de él. La verdad es que sufrió bastante.’

El quinto hombre me pegó y escupí sangre.

‘Continua,’ ordenó a Jackson y este cogió la sierra y se dispuso a cubrir su turno de tortura.

Mientras me cortaba los dedos de pies y manos, solo pude pensar si habrían aprendido a torturar estudiando a mis víctimas porque incluso cauterizó mis heridas, como yo mismo había hecho en diversas ocasiones.

Después, me ofrecieron comida y pensé que debía lograr una victoria, por pequeña que fuera así que, a pesar de que mearon en mi plato, me lo comí todo para provocarlos.

La siguiente tortura de los Pinkerton fue no permitirme dormir en toda la noche. Cada vez que cedía al abrazo reparador de Morfeo, me mojaban la cara. Además, los temblores y los sudores de mi abstinencia aumentaron de intensidad, evitando que recuperara energías.

Amaneció y, exhausto, pensé qué iba a perpetrar en mi cuerpo el cuarto hombre. Cogió unas pequeñas pinzas que me parecieron inofensivas hasta que empezó a usarlas. El hombre me reabrió las heridas del día anterior con las pinzas y las usó para mantenerlas abiertas mientras echaba dentro lo que se le ocurría: hojas, tierra, alcohol, orín...

Grité porque el dolor era enloquecedor y, por primera vez en mi vida, supliqué.

‘Por favor, matadme ya...’, acepté mi última derrota.

El jefe se dirigió a mí:

‘Supongo que la misma piedad que me pides fue la que te reclamó Harold...’

‘Lo cierto es que Harold aguantó bastante sus mentiras. Fue más hombre de lo que nunca seréis vosotros.’

En aquel instante, alguien me golpeó por la espalda y perdí el conocimiento.

Desperté y me encontré a solas con el jefe.

‘Durante tu descanso hemos decidido cómo acabar contigo. Ya hemos honrado suficiente la memoria de nuestro compañero. De nuestro amigo. Todos queremos volver con nuestras familias después de todo el tiempo que hemos perdido contigo.’

Me mantuve callado porque sabía que, cuanto antes terminara todo, antes acabaría el dolor.

‘He mandado a mis hombres a buscar lo necesario para acabar contigo de forma apropiada.’

Durante la espera, me di cuenta de que mi vacío había desaparecido. Supuse que mi necesidad no tenía cabida en la antesala de la muerte, de la que ya no tenía duda.

Desde luego, si hubiera sabido que deshacerme de mi vacío era tan sencillo como dejar de luchar, lo habría hecho antes.

Mientras le daba vueltas a la idea de cómo habría cambiado mis decisiones de haber sabido lo que acababa de descubrir, volvieron los hombres en tres coches.

Acto seguido, me ataron unas cadenas a brazos y piernas y las sujetaron a los cuatro vehículos, como en un potro medieval. Fue entonces cuando entendí lo que iba a suceder.

Continué en silencio mientras observaba cómo me inyectaba un líquido blancuzco que me quitaba de golpe los temblores.

‘La cocaína no permitirá que te desmayes demasiado pronto por el dolor.’

El quinto hombre, el que finalmente me había derrotado, me miró a los ojos y esperó hasta que vio en mis pupilas que la droga estaba haciendo efecto.

‘Está bien, arracad.’

Oí los motores de los cuatro coches con los que me iban a arrancar las

extremidades y noté unas ganas irrefrenables de devolver. Vomité y nada cambió, excepto el olor. Los coches avanzaban lentamente para alargar mi agonía y noté mis articulaciones a punto de ceder.

No reprimí el grito que surgió de mi garganta y, al expulsarlo, me di cuenta: estaba aterrado. Un miedo intenso, irracional, llenaba todo mi ser. Cuando lo noté, lo demás dejó de importar y empecé a llorar de alegría. Sentir miedo me había hecho el hombre más feliz del mundo.

Volvía a sentir, mis sentimientos habían recuperado su lugar legítimo. Todos ellos. Me había completado de la forma menos esperada y mis gritos de dolor se convirtieron en una sincera risa de felicidad.

Los hombres se sorprendieron y pararon por unos instantes. *¡No paréis joder!*, les ordenó el jefe y solo frené mi risa para darle las *gracias* al quinto hombre, que estaba a mi lado.

En aquella catarsis, noté cómo finalmente mis articulaciones cedían y el dolor desaparecía un instante para transformarse en agonía. Caí al suelo, libre de mis ataduras, y noté cómo la sangre se encharcaba bajo mi cuerpo.

Fue la última imagen que capturaron mis pupilas: una balsa de mi propia sangre. Mientras pensaba en la ironía de mis últimos momentos, sentía una felicidad infinita. Y morí satisfecho.

Desde luego, no podría haber deseado un final mejor.

Copyright

Todos los derechos reservados

Safe Creative

Código de registro: Código de registro: 1511185811552

Fecha de registro: 30-mar-2018 7:50 UTC [Primera versión 18-nov-2015 9:53]

Primera edición

Todos los personajes y eventos de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Prohibida la venta y la reproducción total o parcial en medios impresos o digitales de la totalidad o de partes de esta novela sin la previa autorización del autor.

Diseño de cubierta: David Triviño

Web del autor: <https://dtrivinyo.wixsite.com/escritor>

Instagram: [@davidtrivinyo](#) [#mataderonovela](#)

Fotografía de la portada libre para el uso: www.pexels.com

Obsesión. Una novela criminal

David Triviño

Las secuelas físicas de la polio hicieron que Harold Hill fuera blanco de burlas y acoso desde muy temprana edad, lo que lo transformó en una persona solitaria, capaz solo de mirar hacia sus propios miedos y obsesiones, irracionales y autodestructivos.

Los sucesos de su vida harán que su camino se acerque peligrosamente al de un macabro asesino de niños, que despertará su sueño infantil de convertirse en detective... ¿Será el descubrimiento del asesino el final de Harold o solo un principio más de todos los que se ha inventado a lo largo de los años?

Comparte con Harold Hill su magnética vida y descúbrelo.

Obsesión, mucho más que una novela de intriga.

Amor, magia, muerte, asesinos a sueldo, azar, secretos, racismo y un misterio increíble se despliegan ante nuestros ojos, pelando capa tras capa de las obsesiones de Harold.

Ambientada en los años 60 del siglo XX, nos hará reflexionar hasta dónde seríamos capaces de llegar para seguir nuestro sueños o, aún peor, nuestras obsesiones.

“IMPACTANTE Y ARROLLADORA NOVELA

Descubrimiento de un escritor novel, con una novela negra que podríamos denominar transgénero, impactante y que a cada página que avanza te va enganchando y aprisionando. Una perfección en documentación y con un sinfín de giros argumentales que consiguen hacerte prisionero hasta su finalización.”

eu1968 [en amazon.es]

“SORPRESIVA!

Sorprende a cada página.”

DTM [en amazon.es]